

Alexis J. Regnat

RESCATE EN BERLÍN

Serie Amor y guerra 2



ALEXIS J. REGNAT

Rescate en Berlín

Amor y Guerra N°2

Sinopsis

Estar 'quemado', tampoco iba a resultar tan malo para el capitán en la reserva Anthony Daylight Strieber.

Ya no podía volver a primera línea del servicio británico de 'los informadores'. Era un hombre de treinta que llevaba más de doce años sin un solo día de descanso en su trabajo. Ser el instructor y entrenador de futuros agentes, era un trabajo agradable, le hacía compartir sus vastos conocimientos y ejercitarse a diario físicamente, con jóvenes con muchas ganas de luchar.

Para un tipo como él, acostumbrado al constante peligro, era un cambio refrescante. Además, seguía al pie del cañón. Tenía que hacer que aquellos chicos entraran en el mundo del 'espionaje' con unos conocimientos, que él tardó años y horrores en adquirir.

Pero el día que perdió a uno de sus primeros reclutas, una joven con la que compartió algo más que su experiencia como 'instructor', le hizo plantearse muchas cosas. Entre ellas, que no volvería a entrenar a una mujer,.

Alexandra McKonky tenía un objetivo, una misión que cumplir, secreta y extraoficial, tras el último bastión alemán, en el mismo Berlín. Necesitaba al mejor instructor para conseguir sobrevivir y volver del infierno en que se estaba convirtiendo la capital en los últimos días de la casi ya acabada Segunda Guerra Mundial. Con los rusos y los aliados cercándola. Temiendo un final sangriento para la población civil, debía de darse prisa en su cometido y rescatar a una persona allí atrapada y sin posibilidades de huir si no fuese por ella.

Tony es obligado a entrenar a Alexandra, en contra casi de su voluntad. Cuando la conoce, ve en ella material, es más que capaz de todo lo que se

proponga, unicamente necesita la instrucción adecuada. Pero en su interior solo desea disuadirla de su objetivo casi suicida. No quiere volver a perder a una buena recluta en una misión abocada al desastre. Tampoco desea alejarla de su lado. Una fuerte, espléndida y valiente mujer, dura como el acero de la que se siente atraído como un imán, y que se ha colado dentro de su corazón. Cuando está preparada para asumir el trabajo, Tony se lanza tras ella para cubrirla en su Rescate en Berlín.

Autor: Regnat, Alexis J.

ISBN: a39d8f23-02e7-4149-b8a1-b72e3e441752

Generado con: QualityEbook v0.75

RESCATE EN BERLÍN

Alexis J. Regnat

Serie Amor y guerra 2

© Alexis J. Regnat

Colección LCDE

Corrección: Laura del Peón

Diseño de portada: Alicia Vivancos

Diseño interior: D.W. Nichols

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

AGRADECIMIENTOS:

SINOPSIS

PRÓLOGO:

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

EPÍLOGO

Próxima entrega de la serie

Pequeña biografía

GLOSARIO

Solo tres palabras: Para mis lobas.

AGRADECIMIENTOS:

Si os dijese que es más difícil concentrar en este párrafo todo mi sentir que en las trescientas y pico páginas que siguen, no os lo creeríais. En primer lugar porque me considero una persona cuya misión como escritora, podríamos decir que es comunicar ideas, historias y pensamientos sin otro afán de que los disfrutéis, viváis aventuras a través de ellos como yo lo hago, y ofreceréis un trozo de mi imaginación para haceros soñar.

No soy una erudita, ni una artista de las letras, me gusta que mi lenguaje sea sencillo y comprensible para todo el mundo. ¿Para qué sirve llenar una novela de palabras rimbombantes y florituras estilísticas, si os va a acabar aburriendo de tanto tener que ir a buscar un diccionario?

En la ardua cuestión de agradecer, que es el «quid» de la cuestión, en seguida el corazón me lleva a quienes comparten mi vida. Mi marido, Luís, que ha fregado más de una vez los platos, y recogido la casa, a pesar de trabajar a la par mía y en la misma empresa, por darme unos minutos más para escribir. Mis padres y mi única hermana que apenas me ven por eso mismo. La fase creativa es «muy mala», hace que me aíse y casi no dar cuenta de lo me rodea, paso los días sin siquiera levantar el auricular del teléfono para hacerles una simple llamada. Gracias por comprender, y por quererme a pesar de todo.

Mis madrinas que están ahí, dándome consejos. Nuria Barrios/Atane Sanz, quien lee con suma atención cada palabra y me da su sincera opinión por dura que sea. Es de agradecer su sencillez y su amistad. Y D.W. Nichols, a ella suelo escribirle mensajes a horas intempestivas preguntando mil cosas diferentes, anda que, como decimos en el sur, «estarás de Alexis hasta el moño».

No me olvido de mis lectoras «0», Mari Trini Almaraz, Isabel Rodríguez, y Laura del Peón, que a la vez hace el arduo trabajo de correctora ortográfica.

Gracias amores míos.

Y no puedo dejar atrás a Alicia Vivancos, una excelente portadista, siempre da exactamente con lo que necesita cada historia. Chica, eres la mejor. Igualmente mis agradecimientos a todas las compañeras de la Colección LCDE, un grupo de personas llenas de ilusión por su trabajo y con un futuro maravilloso.

Mención aparte a las chicas que estáis siempre dándome ánimos por el facebook o mi blog, algunas escritoras como yo, otras blogueras, las más lectoras. Eva, Mary, Alicia, Almudena, Isabel, Ana, María José, Elena, Mercedes, Eugenia, Beatrice, Marta, Loli... muchísimas más. Gracias, sois mi inspiración.

Ahora os dejo con mi novela, espero que la disfrutéis, la degustéis, y la queráis como yo.

Mi persona se va a seguir escribiendo, que es lo suyo.

Besos.

Alexis J. Regnat

SINOPSIS

Estar «quemado», tampoco iba a resultar tan malo para el capitán en la reserva Anthony Daylight Strieber.

Ya no podía volver a primera línea del servicio británico de «los informadores». Era un hombre de treinta que llevaba más de doce años sin un solo día de descanso en su trabajo. Ser el instructor y entrenador de futuros agentes, era un trabajo agradable, le hacía compartir sus vastos conocimientos y ejercitarse a diario físicamente, con jóvenes con muchas ganas de luchar.

Para un tipo como él, acostumbrado al constante peligro, era un cambio refrescante. Además, seguía al pie del cañón. Tenía que hacer que aquellos chicos entraran en el mundo del «espionaje» con unos conocimientos que él tardó años y horrores en adquirir.

Pero el día que perdió a uno de sus primeros reclutas, una joven con la

que compartió algo más que su experiencia como instructor, le hizo plantearse muchas cosas. Entre ellas, que no volvería a entrenar a una mujer,.

Alexandra McKonky tenía un objetivo, una misión que cumplir, secreta y extraoficial, tras el último bastión alemán, en el mismo Berlín. Necesitaba al mejor instructor para conseguir sobrevivir y volver del infierno en que se estaba convirtiendo la capital en los últimos días de la casi ya acabada Segunda Guerra Mundial. Con los rusos y los aliados cercándola. Temiendo un final sangriento para la población civil, debía de darse prisa en su cometido y rescatar a una persona allí atrapada y sin posibilidades de huir si no fuese por ella.

Tony es obligado a entrenar a Alexandra, en contra casi de su voluntad. Cuando la conoce, ve en ella material, es más que capaz de todo lo que se proponga, únicamente necesita la instrucción adecuada. Pero en su interior solo desea disuadirla de su objetivo casi suicida. No quiere volver a perder a una buena recluta en una misión abocada al desastre. Tampoco desea alejarla de su lado. Una fuerte, espléndida y valiente mujer, dura como el acero por la que se siente atraído como un imán, y que se ha colado dentro de su corazón. Cuando está preparada para asumir el trabajo, Tony se lanza tras ella para cubrirla en su **Rescate en Berlín**.

NOTA DE AUTOR: En esta historia, que está recreada dentro de hechos históricos, (con algunas pequeñas modificaciones para adaptarlas a la acción de la novela) ningún personaje protagonista es real, ni los hechos narrados, cualquier semejanza con la realidad es simple coincidencia.

PRÓLOGO:

HABÍA entrado 1943, su hermano Henry, su esposa Dafne, y sus mellizos, Cedric y Raymond, le arropaban. Había sudado sangre para tenerlos a salvo en Inglaterra, renunciado a su vida de constante riesgo y aventura por ellos, pero estaba más que satisfecho de su sacrificio. Pero el no poder volver más a primera línea entre el cuerpo de informadores del ejército, le abrió otra posibilidad francamente apetecible.

Pasaba su tiempo a caballo de su motocicleta *Matchless*, entre el pequeño cuartel en las afueras donde instruía a una pequeña tropa de futuros «informadores» y las modernizaciones de lo que ya consideraba su hogar, un antiguo pabellón de caza en las tierras del *cottage* que él y su hermano poseían. No echó demasiado de menos la acción y la adrenalina hasta hoy. Fue una época relativamente feliz a pesar de que la guerra continuaba. Ahora Tony Daylight Strieber tenía el grado de capitán en la reserva y el cargo de instructor de los futuros agentes de espionaje del servicio Británico.

Su trabajo le llenaba, los chicos que entrenaban a su lado y bajo su tutela le daban grandes satisfacciones. Encontraba verdaderos agentes entre los reclutas, los instruía, los pulía, hacía de ellos los mejores. Tanto varones como hembras. Una nueva remesa de mujeres aguerridas y dispuestas a todo entraban en esa época a formar parte de las filas de su ejército en la sombra. Quizás todo era entonces, por un corto período de tiempo, demasiado perfecto.

Hasta que llegaron noticias de Jane.

Jane, su pequeña Jane, tan apasionada en el campo de batalla como en su

cama. La mujer que le regaló menos de treinta noches de pasión, pero que necesitaría toda una vida para olvidar. La mujer que le prometió volver de su misión sana y salva. La mujer que...

No era la primera vez que atrapaban a un informador, ni sería la última, y más o menos con las manos en la masa. Pagaban su «delito» con algún que otro golpe, una inyección de pentotal sódico o de cualquier mierda para sacarle lo que supiese, y un tiro en la nuca. Una ejecución rápida y contundente.

Pero no, con ella se «recrearon». Y de una forma tan brutal, que, con solo imaginarlo se ponía jodidamente enfermo.

No quería volver a entrenar a una mujer para enviarla hacia aquello de nuevo. Mientras estuviese en su mano, no iba a permitir que tal acto de barbarie, ocurriese otra vez.

A ninguna de ellas.

Por ello cuando llegaba la hora de seleccionar a las nuevas candidatas, era especialmente duro, las golpeaba sin piedad en la prueba física de lucha. Cuando oprimía hábilmente su tráquea hasta que estaban a punto de perder la consciencia, ellas normalmente recapacitaban.

Las hembras tenían un sentido más profundo de la supervivencia. ¿Lo intuía?, no, lo sabía por experiencia.

Cuando las tenía agotadas, las hacía formar cuan pelotón de soldados ante él. Echaba a los demás tipos fuera del gimnasio, y las miraba a los ojos, una a una.

—Señoras. ¿Saben realmente a lo que se enfrentan al ser escogidas para este «trabajo»?

Las dejaba reflexionar unos segundos a la vez que paseaba de una punta a otra de la fila. Sus penetrantes ojos azules, el ceño fruncido, manos a la espalda, rígido, marcial, implacable. Las obligaba a permanecer derechas, sin permitirles siquiera que asumieran posición de descanso.

—Cada una de ustedes estará sola. No deberán confiar ni en el compañero que se les asigne, ese hombre será un completo desconocido. Ni siquiera nosotros, desde aquí, podemos garantizarles que no se haya pasado al otro bando. Serán lanzadas a ciegas. Lo que aprendan, serán meras técnicas de supervivencia. Pero lo que hay ahí fuera, es la realidad. Cada una será un

soldado sin uniforme, y sin el apoyo de nadie, más que de sí mismas. Y tendrán que hacer «lo que sea» para conseguir vivir un día más.

Normalmente no pasaban de tres a seis chicas en cada «criba». Las había de cualquier clase o condición, lo mismo señoritas con ciertos estudios, a simples chicas de pueblo, curtidas por el sol y el trabajo al aire libre.

—Yo puedo enseñarles a pelear. En un «uno contra uno», quizás sobrevivan. O tengan la suerte de ser listas con un arma, y tener el valor suficiente de disparar primero, y preguntar después, porque tengan seguro que a su oponente le importará una mierda que sean ustedes mujeres.

Altas, pequeñas, fuertes o delgadas. Las que llegaban allí no lo eran por su belleza física o complexión. Por esa nimiedades, ninguna de ellas era apartada de la prueba que él imponía a cualquier aspirante.

—Ahí fuera son un simple objetivo. En la mayoría de los casos, uno más que apetecible. Y no solo por la información que puedan o no llevar en esas «cabecitas», sino por su cuerpo. Y no vayan a creerse a salvo por ser o no hermosas, son hembras, su sexo será usado en su contra. Estamos en guerra, los hombres nos convertimos en meros animales en circunstancias como esta, y ninguna de ustedes está a salvo de ser atrapada, vejada, violada y asesinada.

A lo mejor en este momento ya notaba el gesto de alguna de ellas de querer salir huyendo de su «charla». Y aún no había empezado a ser ni medianamente brutal.

—Muchas, antes de ustedes han sufrido esta suerte, cogidas, golpeadas sin piedad. Pero eso es lo de menos. Los hombres se vuelven peor que una jauría de perros salvajes ante una mujer sola y a su merced. ¿Qué creen que les pasará en ese caso? Les arrancarán la ropa, de cualquier clase de pudor, olvídense. Uno tras otro, empujando su polla entre sus piernas. Follándoselas. Por cualquiera de sus agujeros, una y otra vez, mientras son golpeadas. Estarán atadas, y si gritan incluso puede ser peor. No hay nada más excitante para un hombre, que someter a una hembra que se resiste.

Más de una, en ese instante, empezaba a demudar su color. Proseguía, caminando con porte militar ante ellas. De vez en cuando sorprendiendo a una, mirándola a apenas unos centímetros, directamente a sus ojos, invadiendo adrede su espacio personal.

—Si sobreviven a todo eso, incluso si son «clementes» y la abandonan sin

darle «el tiro de gracia» ¿qué les espera? ¿Podrán soportar el dolor de todo lo que le hayan hecho a su cuerpo? Las heridas físicas se curan, pero las psicológicas son otra cosa.

Se había vuelto un especialista en «hacer pausas dramáticas» más que nada para que pudiesen asimilar cada una de las palabras que casi escupía, gritando, modulando su voz para hacerlas sentir la fuerza de un hombre que realmente sabía lo que decía.

—E incluso pueden llevar entonces a un bastardo de esos cabrones en su barriga. ¿Qué harán? ¿Buscar un medicucho que las haga abortar? ¿Parirán a ese hijo de la desgracia? ¿Y después? ¿Cargarán con ese constante recordatorio de su violación? ¿O se desharán de él en cualquier orfanato?

Muchas veces, cuando llegaba a esa parte de su discurso, muchas de ellas tenían la tez amarilla como si fuesen a vomitar hasta la bilis. Esas eran las primeras en no volver. Si alguna de ellas quedaba aún firme iba a por ellas, centraba sus fríos ojos en los de la chica, sin piedad.

—¿Piensa que puede sobrevivir a esto? ¿Sigo relatando todo lo que puede pasar? Quizás una violación en grupo pueda sobrevivirla. Quizás hasta el quedarse preñada, o parir un hijo bastardo. Pero hablemos de su trabajo en sí. Aquí tienen que estar dispuestas a todo «por su patria». Si para conseguir su objetivo son ustedes mismas las que tienen que prostituirse, deberán hacerlo. ¿Serán capaces de follarse a un tipo que no conocen? ¿No sentirán el más mínimo escrúpulo en ello? ¿Sabrán fingir tan bien un orgasmo, y hacer feliz al cabrón, lo suficiente para tenerlo entretenido, quizás mientras su compañero de equipo, consigue el objetivo? E incluso puede que su supuesto apoyo las deje detrás. Primero está la información, después tu compañero.

La mayoría de ellas, si no todas, nunca se había planteado en realidad algo así. La mayoría tenía una versión romántica *hollywoodense* metida en la cabeza de lo que era ser «un informador». Seguía tirando, tensando más la cuerda.

—Si están aquí, es por eso, son meros objetos para conseguir información. Lo que tengan que hacer para ello, al gobierno les importa una mierda. Si sufren, les duele, les asquea, son violadas, o ejecutadas rápido o lentamente, después dará igual. Serán un número más, entre las miles de bajas. Nadie llevará flores a su tumba, puesto que ni siquiera, quizás, puedan

recuperar lo que quede de ustedes.

Esas palabras las hacía recapacitar a muchas, estas ni lo intentaban. Otras, las más osadas, con la experiencia cercana a la muerte que les hacía pasar minutos después, volviendo a hacer que luchasen contra él, y su rendición posterior, simplemente informaba a sus superiores, que no pasaban «la criba».

Era un cabrón, lo admitía. Pero jamás permitiría que, una alumna suya, sufriera el mismo destino de Jane.

Lo único que consiguió después de un tiempo, cuando sus superiores observaron que ninguna chica entraba a formar parte de sus clases, fue un expediente sancionador y que lo mandasen a su casa por una temporada, hasta que se le «aclarasen las ideas».

CAPÍTULO 1

HENRY había llegado hasta el pabellón de caza[1] con cada uno de sus hijos gemelos bien agarrados. Nada más bajar del auto, hicieron un vano intento de escaparse y meterse entre restos de escombros, arena, y todo lo que había repartido sobre el suelo para investigar. Sujetó bien de cada una de sus manos a los pequeños mientras extendía sus ojos por el conjunto. Admiró el trabajo hecho durante el último mes, sobre todo el de la última semana. Habían sido colocada toda la carpintería exterior. Las contraventanas pintadas de color verde oscuro, hacían excelente efecto sobre el ladrillo rojo visto.

Su hermano había realizado un buen trabajo, dejando más o menos arreglada la antigua planta baja del viejo edificio, sustituida igualmente todas sus puertas y ventanas. La escalera exterior era igualmente de ladrillo, con baranda de hierro forjado. Ascendía hasta el primer piso, que sería el «hogar» de Anthony.

A pesar de su insistencia en que el *cottage*[2] era lo suficientemente amplio para que él tuviese sus propias habitaciones e intimidad, se le había metido en la cabeza arreglar la antigua construcción que llevaba medio siglo sin utilizarse, y dentro de las tierras que lo circundaban y pertenecían.

El añadirle un segundo piso, con escalera exterior fue una novedad y un acierto a la vista. La edificación no tomaba todo lo que era el techo del pabellón. Había sido cuidadosamente estudiado para, por ahora solo contener un apartamento, ampliable, si se requería, en el futuro. El resto del techo servía de terraza con unas vistas de la campiña que tenía enfrente y del bosque de su propiedad que lo cubría por detrás.

Soltó a sus dos vástagos en la escalera. Sonrió de medio lado a la vez que les daba una cariñosa palmada en sus pequeñas espaldas.

—Subid y llamad al tío Tony.

Estos no se hicieron de rogar, aunque aún trabajosamente, pues eran pequeños, apenas cumplían los dos años y medio, ascendieron los escalones gritando el nombre de su tío a pleno pulmón. Este les abrió la puerta y ambos diablos se colaron como un huracán.

Henry les siguió a buen ritmo escaleras arriba, para encontrarse a su hermano, acucillado, que dividía su atención entre los abrazos de sus sobrinos y su presencia.

—¿Qué tal hermanito?

Miró alrededor, la habitación a la que se accedía directamente era cuadrada, con una gran ventana en el lateral izquierdo. Al derecho una puerta abierta que se veía que daba a la cocina ya amueblada. Justo casi enfrente de la entrada, un pasillo, que por los planos y lo visto hasta ahora daba a las habitaciones y al cuarto de baño.

—No ha quedado mal.

—Pasa, y cierra la puerta, echa un vistazo, está casi listo— hizo un gesto hacia sus sobrinos y Henry asintió. Sabía muy bien el afán aventurero de ambos, como para cometer el error de dejar la salida franca.— Mañana temprano vienen a retirar los escombros, y todo estará casi en orden.

—Llevas durmiendo aquí desde hace una semana, así que al menos estará habitable. Dafne está preocupada por ti, por si no tienes suficientes comodidades. Le he prometido que te sermonearé, si veo que no te cuidas, como tu hermano mayor que soy.

Tuvo que interrumpir su charla, sus hijos, que habían salido en estampida por el corredor tras dar una vuelta a la cocina, abrieron una puerta y se escuchó sonidos estridentes y chirriantes, acompañados de risas infantiles.

—¿Qué demonios...?

Ambos hombres corrieron por el pasillo para descubrir a los gemelos saltando sobre el somier de muelles de una pequeña cama. El colchón, estaba enrollado y atado con cuerdas de algodón a un lado. Los críos había aprovechado para usarlo como «cama elástica[3]».

Henry tuvo que andarse rápido para que en uno de los saltos, que

pretendió ser una voltereta, Cedric no se abriese la cabeza contra el suelo. Tony sujetó a Raymond que, queriendo imitar a su hermano, casi se fue contra la pared.

—Increíble— musitó Tony.

Ambos críos, ajenos al peligro que su padre y tío habían conseguido evitar a tiempo, hablaban rápido sobre «si el circo», que «si ellos lo habían visto hacer allí», que «si querían que su padre le pusiese una igual en casa».

—A veces no sé si darles una azotaina o comérmelos a besos.—dijo Henry, negando con la cabeza.

—¿Complejo de «Saturno»[4]? Tienes que tener más mano dura con estos dos, o se subirán a tus barbas.—Tony se encogió de hombros aguantando la risa por la cara de mortificación de su hermano.

Tirando de ambos hacia afuera, convenciéndolos que no era una cama elástica, sino un somier nuevo que no estaba hecho para tales juegos, recorrieron el resto de la casa. Solo había dos dormitorios, el que acababan de dejar, no demasiado grande, pero luminoso, y el principal, usado por Tony, este era el más amplio, y en el futuro previsto ampliar con su propio cuarto de baño. Ahora solo había uno, completamente nuevo y bastante moderno pero en el pasillo.

—Cuando lo vea Dafne, le va a encantar. Me veo haciendo reformas dentro de nada.

—Uf, pues... prepárate hacen accesorios sanitarios hasta en color rosa.

La mueca de Henry fue cómica. Tony se carcajeó en su cara mientras le daba una palmada en el hombro.

—Sí, yo tampoco me veo sentado en «un trono»[5] rosa.— aseveró a su hermano con gesto comprensivo.

Ambos se rieron, sin dejar de sujetar a los diablejos entre sus brazos. Pasaron por el dormitorio principal, toda la habitación hasta media altura, estaba forrada de madera color castaño. Una cómoda, un ropero, una cama grande. Era sobria, sencilla y funcional.

Todavía no había nada colgado de las paredes. Un escritorio antiguo de caoba recuperado de los muebles que había anteriormente en los bajos del pabellón ante la ventana, con pequeña selección de libros y manuales. Del techo pendía el cable con una sola bombilla, por lo visto aún no había

instalado la lámpara.

—No está nada mal.—Henry paseaba su mirada por el sencillo lugar.

—Nunca he tenido, desde hace demasiado tiempo, algo que llamar mío. He dormido en todos sitios habidos y por haber, hasta en la intemperie. Pero ya, donde esté una cama conocida...

—Y yo creía que era el único que me estaba haciendo viejo—sonrió a su hermano.— He venido a por ti, Dafne quiere que hoy, ya que es domingo, comas con nosotros en casa. Llevas una semana que no apareces por allí y te echamos de menos.

—¿Domingo ya? Ni me había dado cuenta.

—Sí, y mi mujer no te perdonará si no vienes con nosotros.— Agarró al otro crío que tenía su hermano en sus brazos.— Venga Cedric, Ray, iremos bajando. Tony, nos vamos que se hace tarde para comer.

Les siguió hasta la salida, tomó sus llaves y su cazadora americana de cuero de búfalo, una de sus múltiples adquisiciones en tantos años de viajes por el mundo. Mientras se la ponía pensó que, a veces, echaba de menos esa especie de libertad que había disfrutado desde tan joven. Pero sin embargo otras, extendía su mirada alrededor, veía su nuevo hogar, y sentía el deseo de arraigo.

Con su motocicleta *Matchless*[6] siguió unos metros el *Rolls Phantom*[7] de Henry. Este, tuvo que convencer a ambos niños que no podían ir en la moto de su tío hasta que fuesen mayores, y de uno en uno. Pronto Tony le adelantó antes de llegar a la primera curva, saludándoles con la mano. No estaba dispuesto a tragar el polvo y la gravilla desprendida por el auto por aquellos carriles sin asfaltar.

Viendo de refilón el perfil serio de su hermano, concentrado a la vez en conformar a sus críos y conducir con pericia el coche, se preguntó en que habría sido de su vida sin su intervención, tanto en lo malo como en lo bueno.

Si no hubiese sido por Tony, a Dursnton no se le hubiera pasado por la cabeza enviar, al entonces capitán de academia, de veintiocho años Henry Daylight Strieber a Alemania como informador. Y encima, aquella misión resultó todo un fracaso. Nunca se le debió de ocurrir, recordar al viejo general, que su hermano aún poseía la doble nacionalidad Británica y Alemana.

Con solo haber mantenido la boca cerrada, Henry no hubiese sido enviado a Alemania antes de el conflicto, que todavía, al día de hoy estaba vigente, aunque, en sus últimos coletazos. Alemania de su primer asalto a media Europa y casi sometimiento u ocupación, tras la intervención de Soviéticos y Estados Unidos, haciendo frente común con muchos de los países conquistados, estaba siendo ahogada y casi vencida.

Ellos, por suerte, habían escapado a las batallas. Henry fue acusado de traición a su patria tras escapar de Alemania dos años y medio antes, junto con su esposa y pisar de nuevo Inglaterra. Después del consejo de guerra al que fue sometido y dadas las pruebas a su favor encontradas por Tony, fue exculpado y declarado «inútil» para participar activamente en el conflicto.

Su obligación durante el tiempo que permaneció en Alemania de luchar en contra de todas sus creencias, la posterior huida a la desesperada con su esposa Dafne, inglesa, atrapada por su trabajo en Berlín durante los primeros momentos del conflicto, le habían dejado «tocado» para incorporarse a su antiguo puesto del ejército británico.

Al menos Bossfield, que actuó como juez en el Consejo de Guerra, tuvo el buen tino de declararle de esa manera. Aunque por ello, tenía a Tony, casi atado a un puesto de entrenador de futuros informadores, que, al final, había empezado a ser gratificante. Hasta que Jane...

Llegó primero al *cottage*, miró hacia la carretera mientras dejaba su máquina debajo de la pérgola. La aseguró bien en su soporte, temiendo a sus pequeños sobrinos, que pudiesen tirársela encima. Quitándose los guantes, los sacudió contra su muslo mientras caminaba hasta la puerta de la casona, antes de introducirlos en un bolsillo de su cazadora. Esta se abrió, iluminándose con la sonrisa de una dulce mujer, joven de cabello rizado y ojos grandes color miel.

—¡Tony! —Ella abrió los brazos, y él se sintió a gusto de entrar en ellos. Dafne era su única cuñada, y a veces se parecía más una madre o una hermana para él.—Demonio de hombre, estás tremendo, casi no puedo abrazarte.

—Creo que me he pasado haciendo ejercicio para levantar mi casa.— Sonrió a la joven devolviendo el abrazo, alzándola varios palmos del suelo, cogiéndola de la cintura. Ella rió, sujetándose como pudo.

Quizás cuando la conoció en Berlín, tras resultar herido en una operación de rescate a aquel pedazo de cabrón de Cromwell, se había sentido momentáneamente atraído por su dulce presencia. Ella le curó, ocultándole en la casa donde trabajaba, y cuyos señores habían marchado antes que ella hacia Suiza. No tuvo más opción que dejar a Dafne atrás, ella tenía problemas burocráticos con su pasaporte por ser inglesa.

Pero solo fue eso, su atracción por la joven, era la de cualquier soldado ante su guapa enfermera. Valiente, decidida, y escondida bajo un anodino disfraz de eficiente institutriz inglesa. Le costó dejarla en la capital cuando, gracias a Henry, pudo huir de Berlín. Pero las posteriores circunstancias hicieron que Dafne quedase bajo la protección del entonces joven coronel del ejército alemán Heinrich Strieber, el disfraz de su hermano infiltrado en Alemania.

Ambos, Henry y Dafne, tras una forzosa convivencia, acabaron enamorándose perdidamente uno del otro. Se casaron en breve en el mismo Berlín, y en parte, gracias a él, consiguieron llegar, sanos y salvos hasta Inglaterra.

Dafne atrapó su cara con las manos, en un gesto tan suyo y lo miró a los ojos haciéndole volver a la realidad cotidiana.

—¿Cómo estás? ¿Comes bien? ¿Te sientes solo en el Pabellón? Sabes que tienes aquí tu casa.

Él le sostuvo las manos con suavidad y besó ambos dorsos con ternura fraternal.

—Sí, a la primera pregunta, sí, a la segunda. A la tercera no, y a la cuarta, ya lo sé.

Ella sonrió de nuevo. Llevaba puesto unos pantalones de pana y un jersey amplio de cuello vuelto de color azul. Sus ojos color miel dorada brillaban igual que toda ella. Sus rizos estaban más cortos esta vez. Seguramente así serían más fáciles de manejar, teniendo que vigilar a esos dos críos constantemente no tendría demasiado tiempo ahora para su arreglo. Aunque tenía una cocinera y a veces una chica que les ayudaba en la limpieza de la gran casona antigua y a la vez remozada. Esos diablejos rubios haciendo todo el día de las suyas, agotarían al más paciente.

Escuchó el ruido del motor del *Phantom* tras ellos. El coche aparcó justo

al lado de la moto de Tony, bajo la protección de la enredadera que trepaba entretejida por sus columnas. Henry les echó una mirada ceñuda queriendo aparentar un enfado que no sentía.

—Eh, tú, jovencito, búscate otra para besuquear, deja en paz a mi mujer.

Aunque rápidamente se arrepintió de la broma. El semblante antes sereno y sonriente de su hermano, demudó rápido a taciturno.

Los críos no tardaron en bajar del coche, peleando entre ellos, jugando, saltando, y gritando que tenían hambre, su presencia aligeró el momentáneo tenso ambiente. Dafne se enganchó al brazo de su cuñado, para llevarle dentro de su hogar. Ella echó la vista hacia atrás, y una mirada reprobatoria fue recibida por Henry por su falta de tacto. Este suspiró hondo, sí, había metido la pata, pero no fue su intención.

—Venga, que parece que tienes que pedir permiso para entrar Tony. ¿No es esta tu casa también?

Ambos niños les rebasaron camino al comedor, y Henry con gesto de «santo próximo a los altares» cerró la puerta del *cottage*, por si sus dos fierecillas decidían escaparse en busca de aventuras, en un descuido. Dejó la llave fuera del alcance de sus ojos y manitas, y les siguió por el pasillo.

El almuerzo resultó delicioso, y bastante divertido, sobre todo, amenizado por el no parar de los dos niños. El semblante serio de Tony pronto varió en risa ante las trastadas de los gemelos. Dafne, al fin consiguió que se estuviesen quietos y llevárselos para lavarles los churretes que había dejado en sus caritas el postre con chocolate. Ambos hermanos se quedaron solos en el salón.

La chimenea estaba encendida, el olor a leña del hogar era agradable, trayendo a su memoria los viejos tiempos. Durante la guerra que sacudió el mundo en su infancia, ambos habían residido allí, al cuidado de unos pocos sirvientes y su institutriz, rebautizada por ellos como «la sargento Finch», mientras su padre estaba casi en primera línea de lucha.

Pero aún así, con recuerdos de una niñez bastante feliz entre esas paredes, prefería tener su propia guarida.

—¿Estás a gusto en el pabellón?—Henry interrumpió sus pensamientos. —Si no, sabes que aquí está tu casa. No me gusta que estés solo todo el tiempo Tony. Sé que con los gemelos esto ha dejado de ser un remanso de

paz, desde el primer día que aprendieron a andar—sonrió a su hermano, y le puso una amplia y cálida mano sobre su hombro,—pero...

—Lo necesito Henry. No es que me moleste el bullicio de la familia alrededor, y menos mis sobrinos. Sabes que me encanta jugar con ellos, y seguiré viniendo casi todos los días que pueda, a pasar un rato con vosotros. Pero quiero mi propio espacio, necesito pensar en mi vida y en mi futuro.

—Desde lo de tu alumna, no has vuelto a ser el mismo.

Tony metió ambas manos en los bolsillos. Sí, ese era el quid de la cuestión, todo a raíz de lo ocurrido con Jane. Con la mirada baja, controlando sus emociones paseó un poco ante la chimenea, callado y con el semblante melancólico. Henry lo conocía bien, esa actitud sombría, distaba mucho de su habitual chispa.

—Dafne tardará en venir de nuevo al menos media hora— dijo cómplice su hermano.—Estará intentando que los niños duerman un poco la siesta. ¿Quieres...? Bueno, estaremos solos, te escucho si necesitas contar algo.

Después de un corto silencio, la profunda voz de Anthony resonó casi por sorpresa. Henry no esperaba, quizás, que, justo en ese instante, los pensamientos y el corazón de su hermano menor, se abrieran de esa forma ante él.

—Jane. Mi alumna se llamaba Jane.—Tony caminó hacia la ventana. Desde ella se veía el patio delantero, con rosales aun sin florecer.—Confieso que después de lo que le pasó, no he vuelto a ser el mismo.

Henry permaneció callado, mientras se sentaba en uno de los sillones que flanqueaban la chimenea. Sabía que con su hermano era mejor eso, escucharle sin más. No necesitaba animarle a hablar, si él lo necesitaba, lo haría. Permaneció en silencio mientras le miraba. El chico hacía años que había dejado de ser un niño, pero para él siempre sería su hermano pequeño.

Tony, poco después continuó hablando.

—Un año casi sin ella. No, no debí aprobar su incorporación. ¡Pero maldita sea! estaba sobradamente preparada. Era con diferencia la mejor de la promoción, rápida, inteligente, tenaz. Lo que le faltaba de fuerza física lo suplía con agilidad. De esa clase fue la única que logró tumbarme.

Abrió y cerró sus puños, era un tipo fuerte, con una buena cantidad de músculo conseguido en los últimos tiempos de entrenamiento con los cadetes.

Hace unos años, cuando se volvieron a ver en Berlín después de seis años había estado más fibroso y delgado. Claro, aún no había llegado al punto álgido de su fuerza. Desde que había dejado de corretear por esos mundos, con su «juego de espías» había trabajado cada parte de su cuerpo. Y sí, admitió Henry, ahora su hermano menor, le podría vencer a él sin esfuerzo.

Aunque, nunca lo diría en voz alta. Henry se había acomodado bastante últimamente, pero su complexión continuaba siendo fibrosa, y no tenía tendencia a coger peso. A pesar que correr detrás de los gemelos era un ejercicio constante, no proporcionaba esa cantidad de músculo que ostentaba ahora Anthony. Además, seis años mayor, la guerra en los África Korps, heridas de metralla en gran parte de su cuerpo, más las tensiones vividas durante años, le habían pasado alguna que otra factura.

—Sería una chica magnífica. Creo que tú pesas bastante.

Tony sonrió flexionando sus brazos, mirando sus bíceps a través de la camisa gris de franela. Estos a punto estuvieron de reventar la costura.

—Creo que me he pasado haciendo pesas, pero necesitaba quemar energías.

—¿No te bastaba con levantar ladrillos y vigas para la construcción de tu casa?

—Aún así. Cuando los chicos se iban, me encerraba un rato en el bajo del pabellón. Me he hecho allí un pequeño gimnasio, en lo que fue la sala de reunión, quité las mesas, las amontoné en uno de los trasteros al lado de las cocinas. Todavía necesito remodelar bastante allí abajo. ¿Para qué quiero esas viejas cocinas? En fin, ya pensaré que hacer con eso más adelante. Suelo hacer pesas y pelearme un rato con el saco de boxeo que me trajeron de Londres hace un par de meses.

Henry asintió. De nuevo su hermano volvió a mirar a través de la ventana al sol de la tarde, sus rasgos volvieron a ser amargos.

—Sí, Jane era preciosa, tan especial para mí. No debió pasar, pero los últimos meses, nos sentimos atraídos el uno hacia el otro. Era mutuo. Yo era su profesor, su instructor, debí mantener las distancias.

Henry continuó en silencio, dejando libertad a su hermano para reflexionar en su mente. Él asimilaba las palabras de Tony. Hasta día de hoy, solo era una sospecha, pero en este instante, su hermano le confirmaba que

había algo más con esa chica, que la típica relación de alumno/profesor.

—Menos de treinta noches, hermano. Durante el último mes apenas vine, ¿recuerdas? Estaba con ella, dormía con ella, vivía con ella. Llegábamos separados al curso, y hacíamos lo propio al marcharnos, o esperábamos que todos se hubiesen largado para irnos juntos. Ella tenía un diminuto apartamento no lejos del cuartel. Lo arrendó después de morir su marido, en los primeros meses de la guerra, en el frente, y quedarse sola y sin apenas medios. Había decidido emprender su particular batalla alistándose como informadora.

De nuevo silencio. Recordaba muy bien, llamaba a las oficinas del cuartel si quería saber algo de Tony, y lo que conseguía eran bromas y evasivas, y el siempre «estoy bien hermanito, ya soy mayor».

—Viví con ella hasta que le asignaron la misión y dejó aquel cuchitril. Entonces me mudé de nuevo a nuestra antigua casa de Londres. Por un momento me planteé seguir pagando su alquiler por mi cuenta y mantenerlo hasta su vuelta. Pero ella no se merecía aquel sitio pequeño donde vivimos y nos amamos durante apenas un mes. Además, Jane apenas poseía su ropa. Hasta los recuerdos dejó atrás antes de conocernos. Cuando regresara, pensaba pedirle que, bueno que arreglásemos nuestra situación. Pensé en una boda, en unos críos, en tener mi propia familia. Sí, con ella me veía capaz. Pasó el tiempo, apenas dos meses de su incorporación al puesto, y cuando Bossfield me llamó aquella mañana al despacho sin ninguna razón aparente...

Su voz se estaba quebrando.

—No tienes que explicarme nada más, lo entiendo.—aseveró Henry con tono comprensivo. Intuía lo que había pasado. No quería que, contándoselo, volviese a repetir el dolor de la pérdida.

—No, necesito decírselo a alguien, joder, ha pasado casi un año. Delante de Bossfield conseguí mantener el tipo. Durante la clase lo pagué con todos los chicos, les di una paliza a cada uno de ellos, que creo que todavía se acuerdan. Les grité que se endurecieran, incluso me pasé de rosca con una chica, la única de la promoción, la hice besar la lona cien veces y cada vez que la tenía a mi merced, me encargaba de contarle al oído lo que le podía pasar por ser mujer en este mundo de hombres, rudo, obsceno, cruel... Esa joven no volvió, al día siguiente presentó su renuncia irrevocable.

»Al principio nadie vio eso extraño. Hay alumnos que se marchan, lo piensan mejor, no se sienten aptos, mil cosas. En la tanda de cadetes que vinieron después, me encargué sin piedad alguna de eliminarlas a todas. Me prometí no pasar de nuevo por ello.

»Aunque no tuviese nada contra las chicas, todas me recordaban a Jane. No quiero que una mujer tenga que pasar lo que sufrió. Cuando días después recibí el informe dado por nuestro hombre de apoyo en Berlín, Lambrecht, de como había sido encontrada, vomité hasta casi quedarme exhausto. Durante días di excusa que estaba enfermo, y no pude acudir a las clases. Luego tomé la decisión que ni una de ellas pasaría lo mismo que mi pequeña Jane.

El silencio se instaló entre ellos dos. Dafne, callada y discreta, apareció en la puerta, contemplando a ambos. Tony inclinado, con las manos apoyadas en el alféizar de la ventana, taciturno, mirando hacia fuera, y su marido sentado en uno de los sillones. Henry la miró y silencioso, le hizo un gesto de que necesitaban estar a solas. Ella asintió y cerró con suavidad la puerta que estaba entreabierta. Sus pasos, alejándose, sigilosos, apenas se escucharon para Henry, que dejaba caer su mentón sobre su mano izquierda, esperando a que Tony continuara, o cambiase de tema.

—Por eso me abrieron un expediente sancionador. Me recordaron que las mujeres habían demostrado ser muy válidas para el trabajo, que la pérdida de una sola de ellas era muy poco para no seguir con el plan, que era solo un número más en una estadística. Mi Jane, «mi pequeña fiera», una simple cifra en un informe, que se perderá entre millones.

Suspiró fuerte y hondo, necesitaba aire fresco. Miraba a través de la ventana, apoyado en ella. Sus manos se cerraron en puños sobre el alféizar, estaba en verdad crispado, su rostro tenso, sus ojos cerrados con fuerza.

—Tuvieron que sujetarme entre cuatro soldados. No estaba Bossfield, algún problema tenía que no había aparecido por el cuartel en varios días. Su segundo, el coronel Steel.—rió, pero con carcajadas amargas.—¡Si le hubieses visto la cara aterrorizada! Joder mido medio metro más que él, y cuando me vio levantarme e ir hacia su atildada persona como una locomotora... Le faltó poco para amenazarme con su arma. La sacó y me apuntó en pleno pecho.

Tony sonreía con pesadumbre y miraba el techo acariciándose justo

donde le habían apuntado con la pistola, se sentó sobre el alféizar, contemplando sus botas con puntas de acero.

—Al escuchar alboroto entró un secretario del que no recuerdo ni su cara, este tuvo que pedir ayuda a tres tipos más para sacarme de allí. Aunque en ese instante no me hubiese importado que aquel cabrón me disparase. Dos días después llegó Bossfield, y habló conmigo. La primera vez que vi en ese hombre un gesto de comprensión, joder, se levantó de su sillón y me puso hasta una mano en el hombro, diciéndome que no tenía más remedio que abrirme un expediente disciplinario, por atacar a un superior, pero con las circunstancias atenuantes... Me retiraría del servicio unos meses, para tranquilizarme. Y la verdad lo agradezco, he podido terminar mi hogar, y...

Se levantó y sacudió sus manos húmedas de sudor, sobre la tela de su pantalón oscuro.

—...eso es casi todo hermano.

Henry asintió y se alzó también, fue hacia él y puso ambas manos sobre los hombros anchos de Anthony, le miró a los ojos, estaban extrañamente brillantes. Su hermano, el «espía», el «informador aguerrido», el que había puesto en juego su vida desde apenas los dieciocho años, estaba a punto de derramar lágrimas por aquella pobre chica.

—La amabas mucho.

Tony asintió y luego negó con la cabeza bajando la vista al suelo.

—No lo sé, solo que sentía algo especial por ella, y su pérdida me trastornó hasta el infinito. Tenía planes para cuando volviera a Bretaña, pero en mi mente. Y nunca, en realidad, le planteé nada serio, ni un maldito «te quiero». Pero todo se truncó. No sé si hubiese funcionado o no, maldita sea, durante treinta días solo pasábamos las noches juntos, hablábamos poco, empleábamos en tiempo más en la cama que...

Henry sonrió con cierta tristeza en sus ojos grises.

—No hace falta más explicaciones, pero debías haber confiado en mí. Sabes que no soy del tipo de juzgar a nadie. Conozco como eres, que hubieses sido un estupendo esposo para con ella, o para cualquier mujer que esté a tu lado. Eres un buen hombre Tony, llorar se puede, por muy «macho» que seas. ¿Piensas que yo no lloré por Dafne? Tragándome las lágrimas como tú, estaba solo, en Berlín y ella tenía que estar a salvo. Hice de tripas corazón

cuando la envié hacia fuera con ese buenazo de Geüser, sabiendo que aunque la pusiese en peligro, era la única manera de que...

—¡Pero no tardaste en seguirla! Si mi trabajo hubiese sido el que tenía antes, la hubiese solicitado como compañera. Tendría que haberla cubierto y protegido, igual que hiciste con Dafne.

—Tu obligación y tu deber estaban aquí con tus alumnos. El mío no estaba en Alemania. Y Jane, sabía a lo que se arriesgaba, ¿no?

—Sí, en clase hablábamos del asunto. De todos y cada uno de las contingencias y problemas que podrían encontrarse. Pero...

—Ella firmó para hacer ese trabajo, seguro que un gran montón de folios que tuvo que leer. Lo usual es que en ellos se detallan los riesgos que eventual o con seguridad pueden llegar a correr. Después de la metedura de pata con mi fallida misión, sin lugar a dudas Bossfield habrá sido un condenado puntilloso con eso.

—Firmó todos y cada uno de esos malditos documentos. Tras quedarse sola en el mundo, sin hijos, con su marido muerto en batalla, sin trabajo. Era la única vía de escape que encontró, unirse a los informadores. Tuvo demasiada mala suerte en su vida, si yo hubiese estado allí, ese día, con ella...

—En ese caso puede ser que fuésemos mi mujer y yo, los que estuviésemos lamentando tu pérdida, hermano. Las cosas, todas, tienen un porqué en suceder.

—Bien, bien. Lo sé.

—Si quieres quedarte el resto del día... y la noche, tu dormitorio sigue arriba, intacto. Somos tu familia, apóyate en nosotros, lo necesitas.

—No, hoy no. ¿Me despides de Dafne, por favor? Seguro que anda todavía con los críos.—Se estaba ahogando, no quería sentir los comprensivos ojos de Henry. Bastante había pasado su hermano mayor, para encima tener que cargar con los problemas suyos. Con ser escuchado, había tenido más que suficiente.

—Seguramente.—convino Henry, el joven ni se había dado cuenta de que ella había estado en la puerta del salón minutos antes.

Tony salió de la habitación, en silencio y sin un adiós. Tomó su cazadora y se la puso camino a recoger su moto, cerrando la puerta del *cottage* tras de sí. Sacó los guantes del bolsillo y se los embutió. Tiró de su moto hasta

sacarla de debajo de la pérgola y la arrancó en dos patadas, alejándose hacia su casa. La tarde era breve en invierno, estaría en el Pabellón en unos minutos y echaría leña al fuego de la estufa, para calentar su hogar por la noche.

—Es lo que imaginábamos Dafne.—Henry observó a través de la ventana, la marcha de su hermano, a caballo de su motocicleta *Matchless*.

Ella había llegado al salón tras escuchar cerrarse de golpe la puerta de entrada. Simplemente asintió y se abrazó a la cintura de su marido, Henry besó sus rizos perfumados.

—Si yo estuviese en su lugar, si te hubiese perdido de alguna manera...— por un momento el «gran hombre» pareció frágil y perdido.

Ella puso su dedo índice sobre los labios duros y cincelados de su marido. Luego, alzó la cabeza para darle un beso tierno en ellos. Henry pronto se hizo el dueño de su boca, atrayendo en su contra el cálido cuerpo de su esposa. Ella era toda su vida, los hijos crecerían, volarían del nido, pero Dafne estaría allí. Rogaba por cerrar él antes los ojos a este mundo, que quedarse sin su mujer. Como siempre, la respuesta femenina fue dejarse llevar dulcemente a sus demandas. Apenas se separó una pulgada, de esa boquita pequeña y deliciosa para preguntar:

—¿Los niños?

—Dormidos.

—Necesito tenerte. Ahora.

Su voz, su gesto, su mirada, todo en el hombre, denotaba pasión y urgencia. Rememorar el pasado siempre le traía el anhelo de afianzarse en el mundo, de unirse a ella en cuerpo y alma.

—Me tienes, ahora, siempre—le sonrió.

Él no pudo esperar más, la alzó entre sus brazos, y en silencio reverente atravesó la puerta del salón, mientras ella se asía a su cuello dejando caer la cabeza contra su hombro. Subió casi de dos en dos los escalones hasta el piso superior, seguía en forma. Al llegar a su dormitorio, la dejó con cuidado sobre la cama y corrió a cerrar el pestillo.

—Por si se despiertan.—Sonrió malévolo, de medio lado. Ese era gesto que tanto conocía Dafne, sus ojos tan grises, oscurecidos de pasión, como nube de tormenta recorrieron su cuerpo con hambre y anhelo.

Solo asintió y abrió sus brazos para recibirle. Henry no tardó en deshacerse de la mayoría de sus ropas camino a la cama, y en ayudarle a ella a hacer lo mismo, tirando de sus pantalones azules de suave pana hacia abajo, descubriendo su ropa interior igualmente color azulado, besando sus rodillas y sus pequeños pies.

—Me pone a cien verte todo el día con ese precioso trasero y esas piernas ajustadas bajo los pantalones.

—Y a mí, seguir poniéndote así de duro, después de todo este tiempo.— Miró con descaro hacia el poderoso bulto que se alzaba bajo la ropa interior de su marido y lo acarició con experta sabiduría. Esta última prenda acabó rápidamente en el suelo.

Subió a la cama lentamente, acariciando tanto con sus ojos, como con sus labios y manos el cuerpo delicioso de su mujer, ella correspondía emitiendo suaves gemidos de placer, dulces, cálidos como ella. Su piel se calentaba bajo sus dedos, su centro se humedecía como respuesta a sus desvelos. Ella se daba siempre con la misma ternura y correspondía a sus urgencias con una entrega sin concesiones.

Desde su boca, como un rojizo corazón casi perfecto, bajaba dejando una estela de besos pequeños por su mentón. Su garganta y el hueco de su hombro merecieron igual atención, arrancando otra serie de hondos gemidos mientras sus manos grandes acunaron los senos plenos y redondos, acariciando con los pulgares sus coronas sonrosadas y apretadas.

Las manos de Dafne no estaban quietas. Sus dedos se hundían en el corto y dorado cabello del hombre, urgiendo, e invitando a seguir o a parar en determinado punto que le causaba verdadero deleite. Cuando la boca de su marido empezó a rendir pleno homenaje con besos, ligeras lamidas y directamente sorbiendo uno de sus pezones y luego el otro con igual fruición, echó la cabeza hacia atrás, emitiendo cortos gemidos de placer. Con sus uñas, suave recorrió la ancha y fuerte espalda del hombre. Él también se estremeció y de sus labios salió un ronco sonido de satisfacción.

Los ojos de ambos se cerraban y se buscaban a ratos. Se comprendían o sorprendían a partes iguales.

—*Du Riechst So Gut...*

«Hueles tan bien...» La mente de Henry sumergido en la pasión en

ocasiones hacía que sus labios y su garganta hablasen palabras en alemán, como la primera vez que le hizo el amor allí en la lejana Berlín hacía más de tres años. El sonido más gutural y rasgado enloquecía a Dafne. «*So gut*», repitió de nuevo el hombre mientras aspiraba de nuevo entre los senos de su mujer. Ella como respuesta arqueó su espalda sintiendo un escalofrío de dulce placer.

Empezó a posicionarse entre sus muslos, tomándola bajo las rodillas para hacerse hueco, sin dejar de prestar atención de nuevo a su boca. Una vez sobre ella, las manos del hombre le tomaron el rostro, parando unos segundos para que ella le mirase directamente, con esos ojos grandes y casi almendrados, contra los suyos frío color acero, que a la vez la miraba tan ardiente que parecía derretirse. Susurró ronco:

—*Ich liebe dich, Gazelle Augen.*

«Te amo, Ojos de Gacela», desde que la vio por primera vez, su mente la llamó así, en sus momento de pasión era su dulce apodo. Ella sonrió y él dejó caer suavemente el peso de su cuerpo, dirigiendo su ávido miembro dentro de la suavidad húmeda y necesitada de la vagina de su mujer. Se deslizó tierno y duro a la vez, con una mezcla de anhelo y ansiedad difíciles de catalogar para su mente, solo susurraba para él, sin saber si ciertamente su boca emitía algún sonido salvo algún áspero gemido. «*Ich bin zu Hause*» Estaba dentro de ella, bien enfundado en su conocido calor, y sí, se sintió por fin en casa.

—Todavía recuerdo nuestra primera vez.—dijo mientras apenas salía unos centímetros del interior de su mujer

—Yo prefiero no hacerlo.—Ella hizo con su cara una graciosa mueca, que se transformó en éxtasis, tras una nueva embestida de Henry deliberadamente lenta.

—¿Por qué? Fui cuidadoso con tu cuerpo.

—Lo que me dolió, ¿sabes? es que a la mañana siguiente te marchases de aquel modo.—imitó soberanamente bien la voz de Henry, pronunciando en alemán.—*Ich bedauere, was passiert ist Dafne.*

Él sonrió, en verdad, cuando vio a la joven despertar, desnuda, envuelta en una nivea sábana, la mañana después de derramar dentro de ella toda su pasión, era lo único que supo articular, «Siento lo ocurrido Dafne». Llevaba un par de horas despierto, tomando decisiones, preparándose a la vez para un

día de trabajo en aquella oficina de pasaportes y visados a la que estaba provisionalmente destinado. En realidad no se arrepentía de hacerle el amor, sino de haber sido tan impulsivo, sin darle otra opción a rendirse a sus demandas, sin apenas darle tiempo a su mujer a pensar las verdaderas consecuencias. Él estaba decidido a todo, pero no sabía lo que ella había sentido o pensado de su «casi asalto».

Sus labios duros seguían elevándose en una media sonrisa sabia, volvía a concentrarse en entrar y salir de ella. Tortuosamente despacio, lo que arrancó un gemido de placer en ambos.

—Aún no me lo has perdonado.—Empujó de nuevo, con más fuerza, dentro de su honda calidez. Redoblando su ímpetu, ella se arqueó bajo su peso.

—Los hombres, no sabéis, utilizar, las palabras...—Consiguió decir entre varias respiraciones agitadas y algún que otro nuevo gemido placentero.

—Pero sí la boca—dijo Henry antes de atrapar un pezón sonrosado y hermoso, que estaba tan erecto que parecía dolorido. Ella volvió a gemir, de nuevo y poco después se dejaron llevar juntos. Los recuerdos de su primera noche de pasión aceleraron el clímax para ambos. Tan fuerte, tan intenso, y placentero como la primera vez, pero sin las dudas, los miedos y la incertidumbre de aquella mañana dentro de esa nación en guerra.

Tiempo después, saciados y satisfechos, entibiados bajo las mantas, se escuchó el correteo de unos pequeños piecitos, y el intentar abrir la manija de la puerta. Gracias al pestillo, esta aguantó.

—Mamáaaaaa, papáaaaaa, Cedric y yo tenemos hambreeeee. ¿Qué «tais» haciendo?—Raymond aún tenía problemas con la sintaxis de algunas palabras.

—¡Cielos!—ella saltó de la cama, corrió a ponerse el jersey sin nada debajo con las prisas. Se metió los pantalones de igual forma. Su marido estaba medio dormido.

—¿Qué pasa?

—Los niños ya se han despertado. ¡Voy cariño, estábamos... durmiendo la siesta!

—Sí, mmm—, dijo él alcanzando con un cachete el trasero de su esposa, antes de que lo tapase definitivamente el pantalón de pana azul marino—

ahora a «esto», de aquí en adelante, le vamos a llamar «dormir la siesta».

Ella se volvió ya casi vestida, y le sacó la lengua. Henry seguía destapado, tras saltar ella como un resorte de la cama.

—Cúbrete hombre, y cuando me los lleve abajo, te vistes.

—¡Sí, mi sargento!—Desde su posición acostado y desnudo, se cuadró con gesto marcial ante su mujercita.

—Mamáaaaa—se escuchó a través de la puerta dos impacientes voces infantiles a coro y el golpeteo continuado de sus puñitos en la madera.

—Ya voy, ángeles míos, mami se está vistiendooo...— canturreó mientras se volvía para sonreír a su esposo. Este ya se encontraba tapado bajo las mantas hasta la cabeza.— No te escondas cobarde—le siseó.

Henry reía bajo la colcha, bien atrincherado, por el momento.

Una vez vestida casi con decencia, aunque algo despeinada consiguió abrir la puerta. Salió escaleras abajo con ambas fierecillas de la mano preguntándoles que querían de merienda.

Henry aún remoloneó un rato, relajado y a gusto, hasta que escuchó la voz de Dafne llamarle desde abajo con insistencia.

—¡Ya voy, mi sargento!—dijo divertido.

—¡Teléfono, Henry, es para tu hermano! El general Bossfield, dice que quiere hablar contigo si él no está.

Esta vez fue Henry quien se tuvo que dar prisa y salir a medio vestir, abotonándose la camisa bajando los escalones. Su esposa sostenía con aire preocupado el auricular, antes de pasárselo. Con el ceño fruncido de preocupación lo tomó y se lo llevó al oído.

—Mi general, Henry Daylight al aparato.

Con semblante concentrado, Henry escuchaba. Dafne repartía su atención entre el despacho y la cocina, no quitaba ojo de sus gemelos, pero con el oído atento. Era una curiosa, lo admitía. Pero ese general, le ponía los pelos de punta y no sabía por qué. Su marido asentía, miraba al infinito, y apenas pronunciaba palabra.

—Sí mi general, mañana mismo estará en su despacho, yo me encargo. Buenas tardes.

Dafne observó que durante toda la conversación, más bien unilateral por parte del general, la postura erguida de su marido, como si estuviese pasando

revista. Llevaba el ejército en la médula de los huesos, eso no lo podía negar, todavía lo recordaba vestido con el imponente uniforme de gala alemán, lo que arrancó un suspiro de notoria nostalgia. Cielos, estaba tan impresionante y varonil vestido de coronel.

Escuchó el clic del teléfono al colgar, ella disimuló en la puerta de la cocina como pudo, enjugándose las manos limpias en un delantal.

—He de acercarme a ver a Tony, tiene orden de presentarse mañana en Londres ante Bossfield sin falta, antes de mediodía.

—Pero, ¿no estaba de excedencia?

—Puede que le necesiten y se haya terminado. No lo sé, solo me ha instruido de que debe por todos los medios no faltar a la cita mañana.

Tomó el pesado chaquetón que usaba de la percha del recibidor y buscó las llaves que solía dejar sobre un mueble alto de la entrada para que los gemelos no llegasen. Ya lo hicieron una vez e intentaron arrancar el coche ellos por su cuenta. Menos mal que no llegaron a poder quitar el freno de mano, no tenían suficiente fuerza o destreza aún.

Dafne lo contempló salir de casa. Preocupada por su cuñado, siguió tomando un té junto a los niños. Estos, pronto estuvieron en disposición de seguir disfrutando de la tarde ante la amplia chimenea con sus juguetes. Ella les acompañó hasta allí, tomando un libro de la biblioteca, pero sin leer en realidad, esperando la vuelta de su marido y el transcurrir del tiempo hasta la hora de la cena. La radio sonaba con música ligera y, de vez en cuando, algunas noticias locales, mezcladas con los partes sobre el frente.

Las batallas parecían tan lejanas en un sitio como aquel. Gracias al huerto y a la vida campestre no les había faltado ni siquiera alimento básico, como sabía que ocurría en las zonas urbanas, donde había racionamiento. El café no llegaba, el té a veces, y el azúcar que usaban era de caña, pero tenían carne y huevos frescos con el gallinero y las granjas cercanas que criaban corderos y terneros. Tampoco les afectaban los bombardeos, aunque de eso hacía ya un tiempo que no sucedían, Alemania se estaba replegando y en poco tiempo se iban cambiando las tornas en el mapa de la guerra.

Suspiró, acordándose de los que dejó atrás. La familia Colber, con la que trabajaba, antes de conocer a los hermanos Daylight, según su última carta estaban a salvo en zona aliada. Ninette y Hans, sus antiguos pupilos, ya

contaban con entre seis y diez años

También recibieron unas pocas noticias de su amigo Kurt desde Alemania, no muy halagüeñas. El coronel Dietrich seguía vivo, pero degradado a capitán, por sospechoso de haberles puesto sobre aviso. Y fuera de las Waffen SS, en el ejército regular de Berlín.

Los tíos de Henry, bueno el tío Rudolf, había sido conminado a retirarse ya de su puesto. La tía Gertrud, pobrecita, no había sobrevivido a unas fiebres el año pasado. Eso le dolió mucho, la mujer había sido tan cariñosa con ella. De las dos hijas de estos solo sabían que estaban en algún lugar cerca de Colonia, juntas. Sus maridos eran oficiales alemanes, y por lo que sabían, uno de ellos no había sobrevivido al desembarco de Normandía.

Henry sintió hondamente el fallecimiento de Gertrud. No poder estar al lado del buen hombre, aparte de sus diferentes ideologías o países, no dejaba de ser su tío. A su llegada hacía casi diez años a Berlín, lo había arropado y apoyado en todo. Aún tenía el cargo de conciencia por haberle mentido todo ese tiempo.

Poco después escuchó llegar el coche. Henry, por fin, estaba de nuevo en casa. Suspiró y se arrellanó en el sillón junto a los niños. Pronto sería la hora de la cena en su pequeño rincón casi paradisíaco.

CAPÍTULO 2

LA mañana se había levantado fría y brumosa, tal cual su estado de ánimo. El contar todo lo acontecido con Jane a su hermano, había removido demasiado en su interior, y encima las demandas de su superior, Bossfield a último momento. Pasó mala noche, la mayoría de las horas nocturnas en duermevela. Se abrigó bien, y tomó una bandolera de piel con lo imprescindible para pasar un par de días en Londres, por si acaso. Si necesitaba algo más, encargaría a Henry que se lo trajese en coche o enviase por la estafeta de correo.

Saludó a los chicos que iban a despejar el terreno de restos de la obra antes de marcharse. Les pagó una generosa propina, y estos que apenas contaban entre catorce y dieciséis años, le saludaron como si fuesen soldados. Habían sido sus peones, sus albañiles, sus carpinteros. Su ayuda mientras levantaba el apartamento sobre el techo del viejo Pabellón. Los hombres de cierta edad, la mayoría estaba movilizados en el ejército, y solo los más jóvenes o los más mayores, podías contar con ellos para trabajo semejante.

Cuando Bossfield le había hecho llamar con tanta urgencia, debía de ser importante. Henry se había mostrado preocupado cuando llegó a su casa aquella tarde anterior, casi ocultándose el sol. Él había disimulado e intentado tranquilizar a su hermano. Hablaron un buen rato de nuevo. Cuando le vio marchar, le dio rienda suelta a su estado de ánimo, bajando a la planta baja del pabellón y sacudiendo hasta la saciedad el saco de boxeo. Pero ni terminar agotado, le hizo conciliar el sueño.

Esperaba tener algo más de tiempo de excedencia, para poder terminar su

hogar. Quedaban algunas cosas por arreglar. Pero en fin, era habitable, tenía un buen sofá, una nevera y una cocina, junto a la enorme cama y a la ducha, ¿qué más podía desear un tipo solitario y soltero como él?

En su motocicleta, cabalgó a la capital, envuelta su boca y su nariz con una de las bufandas que una vez le tejió la vieja y cariñosa cocinera que trabajó años para sus padres, Margharet. Esta disfrutaba una vejez tranquila viviendo con una de sus hijas en el campo. Otra de sus hijas, una que se parecía bastante a la anciana, era la que, junto con su marido, un hombre bastante mayor que ella, cuidaban de su casa en Londres.

Él aún conservaba algunas cosa que ella le tejió, incluso un gorro de lana azul turquesa, que fue lo que llevaba sobre la cabeza aquel primer día que se presentó en los cuarteles del ejército británico para hacerse la revisión médica para entrar en sus filas.

Entonces era un crío, recién salido de Eton[8], con dieciocho años recién cumplidos. Un cabo muy serio y formal le había estado esperando a la salida de la enfermería tras el reconocimiento médico.

Él ya había echado el ojo a tres o cuatro compañeros de la fila, que parecían simpáticos, y conectó con ellos. Habían tramado irse a unos garitos del puerto fluvial, aquella misma noche, a tomarse unas cervezas y quizás conseguir algunas chicas. Unos de esos sitios donde no te piden la cédula de identidad, si llevas los suficientes peniques encima.

Nunca se llegó a tomar esas cervezas, al menos con aquellos chicos. Y eso que parecían una pandilla divertida.

El general Durnston, antiguo amigo de su difunto padre, le reclamaba en su despacho. Hasta allí había llegado, con su gorro de lana turquesa, calado hasta las orejas, ocultando la masa de rizos dorados, que seguramente dentro del ejército, se vería obligado a recortar al mínimo, igual que su hermano.

Al abrirle la puerta el cabo le hizo un gesto con los ojos hacia la prenda que tapaba su cabello y se lo sacó con presteza, peinando sus rizos apenas con los dedos. Como pudo lo ocultó en el bolsillo trasero de su pantalón de pana gruesa.

Qué distinta fue su vida de lo que tenía proyectado hasta ese día, después de aquella entrevista.

Ahora el despacho del viejo general estaba ocupado por *Cascarrabias*

Bossfield, su inmediato superior. A pesar de su grado de capitán, aparte de a ese hombre, no tenía que rendir cuentas a nadie debido a su especial estatus en el ámbito de entrenamiento para los futuros informadores del ejército.

Este había hecho pocos cambios en el mobiliario, aún era una mezcla de madera de castaño, envejecido más por el tiempo que debido a la calidad de su acabado, y moqueta verde oscura por todos lados.

Después de un rato de conversación unilateral, Tony permanecía casi mudo ante su general y superior, Bossfield le miró muy seriamente.

—Esto será llevado a término en el más absoluto de los secretos, capitán Daylight.

Tony seguía negando con la cabeza. Era lo único que había hecho desde que entró en ese despacho, saludar, sentarse, negar y anonadarse. Bossfield prosiguió:

—El gimnasio quedará libre a las cinco de la tarde. A partir de las seis, será vuestro. Podrá comprobar entonces sus aptitudes. Todos los días pueden quedar a esa hora y comenzar las clases, nocturnas por supuesto. Nadie debe

saber nada de esto.

Tony negó de nuevo mientras miraba la punta de sus botas reforzadas con acero.

—Lo sabe bien, me debe una, o varias. Su hermano está libre, incluso del campo de detenciones o el de batalla, gracias a mí. E incluso de más interrogatorios después de su vuelta de Alemania. Allí era un tipo importante, y podíamos haberle obligado a contarnos muchas cosas, le he protegido con mis influencias. Usted también se ha librado de una buena, después del incidente con Steel, por mi intervención.

—Y yo se lo agradezco, mi general, pero...—dijo con sinceridad.

—Nada de peros... No quiero sus agradecimientos, solo que entrene a esta joven, la instruya a fondo con todo su conocimiento. Y tiene menos de dos meses.

Tony alzó su azul mirada hacia Bossfield. El general su inmediato superior, le observaba ceñudo. El tipo tenía poder, mucho. Incluso más del que una vez tuvo el benévolo y ahora difunto general Durnston. Y sabía a

ciencia cierta que no dudaba en usarlo.

La vida tranquila de su hermano y de su cuñada, estaba en sus poderosas manos. Bossfield nunca hablaba a la ligera. Conocía que Henry estaba en una situación demasiado especial, continuaba vigilado aunque habían pasado casi tres años de su vuelta a Inglaterra. Él mismo quitó un par de micrófonos que un agente haciéndose pasar por un técnico de la compañía de teléfonos había colocado en el despacho de la casa de Henry en Londres. Y con su habitual descaro fue a dejarlos caer sobre la mesa del general tiempo atrás.

Entonces le confirmó que Henry sería vigilado hasta que pasase el conflicto y puede que hasta mucho después. Tony le hizo saber que cada micrófono desaparecería de igual forma, y cualquier intento de alterar la vida sosegada de su hermano atajado por su parte, y sin importarle consecuencias para su propia persona. Bossfield le miró aquel día a los ojos, había empezado desde su ascenso, a conocer demasiado bien a uno de sus mejores hombres en el campo de la información, como para saber, que el joven nunca hablaría a la ligera. Llegaron a un acuerdo tácito, Henry quedaba aislado y en un sitio seguro, y ellos rebajarían el grado de peligrosidad con que lo había señalado el gobierno.

Quizás por eso, él había convencido a Henry, junto con su esposa Dafne, que viviesen en el antiguo *cottage* familiar, en vez de en la capital. Allí, él mismo se hacía cargo de que no hubiese «bichos»[9] en la línea telefónica, ni agentes vigilando todo el rato. Además, con la excusa de por las incursiones aéreas enemigas, que dejaron graves heridas en el mapa de la ciudad, Dafne y sus hijos estarían más seguros en el campo. Allí, encerrado en aquel aislado lugar, parecía que el servicio secreto le daba más libertad de la que hubiese gozado en la capital, y de cuyo seguimiento, se hubiese acabado, tarde o temprano dándose cuenta.

Pero Bossfield podía revocar la orden de simple vigilancia, y ser puesto incluso en una celda, a espera de que acabaran acontecimientos, y someterlo a interrogatorio continuo. No podía dejar que eso pasara. Joder, había llegado a ser coronel alemán, su hermano cuando se metía en algo nunca se quedaba a medias. Las órdenes dadas por Durnston aquella lejana mañana de octubre del año mil novecientos treinta y cinco fueron esas, entrar en el ejército germano, y él, Henry consiguió una más que alta graduación allí, para ser un

tipo de menos de treinta y pocos en aquella época. Toda una hazaña.

Tendría sin embargo que aceptar el revisar a la joven. Si no valía, si era una mojigata o una enclenque, se lo diría a las claras a Bossfield. O mejor, tenía métodos eficaces de convencer a una mujer para que se quitara de la cabeza el pertenecer al grupo de informadores. Aunque ahora debiese de inclinarse ante el general *Cascarrabias* y hacerle creer que, en principio, estaba de acuerdo, incluso más que eso. Sonrió levemente. Quiso tirar un poco más de su cadena, a ver hasta dónde cedía.

—Muy poco tiempo para un entrenamiento a fondo solo unas horas cada noche. Necesitará las veinticuatro horas del día y siete días a la semana, para estar solo ligeramente preparada. ¡Y encima me dice que será lanzada en Berlín!

—¿Propone usted algo?

La voz de Bossfield tuvo una nota esperanzada que Tony nunca creyó llegar a escuchar. ¿De veras él era la mejor opción para ese trabajo? Diablos, si le habían obligado a retirarse un tiempo de las clases después del asunto de Jane. Y de aterrorizar a esa otra alumna, que ya no recordaba ni su cara ni su nombre. Pero había que dorarle la píldora al general, sobre todo por Henry, Dafne y sus niños.

—Que tenga su equipaje preparado. Si pasa mi prueba, y seré duro con ella, eso no lo ponga en duda, se vendrá conmigo. Confiarán ambos plenamente en mí. Estaremos en un sitio apropiado para el entrenamiento, donde nadie nos molestará. En siete días le haré una primera llamada, con sus avances o, si se la devuelvo.

—No «me la devolverá». Ella hará lo que usted ordene para su adiestramiento. Sé que es un instructor duro, algunos comentan que rayando en lo cruel. Pero tampoco ha hecho nunca daño a un alumno a sabiendas. Y los suyos han sido siempre los mejor preparados ante cualquier situación. Quiero que ella tenga el mejor profesor que pueda conseguir, usted es el único que puede instruirla lo suficiente si quiero que sobreviva. Además reconozco que parte de lo que ha pasado es por el miedo que usted tiene a que nuestras «informadoras» sufran lo mismo que la joven Jane Bellforg. Por eso mismo sé que será respetada y bien entrenada.

Tony, se levantó del sillón. La chica debía de ser extremadamente

importante para Bossfield, se le notaba a la legua. Sabía que no tenía hijos, y tampoco familiares directos. ¿Quién sería la recluta? Y sobre todo, ¿qué misión le sería encomendada a una novata en el lugar más peligroso en esos momentos en Europa? Se elevó en toda su altura, cuadrándose, cosa que no hacía casi nunca, más bien por joder un poco a su estirado superior que por otra cosa. Pero esta vez no le convenía mostrarse tan insumiso como le era habitual.

—Mi general, de acuerdo. Esta misma tarde, a las seis, en el gimnasio de las instalaciones. Vendrá sola, deje las instrucciones necesarias para que ambos entremos, en el control de guardia sin preguntas.

—Por supuesto, capitán Daylight.

—Con su permiso, me retiro.

—Lo tiene.

Tony se volvió hacia la puerta, sacó de su bolsillo trasero los guantes de cuero, y los sacudió contra su muslo para estirarlos. Miró unos instantes por encima de su hombro directo a los ojos verdosos de Bossfield.

—Mi general, pero si ella decide, después de la prueba no seguir...

—No lo hará.

Tony se encogió de hombros y salió sin decir una sola palabra más. Por muy seguro que estuviese Bossfield de la chica, conocía bien como disuadir a una cadete. Y esta vez, no iba a hacer excepciones. Solo si fuese lo suficiente válida, estudiaría el tema.

Edward S. Bossfield se dejó caer en el respaldar de su sillón por unos minutos, agotado. El hombre que acababa de salir por la puerta era la mejor baza que tenía Alexandra si quería llevar la misión a cabo y con éxito. Dos meses eran demasiado poco lapso para unas clases nocturnas, por excelente que fuese el instructor. Lo que proponía Daylight de llevarse a la joven, sin destino claro para entrenarla, al segundo de oírlo, no le hizo la menor gracia. Pero llevaba toda la razón, necesitaba todo el tiempo posible. Además, conocía bien a los Daylight, eran hombres de honor, Alexandra estaría segura con él.

Además, Alex era una mujer fuerte, de carácter indómito, sonrió. Daría más de un quebradero de cabeza a su instructor.

Alzó el auricular del teléfono, marcó en la rueda los conocidos números.

La contestación desde el otro lado no se hizo esperar.

—¿Alexandra? Sí, soy yo. Todo preparado, esta tarde a las seis tienes que estar en el gimnasio del cuartel. Pero será mejor que vengas un poco antes, necesitarás ponerte ropa cómoda. Te hará una prueba, y será duro contigo.

Escuchó por unos instantes la contestación, luego continuó.

—Ya lo sé. A instancias de Daylight, serás entrenada en otro lugar, deberás irte con él.

Escuchó unos pocos segundos a su interlocutora.

—No, no me lo ha dicho, con seguridad porque cree que no pasarás la criba. Trae una mochila con lo indispensable. Estarás fuera un par de meses a lo sumo. Entrenando día y noche con él. ¿Estás conforme, Alexandra?

Tras escuchar a la joven al otro lado de la línea, se despidió. Luego Edward S. Bossfield se levantó y miró a través de la alta ventana que iluminaba desde un lateral su despacho. Daylight ya se había marchado, en el patio no estaba ya su motocicleta.



Alexandra McKonky dejó caer despacio el auricular. Miró el alto y vetusto reloj de pared de aquella habitación, que hacía las veces de despacho, y biblioteca. Las diez de la mañana, apenas una hora antes había desayunado y rehusado a salir ese día a la calle con su madrastra, que tenía previsto ir a ayudar a la Hermandad de Viudas y Huérfanos de Guerra. Una niebla deprimente envolvía todo. Saliendo del despacho, pisando suavemente, subió las escaleras. No necesitaba encontrarse con nadie, no quería hablar de nada, solo pensar, recordar, tomar el valor suficiente rememorando el pasado, para afrontar el incierto futuro.

Ya en el dormitorio, cerró con pestillo la puerta. Odiaba que irrumpieran sin su consentimiento en su santuario. Aunque no podía llamar así a aquella habitación demasiado coqueta, con exceso de flores por doquier, en una paleta de tonos rosas. Cortinas, colchas, tapizados de silla, todo en el mismo brocado. Se tiró en la cama boca arriba, haciendo caso omiso si arrugaba la delicada colcha de raso de damasco.

Y rememoró... Casi diez años hacia atrás en el tiempo. Era ese mismo dormitorio, pero antes lo ocupaban dos camas gemelas, muchas menos flores

almidonadas, y una buena colección de libros y muñecas. Ante ella y en su imaginación, empezó a dibujarse la imagen de Marianne, con su camisón malva de niña con puntilla y encajes, su trenza a medio hacer de cabellos castaños y su sonrisa eterna.

—Le amo, ¡le amo!

Frente a sus ojos, extremadamente abiertos, en la privacidad de la alcoba que compartían en casa de su padre, abrazando la carta sobre su corazón, Marianne daba vuelta y vueltas, bailando en redondo, hasta caer mareada en su propia cama. Reía, cantaba, parecía tan feliz que solo le faltaba volar sin alas. Su cabello castaño con reflejos dorados completamente alborotado, terminó suelto del confinamiento de su trenza para dormir.

—Ssst—dijo al fin Alexandra—.¿Quieres que suba alguien a ver que es este jaleo que traemos a la hora de dormir?

Su hermana menor, aún con la carta entre sus delicados dedos, saltó desde su cama a la de ella, metiéndose bajo las sabanas, bien juntas, como cuando eran pequeñas y había tormenta. O mamá, o tía Maggy las reñían por alguna travesura. Susurró solo para los oídos de su hermana mayor y cómplice.

—Es verdad, nadie debe saberlo. pero... ¡Le amo! ¡Y él también me ama! ¡Me lo repite muchas veces en esta carta, mañana quiere verme para hacer planes!

Alexandra se movió en el colchón hasta quedar de lado y mirar con fijeza a su hermana pequeña.

—Tendríais que decírselo a nuestro padre.

—¡No! ¿Has perdido el juicio? Papá no querrá que esté con él, me mandará de nuevo a Escocia con tía Maggy. ¡Me encerrará de por vida en la granja!

—Padre comprenderá, sobre todo si tu novio habla con él, y le pide permiso para verte.

—Tengo diecisiete años. ¡Aún me quedan cuatro para ser mayor de edad! ¿Qué crees que hará papá cuando se entere? ¡Pondrá el grito en el cielo!

—Papá te adora. Os sermoneará a ambos largo rato, pero yo creo que os permitirá veros, aunque se asegurará que tengáis carabina.

—Él no estará aquí mucho más de dos semanas. ¡Vuelve a su país! Su hermano ha terminado casi con sus negocios en Londres. ¡Pronto ambos se

irán!

Alexandra negó con la cabeza.

—Siempre podréis hablaros por carta, y hasta por teléfono. Si vuestro amor es verdadero, podréis esperar un poco.

—No, ¡no! me niego, le amo, aquí y ahora. No quiero esperar y hacerme una vieja. Él ya tiene veintiuno, ya no necesita pedir permiso para casarse.

Alexandra abrió aun más sus ojos verdes, si eso era posible.

—¿Casaros? ¡Casaros! Marianne, eres una niña, ¡No conoces lo que es eso! Ni sabes lo que pasa entre un hombre y una mujer cuando...

Marianne se puso tensa en ese instante. Sus mejillas se colorearon vivamente y miró, muy seria, a su hermana.

—Sí, lo sé. Y lo sé, desde hace tres días.

—¿Q-qué?

—Como lo oyes. Hace tres días, durante la fiesta del general Durnston.

—Pero, él no estaba... ¡Es cierto! ¡Dijiste que estabas indispuesta, y el chófer te trajo a casa!

—Exacto, Verner me esperaba. Mildred me abrió la puerta, le dije que me dolía la cabeza y que iba directa a la cama, que no me molestase nadie porque iba a tomar un remedio para dormir de nuestra madrastra. Cuando escuché que se encerraba en su habitación, me mudé de ropa y salí. Él estaba en la esquina, con un coche. Nos fuimos a la casa que tienen alquilada su hermano para cuando están aquí por negocios... y...

—Oh, Mari, ¿entonces...?

—Sí, lo hicimos. Me llevó a su dormitorio, nos besamos, nos desnudamos...

—No quiero saberlo Marianne. ¡Podrías estar embarazada!

—No, no, Verner tomó precauciones, uso un, como se llama, ¿condón? No sé, es algo que se pone en su...

Alexandra se tapó los oídos con ambas manos, escandalizada.

—¡No quiero saberlo!

—Fue maravilloso, Alex, al principio me dolió, pero luego. Es tan dulce mi Verner... le amo tanto... esta carta es la prueba que hice bien, él no quiere irse de Londres sin mí. ¡Quiere que nos casemos!

—Ssst, insensata, baja la voz.

Ambas escucharon pasos por el pasillo. Había varias maderas del suelo que crujían notablemente aunque fuese poco el peso del que las pisase.

Ambas se quedaron en silencio, escuchando. Marianne se había tapado la boca con una mano, y en la otra estrujaba la carta bajo las sábanas floreadas, contra el corazón y su camisón de niña. Alexandra, tensa, miraba con el rabillo del ojo hacia la puerta, dispuesta a hacerse la dormida si el pomo giraba.

Pero los pasos siguieron de largo, ambas suspiraron y siguieron con sus confianzas hasta que cayeron dormidas, juntas y abrazadas, como cuando eran pequeñas y se quedaron sin su querida madre.



Alexandra se levantó sobresaltada, casi se había dormido recordando aquella noche de hacía, ¿cuánto? ¿Ocho o nueve años? Ella entonces contaba con poco más de dieciocho. Se llevaba apenas diez meses con su hermana menor, pero por sus diferencias de estaturas, complejiones, e incluso color de pelo, nadie diría que eran hermanas, salvo por el color verde de sus ojos, ambos heredados de su padre.

Se dio media vuelta sobre la ya arrugada colcha y tiró un par de cojines al suelo para destapar la almohada y acomodarse mejor. Lo único que le apetecía en esos momentos era estar sola. Y hasta que llegase la hora del almuerzo, pretendía quedarse encerrada para que nadie le molestase.

Su mente volvió a llevarla ocho largos años atrás en su memoria.

Aquel viernes apenas dos semanas después de la confesión de Marianne, remoloneó sola por Londres, todo el tiempo que pudo. Se escondió en el museo recorriendo cada sala minuciosamente, parándose ante cada cuadro y escultura como si fuese una estudiosa. Luego en la biblioteca universitaria que no cerraba hasta bien entrada la tarde. Le estaba dando todo el margen que podía a su hermana. Miró su fino reloj plateado de pulsera, casi las ocho, el barco hacia el continente debería haber zarpado con la marea de las cinco de la tarde. En él marcharían su hermana y su adorado Verner. Suspiró. Debía de haberse vuelto loca por aceptar cubrir las espaldas de su hermana de esa manera.

Pero el rostro de felicidad de Marianne cuando miraba a aquel joven...

Ella también le conocía. No sabía que veía su hermana en ese alto y albino alemán, de ojos celestes, rostro anguloso y delgado. Pero claro, la que estaba enamorada no era ella. Ambos amantes le habían prometido que cuando navegasen a varias millas de la costa, en aguas internacionales, irían al capitán del barco contándoles su problema. Este no tendría más remedio que casarles. Además, ese viejo lobo de mar era amigo de su hermano, y por lo visto tenía alguna que otra participación en las empresas que su familia dirigía en Berlín.

Alexandra tuvo que claudicar, y ayudar en lo posible a su hermana en esto. Ella no veía su felicidad lejos de aquel hombre, ¿y quién era Alexandra para juzgar a nadie? ¿o interponerse en la felicidad que ambos jóvenes parecían supurar hasta por los poros cuando estaban juntos? ¿Ella se había enamorado alguna vez para saber que era eso?

Ambas se habían excusado con su madrastra después de almorzar anunciando que iban a tomar el té en casa de unas jóvenes amigas del vecindario.

Marianne escondió su maleta un día antes entre los trastos viejos de la cochera, y apenas una hora antes de comer, tras los setos del jardín cerca de la entrada. Tuvieron muchísimo cuidado de sacarla sin que nadie las viera, lo que era una hazaña, a esa hora de la tarde. Verner, como prometió estaba a la vuelta de la esquina, con un taxi. Besó a ambas y guardó la maleta en el coche, luego entre lágrimas, ellas, se dijeron adiós, más bien un hasta pronto. La familia de Verner acudía un par de veces al año a Inglaterra para ferias de maquinaria agrícola y cosas similares, contando con hacer algunos negocios. La próxima vez volvería casada del brazo del mismo hombre que ahora se la llevaba lejos de ella. Este, con su gutural acento, juró con la mano sobre su corazón, que la cuidaría mejor que a su propia vida.

Vio alejarse al automóvil, no quiso llorar más. Su hermana iba en busca de su propia felicidad, al menos, en su mente juvenil era lo que quería creer.

Alexandra nunca más volvió a verla. Después de ese día solo sus cartas, y alguna foto, que conservaba como un tesoro. Llegaban puntualmente todas, o casi todas las semanas. Hasta que estalló la guerra y ambos países fueron enemigos declarados.

A partir de esa fecha, ya no supo más de ella.

Lo peor fue ese mismo día, al volver a casa. Su padre había regresado de su trabajo en el cuartel, ella entró por las puertas casi oscureciendo, él estaba allí mismo, esperando a ambas, para una breve regañina y después irse a cenar, castigándoles a lo peor con un par de semanas sin ver a sus «supuestas amigas» con las que habían tomado el té.

—¿Son estas horas de aparecer, señoritas?

Alexandra cerró la puerta, suspiró hondo, enderezó sus hombros y se dispuso a aguantar lo que le venía encima. No la dejó abrir la boca, su padre enseguida avanzó varios pasos hacia ella con el ceño fruncido.

—¿Dónde está tu hermana?

Un paso más cerca. Su padre era un hombre alto, aunque ella también. Había heredado ese rasgo suyo, junto a sus ojos color verde.

—¿Dónde está Marianne? Responde Alexandra.

—Ella se ha marchado con su prometido, Verner, a Alemania. Han zarpado esta misma tarde en barco al continente.

Su padre la tomó de los hombros y la sacudió. Su voz sonó iracunda.

—¿Qué demonios estás diciendo?

Su madrastra aparecía desde la puerta del comedor, con sus ojos suaves color avellana, muy abiertos. Se había alarmado al escuchar las voces en la entrada.

—¿Qué ocurre, querido?

—Alexandra, contesta, ¿cómo has dejado a Marianne irse con ese tipo? ¿Por qué lo has consentido? ¡A Alemania nada menos!

—Oh, cielo santo, Marianne, por favor Alexandra—suplicó su madrastra llegando hasta ellos—, di que es una broma de vosotras y tu hermana está escondida en el jardín.

—No, Adelinne, Marianne se ha marchado con su prometido.

En ese momento su padre le alzó la mano y cruzó su rostro con una bofetada. Alexandra llevó su mano a la dolorida mejilla. Ella nunca había sido castigada de semejante forma, sus ojos se anegaron de lágrimas que no dejó que cayesen.

Su padre la sujetó de nuevo por los hombros sacudiéndola.

—¡Tenías que haberlo impedido! ¡Tu hermana es apenas una niña de diecisiete años!

La suave mano de Adelinne sujetó el brazo poderoso de su marido. Su madrastra difícilmente pasaba del metro cincuenta, pero en ese momento vio todo el arrojito de esa mujer.

—Deja de tratar así a tu hija. Alexandra es igual de niña que ella, apenas tiene dieciocho. ¿Crees que por un año mayor tiene algún poder sobre los actos de su hermana?

La diminuta mujer logró al fin interponer su pequeño cuerpo entre Alexandra y su padre.

—No tocarás ni un pelo más de Alexandra—sentenció acariciando la mejilla enrojecida—. Vamos querida, sentémonos y hablemos con tranquilidad, a ver que podemos hacer.

Abrazó la cintura de Alexandra y la llevó, pasando ante su propio marido hasta la salita. Su padre les siguió a pocos pasos. Ella notaba su mirada dura en la nuca.

—Ven, siéntate aquí.— Adelinne la acercó hasta el sofá antiguo de largas patas de madera tallada en forma de garra, donde justo cabían ellas dos, el hombre quedó de pie, a poca distancia de ambas. A pesar de las ganas de romper a llorar que tenía Alexandra, logró controlarse. Su madrastra, apenas pocos años mayor que ella y diminuta en comparación, parecía mantener bien a raya el genio iracundo de su padre.

Con los ojos bajos y las manos crispadas, mientras era abrazada por Adelinne, contó cada detalle de la fuga.

—Debía de haberme dado cuenta—dijo su padre con voz cavernosa—, cuando conocí a ese muchacho... cambió.

Adelinne miró a su marido.

—Los padres no son infalibles, traen sus hijos al mundo con la mejor de las intenciones, pero no pueden evitar que tomen sus propios caminos cuando son mayores.

—¡Marianne es una cría, por todos los demonios, Adelinne! No está capacitada para tomar decisiones.

—Cuando tú empezaste a pretenderme apenas tenía la edad de Alexandra, ¿no te acuerdas? Abre los ojos. Ellas son mujeres, no niñas. Piensan por sí mismas, tienen curiosidad por el mundo, se enamoran...

—A estas horas—murmuró Alexandra con un hilo de voz—, ya se habrán

casado a bordo del barco.

—No, ese hijo de puta se aprovechará de ella, y la abandonará. Y seguramente con un bastardo en la barriga— siseó el hombre mirándola de soslayo.

Alexandra se levantó como un resorte, sin darse apenas cuenta, miró con desafío a su padre.

—Yo soy una bastarda, si mal no recuerdas, padre.

El hombre se quedó mudo contemplando en ese momento a la niña convertirse en mujer, en un ser que no conocía. Esa no era Alexandra, el ratoncito rellenito de biblioteca. Era casi tan alta como él, sus ojos verdes, tan iguales a los suyos, estaban a su mismo nivel.

Su padre negó con la cabeza, sin saber realmente contestar ante tal acusación, o la simple mención a la verdad, por lo menos la parte que conocía su hija mayor. Él había embarazado a la madre de sus hijas, pero esta nunca le comunicó nada, y dos veces. Se escondió en su Highlands natal, y si no hubiese muerto y dejado sin amparo a las chicas aún preadolescentes, no hubiera sabido nada nunca de su existencia. La orgullosa escocesa se había ido de su vida sin mediar palabra. Por eso se casó poco después con la joven Adelinne. Ni siquiera sabía que tenía en ese mundo descendencia, y no volvió a saber nada de su primer amor, Xandra McKonky, hasta hacía apenas cinco años.

—Marianne y yo somos tus bastardas. Aún conservamos el apellido de nuestra madre, no tenemos el tuyo. Nunca te casaste con ella.

Su padre respiraba agitado, como simple acto reflejo, volvió a levantar la mano hacia ella. Alexandra no se encogió, muy al contrario, pareció crecerse ante él. Adelinne tomó la mano de su marido.

—No, no lo harás más. Ella no tiene la culpa, y está diciendo la verdad. Ella es tu hija, ambas lo son, pero nunca te casaste con su madre.

—Les ofrecí mi apellido en cuanto supe...

—Mi madre era muy orgullosa para pedirte nada. Si ella no hubiese enfermado, ni muerto, ni siquiera hubieses sabido de nosotras—arremetió de nuevo Alexandra. En genio estaba a la altura de su madre, y a la de su padre.

El hombre, dejó caer la mano, sus hombros temblaron de impotencia.

—Soy una McKonky, padre, y estoy orgullosa de ello. No necesito tu

apellido, ni nada tuyo. Tomaré mi maleta y volveré a casa de tía Maggy en Escocia, de donde no debimos salir para venir aquí. ¡Nunca!

La orgullosa Alexandra se alejó de aquel salón, subiendo las escaleras corriendo, se encerró en su habitación, atrancando con una de las sillas. Abrió el armario, de donde sacó la maleta que había traído apenas cinco o seis años antes. Fue muy cuidadosa escogiendo lo que llevarse, solo tomó lo que había traído ella misma desde las Highland. Dejó atrás cada prenda adquirida mientras vivió en esa casa. Tomó los viejos zapatos que ya tenía desechados y que no tiró por pena, pues fueron los últimos que le regaló su difunta madre, eso sería lo que se llevaría, no quería nada de esa casa, ni de ese hombre que era su padre, y las había reclamado tras la muerte de Xandra McKonky.

Y solo porque su esposa no había podido darle hijos. Seguramente si hubiese habido otro vástago, ellas ni siquiera le hubiesen conocido.

Cuando pasó la hora de la cena, oyó un suave golpeteo en la puerta y la dulce voz de Adelinne.

—Ábreme, Alexandra, quiero hablar contigo.

—No.

—Alexandra, por favor, tu padre está abajo, no ha cenado tampoco, ninguno lo hemos hecho. Desde que subiste lleva horas al teléfono haciendo llamadas, y averiguaciones, de la familia de ese muchacho, sobre el barco, intentando conectar con él por radio-teléfono, y hasta por el telégrafo. Ábreme pequeña, por favor.

Su madrastra la llamaba pequeña. Apenas diferían ocho o nueve años de edad, y Alexandra la superaba con creces en estatura. Suspirando, se levantó de la cama de su hermana donde había estado sentada la última hora acariciando la almohada que esta usaba. Abrazada a ella, retiró la delicada silla bajo el pomo y dejó entrar a Adelinne. Esta inmediatamente la abrazó, después cerró la puerta tras de sí. Su mirada voló a la maleta que se encontraba sobre la cama de Marianne.

—No te vas a ir a ninguna parte, Alexandra. Tu sitio está aquí con nosotros.

Alexandra movía la cabeza negativamente, Adelinne acarició su cabello, buscó su mirada.

—Esta es tu casa, ¿me dejarás sola? Creía que éramos buenas amigas. Sabes que mis gustos son más afines a los de tu hermana, pero te quiero mucho.—Volvió a ceñirla con sus brazos menudos. El torrente de lágrimas que se había aguantado durante las últimas horas acabó por desbordarse. Abrazadas ambas durante largo rato se sentaron sobre la misma cama de Marianne.

—Ella... ella estará bien, Verner la ama, ellos se quieren.

—Sí, cariño, confío en que esté bien. Pero debía haber hablado con vuestro padre. Quizás un noviazgo un poco más largo no hubiese estado mal, apenas se conocieron hace un mes.

—Ellos están enamorados.—Hipó, y se limpió las lágrimas con otro pañuelo que sacó del cajón. Debía de ser el sexto o el séptimo que había empapado en la última hora.

—No lo dudo. Pero, él debía haber venido aquí, hablar con nosotros, hacer las cosas bien, como es correcto. Tu padre, si se le sabe llevar no es tan malo, es estricto, pero no cruel. El que te haya...—acarició la mejilla golpeada tragando un nudo en su garganta—. Eso no creo que ni siquiera se lo pensase, ha sido en un acto de calor, ahora estará muy arrepentido de ello. Contigo no está más enfadado que conmigo o con Marianne. Cuando se pone así es mejor dejarle solo. Verás como mañana vemos las cosas de otro color, sobre todo cuando sepamos que ellos están bien, que Marianne se encuentra sana y salva. Seguramente tu padre tomará el próximo pasaje en barco para traerla a casa.

—Ella ya se habrá casado.

—Es menor de edad. Ese matrimonio sin el consentimiento de tu padre no es válido.

—No tenemos su apellido. En todo caso tía Maggy sería la que pudiese reclamar algo, pero él no. Además, ellos ya...

No sabía como decírselo sin enrojecer de vergüenza, pero Adeline entendió enseguida, la miro a los ojos.

—¿Estás segura?

—Marianne me lo dijo. Ellos han, bueno, consumado el matrimonio antes de casarse.

Desde abajo se escuchó la potente y bronca voz de su padre.

—¡Adelinne!

Esta se levantó, y acarició brevemente la cabeza inclinada de su hijastra.

—Vuelvo en cuanto pueda cariño.

Durante más de una hora, Adelinne y su padre hablaron en el despacho, llegaba el rumor de sus voces, pero no de sus palabras, estaban discutiendo, o hablando a ratos. Al final, Alexandra se acostó en la cama de su hermana sin quitar la colcha siquiera, el llanto y las últimas horas de tensión, la habían dejado exhausta. Sintió como su madrastra entraba en el dormitorio, y tras contemplarla unos instantes y acariciar su cabello, apagó la luz y salió en silencio. Ella se había echo la dormida a conciencia.

Era bien temprano cuando abrió esa mañana los ojos, se aseó, vistió, y sin decir palabra, marchó de casa a escondidas hacia la estación de trenes. En su monedero apenas los suficiente fondos para llegar a casa de su tía. Ni siguiera le sobraban peniques para comer esos dos largos días de viaje, teniendo que hacer un par de transbordos.

Cuando por fin llamó a la puerta en la gran casona en medio del pequeño páramo más de cuarenta y ocho horas después, su tía corrió a abrirle la puerta. La noticia de la huida de ella y la de su hermana había llegado a través del hilo telegráfico el día anterior, después de su padre y su madrastra casi volverse locos buscándola por todo Londres.

Su tío Ian llegó tras su esposa e igualmente la abrazó contra su robusto pecho.

—Me alegro que estés bien muchacha. Acomódate, voy ha llegarme al pueblo a avisar a ese inglés que tú estás aquí, y que te quedarás con nosotros hasta que te dé la gana.

Así era su tío. Había sido como su padre desde que tenía uso de razón. Una figura cuasi paterna, tranquila fuerte y confiable. Hombre de pocas palabras, quizás esta vez era el discurso más largo que le había dirigido alguna vez. Aunque siempre con sus gestos o sus miradas, sabían que ambas, ella y su hermana eran consideradas como si fuesen de verdad sus hijas. Dicho esto, salió por la puerta a grandes y largos pasos, y poco después escuchó el motor de su camioneta.

Su tía la llevaba a su dormitorio haciéndole mil preguntas. Ella, maldita las ganas de responder, una vez guardadas sus pocas cosas, la llevó a la

cocina. Cuando se enteró que llevaba dos días sin probar bocado se llevó las manos a la cabeza, y empezó a ponerle en la mesa todo lo que tenía en casa.

Ella apenas pudo probar bocado, ahogada en su pena, aunque al menos sus tíos la habían recibido bien. A la vuelta de tío Ian tuvo que soportar otra regañina por lo de Marianne, pero ni punto de comparación con la recibida de su padre, a la vez se mezclaba con abrazos y besos de tía Maggy. En es instante sintió como si algo se rompiese definitivamente en su interior. Pero secó sus lágrimas y levantó la cabeza pasados esos momentos de autocompasión. A partir de ese día, vivió con ellos, con su familia materna, el tiempo pasó, estalló la guerra y todo cambió de nuevo.

Ayudó a su tío en el campo, cuando sus primos corrieron a alistarse en los escuadrones de Highlanders para luchar en Europa. Lloró con ellos la pérdida de su primo mayor en una batalla en alguna tierra tan lejana para ellos que sus tíos no sabían ni pronunciar el nombre. La niña Alexandra empezó a quedar atrás. Las primeras cartas de su hermana la consolaron un poco, le fueron dando fuerzas para luchar día a día. La vida en la granja era dura, inhóspita como la tierra del páramo, hacían falta brazos en el campo, y los jóvenes, la gran mayoría, habían marchado a la guerra, como sus primos, casi desde el principio.

Ella abandonó sus libros y su cuerpo cambió de alta chica regordeta a mujer fuerte y curtida. Lo mismo manejaba la maquinaria agrícola, que recogía cosecha a mano, o manejaba la reata de caballos por las zonas donde el tractor no podía usarse. Eso no importaba, daba igual si sus uñas se rompían, o si su piel se oscurecía por el sol, el trabajo duro y constante era lo que hacía que durmiese bien cada noche.

El tiempo transcurrió, las estaciones volaron. Los hombres que regresaban de la guerra, algunos ya no volverían por sus graves lesiones, uno de ellos su segundo primo, su pierna derecha había perdido buena parte de movilidad, aunque se sentía cada día más fuerte, y empezaba a ayudar en las labores de la granja. El menor aún estaba en una de las compañías de Highlanders en pleno corazón de Europa.

Pero ahora era el momento, no podía esperar más. Le había costado sudor y lágrimas volver de nuevo a Londres, a casa de su padre y proponer ir en busca del hijo de Marianne, lo único que a ambos les quedaba de ella,

después de su muerte allá en el lejano Berlín en el mismo centro de la guerra.

Esa misma tarde y ante un desconocido, que sería su instructor, tendría que demostrar su fuerza y su valía. Dispuesta a todo, alzó la mirada en muda oración, nunca realmente pensaba que sus ruegos fuesen escuchados, pero la oportunidad que había conseguido, tenía que aprovecharla.

CAPÍTULO 3

LA vio de espaldas, justo en el centro del gimnasio. Lo primero que le llamó la atención, aparte de una cabellera color rojizo oscuro, fue su altura. Debería medir poco menos que él. Sus hombros se veían fuertes, pero bien proporcionados con una cintura firme y unas redondas caderas, sin llegar a ser exageradas.

Vestía con unos pantalones sueltos de algodón oscuros atados a la cintura con cordón y una camiseta del ejercito vieja y gastada.

Tenía que ponerla a prueba ahora mismo. Él no quería entrenar más mujeres después de lo que le ocurrió a su última agente, Jane. La dura y hermosa Jane, había muerto en acto de servicio, sin que nadie pudiera hacer nada. Cada una de las imágenes de la desaparecida joven vinieron a su mente. Aunque Jane había sido la antítesis de la hembra que tenía de espaldas en medio del gimnasio profusamente iluminado. Había sido pequeña, y fibrosa, con su cabello castaño claro dorado, ligeramente ondulado y largo, ojos claros, de mirada azul rebelde.

Que Bossfield hubiese puesto en sus manos el entrenamiento exclusivo de esa chica en un curso acelerado, no le gustaba ni lo más mínimo. Pero se recordó a sí mismo, «lo hago por Henry».

Ella había recogido su largo cabello rojizo en una larguísima trenza baja. Mal hecho, era una cuerda perfecta para envolver el blanco cuello de una mujer, y ahogarla hasta morir.

La joven se puso firme al oír sus pasos, dando la vuelta con precisión militar. Cuando le vio, incluso llevó su mano a la frente saludándole como un

soldado, elevando su mentón.

—Capitán Daylight.— Su voz sonó tranquila, firme, y con el acento de las tierras altas. Vaya, escocesa, se lo había imaginado, la señorita McKonky, un buen ejemplar de hembra de highlander.

Tony no dijo palabra, en silencio caminó hasta ella, la mujer permaneció imperturbable a su escrutinio. Era muy alta, apenas diez centímetros menos que él... y él media uno ochenta y seis. Una magnífica amazona. Frente elevada, enmarcada con su cabello rojo oscuro, nariz recta y fina, labios sensuales, aunque ahora estaba en un rictus apretado. Pómulos suaves, apenas marcados, mirada verde y altiva.

Hombros trabajados, no era una florecilla delicada. Cintura fina y caderas hermosas, con unas piernas interminables se veían igualmente moldeadas, aunque estuviesen ocultas bajo el pantalón de algodón de entrenamiento. ¿Edad?, su expediente ponía veintisiete, recordó, aunque apenas había mirado su informe médico rutinario que se le hacía a cada aspirante. No era una ninguna cría.

—¿Su nombre completo recluta?

—Alexandra McKonky, señor.

—¿Alguna experiencia en lucha?

—Me he criado con tres primos. Desde pequeña han sido mis compañeros de juegos, y no precisamente jugábamos a servir el té—sonrió con suficiencia—. Monto a caballo desde que tengo uso de razón. Manejo una escopeta de caza con buena puntería, me entreno con tiro con arco. Se remar, me gusta hacer caminatas, carreras y escalada. Físicamente puedo ser tan resistente como un hombre.

Alexandra respiró hondo mientras sostenía con valentía la mirada escrutadora de Daylight. Cuando ese hombre entró en el gimnasio, desde la puerta a sus espaldas, primero contuvo el aliento. Cuando se dio la vuelta, el capitán Anthony Daylight Strieber no era como se lo hubo imaginado. Ni por un asomo. Era alto, aunque no un gigante, ancho de hombros y desprendía un aura de fuerza innata. Vestía igual que ella camiseta de ejército sin mangas y pantalones cómodos pero eran grises. Sus bíceps se marcaban en sus brazos, y su torso era igualmente de trabajado. Los pantalones que usaba eran demasiado holgados, pero si, también había buenos músculos allí debajo.

Pero lo que más le impactó fue su rostro. Bajo un cabello ensortijado y rubio trigo, algo largo para la moda, unos ojos azules penetrantes. Tenía las cejas, algo más oscuras, en un gesto a caballo entre la concentración y el enfado. Una nariz clásica y un rostro aún de niño. Labios sensuales en un rictus algo amargo, pero que no ensombrecía ni un ápice su masculino atractivo.

¿Él iba a ser su profesor? era joven, llegaría a la treintena o poco más. Tembló ante tal perspectiva, de anticipación, de miedo... no supo de que. Se concentró y no dejó a su mente divagar más, ni fijarse otra vez en ese hoyuelo marcado en su barbilla.

Tony le dio una vuelta apreciativa. Sí, nada de lo dicho lo ponía en duda, se la veía muy fuerte, parecía trabajada a diario. Pero luchar era otra cosa, anticiparse al movimiento de un enemigo en el cuerpo a cuerpo era cuestión muy distinta.

—Imagino, señorita McKonky que no tendrá experiencia con el manejo de armas blancas, puñal, cuchillos, a veces es la única arma que podrá llevar oculta.

—Aprenderé. Y puedo decirle que sé como desollar un cerdo—consiguió decir Alexandra después de tragar un nudo de nervios que parecía haberse instalado en su garganta. Él estaba demasiado cerca, invadía su espacio personal, seguramente adrede. Le llegó nítido el limpio aroma del jabón y de loción de afeitar.

Tony lo vio en sus ojos verdosos, y hasta le hizo gracia la última frase que soltó por esa boca exuberante. Pero se cuidó mucho de no sonreír, no iba a darle ninguna ventaja.

Esa determinación la tenían todos sus cadetes. Pero, si además había otra cosa, era el momento de averiguarlo. Podía ser una mujer fuerte físicamente, eso se apreciaba a simple vista, pero tenía que haber algo más para que fuese entrenada. Continuó conscientemente demasiado cerca de ella. Tanto que pudo apreciar unas motitas de oro en el fondo de sus iris. Y esa boca era verdaderamente sensual. Contemplar tan de cerca su atractiva imagen le estaba retirando de sus propósitos. Carraspeó y se centró en interrogarla.

—¿Por qué han pedido este entrenamiento especial?— disparó—, ¿Por qué quieren su rápida incorporación? Tiene que haber una razón. Y ante todo

¿Por qué Bossfield ha consentido en ello?

—El general Bossfield es amigo de mi familia.

—Bossfield tendrá cientos de conocidos y amigos. Todos hacen la criba inicial y si valen, entran, a su tiempo, y en el curso que les corresponda. Es la primera vez que se me pide un entrenamiento en exclusiva, y quiero saber la razón.

—Si el general Bossfield no se lo ha dicho, yo tampoco puedo hacerlo.

Tony dio dos vueltas más a su alrededor, como un lobo cercando a su presa. En círculos más pequeños, si eso era posible.

—¿A quién quiere «rescatar», señorita, McKonky?

Ella permaneció vista fija en el infinito y silenciosa. Vaya con el instructor. ¿Encima tenía dotes de adivino? Se limitó a callar y a mirar al frente como si fuese en realidad un soldado. El capitán volvió a la carga.

—Bien, solo se me ha informado que su entrenamiento es para ser introducida en Berlín, ¿conoce al menos el idioma?

—*Ich kenne die Sprache perfekt*[10].— Había aprendido a marchas forzadas ese último mes en previsión de todo aquello. Y no era mala en los estudios, muy al contrario.

—*Korrekt.*— Estaba ahora frente a ella. A apenas un par de palmos. De improviso se lanzó a sujetarla por los hombros, ella se vio sorprendida. Aun así, elevó sus manos en puños para defenderse, pero él barrió sus pies de una simple suave patada y ella estuvo sobre su trasero en dos segundos. Limpiamente.

Iba a regocijarse de la pequeña victoria sobre la altiva mujer. Tony se cruzó de brazos y dejó sus piernas abiertas en una pose chulesca, cuando ella estiró sus largas extremidades inferiores, y estas se cerraron como una pinza sobre uno de sus tobillos. Hizo un rápido giro de su cadera junto a sus piernas mientras se apoyaba firmemente de espaldas en el suelo con sus codos. El tirón sobre su tobillo le hizo caer de lado al instructor. Doblando la rodilla para no herirse su propia pierna, aterrizó casi a cuatro patas, mientras ella se levantaba de un salto y le lanzaba una patada hacia la cara sin pensárselo.

Pero Tony Daylight llevaba montones de años peleando sucio. Sus manos se alzaron agarrando la bota de ella a escasos centímetros de su mandíbula y lo giró igualmente, haciéndola perder el equilibrio y caer de nuevo sobre su

costado. Luego saltó como un felino sobre su presa que intentaba levantarse, y la inmovilizó con los veinte o veinticinco kilos de más que poseía.

Ella no se quejó, al contrario, sus dedos fueron a volar directo a sus ojos, tanto fue así que tuvo que agarrar sus manos, a cada lado de su cabeza. Ella se removió, pero ahora se sentó firmemente sobre el estómago de la joven, a horcajadas apretándola entre los músculos de sus muslos. La joven aún tenía la baza de sus interminables y bien desarrolladas piernas. Las elevaba con rapidez, para golpearle con sus rodillas o para asirle por su espalda. Él se zafó del calculado movimiento, agachándose y pegando su torso al de ella. Cuando las bajo de nuevo al suelo, con un hábil movimiento inmovilizó sus muslos, echándose un poco para atrás y cruzando los tobillos sobre las rodillas femeninas, tensándose como un arco.

Ambos respiraban fuerte. Ella pareció rendirse tras forcejear y ver que no podría quitárselo de encima. Era una mole sobre ella, puro músculo. Si al menos no pesase tanto, podría deshacerse de él. De otro tipo más común hubiese conseguido hacerlo. Lo sabía por experiencia. Se había deshecho de dos de ellos hacía unos meses cuando intentaron propasarse con ella en el propio pajar de la granja de su tío.

—Veo que hay material señorita McKonky. Al menos le concedo eso.

Se levantó con agilidad, dejándola libre de su peso. Cuando estuvo sobre sus pies le alargó la mano para ayudarla a incorporarse. Ella no hizo caso del ofrecimiento y se levantó casi de un salto quedando frente a frente con los puños cerrados, las piernas entreabiertas y firmemente asentada, ligeramente dobladas sus rodillas. Esperando un ataque de nuevo, con la mandíbula femenina adelantada con gesto agresivo. Era una gata orgullosa.

—Descanse señorita McKonky, es solo una prueba que le hago a todos los que quieren entrar en mi grupo. Es parte de la «criba».

Ella no se relajó. Sus manos siguieron en puños. No se fiaba de su «profesor».

—Y, ¿he pasado la prueba capitán Daylight?

—Ya veremos... Tendría que haber aprovechado que le di la mano para tirar de mí, hacerme perder el equilibrio. Pero tiene aptitudes, y aprenderá a jugar sucio, me gusta eso en un joven recluta.

Ella visiblemente se relajó, sus rasgos atractivos se suavizaron. Pero aún

le miraba con exceso de recelo.

—Si quiere seguir, por mí no tengo inconveniente...—dijo ella mientras alzaba una oscura ceja inquisitiva, sonriendo con cierto descaro.

Bien, le estaba retando, estupendo, buen espíritu de lucha. Aunque no debía de empezar a admirarla, si no a disuadirla que todo aquello era una franca locura.

Tony se sacudió las manos en el pantalón.

—Por supuesto, señorita, mientras antes la deje sobre su trasero, antes depondrá esa pose de sabelotodo que muestra.

Diez encarnizados minutos de lucha después, la tenía bocabajo sobre el suelo con su trenza enroscada alrededor de su blanco cuello y bien asida alrededor de su propia muñeca. Sentado en la espalda femenina, descansando casi en el mullido trasero. Ahora le tocó sonreír a él, mientras Alexandra McKonky pataleaba y emitía ligeros gemidos poco delicados de enfado e insatisfacción.

—Esta larga cuerda debe desaparecer Señorita McKonky, un tironcito más...—lo acompañó con un leve movimiento de su muñeca—, y cortaré todo flujo de aire a su cuerpo.

Ella gruñó de nuevo frustrada. Meneó ese trasero redondo bajo él y pudo notar todo su poderío de hembra. Tony se levantó rápidamente para que, la sorpresiva erección que se estaba elevando bajo sus pantalones, no fuese obvia para ella. Se alejó hacia los bancos y se sentó cruzando las piernas, para ocultarse. Los pantalones holgados que llevaba, ya formaban una tienda de campaña. Respiró hondo. No pudo seguir con la «representación» que le montaba a cada una de las chicas que intentaban entrar en el servicio secreto. Pero en el fondo se dio cuenta que aunque le susurrase, o le gritase cada palabra de su habitual discurso, esa escocesa era demasiado cabezota para admitir una derrota. No podría ser disuadida. Esos magníficos ojos verdes, dejaron los suyos, solo para recuperar su pose de «soldado», mirando al frente.

Ella lo valía, le había hecho sudar esos diez minutos. Pocos hombres lo conseguían, aunque le superasen en peso, y menos las mujeres. Aunque ella no era diestra en la lucha cuerpo a cuerpo, tenía un pundonor que muy pocos de los cadetes poseían, incluyendo los masculinos.

Decidido. Sabía que si él no la entrenaba, otro de los instructores que ahora estaban cumpliendo bajo las órdenes de Bossfield, se tendría que hacer cargo, y ninguno era de su plena confianza. Luthers era joven y demasiado lascivo con las chicas, en su clase eran pocas y estaban siempre siendo vejadas por él por sus repetidos avances. Si McKonky era tan obstinada como parecía, aguantaría eso incluso, e imaginársela en cualquier situación embarazosa con ese tipo, le asqueaba el estómago. La mayoría de sus alumnas se iban por eso aunque valiesen para el trabajo. Pero no quería ese trato soez para con ella. Sin embargo el cabrón había tenido suerte, nunca ninguna le denunció, ni recibió sanción por sus actos. Claro que las chicas, debido a su humillación preferían no volver a hablar del tema con nadie.

Y Banner, este era demasiado viejo para una hembra como esta, con este arrojo y esta fuerza. Se cargaría al instructor de más de cincuenta años en dos patadas. Eso casi le hizo sonreír. Lo malo es que Banner la expulsaría de inmediato nada más que por orgullo machista, si ella conseguía vencer a la primera. Y eso era lo que sucedería, estaba empapado en sudor para demostrarlo.

Decidido. Se haría cargo él mismo del «paquete».

—Señorita McKonky, vaya a cambiarse. La quiero lista en la puerta en treinta minutos.

Ella no dijo nada más, solo asintió brevemente. Dejando su pose soldadesca, se daba la vuelta. La vio salir del gimnasio, caminando a los vestidores a paso firme y decidido. Contempló el movimiento natural de la cadera femenina y se apoyó con ambas manos en el banco, estirando las piernas y echando la cabeza hacia atrás. ¿Había aceptado entrenarla? Ni él mismo lo estaba creyendo en ese momento.

Esperaba que treinta minutos fueran suficientes para apagar su calentón inoportuno. Sobre todo bajo una ducha fresca. ¿Sería por eso? ¿Qué parte o toda su sangre había dejado el cerebro para viajar al otro lugar, justo debajo de sus pantalones? ¿Por ello estaba aceptando entrenar a Alexandra McKonky? Su mente divagó por unos momentos. Además de que la joven era buen material, debía de proteger a Henry, estaba seguro de su decisión. Aunque de nuevo sus pensamientos volaron hacia Jane.

Un año casi sin Jane... Un año sin sexo, y una mujer con un trasero firme,

y unos pechos muy bien puestos, el roce de la lucha, apenas perfume y había perdido su compostura.

«Necesitas una mujer Tony—pensó—, aunque sea de una noche». El luto por Jane, le había hecho incluso olvidarse de esas necesidades. Pero el cuerpo era sabio, y ya había pasado ese período de inapetencia, por lo visto. Y la adrenalina de la pequeña batalla con la señorita McKonky... Tenía que admitir que la muchacha tenía madera, si no, no estaría esperándola para llevársela.

El viaje hasta Northfolk donde estaba su hogar, no fue precisamente un lecho de rosas. Había llegado hasta allí con su motocicleta, y no pensaba volver con una pasajera a su espalda. Ella no se había inmutado cuando ambos salieron del gimnasio y él montó en su flamante *Matchless*, afortunadamente con asiento doble.

Él arrancó de una patada su máquina, poniendo el casco de piel en su cabeza y ceñirse las gafas, hizo apenas una seña para que montase. Miró hacia adelante, y sintió en breves instantes como ella se acomodaba a su espalda. Pegándose a su cuerpo, puesto que el asiento era más bien justo. Tenía las piernas tan largas que le envolvieron y notó su calor en un corto instante. Aceleró sin pensarlo, y el salto hizo que ella se agarrase a su cintura sin recato. Dos manos firmes sobre su cazadora de cuero gastado. Cuatro horas de viaje, suspiró, eran ya las casi las ocho y había anochecido. Llegarían casi de madrugada.

Sin lugar a dudas, iba a ser un largo camino.

Los últimos kilómetros eran bastante duros. Había llovido mucho ese invierno y la carretera si asfaltar que llevaba al *cottage*, y por ende al pabellón de caza, tenía exceso de baches.

Bordeó la casa de campo donde a estas horas ya estarían durmiendo su hermano, su esposa y sus sobrinos, y tomó el último tramo, de apenas tres millas hasta lo que podía llamar su hogar.

El pabellón de caza estaba en sombras, apenas iluminado por la luz de una luna creciente y las estrellas en una fresca noche de febrero. Frenó ante su entrada, sobre la gravilla recién extendida.

Ella miró la edificación ante la cual habían parado. Esta era una sólida estructura del siglo XVIII, al principio solo un bajo, en ladrillo rojo, aunque

había proyecciones y rastros que entonces se pretendió hacer una altura más, y se había aprovechado esto. Adosando una escalera con baranda de hierro forjado a su lateral para ascender, por el exterior, al primer piso.

Apenas parecía restaurada la parte baja salvo en su carpintería. El piso superior, sin embargo, era completamente nuevo. Alexandra bajó del asiento trasero, envolviéndose en sus propios brazos, con su equipaje a la espalda, sin querer, tiritaba de frío. El capitán Anthony Daylight apenas la miró y empezó a subir la escalera.

—Sígueme.

Notó que ella tardaba un poco en reaccionar, aunque cuando ya estaba abriendo la puerta, la sintió a dos escalones tras él. Encendió la luz y la bombilla dio calidez al lugar. Soltó su casco y las gafas protectoras en un mueble al lado de la entrada.

—Pase McKonky y eche el pestillo.

Escuchó como ella obedecía, mientras se quitaba la cazadora de piel y la dejaba sobre una percha de pared. La chica permanecía quieta y callada. Al fin se dio la vuelta, y la miró.

Ella temblaba de frío bajo su abrigo corto, demasiado fino para ir en motocicleta, y menos mal que usaba unos pantalones. Sus labios estaban pálidos y sus ojos lagrimeaban. Tony no se inmutó, simplemente le señaló el pasillo.

—Le indicaré su habitación y le aconsejo que se tome una ducha para calentarse, es la única puerta del fondo del pasillo. Yo miraré que hay en el frigorífico, necesitamos cenar.

Ella asintió con la cabeza y le siguió. Tony abrió la puerta de la izquierda. Era un dormitorio pequeño, con una cama con el cabecero de latón dorado brillante. Tenía solo el colchón desnudo, enrollado a un lado atado con cuerda de algodón, él se acercó y lo desató para que cayese cubriendo el somier. Una mesita de noche y una cómoda de nogal con un medio siglo al menos completaban el simple mobiliario.

—Guardé sus cosas, mientras, le daré sábanas, mantas y una almohada para la cama.

Se volvió, dejándola en la pequeña habitación pintada de suave amarillo, con una ventana amplia con contraventanas de madera pintada de verde

oscuro. Giró alrededor, durante el tiempo que estuviese allí, tendría que acomodarse lo mejor posible. Miró a la puerta, ésta no tenía pestillo interior, lo que le restaría intimidad. Aunque la actitud formal, y lo que había escuchado de su instructor solo habían sido alabanzas, era un tipo joven y atractivo... no la hacían, en principio, sentirse segura, aunque no iba a demostrarlo.

Dejó el equipaje sobre la cama y lo abrió. Aparte de la ropa más formal que llevaba ahora puesta, lo que tenía dentro era un neceser, ropa íntima cómoda, pantalones y camisetas de trabajo, un par de jerséis, pijama, otras botas más usadas, para correr y poco más. La pequeña caja de madera donde guardaba su mayor tesoro, las cartas recibidas de puño y letra de Marianne, la dejó con cuidado en la mesilla de noche. Él volvió a entrar con semblante serio y dejó sobre el colchón sábanas y mantas. Luego se dio media vuelta y se fue sin mediar palabra.

Salió al corredor después de hacer la cama, él estaba ahora en la cocina, desde allí escuchaba el ruido de platos y cacharros. Caminó descalza y con lo necesario hacia la puerta del fondo que antes le había señalado. Era un baño completo y amplio, más de lo que esperaba, completamente nuevo, esta puerta sí contaba con pestillo. Se sacó la ropa de encima con premura, mientras abría el grifo del agua caliente.

Solo después de ocho o nueve minutos bajo el chorro que casi quemaba consiguió volverse a sentir persona, se secó con una toalla que encontró doblada perfectamente sobre el lavabo a su alcance, se puso unos pantalones limpios de deportes y una camiseta. Encima un chaquetón viejo de punto hecho a mano. Se miró en el espejo y se volvió a trenzar el pelo. Tendría que dejarlo más corto, la verdad era que para luchar, sudar y lavarlo cada día era una pesadilla. Se metió unos gruesos calcetines. De esa guisa tan poco atractiva, caminó los pocos metros del pasillo a oscuras hasta su dormitorio, donde dejó bien doblada su ropa formal en uno de los cajones de la cómoda de su dormitorio.

Cuando entró en el comedor, sobre la mesa, una buena cantidad de emparedados fríos, leche y fruta fresca. Tony volvía de la cocina con un par de vasos y servilletas. La miró sin ninguna expresión en particular en su atractivo rostro, su cabello, libre, se ensortijaba, rebelde y dorado.

—Siento que el menú no sea muy variado. No esperaba, tener compañía.
—Le indicó con un gesto una de las dos únicas sillas. Se sentaron casi a la vez, y él empujó un vaso, lleno de leche hasta ponerlo delante de Alexandra
—. Tómela, está caliente.

Luego amontonó tres o cuatro pequeños bocadillos de la bandeja en un plato y se lo puso por delante.

—Son de fiambre, lechuga, huevo, pepinillo... no sé lo que le gusta, vaya abriéndolos y descarte lo que no quiera. Si necesita más, hay pan en la cocina.

Ella no miró su contenido, simplemente se llevó a la boca el primero que cogió y le dio un buen mordisco. Masticó con ganas, tragó y tomó un largo sorbo de leche caliente, él se lo había endulzado con miel.

Tony sonrió para sí, tenía hambre la chica, y no le importaba comer delante de un hombre. Un punto para la escocesa McKonky, no le gustaban las niñas remilgadas, comió a la par de ella. En el transistor se escuchaban las últimas noticias de cierre la mayoría sobre el transcurso de la guerra, del avance simultáneo de cuatro ejércitos sobre Alemania. Acababan de dar las doce de la noche, hicieron el camino de vuelta en un tiempo récord.

Ella no cogió más. Se terminó su vaso de leche y se quedó allí quieta unos instantes, no sabía donde mirar. Bueno sí, a las paredes forradas de madera hasta la mitad y el resto de color verde claro. «Horroroso», pensó. Unos cuadros con láminas de caza cubrían dos paredes. La tercera la puerta de entrada y la enorme percha que parecía de madera antigua repintada de verde hoja, lo único bonito, pues era rústica, y tenía unas delicadas flores pintadas a mano por alguien bastante hábil. La pared perpendicular a esta, con una ventana amplia con contraventanas de madera, como su dormitorio, y aún sin cortinas.

—Si tiene sueño, váyase a dormir. Si necesita más mantas, hay en el arcón que ve allí—. Señaló con la cabeza el baúl que adornaba el bajo de la única amplia ventana sin cortinas del salón comedor—. Mañana la llamaré algo más tarde de lo que será nuestra rutina. Tengo cosas que arreglar para su estancia aquí. En la cocina encontrará lo que necesite para desayunar si despierta, y no me encuentra.

Ella se levantó, le miró apenas un momento, con semblante serio y

tranquilo.

—Buenas noches, y gracias.

Tony asintió. No sabía si el agradecimiento era por la cena, las mantas o que fuese a entrenarla. Pero en fin, no parecía muy habladora, aunque tampoco le extrañaba, la había sacado del gimnasio, hecho montar en una motocicleta durante casi cuatro horas. Condujo como un loco, parando solo hacía un par de horas en la gasolinera a repostar. Y se iba a ver obligada a convivir con un desconocido sin saber absolutamente nada de él, solo que entrenaba reclutas del servicio secreto.

Cualquier jovencita decente de buena familia estaría aterrada, aunque esta mostraba un aplomo envidiable. Tony recogió los platos y los dejó en el fregadero. Había observado desde su posición como caminaba por el pasillo hacia su dormitorio. Su trasero firme osciló a cada paso, hipnotizado unos segundos, desvió la vista, tragando saliva, para la ventana de la cocina. Esta daba en dirección al *cottage*. Si por casualidad estaban despiertos, cuando ellos llegaron, su hermano y su cuñada, verían la luz de esta encendida desde su dormitorio.

Mañana a primera hora, dejaría dormir un poco a la señorita McKonky, cogería su moto e iría hasta allí. Tendría que contarles la verdad a su familia, o parte de ella. Que estaba entrenando a un recluta, y necesitaba absoluta colaboración, o sea, que nadie sin permiso pasase la línea del pabellón. Además que una de las criadas de confianza se pasase tres veces por semana a hacer una limpieza, en vez de una como hasta ahora. y que doblasen la cantidad de comida que le enviaban. Le pediría el favor a Dafne y ella se encargaría de todo, también que quien fuese hasta allí, lo tendría que hacer a la hora que estuviesen abajo en el pabellón, entrenando. No quería que vieses que en realidad, su recluta no era, un recluta, sino una chica. No necesitaba dar explicaciones.

Pero todo lo que uno planea, debería saberlo, no sale como uno quisiera.



Alexandra se acomodó entre las sábanas, olían muy bien, estaban nuevas, y se arropó con las mantas. El sitio no estaba tan mal, era de noche y no pudo ver demasiado de los alrededores, pero juraría que estaba bastante aislado de

alguna población cercana. La única luz de su dormitorio era de una bombilla en su negro casquillo colgando del cable del techo. A pesar de que los muebles eran antiguos y apenas restaurados estaban limpios a fondo, el colchón era flamante y cómodo. Una capa de pintura amarilla suave cubrían las paredes casi desnudas. Se notaba la falta de una mano femenina en toda la casa. No es que ella fuese muy dada a florituras ni a la decoración, pero a la legua se veía el lugar como el habitáculo de un tipo soltero y que no pasaba mucho en un lugar determinado.

Alargó su mano hacia la mesilla y tomó la cajita de madera decorada. Acarició su pulida madera durante unos segundos, abriéndola, cogió el hatillo de cartas unidas con un lazo azul que allí descansaban. Ellas eran su único tesoro, y su razón para todo aquello. Incluso para montar en una motocicleta detrás de un tipo que no conocía de nada, aunque tuviese excelentes referencias de él. Ninguna chica en sus cabales haría eso.

Tomó la primera misiva en orden de recepción. La desplegó, inclinándose un poco para que el amarillento papel recibiese más luz y leyó.

Agosto 1937

Querida Alexandra:

Espero que a la llegada de mi carta estén todos bien en casa. También que papá no se enfadase demasiado contigo, puesto que tú, no has tenido la culpa de que me haya marchado de casa.

Acabamos de desembarcar, y apenas tengo unos minutos para escribirte unas líneas y empezar el viaje hasta la capital.

Te tengo que contar tantas cosas en tan poco tiempo... En primer lugar, que ¡ya estoy casada! Sí, el capitán del barco, ofició una pequeña y bonita ceremonia el primer día, en alta mar, ante unos pocos testigos. Cuando se enteró de mi situación anómala, y siendo amigo de el hermano de Verner, mi cuñado, accedió a hacerlo. Fue muy especial y emocionante. Te eché demasiado de menos, a ti, a papá, a la tía, a nuestra madrastra. Pobrecita, espero que no este muy disgustada, pues ella es la que soporta el genio de papá.

No me atrevo aún a escribirle directamente a él. Aunque puede ser que lea esta carta cuando llegue a casa, incluso antes que tú. Espero que me perdone, puesto que aunque crea que soy una niña, me siento una mujer, y estoy enamorada de mi marido, y espero ser muy feliz. Con el tiempo, volveremos hasta Londres y le podré presentar a Verner como mi esposo, para entonces, ruego y deseo que, sin que haya malas caras o enfados.

Por lo demás, al tren apenas le quedan diez minutos para llegar. Cierro esta carta, la pongo en el sobre con las señas de Londres. Espero que pronto esté en tus manos.

Tu hermana que te quiere,

Marianne

Esa carta que ahora acariciaba, amarilla por el tiempo y doblaba de nuevo con esmero, tardó algo más de lo deseado en llegar a sus manos. Y fue gracias a la intervención de Adelinne, su madrastra, esta se encargó de reenviarla hasta la granja de sus tíos en las Highlands, antes de que su padre la tomase o la destruyese.

Le despertó un alboroto de pasitos por el pasillo, el abrir de su puerta y dos críos que saltaron como locos sobre su cama. Se había dormido más de lo que había previsto en principio. No pudo descansar casi en toda la noche, obra, culpa y gracias a la señorita McKonky. Su futuro entrenamiento, el confinamiento y la convivencia en que ambos se verían forzados le hizo dar interminables vueltas en su enorme cama. ¡Y ese trasero respingón, paseando pasillo adelante! Todo ello junto y revuelto en su cabeza le había hecho incluso aporrear su cómoda almohada sin que esta tuviese la más mínima culpa.

—Tiooooo Tonyyyyyy.

Demonios de chicos, pensó en ese instante, despertando sobresaltado, cuando ellos habían trepado a su colchón y le lanzaban los cojines esparcidos

a la cabeza. Saltó de la cama metiéndose un pantalón de pijama y consiguió atrapar esos dos pilluelos mellizos de apenas dos años y medio años que tenía Dafne por hijos.

—Hala, pequeños bestias, vamos, con vuestra madre.

Dafne estaba en la cocina, atareada en guardar el contenido de unas cestas en la nevera y en los armarios.

—¡Ray! ¡Cedric! ¿Ya habéis despertado a tío Tony? ¡Os dije que no lo hicierais!—Se notaba a la legua que estaba aguantando un ataque de risa.

Tony con un guapo «monstruito» rubio en cada mano, retorciéndose entre risas para soltarse de su firme aunque cariñoso agarre, asomó a la puerta de la cocina y sonrió.

—Mentirosa, los has mandado tú.

—Ah, pero eso no lo pienso confesar jamás.

Aún no soltaba a los chicos temiendo que se escaparan y se fueran directamente al dormitorio de Alexandra. Cuando estaba vacío y solo con el somier, apenas un par de días antes, estos diablos habían saltado sobre él, sin parar hasta que los llevaron para afuera bien sujetos.

No iba a dejar que descubriesen a la chica de esa manera.

—Dafne, quiero pedirte un favor...—Uno de los niños se soltó de su mano sin que pudiese hacer nada, él otro siguió su mismo camino. Tony corrió hasta ellos como un gamo y los interceptó a un milímetro de abrir el dormitorio de la señorita McKonky. De nuevo arrastró a sus revolucionarios sobrinos hasta la cocina uno debajo de cada brazo, pataleaban como potrillos salvajes, entre risas y chillidos infantiles. Dafne salía de ella con las cestas vacías, le miró intrigada, normalmente su cuñado no era tan controlador con los niños.

—Te acompaño fuera.

—¿Qué estás ocultando Tony?— Él sonriendo como hacía tiempo que no veía en ese rostro de chico guapo, cerraba terreno, la obligaba con su movimiento a abrir la puerta y a salir escaleras abajo.

—Tengo un invitado, y estará unos cuantos días conmigo. Necesito el favor de que te encargues de enviarme a una de las chicas que conozcas a arreglar esto, tres veces por semana. Digamos, de nueve a once de la mañana. Tendrá que encargarse de la limpieza y la ropa. También que me hagáis la

compra y si es posible enviadme algo cocinado.

Dafne con una expresión curiosa en su cara, había alcanzado el coche, metiendo las cestas en el lado del copiloto. También abrió la portezuela trasera para que Tony pudiese meter a los fierecillos de sus pequeños.

—¿Por qué no quieres que conozcamos a tu amigo?

Tony sonrió mientras cerraba bien la puerta del coche, eludiendo la pregunta.

—¿Está mi hermano en casa?

—Sí, ayer por teléfono arregló un par de asuntos más urgentes y pensó que sería estupendo aprovechar estos días en casa. Además, sabe que no me gusta que esté demasiado tiempo en Londres, por lo de, bueno, su vigilancia, y la inseguridad de la capital.

—Los bombardeos hace semanas que no se producen, pierde cuidado con que corra algún riesgo.

—Aún así. Tú y yo sabemos que el ejército lo tiene vigilado, y prefiero que Henry no se dé cuenta, bastante tenemos tú y yo con saberlo. Él ya obtuvo su dosis de represión en Alemania, para tener que saberse observado, encima por su propio gobierno. Además, necesito dormir todas las noches junto a él, después de todo lo que pasamos para llegar hasta aquí, el Consejo de Guerra, mi herida, el trabajoso embarazo que me dieron estos dos... No consigo conciliar el sueño sino está a mi lado. Y eso que hace ya casi de tres años que volvimos de Berlín.

Tony la escuchaba en silencio. Ella acarició el mentón de su cuñado, raspaba un poco su rubia barba, de apenas dos días.

—Lo sé, tú también lo has pasado mal. Pero, nos tienes Tony... estás aquí, solo en el Pabellón, porque quieres. Tenemos dormitorios libres en el *cottage* para ti y tu amigo. Nos encanta tenerte con nosotros.

Tony tomó la mano de su cuñada y la besó.

—Siempre tan dulce y considerada. Cuánto me alegro que entraras en la vida de ese desastre de hermano que tengo.

—Oye—rió—, Henry no es ningún desastre, algo despistado a veces.

—Muchas veces—rió también—. Cojo mi motocicleta y os sigo, necesito hablar con ambos. No creo que mi invitado se despierte todavía, llegamos demasiado tarde ayer. Hasta yo me he quedado dormido sin pretenderlo.

Cerró la portezuela del coche y se dirigió a donde había aparcado la noche anterior la motocicleta. No solía dejarla a la intemperie, pero llegó muy cansado y con la señorita McKonky a sus espaldas, para ni siquiera encerrarla en los bajos del edificio. Giró el manillar y rodó suavemente desde el caballete. Arrancó la máquina, y tomó la delantera al coche que Dafne manejaba con plena soltura.



Henry Daylight terminaba un segundo café sentado a la mesa de su pequeño despacho en la casona familiar, repasaba alguna documentación de sus negocios. Tenía a sus espaldas, encendido un antiguo transistor, donde puntualmente retransmitían noticias de la guerra. El bando aliado iba tomando la delantera. Se esperaba que en breve se tomaran las ciudades más importantes de Alemania alrededor de la capital.

Pensó en los que quedaron atrás, en Berlín. Su tío, del que recibía noticias de tarde en tarde gracias a Ludwick Radkin, se retiró del ejército, o más bien le instaron a que lo hiciese. Su tía desgraciadamente había fallecido y el viejo, a ciencia cierta perdido las ganas de vivir. Seguía en su gran casa, aunque ya ni recibía visitas. En verdad le hubiese gustado estar allí en los malos momentos de ese hombre que tanto, a su manera, había hecho por ayudarlo cuando llegó a Alemania hacía ya... ¿cuánto? ¿Diez años casi? Ahora estaba finalizando la guerra y no podía hacer nada por él, salvo esperar y rogar que no saliese muy mal parado.

De su viejo amigo Kurt Dietrich también había recibido por las mismas vías alguna noticia. Estaba vivo, que ya era mucho tal y como iba la guerra. Perdió su graduación por intentar ayudarlo, y estaba integrado en los efectivos de la capital, aunque según parecía, la falta de tropas disponibles le hizo recuperar algo de su estatus. Ahora era capitán, aunque del ejército regular de defensa de Berlín. La SS le dio la espalda. Después de todo, no salió mal parado habiendo sido acusado de instigarle a escapar, revelando secretos militares, podía haber perdido más que su graduación, incluso la vida, en un fusilamiento tras un juicio rápido. Arriesgó mucho avisándole cuando estuvo en peligro, y la SS no perdonaba traidores. Ni siquiera la facción que nada más se dedicaba a la lucha en batalla, la Waffen SS, a la que

Kurt había pertenecido.

Ludw sin embargo se casó para sorpresa de todos con Madame Maravilleux. La madura, hermosa y elegante Meré, dueña de aquella famosa boutique donde llevó a Dafne para hacerla sentir bien, y darle los caprichos que merecía. Esos dos se traían algo más que una amistad desde hacía como veinte años. Se quedó estupefacto cuando recibió la llamada de Ludw desde territorio liberado hacía ya tres meses y le contaba lo de su matrimonio.

Escuchó el motor del coche. Ya volvía su esposa y sus dos diablejos, sonrió mientras apagaba la radio, Dafne aprendió rápido a manejar su automóvil *Phantom*. La vida le estaba dando por fin lo que siempre le había negado, una familia de verdad. Caminó hasta la entrada de la casa, cerrando el despacho con una llave, si sus dos pequeños demonios entraban allí, todo lo que estaba sobre la mesa, documentación, papeles, carpetas, incluso su nueva maquina de escribir, serían pasto de su insaciable curiosidad y sus travesuras.

Para su sorpresa, por la puerta apareció su sonriente esposa y su hermano llevando en un hombro como un saco de patatas a Raymond y bajo el brazo a Cedric, los tres reían. Los soltó en el suelo, con una palmada en el trasero, ambos, correataron desapareciendo del recibidor con un rápido «hola papá», «adiós papá», en busca de aventuras, o de la cocinera, para pedirle galletas. Él siempre había sido mucho más respetuoso con sus mayores, negó con la cabeza, pensando para sí, aunque estaba orgulloso de sus dos gemelos. Un milagro, después de todo lo que pasó su esposa para salir de Berlín, con aquel grupo de la resistencia, junto al imbécil de Cromwell, y aquel disparo que casi la mata, más ese embarazo de riesgo que tuvo que padecer y que le impediría tener más descendencia. Aunque con los dos que tenían ya, habría de sobra para llenar sus vidas de trabajo y diversión a la par.

Pronto escuchó a la cocinera reñirles cariñosamente, porque asaltaban el bote de los dulces, y apenas hacía una hora que habían desayunado. No paraban de comer a todas horas sus vástagos. Iban a hacerse grandes demasiado rápido.

Tony le dio la mano y una palmada en el hombro, le sacó de golpe de sus pensamientos.

—Buenas, hermanito—se quedó mirándole asombrado—. ¿Usas gafas?

Dafne caminaba en dirección a la cocina con las cestas vacías, detrás de sus críos. Iba sonriendo, con su paso rápido habitual.

—Sí, desde hace poco tiempo. Esos dolores de cabeza eran por que le fallaba la vista.

Tony sonreía, con sorna, mirándole de arriba abajo. Había más canas en esas sienes aunque las disimulaba bien al tener el cabello tan corto como siempre y dorado.

—Estás mayor Henry.

—No te lo niego. Aunque tú tampoco cantes victoria, puede ser hereditario.— Se dio un toquecito en las gafas de montura dorada para ajustárselas en el puente de la nariz.

Dafne volvía de nuevo hasta ellos, se venía quitando por el camino su chaqueta gruesa color tabaco.

—Tony quería hablar con nosotros.

Henry elevó una de sus cejas.

—¿Problemas?

—¿Podemos hablar en el despacho?

Henry asintió. Tomó la llave de su bolsillo y la giró en la cerradura, abriendo su santuario.

—Dafne, ¿dónde están los niños?

—Los he dejado con Felicity, le he dicho que los vigile un ratito.

Los tres entraron en el despacho, Henry se sentó en su sillón de cuero azul, y Tony se metió las manos en los bolsillos miró a su hermano y a su cuñada. Dafne se dirigió hasta Henry y se acomodó en su regazo, pasando un brazo sobre los anchos hombros de su marido. Luego le besó el lóbulo de la oreja, este ponía cara de «bobo» ante tal caricia. Tony rodó los ojos, ella le sacó la lengua burlona.

—No pongas esa cara cuñadito. No tenemos apenas intimidad desde que nacieron nuestros nenes, déjame que, además de escucharte, aproveche estos diez minutos.

Tony elevó las manos en gesto de paz. Paseó por el despacho buscando las palabras justas. Dafne volvía a a la carga con otro leve mordisco en el lóbulo de la oreja de su esposo. Henry sonreía de nuevo como un adolescente enamorado, y la estrechó más aún contra sí, acariciando los muslos por

debajo de su falda.

—Bien, bien chicos. Voy al grano, tengo un invitado en casa. Bossfield me ha liado. Sabéis que me dieron un tiempo de excedencia en mi trabajo, pues bien, recibí la citación del general, y fui ayer por la mañana a Londres. Y, he tenido que volver con «un paquete», tengo que entrenarle en exclusiva y en un corto período de tiempo.

Henry sonrió de medio lado, su mano seguía oculta bajo la falda de su esposa. Esta lisa y llanamente tenía una graciosa expresión en su cara, mezcla de placer y azoro, intentando bajar la prenda sobre sus rodillas.

—Te vendrá bien instruir a un recluta, hará que recuperes la forma, te estás volviendo un blando—se burló. Si eso era posible, Tony, aún parecía tener más músculos ocultos bajo su cazadora de piel marrón.

—Te ganaría hermanito, con un brazo atado a la espalda.

Dafne rió y levantó una mano para cada contendiente.

—Y yo puedo con ambos, con solo deciros que os corto el suministro...— señaló a Tony con un dedo—. A ti de comida casera...—luego señaló a su marido—. Y a ti de... *ejem*.

Henry la atrapó en un abrazo apretado y empezó a besuquear su rostro y su cuello. Ella a emitir grititos sofocados intentando zafarse de los brazos de su marido y mantener un poco su dignidad, ante su cuñado.

—Chicos, por favor, ¡dadme cinco minutos! Qué no tenéis quince años.

—Bien, bien, nos comportamos—dijo Henry abrazado a su esposa, haciéndola que su espalda descansase contra su pecho, pero con las manos ya lejos de debajo de su vestido—. Sigue contando.

—Ya he hablado con Dafne de mis necesidades sobre limpieza y comida. Pero también he de pedir el favor de que me concedáis completa intimidad. Es un asunto, como diría, secreto. Llegamos anoche sin que nadie se enterase, y nos iremos igualmente, ninguna persona debe ver a mi recluta. Si salimos a correr lo haremos por la zona boscosa que nos pertenece, y donde no llegan desde el pueblo vecino. Entrenaremos abajo, en el salón del pabellón, y procuraremos hacerlo cuando envíes a una de las chicas a limpiar. No quiero que puedan reconocerle.

—¿Es de esta zona?

—No puedo revelar información. Como mínimo estará aquí una semana,

y como máximo, mes y medio o dos meses. Tiene que prepararse a fondo para una misión difícil que cumplir, será lanzado a Berlín.

—Ya, y esta conversación nunca ha existido—, dijo Henry emulando al viejo general Durnston

Tony sonrió.

—Yo me pasaré por aquí cada semana. Igualmente puedes dejarme una nota de cualquier eventualidad o llamada que me hagan, a través de la chica que me envíe Dafne para arreglar la casa, esta ha de ser sumamente discreta. Solo en caso de urgencia, y si no hay más remedio podréis acercaros, mientras tanto prefiero, bueno, completa intimidad. No os ofendáis.—su hermano y su cuñada asintieron, comprensivos—. Además, quiero ponerme en contacto con Rankin, hay algo en este asunto que no me cuadra.

—De acuerdo. Avisaré a Ludw que necesitas hablar con él, aunque no llevo a entender para que puede serte útil.

—Meré y él tienen, digamos, «contactos».

—¿Meré?— intervino Dafne—. ¿La propietaria de la boutique a la que me llevaron Kurt y tú?—miró alternativamente a su marido y a su cuñado.

Tony asintió. Henry también.

—La misma. Entonces ya tenía una relación con Ludw. Y era uno de los enlaces de Geüser. Espero que aún siga con alguno de los contactos de entonces. Ha pasado demasiado tiempo, y ellos están fuera de Berlín.

Henry asintió.

—Y esto también es alto secreto.

—Sí, y no saldrá de esta habitación.

Su hermano y su cuñada asintieron de nuevo con seriedad.

—Bien, pues todo aclarado. Voy de vuelta al Pabellón, a ver si mi recluta está «consciente» y empezamos a trabajar.

Dafne consiguió deshacerse del abrazo apretado de Henry.

—Le he dicho a la cocinera que te empaquete algo de comida preparada para un par de días. Todo lo que te he llevado es fresco.

—Gracias Dafne, siempre tan considerada. ¡Lástima que llegué tarde para casarme contigo!

Henry sonrió de medio lado, hinchando el pecho.

—No tenias posibilidades contra mí, hermanito.

—No me lo propuse. Si no...

—Vaya dos «gallitos de pelea» que tengo que soportar...

Ambos rieron mientras miraban como abría la puerta del despacho, y negaba con la cabeza.

—Gracias por el apoyo. Toma de mi cuenta lo que necesites para el pago de la chica de la limpieza, y los suministros— Henry asintió—. Me sois de gran ayuda.

—Dafne se encargará de los víveres, no os faltara buena comida. Presumo que pasareis la mayor parte del día entrenando físicamente.

—Sí, la parte táctica será de tarde o noche, antes de la cena, he de instruirla en todo lo necesario.

—¿Instruirla?

Tony estaba pillado, no podía recular. La mirada gris e inquisitiva de su hermano le barrió de arriba a abajo.

—¿Tienes a una chica en el Pabellón? ¿Es tu nueva recluta? ¿Por eso tanto secretismo?

Tony asintió mientras miraba la puerta abierta del despacho, la voz de Dafne sonaba en la cocina.

—Discreción hermano. Por eso mismo no quiero que Dafne aparezca por allí, ni nadie que no sea la chica de la limpieza, y en el horario estipulado. Quiero proteger la intimidad de la joven. Es una situación anómala para una mujer, bueno, vivir con un tipo, solos los dos. Las habladurías, ya sabes, aunque no sea de la zona, es una «señorita decente».

—Pero Dafne puede ser que la lleve alguna vez en coche, con los suministros, ya sabes.

—Procuraré que esos días estemos afuera haciendo marcha, o abajo en el pabellón, encerrados, entrenando. Tengo que recuperar mi forma física, mi resistencia, a la vez que entreno a mi nueva recluta. Estos músculos pesan, y me han hecho más lento.

—No sé cómo Bossfield te ha convencido.

Tony no iba a revelar más, se dirigió a paso tranquilo a la puerta escuchando a su cuñada llegar de nuevo por el pasillo, esta le puso una cesta cuadrada de mimbre con tapaderas en las manos.

—Pastel de carne, ensalada de patatas, tarta de fruta, y unas cosillas más.

Si nos hubieses avisado antes...

—Nos apañaremos hasta mañana.

—De acuerdo, cuñado, Cocinaremos alguna cosa rica para ti y tu invitado, ya que no puedes traerle a cenar con nosotros. ¿No quieres un café o algo antes de irte?

—Debo volver, no sé si «mi recluta» está despierto o no. Desayunaré allí con él.

Se despidió de su familia y volvió raudo hacia el Pabellón. A ver lo que se encontraba al llegar. ¿Estaría despierta la señorita McKonky? Con ese trasero suyo embutido en pantalones de deporte y esos calcetines horrorosos tejidos a mano a rallas en colores que apenas combinaban y que quedaban tan sexis en ella.

Iba a ser un trabajo hartamente arduo y difícil. Y no por la obligación que tenía para con Bossfield, ni por proteger la tranquilidad de Henry y Dafne «bajo velada amenaza» por el ladino general. Ni siquiera por las palizas mortales que iba a darse en los siguientes días de entrenamiento. El problema era ella, Alexandra McKonky. Sobre todo siendo como era, una pedazo de hembra deseable, durmiendo a apenas unos metros de él, a solas, alejados de todos. La constante convivencia, el roce de la lucha, incluso el saberla desnuda en la ducha. El día anterior ya tuvo muestra de como su traicionero cuerpo reaccionaba ante ella. Tendría que dominarse, o hacerse un par de «trabajos manuales y solitarios» para poder continuar en esto, sin que su testosterona se subiese por las nubes, y de paso le hiciesen subir, «otra cosa», por debajo de su pantalón.

CAPÍTULO 4

CUANDO abrió los ojos, aún seguía abrazada a la segunda carta, ni siquiera había comenzado a leerla cuando se durmió. El sol entraba ya por la ventana, y la casa estaba en absoluto silencio. El capitán Daylight le dijo la noche anterior que saldría temprano. Escuchó algún ruido horas antes, casi después del amanecer, pero volvió a dormirse. La misiva entre sus manos pareció llamarla de nuevo.

Septiembre 1937

Querida hermana:

Deseo que todo esté tranquilo por casa, y que mi anterior carta a nombre de papá, tranquilizase algo el ambiente. La escribí cuando llegué a la siguiente estafeta de correos, en la población donde cambiamos de tren y tuvimos que esperar unas horas, a instancias de mi esposo y de su hermano.

Verner y Adler me dijeron que estaría muy preocupado por mí, que ellos, si se pusiesen en su lugar lo comprenderían perfectamente. Así que en pocas líneas le puse lo mismo que a ti. Pero no se si, bueno, él se sintió bien o mal al recibirla. Y como todavía no tengo noticias tuyas, no sé lo que ha pasado.

Ya estoy en Berlín. No difiere tanto de Londres, bueno, su estilo es más, como diría, cuadriculado. Los muros de sus casas son más grises y las ventanas, no se, más altas y alargadas. Te envió postales para que lo conozcas un poco, dentro del sobre. Está todo muy tranquilo, y hay un parque muy hermoso delante del edificio donde Verner ha alquilado un

pequeño piso amueblado para nosotros dos. No está demasiado lejos de la gran casa de su hermano.

Hemos preferido vivir por nuestra cuenta. Mi cuñada es un poco estirada, y creo que no le caigo bien, no se por qué. Me he mostrado cariñosa, sabes que yo soy como soy, pero ella no parece gustarle. Al final, en un par de semanas, me he visto en mi propia casa, es pequeño y coqueto, muy bien amueblado. Aunque hemos comprado algunas cosas nuevas para darle nuestro propio calor de hogar.

Verner marcha todas las mañanas para su trabajo en las oficinas de la empresa de su hermano, come incluso con él, en las cercanías, y hasta la tarde no regresa. Tengo televisión y radio, pero apenas la enciendo. No entiendo bien lo que dicen, y cuando lo hago, siempre parece estar hablando su líder político, con ese bigotito tan gracioso y el ridículo flequillo que le tapa su demasiada amplia frente. Todo demasiado aburrido, incluso la música.

Mi marido ha querido contratar servicio, pero ¡tengo demasiado tiempo libre! y la casa es pequeñita.

Además, agradezco a la tía Maggy, que me enseñase lo básico de cocinar. Aunque el idioma es una barrera y tengo que ir con Verner a hacer la compra. Él me está enseñando con paciencia, y ya, al menos, puedo bajar a la tienda de la esquina por una pieza de pan, y no me equivoco. Si supieras todos los malentendidos que he tenido, te reirías de mí. ¡El primer día que bajé sola a comprarlo, me tuve que ayudar por señas! Pero los tenderos son muy amables. Yo señalo y ellos me dicen la palabra que es, y aprendo bastante rápido.

Por ahora me encuentro muy feliz, algo aburrida de día, ¡que me gustaría ser como tú, que te sumerges en tus libros y pasas horas y horas! Tengo que buscarme una afición. He visto a la tendera tejer con agujas largas, y madejas de lana. Quizás le pida a ella, con ayuda de Verner que me enseñe. Parece un pasatiempo bonito.

Por lo demás, no tienes que preocuparte, en la parte económica estamos bien. El sueldo de mi marido es bueno, por algo es gerente de la empresa de su hermano. Él me ayuda a administrarme y me enseña mucho, tiene mucha paciencia conmigo y sé que me quiere de verdad.

*Hermana, cuanto te hecho de menos. ¡Pero a la vez, soy tan feliz!
Espero recibir pronto tu carta, con las señas que te doy.
Un beso y un abrazo, de tu hermana que te quiere*

Marianne

Después de doblar la carta de nuevo, la unió a sus compañeras, esas palabras le dieron fuerza para levantarse. Se asomó al pasillo entreabriendo apenas la hoja. Estaba completamente sola, vestida apenas con la camiseta y sus calcetines, gruesos corrió al baño.

Luego aseada, se vistió para el día. Dentro de la casa hacía una temperatura agradable, por lo que dejó su jersey de lana gruesa en el dormitorio y salió solo con su camiseta y sus pantalones de deporte. Sentía hambre. Comprobó que todo seguía en silencio y se dirigió a la cocina. Bien, al menos prepararía algo para desayunar. No sabía cuando volvería su «instructor» y no iba a morir de inanición esperándole.

La escuchó en la cocina, nada más abrir la puerta. El olor delicioso a café negro y fuerte le llegó a la nariz, incluso antes de empezar a subir los escalones que le llevaban al primer piso. Tenía un poco «de contrabando», y su alumna lo debió de haber encontrado.

Alexandra McKonky estaba de espaldas a él, solo llevaba una camiseta del ejército color gris, un pantalón holgado, y esos calcetines gruesos a rayas. Suspiró hondo, tomando fuerzas. La cadera femenina balanceaba al compás de sus cortos pasos, se inclinó para abrir un cajón, buscando algo. La visión ampliada de ese trasero alto y firme golpeó a Tony. Las malditas prendas la abrazaban y resaltaban más que ocultar.

En ese momento ella se volvió, su cabello revoloteó en cascada, ondulado ligeramente, rojo oscuro, brillante, suelto. Enmarcó un rostro altivo y a la vez exótico con sus ojos verdes y brillantes cuan gemas incrustadas.

—Llega justo a tiempo para el café, instructor, muy buenos días.

—Buenos días señorita McKonky. Veo que se está instalando bien, eso me gusta.

—Pensé que no le importaría, ya que vamos a convivir que compartiésemos las tareas diarias.

—Por supuesto, iba a proponer eso mismo.

—Bien, mañana le toca a usted, servir el desayuno. Esta vez lo he hecho a mi gusto. Negro, fuerte, si lo desea con leche, creo que he visto en la nevera.

—No, tal y como está suena bien.— Caminó hasta la cocina, vaya, era todo un carácter la escocesa, «mañana le toca a usted servir el desayuno»—. ¿Necesita alguna ayuda?

Tony dejó la pequeña cesta en la encimera y se ocupó de guardar en el frigorífico el pastel de carne, la ensalada y el trozo de tarta de fruta, que le había preparado Dafne. Luego la dejó colgada de una pequeña percha junto a otros utensilios. Ella apenas le miraba mientras apagaba el gas de la cocina, cerrando la espita.

—La mesa está puesta, las tostadas calientes; solo falta llevar la cafetera. Siéntese, por favor, si le parece bien.

Tony asintió, dándose media vuelta. La mesa estaba puesta ordenadamente, servilletas, cucharillas, mantequilla y mermelada. Dos tazas blancas sobre sus respectivos platillos. Vaya, con la señorita McKonky. ¿Además era una buena cocinera y ama de casa? Se dio cuenta de lo poco sabía de esa mujer. Apenas un informe médico de aptitud, peso, altura, y poco más.

Se sentó en la silla que acostumbraba, y ella llegó con la cafetera, dejándola sobre un paño doblado, para que no derramase líquido sobre el mantel. Ella le miró mientras se sentaba. Procedió a servir el café, algo debió de notar la joven en su cara cuando abrió la boca y le soltó a bocajarro.

—No se haga ilusiones instructor.

Tony alzó las cejas al mirarla, mientras el aromático líquido negro llenaba la segunda taza.

—¿Por qué dice eso, señorita McKonky?

—Lo único que sé hacer aceptable es el café. Y a veces hasta las tostadas se me queman, no soy buena cocinera.

Tony sonrió.

—De todo se aprende, señorita McKonky.

—¿Piensa instruirme también en cocina, señor Daylight?

—Pienso enseñarla a sobrevivir. Y creo que comer bien entra dentro de ese ámbito. No la pondré a cocinar, pero en días alternos le tocará hacerse cargo de la comida. Nos enviarán una buena cantidad de cosas ya preparada desde, bueno, la casa de mi familia. No tendrá más que preocuparse por calentar y poco más. Pero sería bueno que aprendiese algo de ello, sobre todo por su futuro esposo e hijos.

Ella se rió en su cara, después de echar en el café tres cucharadas de azúcar. Movi6 negativamente la cabeza, ante la visi6n «machista» de su papel como mujer en el mundo.

—¿Qué le hace tanta gracia, señorita McKonky?

—El imaginarme con esposo e hijos. No tengo eso planeado para mi futuro, ni siquiera sé si tengo futuro, instructor.

—Si aprende lo que yo le enseñe, si es lista, sobrevivirá y tendrá el futuro que usted quiera. Yo le daré las herramientas para ello, usted pondrá el resto, las ganas de sobrevivir no puedo dárselas, pero en el ser humano, la supervivencia, a pesar de lo que pase, está en nuestro cerebro, en su misma base.

—Qué interesante.

—Sí, lo es. He visto a tipos con heridas que destrozaban la mitad de su cuerpo, salir adelante con medios de cura más que rudimentarios. Yo mismo he sobrevivido a un disparo y a varias cuchilladas con una cura de urgencia, y ganas de vivir. Sé de lo que hablo.

—No lo pongo en duda, señor Daylight.

—Bien, eso espero, coma su desayuno. El calentamiento que haremos será una carrera por el bosque. Empezaremos a un ritmo básico, quiero comprobar su resistencia física, luego incrementaremos el paso. Hoy la haré llegar a alguno de sus límites. No espere de mí clemencia.

—Nunca la esperé de nadie, señor.

Tras la enigmática respuesta ella se encerró en sus pensamientos y comió en silencio. Cuando ambos terminaron, retiraron las cosas, dejándolas limpias sobre el escurrerplatos.

Y sí, casi la hizo llegar al límite aquella primera sesión de entrenamiento. Una larga carrera de tres horas por la campiña, entre carriles ondulantes, solitarios y sotobosque. Pero no se rindió, no podía, no entraba en la cabeza de Alexandra pedir ningún tipo de indulgencia a su instructor.

Llegó la hora del mediodía, no la dejó parar nada más que para comer algo y seguir el entrenamiento en los bajos del edificio. Aquella noche cayó exhausta en la cama. Todo el maldito día la tuvo corriendo por esos caminos serpenteantes del bosque, desde la mañana en cuanto volvió de lo que tuviese que hacer de nuevo al pabellón. Tras ello, luchando a brazo partido con ella en una especie de gimnasio construido debajo del apartamento donde vivía.

Apenas había tragado dos bocados de comida ya cocinada que él trajo por la mañana y recalentado para la cena. Se excusó y se marchó pronto a su dormitorio. De todas maneras, ese primer día, su instructor, aparte de gritarle a todas horas y de dejarla caer sobre su trasero decenas de veces, peleando verdaderamente sucio, la dejó casi agotada para más. Al fin, sobre el colchón y abrazada al manojito de cartas de su hermana, tragó un par de analgésicos fuertes y abrió la siguiente misiva. Estas letras, dibujadas con la caligrafía esbelta y sutil de su hermana, era lo que le daba fuerzas para afrontar todo lo que tenía por delante.

Octubre 1937

Queridísima hermana.

Qué emoción recibir tu carta, la tengo en la mesita de noche y creo que la he leído ya más de cien veces.

Verner me ha prometido poner un teléfono pronto en casa. Aunque podría ir a la empresa a llamarte, pero está muy ocupado para llevarme estos días. Pertenece a una asociación política, llevado por su hermano, más bien, mi marido no es muy dado a esos temas. Pero si quieres mantenerte en los negocios, por lo visto, es muy bueno pertenecer a esa organización. Es difícil describirlo, pero suena algo así como, Nacional y Socialista. En fin, tú sabes que yo tampoco he sido muy de comprender la política, solo sé que dos o tres veces por semanas tienen actos y reuniones.

Dice que pronto va a haber una revolución muy importante en el país y

que los que estén en ese partido serán los mejor mirados por el gobierno. Yo simplemente asiento, y le preparo la cena. Luego escuchamos un rato la radio mientras nos contamos nuestras respectivas jornadas. El mío siempre muy tranquilo, y, nos vamos a la cama... ya me entenderás cuando te cases.

Por lo demás estoy explorando ya alrededor de mi edificio y conozco muy bien el barrio. Es tranquilo y de clase media alta. Al lado hay otro de clase superior con grandes casas rodeadas por verjas y hermosos árboles. También paseo por allí algunas mañanas. Es hermoso. Me ha dicho Verner que dentro de unos años, a lo mejor nosotros viviremos en una casa así de bonita y elegante.

Ya voy a la compra sola, y aunque aún me lío un poco, se defenderme en alemán. Creo que la necesidad es lo que aguza el ingenio. Y los tenderos siempre se han mostrado muy afables conmigo.

También tengo un par de vecinas jóvenes en el edificio. Antes solo las saludaba, Ahora que hablo un poco su idioma, se han mostrado muy amables. Incluso me han invitado una tarde a ir de compras con ellas y a tomar un café en una preciosa y elegante cafetería, toda llena de señoras «ricachonas».

Cuanto me hubiese gustado que estuvieses aquí para pasear conmigo. ¡Que tiendas más bonitas! Hay algunas con nombres franceses y preciosas cosas, tan elegantes. Verner me ha dicho que para mi cumpleaños, me comprará lo que quiera de esas tiendas, No quiero abusar, pero he visto un bolso con unos zapatos a juego en piel de cabritilla que me encantan.

No me dices en tu carta demasiado de ti, lo que me he dado cuenta es que me has escrito desde las Highlands. ¿Estarás allí de visita mucho tiempo? Es por las señas. Ésta te la mando a casa de tía, por que sé que ella te la reenviará a Londres, si ya no estás.

Por cierto si aún estás allí dales mil besos y abrazos de mi parte a la tía, a tío Ian y a esos pesados de primos que tengo, que me hacían rabiar tanto, pero que también los quiero y les echo de menos. Les escribiré a todos lo prometo.

Por ahora voy a dejar la pluma. En la próxima carta, te seguiré contando más cosas.

Besos, miles de besos hermanita.

Te quiero mucho.

Marianne

El segundo día de entrenamiento le hizo darse cuenta a Tony que, por mucho que empujase los límites de la escocesa, ella todavía daba más de sí, empezó a admirar esa faceta suya. Esa mujer había trabajado duro en su vida. No era una chica de ciudad, aunque sus modales no eran en absoluto pueblerinos. Más bien al contrario, rezumaba clase y presencia a pesar de sudar, rodar por el suelo, golpear y recibir a la vez sus medidos puñetazos. Cada vez aprendía más rápido a esquivar sus golpes, y le hacía esforzarse. Tenía todo lo que necesitaba un recluta.

Hablaban más bien poco de temas personales. Apenas logró sonsacarle que vivía en una granja y que después de la marcha de los hombres a alistarse, había trabajado en la tierra duramente, igual que cualquiera de ellos. Su padre aún vivía por lo que averiguó, pero no su madre. Aun así la cocina no era su fuerte, extraño.

De todas formas, ella valía cualquier esfuerzo por su parte. Bossfield supo escoger bien a su alumna. No adivinaba como la pudo haber localizado. Se cerraba en banda cuando sacó el tema el segundo día, se limitaba a contestar que era «secreto», y que no tenía permiso para hablar de ello. Tony se encogió de hombros y la hizo besar la lona otra vez. A pesar de todo, sus veinticinco kilos de ventaja siempre estaban ahí, por muy fuerte que ella fuese. Si le quería vencer, tendría que hacerla trabajar más su agilidad, y enseñarle alguna que otra llave.

En sus manos, esa mujer, conseguiría con el tiempo, si lo tuviesen, y entrenamiento adecuado, convertirse en una bella y peligrosa máquina de matar. Desechó esos pensamientos oscuros. Ella, por lo que podía intuir, llevaría a cabo una misión concreta. Ni siquiera sabía si su último fin fuese entrar en el servicio secreto, o solo era algo puntual su «trabajo» en Berlín.

La señorita McKonky era un compendio de misterio y hermosura, que si no se andaba con cuidado, podía hacerle perder algo más que la cabeza. Se

dio plena cuenta de ello, cuando a última hora de la mañana, era ella la que le tenía tirado boca abajo en la lona, montada a horcajadas sobre su cintura y con una llave perfecta oprimiendo su cuello. Tony sonrió mientras se la sacudía de encima, después de volver de algún lugar lejano de sus pensamientos. Ese lapsus momentáneo, le había echo a él, caer sobre la madera pulida. Rodó sobre ella, y esta vez fue con todo su peso, sobre ese cuerpo firme y voluptuoso de mujer.

—Aprende rápido, McKonky.

Tan prestamente como la inmovilizó, la dejó libre, sin esperar su rendición, alejándose varios metros de ella.

Alexandra saltó para levantarse a pesar que sabía lo dolorida o cansada que podía llegar a estar. Era valiente la pelirroja, no quiso sonreír, pero estaba deseándolo. La miró sacudirse el polvo imaginario de sus pantalones, a la vez que secarse el sudor de su frente con el borde de la manga de su camiseta verdosa desgastada.

—Por hoy estamos bien, esta tarde empezaremos con otras lecciones igual de valiosas.

Le hizo un gesto de mudo asentimiento, antes de salir del gimnasio. Después de asearse y comer, la llevó de nuevo al piso bajo. Con un juego rudimentario de herramientas, la enseñó a abrir cada diminuta cerradura que encontró entre los muebles viejos y puertas. Ella al principio no fue muy diestra, pero se la veía con ganas de aprender, por ello fue en extremo paciente, enseñándole todos sus trucos, hasta la hora de la cena.

Aquella noche en la intimidad de su dormitorio, Alexandra volvió a abrir su cajita de los tesoros. Esta vez dos cartas entrelazadas cayeron en su regazo, como una señal del cielo. Se aprestó a leerlas antes que las pastillas para el dolor que había tomado y el sueño la venciesen.

Noviembre 1937

Querida Alexandra.

Lo primero desear que estés bien a la llegada de mi carta. Me ha preocupado que me digas que no vas a volver a Londres a casa de papá. ¿Qué ocurrió cuando me fui que no has querido contarme?

Te conozco bien hermanita, y sé que no tomas decisiones a la ligera. Quiero que a la vuelta de correo me cuentes todo. Sé que siempre piensas que soy la pequeña y que tienes que protegerme, pero la señora casada, te recuerdo, que soy yo, y creo que ya soy bastante adulta para comprender lo que haya pasado. Además, que sé que es algo fuerte, pues papá no ha contestado a mis cartas, solo he recibido una de nuestra madrastra y poco más. Y en un tono amable pero adivino que algo me ocultáis ambas. ¿Papá está enfermo?

No me dejéis con la duda por todos los santos. Sabéis que estoy muy lejos y no puedo acudir a casa de un día para otro, pero si ocurre algo grave, viajaría enseguida.

Ya he hablado del tema con Verner, me ha dicho que si hay algún problema, pedirá a su hermano que le releve unos días de sus obligaciones y os haríamos una visita aunque corta. Si no, esperaremos al año que viene, cuando la convención de fabricantes de automoción y maquinaria que suelen acudir todos los años. Iré con ellos y os visitaré sin falta.

¿Sigo enviándote las cartas a las Highlands? Por favor si vuelves a Londres, házmelo saber de inmediato. Adjunto a esta otra carta para los tíos y mis primos, espero que les alegre tener noticias mías, igual que a mí, recibir las tuyas.

Por lo demás, sigo aquí, muy a gusto y feliz. He aprendido a hacer labores de bordado, o más bien lo intento. Una de mis vecinas jóvenes es una artista en eso, y ha sido muy amable de venir a casa cada día a darme lecciones. Sigo saliendo de vez en cuando con ellas. Ambas tienen hijos y más obligaciones que yo, por el momento, aunque... bueno, no sé si aún puedo confirmarlo, a falta de ir a un médico, pero, querida hermana, si hay suerte, puede que esté embarazada.

No lo sé con certeza, pero no me puedo resistir a contártelo. No pensaba hacerlo hasta confirmar, pero aún quedan un par de días para mi cita con el doctor y bueno, estaba deseando enviarte noticias al recibir las tuyas.

Así que en cuanto lo sepa con seguridad, no te preocupes, os enviaré carta a ti y a nuestra madrastra. A papá no me atrevo. Y si no me decís pronto que pasa, sabed que si estoy en estado, son malos los disgustos, pero peor, el no saber nada.

Escribiré de nuevo en pocos días, y te llegarán dos cartas con apenas una semana de diferencia. O eso espero.

Os quiero mucho a todos, os echo de menos, pero no preocuparos, me adapto bien y soy muy feliz.

Tu hermana,

Marianne

Noviembre 1937

Hermana querida, ¡estoy embarazada! Soy tan feliz, y Verner también. Desde que nos casamos, no usamos ningún método anticonceptivo, ambos queríamos empezar pronto a construir nuestra familia. Deseamos tener, al menos tres pequeños, cuando se es joven se tienen más fuerzas para lidiar con ellos. Verner y su hermano fueron hijos muy deseados, pero de padres mayores, y les faltaron a ambos demasiado pronto, Verner no quiere eso, quiere ver crecer a sus hijos y también a sus nietos.

Gracias por el precioso regalo que me enviaste. Llegó bien, es una caja preciosa, y debió de ser muy cara. No debiste gastarte tanto, yo con una postal hubiese sido feliz, pero, la utilizaré bien. Servirá para guardar fotos y tus cartas. Será como mi cofre del tesoro. Ese que buscábamos los primos, tú y yo por el riachuelo, las cuevas de los acantilados, e incluso cuando íbamos de excursión a los páramos. ¡Qué días aquellos!

Mis amigas nuevas, Ennie, y Bridgitt, creo que se escribe así, se han volcado conmigo, cuando se han enterado que estaba embarazada. Me vieron la cara de felicidad que traía cuando volvía del médico de recoger los resultados positivos, y ambas me abrazaron y me arrancaron de los brazos de mi marido para empezar a darme consejos.

Por ahora no siento ningunas náuseas. solo algo de cansancio. Verner me ha prohibido hacer esfuerzos. De la noche a la mañana, ha contratado a una señora rellenita y alta, de unos treinta y pocos con el cabello moreno y largo siempre recogido en un rodete, llamada Frau Shmuel. Es muy amable,

vendrá tres veces por semana a encargarse de la casa.

El médico me ha recomendado descanso y una dieta bastante rica en frutas y verduras. Dice que soy demasiado joven y que necesito eso. Me cuidan bien, lo mismo mi marido que mis amigas y mi nueva ayuda en casa. Cuando llega lo primero que dice, es ¿cómo está la futura mami? y acaricia mi barriguita, que apenas se nota puesto que estoy de apenas dos meses y medio.

Es como nuestra tía Maggy, aunque joven, muy familiar, y cariñosa conmigo. Viene a la compra y no me deja cargar nada. Me enseña muchísimos modismos del habla diario. Tiene una familia muy hermosa, los he conocido el otro día, que tuvo un pequeño problema, y la acompañé hasta su casa antes de hacer la compra diaria. Me entendí a la perfección con ellos. Se dedicaban al comercio y perdieron el negocio. Frau Shmuel enviudó pronto y con tres hijos, y no le gusta recibir limosna de la familia, aunque ellos son así, muy dados a ayudarse. Creo que son judíos, pero no me he atrevido a preguntarle. Por lo visto es algo que aquí no se habla demasiado.

Ya, si no fuese por mi acento aún un poco torpe, nadie notaría que no soy una nacida en Berlín. En fin, esta carta será corta, las próximas más largas. Estoy algo cansada y me voy a echar una siesta hasta la noche. Frau Shmuel, incluso ha dejado la cena preparada, nada más para que yo la ponga a fuego y la caliente,

Besos, abrazos, hermanita, y por favor, cuéntame más cosas, no me dejéis en ascuas.

Marianne

~99

El cabello se le pegaba a la cabeza, húmedo de sudor. Llevaban corriendo cerca de una hora, el sol había salido, y se encontraba justo a su diestra. Se sacó la gorra, porque le molestaba, y la guardó en el bolsillo del pantalón.

Intentaba mantener la respiración relajada y profunda en la carrera. Una semana ya en el «campo», recibiendo clases de su instructor, ahora solo veía su ancha espalda, cuatro o cinco metros por delante de ella, marcando

siempre el ritmo. Moviendo ese trasero duro al compás de su zancada. Frunció el ceño, siete largos días en los cuales lo único que contemplaba desde la hora del desayuno, hasta bien entrada la mañana era ese culo apretado y musculoso.

Harta de que sus pensamientos no pudiesen ir a ninguna parte salvo a admirar el hipnótico movimiento de los músculos de su instructor, aumentó su velocidad, y después del recodo del camino desde donde solían volver de nuevo al pabellón, le adelantó sin pensárselo dos veces.

Apenas le miró de reojo cuando le pasó. La muy díscola, había decidido marcar ella el ritmo y adelantarse a la mitad de la carrera. Sus piernas eran verdaderamente largas, y le daba un paso poderoso y a la vez elástico, dignas de admiración. Durante unos minutos la dejó correr, precederle una centena de metros o algo más. Sonrió para sí, ella marcaba un ritmo muy alto. Se cansaría, pensó, mientras mantuvo el suyo.

Su admiración por las curvas femeninas, a su pesar, le hizo acelerar pulso y respiración involuntariamente. Demasiado tiempo detrás de ella, estimulado por el contoneo de esas caderas y... maldita sea, ¡por eso procuraba ir siempre el primero y marcando la marcha! Por no ver ese delicioso trasero, y esa delatora curva de su cuerpo, que no enturbiaban sus pantalones de deporte.

La perdió de vista por el sendero que, en esa zona, se volvía más boscoso. ¡Le iba a dar una lección a su recluta en unos instantes! Se salió del camino marcado que ambos recorrían a diario, desvió su carrera por un diminuto lindero, que pasaría desapercibido a los que no conocieran la finca. No tuvo que incrementar ni un poco su carrera, cortaba el terrero que le quedaba por recorrer, a pasos agigantados. Lisa y llanamente, estaba haciendo trampas.

¡Ja! Que le denunciase por ello. Además, si tenía que ver el panorama de ese precioso trasero el resto del camino, iba a terminar muy mal. Bueno, tal y como terminaba cada día. Maldita sea, ¿no podía ser menos hermosa? Al menos no poseer ese culo redondo y respingón. Apresuró el ritmo, para llegar más pronto a casa. Mucho antes que ella. Quizás hasta tuviese tiempo de... relajarse un poco antes de enfrentarse de nuevo a ella. Al menos habría «descargado» algo la tensión sexual.

Media hora después, estaba vislumbrando el pabellón. La puerta estaba cerrada y todas las contraventanas abiertas, señal de que la chica que se

encargaba de la limpieza ya había marchado. Continuó hasta subir los peldaños que le daban acceso a la vivienda y solo entonces paró a tomar una fresca bocanada de aire.

Respiró hondo y se estiró. Sacando su llave, sonreía de oreja a oreja. Dejó la puerta cerrada y pasó directamente a la ducha. Sí, el agua deliciosa y caliente sobre sus músculos, recorriendo como caricia su cuerpo sudoroso y caliente, y no solamente por la carrera.

Alexandra McKonky, maldita mujer. Estaba empezando a creerse loco, no sabía si a ratos odiarla o desearla bajo él en su cama. Durante la lucha cuerpo a cuerpo, siempre acababa adrede, sobre ella. Sintiendo cada curva y cada hondonada. ¿Se torturaba a sí mismo? Sus manos, resbalosas de jabón, barrieron su pecho, y casi sin darse cuenta bajaron hasta el mismo centro de su excitación. Su erección era demasiado obvia, casi se sentía apuñalado el vientre de puro deseo carnal. Sus manos comenzaron a recorrer repetidamente el camino desde su base a su cabeza, casi automáticamente, sin poder apartar de su cabeza la imagen de ese precioso culo, de esa cadera curvilínea, y esos labios generosos. En ese momento sí que sabría darle buen uso a esa boca roja y carnosa. Justo donde estaba ahora su mano derecha, bombeando arriba y abajo. Mientras, el agua templada de la ducha caía como lluvia sobre él, y su mano izquierda se apoyaba abierta sobre los frescos azulejos sustentando a medias su peso.

Se corrió salvajemente, aunque el agua arrastró cualquier prueba tangible. Gritó de puro placer con el fuerte orgasmo. Si no estuviese solo en la casa, ella le hubiese oído. Respiró hondo dos o tres veces más, los espasmos de placer aún recorrían su columna vertebral de arriba a abajo. Echó la cabeza hacia atrás y dejó que el agua cayese de lleno sobre su rostro.

«Alexandra McKonky, vas a ser mi tumba», pensó mientras cerraba el grifo y procedía a la rutina de secarse y vestirse, notablemente más relajado.

Empezó a preparar tranquilamente algo de comer. Miró el reloj colgado en la pared, ella estaría pronta a llegar.

Alexandra se giró de nuevo, echando la vista a su espalda, le había perdido desde hacía poco menos de una hora. ¿Le habría ocurrido algo? No, imposible, su instructor estaba demasiado en forma. Quizás solo era que era rápida y él se quedó detrás, sin poder seguir el ritmo impuesto por ella. Sí,

eso sería. Esos músculos que ostentaba, pesarían los suyos. Sabía que su *sprint* era duro y eficiente, y que incluso sus primos, chicos fuertes y curtidos, nunca habían podido alcanzarla. Después había mantenido su marcha con una constancia magnífica. Orgullosa alzó la cabeza al sol de la mañana y al fin, sonrió en días.

Siguió adelante, por el conocido camino que usaban a diario, podía ver el tejado de la segunda planta del pabellón, las ventanas abiertas, la puerta también. Su mente se aceleró, ¿quién estaría en el pabellón? ¿Podrían haber entrado ladrones a hurtadillas? ¿O simplemente la chica que iba a hacer la limpieza, o la colada, precisamente hoy se retrasó? Joder, justamente el día que volvía sola.

Cuando estuvo al pie de la escalera, no se lo pensó más. Preparó sus puños y su cuerpo para una confrontación, si había un extraño, pero con sigilo, por si solo era la criada, poder escabullirse sin ser vista.

Silenciosamente puso el pie en el último escalón. Dos pasos más y...

—¿Te has perdido McKonky?

Sentado ante la mesa, con sonrisa satisfecha, el cabello ensortijado aún húmedo, con diferentes ropas con las que estaba corriendo, estaba su Instructor. Una taza de café en la mano, y el último bocado de un sandwich en la otra bien pertrechado.

Ella no dijo nada, frunció el ceño y cerró la puerta tras de ella, pasando de largo de la comida, fue directa al baño.

Tony satisfecho de su jugada, y de bajarle los humos a la pelirroja gritó.

—McKonky, cuando coma algo, baje al salón para que sigamos entrenando.

Escuchó tras la puerta del baño

—Sí, capitán Daylight, a sus órdenes.—pero dichas con un ligero aunque tangible «retintín». Tras esto a Tony le entraron ganas de reír a carcajadas, pero se cuidó mucho de no hacerlo hasta que bajó al gimnasio.

Alexandra golpeó con saña una y otra vez el saco lleno de arena. Él corregía su postura. Usaba hoy, para ello una fusta de piel muy gastada que no sabía de donde habría sacado. Señalaba con ella, tocándole apenas la articulación que necesitaba flexionar o estirar más, o el músculo que debía utilizar para alcanzar la máxima efectividad.

Si se atrevía a darle en el trasero con ella, la iban a tener.

Maldito déspota. Apenas la había dejado comer tranquila ese día. La había llevado a un ritmo endiablado. Si esa noche pretendía seguir con las clases teóricas, andaba listo, milagro sería que no se durmiese durante la cena.

Tony se cuidaba mucho de sonreír ante su aventajada alumna. Aprendía rápido, era dura, fuerte, tenaz, a veces rayando en la cabezonería. Pero no quería decírselo, ni siquiera le lanzaba un gesto aprobatorio cuando repetía el ejercicio y lo hacía a la perfección. El saco sufría las patadas que daban esas preciosas piernas. Siguiendo así, tendría que buscarse otro nuevo, si la dejase, seguro que lo desgarraba con las uñas y dientes.

¡Gata indómita! Estando a sus espaldas, se permitió por unos breves segundos esbozar una sonrisa, soñar con acariciar aunque fuera con el cuero de la fusta ese trasero femenino que se movía ante él, mientras lanzaba una nueva sarta de puñetazos contra el saco. Ella daba todo lo que llevaba dentro. Era apasionada hasta la saciedad. ¿Sería igual para...? ¿En la cama sería así de salvaje? El alivio momentáneo bajo la ducha, no había sido suficiente al parecer. Su bajo vientre tembló, y de nuevo su erección palpitó en su confinamiento al crecer involuntariamente.

Algo hizo que sus pensamientos carnales se esfumaran y volviera de momento al presente. Dejó de sonreír como un idiota cuando vislumbró rojo sobre el marrón de la arpillera del saco.

—Detente, McKonky.

Ella por un instante no le escuchó, estaba concentrada en propinar tandas perfectas de cinco puñetazos, dos altos, derecha, izquierda, dos bajos, uno arriba.

—¡Alexandra! para de una vez.

Sujetó el puño de ella contra su mano abierta. Ella le miró sorprendida. Cómo si saliese de un trance hipnótico.

—Las vendas que te protegen, mujer, ¿no notas que han cedido? Te has herido todos los nudillos.

Ella miró su maltratado puño, ni siquiera se había percatado de ello. La sangre manaba despacio pero constante. Las vendas estaban bajas y manchadas igualmente en carmesí.

Él le agarró ambas muñecas inspeccionando seriamente el daño. Joder estaba empezando a enfadarse de tamaño despropósito.

—¿Estás loca mujer?, no puedes hacer esto. Si te duele, has de parar.

—No me molesta.— Ella se encogió simplemente de hombros.

—Vamos a la enfermería.

Tiró de Alexandra sin soltar una de sus muñecas. Ella se dejó de llevar, estaba realmente cansada como para resistir ser arrastrada casi de la mano.

Enfilaron el corto pasillo hasta la pequeña habitación que servía desde antiguo para estos menesteres. Allí una larga encimera, con un lavamanos, un pequeño infiernillo. Una nevera diminuta para las medicinas que necesitaran refrigeración. También un armario colgado de madera blanca, con una cruz en rojo pintada en él. Una cama pegada a un rincón cubierta con una sábana de blancura infinita. El olor a medicamentos la hizo fruncir la nariz. El diminuto espacio a oscuras, solo con una alta ventana y una bombilla colgada del techo sin lámpara la hicieron sentir algo claustrofóbica.

Daylight le indicó con la cabeza la cama, tras soltar su muñeca. Fue directamente al fregadero de la encimera a lavarse las manos. Ella se dejó caer sentada en el colchón, poniendo sus puños, cerrados, sobre sus rodillas juntas.

Su instructor se acercó de nuevo hasta ella, después de trastear en el armario y un par de cajones, sin que ella realmente le echase demasiada cuenta, se arrodilló, en vez de usar el taburete que estaba a apenas un metro de la estrecha cama.

—A ver esas heridas, McKonky. Estira esos dedos, abre los puños.

Ella obedeció despacio. Miraba como desde muy lejos mientras él procedía a limpiar con agua oxigenada sus heridas. Las observaba y le hablaba sobre lo que debía de hacer la próxima vez.

—Intentaré conseguir guantes de boxeo de tamaño pequeño para proteger tus manos. Yo no tengo, pero tu piel no se puede maltratar de esta manera. El problema es el tiempo...

Ella asentía y se dejaba curar, ni siquiera sentía el escozor de tan cansada que llevaba esa semana. Ni había podido leer esas noches atrás, las cartas de su hermana que tanta fuerza de daban, y tanto la ayudaban a seguir luchando. Caía en la cama con un coctel de pastillas para el dolor y el sueño, y cerraba

los ojos hasta oír a la mañana siguiente el golpeteo del capitán Daylight en la madera de su puerta para despertarla. Y a partir de ahí, un no parar diario.

—Esta tarde tómalala de descanso Alexandra.

Tony, había observado el comportamiento errático de los ojos de ella. Tenía ojeras violáceas, y sus hombros estaban encorvados hacia adelante. ¿Se estaba rindiendo? No lo creía, veía más que nada síntomas de cansancio. Ella no dijo nada, ni siquiera le miraba en ese momento, creyó que no le había ni oído.

—¿McKonky?

Terminó con eficiencia de echar sulfatiazol sódico[11] para cerrar las heridas hechas en los nudillos de la joven. Ella apenas le echó cuentas a los arañazos ni a la cura, parecía ensimismada.

—Cuando te des una ducha, volveré a comprobar como están y pondré una ligera venda si vemos que hace falta. Por un par de días no podrás aporrear el saco.

A Alexandra, el olor a medicamentos le traía lejanos recuerdos, sumidos en lo más hondo de la memoria, escondidos tras preocupaciones y penalidades más recientes. Estar en aquella blanca habitación, pequeña, poco iluminada, le trasladó a esos últimos días de la vida de su madre, estuvo ingresada en el hospital, en una habitación de similar tamaño, incluso con un ventanuco alto. El olor a enfermedad, mezclado con lejía y medicamentos en el ambiente pareció llegarle demasiado claro al olfato. solo en esos últimos momentos se habían enterado de quien había sido el padre de ambas. Entonces contaban entre los doce o trece años, eran apenas niñas, pero a un paso de convertirse en mujeres.

Esos días, supo que Xandra McKonky trabajó desde que contaba con quince años en Londres como criada en una casa señorial. Allí había conocido, durante una de las pocas tardes libres de que disponía, a un joven oficial inglés del ejército. Él había sido llamado poco después, a uno de los múltiples conflictos habidos en aquella época, antes que pudiese decirle que estaba esperando un hijo suyo. Los dueños de la casa donde trabajaba la expulsaron de inmediato cuando notaron su creciente barriga, teniendo que volver a las Highlands. Gracias a los Cielos, su hermana y su cuñado la ampararon de todo y de todos, ya que no contaba ya con sus padres.

Consiguió localizar de nuevo al joven oficial, tras el nacimiento de Alexandra. Quiso hablarle en persona y marchó de nuevo a la capital británica. Cuando se encontraron, lo único que hubo fue sexo de nuevo. Él la llevó a su casa y le hizo el amor toda la noche, y durante varios días estuvieron conviviendo, amándose locamente. Tanto temió romper la magia del nuevo empezar con el hombre del que estaba enamorada, que no le dijo nada de que ya tenía una hija en el mundo.

Y una semana después, él la despedía en un tren hacia las Highlands a toda prisa, mientras tomaba otro para unirse de nuevo a su batallón. La Gran Guerra[12] era ya un hecho. No una simple coincidencia de conflictos, solo había sido una semana de permiso.

Nueve meses más tarde, llegó Marianne. Fruto esas pocas noches de pasión ciega, volvió a quedarse en estado.

Nunca más quiso repetir el error. Dos hijas sin padre en el mundo. Malmirada por sus vecinos, aunque protegida por su familia. Con eso era suficiente. El estigma de ser madre soltera, había alcanzado a sus hijas aun sin quererlo. Alexandra se dio cuenta de ello, cuando años después volvió al norte, cuando se fue apenas era una niña de trece años, y no daba rendida cuenta de las habladurías ni de las miradas de soslayo que provocaba su madre. Cuando esta ya no estuvo, esas mismas lenguas viperinas se volcaron sobre ella toda su maledicencia. Aunque siempre quiso ignorarlo, su vida no era la de otra de las tantas chicas de las granjas vecinas. El que su madre hubiese muerto y su hermana estuviese lejos no iba a derrumbarla, en absoluto. Le quedaba tía Maggie y tío Ian, y sus tres primos que la protegían como fieras.

Alexandra seguía como sumida en sus pensamientos. Tony llevó dos dedos al mentón de la joven, alzándolo para que le mirase a los ojos.

—¿No te encuentra bien, Alexandra?

Desde hacía bastante rato había dejado de tratarla de usted, y empezaba a tutearla. Ella le miró con esos iris verdes con diminutas motitas color oro. Sus pupilas estaban dilatadas. Sus labios temblaron sin respuesta. Ahora no necesitaba un instructor, en ese estado de agotamiento, era más importante una mano amiga y cercana.

Buscó sus ojos, la joven los tenía bajos en principio, aunque en apenas un

segundo su profundo color verde se clavó en los suyos. Incertidumbre, mezclada a partes iguales con valor y agotamiento. Quiso decirle algo, infundirle fuerzas a través de su toque, todo lo que sus labios se negaban a transmitir, y silenciaba. Se levantó de su posición arrodillado a sus pies, tendiendo su mano para ayudarla a incorporarse de la cama.

—Te ayudo a llegar al dormitorio. Descansa allí un rato, luego te darás una ducha. Cuando vuelva de un asunto que he de arreglar fuera, volveré a curarte si lo necesitas, y cenaremos. Esta noche yo me encargo de todo.

Alexandra se dejó llevar mansamente. Tony rodeó su cintura tras ayudarla a levantarse. Por un momento pensó que iba a perder el equilibrio. Caminó con ella hasta la salida apagando luces tras él.

Una vez que la dejó arriba, justo a la puerta de su dormitorio, la dejó entrar sola. Escuchó el crujir del somier tras cerrar. Solo entonces tomó su cazadora, sus guantes y las llaves de la *Matchless* y se dirigió al *cottage* de Henry.

Tenía tantas dudas, aunque no creía que la llamada que tenía obligación de hacer pudiera solucionarlas demasiado.



Se había quedado sola en el Pabellón. Él había sido muy solícito acompañándola hasta su pequeña alcoba, le había dicho palabras de aliento casi susurradas con dulzura hasta llegar allí, pero luego se había marchado sin decir a donde. Suspiró hondamente, tendida en la cama, tras deshacerse de sus botas. Solo era agotamiento, se dijo, comía poco y se esforzaba demasiado. Alargó la mano hacia la caja de madera que siempre estaba sobre su mesita de noche y tiró de ella, la ubicó al lado de su cintura, abriendo y sacando otra de las cartas de Marianne. Leerla, le daría el aliento necesario para dar un paso detrás de otro, seguir adelante con fuerza, y el valor necesario.

Diciembre 1937

Feliz navidad hermanita, ¡espero que llegue antes la carta que el día

veinticinco!, y un buen y próspero año. Esta vez no estaré con vosotros para cantar «Auld lang sine», pero hazlo tú por mí, con el doble de fuerza y yo también lo haré desde aquí. Verner pensará que estoy algo loca, pero me da igual. Serán mis primeras navidades lejos de casa y eso me pone algo triste. Aunque por el bebé no quiero estarlo.

Por esa parte no te preocupes, aunque me he levantado con ligeras náuseas, todo está bien. Frau Shmuel viene ya todos los días excepto el sábado.

Verner preferiría que la buena mujer estuviese a diario, pero le he dicho que ella tiene su familia, y al menos un día a la semana debe de estar con ellos. Parece que se ha quedado conforme. Aunque él quería darle el domingo de fiesta, le he convencido que para ella, por su situación personal le conviene más un día que puede encontrar comercio abierto para sus quehaceres. Ha aceptado mi respuesta. No he querido mencionar que, para la religión que practica la buena mujer el Sabath es sagrado.

Verner ignora que la familia de Frau Shmuel es judía, he escuchado cosas que no me gustan sobre ellos, todas falsas, y no la quiero perder. Es una persona estupenda y me cuida ya como una madre, y tú sabes la falta que hace una en cualquier momento y más estando embarazada y tan lejos de vosotros.

Este año cuando sea julio mi bebé habrá nacido, pero será todavía muy pequeño para viajar. Así que no sé lo que pasará, me gustaría ir a veros. Verner y su hermano planean ir como todos los años a Londres, a la Feria de la Maquinaria Industrial, pero no creo que pueda acompañarlos. Un bebé con apenas la cuarentena, eso si no se me adelanta, pues dice Marta (Frau Shmuel) que las primerizas suelen hacerlo, no sé si podré viajar.

En ese caso Verner puede que se quede aquí, yo no quiero irme a casa de mi cuñada si me quedo sola en Berlín. La veo muy de tarde en tarde, en alguna cena familiar una vez al mes. ¡Sigue tan estirada como siempre! Tú sabes que, aunque hemos recibido ambas buena educación, somos más llanas. Preferiría quedarme en casa de Marta, aunque sea humilde, que en la mansión de mi cuñada. A unas malas le diré a Verner que hablemos con Frau Shmuel para que si no ella, su hija mayor, se turnen para no dejarme sola. Lo prefiero antes de mudarme a casa de esa mujer. (Me refiero a

«querida cuñada») ¿notas mi sarcasmo?

Sabes lo sociable que soy, y me suelo llevar bien con todo el mundo, pero mi cuñada, cada día que pasa, en vez de mostrarse más amigable, parece al contrario, Ni siquiera la llamo por su nombre, sigo diciéndole Frau, y no me atrevo a otra cosa. Voy poco a su casa, y me alegro por ello. ¿Será que no tiene hijos y llevan tiempo casados? Pero yo de eso no tengo la culpa, aunque su aparente animadversión hacia mí, viene desde el mismo día que me la presentaron. Así que dudo que sea por eso.

En fin, mi bebé va a tener una tía maravillosa, aunque esté a distancia, y con eso tendrá más que suficiente,

Es tarde, me he quedado dormida durante la sobremesa cuando Marta se fue, después de sus quehaceres. Voy a levantarme del escritorio a calentar la cena.

Cerraré el sobre porque quiero echarla mañana mismo al correo.

Así que, aunque estemos lejos, procuremos ambas disfrutar de las fechas navideñas. Te envió un pequeño regalo junto a la carta, Espero que te llegue bien, son unos dulces típicos de estos días para la familia. Echaré mucho de menos el pastel de hojaldre y carne de la tía Maggy, díselo de mi parte. Qué de recuerdos maravillosos me asaltan, de esos días de infancia, con mamá, los primos... en fin.

Besos y abrazos para todos.

Un beso enorme hermanita, ¡te quiero mucho! Y no te preocupes, soy muy feliz aquí.

Marianne

P.d.: Se me olvidaba, me llegó carta de nuestra madrastra. Por ella sé que papá sigue enfadado. Bueno, cuando se entere que va a ser abuelo seguro que se le pasará, y el día que vaya a presentar a mi marido y a su nieto, o nieta, se le habrá quitado ya el disgusto. O eso espero.

Apretó la carta contra su corazón. Se acordó de esas navidades. No fueron todo lo hermosas que debían de haber sido. Fueron las últimas que sus tres

primos estuvieron en casa juntos. Se sintió culpable de que los demás notaran su tristeza por la ausencia de su hermana, cuando estaban celebrando. Ellos también la echaban de menos, cada uno a su manera. Fue una completa desconsiderada, acostándose pronto tras la cena, y ni siquiera cantar la despedida del año.

Lágrimas pugnaron por salir, pero ella, como siempre, las retuvo.
Cerró la carta y tomó la siguiente.

Enero 1938

Querida hermana:

Que ilusión recibir tu presente, el de tía Maggy, y el de mi madrastra. Todas con cositas para mi bebé. Las tengo todavía en sus cajas de regalo. No hemos comenzado a preparar el segundo dormitorio para su venida, pero pronto saldremos a escoger lo necesario para el bebé. El casero ha accedido a llevarse los muebles que ocupaban el cuarto de invitados y pronto lo quiero pintar en un colorcillo cremoso y suave, he visto paredes enteladas, pero no me agradan, prefiero hacerlo a mi gusto y Verner dice que decida lo que prefiera, que él manda a uno de los operarios de mantenimiento a casa, con el encargo que yo prefiera.

Luego solo nos quedará amueblarlo. Entonces podré guardar vuestros regalos de ropitas y paticos en sus cajones. Estoy muy emocionada. Todo marcha bien. El médico me dice que de largos paseos pero tranquilos. Cuando Verner vuelve del trabajo solemos salir si hace buen tiempo. Aquí está todo aún nevado y no nos atrevemos por sitios que no estén retirados de nieve o hielo, porque no quiero caerme. Ya voy por el quinto mes, y si vieras lo redondita que se me ha puesto la barriga, Parece que me he tragado algo gordo y redondo, porque sigo siendo una flaca, no como tú que eres una amazona fuerte y alta, no engordo ni con la dieta del médico. El bebé, consume mucho por lo visto, y es sano. Dice el doctor que será un niño grandote, y puede que se me adelante el parto.

Me cuidan muy bien, incluso Marta me ha hecho algo de ropa preciosa para mi chiquitín. Todo lo que tengo en casa es de colores neutros, blancos, cremas, verdes pastel, amarillo suave, ¡Que ganas de ver si es nene o nena

para comprarle algo rosa o celeste!

Mis amigas también me están ayudando con el ajuar para la cunita. Mi vecina me ha ofrecido una cuna que ella tiene muy nueva, pero Verner quiere que nuestro bebé estrene. He declinado amablemente, diciéndole que ella es muy joven y puede necesitarla. La pobre ha puesto los ojos en blanco y ha fingido un desmayo cómico en el sofá, nos hemos reído muchísimo. Comimos galletas hechas por Marta y café con leche, y hemos pasado una buena tarde encerradas en casa por una tremenda nevada. Los niños de mis amigas, mientras tanto, han jugado delante de el calefactor sobre una gruesa alfombra.

Estoy deseando que un día mi bebé se una a ellos en sus juegos. Será el más pequeñito del edificio, si ninguna de mis amigas se decide a tener otro. Pero en fin, seguro que disfrutará también de sus amiguitos y vecinitos mayores.

Espero que te gustase la estola que te envíe, Imita tan bien a la piel de visón que ni yo misma me lo creía. Seguro que te abrigará bien en esos inviernos fríos de las Highlands. Aunque aquí de frío tampoco andamos mal servidos.

De papá tengo noticias por nuestra madrastra. Le envié un regalo a él igualmente, una bonita corbata. La compré en una tienda de la Puerta de Brathemburgo, en una boutique de caballeros muy famosa. Y otra igual para mi cuñado. Aunque seguro que la «estirada» ni se la dejará estrenar, y la tirará al fondo de un cajón, pero me da igual. Con vuestras cartas, mis dos amigas y mi fiel Marta, tengo bastante por aquí.

Pronto volveré a escribirte. Seguiré enviando noticias y esperando que papá me perdone y recibir una carta de su puño y letra, no solo las de nuestra madrastra, la pobre es un cielo, y sus cartas son largas y animosas. Pero echo de menos a mi padre, Y me gustaría que fuese más flexible y me disculpase. Dentro de cuatro meses va a nacer un nieto suyo, y entonces me gustaría estar a bien con él.

Ese ha sido mi deseo para el año nuevo cuando cantaba sola ante la risa de Verner y su abrazo, «Auld lang sine». Oculté una lagrimilla tonta que se me escapaba por no poderos abrazar en persona, pero la vida es así. El amor me ha llevado lejos de lo que ha sido mi hogar toda la vida, lo asumo,

lo acepto sin reservas, aunque en el fondo desearía poder estar todos juntos. Incluida mamá, que nos tuvo que dejar tan pronto. ¡Qué distinta hubiese sido nuestra vida si nuestros padres no hubiesen tomado caminos diferentes; ¿Tú crees que se habrían amado toda la vida? Recuerdo el carácter de mamá, tan parecido al tuyo. Yo de verdad, no sé a quién salgo, me sigo sintiendo pequeña y aunque saque fuerzas, y me supere, me gustaría haber sido más como vosotras.

Besos hermanita, escribe pronto, deseo tus cartas. El teléfono lo ponen en unos días, pero en las Highlands, no tienes, a no ser que vayas a la estafeta de correos, y no quiero que gastéis dinero, las conferencias son caras. Y siempre la operadora, esa vieja de nariz ganchuda, la Señora Patterson, pega la oreja para cotillear. Seguiremos por carta ¿De acuerdo?

Tu hermanita menor y futura mami,

Marianne

CAPÍTULO 5

—SEÑOR, llamada del capitán Anthony Daylight.

Bossfield alzó la cabeza de inmediato de la documentación que estaba revisando, y se lanzó sobre el auricular, intentó controlar su patente ansiedad cuando habló.

—¿Capitán Daylight?

—General Bossfield, señor, buenas tardes.

—Buenas tardes, capitán. ¿Cómo está mi... cómo está la recluta?

—Esta tarde he dejado que descanse. He hecho llegar casi al límite estos siete días a McKonky.

—¿Y?

—Es de lo mejor que he entrenado en mi vida, mi general, tiene un potencial tremendo. No voy a mentirle, pero para estar sobradamente preparada necesitaría más del plazo que me ha dado, pero...

—No tenemos demasiado tiempo más, capitán Daylight, mes y una semana a lo sumo.

—El ataque es inminente, me supongo.

—Escucha las noticias, ¿me equivoco capitán?

—Las de última hora. El resto lo pasamos entrenando.

—Pues ya sabe, no hay más plazo. La necesito preparada en la fecha, si no antes.

—Haré lo que esté en mi mano.

—Bien, sabía que podía confiar en usted.

—Si el material no fuese bueno, ni yo, ni nadie hubiese sacado partido de

su recluta.— Tony creyó escuchar un hondo suspiro de satisfacción al otro lado—. Señor, ¿puedo hacerle una pregunta?

Bossfield rio por lo bajo.

—¿Pidiendo permiso el capitán más descarado que conozco de entre mis hombres?

Tony también sonrió a su pesar.

—Sí, mi general

—Dispare, capitán.

—¿Cuál es la misión de esta joven?— Al otro lado del hilo telefónico unos largos segundos de silencio—. ¿General Bossfield? ¿Señor?

—No es de su incumbencia capitán. Su cometido es entrenar a mi recluta y traerla de vuelta en el plazo previsto—. Su voz se había vuelto dura y cortante.

Ese era el Bossfield que tanto conocía, pensó Tony. Se encogió de hombros, él tenía medios de sobra y averiguaría todo por su propia cuenta tarde o temprano.

—De acuerdo señor, si no necesita nada, a final de mes volveré a llamar con el informe.

De nuevo un pesado silencio al otro lado. Por un instante Tony creyó que se había cortado de alguna manera la conferencia.

—¿General?

—Gracias Daylight.

—Señor...

—A final de mes quiero su informe de los avances. Hasta entonces.

Luego solo el zumbido de la línea cortada. Tony se levantó del sillón del despacho de su hermano, donde se había encerrado para llamar a Bossfield. Colgando despacio el auricular y se estiró.

Salió luego hacia el salón, donde estaba reunida su familia. Henry estaba tirado en el suelo boca abajo en una gran alfombra, junto a sus mellizos. Los tres jugaban con coches y motos en miniaturas de latón pintado en colores brillantes.

Tony miró embobado la escena. Lo que nunca le había visto hacer de pequeño, revolcarse por el suelo, e imitar el ruido del motor del vistoso coche azul con que jugaba, lo estaba haciendo ahora con sus mellizos. ¡Ver para

creer! De niño, Henry había sido su hermano mayor, y lo había visto más pendiente de sus libros y sus estudios que de jugar con nada ni con nadie. Incluso cuando en raras ocasiones, jugaba con él, lo que hacía era leerle libros sobre fauna de países exóticos y darle lecciones de naturaleza o de geografía.

Decidido, se unió a la fiesta, sentándose en el suelo junto a ellos. Pronto uno de los mellizos, Raymond le pasó un coche de bomberos rojo cereza.

—Tío Tony, si se «plota» el coche de papi, tú apagas el fuego.

Unido durante un buen rato a los otros tres «hombres» de su pequeña familia jugueteó estirado sobre la alfombra. Estos, fingieron un accidente aparatoso y hasta una explosión para que él acudiese a toda prisa con el precioso camión rojo.

El sol languidecía cuando se despidió de ellos, besuqueado por sus sobrinos. Dafne se dirigía a ayudar a Felicity a coordinar la cena, y le mandó un beso al aire, cuando pasó por la cocina a decirle adiós.

Llamó dos veces más a la puerta. Había llegado al pabellón ocultándose el sol y entró directo a la ducha. Luego había pasado por su habitación cerrada y silenciosa, volvió a golpear la madera. Ella no respondía, seguramente estaría dormida, pero ¿tan profundamente? o quizás... Sintió un nudo en su estómago. ¿Habría sido demasiado duro con ella? ¿Tanto como para que se hubiese ido en su ausencia?

Giró el pomo de la puerta con auténtico y extraño desespero, la abrió. Allí estaba, rodeada de cartas, una caja de madera tirada en el suelo, dormida sobre la cama, sin deshacer siquiera.

Se acercó silenciosamente, recogió el cofrecillo de madera, y metió en ella las amarillentas misivas una a una. La que estaba más cerca de su mano, fue la última en ser rescatada. Era la única que estaba desplegada, la tomó suavemente. Ella no despertaba, sintió la irremisible necesidad de acariciar ese hermoso cabello rojizo trenzado a un lado. Pero la carta entre sus manos, le llamó poderosamente la atención, sus ojos se desviaron hacia ella, sabía que era algo privado, que no debía de leerla, pero, quizás le ayudase a entender por qué Alexandra McKonky estaba siendo entrenada e iba a ser

lanzada hasta el centro de Alemania.

Marzo 1938

Querida Alexandra.

¿Se perdió mi carta de febrero? Siento tanto que te hayas preocupado, al no recibirla, no sé lo que ha pasado. Pero no te preocupes más, ¡mi chiquitín, mi esposo y yo, estamos perfectamente! Siento que os hayáis preocupado. Sin embargo envié las dos que suelo mandar a la vez. La de Londres a casa de papa llegó, y no la tuya. Espero que esta llegue pronto y os tranquilice.

Nuestra madrastra me ha contestado y me ha contado que no llegaba mi correo a la granja. Y enseguida os he escrito a ambas.

Papá sigue en sus trece, según ella. Mi esposo dice que no me preocupe, que no es sano para mi pequeño, que él sabe que papá, solo es orgullo lo que tiene y, que no quiere dar su brazo a torcer. Que son «cosas de hombres». Cuando vayamos a Londres para la Feria de Maquinaria el año siguiente, él irá primero a hablar y a disculparse personalmente por nuestra «fuga». Y luego me promete que veré como se aviene a razones en cuanto le digamos que su nieto, que tendrá en esa fecha ya un año en verano, y yo, estamos en un hotel cercano a casa. Dice que veré como corre a conocerle y a verme.

Estamos barajando nombres que ponerle, lo mismo si es nena o nene.

Le he dicho que los primogénitos McKonky, en mi familia suelen llamarse Alexander o Alexandra, Y él sonrío pues es el mismo nombre de su padre, así que no vamos a tener problemas en ello. Le pondremos si es varón Alexander Edward. El segundo nombre por papá. Verner me complace en todo.

Y si es niña Alexandra Hellen. Hellen es, bueno, era el nombre de la madre de Verner y sí, me gusta, suena bonito. Solo cuando le veamos nacer sabremos ya que ponerle.

Deseando de verle su carita y contar que traiga todos sus deditos y nazca bien sano. Estoy ya en mi séptimo mes y he empezado a andar como un pato. Mi barriguita crece y crece y me veo inmensa. Con toda la ropa bonita que tengo en el armario y me estoy apañando con cuatro vestidos que debajo del

pecho se rizan para que quepa todo y con unos chaquetones en forma de capa que no me gustan nada. ¡Qué fea es la ropa de embarazada!

Si estuviese en Londres o en las Highlands, la tía habría buscado patronas de ropa premamá bonita, y las dos hubiésemos cosido un guardarropa más agradable. No me gusta salir así a la calle. Bueno, ni sin zapatos de tacón. Pero me los han desaconsejado por el peso y por que ha cambiado mi sentido del equilibrio, y Verner teme que me caiga. Llama a casa desde el trabajo tropecientas veces al día. Cuando Marta y yo tardamos más de la compra de lo previsto, a veces hay cola en algunos sitios, se vuelve loco.

Está tan ilusionado con la llegada de nuestro hijo, que le digo que va a querer más al bebé que a mí, que me voy a poner celosa. Él lo niega muy serio y dice que nos querrá igual a los dos, a mí como su esposa y al pequeño o pequeña como hijo suyo que va a ser. Entonces nos abrazamos, fuerte, fuerte, aunque bromea diciendo que ya le cuesta trabajo el rodearme y nos reímos mucho por ello.

Mi cuñada igual de estirada que siempre, me ha criticado la forma de decorar el dormitorio de nuestro bebé. En fin, me ha dado igual, yo prefiero la pintura al papel pintado o a las telas. Y es mi casa y hago lo que yo quiera, no lo que me diga doña «estirada».

Vino a casa estos días atrás, puesto que yo estoy algo cansada para salir de noche y como tienen la costumbre de cenar al menos una vez al mes juntos los hermanos, tuvo que claudicar y acercarse a nuestro pequeño pisito. Eso sí, «que es muy mono», pero según ella «claustrofóbico».

¡Criticó todo! Hasta la cena que con tanto amor y paciencia hizo Marta. Esta se quedó hasta tarde para servirnos. Cuando se retiró después de los postres, también tuvo la falta de tacto de preguntar a mi marido si Marta era judía. Verner se encogió de hombros y le dijo que se la habían recomendado, que estaba trabajando muy bien y que no le había preguntado. Mi cuñada alzó un poco más la nariz, si eso es posible y apenas tocó su plato.

En fin, el mes que viene tendré que soportar otra vez que vengan a casa. Aunque, también podría fingir cansancio por ser el último mes de embarazo y cancelarlo, ¿Eso es de ser mala persona? no me gusta que critiquen a alguien a sus espaldas o la menosprecien.

Si no quiere comer la cena que nos prepare Marta, que se quede en su enorme y fría casa, aburrida como una ostra entre jarrones Ming, sedas italianas, y mobiliario Rococó.

Francamente, si no fuera por que mi cuñado es una bellísima persona... ella me da igual. Adler, si comió su cena y alabó hasta el postre. Es un buen hombre, no se merece a esa arpía que tiene por mujer. ¿Crees que estoy siendo demasiado intransigente hermanita? En fin, ya en mi siguiente carta a poco más de un mes del alumbramiento te contaré más cosas.

Sabes que lo mío no fue nunca escribir, y son tres cartas las que envió puntualmente y personalmente a cada una de vosotras, a la tía, a nuestra madrastra y a ti.

Te quiero mucho, y pronto tomaré la pluma y el papel para darte noticias. Mientras tanto espero las vuestras.

Besos, abrazos y mimos de tu hermanita

Marianne

Tony suspiró mientras doblaba por sus antiguos pliegues la carta. No le decía demasiado. Una carta de una hermana a otra, con las cosas habituales que se cuentan dos personas cercanas. Sin embargo el nombre del esposo de la tal Marianne, que supuso hermana de Alexandra era alemán. O también podría ser suizo, o Belga... Aunque la mención a esa tal Marta y su origen judío...

¿Sería una misión de rescate lo que llevaba a Alexandra hasta Berlín? ¿Su hermana quizás? Hecho un lío, y esperando hablar pronto con Ludwick con estos pocos datos, para que hiciese las pertinentes averiguaciones si todavía seguía teniendo sus antiguos contactos. Dejó la carta dentro de la caja, la cerró y la puso sobre la mesita, se inclinó sobre la joven dormida, y agitó suavemente su hombro.

—Alexandra.—No despertaba, un poco más fuerte—. ¡Alexandra, despierte!

Ella abrió los ojos sobresaltada y casi dio un salto pegándose a la pared donde descansaba el lateral de su cama con los ojos muy abiertos y una mano

sobre sus senos.

—Siento asustarle, McKonky, pero no atendía a la puerta. Perdóne mi entrada sin permiso en su alcoba—se dio la vuelta para salir del dormitorio—. Necesita comer algo y tomar una ducha para relajar esos músculos castigados. He hablado esta tarde con el general Bossfield para darle noticias sobre usted.

La escuchó moverse en el colchón sin decir palabra.

—Vaya al baño tranquilamente, yo me encargo hoy de preparar algo de cena. Luego descansará. Nos tomaremos mañana el día con un poco de más tranquilidad. Empezaremos con una carrera para calentar músculos, y no perder el ritmo. Pero por lo demás la enseñaré a comunicar por señas y claves con sus posibles compañeros de misión.

Dicho esto, salió del dormitorio de la joven. Escuchó suavemente a sus espaldas.

—Gracias, instructor.

No supo si las gracias eran por que él se iba a encargar de la cena, o por que mañana fuese a ser un día más tranquilo, o por ningún motivo en especial. Solo asintió y se marchó camino a la cocina.

Alexandra se estiró sacando los pies de la cama. La caja de su tesoro, estaba en su sitio, no recordaba haberla cerrado. Pero estaba tan agotada ese día que, no podía jurarlo, solo que leyó alguna, su memoria se mostraba algo confusa después del rato de sueño.

Sintió el frío del suelo mientras caminaba descalza hacia el baño, agua caliente en su cuerpo cansado, la caricia de la espuma... En vez de la ducha, puso el tapón a la bañera y empezó a llenarla. No creía que eso molestase a su instructor. Le había dicho que se relajara y que él preparaba la cena. Se escuchaba desde el baño algo de música moderna, antes de los partes y las noticias. Aún nada desde la cocina.

El calor fue deliciosamente balsámico cuando entró despacio en la bañera de porcelana blanquísima y lo suficientemente grande para estirarse casi. Había sumergido de lleno la cabeza bajo el agua un minuto, sosteniendo su respiración. Era una masa oscura y rojiza oscura, ligeramente ondulada flotando con suavidad a su alrededor. Necesitaba cortarlo, Tony tenía razón cuando dijo que era una molestia, cogería unas buenas tijeras y ella misma

recortaría a la mitad su gruesa trenza. Dejaría su cabello por encima apenas de los hombros. Lo suficiente para ser recogido en una pequeña coleta pero no tan incómodo para cuidar de él. Si quedaba algo desastroso, ya cuando estuviese en Londres buscaría algún Salón de Belleza para que le hiciesen el oportuno arreglo. Cuando saliese le preguntaría a Tony si había alguna tijera en la casa.

Durante unos segundos dejó divagar su mente. Él había salido esa tarde a buscar un teléfono, con seguridad, para hablar de sus progresos. ¿Qué habría dicho de ella? Seguramente que no llegaba a dar la talla. Lo estaba demostrando habiéndose agotado en apenas siete días de entrenamiento. Tony, le habría contado a su padre que...

¿Tony? ¿Cuándo había dejado de ser, capitán Daylight, o instructor para ser «Tony» dentro de su mente?

Quizás cuando vio su mirada afectada ante sus nudillos heridos. Estos apenas le picaron al entrar en el agua caliente. O cuando la acompañó, susurrándole palabras de ánimo, subiendo la escalera, hasta dejarla en la puerta del dormitorio. O quizás cuando la había despertado, con su amplia y cálida mano sobre su hombro apenas hacía media hora, y su rostro se veía sinceramente preocupado. ¿Entonces había pasado a ser Tony?

El agua empezaba a enfriarse cuando con lentitud se levantó de la bañera, abriendo el desagüe. Se envolvió en la toalla, tras secar cuidadosamente el cabello y peinarlo de nuevo en una trenza baja en espera de encontrar esas tijeras que necesitaba. Sus heridas eran simples arañazos. No veía la necesidad de vendarlas de nuevo.

Miró alrededor en busca de su ropa limpia. Pero ésta se había quedado en los cajones de la cómoda de su dormitorio, estaba tan aturdida que se le había olvidado llevársela. Miró a la cesta donde había arrojado la que llevaba puesta anteriormente, pero, no. ¡No iba a ponerse la ropa sudada ahora que estaba recién bañada! Tampoco era tanto trecho entre el baño y su dormitorio. Seguramente ya, Tony, bueno, su instructor, estaría en la cocina, preparando la cena como prometió.

Abrió con sigilo la puerta. Para sus largas piernas apenas cinco pasos la separaban de su dormitorio eran nada, sus pies descalzos sobre el linóleo pulido no hicieron ruido. Envuelta en la suave toalla que tapaba desde sus

senos hasta la mitad de sus muslos, dio apenas tres pasos, cuando al puerta del dormitorio frente al suyo se abrió de improviso.

Pillada. Durante escasos instantes no supo si volverse al baño o acortar la distancia que quedaba hasta su alcoba para ocultarse allí. Tony, su instructor, el capitán Daylight lanzó una mirada de arriba a abajo de su cuerpo casi desnudo, tanto o más sorprendido que ella, de encontrarla así por la mitad del pasillo.

—Lo siento.—Consiguió articular el hombre, volviéndose de espaldas al reaccionar. Dándole en ese instante, la intimidad necesaria para decidirse caminar hasta su alcoba.

—Culpa mía, instructor, olvidé mi ropa, estaba medio dormida.

Cerró con premura la puerta tras de sí, apoyándose de espaldas a la madera, suspirando. El sofoco que sentía pronto se transformó en sonrisa, al recordar el rostro estupefacto del hombre al verla de esa guisa por el pasillo de su casa. ¿Le habría gustado lo que vio? Miró sus pies descalzos y sus largas piernas desnudas, el color sonrosado de su piel después del baño caliente. Su cabello húmedo y trenzado hacia un lado, sobre sus hombros llenos de diminutas pecas casi invisibles si no te acercabas demasiado. El hueco entre sus senos opulentos, que solía comprimir y sujetar para la lucha.

Seguramente Tony ni se había fijado hasta hoy que ella tenía pechos. El frío del suelo lo notó en la planta de sus pies, y saltó a por su ropa. Ahora si escuchó el ruido de cacharros en la cocina. Terminaría de vestirse, y saldría relajadamente, como si nada hubiese pasado. Ambos eran adultos, se habían pedido disculpas, y ahí acababa todo.

Tony se afanó en centrarse en preparar la cena, después de la visión de una Venus pelirroja en toalla saliendo del baño. Por todos los infiernos. Además de un culo espléndido, tenía un buen par de tetas. Cuando luchaban debía de llevarlos bien sujetos con algún vendaje o algo por el estilo, pues apenas los notaba. Pero libres, envueltos apenas en la blanca toalla, eran redondos y exuberantes, como fruta sonrosada y madura. ¡Y esas piernas interminables! Esos hombros suaves, demonios, flotaban diminutas pecas en ellos, incontables, infinitas, casi traslúcidas, pero estaban allí, rogando silenciosamente, «acarícianos, cuenta cada una de nosotras, bésanos».

Sacudió lentamente la cabeza para sacarse esos inapropiados

pensamientos sobre su alumna. Bastante tuvo con lo de su pequeña Jane, para involucrarse de nuevo con otra recluta. Intentó concentrarse en cortar el pan, pero a punto estuvo de rebanarse un dedo. Decidió que ya era suficiente, esa maldita noche tendría que tomarse una ducha fría. Gracias a que llevaba pantalones de mezclilla ajustados, su impertinente erección estaba bien confinada, y esperaba, que Alexandra no se diese cuenta.

Algo más que incómodo llevó la cena a la mesa cuando ella apareció por el pasillo sin ningún atisbo de timidez.

—Huele bien.

Vaya con la señorita McKonky, quizás había esperado notarla más azorada, sin embargo apareció con un pijama de hombre en gruesa franela a cuadros y esos calcetines gruesos que solía usar en vez de zapatos cuando andaba por casa. Y una sonrisa en los labios. Bueno, quizás esa fuese la señal de que ella estaba algo nerviosa también. Nunca, en estos siete días, la había visto sonreír.

—Mi cuñada tiene una buena cocinera, y creo que ella es la que ha preparado esto. Yo me he limitado a calentarlo.

—Aún así, gracias—ella se dirigía un par de pasos más cerca de él. La mesa estaba dispuesta, aunque ella le miraba a los ojos sin ningún resquicio de pudor—.¿Necesita alguna ayuda instructor?

—¿Por qué me llamas siempre así, Alexandra?

—¿Cómo dice?

—Instructor, capitán Daylight, profesor...

—Es quien es para mí. ¿Cómo voy a llamarle si no? Usted me llama McKonky todo el tiempo.

—Todo no, también por su nombre de pila.

—¿Quiere que le llame por el suyo?

—Llevamos una semana de coexistencia, obligada por esta anómala situación. Pero convivencia al fin y al cabo. No creo que sea una falta de respeto mutuo que nos llamemos por nuestro nombre y nos tuteemos, al menos cuando estemos fuera del entrenamiento.— Él movió una silla y le hizo un gesto para que tomase asiento.

Ella se sintió extraña, en todos los días que llevaba allí, ni una vez le había retirado la silla para que se sentase, la trataba como a cualquier

camarada. ¿El haberla visto medio desnuda, le había hecho darse cuenta que era una mujer, además de un recluta o un alumno?

Tomó asiento sin decir nada más. Él, como siempre, tomó el de enfrente. Le sirvió una generosa ración de pescado hervido con hierbas aromáticas y verduras, olía francamente bien. Ahora notaba el hambre, al llegar el aroma entrar por sus fosas nasales y estimular sus papilas gustativas.

—Adelante, Alexandra, prueba.

Ella usó el tenedor para tomar una porción y llevarla a su boca. Luego una de verduras cortadas en dados.

—Delicioso, instruc... Tony.

Él sonrió al oír su nombre en los labios femeninos. Un hoyuelo se formó en una de sus mejillas, la izquierda. Eso le dio un semblante más juvenil, que su habitual ceño fruncido. El cabello dorado y rizado, le daban un aire de descuido, como el de un crío después de jugar. Sus intensos ojos azules se clavaron durante largos segundos en los de ella.

Al unísono, ambos bajaron la mirada hacia su plato.

—Habrá que felicitar a la cocinera de nuestra parte.

—Sin falta, en cuanto vaya de nuevo al *cottage* de mi hermano.

—¿Viven cerca?

—Sí, a apenas tres millas de aquí.

—Nunca hemos ido hasta allí en nuestros entrenamientos.

—No, quiero proteger tu intimidad, Alexandra. Eres una señorita joven y estamos viviendo juntos. Las gentes de los alrededores podrían murmurar de nosotros al vernos.

—Comprendo, esto no es muy usual. Aunque entre nosotros no hay ninguna relación más que de instructor y alumna.

—La gente lo que no sabe o no entiende, lo inventa. Y tu reputación puede resultar dañada.

Ella se encogió de hombros. ¿Su reputación?, si él supiera, todo lo que había sufrido ya, poco o nada le importaba eso.

—Aquí nadie me conoce.

—Aun así, nunca se sabe. Prefiero protegerte de todo eso si me es posible.

—Eres todo un caballero Tony.—Desde luego que lo era pensó para sí, ni

una vez se había sentido incómoda ni falta de consideración por ese atractivo hombre.

—Que sea un cabrón de instructor, y te haga sudar todo el día, no quiere decir que no te respete como persona.

—Gracias.

—¿Cómo están esos nudillos?

La cena continuó en una charla casi banal. Pero la primera que habían tenido después de siete días de convivencia. Incluso rieron juntos. Tony le contó travesuras de sus sobrinos mellizos, incluida la última, que habían intentado cambiar el color del coche de su padre utilizando una brocha y pintura que se había usado para las puertas de un color verde oscuro. Además de el intento de asalto al dormitorio de ella el primer día que amaneció allí

—¿Qué le hubieras dicho a tus sobrinos, si llegan a descubrirme?

—Que eras, la señorita Alexandra, un «hada escocesa» que me he encontrado en el bosque. Seguro que se la hubiesen comido a besos y acosado a preguntas. Son unos demonios insaciablemente curiosos y cariñosos.

Ella sonrió, dejó a un lado la servilleta. Habían terminado hasta el postre. En armonía casi perfecta, llevaron los platos a la cocina. Tony los lavó y ella los tomaba de sus manos para secar y guardarlos en su sitio. Las noticias sobre los últimos bombardeos sobre ciudades alemanas la hicieron parar un momento de su perfecta sincronización.

—Si estás cansada, Alexandra, vete a dormir, yo termino esto.

—¿No te importa?

—Por supuesto que no.— Tony sabía cuanto se esforzaba, y lo agotado que parecía su bello rostro, con violáceas ojeras en su piel sonrosada.

Ella sonrió brevemente, asintió, tras dar las buenas noches, salió de la cocina. Aunque aún se quedó el minuto que transcurrió, mientras daban el último parte de guerra del día en el salón, cerca del aparato de radio. En cuanto este acabó, escuchó sus breves y ligeros pasos, hacia el baño, y el cerrarse la puerta de su dormitorio.

Nunca, hasta esa tarde, y esa cena, se había sentido tan cercano a ella. Bajo esa pátina de mujer dura, fuerte y curtida, había otra suave, femenina y hermosa. Tanto por dentro como por fuera Alexandra era un compendio de

misterio y atractivo a sus ojos. Podía reconocer mujeres con más exquisita perfección, con cuerpos más delicados, pero la fortaleza que ostentaba, tanto en su espíritu, como en su físico, eran gloria para sus ojos. Volver a rememorar el cuerpo voluptuoso y pleno de mujer, que dormiría una noche más, a escasos metros de él, en la habitación de enfrente, le envió una punzada dolorosa a su bajo vientre. La erección que su pantalón había mantenido bien a raya, estaba otra vez allí, pugnando por ella.

Aunque fuese por su mano, y no el calor de mujer de Alexandra McKonky, su Venus pelirroja casi desnuda en medio del pasillo, iba a volver a necesitar pronto alivio. Una sensual imagen que ojalá pudiese verla siempre en su memoria, cada vez que abriese la puerta de su dormitorio.



Una vez dentro del nido de mantas de su cama, y en la intimidad de su pequeña alcoba, Alexandra logró relajarse. Durante la cena, había tenido la conversación bilateral más larga con Tony desde su llegada al pabellón, desde que lo conoció siete largos días atrás. Se mostró cortés e incluso cordial, atreviéndose incluso a bromear y a contar cosas íntimas, tales como las correrías de sus sobrinos gemelos.

Vaya, debajo de la coraza de «hijo de puta» instructor, también existía un hombre normal, con una familia, un hermano, una cuñada, unos sobrinos, a los que adoraba. Nada más tenía que fijarse en su ancha sonrisa cuando hablaba sobre sus trastadas.

Al fin y al cabo, el cruel profesor, el capitán Daylight, también tenía, en el fondo, corazón. Había sangre cálida bombeando en su corazón, en vez de hielo en sus venas.

Tomó la cajita de madera pintada para leer al menos una de las misivas de su hermana. Una más tan solo y se iría a dormir. Por la mañana, indudablemente, volvería el duro instructor a poseer el cálido y apetecible cuerpo de Tony, y la haría correr, sudar, luchar y caer sobre su trasero una y mil veces mientras durase su instrucción.

Abril 1938

Querida hermanita.

Menos mal que no se perdió esta vez mi carta ¿verdad? ¡Me alegre tanto de recibir la tuya!

No quiero que os preocupéis por mí, esto está muy tranquilo, a pesar de que Alemania haya anexionado Austria en el mes pasado (después de escribiros mi carta mensual) me enteré por Verner y las noticias. No hay mal ambiente en Berlín. Por aquí se dice que era un acontecimiento deseado por parte de los Austríacos, y como tú sabes, yo no entiendo mucho de política. Mi esposo sigue en sus reuniones de la Nacional Socialista, pero de eso hablamos muy poco o nada más bien, todo en nuestra vida en común gira en torno a nuestro amor y al futuro hijo que esperamos en poco más o menos un mes.

Y sobre el conflicto español, se habla mucho, y poco se sabe en realidad. Llegan constantes noticias de ese país en guerra fratricida, pero por ahora tampoco nos afecta demasiado aquí en Berlín.

Mi vida es tranquila y estoy bien cuidada, mimada y atendida. Ya tenemos la clínica en la que voy a dar a luz preparada, incluso la he visitado. Es donde trabaja el doctor que atiende mi embarazo, Es un lugar muy limpio, pintado de un verde suave las habitaciones. Tiene un quirófano y estaré muy bien atendida cuando llegue el ansiado momento.

Verner intenta volver pronto del trabajo y exceptuando sus reuniones con el partido, a las que asiste junto a su hermano. Procura estar conmigo todo el tiempo posible. Incluso Marta, no se vuelve a casa este último mes hasta que él no llega. La mujer gana un poco más de dinero que no está mal para ella, y me siento más segura y acompañada. Nos pasamos la tarde charlando, y repasando todo lo necesario para el bebé. O nos ponemos a hacer toneladas de galletas y dulces, que acabamos repartiendo por todo el edificio, y ella se lleva parte a casa, para sus hijos.

Mis paseos por el parque ya son lentos. Ya apenas hay nieve pero me cuesta moverme con agilidad. Incluso a la compra, se encarga sola Marta, yo no me atrevo, en esos momentos me quedo con su hija que viene un rato a casa y me hace compañía mientras tanto y está atenta por si me pongo de parto, porque puedo adelantarme. Tengo al lado del teléfono todos los

números necesarios. El del trabajo de mi marido, el del doctor, la clínica, la ambulancia. Así que no te preocupes por mí. ¡Todo saldrá bien!

Lo mejor de este mes ha sido librarme de la cena con mi cuñada. ¡Algo bueno tenía que tener estar hinchada como un zepelín! Sin embargo mi cuñado se ha acercado una tarde a verme con mi marido y me ha traído una cajita de bombones suizos deliciosos y un par de botellas de vino costoso para abrir cuando celebremos la llegada del bebé. Él también está muy ilusionado con el nacimiento de mi hijo, se le nota. Se ha disculpado de que su mujer no se haya acercado, pero dijo que estaba indispuesta con un catarro, que la primavera siempre le sienta mal por su delicada constitución. De acuerdo, es un palillo rubio y alto, delgada como un junco, pero yo también soy pequeña y hasta embarazarme, delgada, y no tengo tanta tontería encima.

Soy muy mala diciendo estas cosas, se que me estarás riñendo ahora. Pero hermanita, si se le nota su animadversión hacia mí a la legua. ¿Qué quieres que haga?

Marta me sermonea con eso, dice que debo perdonarla, que seguramente está dolida, porque ella no tiene hijos, y yo voy a tener el primero. Y eso que lleva casada un montón de años. Pero de eso no tengo yo la culpa, ¿verdad? Yo callo y le doy la razón a Marta. Se esta portando conmigo como una madre, y eso se lo agradezco mucho.

Bueno, mi mano se agota de escribir, no sé que más contarte. Mis días por ahora son monótonos, tranquilos e ¡incluso aburridos!

Te escribiré de nuevo a vuelta de correo, y espero que esa vez sea para decirte que tu sobrino o sobrina ¡a abierto sus ojitos al mundo!

Un beso enorme, muchos abrazos y espero que cuando nos volvamos a ver sea con mi bebé en brazos y tú me digas que ya tienes prometido, porque en las Highlands no te faltaba algún pretendiente que otro.

Tu hermanita que te quiere,

Marianne

Alexandra dobló la carta y la dejó en su lugar, junto a las demás. Sí, por aquella época tenía un pretendiente, vivía a apenas una milla de distancia de la granja y en un par de semanas la había venido a visitar con una excusa y otra varias veces. La sonreía, la halagaba, la miraba arrobado.

No era mal parecido, un poco más bajito que ella. Con el cabello castaño oscuro y unos ojos negros como pozas de brea.

Era descendiente de Irlandeses. Las chicas del pueblo andaban medio enamoradas de él, era hijo único y heredaría toda la tierra de la granja de su padre, lo consideraban un buen partido. Hasta su tía Maggie la animó a conocerle un poco mejor. Pero a ella no le atraía lo más mínimo. El tener novio, prometido o marido, le era francamente poco importante en esos momentos. Había cumplido diecinueve en esas fechas. En poco la considerarían «una solterona», pero le daba francamente igual.

El tiempo pasó y O'Brian, pareció enfriarse un poco. Empezó a venir más de tarde en tarde. Charlaba con sus primos, la saludaba un rato a ella, poco más. No corrían rumores que fuera a visitar a otra chica en las cercanías. Su tía Maggy dejó de presionarla, puesto que veía que ella no reaccionaba a favor del chico, aunque fuese mejor partido de la zona.

Quizás pensaba que con un poco de tiempo ella sería más receptiva, si el chico continuaba con sus visitas, y que sus consejos no servían para nada en «la cabezota sobrina que tenía». Dicho siempre esto último mientras hacía rodar sus azules ojos, y elevaba sus manos al cielo. «Tu madre era igual que tú».

Y ella lo tomaba más como un halago que como otra cosa. Sí, su madre fue una «cabezota», pero tuvo los arrestos suficientes por y para luchar por las dos hijas sin padre que tenía en el mundo. Y eso a pesar de ser criticada y de tener que trabajar de sol a sol en la fábrica de tejidos del pueblo cercano, por un salario más que básico. Si ella se parecía a su madre, y no solo en su cabello rojo oscuro, la hacía sentir muy orgullosa.

Cuando la guerra estalló, se alistó casi a la vez que sus primos, O'Brian vino aquel día muy tarde, a su casa. Cenó incluso con ellos, sentado entre su tío Ian, y su primo mayor. Cuando se despedía de ellos, y le daba un par de besos en las mejillas, le metió entre las manos, disimuladamente, un diminuto trozo de papel, y le hizo un guiño leve, que nadie pareció darse cuenta.

Cuando al fin se fue, sus primos siguieron con su charla y tu tabaco, mientras las mujeres retiraban la mesa y recogían la cocina. Hasta un buen rato después, no pudo sacar de su manga, donde la había escondido, la nota del muchacho, solo una frase.

«Te espero en el granero a las doce de la noche, cuando todos se hayan acostado.

O».

Por un largo rato, se quedó mirando anonadada, la caligrafía nerviosa de O´Brían. O no se lo creía, o no lo había leído bien. ¿La emplazaba a una reunirse con él, a solas en el granero? ¿En el mismo sitio donde sus primos retozaban con aquella chica, Becky, apodada «la cariñosa»?

Ni por todo el oro del mundo. Incluso esa noche, se acostó más temprano que nunca, atrancó hasta la ventana, y corrió bien las cortinas.

El mismo tiempo le dio la razón, de no haberse fiado nunca de O´Brian.

Abrazándose a si misma igual que a sus recuerdos se durmió casi enseguida, después de dejar la última carta en su sitio.



A pocos metros de distancia, un hombre cerraba los ojos, pero solo para recordar cada curva y cada hueco de un cuerpo femenino. Con la piel de sus hombros redondeados y perfectos, llenos de transparentes pecas. Casi adivinando bajo sus manos unos pechos plenos, exuberantes y unas piernas tan largas que se enredarían con extrema facilidad en su propia cintura, mientras se imaginaba cabalgar salvajemente sobre ella.

«Señorita Alexandra McKonky... eres una terrible tentación para un hombre solitario, y con demasiada testosterona acumulada corriendo por sus venas» pensó Tony, a la millonésima vuelta en su amplia y vacía cama. No conseguiría dormir esa noche a menos que, recurría a... Por todos los demonios, era la tercera vez en menos de veinticuatro horas. ¿Desde cuándo se había convertido en un puto sátiro?

CAPÍTULO 6

AMANECIÓ completamente nublado. Y precisamente ese día, ella se había despertado pronto. Tanto era así, que tendría tiempo de leer alguna que otra carta de las que le enviara su hermana, hacía ya siete años. Abrió la caja y la que estaba primera fue inmediatamente desdoblada. Este no era el papel usual que solía utilizar Marianne, el de color cremoso y perfumado. Era azul celeste y mucho más fino.

Mayo 1938

Verner Rosebaum.

Estimada cuñada, perdona que esta vez sea yo el que escriba en nombre de mi esposa, ella me lo ha pedido personalmente.

Apenas hace una hora ha dado a luz un niño precioso. Se nos ha adelantado un poco el parto, pero está saludable. Tu hermana está perfectamente, aunque ha tenido que sufrir un poco, puesto que le han practicado una cesárea, a última instancia.

El bebé es muy grande y sabes que tu hermana es más bien pequeñita, y le estaba costando demasiado. Nuestro doctor lo decidió a última hora y creo que ha sido lo mejor. Aunque no sabemos el alcance de la operación en su cuerpo, si puede haber dañado su capacidad de ser en el futuro madre, pero eso ahora no me importa, lo que deseo es que se reponga rápido y llevarme a ambos a casa.

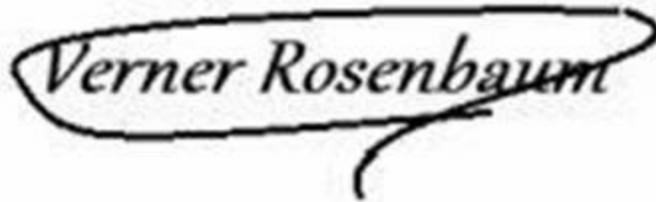
No puedo describirte la inmensa alegría que tenemos, ella esta aquí, dormida ya, muy cansada. Pero le prometí escribirte unas pocas líneas y

ahora mismo mandaré a mi hermano a echar esta carta al correo. El pequeño ha pesado casi cuatro kilos al nacer. Está completamente sano. Su cabecita está cubierta de una pelusilla suave y rubia. Sus ojos, aún no distinguimos el color. Pero es tan perfecto, sus deditos, sus manitas, sus piecitos, en todo.

Ella te escribirá de inmediato, lo sé, pero como le he prometido, ahora mismo saldrá esta carta para Escocia.

Un saludo muy cordial y quiero tranquilizaros de que todo ha salido estupendamente dentro de lo que cabe, y pronto os mandaremos alguna foto de ella y el bebé. Igualmente envío a casa de vuestro padre una misiva similar, anunciando la buena noticia.

Tu feliz cuñado.

A handwritten signature in cursive script, enclosed in a hand-drawn oval. The signature reads "Verner Rosenbaum".

En poco tiempo comenzó a llover, dando al traste con su rutina habitual de correr durante una hora o dos dependiendo del día. Se levantó presta al oír abrirse la puerta del dormitorio de enfrente, guardando la carta de su cuñado. Lo que acababa de leer la hizo sonreír tanto como el mismo día que la recibió, a pesar de lo gris de la mañana.

Sí, ese era su motivo, su motor, su fuerza, las cartas oscurecidas por el tiempo, enviadas desde Berlín de su hermana pequeña.

Sentados frente a frente, desayunaron, conversaron más bien poco, y el culpable fue Tony, que se mostraba taciturno, como el tiempo. A pesar de ello, Alexandra casi involuntariamente, seguía sonriendo.

Pronto bajaron al gimnasio, tras algo de calentamiento, dedicaron el empezar de la mañana a repasar pequeños trucos y llaves para inmovilizar al contrario. Nada demasiado cansado, más teoría que práctica. Tony tenía la mente algo espesa, le daba mil vueltas a la posible misión de su excelente alumna. No dormía bien, descansaba mal, le preocupaba cada vez más pensar

que Alexandra fuese a ser lanzada sola en el último bastión nazi. ¿Podría prepararla lo suficiente tanto física, como mentalmente para enfrentarse a cualquier eventualidad? Estaría sola, no creía el agente «topo» en Alemania pudiera ofrecerle mucho más que la información y un sitio donde ocultarse. Y eso si era o no seguro a esas alturas. Jane cayó allí mismo. La rabia empezó a correr por sus venas acompañada por la adrenalina, y un dolor sordo e incomprensible en el mismo centro de su pecho.

Alexandra casi había disfrutado de la mañana, la habitual carrera de calentamiento, siempre por detrás de esa maciza espalda de hombre y su perfecto trasero, le seguía animando el día. Habían empezado la lucha casi con suavidad, más como una danza y repetición de llaves para inmovilizar, y golpes estudiados y precisos que otra cosa. Pero después de una hora así, parecieron cambiar sus objetivos para el día. El hombre se volvió más agresivo, le gritó ante un par de equivocaciones cometidas, que, según él, «en la vida real, le hubiesen costado la vida, McKonky». Tras esto su entrecejo se frunció, sus labios tomaron ese rictus entre amargura y enfado, entonces fue «a saco» por ella.

Su profesor la había hecho caer cuatro veces seguidas, jugaba siempre sucio. Ella debía a aprender lo mismo, ¡vaya si lo haría! A la quinta vez fue ella la que estuvo sujetando con verdadera habilidad el cuello musculoso y fuerte de su instructor. Rodeándolo con un solo brazo, usando su otra mano libre para retorcer a la espalda el brazo de Tony. Fue un movimiento que dejó al hombre fuera de juego por unos instantes. El golpe no fue excesivo pero consiguió hacerle caer, tomándole desprevenido, y con su peso hacer que sus piernas no pudiesen moverse, al menos unos segundos. Él golpeó con la palma abierta el suelo tres veces, señal de que le había vencido. Ella, orgullosa dejó de ejercer presión.

Error.

Su instructor aprovechó para voltearse en el suelo agarrarla y caer sobre ella con todo su maldito peso. Asfixiándola casi por el golpe del amplio pecho contra sus pulmones, estos perdieron todo el aire. Y por quinta vez, fue ella la que besó la lona. Él sonreía malignamente. Sus ojos azules entrecerrados, a centímetros de los suyos, sus alientos agitados entremezclados.

Tony también respiraba con dificultad, al menos había conseguido hacerle sudar, a pesar de lo fresco del día.

—Nunca, te fíes, del contrario. El oponente no está vencido hasta que está muerto.

Ella asintió suavemente, sin dejar de mirar sus ojos, estos no dejaban los suyos ni por un instante, tampoco su cuerpo se despegaba ni un milímetro. Pronto comenzó a ser consciente del bulto que había crecido en la entrepierna de su profesor y que presionaba su vientre. Se mantuvo extrañamente quieto, y ella también.

—Lo siento—dijo al final. Se levantó, e intentó voltearse rápido para que no fuese tan obvia su excitación sexual. Esos pantalones de algodón sueltos, no eran ninguna barrera la cual pudiese ocultar nada.

—No tiene importancia—consiguió articular Alexandra tras levantarse un poco azorada.

Él seguía con respiraciones hondas, controladas, de espaldas a ella, con los puños cerrados fuertemente a cada lado de las caderas.

—Creo que por esta mañana ya hemos hecho suficiente trabajo físico. Vaya arriba y tome una ducha para relajar los músculos. Tiene tiempo antes de comer, esta tarde seguiremos con teoría.

—¿Más lecciones sobre señales?

—Hay mucho que aprender señorita McKonky y poco tiempo. Hoy hablaremos de varios temas importantes. Suba ya, no pierda el tiempo.

Ella no dijo nada más. Tony escuchó sus pasos rápidos por el suelo de parquet, en dirección a la salida, solo entonces dejó caer en un banco. Echó la cabeza hacia atrás, intentando regular su respiración y acallar la dureza que se alzaba, orgullosa entre sus piernas. «Señorita McKonky... vas a acabar conmigo», pensó.

Recogió un poco las cuerdas, incluso golpeó un poco el saco de boxeo, todo para darle tiempo y que cuando subiese a darse la ducha, no se la cruzase por el pasillo medio desnuda, no necesitaba más estímulo.

La visión de esas piernas largas, esos pies descalzos sobre la madera del suelo, que no hacían ruido al andar igual que un gato, le impactaron, y se había quedado grabado a fuego dentro de su cabeza como la curva de sus senos. Una simple y nivea toalla cubriendo su deseable femineidad, que

hubiese deseado que se deslizara a sus pies, y tener el regalo completo desenvuelto ante sus ojos.

Si la hubiese escuchado andar por el pasillo, no hubiese salido.

Además de quedarse como un bobo mirándola de arriba abajo. Vergonzoso. Él había visto y admirado a su antojo mujeres completamente desnudas, ¡por favor no era un crío! Desde los dieciocho había estado caminado en el filo del peligro, disfrutando de polvos rápidos, y de noches eternas. Incluso por su peculiar trabajo, le tocó «seducir» a más de una mujer. Y había tenido una relación casi seria con Jane, no sabría nunca si hubiesen llegado a algo más que a ser amantes, pero...

Imaginar clavarse en su centro, mientras esas piernas largas envolvían su cintura fueron un pensamiento que le torturaba cada noche durante horas.

Intentó ser formal y fingir normalidad con ella el resto de la tarde. Después de la comida, repitieron hasta la saciedad las señas mudas que le había enseñado su primer compañero de aventuras, el que fue su instructor, Falcon. Este tuvo demasiada paciencia, en sus primeros tiempos como aprendiz de informador no fue ni la mitad de bueno que ella. Era un crío con la cabeza llena de pájaros, sin un objetivo francamente marcado. No una mujer que adivinaba con una meta clara como ella, y que encima se negaba a contarle.

—Está bien por hoy—dijo al fin, habían estado un par de horas repitiendo cada señal, y, ella la hacía y él le daba el nombre, o al revés. Incluso probaron diferentes combinaciones mientras caminaban ambos por el salón como si fuesen a cruzarse por una calle, o se sentaba uno, y el otro permanecía en pie. Debía de salir tan natural que cualquiera que los observase no viese un gesto extraño en ello.

La miró echarse la trenza por encima del hombro en un movimiento relajado y natural, suspirar entreabriendo sus labios rojizos y húmedos, y el deseo volvió a golpearle duro. En su mente la imagen de Jane se confundía con la de ella, ambas mujeres fuertes, valientes. Jane herida, violada, muerta, Alexandra no podía acabar así. Tenía con ella una charla pendiente, la misma que daba a todas sus alumnas el día de la criba, pero que no pudo llevar a cabo con ella por la misma inoportuna razón, una enorme y dura razón en su bajo vientre.

Ella se iba a dirigir a la cocina, para empezar ha preparar la cena, como hacían a esas horas. Esperaba que él encendiese la radio cómo solía, pero al pasar a su lado, él la sujetó del codo.

—Espera, Alexandra...

Ella se quedó quieta. anclada en el sitio por la fuerza de su mano, que sin llegar a ejercer realmente presión, adivinaba que si intentaba soltarse no lo conseguiría. Poco a poco se dio la vuelta para enfrentarle. Cuando acababa las clases, ambos dejaban automáticamente de tratarse de usted.

—No me has dicho nunca, el porqué de tu misión, Bossfield tampoco. Pero él ahora, ni está aquí, ni nos escucha. Y tú te empecinas en guardar tu secreto, sabiendo que, si yo, como tu instructor no lo ignorase, podría instruirte mejor para ello.

Alex no hizo por soltar su brazo. La mano ancha de Tony continuaba aferrándola, negó con la cabeza.

—No puedo.

—Nada es tan grave o difícil para no contármelo. Y sé mantener la confidencialidad, durante años ha sido mi oficio—seguía tuteándola, pensando quizás que esa cercanía la haría más vulnerable—. Ya sé que no tienes apoyo oficial, y que irás en misión de rescate. No vas a acabar con nadie, sino a salvarlo. Pero si yo supiera...—soltó lentamente el agarre que ejercía sobre el antebrazo femenino.

—Lo siento. Lo he prometido, lo he jurado. Y estoy dispuesta a todo a por ello.

—¿A todo, Alexandra?

Alexandra alzó la cabeza con todo su orgullo.

—¡A todo!

Él sonrió lentamente, sus ojos azules entrecerrados, su cuerpo dio un paso más hacia ella. Quizás era el momento para la «charla» instructiva que solía darle a sus futuras alumnas. Esa que las hacía salir por piernas. Y podría ser que, en el caso de la joven que tenía frente a sí, la hiciese ser más colaboradora, y soltar prenda.

—Hay un tema que, por «delicado», aún no lo hemos hablado.

—¿Y cuál es?

Tony se pasó una mano por el cabello, pero su sonrisa se borró de su cara,

cambió a una expresión para ella irreconocible, mezcla de ansiedad y de, ¿qué?

—Eres una mujer guapa. Muy deseable.

Ella no dijo nada, sin embargo, algo se agitó en lo más profundo de su interior. Tembló por dentro, su cuerpo se humedeció en su mismo centro. Pero calló y le observó. Él volvió a hablar, su cabello dorado se había alborotado cuando sus dedos habían rastrillado sobre ellos. Si eso era posible, eso aún le daba más atractivo.

—Podrías conseguir lo que quisieras, solo usando esas armas de mujer que tienes. Serías muy buena para el servicio británico. Una señorita con clase y atractiva, como tú, infiltrada. Los hombres somos débiles ante hembras hermosas. Si sabes como hacerlo, tienes mucho poder en tu cuerpo.

Él recorría de arriba abajo con la mirada esas firmes curvas femeninas, a apenas dos pasos a distancias. Simplemente estaba vestida con una camisa masculina y un pantalón de sarga suelto. Como siempre sus pies ocultos por calcetines masculinos gruesos y tejidos a mano en colores oscuros. Sin embargo esa ropa que no eran ni atractiva, ni de su talla, moldeaba su cuerpo a la perfección. Sus huecos y volúmenes eran plenamente resaltados. ¡Y esos ojos como brillaban cuan esmeraldas pulidas! La boca exuberante de labios apetecibles y casi rojos, humedecidos lentamente por una lengua rosada y perfecta, parecía ser una trampa para sus sentidos.

Ella no se avergonzaba del escrutinio masculino. Al contrario, parecía orgullosa de su persona.

Alexandra también fue una maldita descarada, hizo el mismo movimiento de barrido con sus ojos por todo ese magnífico cuerpo de hombre que tenía a un paso ante sí. Notó el creciente bulto que nacía en su entrepierna y se excitó sin remedio al adivinar que era ella quien lo provocaba. Entre sus propios muslos sintió incrementar el calor, un pulso hasta hace poco desconocido. Como si un segundo corazón empezase a latir en sus entrañas, humedeciéndola enteramente. Era la primera vez que le ocurría.

Ni el guapo O'Brian consiguió nunca eso de ella.

—¿De veras Alexandra? ¿A todo? ¿Hasta de tocar, de acariciar, de... follarte a un completo desconocido? ¿Solo por tu misión? ¿Por conseguir tu objetivo?

Ella ladeó suavemente su cabeza y una sonrisa ladina comenzó a dibujarse en esos labios plenos. En su mente imágenes espiadas en el pajar de la granja de sus tíos, allá en las Highlands, cuando apenas era una mocosa. Sabía más de la vida, de lo que ese hombre que tenía enfrente pudiese adivinar. En aquel lugar, había visto a sus primos encontrarse con Becky a escondidas, a altas horas de la noche, Becky, una chica algo casquivana que vivía en una de las casitas más pequeñas de la aldea. Había visto como ella... Sí.

Cortó el poco terrero que le separaba de su instructor, y cayó con gracia de rodillas ante él. No dejó un instante de mirarle a los ojos. Se agarró a las costuras laterales de los pantalones de deporte holgados de su profesor y tiró sorpresiva hacia abajo, arrastrando con ellos la prenda interior masculina.

Ante ella, a la misma altura de sus labios, se alzó orgullosa, una poderosa erección. Sin aviso, sin abandonar su mirada azul y fascinada, llevó sus labios rojos, tal y como había visto hacer a la rubia Becky aquella vez, la dureza del miembro masculino.

Sujetando con una mano, su base firme, la introdujo suave en su interior húmedo. La tibieza, su sabor ligeramente salado y la suavidad de la piel que cubría su pene duro como el acero, golpearon sus sentidos. Apenas lo sacó de su boca, sin rozarle con sus dientes cuando repitió tres veces más el pausado movimiento. Acarició con su otra mano, a la vez que se sujetaba, los cuádriceps del muslo derecho de su instructor arañando levemente con sus uñas.

Tony se sintió como si le hubiesen golpeado la cabeza con algo verdaderamente contundente. No tenía nada donde sujetarse, a la vez que caía al abismo de los rojos labios de Alexandra McKonky.

En tres segundos, su aventajada alumna se había puesto de rodillas ante él, arrancado los pantalones, bajándoselos hasta la altura de su medio muslo, tomando en su boca todo o casi todo, de su polla ansiosa y dura como una roca. La cálida humedad, sus manos acariciantes, rodeando su base, eran a la vez, firmes y sabias.

Todo pensamiento coherente voló de su cabeza, ni siquiera para decirle que parase. Eso no estaba bien. Había querido asustarla, empujarla a un límite más para hacerla confesar su misión, y era él quien fue sido pillado en su

propia trampa.

Y esos magníficos ojos verdes no se retiraron de los suyos en todo momento. Maldita sea, sabía lo que hacía. En ese instante pensó que el objetivo quizás no fuese su hermana, sino un hombre, el hombre que la había enseñado demasiado bien a... joder, hacer una mamada.

Casi la empujó sin miramientos, para arrancar de esos labios hechiceros su miembro ansioso por más. Por caricias de esa boca, por ser raspado por esos dientes y ser tragado hasta la última gota de su semilla.

Pero eso no era lo correcto.

Ella perdió el equilibrio y cayó a un lado, sentada en el suelo sobre su trasero, liberando su polla de su magia oscura. Tony se volvió prontamente, para subirse sus pantalones.

—Alexandra, no debes de...

—Me preguntaste hasta donde estaba dispuesta a llegar en mi misión— ella también le tuteaba—. Creo que he demostrado con creces hasta que punto.

Alex no pudo dejar de observar el desnudo trasero masculino al darse la vuelta para vestirse de nuevo. Tenía dos hoyuelos sobre las nalgas en la baja espalda. Pero su mente era rápida en contestar, mucho más que la de él, que parecía ahora aturdido. Continuó de espaldas a ella, mientras se acomodaba su ropa. Pero al hablarle de nuevo, su voz sonó algo crispada.

—Alexandra, vaya a preparar la cena, hoy le toca a usted. Yo, tengo que arreglar unos asuntos, si no vuelvo enseguida, cene sin mí. Yo ya lo haré cuando regrese.

«¿Ahora vuelve a tratarme de usted? ¿Igual que durante el tiempo de instrucción?», pensó, sentada aún en el suelo. Le vio dar cuatro o cinco largos pasos, coger su cazadora y las llaves de su motocicleta y salir dando un portazo sonoro.

Cuando al fin estuvo segura que él estaba lejos, soltó una franca carcajada. «Punto para mí, instructor». «Y gracias Becky». Sin haberla sorprendido con su primo en esos «jueguitos», no hubiese tenido ese arma entre sus manos. Vamos, la poderosa «arma» que tenía su instructor entre sus muslos. Su sabor salobre, picante y a la vez terrenal seguía en sus labios, lo paladeó, lo aprendió de memoria. Rememoró la forma dura y lisa, gruesa de...

Aún estaba sentada en el suelo como una imbécil babeante. Se levantó de un salto del pulido linóleo y caminó hacia el baño, necesitaba refrescarse un poco, antes de hacer la cena. Pero aquella corta «experiencia» no se borraría nunca de su mente.



Condujo por el usual carril, que le llevaba hasta la casa de Henry, sumido en los más extraños pensamientos. ¿Sería un hombre?, ¿«Su amante», a quien fuese a rescatar? Si no, ¿Cómo sabía tan a la perfección la forma de sorprender y agradar a un tipo, y hacerle volar los sesos de esa manera? Necesitaba respuestas y ya. Un par de llamadas a antiguos amigos e informadores ya retirados del servicio, y en unos días, tendría un montón de respuestas sobre el misterio «Alexandra McKonky».

Y de paso enfriarse un poco. No pensaba volver hasta que ella hubiese cenado, y estuviese bien seguro que se habría retirado a su dormitorio. Por hoy, ya eran bastantes los sobresaltos.

Cuando dejó su motocicleta a las puertas del *cottage*, fue Henry el que le abrió. La familia estaba a punto de cenar. Unas palmadas en la espalda de su hermano menor y mirando su entrecejo fruncido, supo que pasaba algo.

—¿Tony? ¿Qué te ocurre?

—Nada, solo necesito hacer unas llamadas—sonrió apenas para quitar hierro al asunto.

Henry se retiró de la puerta y le dejó pasar, Tony se sacaba los guantes y los guardaba en el bolsillo de su cazadora, antes de colgarla en la percha.

—Bien, el teléfono está a tu disposición—se metió la mano en el bolsillo del chaleco y sacó una diminuta llave—. Toma, ya sabes que siempre tengo cerrado en despacho, por si mis fierecillas se deciden a asaltarlo.

Tony tomó la llave prolongando casi sin éxito el amago de sonrisa.

—De acuerdo, lo cerraré al salir.

—Tienes un número de teléfono anotado dentro de la agenda. En la primera hoja, en un trozo de papel suelto. Me lo ha dado Rankin hace un rato, cuando al fin conseguí localizarlo. Pensaba que ya era tarde para ir al pabellón. Iba a darte aviso mañana con una nota. Dice que puedes llamarlo a partir de las...—miró su reloj de pulsera—, las ocho y media, y falta poco

para esa hora. ¿Quieres que te pongamos un cubierto y cenas con nosotros?

—No, gracias Henry, ve con tu familia. Yo hago unas llamadas antes que la de Rankin y hago tiempo. Cuando salga te devuelvo la llave, y saludo a Dafne y a los chicos.

—De acuerdo, cierra por dentro. No te garantizo si no, un asalto de mis pequeñas tropas mellizas.

De nuevo el conato de sonrisa, Tony apretó en su mano la llavecita y se dirigió al despacho, sin pronunciar ni una palabra más. Henry encogiéndose de hombros, lo vio abrir la puerta y encerrarse dentro. Tras esto, se dio media vuelta y dirigió sus pasos al comedor, donde Dafne ya estaba dando de comer a los niños.

—¿Le ocurre algo a Tony?—preguntó su esposa cuando le vio aparecer en la puerta con las manos descuidadamente metidas en los bolsillos del pantalón.

—Está raro. Pero lleva así un año.

—¿Pero más raro que de costumbre?, o ¿más o menos igual?

—No lo sé, Dafne, sinceramente. Y me preocupa todo este lío que se trae con Bossfield, y ese recluta a quien entrena. El querer ponerse en contacto con Rankin y antiguos colaboradores... Temo que mi hermano quiera volver a primera línea.

Dafne, continuaba haciéndole de comer el pescado que tan poco le gustaba a sus dos hijos, aun así levantaba la mirada de vez en cuando a su marido.

—No debes dejarle hacer eso, lleva años alejado de la acción. Ya no es un crío, tiene un buen y duro trabajo, nada más entrenando a futuros agentes, para que decida volver a ser un informador. Más debiera pensar en buscarse una chica y asentar esa cabeza.

—Ya lo sé Dafne, pero él es quien debe decidir su futuro. Nosotros solo podemos ayudar en lo que necesite, aconsejar si lo pide, y aceptar sus decisiones.

Ella negaba con la cabeza. Henry se preocupaba más de lo que dejaba entrever a su mujer sobre si su hermano decidía volver a su antiguo puesto. Estaba «quemado», era un agente «descubierto», todo por culpa del Consejo de Guerra en que había sido actuado de testigo, para salvar su vida y restaurar

su honor. Pero tampoco podía hacer mucho por impedir, si Anthony decidía volver a entrar en acción.



—¿Falcon? Eh, sí, hola, claro que me has reconocido— sonrió con el auricular entre las manos, arrellanado en el cómodo sillón del despacho de su Henry—. ¿Cómo andas viejo amigo?

Al otro lado la voz grave y modulada de Jonas Falcon su primer compañero como informador. También fue, durante los primeros tiempos su «instructor» de campo.

—Bien, como siempre *Niño Bonito*, aquí, con el trabajo duro que proporciona mi negocio.

—¿Cómo está Wiremu-Tane?

—Tan tirano como siempre—ambos rieron—. No en serio, estamos bien. A ver cuando te decides, y bajas por aquí a hacer una visita y tomarnos unas cervezas.

—Quizás en un mes o poco más. Tengo que ir a Londres, para dejar «un paquete».

—¿Un paquete? Creía que estabas como instructor bajo el mando del *Cascarrabias* de Bossfield.

—De excedencia, obligatoria. Es una larga historia para hablar por teléfono.

—Los amigos estamos para eso, Tony. Sabes que tanto Wiremu como yo te escuchamos encantados, y te ayudaremos siempre que esté en nuestra mano hacerlo.

—De eso precisamente quería hablarte, tengo que pedirte un pequeño favor...

Media hora después dejó caer el auricular. Además de tomar la nota de información que necesitaba sobre Alexandra, su antiguo profesor y amigo, consiguió sacarle un resumen de su vida desde hacía más de un año. Tenía una habilidad innata para ello, Jonas. Su voz relajante, su tono sosegado, como de mantener siempre el control de la situación, sus pausas, sin preguntarte nada, todo te hacía largar hasta tus mayores e íntimos secretos. Aunque esta vez se guardó mucho de decir el principal, que estaba perdiendo

los papeles de nuevo por una chica.

Aunque esta vez, contar lo de Jane le había dado una extraña sensación de aceptación, paz y lejanía. La tenía todavía presente en su corazón, pero de otra manera, como más etérea, como si su espíritu al fin estuviese alcanzando la paz. Respiró hondo y jugueteó unos segundos con la agenda de Henry. Dentro de ella, en una hojita suelta, nada más abrirla, el teléfono «seguro» que le había proporcionado Rankin. Miró el reloj de pared que adornaba el despacho de Henry. Las ocho y media pasadas.

Marcó el número y apenas cuatro o cinco tonos de la línea después, fue descolgado desde el otro lado. La voz en alemán de Rankin le contestó. Tony le saludó, también en el idioma de su interlocutor. El teléfono de ambos era seguro. Él mismo se encargaba personalmente de vigilar muy a menudo la líneas, por si había pequeños micrófonos o escuchas en la casa de Henry y Dafne sin que estos se hubiesen dado cuenta.

«Deformación profesional», un juego de palabras, que solía utilizar Falcon, en tono jocoso, cuando le enseñaba él mismo esos viejos trucos por su seguridad.

—Necesito ayuda, viejo amigo.

—Lo de viejo no lo dirás por mi edad, ¿no muchachuelo? Pregúntale a mi esposa lo «viejo» que estoy.

El tono divertido de Rankin era contagioso, le aligeró el ánimo. Él también rió.

—¿Cómo está esa belleza que apenas te mereces Ludw?

—Tan coqueta, hermosa, y deseable como siempre. Pero si quieres una igual, lo siento, «rompieron el molde».

—Eso lo doy por seguro.

—Bien Anton, ¿qué necesitas de este par de «viejos»?

—Información. Toda la que tus antiguos contactos puedan conseguir. Te daré nombres y una fecha aproximada, además de un lugar. Necesito que averigües todo sobre ella.

—¿Ella?

—Sí, ¿lo anotas por favor?

—Dame un segundo— a través de la conexión telefónica escuchó como se abría y cerraba un cajón—. Dispara, *Niño Bonito*.

Tony sonrió ante la mención de su nombre en clave.

—Marianne McKonky, originaria de Escocia. Se encontraba en Berlín, al menos eso supongo, por el año mil novecientos treinta y ocho. Casada con un tal Verner Rosebaum. Al menos tuvo un hijo de ese matrimonio. Él, tiene o tenía un hermano, mayor, un tal Adler, también casado. Llevaban negocios de maquinaria, no conozco de qué clase. Acudían a Londres cada cierto tiempo, a la Feria de Maquinaria que se suele celebrar en verano. Los padres de estos hombres sus nombres pueden ser Alexander o algo parecido en alemán, y Hellen. Estos en mil novecientos treinta y ocho ya habían muerto. Es todo lo que tengo.

—No es mucho para tirar del hilo. Si encuentro algo, ¿qué necesitas saber?

—Todo lo que se pueda indagar, en general. Es una simple corazonada, de la que no estoy seguro, pero, por ahora es lo que tengo.

—¿Qué te traes entre manos, *Niño Bonito*? Sabes que puedes contarme lo que sea.

—No demasiado. Tengo un encargo especial, entrenar a una joven que ha de efectuar un salto a Berlín. Creo que al rescate de una persona, esta tal Marianne puede ser su objetivo, pero no estoy aún seguro.

—¿El pajarito no canta? ¿Has perdido facultades?—al otro lado de la línea risas más que jocosas.

—Puede ser, quizás tenga que hacer uso de otras «armas» poco habituales...

—¿El «suero de la verdad»?

Por un instante Tony calló, mientras una idea golpeó directamente en medio de su cerebro. Un poco de escopolamina, con los contactos que tenía, no sería difícil de conseguir. Puede que incluso en menos de una semana pudiese obtener algo de eso en casa. Al otro lado la voz de Rankin lo sacó de sus meditaciones.

—¿Anton?

—Ludwick, sí, estoy aquí. Eres un genio, viejo amigo.

—¿Por qué?

—No se me había pasado por la cabeza, y tú me has dado la idea. Gracias. ¿Cuándo vuelvo a llamarte?

—De cinco a seis días.

—Te dejo siete.

—Mis contactos, o los de Meré harán su trabajo. Bueno, lo que puedan. Sabes bien que muchos Registros y Edificios Oficiales están siendo destruidos, Juzgados de Paz, etc. a ver lo que los que aún quedan allí, encuentran.

—Por el precio no te preocupes, dime la cifra y te la reembolsaré.

—Muchos de los nuestros no lo hacen por dinero chico, sino por «joder» un poco al poder. Bien, nos emplazamos en unos días y a esta hora.

—Gracias Rankin, saluda a esa preciosa mujer que tienes.

—No te hagas ilusiones, *Niño Bonito*. No me la quitarás aunque pasees desnudo ese trasero que tienes ante ella. Está locamente enamorada de este «viejo», desde hace más de veinte años.

—No lo pongo en duda.

Tony más relajado, después de conversar con Ludwick, volvió a levantar el auricular, y a marcar.

—¿Falcon? necesito una cosa...



Casi una hora permaneció encerrado en el despacho de su hermano en el *cottage*. De sus llamadas salió satisfecho, casi frotándose las manos de anticipación. En breve, tendría respuestas. Si no eran por un lado, serían por otro. Aún conservaba muy buenas conexiones, amigos fieles, y con la suerte de su parte...

Se decidió al final de comerse la cena que Dafne le calentó solo para él y que le acercó en una bandeja, al salón de la chimenea donde Henry escuchaba la radio. Los mellizos se habían acostado y dado un poco de paz al hogar. Eran la alegría de la casa, pero llegaba un momento que ambos padres estaban francamente agotados de tanto derroche de energía infantil.

Hablaron largo rato. Aunque su curiosa cuñada quería averiguar más cosas sobre su supuesto «recluta». Tony sonreía y le decía que nada de nada, secreto profesional. Ella hacía como si se enfurruñase y le decía que le cortarían el suministro de alimento. Pero luego volvía a preguntarle que le apetecía que le llevaran para comer en los próximos días.

Mientras tanto, bien apretados en el sofá, su hermano no paraba de acariciar a su esposa casi sin darse cuenta que su hermano menor estaba delante y terminado su cena.

Después de engullir el último bocado, se despidió de ese par de tórtolos. Incluso cuando cerraba la puerta de la casa creyó oír ya un largo gemido de su cuñada. Henry no perdía el tiempo por lo visto, sonrió. Esos dos no paraban, si no fuese por que el embarazo difícil que había tenido Dafne, que les impedía tener más descendencia, en vez solo los mellizos, podría haber en aquel hogar casi media docena de sobrinos suyos. Así parecía el ritmo impuesto por esos dos.

Él también tenía que pensar alguna vez en el futuro, pero debería esperar a resolver el misterio McKonky.

Alexandra McKonky, su aventajada alumna, no lo era solo para la lucha, las claves, y demás bases de supervivencia para un «informador». Parecía bastante experta en, bueno, atender las necesidades de un hombre.

Eso le hizo por un instante demasiado largo, sentir como en sus tripas se enroscaba un sentimiento desconocido. Como si de pronto le hubiesen entrado una ganas enormes de destrozar con sus propias manos al tipo que le enseñó a Alexandra como... lamer una polla, sin dejar de mirar a los ojos.

Joder con su alumna.

¿Sería ese mismo al que iba a rescatar? ¿Estaría de alguna manera ligado a los informadores? ¿A Bossfield? Este no tenía hijos, pero podía tener otros parientes...

Maldita sea, mujer descarada. Su imagen de nuevo lleno su cabeza, mezclando su casi desnudez del incidente de verla en el pasillo cuando salía de la ducha, con el episodio de apenas dos horas antes, cuando le tomó entre sus manos, y esa boca roja, jugosa y tentadora se cernió sobre la cabeza de su...

A punto estuvo de perder el equilibrio en uno de los baches. Consiguió enderezarse en el último segundo, bajó la marcha de su *Matchless*, para no romperse la crisma.

Alexandra McKonky, de alguna manera parecía empeñada en acabar matándolo, si no adrede, con su puñetero descarado.

Consiguió al fin llegar a su apartamento, al parecer vivo. Subió

pesadamente los escalones, agarrando fuertemente la barandilla de hierro, temiendo que ella estuviese aún despierta. Tener que enfrentarse de nuevo ahora mismo a esos ojos verdes, no era lo que necesitaba. Lo que le hacía falta era una ducha fría, o en su defecto una caliente pero con un buen «cinco contra uno»[13].

O mejor, meterse entre esos muslos redondos, apretados y el centro húmedo, caliente y palpitante, de la señorita Alexandra McKonky. Pero ya se hubo enredado una vez con una alumna, y no lo haría otra vez. Además, puede que a quien fuese a rescatar fuese un novio, o un prometido... o a saber. Esperaba tener pronta respuesta o se volvería loco.

CAPÍTULO 7

LLEVABA unos momentos bien acurrucada en la que era su cama desde hacía, ¿cuánto? Unos quince o dieciséis días si calculaba bien. Era la primera vez que había cenado sola, dejó el servicio para uno, puesto en la mesa, y todo preparado cuando él se decidiese venir. Había acabado el parte de noticias que acostumbraba a escuchar, mientras recogía su plato. Decidió apagar el transistor, e irse a su dormitorio, estaba cansada pero, aún, le apetecía leer un poco.

Mayo 1938

Queridísima Alexandra, ¡tengo aquí a mi lado a tu pequeño sobrino! En su capazo, todo vestido de celeste. Ya por fin en casa y yo, sentada frente al escritorio.

He pasado una semana bastante dolorida, Verner te contó lo de la cesárea que me tuvieron que practicar a última hora. Me enfadé con él por eso, por deciros, no os fuerais a preocupar. Pero todo ha salido bien, y el enojo e duró muy poco. Tengo que tener cuidado con los puntos que me han dado, y, por desgracia no me sube la leche. Pero hay preparados en polvo de muy buena calidad para mi pequeño y nada le va a faltar. El doctor me ha hecho las recomendaciones precisas y, mi pequeño Axel está feliz, limpio, y satisfecho con su biberón.

Marta me ayuda mucho y me enseña con su experiencia, igual que mis amigas del edificio. Me hacen visitas a todas horas, y dicen que es muy guapo. Yo le veo más bien, no sé, es muy alto y creo que necesita comer bien

y ponerse más rellenito para que parezca a los rollizos bebés que anuncian en las revistas.

Creo que va a ser rubio, como mi marido, pero ¿sabes? ¡tiene tus ojos que son tan iguales a los míos! si son verdes, cuando engorde y crezca será guapísimo. O al menos eso me aseguran, por que yo sigo viéndolo pequeñito y flaco. Aunque mide sesenta centímetros. Tendrás que convertirlo a pulgadas, puesto que aquí no utilizan esas medidas. No entiendo mucho de bebés, solo lo que me dicen y repiten que es muy grande. En fin, que cuando pase la cuarentena ya veré como engorda. ¡Yo deseando! Entonces iremos y nos haremos una bonita foto en un estudio y os mandaremos copia. A mi madrastra también, a ver si se suaviza un poco este «cardo», que tenemos por padre.

Me canso querida hermana, voy de nuevo a tumbarme. Por las noticias que puedan llegarte no te preocupes, Berlín está tranquilo. Yo estoy feliz y aunque hay mucha propaganda en la calle por las próximas elecciones en «Los Sudetes». Sabes que la política y yo no nos entendemos. Verner y mi cuñado están tranquilos y yo me fío de mi marido y de su hermano. Mi cuñada vino al hospital apenas diez minutos y luego no la he vuelto a ver el pelo. Eso sí, su regalo fue el más ostentoso y enorme. Seguramente por que lo escogió mi cuñado en vez de ella. Es un práctico carrito de paseo azul marino con capota. Precioso.

Bueno pronto te escribiré otra misiva más larga, dentro de tres o cuatro días que me encuentre más fuerte y con más ganas, Ahora necesito descansar. Pero repito, no te preocupes, me han dicho que es lo que suele ocurrir después de un parto.

Besos hermana mía, hasta pronto.

La feliz mamá.

Marianne

Alexandra dobló esta carta que la había hecho sonreír, y tomó la siguiente. Era bastante tarde para que, «su querido instructor» no hiciese acto de presencia. No le daba miedo estar sola en el Pabellón. Ella sabía defenderse, y muy bien, pero no dormiría tranquila hasta que ese jodido hombre volviese. No sabía la razón, pero necesitaba que estuviese, aunque fuera en la habitación frente a ella, para conciliar el sueño.

Al menos, para entretener la espera, tenía las preciadas cartas de su hermana.

Junio 1938

Mi queridísima hermana, te presento a tu sobrino. ¿Ves que guapo ha salido en la foto? Ya tiene la cuarentena y fuimos raudos a hacernos un estudio con él, porque estaba deseando que le conocierais. Alexander Edward. Tiene el cabello suave, rubio y «tus/mis» mismos ojos verdes. Es un muñeco. Ha ganado peso este mes, es un comilón. Llora como un desesperado cuando necesita su comida o hay que cambiarle el pañal. Pero una vez satisfechas sus necesidades, es un ángel. Duerme bien y crece cada día más.

Ya por fin ha hecho una tarde agradable y lo he sacado a pasear en su nuevo carrito, que aún no había estrenado, el que nos regalaron mis cuñados. Lo he puesto bien abrigado y, mis vecinas de barrio me han parado para que se lo enseñe y conocerle. Todas dicen que es precioso, lo veo cada día que pasa más guapo y gordito, orgullo de madre será.

Este año será muy pequeñito aún para viajar, pero con seguridad en que viene nos tendréis a los tres en Londres para la exposición de maquinaria

anual. Este año Verner se queda en casa, a su hermano no le parece mal. Va a ir con ellos otro socio, así que no irá solo. También se lleva a «la estirada». Le mandaré con él y en su equipaje algunas cosas que he comprado por aquí para ti, incluso un reloj de cuco para la tía. Es precioso. Seguro que le encantará. Esta todo tallado a mano.

Y, no quiero que sintáis ningún temor o preocupación por mí, o mi pequeño Axel. Marta se porta como una madre conmigo. La quiero mucho, y ella me demuestra su cariño y su buen hacer diario, llevando la casa y enseñándome todo lo que debo saber como mamá.

Verner está aquí, ya en casa, escucho la llave de la puerta. Tengo que dejarte. Marta ha dejado preparada una cena fría y solo tenemos que sentarnos a la mesa y disfrutarla. Él mismo dejará esta carta por la mañana junto a las de la oficina para que sea mandada hacia Inglaterra. Como siempre añado una para la tía, que tanto nos quiere y para Adelinne. Mi pobre madrastra, sé que hace todo lo que puede, pero dice que nuestro padre está ofuscado y que cuando le saca el tema no la mira, se limita a callar, y si le insiste, se levanta y se marcha, aunque esté sentado a la mesa. Eso me mantiene preocupada hermanita, es lo único.

Por lo demás estoy muy feliz. A mi lado está mi esposo, sí, ahora mismo dándome un beso y diciendo que te ponga saludos y cariño de su parte, ¿ves querida? me hacen muy feliz, solo la obcecación de papá, pone la nota triste a estos días tan maravillosos.

Pero no quiero preocupaciones para ti, cierro la carta, y te mando dentro de ella mil besos de mi parte, de tu sobrino Axel y de Verner,

Tu hermanita,

Marianne

Guardó las cartas en su sitio y miró unos instantes la fotografía que había acompañado a esta última. Una Marianne con cara de felicidad, peinada muy a la moda, con un precioso vestido floreado, en su regazo un pequeñín de

cuarenta días apenas. Abrazándolos a ambos, un alto y joven rubio, delgado, de altos pómulos, mirada seria, pero de sonrisa llana. Había formado una bonita familia, tan jóvenes, con tantas esperanzas en el futuro, y ahora...

Aguzó el oído. El giro de la cerradura, el tintineo de las llaves, los conocidos pasos de Tony por el salón. Se lo estaba imaginando, sacándose los guantes, para guardarlos en el bolsillo de la cazadora como era su costumbre. Luego la colgaría de la percha. Más tintineo de llaves al dejarla sobre un mueble en la entrada. Más pasos. Ruido de platos ¿comiendo? no, parecía por la cadencia que los estaba llevando a la cocina. Sí, ese era el sonido del refrigerador al abrirlo y cerrarlo. ¿No iba a cenar?

Aunque quizás lo hubiese hecho en casa de su hermano. En fin, era mayorcito y ya sabía lo que se hacía. Al menos ella le había dejado todo preparado, por si quería comer. ¡Allá él!

Pero, sin darse cuenta, se estaba levantando de la cama. Colocándose la camisa del pijama de gruesa franela, se dirigió a la puerta del dormitorio, y aplicó la oreja. Ya no escuchaba el menor eco, ¿estaría ya en su dormitorio? No sintió sus pasos por el pasillo, ni el chirrido de la puerta de la alcoba frente a la suya.

Respiró bajito, apenas, y nada. En ese momento oyó de nuevo el repiqueteo de la llave, y un portazo. ¿Qué demonios?

Sin pensarlo dos veces, abrió la puerta del dormitorio, paseó hasta el salón en penumbra. La cazadora, como imaginó, colgada de su percha. Pero las llaves no estaban donde siempre. Aunque las gafas para la motocicleta y el casco de piel, como el de los aviadores que solía utilizar estaban allí también. No escuchó por el momento, el motor de la *Matchless*.

Anduvo medio a tientas hasta la puerta principal, y la abrió. El aire gélido de la noche la golpeó en el rostro y el fresco aroma a tierra húmeda. Dejando la puerta segura, para que no diese un portazo y se cerrara, se asomó a las escaleras, y ni rastro. ¿Habría ido al bajo del pabellón? ¿A qué? ¿Quizás a ponerse a aporrear el saco a esas horas?

Era una maldita curiosa, lo admitía, aquí, ahora, y siempre. Por eso, años atrás había descubierto los juegucitos íntimos de sus primos con aquella locuela de Becky. Un pensamiento la golpeó aún más duro que el viento que mecía los árboles de alrededor. ¿Podría haber traído una chica hasta allí?

Bueno, en la enfermería había una cama, estrecha, pero seguro que mil veces más cómoda que las frazadas de heno y las mantas de los caballos que utilizaban sus primos para sus desahogos con aquella muchacha en el granero.

Bajó uno a uno los escalones, hasta la misma puerta de hojas dobles del bajo. Los pomos de estas giraron, estaba abierta. Aguzó de nuevo el oído. ¿Un susurro lejano, o el rumor del viento entre los setos? Joder que no iba a quedarse sin satisfacer su curiosidad.

Abrió sumamente despacio, sabía que no chirriaban, las bisagras eran nuevas y engrasadas. Se coló por la rendija cuando vio, que el gran salón que les servía de gimnasio, estaba a oscuras completamente. La única luz venía del pasillo desde, sí, ¡premio!, la habitación de la enfermería, la que tenía una cama. Otro gemido quedo, masculino. Esta vez estaba segura que no era la brisa.

Maldiciéndose a sí misma por su necesidad de fisgonear, caminó sigilosa hacia el pasillo. Nuevo quejido, un suspiro largo, otra vez de hombre. En ese momento, abrió los ojos a una idea que se le cruzó por la cabeza. ¿Y si su profesor, bueno, tuviera necesidades y gustos «especiales»? Vamos ella no era tonta. Sabía que esas cosas pasaban. ¿Pero el capitán Tony Daylight? ¿Él que se le ponía duro como una piedra cuando ambos se rozaban y rodaban por el suelo enredados en la lucha?

Sin darse apenas cuenta estaba pegada a la pared. Tan cerca de la puerta de la enfermería que un paso más y... la puerta estaba entrecerrada. Apenas una rendija. Otro paso más, sus indiscretos ojos observaron algo que no esperaba.

La camisa gris que llevaba Tony, estaba desabotonada completamente, la camiseta, subida mostrando todo su musculoso estómago, el pantalón, desabrochado. Una de sus manos apoyada en la encimera, ante el lavamanos. La otra efectuando un bombeo continuo sobre la enorme erección que nacía entre sus apretados muslos sobre su vello dorado oscuro. Un nuevo gemido surgió de sus labios entreabiertos. Ella acalló el suyo propio tapándose la boca con ambas manos.

Joder, nunca se lo habría imaginado. Él continuaba absorto, con los ojos a veces cerrados, otros con la mirada perdida en algún punto de la pared. Los

músculos de su estómago contraídos, respirando con fuerza. Su mano ancha apretando desde la base hasta la punta gruesa, y viceversa.

Era hipnótico el balanceo de empuje de esas fuertes y estrechas caderas. Se estaba masturbando en la habitación de la enfermería, solo. Ante el frío mármol que cubría la gris encimera. Sus gemidos iban en aumento a la vez que la velocidad de su agarre. Alexandra también quiso suspirar al unísono, pero sus propias manos y el instinto de que no estaba bien el espiar de esa manera al hombre, se lo impidieron. Sin embargo no pudo, o no quiso retirarse de la diminuta rendija por donde observaba tan íntimo acto.

La respiración afanosa del hombre, y, el que echase su cabeza hacia atrás mientras daba un corto grito desde lo profundo de su garganta, hizo estremecerse entera. Luego, mientras el chorro de semen se vertía sobre el fregadero bajo su mano, y su cuerpo sufría los espasmos de un fuerte orgasmo, creyó oír su nombre, pero no era posible.

Segundos después, la mano que sujetaba parte de su peso sobre la encimera abrió el chorro del grifo, borrando cualquier constancia del hecho.

Mientras el gorgoteo del agua seguía, Alexandra se alejó de allí. Sus ojos todavía abiertos, como platos. Llevaba sin parpadear todo el rato, y ni se acordaba como se hacía. Hasta que el frío de la noche la golpeó de lleno, mientras casi tropezaba subiendo a toda prisa la escalera. Corrió a su dormitorio, encerrándose, metiéndose en la cama, quitándose y arrojando al descuido la chaquetilla del pijama de hombre que solía utilizar, para andar por casa. Apagó la luz y se tapó hasta la cabeza. Ni se dio cuenta que, en su loca carrera, había dejado la puerta de la calle abierta a su paso, en su afán por esconderse avergonzada de haber acechado a Tony. ¿Cómo pretendía ahora conciliar el sueño ante tamaña estampa? ¿Y era su nombre lo que había escuchado cuando él...?

¿Tanto le había «afectado» su actuación de horas antes, cuando le bajó descaradamente los pantalones y...?

¿Su nombre en un gemido mientras se corría?



Aliviado, por el momento, echó de nuevo más agua sobre uno de los productos de limpieza vertidos en el fregadero. No se había atrevido a hacer

eso mismo en la intimidad de su dormitorio porque ella estaba demasiado cerca, y podría haber escuchado, por silencioso que hubiese querido ser. Ni siquiera en la ducha, porque el dormitorio y esa pieza, compartían una pared, y el estar recubierta de azulejo, solo incrementaba más el eco. Esa vez necesitaba dejarse llevar, no el sigilo que debía observar dentro de su habitación.

Ella no debía de darse cuenta de hasta que punto le afectaba su presencia, y lo ocurrido esa tarde. Cuando la vio a sus pies, tomando con esa boca embriagadora, roja y húmeda, su polla ansiosa. No, no podía seguir de nuevo por esa línea de pensamiento. Tomó agua fresca del grifo con ambas manos, lavándolas, y se enjuagó al fin la cara, para despejarse.

Respirando hondamente, y apenas adecentó su ropa, salió de la enfermería, apagando la luz a su espalda. Caminó a buen paso hasta la salida, la puerta estaba un poco entreabierta, quizás no cerró bien, y el viento que se había levantado en la campiña la había empujado. La cerró con su llave y se dispuso a subir la escalera. Tranquilo, pues, sabía ya que la señorita McKonky llevaba ya largo rato encerrada en su cuarto, seguramente bien arropadita y dormida como un bebé. ¿Qué usaría para dormir?

«No vayas por ahí Tony», se reprendió a si mismo. En lo alto de la escalera notó con que la puerta de su apartamento estaba abierta, aunque las luces apagadas.

Pasó en ese instante a modo defensivo. Sus puños se cerraron, sus ojos habituados en breve a las tinieblas, escudriñaron el salón, y sus oídos intentaron escuchar hasta el más mínimo ruido. Todo parecía extrañamente silencioso. Se deslizó con sumo cuidado un par de pasos más, con su mano a oscuras tanteó uno de los cajones del mueble de la entrada. Despacio, quedamente lo abrió, y hurgó hasta la cerradura oculta de su doble fondo. Mientras, no dejaba de mirar en derredor y todos sus sentidos alerta. La pestaña del compartimento secreto crujió levemente y lo hizo maldecir en su mente.

La pistola que guardaba, cargada en el doble fondo estuvo pronto al alcance de sus dedos, y en su mano. Quitó el seguro, otro *click*, indeseado, sobre todo, si tenía visitantes inoportunos. Pegado a la pared se asomó a la cocina con el arma lista entre ambas manos para darle toda la estabilidad si

no tenía más remedio que usarla.

Vacía.

Avanzó por el pasillo, las tres puertas que lo adornaban todas cerradas. Su alcoba fue la primera opción. Caminó silencioso, sin hacer el más nimio rumor, pisando el linóleo del suelo con suavidad a pesar de su peso y tamaño. Giró el pomo de la puerta de su propio dormitorio, la poca luz de la luna, solo elevaba mínimas sombras fantasmagóricas.

Despejado.

Unos cuatro pasos más, el baño, giró también con aplomo la manija, protegido por la pared, por si alguien estaba al otro lado oculto, esperándole.

Pero también desierto.

Se volvió, su corazón martilleó ahora más fuerte en el pecho. ¿Y si alguien había mirado primero en la habitación de Alexandra? ¿Y ella, ajena y dormida, no se hubiese podido defender? ¿Y si le hubieran hecho algún daño?

Esta vez no fue cuidadoso ni por asomo. De golpe ante la puerta, para usar el factor sorpresa, giró el tirador con rapidez, y la empujó con fuerza. Se acuclilló, con una rodilla en tierra, para esquivar una estocada de un cuchillo o un disparo alto, que era lo más probable en caso de asalto. La puerta, en ese instante, se estrelló contra la pared.

En la oscuridad, el grito asustado de Alexandra hirió sus oídos. Ella prendió la luz, para descubrirlo en la puerta en posición de ataque, apuntando con un arma entre sus manos al interior de su dormitorio.

—¿Qué demonios?

Mira por donde iba a averiguar que se ponía para dormir pensó Tony y casi sonrió ante la perspectiva.

—¿Estás sola?

—Por supuesto, ¿porqué lo preguntas?

Tony se incorporó, mientras ponía el seguro en su arma y la metía en la parte de atrás de sus pantalones, los mismos que minutos antes estaban desabotonados y...

—Creí que, bueno, alguien había entrado en el apartamento, me he encontrado la puerta abierta.

—Yo no he escuchado nada.

Alexandra negaba con la cabeza, pero su cara estaba arrebolada, ¿el susto? Para dormir usaba una camiseta gastada de color indefinible. Aún así, al incorporarse, las mantas bajaron. Sus pechos empujaban el material semitransparente y los pezones enhiestos parecían apuntarle descaradamente a él.

—Pues sigue durmiendo la casa está despejada—dijo, alargando la mano para cerrar la puerta.

—¿Sigue durmiendo? ¿Después del jodido susto que me has dado apuntándome con una pistola?

—Supérelo McKonky—sonrió apenas—. Y descansa. Mañana después de la carrera de calentamiento, haremos unos cuantos disparos de prueba, quiero comprobar «lo buena» que eres con un arma corta.

—Con una «larga» de lo mejor—soltó ella, envarada, y sin cubrir esos magníficos pechos que clamaban por ser amasados. Debían de ser, desnudos, del tamaño perfecto para sus manos. Él no hizo caso a su juego de palabras, puesto que no quería volver a recordararla cuando estaba horas antes de rodillas ante él y...

—Disparar con postas, cualquiera con un mínimo de habilidad da en el blanco. Esto son balas querida, no cartuchos con perdigones. ¿O crees que puede esconder una escopeta de caza bajo una falda? Duérmete ya McKonky. Estás perdiendo un tiempo de descanso precioso.

Cerró la puerta sin darle oportunidad de rebatirle otra vez. Escuchar un segundo más a esa lengua afilada o contemplar ese par de hermosuras que tenía por delantera, no iba a ser sano.

Caminó hasta el salón de nuevo, cerrando bien la puerta con llave, pero luego aseguró la casa de nuevo. Esta vez se llevó el arma a su dormitorio. Llevaba tiempo oculta y debía revisarla, la tenía escondida por si sus sobrinos aparecían. Era imposible que los críos consiguiesen descubrir el doble fondo, pero ahora dormiría con ella en su habitación. Si la señorita McKonky no había abierto la puerta, y él no recordaba haberla dejada así cuando bajó a «aliviarse»... Pero eso, bueno, tampoco podía jurarlo. Estaba tan jodidamente cachondo cuando llegó a casa, que pudo él mismo haber dejado la puerta a medio cerrar y el viento hacer el resto.

Bueno, después de todo no daba la noche por perdida, acababa de

averiguar que usaba McKonky para dormir.

Aunque, francamente, la hubiese preferido desnuda.

Y en su cama, a poder ser.



Acotó como campo de tiro la misma pared trasera del pabellón de caza. Sacó de a saber donde unas viejas dianas pintadas en madera gris, envejecida por el tiempo. Esa zona de la casa, en vez de ser de vistoso ladrillo visto rojo, estaba recubierta de piedra oscurecida por el verdín y el tiempo. Daba al norte, y nunca sentía la caricia del sol. Por eso la pared original había sido protegida por esa piedra natural y tosca de abajo hacia arriba.

Como siempre que empezaba su instrucción, dejaba de tutearla.

—Mantenga el seguro puesto, siempre que estemos de prácticas. Quítelo tan solo en el momento justo antes de disparar. Para su trabajo es también un buen consejo. Si la lleva así—la introdujo en la trasera de su pantalón, sujeta con el cinturón—, y de alguna manera está sin el seguro, podría recibir un balazo en su propio y bonito trasero sin darse ni cuenta.

Sacó de nuevo el arma corta, negra y brillante y se la puso igualmente en el costado metido en la cinturilla, apartando la chaqueta.

—Igualmente aquí podría recibirlo en su cadera, y aquí delante—dijo moviendo con habilidad el arma hasta donde cerraba el pantalón—. Un hombre puede perder, bueno, una «herramienta» bastante útil, por no decir imprescindible.

Ella soltó una carcajada franca, y él la siguió. Esa mañana lucía un sol brillante, y después de todo no había pasado mala noche.

Quizás ya se le estaba pasando la «fiebre McKonky», o es que se aliviaba «manualmente» sin ningún cargo de conciencia. La mayoría de las veces en silencio o en la ducha o en su cama. Joder, la hembra era hermosa, y él, un tipo joven y sano. Era normal sentir ganas de sexo. Pero queriendo evitar problemas «su cinco contra uno» era más que bienvenido.

—Tómela.

Antes de entregar la pistola cogida por el cañón comprobó de que el seguro estuviese puesto. Ella la cogió con bastante destreza.

—Es pesada.

—Es un modelo de automática algo antiguo pero muy cómoda cuando aprenda a utilizarla. Es una *Colt M1911*, fabricada en Estados Unidos. Pesa poco menos de tres libras, cargador de siete cartuchos, extraíble, alcance de unos, digamos cincuenta metros. Usaremos munición de nueve milímetros. A ver, mire hacia las dianas.

Tony se colocó justo a su espalda, a menos de un palmo mirando sobre su hombro derecho.

—Apunte sin más. Agarrada con ambas manos, le dará más estabilidad para el disparo. Ya llegará el tiempo de hacer «florituras» con un arma. Ahora céntrese en el movimiento de, uno, arma apuntando al suelo, dos, quitar el seguro, tres, apuntar, y cuatro, disparar.

—¿Está cargada?

—Compruébelo. Primero el seguro.

Ella asintió y sopesó el cargador. Perfecto. Volvió a apuntar al suelo. En un movimiento fluido y más que capaz, hizo lo que él decía. Levantó el arma, quitó el seguro y disparó.

No hizo diana. Pero al menos no había dado en la pared, sino en la madera.

—Abra un poco las piernas, le dará estabilidad McKonky.

Alexandra obedeció. El segundo ejercicio la hizo acercarse un poco más al objetivo central.

—Destense los hombros. Imagine que el arma es una prolongación de su mano, como si fuese uno de sus dedos, simplemente enseñe a su cerebro a señalar con el cañón, en vez de con su índice.

Tercer intento.

Diana.

A punto estuvo de gritar de alegría. Se volvió mientras ponía el seguro, apuntando al suelo. Sorprendió a su instructor con una sonrisa de genuina satisfacción en su cara, cruzado de brazos tras ella. Pero pronto demudó su semblante frunciendo el entrecejo.

—¿Qué le ocurre McKonky? ¿Quiere una medalla? Vuelva a hacerlo, hasta vaciar el cargador. ¿Cree que siempre acertará?

Ella se volvió con gesto orgulloso, preparando su posición, cañón abajo, levantar el arma, quitar el seguro y, unas manos anchas sobre su cintura.

Jodido cabrón.

Adiós puntería. Levantó esquirlas de piedra negra de la pared muy arriba de la diana.

Él sin soltarla. Ella aún con los brazos sujetando la pistola en posición de disparo. Por unos segundos, completamente estáticos. El aliento cálido de su profesor suavemente acariciando su oído.

—¿Se ha dado cuenta McKonky? Una ligera distracción, y a la mierda su puntería. Su contrincante puede haberle volado los sesos un par de veces mientras tanto.

Las manos del hombre soltaron solo entonces su cuerpo. Alexandra sintió entonces frío en los costados. Eran tan cálidas sobre su piel y a pesar de sus capas de ropa. Este se quedó, al parecer, con ganas de más.

Pero no podía permitirse el lujo de fantasear con ese hombre. Ella tenía un objetivo que cumplir.

De nuevo se posicionó, apuntó, disparó.

Vació unos cuantos cargadores. Su instructor hizo varias de las suyas. A veces apenas le rozaba un hombro, otras, lanzaba una piedrecilla, o le daba una patada a algo. Soplaba en su cabello o su nuca despejada, incluso creyó sentirlo aspirar su aroma sobre su hombro. Todo por romper su concentración. Pero Tony Daylight, parecía no haberse dado cuenta que clase de mujer era Alexandra McKonky.

Cada vez fue mejor. Al cuarto cargador que vació. él tomó su arma elevándola al cielo al empujar sus manos hacia arriba. Retumbó el disparo al aire.

—Por hoy nos damos por satisfechos señorita.

—Vaya, ahora que le estaba tomando gusto.

—Casi es la hora de almorzar—miró su reloj de acero—. También debemos repasar los planos de Berlín esta tarde. Pero he de hacer unas llamadas. La dejaré que se aprenda de memoria las zonas, los barrios principales, y cuando vuelva de mis gestiones, le haré un pequeño examen.

—Como usted vea, instructor.— Ella puso el seguro e hizo como él anteriormente, le quiso devolver el Colt automático agarrado por el cañón. No se había dado cuenta, sus palmas quemaron y resbaló de sus manos.

Cayó al suelo, entre ambos con apenas ruido sobre el lecho de gravilla

blanca. Se miraron fijamente. Él con media sonrisa burlona, ella con su orgullo herido, más aún que sus propias manos.

—McKonky. ¿Por qué cree que le repito las cosas tantas veces? si no fuese por el seguro—se agachó y cogió el arma por su culata—, uno de los dos iríamos camino al hospital o al cementerio.

—Gracias instructor, otra lección que no olvidaré.

Tony alzó una ceja. Ella sonrió, pícara.

—No se debe coger un arma recién disparada por el cañón. Está demasiado caliente y, si no tiene «el seguro» bien puesto, puede volver a dispararse.

Tras eso se volvió, y su trenza revoloteó, casi rozando la cara de Tony. Esa preciosa cuerda rojiza no había sido aún cortada, como él aconsejó. No todas las lecciones las aprendía igual de rápido. Quizás le tuviera que recordar lo peligrosa que podía ser en un cuerpo a cuerpo.

Pero bueno, todavía quedaban varios días para ello. Le repetiría el «numerito» del primer día, tarde o temprano. Ella tendría que ser consecuente y deshacerse de esa «arma» en su contra.

Ya le volvería a crecer cuando volviera a casa.

La observó subir guardando su arma en su pantalón. Pensó en para qué quitar las dianas, tenía pensado todos los días al menos que vaciara un cargador o dos. Cuando ella se fuese, las volvería a guardar en su sitio.

Pero en un breve instante la mirada jade de Alexandra le golpeó directamente desde lo alto de la escalera, justo antes de entrar en el apartamento.

¿Volvería ella de su misión? ¿Tendría la más mínima oportunidad de hacerlo? Quizás debiera hablar seriamente con ella del tema. Aunque primero, debía conseguir averiguar la jodida razón de su entrenamiento a marchas forzadas. ¿A quién iba a rescatar? ¿Mujer u hombre?

¿Podría estar esta persona en condiciones de huir con ella de una ciudad casi sitiada? Demasiadas preguntas sin respuesta. Esperaba esta misma tarde conseguir alguna de ellas. Tenía varias llamadas que hacer. Entre ellas, el parte semanal que le daba a Bossfield sobre los progresos de la joven. No iba a mentirle, era buena. Podría llegar a ser de lo mejor, pero necesitaba un tiempo que seguramente no dispondrían. Los acontecimientos se estaban

precipitando en Europa, Alemania perdía bastiones a pasos agigantados. La resistencia había volado en las últimas semanas decenas de puentes y vías de tren. Estaba ahogando al país, dejando sin sus habituales medios para el transporte de soldados y suministros. Cercada por todos sitios, desde Rusia, desde Grecia, Italia y Francia, casi todos ellos territorios ya liberados. Temía que ni siquiera llegaran a las seis semanas de entrenamiento.

En cualquier momento Bossfield reclamaría a su recluta y esta sería «lanzada» hacia Berlín. Una completa locura a sus ojos expertos.

Intentando quitarse de la mente esos pensamientos pesimistas, se pasó la mano por la frente, apartando su cabello, debía de cortarlo, estaba malditamente descuidado. No tanto como un recluta, pero si o suficiente para pasar más inadvertido si... ¿Volvía a primera línea?

El disfraz de estudiante ya no le valía a un tipo de treinta y algo años. Mejor uno de... demonios, ¿no estaría pensando en seguirla? Su deber estaba en volver pronto a su puesto de instructor de reclutas, no ir tras las locura de esa mujer, y del general Bossfield.



Le escuchó arrancar la moto y largarse. Sobre la mesa, después de recoger el almuerzo un montón de planos tanto de la ciudad en sí como de los pueblos adyacentes a Berlín. No le era por completo desconocidos esos nombres. Ella misma tenía en casa algún que otro viejo mapa y había recorrido mentalmente avenidas y calles de la mismísima Berlín. Ayudada también por libros y postales que guardaba en casa, o en la biblioteca pública universitaria.

Por ello, tampoco se esforzó demasiado. Calculó que, como la vez anterior, que fue a hacer sus llamadas, tardaría casi dos horas. Podía tomarse un tiempo para leer un poco las últimas cartas de su hermana. Al menos una más. Por las noches anteriores, había terminado demasiado agotada para hacer otra cosa que tomarse sus analgésicos y relajantes musculares y dormir hasta que él la llamara por la mañana.

Decidida, caminó hacia su dormitorio, olvidando por unos instantes la obligación encomendada por Tony, y se dejó caer en la cama con otra de las misivas de Marianne.

Julio 1938

Querida Alexandra, ¿Cómo estás? me cuentas apenas que sigues en las Highlands. Eso me tiene preocupada, ¿Casi un año sin ver a papá? ¿Él te culpa a ti por mis decisiones?

He escrito otra carta aparte de esta para incluirla en la que le envió puntualmente nuestra madrastra Adelinne. Es corta y concisa, y dirigida a él. Te exonero en ella de toda culpa por mis decisiones. Le reitero que aquí soy feliz, que tengo un hijo precioso y que espero que el año que viene, cuando pueda viajar, poder encontrarme con él sin ningún problema. Que debería de haberle pedido permiso, que lo admito todo. Pero si no hubiese actuado tal y como lo hice, y me hubiese quedado en Londres, a tantas millas de distancia, separada de mi querido esposo, su nieto no hubiera nacido, y es un ser maravilloso y dulce que se merece que su familia lo acepte y lo quiera.

No quiero que te distancies de papá, querida Alexandra, y menos por mi culpa. Yo os quiero tanto a ambos que no soportaría eso.

Por lo demás, mi vida es como siempre, ya he vuelto ha salir a la compra, llevando a mi pequeñín en su carrito de paseo, y a mi querida Marta. Ella me ayuda muchísimo y me acompaña siempre.

Aunque llevo unos días preocupada con ella, por eso este pequeño retraso en mi carta. No entiendo el motivo pero, las personas habitantes en Alemania de origen judío, como Marta, están recibiendo una tarjeta de identidad nueva y distinta a la del resto de ciudadanos. Verner no me ha dicho ni aclarado nada, dice que no le de demasiada importancia al asunto, que se está cambiando mucho la burocracia por parte del Tercer Reich, y todos recibiremos nuevas cédulas de identidad de aquí en breve. Y que se ha empezado por el colectivo judío, como se hubiese podido empezar por otro cualquiera. Yo asiento y callo, sabes mi poca afición a esos escabrosos terrenos.

Berlín esta floreciente, en pleno verano. El parque que tengo ante casa, es un remanso de paz y de verdor. Las flores lo tapizan todo, aunque sean tan diferentes a las de nuestras Highlands, tan salvajes y de colores tan rotundos. Aquí son suaves y están ordenadas como en un desfile marcial. Son hermosas, pero, en macizos demasiado cuadrículados. Creo que es la

idiosincrasia de este país. Difiere mucho a nuestros agrestes páramos, escarpadas montañas, y nuestros valles salvajes.

Un día volveré con mi pequeño Axel de la mano y, quien sabe si algún otro hermanito más. Yo, aunque diga el doctor que puede ser que no pueda ya tener más bebés, me resisto a crearlo, porque los milagros existen.

Aún es pronto para ello, pero, a mi pequeño Axel, lo llevaré a conocer las Highlands, donde yo nací y crecí, y seguro que le encantará. ¡Medio alemán, cuarto de sangre escocesa y cuarto inglesa! Menuda mezcla tiene mi niño. Seguro que será todo un carácter. Ya empieza a demostrarlo.

Por correo aparte os enviaré los detalles que tenía para todos vosotros. Espero que lleguen bien aunque tarden un poco. Tenía planeado que llegarían a las islas a través de Adler, mi cuñado, cuando fuese a la Feria de Maquinaria de Londres, pero han cancelado a última hora su asistencia.

Besos, mil besos y como siempre, esperaré con ansia cualquier noticia tuya. Siempre me hablas de todo menos de ti. ¿No has aceptado ninguno de los pretendientes que sé por tía Maggy que te asedian? Sé que más de un guapo muchacho de las Highlands anda loco por ti mi preciosa hermana ¿Por qué no te decides?

Así algún día nuestros pequeños podrían jugar juntos, y nuestros hombres compartir una buena cerveza o un whisky de los que fabrica tío Ian en el alambique del sótano. Piénsalo.

Tu hermana, feliz mamá, encantada esposa, que te quiere,

Marianne

—Es buena, general, pero no quiero mentirle. No sé si estará preparada si me piensa adelantar la fecha.

—Capitán, redoble su esfuerzo. Ella tiene que estarlo, le doy el plazo ya de dos semanas. No puedo tardar más en lanzarla, o será demasiado tarde para su misión.

—Pero estará sola en esto, ningún agente novato es enviado de esta forma.

—Tendrá el apoyo que necesite, por eso no se preocupe. Yo me encargo de las gestiones necesarias. Bien, Daylight, recuerde, la próxima semana le doy la fecha exacta que debe traerla de nuevo a Londres.

—Pero general...

—Buenas tardes, capitán y gracias.

Luego el rotundo silencio de la línea unos segundos breves y el sordo zumbido de comunicación cortada.

Se dejó caer en el sillón. Joder, ni dos meses, ni siquiera mes y medio, un puñetero mes nada más. Y él necesitaba más tiempo para tenerla medianamente lista. No es que la chica fuese torpe aprendiendo, pero debía de darle lecciones y ella aprender a sobrevivir a cualquier eventualidad que se le presentase. La vida de ella, y la de su «rescate», dependería de ello exclusivamente. De su capacidad de mimetizarse, reacción ante imprevistos... pero si no sabía a las claras el objetivo, no podía instruirla del todo. Quizás la estaba aleccionando en asuntos que no le servirían de nada, cuando otros verdaderamente importantes, quedaban en el tintero.

Dos llamadas más le faltaban. mientras tanto, daba vueltas con sumo cuidado, al paquete recibido desde una dirección de Londres, perfectamente hermético y cuidadosamente envuelto. Quizás con ese pequeño «detalle», si Rankin, o la gente de Falcon no hubiese averiguado mucho, podría él, por su parte, conseguir toda la verdad.

Miró el reloj, la llamada de Rankin sería la última, hasta las ocho y media no estaría disponible. Sin embargo era buena hora para comunicarse con Falcon.

Marcó el número que se sabía de memoria, mientras escuchaba la fiesta que andaban formando sus sobrinos por el pasillo. Henry reía a la par de ellos y debía de andar jugando al «pilla-pilla» al «escondite» o algo por el estilo. Sonrió. Escuchó el marcado de la línea, y pronto al otro lado la siempre bien modulada voz de su viejo amigo Falcon.

—Hola Jonas, Tony al aparato.

—Vaya, creía que me ibas a llamar a los cinco días, y han pasado siete.

—Pareces una esposa regañona Falcon.

El otro hombre se rió a su costa.

—La misma frase que me dice Wiremu.

Ambos volvieron a reír.

—¿Averiguaste algo?

—Pues sí, lo tengo todo apuntado, ya sabes, la edad, la memoria, en fin...

—Suéltalo ya, Falcon, hombre.

Su antiguo compañero e instructor reía.

—Bien, *Niño Bonito*, sobre Alexandra Mackonky te puedo decir que nació en Escocia, como tú bien me dijiste, además ese apellido la delataba a la legua. Está su anterior casa, más al norte de Inverness. Vivía con sus tíos un tal Ian McArthur, dueño de una granja, su tía Maggy McKonky, hermana de la madre de la chica.

»Es hija de madre soltera. Tiene, o tenía una hermana, una tal Marianne o algo parecido. Esta desapareció hace unos ocho años. Vivieron ambas con su padre, inglés en Londres, durante unos años. Según los vecinos, no podían recordar o no sabían su nombre, las reclamó cuando ambas cumplían entre trece o catorce años. Hasta entonces las crió sola su madre hasta que una enfermedad se la llevó por delante.

»Bien, tres primos, alistados en los escuadrones Highlander. Uno de ellos ha muerto en batalla, durante el desembarco de Normandía. Otro está en casa, herido de guerra y declarado inútil para volver al frente aunque no tan mal como para no trabajar la granja junto a su padre. El tercero, sigue en el servicio de los Highlands en la retaguardia. Ningún sitio peligroso, solo está custodiando uno de los puntos estratégicos junto a su batallón de desembarco de mercancías y soldados al continente desde el Canal de la Mancha.

—¿Algún novio o pretendiente?

—Sí, un tal O'Brian. Por lo visto el muchacho la estuvo rondando hasta hace poco. Pero la gente dice que no sabe nada más. El tipo estuvo en casa de permiso, hace al menos seis meses y volvió al frente en unos días. No se tiene constancia que esté metido en problemas.

—¿Algo más, Falcon?

—Sí, bueno, que se comenta que el padre de las dos hermanas es algún pez gordo. Pero nadie me da nombres.

—Gracias, Falcon.

—Es todo lo que he podido averiguarte amigo. Ah, ¿llegó mi paquete?

—En la mano lo tengo.

—¿Todo bien?

—No lo he abierto, pero no suena mal, no creo que se haya roto.

—Va entre algodones, y no es metáfora. Es lo que te he podido conseguir. Es de buena calidad, ya sabes, si tienes que usarla, hazlo con mucho cuidado.

—Gracias, si me dices el importe...

—Ah, me debían un favor, y lo he cobrado de esta manera. Como no podía hacerlo de otra, me doy por bien servido. Bueno, me debes una visita, eso sí.

—Puede que antes de lo que crees. Estaré en Londres en un par de semanas más o menos. La primera visita será a El Gato Tuerto, no te preocupes,

—Estaremos encantados de recibirte, *Niño Bonito*.

—Gracias de nuevo Falcon, estamos en contacto, he de hacer otra llamada en breve.

—Bien, entonces adiós, o más bien hasta pronto.

—Hasta pronto Jonas.

Bien, había averiguado poco, pero algo es algo. ¿Un pretendiente? Pero por lo visto nadie sabía si andaba en problemas, no había noticias de ello. Y en las poblaciones pequeñas, la mitad son parientes de la otra y nada es verdaderamente secreto. Si el chico estuviese en algún aprieto, lo sabría todo el pueblo. Quizás ese no era el rescate que debía proporcionar su alumna. Al menos eso esperaba. Ante el curso de sus pensamientos se quedó con la mano sobre el auricular del teléfono, antes de volver a marcar.

¿Eso esperaba? Maldita sea, que demonios, a él no le debería de importar lo más mínimo a quien fuese a traer de vuelta esa mujer. Estaba metido en ese lío por las manipulaciones de Bossfield. Si no fuera por su jodido sentido del honor, lo mismo le hubiese importado una mierda que ella estuviese o no lista para el trabajo, o asaltarla, meterla en su cama y follarla hasta dejarla sin sentido.

Resopló, e intentó relajarse unos segundos, mientras marcaba el número de Rankin. Este tardó un poco más en contestar que la vez anterior. Y fue una voz de mujer con acento francés, la que contestó.

—*Oui?*

—¿Meré? Soy Anton.

—*Oh, mon cher ami*, un momento, *s'il vous plaît*.

—*Merci*, Meré.

Unos susurros al otro lado y la voz de Ludwick sonó como siempre, vital, con alegría contagiosa.

—Vaya, Anton, esperaba tu llamada.

—Hola Ludw ¿Conseguisteis averiguar algo?

—Sí, pero no demasiado. Marianne McKonky aparece en registros de matrimonio con un tal Verner Rosenbaum. Es un apellido común, no de alguna familia muy específica. Pero si hay una Factoría Rosenbaum, de maquinaria agrícola, o al menos la hubo hasta poco después de estallar la guerra. Luego fue requerida por el gobierno para usos militares. Ambos hombres, el tal Verner y su hermano mayor ingresaron en el ejército con poco tiempo de diferencia. El primero fue Verner, el esposo de Marianne. Desapareció en Kiew. El otro hermano tampoco hay noticias de él, muerto en la zona de Grecia. Marianne tiene un hijo, nació en el año treinta y ocho, pone en el registro, pero no se pudo dilucidar su nombre o si siguen vivo o no. Muchos documentos están casi destruidos por los bombardeos continuos.

Anthony respiró hondo. Pudiera ser que su hermana continuase viva, su sobrino, o ambos. Entonces si que le iba a resultar difícil salir de allí. Dos mujeres y un crío de siete años, era una completa locura. Y por encima de todo, ¿qué hacía Bosfield metido en esto? Otro pensamiento golpeó su mente, ¿Tendrían algo que ver Bossfield y Alexandra? ¿Serían... amantes? Descansó la espalda en el sillón, Intentó a la vez controlar toda la marea de sentimientos extraños. ¿Qué edad tendría el general? No llegaría a rozar la cincuentena, joder, la cosa estaba dando un giro muy extraño.

—¿Anton?—al otro lado del hilo telefónico la voz de Rankin sonó preocupada—. ¿Qué líos te traes? ¿Podemos ser útiles de alguna manera?

—No lo sé Rankin. Tendría que averiguar más sobre el asunto.

—Mi gente está con el oído y los ojos abiertos, si hay alguna noticia, te la haré llegar. ¿Puedo dar recado a tu hermano, o decírselo directamente a él?

—A Heinrich, le dejamos fuera de esto, es mejor.

—Bien, entonces, llámame tú en una semana, a estas horas. Si necesitas algo que esté en nuestras manos, solo dímelo. Y, sobre todo, para contarte si hemos averiguado algo más.

—Gracias, de veras.

—No es molestia. Me deben más de un favor.

—Entonces, de acuerdo. Te llamo en siete días, saluda a tu esposa de mi parte, y dile que tiene una voz demasiado sexy por teléfono.

Su interlocutor rió a carcajadas.

—De acuerdo Anton, de tu parte.

Cuando al fin colgó el teléfono, con el paquete protegido dentro de la cazadora, apenas dijo adiós a su familia. Estos, con semblante preocupado, lo vieron marchar.

Pero Tony tenía demasiado en la cabeza. Quizás el contenido de ese paquete, pudiese de ser de gran ayuda.

CAPÍTULO 8

SU instructor estuvo demasiado callado aquella mañana. Habían hecho un recorrido como calentamiento por el bosque de casi dos horas, como era habitual cuando venía la chica que limpiaba la casa. Luego la hizo levantar pesas durante una hora. Tras ello, ejercicios de estiramiento y elasticidad. Pronto llegó la hora del almuerzo, que ambos compartieron en un silencio extraño.

Alexandra le miraba de soslayo de vez en cuando. Los ojos de su instructor estaban fijos en su comida, debía de ser martes. Había perdido la noción del tiempo en ese lugar, siendo un día igual que el anterior. Calentamiento, ejercicio, a veces lucha, y por la tarde dependiendo, a veces manejo de armas cortas, hasta abrir cerraduras de cajones y estrategias varias, desde interrogatorio, hasta huida .

Pero esta tarde después del almuerzo y del descanso que tomaban de dos horas, no sabía a que se dedicarían. También, a veces, estudiaban planos que tenían de Berlín. Pero ninguno era reciente. Era probable que, con los bombardeos, la mayoría de la ciudad estaría ya irreconocible.

Cuando recogieron los platos, él seguía en silencio, ambos en una extraña armonía los lavaron y guardaron. Hecho esto, ella se excusó, se dio una ducha y se echó un rato en su cama, Abrió la caja que guardaba en la mesilla y la abrió, seleccionó la última misiva, comenzó a leer.

Agosto 1938.

Querida hermana,

Ni siquiera sé si llegarán a ti mis palabras escritas. Verner está demasiado preocupado por estas cartas estando en estado de guerra entre nuestras respectivas naciones. Me ha dicho que ha de ser, por el momento la última que envíe. Hará por mandarla través de otros dos países, para que, si estamos siendo vigilados, se pierda la pista.

En Berlín, en realidad estamos bien, aún no falta de nada. Me estoy adaptando a mi nueva asistenta. Pero echo demasiado de menos a Marta. He llorado mucho por ella, desde que desapareció. Verner me dice que estará bien, que solo habrá sido llevada a los campos de trabajo, donde vivirá y trabajará para nuestro Führer, por la gloria de este país. No sé que significa esto, no sé que pasa. Me siento tan sola sin ella. Mis amigas me dicen que no me preocupe por nada, que Alemania es fuerte y venceremos, pero, ¡es que, yo no nací en Alemania! mi marido me dice que calle y que otorgue. Que nuestra tranquilidad y seguridad depende de ello.

Mi pequeño Axel está muy guapo y crece mucho, espero que lo puedas comprobar en la foto que nos ha hecho Verner. El gorrito que lleva fue de lo último que le tejó mi querida Marta, lo guardo como un tesoro.

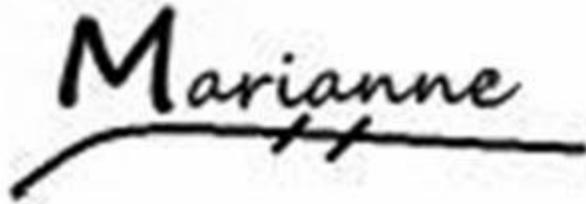
Aunque he de guardar en secreto mi profundo dolor, a ti puedo contártelo hermana, he perdido de nuevo a una madre,

Así que por favor, no sufráis por mí, Berlín está tranquila, no nos falta de nada. Mi marido y su hermano están en buena posición y bien considerados. Salvo la desaparición de Marta, y algunos de los tenderos a los que éramos asiduos parece todo tranquilo. Dicen que esto es una limpieza pues los judíos estaban destruyendo el sistema alemán. De verdad, no lo entiendo, ¿qué ha podido hacer la pobre Marta y sus hijos? solo se dedicaba a trabajar. Sus niños a ir al colegio los pequeños y la mayor estudiaba para maestra, además de ayudarme mucho cuando estaba embarazada de mi chiquitín.

Así que, si no os puedo hacer llegar misivas, acordaos de mí, pero no sufráis, os quiero mucho a todos. Le he enviado una carta similar a mi madrastra, y otra a papá, espero que esta vez la lea. Será un largo tiempo es que estemos de esta manera, es lo que más temo, y no podré veros, tanto como lo deseaba. Pero este ambiente que nos rodea, esta guerra en ciernes, ¡Cuánto temo esa palabra!

Por favor orad porque esto acabe pronto y las cosas se calmen y poder ir a veros.

Siempre tuya,



Marianne

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Esa fue la última noticia de puño y letra de Marianne que tuvo. Se tragó su orgullo, acudió entonces a su padre. Este pudo conseguir poco, solo que el marido de su hermana había ingresado en el ejército, y ella había dejado sin dilación el pequeño apartamento donde vivía, mudándose a casa de sus cuñados.

Mucho tiempo después un informador consiguió hacerles llegar la misma caja que ella usaba para guardar el tesoro de las cartas y fotos de su hermana. Dentro de ella, una única foto, la de su hermana Marianne en un paisaje nevado, sonriente, con su niño, ya más o menos con tres años. Detrás escuetamente: *Marianne y Axel, diciembre mil novecientos cuarenta y uno. Visita de permiso de papá. Verner R.*

Verner, su cuñado debió de ser quien hizo esta foto y escribió detrás de ella, pues la caligrafía no era la de su hermana. Más bien era similar a la de la carta del mismo día cuando nació el pequeño Axel.

Las lágrimas empezaron a brotar, y ella, no quería, besó la estropeada imagen, y la abrazó antes de dejarla dentro de la caja. Abrió el cajón de la mesilla. Tomó un puñado de las pastillas que allí guardaba. Para el dolor muscular, para relajarse, para dormir. Cogió una de cada, se las metió de golpe en la boca y bebió de un vaso que tenía sobre la mesita. Necesitaba descansar algo más de lo habitual esta tarde. Si permanecía en la cama consciente, los recuerdos dolorosos acabarían ahogándola. Se hizo un ovillo, el coctel de medicamentos hizo el resto.

Se debió de quedar dormida demasiado tiempo. Un golpeteo insistente en la puerta la hizo abrir los ojos, con desgana.

—McKonky, despierte, la espero abajo. Le he dejado el té caliente en la cocina, dese prisa

—Sí instructor, enseguida.— Su voz sonó demasiado somnolienta.

Se estiró en la cama, pensó en Tony, llamando solícito a su puerta como siempre. En eso era un perfecto caballero, jamás había traspasado el umbral de su dormitorio. Bueno, lo más raro que había hecho era abrir una semana atrás la puerta de golpe y apuntarla con su pistola. Pero eso fue culpa de ella, por olvidarse de cerrar la puerta cuando anduvo de espía por los bajos del edificio. Ah, y aquella vez que también estaba tan agotada que no despertaba ni aunque aporreara la puerta con un mazo

Y siempre tenía el té listo cuando ella se levantaba. Él lo tomaba con leche, y mucha azúcar de caña. Ella lo prefería con limón y miel. Dejaba todo preparado en la cocina, como el perfecto anfitrión. Lo tomaba en cuatro o cinco sorbos y recogía las cosas, bajando la escalera hacia el bajo del edificio. Pero esta vez no fue tan rápida. Remoloneó, en la cocina, más de lo necesario pensando en Tony. Era un hombre verdaderamente atractivo, su mirada azul era hipnotizadora. Las contadas veces que sonreía, hacía que se derritiera por dentro.

Podría ser un demonio de instructor, pero a la vez, jamás había sido grosero o descortés con ella. Sabía como se excitaba sexualmente durante el roce de la lucha cuerpo a cuerpo, mientras entrenaban. Pero ni una insinuación, ni falta de respeto, se mantenía a correcta distancia, siempre.

Ella no podía decir lo mismo. Había tensado la cuerda varias veces. La última bajándole descaradamente los pantalones, y, llevando a su boca «la poderosa arma» de su instructor.

Sintió la calor renacer en su mismo centro, la conocida sensación de latir un nuevo pulso en su sexo, el palpitar incontrolado de su corazón, y el jadeo inconsciente de sus labios. Ella si estaba siendo verdaderamente afectada por ese hombre. Por primera vez en su vida, necesitaba algo que no sabía definir, pero que, definitivamente, únicamente, se lo podría proporcionar Tony Daylight.

Enjuagó la taza, dejándola en el escurrerplatos, sintió cierto cargo de conciencia por dejarse llevar y no acudir de inmediato como era su costumbre a la siguiente clase, así que ahora se dio prisa. Al llegar abajo, la puerta estaba entreabierta, pero el salón vació. Caminó por el gimnasio desierto.

—¿Instructor?

—Estoy en la enfermería.

Por un momento pensó que él se había herido con algo. Se dio prisa en traspasar a la puerta pintada de blanco del fondo del pasillo con aquella cruz roja pintada a mano con algo de torpeza.

La entrada estaba completamente abierta, Tony de espaldas a ella, ante el pequeño refrigerador, apenas la miró sobre el hombro.

—Puede sentarse en la cama, McKonky.

Ella caminó hasta el catre con ligera aprensión, aunque el capitán Daylight siempre se había mostrado ser de lo más respetuoso, y la trataba de usted o de señorita McKonky, durante sus entrenamientos, esas paredes oscurecidas por el tiempo, y la poca luz del atardecer que se filtraba por la alta ventana no le era agradable. Solo colgaba una bombilla en su casquillo negro a escaso espacio por encima de la cama. Una lámpara de mesa de latón casi oxidado, sobre la encimera de mármol era el otro punto de luz, bajo la cual su instructor estaba trabajando con algo.

—¿Necesita ayuda?

—No, relájese McKonky. Esta es otra de las lecciones o pruebas que debemos de pasar.

Diciendo eso se dio media vuelta con una jeringuilla en sus manos. Al moverse vio tras Tony el hornillo aún encendido donde hervía agua en un recipiente metálico inoxidable. Se volvió de nuevo e introdujo la jeringuilla de cristal con unas pinzas largas.

—¿Recuerda que hablamos del suero de la verdad, señorita McKonky?

—Sí señor. El término «suero de la verdad» es aplicable a ciertos medicamentos, como sedantes y barbitúricos, que se suministran por vía intravenosa a sujetos, para poder obtener una verdad que pueden estar ocultando.

—Siga, señorita McKonky.

—Hay varios fármacos que pueden ser usados bajo ese nombre pero en

Alemania, para el servicio secreto, el más usado es la llamada escopolamina, que produce en el sujeto una anulación de su voluntad, perdida posterior de memoria y suele obedecer ciegamente las órdenes dadas. Después de lo cual no hay consciencia de ello en el individuo o no suele quedar. Los efectos físicos inmediatos son sequedad en la boca, dificultad para tragar, dilatación de las pupilas, laxitud en los miembros...

—Por favor continúe.

En ese momento él sacaba la jeringuilla del agua hirviendo y la dejaba sobre unas gasas estériles. Luego se volvía hacia ella con una pequeña ampolla a la que dio dos o tres toques con los dedos para que el aire quedara en la parte alta de la diminuta botellita. Alexandra tragó con dificultad. Continuó.

—Las pupilas se dilatan por lo que la reacción a la luz es intensa. La visión se vuelve borrosa a los objetos cercanos. A veces hipertensión, rojeces en el cuerpo y rostro...

—Y anulación casi de la voluntad—puntualizó con tono impersonal Tony concentrado en su tarea.

—En dosis excesivas puede causar la muerte, después de sufrir espasmos musculares y nerviosos, taquicardias...

—Oh, por eso no se preocupe, tengo años de experiencia. He pasado por esto, igual que usted lo hará. Debe aprender a reconocer los síntomas. No solo tenerlos en la memoria y recitarlos como un papagayo.

Ante ella tomó la jeringuilla y la introdujo en la diminuta ampolla sacando una dosis bien medida. Luego ajustó el émbolo para que no hubiese burbujas de aire en su interior.

—No pretenderá...

—Por supuesto—afirmó con voz más que segura su instructor.

—Eso no...

—Todos mis reclutas pasan esta prueba, deben saber reconocer en su cuerpo los síntomas, para poder luchar contra ellos. Aprender a contestar sin revelar nada es muy complicado, no se preocupe, la dosis es mínima, apenas se verá afectada.

Empapó un algodón en alcohol y, junto con la jeringuilla, acomodadas en una bandeja de metal se acercó a ella.

Instintivamente Alexandra se encogió.

—Vamos, «es una niña grande», no tendrá miedo a las agujas.

Ella no dijo nada. La sonrisa socarrona de su profesor quitaba «hierro» al asunto, como si se tratase una lección más de las tantas que tenía que aprender para su supervivencia.

—Quítese ese jersey—ella obedeció despacio—. ¿Tiene algo que ocultar señorita MacKonky?—sonrió de medio lado—. En ese caso luche con todas sus fuerzas contra los efectos. Es una prueba más de las que le tocará superar en este oficio. Debe pasarla si quiere ser verdaderamente «buena» en su futuro trabajo.

Se sentó a su lado, dejando la diminuta patena inoxidable entre ellos. Sacó una goma elástica de su bolsillo superior de su camisa.

—Deme el brazo—ella estiró el izquierdo. El trozo elástico se ciñó por encima de su codo a unos cuatro dedos—. Soy bueno en esto, la aguja es fina y si se está quieta, el dolor será mínimo.

—No temo al dolor, profesor.— Por unos instantes ambas miradas chocaron, ella fue la primera en desviar sus ojos hacia su propio brazo, a la jeringuilla que estaba a pocos centímetros de su piel sonrosada.

—Es intravenosa, así que he de palpar, buscando una de sus venas más gruesas.

Sus dedos suaves y hábiles se movieron por el interior de su codo. Él tenía los ojos entrecerrados como mirando al infinito, dejándose guiar solo por el tacto. Pronto encontró lo que buscaba, el latir poderoso bajo su dedos de una de las arterias.

Con la otra mano cogió el algodón con alcohol y levantó los dedos con cuidado para limpiar bien la zona. tras ello dejando aparte el hisopo, tomó con habilidad la jeringuilla

—Para que fuese más realista, señorita, debía de haberla atado a una silla, o a la cama.

—El teatro no es necesario—dijo cortante. La aguja penetró en su cuerpo a la vez ella pronunciaba esas palabras. Notó entrar el fresco líquido. Volvió a salir, despacio, con una diminuta gota de su roja sangre. Él lo limpió con cuidado. mientras suave, quitaba el nudo de la goma que oprimía su brazo, la desechó sobre la bandeja igual que la jeringuilla.

—A la vez que vaya sintiendo los efectos, descríbalos.

Ella asintió. No sintió nada especial al principio. Se relajó un poco sobre la cama, dejándose caer un poco hacia atrás, afianzándose en sus brazos estirados. El miraba su reloj de acero cada cierto tiempo.

—¿Sabe cuanto duran sus efectos, McKonky?

—Dependiendo del sujeto y la cantidad de medicamento. Se supone que de una a dos horas llegará a su punto álgido, después la bajada será más lenta. Si la dosis es excesiva...

—No lo es, por su peso y complejión, es la que usarían normalmente con usted.

—Pero me dijo que solo sería un poco...

—Y lo creyó ¿verdad?— Tony se encogió levemente de hombros.

Ella asintió despacio, moviendo luego sus manos sobre su regazo, mientras se tensaba incorporándose.

Anthony sonrió mientras se levantaba. Ella no notó ese gesto. Se llevó con él, y limpió la jeringuilla volviéndola a meter en agua hirviendo.

—Tendré preparado el antídoto, o sea, una dosis de diazepam. Si empieza a tener algún problema que no pueda soportar, estoy sobradamente preparado para remediarlo. No tema por su vida.

Se volvió apenas para echarle una mirada y una ladina sonrisa por encima de su hombro.

—Pero, empiece a temer porque voy a sacarle toda «la verdad»

—¿A qué verdad se refiere?

—Ah... pecadillos juveniles, travesuras infantiles... cualquier cosa así, que normalmente no me contaría, ni a mí, ni a nadie. Incluida su futura misión en Berlín. Le aseguro que dentro de—miró su reloj de pulsera—, menos de media hora, estará cantándolas «como un pajarito».

—Ni de coña.

Fue a levantarse por impulso pero, la droga debía de estar impregnando su sistema demasiado rápido. Le había inyectado la dosis habitual, para hacerla hablar, no la que le daban a los estudiantes para que aprendiesen a contrarrestar sus efectos. Jodido cabrón, hijo de puta.

Él se apresuró a sujetarla al verla inestable.

—Será mejor que se siente o se tumbe en la cama.

—No, no me gusta esta habitación—habló sin pensar—, es muy oscura, huele a medicamentos. Odio eso, mi madre murió en un hospital y olía igual que aquí.

Arrugaba su nariz, dilatando sus fosas nasales, se apoyaba con ambas manos en su pecho mientras él sostenía su cintura con un brazo. Tony se volvió apenas hacia el invernadero para comprobar que el agua comenzaba a hervir.

Ella le miraba a los ojos fijamente, pero sus pupilas se iban poco a poco dilatando, lo del hospital era algo que seguramente no había confesado nunca a nadie.

—Conviene estar en un sitio oscuro, la luz le hará daño dentro de poco.

Ella soltó una risa estridente y se dejó caer sobre su pecho. Siseó.

—Sácame de aquí o empiezo a gritar y a aporrearte como una loca.—
Había dejado de tratarle de usted. Estaba empezando a desinhibirse rápido.

mientras sujetaba su cintura se apartó apenas de ella para apagar la diminuta bombona de gas del invernadero. Dejó dentro la jeringuilla. Ella pujaba por moverse hacia la puerta y no estaba demasiado estable. Le estaba haciendo efecto, más de lo que hubiese esperado. No pensaba que se hubiese excedido con la dosis a no ser que...

—¿Has tomado alguna medicación antes de bajar?

—Algo para el dolor, un pequeño coctel. Estos días «me has dado una paliza mortal».

—Demonios, Alexandra, debe de haberte hecho reacción demasiado rápido por eso.

—Me matas a correr y a golpear hora tras hora. Algo tengo que hacer para resistir. No soy de hierro ¿sabes?

—Debiste decírmelo, joder—la sujetó mientras caminaban juntos hasta la puerta—. Cada sistema funciona de una manera, los inhibidores del dolor habrán multiplicado o acelerado el efecto, no lo sé, no soy médico.

—Pues eres muy buen enfermero—volvió a reír—, cuando te vi con la jeringuilla creí que ibas a pedirme que te enseñase el trasero para inyectarme—de nuevo otra carcajada—. Mmm, lo hubiera hecho—susurró acercándose a su oído—, encantada...

—Es intravenoso no intramuscular.

—Mmmm siiiii... me pones «caliente» con tanta palabrería médica, nunca he jugado a los médicos. Quizás debería planteármelo.— Con un dedo recorrió la mandíbula de Tony—. ¿Quieres que juguemos tú y yo a «los médicos»?— Este casi tembló bajo esa caricia.

—Intentemos llegar arriba, Alex. Despacio.

Era preocupante el rápido efecto que estaba teniendo sobre la mujer. En verdad, arriba, en casa estaría más cómoda que en ese estrecho catre de la enfermería. Caminaron hacia la salida, la luz entraba por las ventanas que daban a poniente. Ella volvió la cara enterrándola contra el músculo del hombro masculino.

—Ugh, esa luz...

—Te está empezando a dilatar las pupilas. Por lo demás, ¿cómo te sientes?—hizo que su voz sonase relajada y tranquila, a pesar de no estarlo en su interior, Caminaba a su lado sujetando su cintura, apoyada contra él, con su cabeza escondida en su hombro.

—De «puta madre».

Tony casi rió. A veces Alex, a ciencia cierta lo sorprendía.

—Eso son los primeros efectos.

—Entonces creo que voy a disfrutarlo. Esto es cómo una atracción de feria.

—Ya me lo dirás dentro de una hora o dos.

Ella reía y se pegaba más a él. La ayudó a salir del bajo del pabellón. La mujer le seguía casi a ciegas cerrando fuertemente sus ojos, en confianza total se dejó guiar, escalones arriba.

—Ten cuidado, este es el último. Déjame que abra la puerta.

—Lo que diga profesor, esto es muy divertido—se abrazaba a su cuello. Sus senos se apretaban contra él sin ningún tipo de pudor.

La acompañó adentro, hasta una de las sillas y ella se apoyó sobre sus brazos en la mesa, dejó caer entre ellos la cabeza con languidez.

—No te duermas Alexandra, lucha contra los efectos. Tengo que ir a por el antídoto, por si lo necesitas.

Escuchó en ese instante el ruido del coche de su hermano frenando sobre la gravilla. Eran cerca de las cinco de la tarde. Bastante extraño que viniese a esas horas, además, conociendo lo que él se traía entre manos, debía tratarse

de una urgencia.

—Quieta en esta silla, en seguida vuelvo.

—¡A sus órdenes mi capitán!— y de nuevo la risa desinhibida y un saludo militar más que cómico.

Negando con la cabeza salió de nuevo a la escalera, encajando tras de sí la puerta. Su cuñada, salía del coche en ese momento, envuelta en su chaquetón color tabaco.

—¿Ocurre algo Dafne?

—Tu general, a vuelto a llamar. Quiere hablar contigo, lo más pronto posible, a ser posible ahora.

—Tendrá que esperar a mañana.

Escuchó una sucesión de golpes tras de sí, dentro de la casa.

—¡Alexandra!

Se giró para volver a entrar, desapareciendo en su interior.

—¿Tony? ¿Qué ocurre?

Al no escuchar respuesta, Dafne, subió con presteza los escalones que ascendían al primer piso, la puerta había quedado abierta. Cuando la traspasó, encontró a su hermano recogiendo de suelo a una joven alta y pelirroja. Esta tenía los ojos entrecerrados y se estaba riendo asida a una silla que estaba volcada.

—Te dije que no te movieses Alexandra. ¿Te has golpeado algo?

Ella abrió un poco más los ojos intentando centrarlos en la cara de su profesor que a ratos se esfumaba. Con ambas manos acunó la mandíbula tensa de Tony.

—Verdaderamente eres un hombre muuuy guapo.

—Vamos a la cama, Alexandra.

—¿Estás seguro? —de nuevo la risa—. ¿A tu cama o a la mía?

—¡Tony! ¿Ahora tienes que emborracharlas para...?— La voz de Dafne atronó tras él. Por el matiz de su voz no supo si en broma o enfado.

Tony apenas se volvió mientras se levantaba con ella entre sus brazos entornando los ojos y frunciendo el ceño. Alex, seguía agarrada a su cuello como si se les fuera la vida. Apenas pudo enfocar tras él.

—¿Quién es tu amiga?— La pregunta de Alexandra era una mezcla de diversión, de borrachera y de algo que no sabría definir.

—Nadie que te interese, Alex, te llevo a la cama.

—Sí, a la cama. Mmm, estoy deseando que me lleves a la cama—otra risilla tonta.

Enfiló el pasillo con ella entre sus brazos como un peso muerto. Pasó de la alcoba de ella para entrar en la propia. Si la tenía que vigilar toda la tarde y seguramente la noche, estarían mejor en el dormitorio grande.

—Dafne, ya que estás aquí, ayúdame, demonios.

—Ni se te ocurra hablarme así jovencito. Soy yo la que tenía que estar enfadada. ¿Has emborrachado a esta chica? ¿Y tu alumno?

—Dafne, las explicaciones, cuando haya atendido a Alexandra. Ábreme la puerta de mi dormitorio.

—¿Al tuyo?

—Tendré que cuidarla un montón de horas, mi alcoba es más cómoda que la suya.

Dafne abrió la puerta y se coló antes que él, presta a destapar las sábanas para que la dejase encima del colchón. Después casi le empujó para tomar su pulso. Su frente estaba húmeda de sudor y empezaba a tener diminutos rosetones en su piel cremosa.

—¿Qué ha tomado? Esto no es una borrachera normal.

—Le he inyectado una dosis de escopolamina.

Ante los ojos desmesuradamente abiertos de su cuñada, él se apresuró a dar explicaciones.

—Es una prueba habitual a los reclutados de los cursos que suelo dar. Tienen que aprender a contrarrestar sus efectos. Ella es mi alumna.

Alexandra en ese momento abrió de nuevo sus ojos, se fijaron inmediatamente en Dafne que estaba sobre ella retirándole el cabello mojado de la frente.

—Holaaaa...¿tú quien eres?—soltó Alexandra con sumo desparpajo mirándola pero sin realmente verla.

—Soy Dafne, ¿y tú eres...?

Alexandra con gesto cómplice tiró de la solapa del abrigo de Dafne hasta que consiguió susurrarle en el oído.

—La imbécil que se ha enamorado de un hombre que la mata a hacer ejercicio, le llena la cabeza de señales contradictorias... y... ¿no serás tú su

novia?

—No tiene tanta suerte. Soy su cuñada.

—Menos mal, por que si no, sería capaz de arrancarte ese bonito pelo que tienes—. Está última frase la dijo en voz lo suficientemente alta que sí fue escuchada por Tony.

Dafne miró a su cuñado entornando los ojos.

—¿El «suero de la verdad», supongo? Ah vamos dime. Se lo suficiente por Henry para conocer como se las gasta el servicio secreto de cualquier país.

—Sí—dijo Tony mientras se inclinaba a quitar las botas a la joven—. Pero ella ha tomado antes alguna medicación, para el dolor o algo. Le está haciendo un efecto demasiado rápido. O quizás sea así su organismo.

—O te has excedido con la dosis...

—Di que sí, cuñada de Tony— Alexandra soltó una risa ebria—. El muy cabrón no me ha dado la medida que le da a sus alumnos para hacerles «la prueba». Quiere saber el por qué de mi misión, y no pienso contárselo. ¡Antes me como mis botas!

Estas cayeron al suelo con un ruido sordo. Tony las empujó debajo de la cama para que no estorbasen.

—¿Ella es tu alumna? ¡No nos dijiste que era una chica! ¿Por qué?

—Se avergüenza de mí, soy un desastre...— Alexandra hipó un poco y parecía querer romper a llorar. Dafne se apresuró a consolarla, abrazándola contra sí.

—No querida, no eres un desastre. Él si que lo es, ¿qué haces ahí parado? Trae una palangana o algo con agua fresca y un paño. Hay que enfriarla y secarle este sudor.

—Tengo abajo el antídoto. Si pasa a convulsionar, entonces se lo daré.

—Pues dame lo que te he pedido, y tenlo aquí preparado. No voy a dejarte a solas con una mujer en este estado.

—Oh, no se aprovechará, cuñada de Tony. Me ha visto medio desnuda y no le gusto nada de nada. También se la chupé y noooo... Ha pasado de mi trasero.

—¿Tony?— Dafne alzó una ceja en un gesto se que parecía muchísimo al de su hermano mayor—. ¿Qué significa...?— el joven rodaba los ojos y se

mesaba el cabello dorado rizado. Para no seguir soportando la mirada reprobatoria de su cuñada salió en busca de lo que le había pedido.

—No me hace caso, Daff.. y yo solo quiero, bueno, a veces una chica necesita que la abracen...—prosiguió la diatriba bastante coherente a pesar de su estado—. ¿Pide una demasiado?

—No, ni de lejos, querida—refutó Dafne, mientras el hombre volvía a entrar en su dormitorio.

Tony dejó a su alcance una palangana de agua fresca y un paño suave y blanco. Dafne se dio prisa en utilizarlo para limpiar el rostro de la guapa pelirroja. Arrastrando sus lágrimas y las gotitas de sudor, refrescando su rostro y su cuello.

—Eres un desconsiderado, Tony, esta chica necesita más de ti. De acuerdo que sea un recluta para el maldito servicio Británico, eso no lo discuto. Pero tu deber es tener un poco más de psicología. Si te hubieses acercado a ella de otra manera más sutil, no tendrías que haber utilizado este veneno.

Tony alzó las manos desesperado por el giro de acontecimientos. Dafne no conocía a la escocesa cabezota para poder afirmar eso. Pero para que ponerse a dar explicaciones.

—Voy a por lo que necesito, abajo tengo los suministros médicos. Subo enseguida. Cuando vuelva podrás irte.

—No la dejaré sola contigo. Por lo que veo estás siendo un bárbaro para con ella.

—No voy a matarla, ni a aprovecharme de ella, por estar drogada. Dafne, ¿Por quién me tomas?— Tony puso un sincero gesto ofendido.

—No creo que seas tan canalla para eso. Pero si ya te has pasado con la dosis de escopolamina, quiero ver como le inyectas el antídoto ante mis ojos. Hasta que no esté mejor, no me iré a casa.

—¿Y los críos?

—Están con Felicity, mi cocinera se queda hoy en casa para acompañarme. A Henry no he de ir a buscarle al apeadero del tren hasta mañana, lleva un par de días en Londres para sus negocios.

—¿Piensas quedarte aquí toda la noche?

—Hasta que la vea reaccionar al menos.

Tony se dio media vuelta y le escuchó casi correr por el pasillo en busca de la salida.

—¿Cómo te encuentras, Alexandra?

—Oh, bien, veo borroso, parece que me he bebido medio alambique de whisky, del que hacía tío Ian en el sótano. Me pesan los párpados...

Dafne curiosa como nunca decidió aprovechar el tiempo a solas con aquella pelirroja misteriosa que llevaba en casa de Tony más de tres semanas.

—¿Qué hay entre Tony y tú?

—Nada—suspiró hondamente—. ¡Por que él no quiere! Si por mí fuera, dormiría con él todos los días, «follaríamos como conejos en celo».

Dafne casi tuvo que aguantar la risa. La verdad es que la dosis que debía de haberle dado Tony del suero era bastante potente. La chica estaba bastante habladora, y de temas y deseos muy íntimos.

—Tu cuñado esta muuuy apetecible. Con esa cantidad de músculos hasta en sitios que yo no sabía que existieran...— se rió de nuevo—. Hace unos días le vi, ufffi casi completamente desnudo, tiene un trasero duro, apretado que... ¿Tú marido está igual de...?

—Mi marido es un poco más alto, pero no tan musculoso. Aunque también tiene lo suyo, y muy bien puesto.

—Me alegro muchísimo por ti. Tony no quiere nada conmigo. Me trata siempre, siempre, de «señorita» o me grita ¡McKonky! todo el rato. Me hace sudar haciendo ejercicio como una cerda. Me obliga a memorizar señales, claves... Cuando llego a la cama por la noche, o descanso un rato a mediodía, solo quiero tomarme un par de analgésicos y dormir.

—¿Tienes sueño ahora? ¿Necesitas dormir?

—¿Te escandalizarías, cuñada de Tony, si te dijese lo que realmente me apetece?

Dafne rió, ambas rieron. Verdaderamente la chica era una preciosidad pelirroja. De ojos grandes, gatunos y verdes. Tenía una boca exuberante y roja. Su cuñado o era demasiado caballero para aprovecharse de la debilidad de ella, o no sabía como en un mes casi que llevaban allí encerrados juntos en el pabellón, por lo oído a la joven, no había pasado nada entre ellos. Si no recordaba mal, ella no tardó tanto tiempo en «dormir» en la cama con su ahora marido.

—Y que culo gasta el capitán Daylight. Por favooooor. Hace una semana lo vi a menos de medio metro. Tiene dos hoyuelos preciosos, encima justo de esas duras nalgas. Dan ganas de mordérselas—. La pelirroja se relamió como un gato.

—¿Cómo que le vistes el trasero a mi cuñado?

La risa estridente de Alexandra resonó e hizo eco. Se agarró de nuevo a la solapa del abrigo de Dafne, toda exudando complicidad.

—No va y me pregunta, ¿hasta dónde estarías dispuesta a llegar por conseguir su objetivo, señorita McKonky? y que si yo, con este cuerpo podría hacer que los hombres hicieran cualquier cosa por mí... entonces, me arrodillé ante su persona, le bajé los pantalones y me la metí en la boca. En-te-ri-ta. Toda su dura polla—otro ataque de risa—. El muy tonto quería ponerme nerviosa a mí, ¡a mí! ¡Ja! fui yo la que le hice correr como un gamo—más risas—. No volvió en horas. Cuando lo hizo, le descubrí abajo, se estaba haciendo una...—hizo el obscuro movimiento de bombeo con una mano—. Bueno, satisfaciéndose a sí mismo. Le dejé tan caliente que...

Los pasos de Tony volvieron a escucharse desde el salón. Dafne miró hacia la puerta.

—Será mejor, querida, que dejemos el tema por hoy. Creo que mis sensibles oídos ya han escuchado bastante. Descansa.

La empujó un poco sobre la cama, acomodándole las almohadas.

Alexandra empezó a dar síntomas de nerviosismo. Sus pupilas excesivamente dilatadas se movían de un lado a otro, desenfocadas. Su cuerpo entero tembló. La sonrisa había desaparecido de su cara, gimió dolorosamente mientras su cuerpo empezaba a sentir espasmos nerviosos.

Dafne la sujetó contra el colchón desde los hombros.

—Tranquila Alexandra. ¡Tony!

Este apareció en la puerta, en sus manos una bandeja con una inyección preparada, alcohol y algodón.

—Tony, creo que está empezando a convulsionar.

—Déjame a mí.— Puso su carga en la mesilla al lado de la cama. Dafne se alejó un poco, dejando espacio suficiente de maniobra. Todo el cuerpo de la pelirroja empezaba a moverse con espasmos musculares, su bonito rostro estaba contraído dolorosamente. Tony tomó eficientemente su pulso.

—Tranquila Alex, esto se te pasará pronto. Dafne ayúdame, sujétala. He de ponerle otra intravenosa.

Dafne se sentó en la cama al lado de la cadera de la chica y sujetó con firmeza su brazo. Mostraba parches rojizos ya por el rostro y por toda la piel que tenía a la vista. Miró como Tony sin perder ni un ápice sus nervios, inyectaba eficientemente una dosis medida de antídoto. Arrodillado ante la cama acarició el cabello húmedo de Alexandra. Ella cerraba apretadamente los ojos y su cuerpo se arqueaba de nuevo de dolor, temblando y gimiendo dolorida.

—¿Se pondrá bien?— La voz preocupada de Dafne sonó justo a su lado. Demonios, tan concentrado estaba en la chica que, hasta se había olvidado de su cuñada.

—En unos minutos se le pasará. Se irá relajando, dejará de sacudirse y el dolor remitirá. Dormirá toda la noche, mañana no se acordará de nada, tendrá una resaca horrible—resopló—. ¡Todo por mi jodida culpa!

—Tony...

—Me pasé en la dosis. Calculé mal su peso, lo recordaba de su informe de aptitud médica. Ha perdido muchísimo desde que está aquí. Seguramente debido a tanto ejercicio diario. Solo cuando la he tomado en brazos me he dado cuenta de ello. Se han reforzado sus músculos, pero la grasa está desapareciendo. Si fuese un hombre se notarían más, pero al ser una chica, su cuerpo se endurece, pero no abulta.

—Además dijiste que podía haber tomado algún medicamento.

—Analgésicos o algo parecido, deben de ser bastante fuertes. La he sometido a un entrenamiento exhaustivo. No me extraña que haya tenido que tomar algo para resistir, algunas noches apenas come de cansancio.

—No puede continuar así, comprendo que sea un entrenamiento duro, y que tengáis poco tiempo. Pero has de cuidar de ella además de ser su instructor.

—Ella aparenta más fuerza de la que tiene, es una orgullosa. Una gata que me saca las uñas cada vez que puede.

—Tony, todas las mujeres, en mayor o menor medida, solemos hacer eso. A mí tampoco me gusta que noten mi debilidad.

—Cuidaré de ella mejor de aquí en adelante, no te preocupes. Has de

volver con tus hijos Dafne, gracias por todo.

Ella asintió y se levantó de la cama. Tony continuó arrodillado ante la chica, mirándola con expresión preocupada. Tomando su pulso de nuevo. Su cuerpo parecía relajarse cada vez más, los espasmos estaban siendo espaciados y casi cesando.

—Buenas noches Tony, no la dejes sola.

—Estaré pendiente, y a su lado. Si llama el *Cascarrabias* del general, di que no nos pudiste localizar, que estaríamos entrenando fuera.

—De acuerdo, haré lo que me dices. Buenas noches, cuídala bien, es una buena chica.

Dafne salió del apartamento, cerrando la puerta y bajando hasta el coche. Sus niños eran unos diablitos rubios y la pobre Felicity llevaba casi una hora larga cuidándolos sola. Aunque la mujer tenía mano con ellos, también era mayor como para ser abuela. Pisó el acelerador y giró el volante camino a casa.

Durante el corto trayecto le vinieron a la cabeza la extraña conversación con la joven Alexandra. Bajo los efectos del «suero de la verdad» había confesado su «enamoramiento». Tony o era un tonto, o no sabía como no se había percatado de este hecho. La chica fuese por lo que sea, era un misterio andante. Su extraña circunstancia, entrenada a solas y a marchas forzadas, las constantes llamadas del general Bossfield. Allí había algo más, seguro que Tony pensaba usar la escopolamina para arrancarle su «secreto». Si no se hubiese pasado con la dosis, o por su fortuita llegada, la jugada pudiera haberse salido perfecta.

No creía que volviese a intentarlo. Habiendo visto lo mal que reaccionó el cuerpo de la joven, acelerado sus efectos seguramente por la medicación tomada. El susto fue mayúsculo para ambos.



Escuchó la puerta cerrarse. Dafne se había marchado. Acarició entonces suavemente la frente ya más relajada de la joven. En honor a la verdad, era un rostro hermoso. Poseía fuerza, y sus rasgos delataban carácter. Sus labios entreabiertos y rojos lo llamaban, lo atraían como un hechizo, dibujó su forma con el dedo pulgar con delicadeza.

—Lo siento, pequeña, no quise hacerte daño, creí que era la dosis correcta. Si tan solo supiera la verdad, tu verdad. El no saber cual es tu misión me esta haciendo volver loco, Alexandra...

Ella se removió un poco. Estaba en su propia cama, y no iba dejarla sola en toda la noche, pensó en ponerla más cómoda. El cordón que ajustaba su pantalón, podía molestarla, le levantó apenas la camiseta de la cintura y se lo aflojó. Ella pataleó un poco como si el fuerte material la incomodara. No sabía si realmente estaba dormida o despierta.

—Alex. ¿Me escuchas?

—Mmmm

—¿Cómo te encuentras preciosa?

Ella se llevó las manos a la cintura y tironeó de los pantalones hacia abajo.

—Esto me molesta... quiero dormir, pero estoy incómoda.

—¿Te ayudo a quitarlo?

—Sí—apenas susurró—, necesito dormir, estoy tan cansada.

—No te preocupes, lo haré y dormirás toda la noche. Yo cuidaré de ti.

Sin querer mirarla en exceso, como debía de hacer un buen compañero, tironeó de los pantalones. Los hizo bajar por la curva de su cadera y su trasero. Este descendió hasta su pies. Dejó al descubierto unas braguitas blancas, que parecían casi de niña. Extrañas en un talle femenino y voluptuoso. Aunque no quisiera, el cuerpo de la chica atrajo su mirada. Se vio a sí mismo admirar esas piernas largas y bien formadas, con la cantidad justa de músculo para ser fuertes, pero no lo suficiente como para hacerla parecer masculina. Cerró los ojos fuertemente, mientras intentaba subir sobre ella las mantas que estaban dobladas a los pies de su cama a ciegas.

—Y esto—ella metía sus manos por debajo de su camiseta. Esta se levantaba por su vientre dejándolo descubierto—. Me aprieta el pecho, me cuesta... me cuesta tomar aire.

Tony suspiró, ella tenía razón, necesitaba respirar bien.

—Venga, vamos a quitártelo, si te estorba—tiró de los brazos de Alexandra, inclinándose para que se agarrase a su cuello, sentado al lado de su cadera sobre el colchón—. Agárrate a mí, te voy a incorporar. La levantó hasta dejarla sentada y apoyada sobre su pecho. Sus brazos la rodearon

instintivamente.

—Mmm sí, me encanta que me abrasces, me haces sentir tan segura.

Tony sonrió. Todavía la escopolamina la hacía hablar «sinceramente». A pesar de ser una amazona, a la altura de pocas, era una mujer sensible y real. Levantó por detrás su camiseta, se deslizó a tientas por su piel suave como la seda y hurgó en el cierre. Era un experto en ello, no lo podía negar, había quitado más de uno, y más de diez, pero nunca a chicas con tal coctel de medicación en sus venas. Aprovecharse de la tesitura no estaba en su mente, pero era una situación tan tentadora...

—Me gusta tu calor, no quiero despegarme nunca de ti— habló la joven contra su hombro y creyó sentir su beso sobre la camisa.

Contra toda lógica para Tony, la continuó abrazando, la mujer se relajaba contra él. Acarició con suavidad exquisita la espalda elegante por debajo de su ropa. Alex ronroneó en su oído como una gatita mimosa.

No pudo resistirse a quedarse junto a ella en esa posición algo de tiempo. Tocando suavemente de arriba a abajo su larga y fuerte espalda, masajeando delicadamente. No veía nada de ese grácil cuerpo, solo sentía sus formas sinuosas bajo sus manos y contra su propio pecho, y era un placer exquisito y una tortura a la vez. Un hombre podría acostumbrarse a esta oscura sensación.

—No me abandones—se quejó aún con los ojos cerrados, cuando la dejó de nuevo sobre la cama.

—No te preocupes, hasta que no estés bien, continuaré a tu lado. Tú duerme.— Con habilidad metió los dedos bajo las cortas mangas de la camiseta de ella y sacó por sus brazos de los tirantes de su sujetador. Igualmente, sin levantar su camiseta coló su mano sobre su vientre femenino para tirar de la prenda y quitársela. Estaba construida fuertemente, y parecía cosido en casa. No era algo atractivo, ni tenía puntillas, ni encajes. Se notaba que estaba creada para constreñir e inmovilizar sus femeninas formas para hacer deportes o esfuerzo. La dobló con presteza y junto a los pantalones lo dejó sobre una silla, donde él mismo acostumbraba a dejar sus ropas.

Solo entonces la contempló acurrucarse de lado en su cama, acomodándose en la almohada, y soltando un suspiro satisfecho. El sueño empezaba a envolverla, los espasmos habían cesado completamente. Miró

fuera a través de la ventana. Aún no había oscurecido del todo. Se dividió durante unos minutos, entre contemplarla y el ponerse el sol, sentado en el alféizar. Descansando su espalda en el dintel, una pierna cruzada sobre otra, y con los brazos sobre su pecho.

Sabía que dormiría toda la noche. Pero debido a los efectos redoblados de la primera droga en su cuerpo al mezclarse con los medicamento tomados por ella, no se veía capaz de trasladarla a su propio dormitorio. Aunque su apariencia, por ahora es que iba a estar tranquila y relajada gracias al diazepam, en este estarían más cómodos. La tendría cerca, vigilada todo el tiempo que le llevase su sueño inducido.

Dafne tenía razón, tendría que cuidarla mejor. Pero siempre intentaba levantar una barrera emocional entre su alumna y él mismo. Una tan débil que solía saltársela a menudo con su admiración por la fuerza de la chica, sus curvas y su aguda inteligencia. Aun sin querer, estaba colándose por debajo de su piel.

«Como con Jane», se dijo, aunque sin embargo, tan distinto. Pensó largo rato en ello. Con Jane, lo primero fue una atracción sexual, mutuamente compartida entre dos seres adultos, y que no tenían que rendir cuentas a nadie. Ella necesitaba esa vía de escape, y él se la proporcionó más que feliz por ello. El «enganche» fue mutuo. Pero sus caracteres demasiado distintos, igual que sus metas.

Quedándose sola en este mundo, sin marido, muerto en la guerra y sin hijos, Jane buscaba, de alguna manera su propia desaparición. En el fondo, muy en el fondo él lo intuyó. Quiso hacerle ver lo contrario, que había algo más que luchar por sobrevivir, que después de la guerra vendría al fin la paz, tras de la tormenta, llegaría la calma.

Pero en esencia, supo que ella nunca lo hubiese amado. Él solo fue su válvula de escape de las tensiones sufridas durante su vida, la cual nunca fue un lecho de rosas precisamente. Hija de una familia rota, se casó muy joven y muy enamorada de un hombre un poco mayor que ella, y que actuó tanto de padre como de esposo. Él no podía darle eso, quería, necesitaba una compañera. El apetito sexual de ella, y el suyo se complementaban, pero quizás eso era lo único. Ella buscaba de alguna manera, reunirse con su amado de toda la vida.

Él quizás fue solo un sustituto descafeinado del mismo. A veces Jane, los comparaba, no con malicia, apenas sin darse cuenta. Tony callaba, esperaba que se le pasasen esos arranques de nostalgia algún día, redoblando sus esfuerzos para hacerla feliz en la cama. A la vez, durante el día la entrenaba, y la miraba igual que a cualquier otro de los reclutas de aquel curso, nunca pensaba en ella como hembra durante esas horas, era otra futura informante más.

La distancia, el tiempo transcurrido le habían hecho ver poco las cosas de la manera que verdaderamente ocurrieron. Jane, su pequeña fiera, había buscado, inconscientemente o no un final a su vida. Pero su desaparición cruel hasta el extremo en este mundo era lo que tanto le había trastornado, lo que le hizo perder noches y más noches de sueño, y su rechazo total por admitir de nuevo a más mujeres bajo su tutela.

Hasta que llegó Alexandra McKonky. Ese misterio de mujer, ahora tan a gusto, tan dormida entre sus propias sábanas. La hembra por la que su cuerpo pugnaba por conseguir, y su mente por comprender.

El enigma que envolvía los orígenes de la chica, igual que su futura misión, también le habían proporcionado horas nocturnas en blanco. Y esta noche, por lo visto, no iba a dormirse a las tantas después de un «alivio», y su cuerpo rendirse al cansancio. Tendría que estar a su lado y vigilar que durmiese, que respirase con normalidad, y que luego despertase lo mejor posible.

Y en su cama, como había deseado noches atrás. ¡Pero no inconsciente!. Miró hacia la campiña de nuevo. Pequeñas luces empezaban a ser visibles muy en la lejanía. Seguramente desde la cocina, se podría contemplar las del *cottage* donde vivía su hermano, y su pequeña y revoltosa familia. Por él había aceptado todo eso, por su tranquilidad. Porque en el fondo se sintió culpable de haber metido a Henry en ese lío. Si se hubiese estado callado, sin comentarle a Durnston que su hermano aún poseía la doble nacionalidad germano-inglesa, Henry, nunca hubiese cruzado el canal, y permanecido viviendo una mentira, en Alemania, que no le llevó a ninguna parte.

Aunque si no hubiese sido por eso, Dafne no hubiese aparecido en su vida, las circunstancias, quizás no les hubiesen unido. De lo que pudo ser un desafortunado compendio de mala suerte, su hermano consiguió sobrevivir a

la guerra, a un escape entre las líneas enemigas con la mujer que amaba, y salir absuelto de un consejo de guerra en Gran Bretaña.

Al fin de cuentas, dando por válido el viejo refrán de «no hay mal que por bien no venga».

A pesar de todo, Henry, ahora era feliz con Dafne y esos inquietos y aventureros par de gemelos que tenían, Cedric y Raymond. El fruto máspreciado de su amor y sus aventuras, y desventuras. Tony estaba libre del frente, gracias a su voluntario «sacrificio», descubriendo su disfraz de informador, y la verdad, ya no lo consideraba como tal. Al contrario. Aunque se sentiría siempre en deuda con su hermano mayor por haber sido un bocazas de veinte y pocos años.

Se levantó del alféizar. Tenía una punzada de hambre en el estómago. A toda prisa, se preparó en la cocina unos emparedados, algo de leche caliente y se lo llevó a su dormitorio para seguir vigilando a su alumna.

Ésta se había dado la vuelta en la cama, y dormía ahora a «pierna suelta». Tomó con cuidado su pulso y notó que su temperatura había bajado un poco y los rosetones en su piel por la droga, habían empezado a desaparecer.

Iba a ser una larga noche, comió, paseó descalzo por la habitación. Se paraba a observarla durante largos minutos, las luces de las pequeñas viviendas lejanas que jalonaban la campiña, también habían comenzado a apagarse. Se acercó al lado contrario de la cama, donde ella descansaba y con cuidado se sentó. Apartó uno de los largos mechones pelirrojos que ocultaban la cara de la chica.

Él estaba igualmente agotado. La tensión sufrida por la mala reacción de la joven ante «el suero de la verdad», la llegada imprevista de su cuñada, todo. Necesitaba relajar su cuerpo. Pero en esa habitación, a medio amueblar, solo estaba la dura silla como asiento, y ahora estaba ocupada por la ropa de ella.

Se levantó de nuevo con cuidado y buscó un pantalón de pijama. Se fue hasta el baño y allí se cambió. Apagó todas las luces, aseguro la puerta, como cada noche, y volvió al dormitorio. Destapó la parte que quedaba libre y entró en ella, a su lado por fin. La cama era lo suficientemente grande para darle amplia cabida a ambos, pero Tony no resistió acomodarse un poco más cerca.

La observó en esa posición antes de alargar la mano y apagar la lámpara

de la mesilla. La luz de la luna llena asomaba su claridad por la ventana, a la que no había echado las cortinas y cerrado las contraventanas. Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, el astro nocturno arrojaba claro— oscuros sobre ellos. Era tan hermosa, no una belleza clásica, pero a él le gustaba, tal y como era. No cambiaría ni un ápice de Alexandra McKonky. Su amazona pelirroja, su Venus semidesnuda descalza por el pasillo, su gata indómita de las Highlands.

Su... no, no era suya, era de otro. Una mujer tan hermosa debía de pertenecer a algún cabrón afortunado. Era imposible imaginársela sin un dueño para su corazón. De nuevo las múltiples preguntas en su mente, ¿a quién iría a rescatar? La maldita mala reacción a la escopolamina, unido a la inoportuna aparición de su cuñada, le había impedido siquiera intentar preguntárselo. Y los datos obtenidos a través de Rankin y de Falcon tampoco habían arrojado demasiada luz sobre el misterio McKonky.

Alex se removió de nuevo, entreabrió sus ojos en la oscuridad, desenfocados. Murmuró algo antes de volver a cerrarlos.

—Tengo frío...

Tony tiró un poco más de las mantas para tapanla mejor. Pero ella pareció tener otros planes, a pesar de estar entre sueños, se pegó más a él, abrazándose a su calor.

Murmuró algo de nuevo, pero completamente ininteligible. Le pareció un nombre. ¿Su amor? ¿su amante? Tony respiró profundamente el aroma de la mujer y le hizo hueco entre sus brazos. Alex se puso más cómoda suspirando suavemente. El sintió su aliento sobre su hombro, sobre su pecho desnudo. Notó los suaves senos que sabía libres y plenos bajo aquella camiseta anodina. Y la reacción de su cuerpo no se hizo esperar, la deseaba, la necesitaba, la... ¿quería?

Recordó cierta conversación que tuvo con su hermano, cuando volvían a bordo del *Seagull* hasta Inglaterra. Apenas hacía unas horas que recibió la sorprendente noticia del casamiento de ambos, y aún tenía la boca abierta por el asombro. Apoyados en la borda de estribor del barco pesquero aquella noche, mientras Dafne dormía plácidamente en el camarote asignado, le pregunto a su hermano «¿Cuándo te diste cuenta que la amabas?»

Entonces Henry le contó de los días que empezaron los bombardeos sobre

Berlín. de los biplanos rusos. Cuando volvió a altas horas de la madrugada y sonó la sirena de ataque aéreo. Tuvo que entrar en el dormitorio que ocupaba Dafne para despertarla y bajar con ella al sótano. Ella perdió las chinelas en la oscuridad, y él la tomó caballerosamente en brazos para bajarla con seguridad al sótano con las luces completamente apagadas pues ella no llevaba demasiado tiempo en la casa para conocerla a ciegas. Allí dentro solo quedaba un banco preparado como un camastro, ella insistió en compartirlo.

Aquella noche durmiendo junto a ella, en un sótano, incluso acompañado por el resto de los habitantes de la casa, su chófer y el mayordomo que hacía las veces de ayuda de cámara como de criado, lo cambió todo. Cuando abrió los ojos por la mañana, en el pequeño colchón que ambos habían compartido por unas pocas horas, la tenía abrazada, y miró a sus ojos, todo tomó sentido, la deseaba hacía tiempo. Dafne una chica sencilla, pero atractiva, hermosa a su manera, por su forma de ser, su inteligencia, sus ojos de miel, y su boquita en forma de corazón. Y ese sentido del humor tan suyo, se convirtió en esas escasas horas durmiendo en el mismo colchón simplemente, sin que ocurriese otra cosa que el darse calor mutuo, en el amor de su vida. Hasta entonces era solo deseo. Pero al fin estar junto a ella, en un abrazo inocente, le había llevado a tomar la decisión. No quería despegarse de esa mujer el resto de su vida.

Abrazado a Alexandra, Tony suspiró.

Él no tendría tanta suerte.

CAPÍTULO 9

AMANECIÓ a su lado, completamente abrazado a ella, enredado en su cuerpo. Durante toda la noche, se había despertado cada poco, para comprobar que estaba bien, respiraba sin dificultad, y mantuviera su temperatura natural. Ella no dio problema alguno, solo suspiraba de vez en cuando, bien hondo. Se acomodaba, se daba la vuelta, apretaba ahora su trasero contra él, haciéndole sufrir una erección casi incontrolable. Poco después volvía a la posición inicial, acunada entre sus brazos, torturándole igual o en peor medida.

Todo lo sobrevivió, hasta que el alba se coló por la ventana. Y los ojos de la gata McKonky, verde jade, se abrieron.

Alexandra se sentía cómoda, cálida, cobijada, segura. Quizás los primeros segundos estuvo un poco desorientada, pero pronto su mirada se enfocó directamente al hombre que la tenía abrazada con firmeza. Oh sí, se despertó de golpe completamente en un instante.

—¿Qué demonios haces en mi cama?

—Buenos días, McKonky, te informo que es al revés. Tú estás en la mía.

Los ojos de la chica se movieron nerviosos alrededor, y casi saltó para despegarse de él. Tony la dejó libre de su abrazo, y se arrellanó en su cama, enlazando los dedos bajo su cabeza sobre su almohada. Ella se sentó de golpe, paseando sus verdes ojos por su dormitorio.

—¿Qué pasó anoche?—se sintió entonces desnuda, solo con su camiseta y sus braguitas—. ¿Dónde está el resto de mi ropa?

Tony ni la miraba, sus ojos abiertos se posaban en algún lugar del blanco

techo de la habitación. Relajado, en una pose tranquila, desnudo su torso, aunque tapado hasta casi la cintura con las mantas. La mente de Alex peligrosamente voló hacia si él llevaría algo o no puesto por debajo.

—¿No recuerdas nada querida?—se iba a reír un poco a costa de la señorita McKonky, diablos, no había dormido ni veinte minutos seguidos cuidando de que ella estuviese bien, y ahora se mostraba tan sumamente ofendida, que no se reprimió—. Vaya, no debí de hacerlo tan bien como supuse.

—Que. Pasó. Anoche.

La gata iba a empezar a sacar sus afiladas uñas. Respondió de la misma forma.

—Na-da.

Ella agarró la almohada y le golpeó la cabeza con fuerza. Tony se rió ante el tonto ataque.

—¿No recuerdas Alex?

Ella por un instante dejó caer la almohada, abrazándola contra su pecho solo cubierto con esa camiseta ajada. Sus ojos se movieron inquietos mientras recordaba poco a poco.

—El suero de la verdad. Estábamos en la enfermería, yo no quería estar allí, me ayudaste a subir arriba.

—Vamos bien.

—Recuerdo una chica con cara de ángel, ojos miel, dulces, ella me hablaba, me cuidaba.

—Mi cuñada, ella me ayudó cuando lo que te inyecté te hizo mal efecto. No me advertiste que te estabas medicando contra el dolor.

—¿Para qué? Si te lo hubiese dicho hubieras hecho más lento mi entrenamiento. Mi... el general Bossfield, dijo que los Daylight erais todos unos caballeros, prefería que siguieses siendo un...

—Sí, puedes decirlo, un cabrón, un hijo de puta instructor contigo.

—Más o menos. Pero luego, no recuerdo nada.

—Perdiste el conocimiento. La escopolamina te produjo espasmos nerviosos y convulsiones. Tuve que inyectarte una buena dosis de diazepam para contrarrestar los efectos.

—Bien, de acuerdo. Pero ¿Qué hacemos juntos en tu cama?

—Te debía vigilar toda la noche. Tu habitación es pequeña, igual que tu cama. Aquí estaría más cómodo.

Ella se levantó, al principio algo titubeante, echó los pies por fuera del colchón que habían compartido.

—¿Mis botas?

—Bajo la cama, McKonky—ella se levantó, tirando de su camiseta que apenas ocultaba su prenda íntima—. ¿Necesitas ayuda?

—No, solo quiero coger mis cosas, e irme al baño a darme una ducha. Me siento cansada.

—Bien, porque puedes tomarte toda la mañana y la tarde de descanso. Ahora saldré para hacer una llamada. «Tu general Bossfield»—no pudo evitar el remarcar el nombre del cabrón de su superior—, quería anoche hablar conmigo. Por eso vino mi cuñada, Dafne, y me echó una mano contigo. Luego tuvo que marcharse, mis sobrinos estaban con la cocinera. Mi hermano había tenido que salir un par de días por negocios.

Alexandra, con la dignidad de una reina, a pesar de tener muy poca ropa encima, recuperó sus prendas y se fue, con la cabeza muy alta hasta la puerta del dormitorio.

—Gracias por «cuidarme», Instructor.

—De aquí en adelante, después de pasar la noche juntos y en la misma cama, creo que podríamos tutearnos siempre Alex, en las clases y en el descanso.

—Lo que ordenes.

—McKonky...

Ella no le dejó terminar su frase. Huyó de allí ante su tono de advertencia, eso arrancó una sonora carcajada de su instructor, y la enfurruñó aún más. Jodido cabrón, como se divertía a su costa. Consiguió llegar en un tiempo récord a su dormitorio, tomar ropas limpias y meterse en el baño.

Cuando estaba ya bajo la ducha, escuchó dos o tres golpes rápidos sobre la madera. Instintivamente se tapó con las manos, aunque sabía muy bien que él nunca traspasaría esa puerta cerrada. ¡El maldito sentido del honor de los Daylight!

—McKonky. ¿Te encuentras lo suficientemente bien para que yo vaya a hacer un par de llamadas? Te quedarás sola una hora al menos.

Ella soltó un cortante «sí» en voz alta, y le escuchó marcharse a largos pasos, el usual golpe de la puerta, y el ruido amortiguado por la distancia del motor de su motocicleta. Se relajó un poco. Estaba sola, algo aturdida, pero bien. Un buen café y algo de descanso harían el resto. Había prometido dejarla tranquila durante el día de hoy, y esperaba que no cambiase de opinión. Siguió con su rutina de enjabonarse bien el cabello y enjuagarlo largamente bajo la ducha. Demonios, debería de habérselo cortado ya, era un puto estorbo.

En cuanto el último resto de jabón desapareció por el sumidero, salió de la bañera a secarse y a vestirse. Su corazón se aceleró cuando escuchó el tintineo de las llaves de nuevo en la puerta. Se apresuró en vestirse, había dicho una hora y no había pasado ni diez minutos.

Pasos ligeros y una voz femenina no del todo desconocida.

—¿Alexandra? Soy Dafne, la cuñada de Tony. ¿Dónde estás?

¿La cuñada de Tony? vagamente recordaba su imagen la noche anterior, una mujer joven, de grandes ojos color miel, una sonrisa dulce y un cabello ondulado, castaño y precioso, del mismo color que lo tenía su hermana.

—Estoy en el baño, señora Daylight—recordó que era la esposa del hermano de su instructor.

—¿Qué señora ni...? Dafne, solo Dafne. ¿Necesitas ayuda?

—No.— Abrió la puerta junto a una vaharada de vapor del baño, y el perfume del jabón—. Gracias, me encuentro bien.

—Magnífico, me alegro de verte en pie—se acercó a ella y con familiaridad se puso de puntillas para darle dos besos en la mejilla—. ¡Cielos eres una chica preciosa, y muy alta!

Algo azorada por el sincero tono de voz de la joven que estaba ante sí, luciendo la más hermosa de las sonrisas, se tocó el aún húmedo cabello, trenzado y que caía sobre un hombro. Ella sin embargo, ante Dafne se vio algo desarreglada, con esos pantalones de deporte, esa camiseta del ejército que su padre le había proporcionado. Encima su par de calcetines color burdeos tejidos en gruesa lana, que la permitían andar descalza por todos sitios.

La cuñada de su profesor llevaba bajo el chaquetón de tres cuartos, un pantalón de pana en color marrón castaño, una blusa crema, que asomaba

bajo un jersey chocolate, con dibujo trenzado, ajustado a sus formas femeninas. El cabello lo llevaba cortado muy a la moda. No usaba maquillaje, salvo un toque de color en los labios. Era joven, puede que de su edad.

—¿Preparo un café para las dos? ¿Has desayunado ya Alexandra?

—No señora...

—Por todos los cielos.—Se enganchó a su brazo y puso rumbo junto a ella hacia el salón comedor, con una sonrisa—. ¿Vas a dejar de llamarme señora? ¡Si somos de la misma edad! ¿Quieres hacerme sentir una vieja? Dafne, por favor.

—Gracias Dafne.

—¿Ese desastre de Tony no te ha llevado el desayuno a la cama? Es lo mínimo que podía haber echo después del desastre que está siendo contigo. Pero veo que no tiene remedio.

—No, no es necesario, le dije que estaba bien cuando me levanté de su... —iba a decir su cama. Los colores se subieron a su rostro.

—Espero al menos que no te haya dejado sola toda la noche, tan medicada como estabas.

—Pues... cuando desperté allí estaba, junto a mí.— Ese inoportuno rubor y el desvío de la mirada de la pelirroja, hizo que Dafne abriera mucho los ojos al adivinar el porqué de su azoro.

—¿Ha dormido contigo? ¿En la misma cama?

Más oleadas de vergüenza en el rostro de la chica.

Dafne se rió.

—Por favor, después de todo lo que me contaste ayer, ¡Creía que habíamos cogido ambas confianza! Siéntate, yo preparo un café para las dos y ¿tostadas?

—Sí, seño... Dafne, gracias.

Se dejó caer en la silla. ¿Qué demonios había hecho o dicho bajo los efectos de la escopolamina?

Pronto tuvo ante sí de nuevo la sonrisa de Dafne, una cafetera, tostadas y su mirada escrutadora aunque amistosa.

—Por tu cara veo que recuerdas más bien poco de lo de ayer.

—Retazos—dijo mientras agradecía con un gesto el café fuerte y dulce servido por Dafne— ¿Cómo sabes que pongo tres terrones de azúcar?

—Me he encontrado con Tony, en el camino. En principio no quería dejarme pasar. Cruzó la *Matchless* en medio para que yo no siguiese adelante. Se bajó con cara de enfado, pero le dije cuatro cosas bien dichas, al final le amenacé con pasar por encima de su adorada motocicleta si me impedía verte. Ah, y que se preparara, que su hermano ya lo sabía «to-do», que no iba a escaparse sin un buen tirón de orejas. ¡Vamos hombre! Él fue quien me gritó cuando pasó a mi lado como te gusta el café. ¡Menudo sinvergüenza está hecho!

Alexandra asentía. Dafne le dejó un par de tostadas en su plato, a la vez que tomaba otras dos para sí.

—Ha sido una mañana movidita. He tenido que ir al apeadero de tren a recoger a mi marido, que volvía en el de primera hora de Londres. Después de dejarle en casa, los gemelos se despertaron, pero conseguí zafarme de ellos, mientras Felicity mi cocinera se encargaba dándoles un buen desayuno. Conté a mi marido en pocas palabras lo que ocurrió aquí ayer, él mismo me instó a venir a ver como estabas, ¿hablo demasiado?

Alexandra negó con la cabeza mientras se fijaba en los ojos de Dafne.

—No, solo es que en cierto modo, en la forma de hablar, tu porte y hasta el color del cabello me recuerda muchísimo a mi hermana. Aunque ella lo tenía solo ligeramente ondulado y mucho más largo.

—Ah, ¿Y cómo se llama tu hermana?

—Marianne.

—¿Mayor que tú?

—No, es la pequeña, solo, bueno diez meses. Tiene, bueno un hijo ya de siete años.

—Oh, que bueno, deseando y temiendo estoy que los míos crezcan. Apenas llegan a los tres años, pero uff, cuando unen fuerzas son un torbellino. ¿Cómo es tu sobrino?

—La última foto que recibí, bueno, tendría la edad que dices que tienen tus nenes. Es muy espigado, rubio, ojos verdes. Se parece tanto a su padre como a su madre.

—Seguro que es guapísimo. ¿Vive muy lejos?

—Demasiado.

—Espero que puedas verlo pronto. Si tiene siete años será todo un

hombrecito.

Alexandra asintió mientras sus ojos se llenaban de nuevo de lágrimas. Ella no conocía a su sobrino si no fuera por un par de fotos.

—Oh, creo que estamos tocando un tema delicado.

—No Dafne, es la distancia, que no es buena.

—Eso es verdad. ¿Más café?

—Sí por favor, necesito despertarme bien.

—Anoche me resultaste muy simpática, no parabas de hablar.— La mueca de preocupación de Alexandra fue demasiado obvia—. ¿No lo recuerdas? Tony me dijo algo de eso, que hoy ya no te acordarías de poco.

—Más bien de casi nada. De la inyección, que me sentía como si montase en un tiovivo, me molestaba la luz, Tony subiéndome escaleras arriba. Sé que de alguna manera terminé en el suelo, y que él me llevó en brazos. Esta mañana, bueno...—el color de nuevo lleno sus mejillas suaves.

—¿Esta mañana?

—Desperté en la cama de Tony. Me abrazaba, y yo, estaba casi, casi desnuda.

—¡Por todos los...!

—No, no creo que haya pasado nada entre nosotros. Bueno he dicho casi, aún tenía las bragas puestas y, no sé como decirlo, no he sentido ninguna incomodidad al, bueno, al ducharme.

—No se tiene que sentir incomodidad, al menos que, bueno, no lo hayas hecho antes.

Alexandra negó con la cabeza.

—No creo que Tony se haya propasado contigo. Quizás te quitó parte de la ropa para que durmieses mejor. Aunque anoche tú estabas bastante, bueno, enfadada con él porque nunca... bueno, que «pasaba de tu trasero», sí, esas fueron tus palabras textuales.

—Oh Dios mío, no recuerdo nada de eso.

—Tampoco tienes que preocuparte, llegué justo cuando te llevaba en brazos al dormitorio. Me quedé contigo hasta que te inyectó el antídoto para que durmieras. Al principio estabas muy desinhibida y habladora, pero le mandé fuera en busca de un par de cosas, y fui la única que escuchó tus confesiones.

—¿Confesiones? Ay, por todos los...

—Oh tampoco es nada malo. Tengo ojos en la cara, aunque esté felizmente casada con mi Henry, me doy sobrada cuenta que Tony es un soberbio ejemplar de hombre. Vivir junto a él así, acaba haciendo que tarde o temprano te fijas en su persona. Además, aunque se porte como un cabrón de instructor, él en realidad, en el fondo es un chico con un sentido del humor magnífico. Muy bueno en su trabajo, muy atento, un caballero. Su padre hizo un buen trabajo educando a estos dos hombres. Yo le conocí antes que a Henry, en Berlín.

Los ojos de Alex se agrandaron al oír la mención de la capital alemana.

—¿Dices, Berlín?

—Sí, hace casi cuatro años—suspiró Dafne—, yo trabajaba allí para una familia Franco-Suiza, como institutriz. Pero me quedé atrapada por culpa de la burocracia y mi pasaporte inglés cuando quise abandonar la capital. Inglaterra había declarado la guerra a Alemania. Entre medias encontré a Tony solo y herido en un parque mientras llevaba a mis pupilos hasta el tren que los llevaría a Suiza, en la estación los esperaba su madre. Casualmente se nos escapó el perrito que tenían los niños, y este olió su rastro. Dejé a los pequeños en el tren, no pude viajar con ellos, no tenía mi pasaporte en regla. Esperaba arreglarlo a la mañana siguiente o dos días más tarde a lo sumo. Además había prometido ayudar a mi compatriota cuando lo vi herido, tuve que hacer tiempo para que la oscuridad cayese, y llevarle a la casa que yo ocupaba aún. Menos mal que no había nadie del servicio. Conseguí sacarlo de su escondite, curarle, y, bueno, llevarle un mensaje a Henry. Entonces no sabía que eran hermanos. Ni que Henry estaba en misión «secreta» infiltrado en el ejército alemán... bueno es una larga historia.

»Conseguí que Tony escapara de Alemania con la documentación que Henry nos facilitó, pero al final, acabé bajo la protección del entonces coronel Heinrich Strieber—hizo graciosamente el saludo militar, llevándose una mano a la frente—. Y de paso en su cama, y firmando apenas unas semanas después los actas de matrimonio. Cuando los Daylight se deciden, son de lo más insistentes y cabezotas.

Alexandra solo escuchaba y asentía ante su nueva amiga, asombrada con esa mujer y su historia.

—Al final, conseguimos escapar de Alemania juntos, Tony nos ayudó, junto a varios de la resistencia. También mi marido consiguió salir indemne de un Consejo de Guerra por traición cuando llegamos aquí a Bretaña. Uff, es una historia demasiado larga, necesitaríamos horas, pero lo cierto, es que Henry y yo acabamos casados y ahora tenemos dos preciosos hijos, unos pequeños trastos, pero maravillosos.

—Me alegro por ti, veo que eres feliz.

—Dentro de lo que hemos sufrido, no puedo quejarme. Aunque nos preocupa mucho Tony. Mi cuñado es un buen hombre, lo está dando todo por el bienestar de su hermano. El general lo tiene atrapado en un «pacto» que, bueno, por la tranquilidad de Henry, y no ser tratado como debiera ser, por parte del ejército y del gobierno, habiendo sido coronel en Alemania... Tony le obedece de mala gana, pero está cogido en esto. Bossfield llama constantemente, y después de perder a Jane, Tony cambió, perdió su alegría, su desparpajo. Ahora no es sino una sombra del chico que conocí hace años en Berlín.

La curiosidad picó ahora a Alexandra, junto a otra emoción más parecida a los celos que a otra cosa, cuando escuchó otro nombre de mujer.

—¿Jane? ¿Después de... Jane?

Media hora después, había sido puntualmente informada de todo lo que rodeaba a su instructor. Sin darse cuenta, la habladora Dafne, le había dado más de una razón del porqué del comportamiento de Tony para con ella. Llegó a comprender muchas cosas, pero, sintió en lo más hondo una punzada verdadera de celos. Y la verdad que demasiado fuertes, para ser por una chica que murió hacía un año, pero por lo visto, fue el «primer amor» de su profesor.

—¿Y, bueno, que hay entre tú y Tony?—disparó a bocajarro Dafne, mientras recogían los platos y tazas del desayuno juntas en la cocina. Con las manos llenas de jabón, la verdad es que no podía escapar muy lejos, el apartamento era demasiado pequeño para esconderse.

—Nada—aseveró.

—Oh, vamos, no seas tonta, nadie se va a enterar, prometo guardar el secreto. Aquí somos dos chicas adultas.

—No hay demasiado que contar.

—Ayer estabas más habladora. Contaste algo como que te gustaba su trasero, que lo habías visto hacerse una... bueno...—cerrando uno de sus puños efectuó con un guiño pícaro el movimiento de bombeo.

—Ouch.

—Sí, y más cosas como que le cogiste desprevenido y, bueno... le bajaste los pantalones. Y...

—Ufff...

—Ajá, eso mismo, uff. Además que si no fuera por que es un idiota, estarías todo el día, palabras textuales «follándotelo como conejos en celo».

—Por todos los...—los cubiertos que estaba lavando cayeron con estrépito sobre el fregadero. La cara de la pelirroja era «todo un poema».

—Oh, no te preocupes. Él no estaba presente, solo me lo dijiste a mí. Luego nada más. Tony no pudo hablar contigo, cuando me fui estabas ya bajo los efectos del diazepam, dormida como una niña buena.

—Menos mal.

—Sí. ¿Le has dicho alguna vez lo que sientes por él?

—Es que, realmente no lo sé—negó con la cabeza mientras recogía los cubiertos y los volvía a fregar y enjuagar bajo el grifo y se lo pasaba a Dafne para que lo secase y colocase en el cajón—. A veces me gustaría estrangularlo.

—Eso nos pasa a todas. Yo aún tengo ganas de ello cuando, bueno, el despistado de Henry hace alguna de las tuyas. En fin, cosas de pareja.

—No le dirás nada de esto a él, ¿verdad?

—En absoluto, es un secreto de chicas. Pero un consejo, si él te gusta, házselo saber, sutilmente en principio. Pero si no, golpea esa cabezota con algo contundente, los rizos amortiguan el golpe.

Ambas se rieron.

—A propósito de rizos, Dafne, necesito un favor, mientras continuamos charlando y Tony no llega...

Ambas mujeres, sonrieron cómplices. Dejaron la cocina, y siguieron juntas durante casi una hora más.

Henry le abrió la puerta de su casa nada más oírle llegar. Su cara, era de no haber dormido apenas, pero había algo más en su expresión.

—Tengo a Bossfield al otro lado del hilo telefónico en estos instantes.

—¿Tan temprano?

—Es la segunda vez que llama insistiendo en hablar contigo desde que llegué esta mañana de Londres. Te he escuchado llegar y se lo dije—se apartó para dejarle pasar.

—Gracias.— Se dirigió sin más hacia el despacho de Henry. Este entró tras él y cerró la puerta.

—Gracias no. Me quedaré aquí, y quiero saber qué demonios está pasando en realidad Tony.

—Atiendo la llamada, y hablamos hermano.

Henry asintió, mientras se quedaba apoyado contra la puerta, como si su hermano menor fuese a hacer intento de huir, una vez contestase la llamada de su general. Este levantó el auricular, que permanecía sobre la mesa del despacho descolgado sin dejar de mirarle.

—Mi general...

—¿Dónde demonios se metió ayer tarde?

—Señor, estábamos entrenando fuera.

—Está bien, de acuerdo. Tengo algo que decirle urgentemente, no podemos esperar más. Le doy tres días, y les quiero de vuelta en Londres, este viernes, a las doce de la mañana en mi despacho.

—Demasiado pronto.

—Entonces a la una.— Bossfield resopló del otro lado.

—No señor, no es por la hora, es por el viernes en sí. Su recluta necesita algo más que tres días para estar completamente preparada. No me ha dejado ni un jodido mes con ella.

—No puedo hacer otra cosa capitán. He retrasado el asunto lo más posible. Pero las noticias que recibo a diario del frente me dicen que no me queda mucho tiempo para hacer el lanzamiento de McKonky y que cumpla su misión. Las tropas soviéticas serán las que caigan sobre Berlín. Ni las americanas, ni las francesas ni nosotros ¡y esto es alto secreto aún capitán!. Y eso es lo que temo, que el desenlace para la capital sea trágico y rápido. Alexandra necesita entrar y salir antes de eso. Y puede ocurrir en una semana

o en quince días. Están demasiado cerca. Se calcula que llegarán a la primera línea de defensa de la capital en menos de semana y media, y la capital está demasiado tocada. No podrá resistir más que pocos días.

—¿Por qué es tan importante esta misión, mi general? Maldita sea, con el puto misterio. No puedo terminar de prepararla a fondo si no sé a que se va a exponer.

—Es una misión de rescate extraoficial, Daylight, no puedo decirle más a través de el hilo telefónico.

—Este teléfono no está intervenido, mi general. Llevo demasiado tiempo en el servicio secreto para no saber sus argucias, y tuve un buen maestro en Falcon.

—Pero el mío puede estarlo, diablos. Hablaremos personalmente dentro de tres días cuando esté aquí. He de colgar, no quiero retrasos, a las doce.

—Mi general...

—Adiós, Daylight, y gracias. Espero su discreción. Se que su hermano está ahí mismo, les oí entrar y hablar.

—Mi hermano es fiel a su país. No tiene ningún contacto con nadie que no sea los negocios familiares.

—Bien, me parece correcto. Pero mientras más personas sepan esto, más fácil será que... cuelgo ya, capitán, hasta el viernes.

Al otro lado del teléfono el insistente *bip* de línea cortada. Tony dejó el auricular en su sitio.

Henry alzó una ceja mientras le miraba seriamente.

—¿Y bien?

—¿Y bien? Tengo un problema entre manos, Henry. Y de los gordos. ¿Qué te ha contado Dafne?

—Todo lo acontecido ayer.

—Jo-der.

—Eso creo que es lo «único» que no le has hecho aún a la chica.— A pesar de su mirada ceñuda, Henry dedicó a su hermano una de sus malvadas sonrisas torcidas.

—No estoy para bromas.

—Por supuesto que no. Esa mujer te gusta, y vas a correr tras ella vaya donde vaya.

—Al mismo centro de Alemania, a Berlín. cercada por cuatro ejércitos, y a punto de ser asaltada por los soviéticos, se teme que «a cuchillo».

Henry puso cara del más absoluto de los asombros.

—Necesitamos sentarnos y hablar, Tony.

—El general me ha ordenado que te mantenga fuera de esto.

—Ese jodido de Bossfield no esta aquí, cuéntamelo todo.

—¿Es una orden?

—Si estuviese aún en el ejército, hermanito, seguro que estaría por encima de ti, así que sí, ¡Es una jodida orden!

Tony resopló mientras buscaba con la mirada el pequeño sofá de cuero azul que estaba en uno de los laterales del despacho. Caminó hasta él y se dejó caer pesadamente.

—Siéntate, Henry, es una historia muy larga.



—Espero que estés cien por cien segura de esto. ¡Tienes el cabello tan precioso!

—El capitán Daylight insistió en ello. Incluso me hizo demostración fehaciente de lo fácil que podría a llegar a estrangularme con ella.

—¿La usó para...? Increíble.

—Exactamente. Corta, por favor, prefiero ser yo la que lo estrangule.

—Ay Cielos...— exclamó Dafne cuando los largos mechones rojo oscuros de Alexandra fueron cayendo uno a uno sobre el suelo del baño. La pelirroja sentada en un taburete y ella a sus espaldas, tijera en mano.

—Quiero que me dejes casi tan corta como él lleva el pelo.

—Se te ondulará bastante más, si está de esa manera.

—No importa, volverá a crecer, cuando esto termine. Y si no, ya me importará bien poco.— La voz de Alex sonó algo ahogada. Dafne siguió cercenando los mechones rojizos hasta dejarla más o menos como ella estaba, quizás un poco más corta.

Alexandra se levantó y se miró en el espejo. Vio reflejados los inmensos ojos de Dafne a través del cristal y su sonrisa.

—Vaya, te sienta muy bien. No lo habría imaginado. Con un poco de brillantina[14] se ondulará más, o podrás peinarlo lacio. Con tu porte y tu

altura, te podrían confundir con un chico muy joven. ¡Aunque demasiado guapo!

—¿De veras?— Alexandra sonrió satisfecha. Ambas lo hicieron—. No está mal. Quizás necesite ese extra en un futuro.

—Dime Alexandra, ¿de qué va todo esto?

—No puedo revelarlo, Dafne.

—Traes a ese chico loco, lo sabes, ¿no te has dado cuenta?

—Como ya creo que te dije anoche, te reitero ahora, el capitán Anthony Daylight, «pasa de mi trasero».

—Par de cabezotas duras. ¡Voy por la escoba! Ganas me dan de daros en la testa con ella, ¡a los dos!

Alexandra volvió a contemplarse en el espejo y se sonrió. Sí, el cambio no estaba mal. Quizás debiera de haberlo hecho mucho antes, ahora sería más cómodo llevarlo y lavarlo. Dafne llegó escoba y recogedor en mano, con ese paso decidido tan suyo.

—Estás muy guapa. Sacúdete esos calcetines antes de salir de aquí, amiga.

—Déjalo, yo puedo hacerlo.

—Sssht, venga para afuera. Tengo mayor graduación que tú, estoy casada con un coronel.

Ambas mujeres rieron, Alex se sacudió bien los pies antes de salir del baño.

Dafne terminó pronto de recoger y llevó de nuevo la escoba a su sitio.

—No se que te traes Alexandra, para que todo este entrenamiento, y quizás sea mejor que nunca lo averigüe. Pero, no te alejes de él, sin haberos aclarado ambos. Si no, te aseguro que siempre estarás arrepentida de ello.

El ruido del motor de la *Matchless* sonó, y el derrape de frenada sobre la gravilla que tapizaba el suelo.

—¡Hablando del rey de Roma! Ven dame dos besos.— Alexandra tuvo que inclinarse un poco y Dafne además la abrazó fuerte para ser más pequeñita y no estar «entrenada». Pero parecía más experta en abrazos que ella—. Hazme caso, pequeña. ¿De acuerdo? Espero volver a verte pronto.

Alexandra asintió, y la observó marchar con ese paso rápido y grácil que tenía la cuñada de Tony. Se quedó sentada en una de las sillas del comedor,

mirando hacia la puerta ahora cerrada.

Tony había hablado largo rato con Henry, y no sabía si en realidad su plan funcionaría o no con la gata salvaje de McKonky. Él no podía llevar a cabo solo aquella idea que se le había venido a la cabeza. En principio su hermano se mostró más que reacio a seguir la corriente. Pero después de argumentar repetidas veces que todo sería por el bien de la joven, y que no merecía un final como el de Jane, su hermano, accedió a ayudarle con ello.

Dejó su moto guarecida en los bajos del pabellón, mientras tanto, su cuñada bajaba a paso ágil los escalones que llevaban al apartamento.

—A ti te quería yo ver, rufián. No la dejaste ni desayunada. ¡Después de lo que le hiciste anoche, al menos, un caballero le hubiese servido el café en la cama!

Tony rodó los ojos mientras se sacaba los guantes.

—Anoche, querida cuñada, lo único que pasó es que tuve que vigilar para cerciorarme que estaba bien. Nada más.

—¿Y eso de amanecer acostado con ella? ¿Desnuda?

—Le molestaba la ropa, ella misma lo pidió. Yo solo la ayudé a ponerse cómoda, y no estaba desnuda.

—Y de paso echar un buen vistazo a lo que tiene debajo, ¿no?—. Dafne se estaba divirtiendo a su costa, con el gesto enfadado que fingía ante su cuñado.

—Dafne, no me propasé con ella, maldita sea, estaba inconsciente. No soy el sinvergüenza que crees. Sí, dormimos en la misma cama, ella tenía frío y se pegó a mí en busca de calor.

—Si fueses un verdadero caballero...—dijo su cuñada enfurruñada, volviéndose y dejándolo con la palabra en la boca, mientras se montaba en el *Phantom* y arrastraba gravilla con las anchas ruedas del coche al acelerar.

¿Qué demonios le había dado a Dafne? Cerró la puerta del garaje donde guardaba su motocicleta. De verdad, parecía que su familia se estaba más «de parte» de Alexandra que de la suya. Su hermano también le había sermoneado con ello después de su charla. ¡Que debía ser más cuidadoso con la chica! Por todos los demonios, la pelirroja sabía demasiado bien como

cuidarse sola.

El portazo tras él fue verdaderamente sonoro. Alexandra estaba sentada en una silla, girando el dial del transistor, en busca de alguna emisora, dio un pequeño respingo. El hombre soltó casco, gafas y llaves donde siempre. Luego, sin dejar de mirarla ceñudo se sacó la cazadora que acostumbraba usar. Iba a soltar algún improperio pero abrió la boca solo para meter aun más la pata.

—¿Qué coño te has hecho en el pelo?

Ella se levantó y en dos pasos estuvo frente a él con los brazos en jarras, y mirándole retadora a los ojos

—Lo que «usted ordenó», capitán Daylight. Que me deshiciese de mi trenza, pues era fácil usarla como «arma» para estrangularme.

—Pero, maldita sea, no hacía falta que lo dejases tan corto como el mío.

—¿Qué importa? Es un estorbo menos—se pasó la mano alborotándolo.

—No debiste cortarlo tanto.

—Vaya, ahora además de instructor, practicante, y enfermero, ¿Eres experto en moda femenina?

Ella estuvo a punto de volverse para su dormitorio. No le apetecía seguir mirando a esos ojos azules, sin agarrarle del cuello hasta asfixiarlo o demostrar bien a fondo todo lo que bullía en su interior. Le deseaba, la escopolamina solo le había hecho admitir abiertamente lo que sentía. ¡Maldita sea! no sabía si iba a volver con vida de aquella locura de misión. Si al menos, pudiera llevarse el recuerdo de una sola noche de amor entre sus brazos, quizás podría afrontarlo todo con otra perspectiva. Al menos la habrían amado aunque fuese una sola vez.

Pero Tony no iba a dejarla irse. La agarró del brazo incluso con más fuerza de la requerida. Ella se volvió como una gata salvaje, abofeteando en pleno rostro, asombrado de su violenta reacción, el hombre la soltó.

En ese instante fue Alexandra la que le asió de los hombros con verdadera fuerza. Clavó sus garras en los músculos del hombre. Y ante el sorprendido Tony, Alex apenas se alzó de puntillas para besarle en la boca entreabierta de asombro.

Instintivamente, las manos de Tony volaron a apretarla contra él. Sin pensar, devolviendo, con igual ansia y desespero, ese mismo beso. Ella no

parecía ser una chica tímida en esas lides. Hundía su lengua en su interior, chupaba su boca, jadeaba, con los ojos cerrados. Él no quería cerrarlos, quería grabarse a fuego esa misma imagen, tantos días deseada.

Cuando se dio cuenta, estaba empujándola contra la mesa y tomándola del trasero, alzándola, para que se sentara sobre el mueble. Le abrió las piernas sin ningún pudor, y se coló entre ellas. Empujó fuerte para que ella notase toda la dura erección que le provocaba, confinada en sus pantalones. Ella se abrazaba a su cuello, frotándose en su contra. Apretaba sus piernas alrededor de las caderas del hombre, atrayéndole más contra su cuerpo ansioso. Llegó a enlazarlas a su alrededor y a rozarse impúdica, completa y llanamente excitada.

Si no hubiese la barrera de sus ropas... ya estaría dentro de ella. Empujando dentro de su húmedo calor, lo sentía. Ella también. Ambos lo necesitaban. Pero su mente tomaba de nuevo el control, aquello no podía ocurrir, a menos que aclarasen muchas cosas. Entre ellas que Alexandra recibiera las órdenes de Bossfield. ¡Joder con el general *Cascarrabias*, pensar en ese tipo enfriaba a cualquiera!

Se separó apenas de la boca exigente de Alexandra. Esta abrió de golpe los ojos.

—Debemos hablar.

Ella simplemente dejó de abrazarle, y lo mismo que le había ceñido entre sus brazos, le soltó. Empujando con gran fuerza contra su pecho.

—¿Eso es lo que quieres, «instructor»? ¿Hablar? Pues bien, apártate ahora mismo, si esto no te gusta, o...

—Tranquilízate mujer, claro que me gusta, me sorprende, de acuerdo. No estoy, bueno, normalmente soy yo el que... en fin. Pero, es necesario que hablemos.

Ella alzó las manos y su mirada verde se estrechó.

—No estoy pidiendo nada, Tony, maldita sea. No quiero nada de ti más que «un buen polvo». Joder, con todas las letras. ¿Pasa algo? ¿Hay otra por ahí?

—No hay nadie, y no va a haberla.

—Pues a dos metros de mí, profesor. Me has entrenado bien, y nunca he luchado contra ti en el forma que me encuentro. «Jodidamente cabreada».

Creo que no te gustaría conocerme en ese estado.

Tony se separó para darle el espacio que parecía necesitar en ese momento. Maldita sea por abrir la boca para «pedirle hablar». Si hubiese permanecido «calladito», la hubiese cogido entre sus brazos, llevado a la cama que habían compartido anoche, y se la habría follado el resto del día. Ella dio un par de vueltas por el salón, echando sus cortos cabellos hacia atrás y respirando hondamente como para tomar el control de su cuerpo.

Pero la llamada de Bossfield estaba ahí, pendía sobre ellos, como espada de Damocles[15]

—Alexandra, en tres días, tenemos que presentarnos en el despacho del *Cascarrabias* Bossfield. Tú y yo, tenemos allí una cita a las doce de la mañana. Me quedan apenas ese tiempo para las últimas lecciones que puedo darte, y me temo que es demasiado poco. Vas a ser «lanzada» hacia Berlín en una semana.

Alexandra cambió totalmente su expresión, de sincero enfado, a preocupación. Sus bellos rasgos se contrajeron. Su boca exuberante puso un rictus amargo.

—Comprendo. No debemos perder el tiempo «en juegos». Pensabas dejarme descansar hoy, pero si quieres continuar con el entrenamiento.

—Físicamente, bueno, te dejaré descansar hasta mañana. Tiene que haber droga en tu sistema y no quiero que llegues a ningún límite, incluso esto que, bueno, acaba de ocurrir entre nosotros, puede ser un síntoma secundario de lo que pasaste anoche.

Alexandra no parecía muy convencida. Sus largas piernas pronto estuvieron llevándola por el pasillo hacia el baño.

—Sí, lo que quieras... Necesito lavarme la cara y aclararme un poco, en unos minutos estoy en disposición para continuar las clases.

—Por supuesto, tómate el tiempo necesario. Hablaremos de sistemas de seguridad, así que nos quedaremos aquí arriba, no necesitamos el gimnasio para eso.

Ella cerraba la puerta del baño, y escuchó como abría el grifo y el torrente del agua. Él se dirigió al fregadero de la cocina, donde todo estaba recogido y la imitó. Respiraciones profundas, hicieron que tomase de nuevo el control de su traicionero cuerpo.

¿Nunca aprendería a cerrar esa boca? Ahora mismo podría tenerla desnuda bajo de sí, completamente entregada, y la mierda el resto ¿Y si esa fuese la manera de convencerla de que se quedase? Si las cosas en Berlín se estaban precipitando de esa manera, ¿conseguiría llegar a tiempo? Además, estaba la Convención de Ginebra[16], firmada por todos los países, sobre los derechos humanos, se suponía que hospitales, y refugios de población civil serían respetados.

Los rusos no serían tan desalmados como, una vez tomada la capital dañar a sus habitantes. Estos no tenían la culpa. El ejército, los soldados, los mandos, pudieran pasarlo peor, pero los niños, las mujeres y los viejos, esos no eran objetivos militares, ni supondrían peligro para los atacantes. Se tenían noticias que la capital se preparaba para la inminente invasión conminando a sus ciudadanos a que se refugiasen en sótanos o en la misma red de metro, que se estaba habilitándose para ello desde hacía días.

Y encima la pregunta del millón, ¿a quién tenía que rescatar Alexandra en tan peligroso lugar en estos momentos? Si su objetivo era civil, solo tendría que ocultarse el tiempo suficiente para que la capital fuese tomada y pacificada.

Maldita sea.

Aquel día completo lo usaron en hablar de los diferentes sistemas de seguridad que usaba el ejército, y los civiles, formas de burlarlos, o acabar con ellos. El tiempo de descanso de la comida fue acortado. La tarde, hasta la hora de la cena, se reanuda la lección teórica. Ella era lista, lo demostraban sus inteligentes preguntas. Le argumentaba por medio de diagramas los diferentes problemas, ella los observaba y daba ideas para solucionarlo. Desde las nociones más sencillas de supervivencia, hasta las más expertas fueron absorbidas por su mente.

Luego, cada uno a su dormitorio. El beso quedó en el aire, lo mismo que lo que hubiese podido ocurrir entre ambos si él no lo hubiese detenido.

Pero en el fondo no era un sinvergüenza, ni un aprovechado de las circunstancias de la joven mujer que dormía al otro lado del pasillo. Ella no era una niña, joder. Como se había frotado en su contra, había besado y chupado sus labios. Sus manos le habían acariciado, y él se sintió tan bien teniéndola entre sus brazos, que ahora mismo, daría lo que fuera por volver el

tiempo atrás y no haber abierto la boca. O haberlo hecho solo, y nuevamente, para besar sus labios de nuevo, «comérsela» entera. Una mujer que se mostraba así de dispuesta no tenía a un hombre esperándola. ¿O sí?

A su pesar, Alexandra dio varias vueltas más en su cama antes de dormir. Si esa puñetera caballerosidad de los Daylight no hubiese salido a flote... Por ella esa misma mañana se habría entregado a Tony sin el más mínimo miedo ni sentido del pudor ni de la decencia. En realidad, ¿a quién le importaba? No sabía si volvería viva de esta. ¿Iba a ir en busca del peligro, de la muerte, sin haber probado todo lo que pudiera haberle ofrecido su «instructor»?

Por lo visto, lo que le dijo su padre, sobre «el sentido del Honor de los Daylight», no era una simple frase hecha. Era jodida y ciertamente una realidad. Si no fuera por ello, esa noche no estaría sola en esa cama, sino aprovechando a fondo, quien sabe, si sus últimos días sobre la tierra, entre los fuertes brazos de su «instructor».

CAPÍTULO 10

GIRARON, enfrentados uno al otro. Ella sosteniendo el cuchillo en su mano derecha, un arma de asalto, con mango envuelto en piel, y hoja de veinte centímetros, doble filo, una lisa y afilada, la otra dentada. Él, simplemente, con sus manos desnudas.

Una diminuta arruga de concentración se hacía entre sus cejas arqueadas de Alexandra. Fruncía sus labios rojos con determinación, mientras lentamente volvían a darse otra vuelta. La dejaría dar el primer golpe. Sí, «dámelo todo pequeña», pensó Tony mientras le sonreía con suficiencia.

No iba a danzar eternamente, él estaba esperando a que atacara. Por todos los demonios, ella era la que tenía el arma. Y apenas difería de estatura con su profesor por diez centímetros. No tenía la musculatura del hombre, pero era fuerte y ágil, había entrenado duro. Si él quería hacerle esa última prueba, pues que se atuviese a las consecuencias. Si le hería, que viniese una ambulancia a buscarle.

Se lanzó hacia adelante tomando impulso firmemente, el cuchillo bien anclado en su mano, una puñalada justo a su costado, él la repelió con brusquedad medida, solo era una tentativa una simple treta. No perdió pié, se replegó y dio dos pasos a la izquierda. Otra estocada, ahora, deliberada hacia su pecho, aunque él la esquivó inclinándose atrás, la afilada hoja solo rasgó en un suave siseo el material fino de su camiseta desgastada.

Tony sonrió. «Presuntuoso», pensó para sí Alexandra. Se cambió hábilmente el puñal de mano mientras el siguiente golpe iba directamente a su muslo. Esa vez notó el agarre firme de su muñeca, en vez de repelerla, la

atrajo hacia él. Ese movimiento inesperado, aprovechando la inercia de ella, la hizo tropezar y aterrizar sobre el hombre.

Cayeron juntos, se golpeó contra el pecho de Anthony. Él sostuvo firmemente su mano armada, pero ella tenía libre el otro puño. Lo cerró, tal y como había aprendido y lo lanzó hacia él, con un grito corto. Conectó directamente con una firme mandíbula. Él echó apenas la cabeza atrás, aún así, recibió el zurdazo, pero acto seguido agarró también esa muñeca. Ahora no era un entrenamiento, su instructor se estaba empleando a fondo, y sabía que si ambos recibían algún daño, sería como en un combate real. Bien, ya se lo había advertido. Pero ella había confiado demasiado en la fuerza de sus propios músculos.

Cuando se dio cuenta, Tony había aprovechado el segundo impulso para voltearse, llevándola consigo y sosteniéndola firmemente abajo. Los muslos de él la aprisionaron con fuerza. Ella gritó cortante y frustrada cuando estuvo firmemente asida bajo el cuerpo pesado y musculoso de su profesor.

—Muy bien, Alex. Has mejorado mucho preciosa. Me haces emplearme a fondo, eso me gusta.

—Quítate de encima. ¡Continuemos!

—No. Se acabó el juego. Me queda todavía otra lección que darte, una de las más importantes. Esto es solo el comienzo. Mi hermosa gata de las Highlands...

El cuchillo que segundos antes sostenía en su mano, salió lanzado hasta la otra punta de la habitación, clavado en la cubierta de madera que adornaba toda la parte inferior de las paredes, después que él asiese sus muñecas con sólo una de sus manos de largos dedos

—¿Qué harás ahora, desarmada?, peso veinte y tantos kilos al menos más que tú, y, soy un hombre.

—¿Y qué diablos tiene que ver eso?—gruñó Alexandra, elevando la pelvis para sacudírselo de encima. No la soltó, al contrario, fue elevando las manos de ella, a pesar de su firme resistencia hasta dejarlas sobre su cabeza. La joven intentó quitarlo de encima sin parar de moverse, de retorcerse bajo el cuerpo masculino. Pero era muy pesado, notó que le faltaba el aire. La mano derecha de Anthony se estaba cerrando sobre su garganta. El miedo comenzó a invadirla, en principio solo como un resquemor en la boca del

estómago.

—Es muy fácil cortar el suministro de sangre a tu cerebro, únicamente he de presionar la carótida en tu precioso cuello. Un momento más, y habrás perdido el conocimiento. ¿Recuerdas cuando hablamos de esto? Otro poco más, bajo hasta tu tráquea y la vida se te escapará. Pero no vamos a llegar a eso, por ahora te quiero inconsciente. Y a mi merced.

Ella quiso gritar, pero él ejercía la presión justa para no dañar, pero la suficiente para que no respirase. tras unos segundos largos y agónicos, el mundo se volvió negro, y su última visión fueron los ojos azules entrecerrados de su profesor.

Esto que ahora comenzaba, debía valer para asustarla lo suficiente para que desechara por completo la idea de rescatar a ese hombre, a esa mujer o a quien diablos fuese. No, no eran celos, solo que ella era una joven muy valiente pero, por mucho que entrenase, seguía siendo una chica sola, y en aquello que quería emprender nadie la ayudaría.

Se alejó de ella, sintiéndose mas que excitado. Había estado luchando como una posesa, retorciéndose bajo su cuerpo. Vestidos ambos solo con aquellos pantalones de algodón, y las camisetas verdosas iguales, pero que a ella le marcaban tan magníficos sus pechos, aunque estuviesen perfectamente sujetos. La tomó en brazos con todo cuidado.

Tenía ya una buena provisión de músculo en su cuerpo esta mujer, en parte culpa suya. La había entrenado a fondo, reforzado, endurecido. Pero aun no del todo, su interior seguía siendo dúctil, femenino, y sensible, aunque escondido tras un genio de mil demonios. La llevó hacia la esquina del gimnasio, enfilando el pasillo, dejándola en la enfermería, sabía muy bien lo poco que le gustaba el oscuro sitio. Sonrió para sí, ese era parte del plan. Dormiría unos veinte minutos, pensó, los suficientes para comprobar que su cómplice había llegado y montar todo aquel asunto.

La segunda parte de su última prueba, seguramente la haría gritar de veras. Conseguiría hacerla sentir tanto miedo, que volvería a su casa en las Highlands a escape.

Todo estabas casi a oscuras, solo una bombilla sobre su cabeza, tan cerca que notaba incluso su calor, cegándola con su resplandor amarillento. Estaba atada, sus muñecas firmemente anudadas sobre su cabeza contra los hierros de una cama estrecha. Sus piernas igualmente restringidas, abiertas, sostenidas por amarres a cada esquina, como un sacrificio en un altar demoníaco.

Miró en derredor, el humo de tabaco flotaba en el ambiente. Esa habitación, la reconoció enseguida, la pequeña que estaba en la planta baja del pabellón de caza, la que servía como enfermería. Ahora recordaba, demonios, había peleado como una fiera contra Tony, en lo que su instructor bautizó como «la prueba final». Recordaba claramente la lucha, el cuchillo volando de sus manos. Él consiguió inmovilizarla, y luego, con la simple presión de sus dedos en el cuello, hizo que perdiese el conocimiento.

—Ya está despierta.— La voz masculina que venía de la esquina de la habitación le era desconocida. Tenía un fuerte tono gutural, un acento extranjero muy marcado.

Sin embargo el rostro de sonrisa malévolamente que vio acercándose a ella, cerca de la cabecera era el de Tony.

—¡Suéltame!—se apresuró a sisear apretando los dientes mientras forcejeaba.

—No. Esto no es entrenamiento, es la vida real. Has luchado y has perdido. Si contra quien peleas, no te ha matado de inmediato, es porque quiere algo de ti., o información...

—O algo más...— La voz gutural sonó más fuerte, a los pies de la cama, y a la vez una mano acarició desde su tobillo desnudo, subiendo sobre su ropa hasta su rodilla, y luego poco a poco más arriba. Una voluta de humo salió de sus duros labios ocultando su rostro.

—¡Suéltense!, esto no es un entrenamiento. ¡Es abuso de poder!

La voz gutural del otro hombre, al que no pudo ver la cara, rió por lo bajo.

—Pequeña, ¿eso vas a decir a los que te capturen? Vamos a abusar de nuestro poder, porque tú eres una cosita insignificante... aunque preciosa...— El hombre saltó ágil sobre la cama, quedándose arrodillado entre sus muslos, ambas manos, como garras se posaron sobre ellos. La bombilla demasiado

baja, solo iluminó un torso masculino casi tan ancho como el de su instructor, con una camisa abierta hasta la cintura. Mostrando demasiada piel y una buena cantidad de músculos. La mano de Tony ancha y caliente le atrapó la barbilla bruscamente, la hizo volver hacia él su verde mirada.

—Vas a gritar, ¿no? ¡hazlo! eso excita más aún los instintos primarios de dos hombres.

Ella se retorció clavando sus talones en el jergón y tironeando con todas sus fuerzas de las ataduras de manos. Intentó morder la mano de Tony, pero él la tenía firmemente asida bajo la mandíbula. Otra mano fue a su estómago, justo bajo sus senos. El pulgar de él quedó entre medio e ellos. Ella buscaba aire, dilatando las fosas nasales, no iba a rendirse sin luchar.

El otro hombre, entre sus piernas expuestas, acariciaba sus muslos encima de la ropa, incluso se atrevió a desabrochar un botón de su propio pantalón oscuro. Se sintió vulnerable, herida, además porque uno de los que la estaba atacando de esa atroz manera, era su instructor. La persona que se suponía que tenía que enseñarla a defenderse, a luchar, a sobrevivir. No hacerle daño de esa forma. No sabía por que, pero solo pequeños y cortos gritos era lo único que escapaba de su garganta.

—Tápale los ojos—dijo *Voz Grave* mientras se llevaba la mano al bolsillo trasero del pantalón, extrayendo una navaja de unas siete pulgadas para abrirla con deliberada parsimonia. La luz reflejó desde la hoja de acero sobre los ojos grises del desconocido como si fuesen los de un fantasma—. Quiero ver que oculta tras esta ropa tan fea.

—Sí, será divertido, me gustará contemplarla a fondo— rió Tony—. ¿Qué te parece muchacha? ¿Te privamos de uno de tus sentidos a la vez? No puedes moverte, no podrás ver lo que pensamos hacer. Quizás te amordacemos también, así tampoco podrás hablar.

—Se me ocurren otras cosas para utilizar esa boca jugosa que tiene— siseó *Voz Grave*.

—Es una fiera, te arrancaría un trozo de polla de cuajo. La conozco bien, la he entrenado. Es una salvaje, muy capaz de ello.

El otro hombre reía, oculto su rostro en la sombra.

—Bueno, no importa, este cuerpo lleno de curvas tiene otros dos agujeros bien aprovechables.

Un grito ahogado de rabia y de frustración por la mano del hombre resonó en el fondo de su garganta dolorida. No, no iba a entrar en pánico, pero aquello estaba escapándose de sus manos. No podía hacer nada contra dos hombres, estaba atada, completamente indefensa.

El segundo hombre *Voz Grave* se posicionó más alto sobre ella moviéndose hasta cabalgar sobre su estómago arqueado. La mano de Tony fue reemplazada por la del otro, pero no pudo ya mirarle el rostro, ni distinguir sus facciones. Una tela que debía de estar ya preparada se ciñó sobre sus ojos cegándola completamente. Gritó otra vez, pero apenas pudo retorcerse. El hombre que estaba a caballo sobre sus costillas debía de ser casi tan pesado como su instructor pues, no pudo moverse un centímetro. Aunque ahora «voz grave» volvió hacia atrás, arrodillado peligrosamente entre sus muslos. Aquellas manos sujetaron con firmeza sus caderas, abiertos sus dedos como garras de halcón. La firme mano dejó libre su boca y el grito que soltó fue ahogado y agónico.

—Suéltenme, cabrones, ¡hijos de puta!

—Oh no... ahora vas a saber o que le puede pasar a una mujer que se atreve a jugar con fuego—*Voz Grave* hundía sus dedos de nuevo en sus muslos, abriéndolos con fuerza bruta, estaba entre ellos, tan pegado que sentía su calor a pesar de la ropa.

La voz de Tony sonó también casi a la misma altura que la de su cómplice.

—¿Crees que quien consiga capturarte va a tener misericordia con tus súplicas, pequeña? Tú querías que se te entrenara, y esto también te puede pasar. Cualquiera día, puedes luchar, puedes perder, puedes morir, o...—sintió frío sobre su estómago y el ruido de su camiseta rasgarse de abajo a arriba. El algodón se rompió ayudado por la navaja de *Voz Grave*. Sintió un cambio de peso sobre la cama, pero no pudo ver, no pudo saber, estaba completamente aterrada. Ruido de pasos. ¿Alguien más? No...

Luego sintió unos dedos tirando de la tira central de su sujetador recatado color blanco, ella ahogó un grito de frustración.

—Mal nacidos...

Pero ellos no dijeron nada. El material de su pantalón estaba siendo igualmente rasgado, dejándola expuesta, desnuda salvo sus braguitas de

algodón.

—¡Hijos de puta!...— Un trozo de tela se embutió en su boca, la obligó a respirar por la nariz y a callar.

Al fondo, la risa gutural se perdió entre el chirriar de una puerta.

Una manta cayó sobre su cuerpo, pesada, áspera.

Luego unos pasos, chirriar de nuevo y un portazo.

¿Estaba sola? ¿La habían inmovilizado y atado y desnudado, para dejarla sola y encerrada? ¿Qué clase de juego era ese?.

Se volvió a agitar, tirando con fuerza de las cuerdas. Aunque los nudos corredizos parecían estrangularla más si forcejeaba, que si se mantenía quieta. Estaba frustrada, no podía gritar, imposible moverse. Entonces vino a la mente la historia que Dafne le había contado sobre Jane, la que fue «novia» de Tony. Se quedó inmóvil pensando en lo que aquella pobre chica tuvo que sufrir en manos de sus captores.

¿Habría sido atada igual que ella? ¿Por desconocidos? ¿Qué llegaron a hacerle hasta que la mataron? ¿Cuánto duró su agonía? Dafne no pudo darle demasiados detalles, solo que después de lo ocurrido a Jane, Anthony, no volvió a ser el mismo

A Daylight le conocía, pero no al otro hombre, *Voz Grave*, que había visto igual que su profesor su cuerpo medio desnudo. Recordó su acento gutural, ¿alemán? su risa oscura. No, imposible, un alemán cómplice en aquello, en suelo británico. Se sintió estremecer. Su padre había alabado el sentido del deber y del honor de los Daylight más allá de toda duda.

Imágenes llenaron su mente, privada de otros sentidos. No veía, no oía nada... salvo el propio atronar de su sangre y el de su corazón. Estaba atada, indefensa completamente, un grito desesperado se quedó atrapado tras su garganta mientras todo su cuerpo se arqueaba y se tensaba... luego nada, su mente dejó de pensar, su cuerpo de sentir... cayó en un vacío frío y extraño.

Su mente asustada vagó por recuerdos inconexos, por aquel día que O'Brian la había acechado, había tendido una trampa para atraerla. Aquella noche hacía ya varios meses en las Highlands, casi recién llegada la caja de su hermana con esa única foto de parte de alguien desconocido, permaneció despierta hasta tarde, cavilando, haciendo planes. Su primo Donald casi la había ordenado que se fuese a la cama, cuando la vio ante la chimenea,

abrazada a la pequeña caja. Incluso cojeando, y ayudado por un bastón, para ayudar a su pierna malherida en la guerra, era un tipo que intimidaba. Más alto que su tío Ian, y mucho más ancho.

Pero cuando estaba en su cuarto, vio luz en el granero. Hasta allí no llegaba la electricidad, se temió que su tío o su primo se hubiesen dejado una lámpara de petróleo encendida, y eso era peligroso.

Solo era correr hasta el granero, apagar la lámpara, y volver a entrar por la ventana, nadie se enteraría. Además, los dormitorios de sus tíos y su primo daban al otro lado. No se darían cuenta de la luz encendida, ni de su corta escapada en medio de la noche. Se calzó sus botas sin pensarlo, vestida con un viejo pijama heredado de su primo menor Bastien. Abrió de par en par la ventana del dormitorio, hacía bastante frío aquella noche. Apenas se sentó en el alféizar y echó los pies para afuera, un leve salto y estaba sobre sus pies fuera de la casa.

Corrió todo lo rápido que pudo hasta el granero, la noche era demasiado oscura, aún no había salido la luna. Aquella zona era tranquila, entre granjas de sembradíos y unas pocas explotaciones ganaderas, aunque no tenía miedo, y llegó pronto hasta el granero. La puerta estaba entreabierta apenas, empujó la hoja y entró sin dudar.

Colgando de una de las vigas que reforzaban la estructura, estaba el viejo fanal de petróleo encendido. Era extraño, no solían usarlo, a no ser que no tuviesen baterías en la linterna. Pero su tío Ian se hacía mayor, y a veces era un nostálgico, podría ser que, sin darse cuenta, lo hubiese dejado así, olvidándolo al ir a hacer otra tarea.

Apenas dio tres pasos en el interior cuando la puerta se cerró tras ella. De las sombras, surgió la conocida figura de Efrein O'Brian. Al parecer no estaba solo, al otro lado del marco de la entrada, un desconocido algo mayor que él, vestidos ambos con los uniformes de los cuerpos Highlanders, fueron a la vez tenuemente iluminados por el reflejo del fanal.

—Hola preciosa, hemos vuelto de la guerra de permiso. ¿Me echabas de menos?

—O'Brian. ¿Qué haces aquí?

—Quería verte, y presentar a mi amigo a mi preciosa y cariñosa pelirroja

—Podías haber esperado a mañana—dijo con frialdad, mientras Efrein

daba unos pasos acercándose más—. Mi primo Donald también está en casa, llegó hace un mes, está herido. No lo volverán a llamar al frente, y a mi otro primo...

—Tsk, tsk. No vengo a hablar con tu familia, la verdad no me interesa, solo queríamos verte a ti. Llevamos muchos meses sin el cariño de una chica guapa como tú, y precisamente esta noche, después de pasar por la taberna, teníamos ganas de una. Le dije a Hanm, ¿quieres conocer a la pelirroja con las piernas más bonitas de todo el pueblo?

—Pues para eso también podías haber esperado a mañana—dijo cortante.

O'Brian estaba apenas a un paso, no retrocedió. La única salida estaba tras los dos hombres. Las ventanas eran demasiado altas y cubiertas con malla para que no entraran las aves. Las manos del hombre intentaron atraparla, pero ella se echó hacia atrás y lo esquivó con agilidad.

—Fuera de aquí.— Su voz sonó serena a pesar de las circunstancias.

—Ayúdame, Hanm.

—La chica no quiere, O'Brian—repuso el otro soldado.

—La chica es tan zorra como su madre. ¿Sabes? La muy puta tuvo dos hijas de soltera. Nadie la quiso por ello, según cuentan de un inglés rico. La hermana era una cosita preciosa también, y salió tan cerda como la madre. Esa, cuentan, se fue con un alemán, y allí donde se la llevó seguro ya tiene varios cachorros de esos hijos de satanás. ¿Crees que esta preciosidad es una virgen? Se habrá tirado ya a medio pueblo.

Sin querer creer lo que estaba oyendo, Alex le estampó un sonoro bofetón que apenas consiguió mover el macizo cuerpo de O'Brian, retrocedió, hasta que topó con una de las horquetas de aventar heno. No se intimidó ante el avance de los hombres, cogió la herramienta punzante y les amenazó con ella.

—No hables así de mi hermana, ni de mi madre, cabrón. Al primero que dé un paso, lo atravieso.

—Suelta eso zorra, sabes que lo que digo es verdad. Te abrirás de piernas para mí y para mi amigo.

—Ni muerta, ¿me oyes?— Dio dos pasos y balanceó el afilado utensilio de labor, amagando un golpe hacia los dos tipos. Ambos se separaron para cercarla.

—Eres imbécil si crees que podrás con dos hombres, será mejor que

sueltes eso, bájate las bragas voluntariamente y no te haremos daño. Solo te follaremos un rato y nos iremos a casa, nadie sabrá nada.

Alexandra empezaba a respirar agitada, con un hombre a cada lado y su pobre defensa, intentando deshacerse de ambos a la vez. Se creyó al fin perdida cuando O´Brian consiguió cerrar su poderosa mano sobre la horqueta y tirar de ella, arrancándola de su mano, haciéndola perder el equilibrio y caer de bruces sobre el suelo cubierto de paja.

Se levantó de nuevo, con la fuerza de la desesperación se lanzó contra O´Brian, este recibió el soberano empujón que le hizo tropezar con sus pies y casi caer. El otro tipo hizo además de avanzar hacia ella y recibió una fuerte patada en las rodillas, la puerta del granero se abrió de golpe.

—¿Qué cojones pasa aquí?

Su primo, con la escopeta de postas, apuntaba a los hombres que estaban a punto de sujetarla. Ambos tipos se tensaron y enmudecieron. Alexandra consiguió rehacerse y afianzarse sobre sus pies.

—Alex, detrás de mí— ordenó Donald sin dejar de mirar a los dos malnacidos que permanecían por el momento inmóviles.

Tomó distancia de sus atacantes, acercándose poco a poco a su primo pegada a la pared, para no interferir en su ángulo de defensa. Este, a pesar de su cojera y que le era absolutamente necesario el uso de bastón, no lo llevaba, para poder sujetar con ambas manos el arma. Retrocedió cubriéndola y pegándose también a la pared del granero. Hizo un leve movimiento con la escopeta, señalando apenas la salida.

—Largaos de aquí, cabrones.

O´Brian escupió en el suelo, su amigo, el tipo que no conocían ni Alex ni su primo, levantó sumiso las manos.

—Eh, no quiero problemas, hemos bebido un poco y O´Brian me dijo que la chica, bueno que era de las fáciles.

—Fuera. De. Aquí—fue la cortante respuesta de Donald—. O´Brian, no te mato por que no quiero acabar encerrado, gilipollas, pero que no vuelva verte la cara. Nunca más.

Ambos tipos entraron en razón y con cuidado y las manos en alto salieron por la puerta del granero. Se perdieron sus pasos en la oscuridad de la noche, solo entonces Alexandra se abrazó a su primo. Este perdió pie por no usar el

bastón y tuvo que apoyarse en la escopeta y en ella, su expresión dolorida y el sudor inundaba su frente por el enorme esfuerzo.

—¿Estás bien?—dijo Alex sujetándole para que no cayese.

—Bien. ¿Y tú? ¿Te han llegado a poner un dedo encima?

—No, casi había conseguido mantenerlos a raya, solo estoy un poco asustada.

—Alex, Alex... da gracias que desde mi estancia en la guerra del continente, mis pesadillas me impiden dormir hasta muy tarde. Paseaba por casa cuando creí verte correr en pijama hacia el granero, y de refilón esa luz que yo no había dejado encendida, ni mi padre tampoco, no ha salido de casa en toda la tarde con ese ataque de gota.

—Lo siento, solo la vi, y pensé que alguno de vosotros había olvidado apagar el fanal. Temí que pudiese producirse un incendio si se caía por algún motivo. He recorrido esta distancia de noche muchas veces, nunca me ha pasado nada.

—Hasta que las cosas ocurren, venga, ya estarán bien lejos. Toma tú la escopeta, y atenta a cualquier movimiento, yo me apoyaré en tu hombro. Eres una chica fuerte y muy valiente. ¿Eh prima?

—Sí primo.

—Pero tu tío Ian es mayor, y yo soy un lisiado. Las voces de esos dos se correrán, y quien sabe. Quizás otros lo intenten y pueden tener suerte. Eres una mujer hermosa aunque no te lo creas, no puedes vivir encerrada en la granja y con miedo. Deberías volver con tu padre, él si puede protegerte. Aquí no hay nada ni nadie a tu altura Alexandra. Eres una mujer con fuerza, con brío. Estos imbéciles pueblerinos querrán tomarte, o domarte a su antojo, tú no te mereces esto.

—¿Se lo contarás a tío Ian?

—No, pero deberás irte con tu padre. No quiero que sufras, y les he oído hablar de ti, y de Marianne mientras me preparaba para entrar. Aquí estás marcada para el resto de tu vida, aunque todo sea mentira. Tu madre solo fue una mujer enamorada con mala suerte. Tu hermana igual, aunque ella se casó con su «alemán». Pero la llegada de esa caja que acariciabas anoche, solo puede significar que...

—Sí, lo sé. Que ella ya no está, pero su pequeño si puede...

Donald asintió comprensivo. Llegaron a casa sin ningún obstáculo, entraron cerrando con cuidado la puerta. Esos dos borrachos de O'Brian y su amigo, se habían largado ya bien lejos, por suerte ni tío Ian ni tía Maggy, no llegaron a enterarse.

—Y desde aquí no podrás hacer nada, solo «el inglés», tu padre, puede ayudarte en esto.

Apenas dos días después tomó el tren que la llevaría a Londres acompañado de su tío. Este la entregó «al inglés», en la misma puerta de su casa, y le hizo jurar que la protegería. Su padre se sintió bastante ofendido de que el «escocés» no se fiara de su capacidad de cuidar a su hija.

—Ya se te escapó una vez, inglés, procura que sea feliz aquí. En esa pequeña granja donde vivimos, una hembra como ella es un problema, no hay ningún tipo a su altura. Ella se merece mucho más de lo que yo pueda ofrecerle.

Su tío Ian la besó y la hizo prometer que se portaría bien, como si fuese una cría, no una mujer de veintiséis años. Le vio marcharse calle abajo, a la cercana estación de trenes, cojeando un poco por su reciente ataque de gota. No volvió a verle, unas fiebres se lo llevaron un mes después. Su primo tenía razón, su sitio era en Londres, y a la vez con su padre.

El volver junto a él le facilitó el convencer de buscar ayuda para entrenarla, y ser lanzada hacia Berlín en busca de lo único tangible que su hermana había dejado en este mundo tras morir en un bombardeo en Berlín, un niño de apenas siete años.

Según las informaciones conseguidas, el pequeño quedó al cuidado de Adler, cuñado de Marianne y hermano de Verner, pero este desapareció y fue dado por muerto en el frente griego. Posteriormente a este desafortunado desenlace, había sido entregado por la cuñada de su hermana a un orfanato. Ella no quiso cuidar al pequeño «medio inglés», no tuvo compasión alguna hacia él. Lo desechó igual que a una cría indeseada de animal molesto.

Pero ella sí lo quería, y haría todo lo que fuese por sacarlo de Berlín sano y salvo hasta Bretaña. Estar en Londres, volver con su padre le había dado esa oportunidad.

Todo lo vivido en las Highlands le enseñó algunas cosas, a no confiar en los tipos como O'Brian, y por lo visto, tampoco en el hombre que la había

enseñado tanto, pero que había aprovechado lo más mínimo para humillarla delante de un desconocido. Y maldita sea, ella estuvo a punto de entregarse a él «voluntariamente» apenas dos días atrás.

¿Volverían? ¿Se estarían emborrachando, como su antiguo pretendiente y su «amigo», los que le hicieron la encerrona en el granero?

Había confiado en él, alguna vez se sintió fuerte y a la vez protegida entre sus brazos. Recordó como ella había iniciado aquel beso, días atrás que si no fuese por... ¿la caballerosidad del capitán Daylight? Y una mierda. Quizás le gustaba compartir a una mujer para disfrutar, ella había escuchado cosas, visto cosas, no era una niña.

Y solo notó vacío y soledad a su alrededor. El hombre en el cual confiaba plenamente, la había traicionado.

Pero, ¿hasta dónde?



Los dos hombres avanzaban por el pasillo escasamente iluminado. Estaban cerca de la salida del pabellón, desde allí, ella no podría escucharles.

—Gracias por venir, no es algo que sea muy convencional pedir a un hermano...— Tony llegó antes a la entrada y se dejó caer en el dintel, cruzándose de brazos.

—No creas que no comprendo los motivos.— Se terminó de abotonar la camisa, antes de coger la chaqueta, que estaba dejada de caer en uno de los pomos de la puerta—. Pero aterrorizar de esa manera a esa chica... Sé lo que pasó Dafne cuando estábamos en Berlín, y soy reacio a hacer que una mujer pueda sentirse igual de indefensa. Joder, disparé a un soldado sin pensarlo con un tiro entre las cejas, cuando lo vi sobre ella, a punto de violarla.

—No te creas que no me dieron ganas de asesinarte, hermano, resultaste demasiado convincente. Cuando estabas encima de su cuerpo y la tocaste... Mierda. Aunque, mejor esta representación, esta tonta pantomima, antes de que se vea envuelta alguna vez en una situación similar.

—No fuiste culpable de lo que le pasó a Jane.

—Yo la entrené durante seis meses. Ella era más menuda que Alex, aunque una fiera luchando. Vencía a casi todos sus compañeros de entrenamiento. Fue la primera mujer que he entrenado, y a los dos meses de

su lanzamiento, recibir esas noticias... Cuando la enviaron a Francia supuse que había riesgo, siendo terreno ocupado, aunque controlado. Pero cuando tuvo que sustituir a ese correo de última hora en Alemania, el «topo» allí afincado la encontró destrozada, violada, muerta., dijo que no pudo hacer nada. ¡Vamos no me jodas! Desde ese momento intenté que retirasen la confianza en ese hombre, pero es el único que tenemos mimetizado dentro de la población desde hace más de treinta años. Los jefes afirman que es completamente de fiar, pero yo... El contacto de Alexandra temo que es ese mismo tipo, el único que puede ofrecerle cobertura en esta situación según tengo entendido.

—No quieres que le pase nada a esta chica.

—Deseo que haga su maleta y se vaya al norte, a su casa. Y que allí se quede hasta que se acabe la guerra. Vuelva o no, el hombre que espera, ella estará a salvo.

—¿Por qué crees que es un hombre a quien debe rescatar? ¿No será a una mujer? ¿La hermana de la que me hablaste?

—No lo sé, maldita sea. Bossfield me dio a entender que esto no era una misión «oficial». Hay algo que se me escapa, pero ella no abre la boca, y lo he intentado de todas las maneras posibles. Hasta he llegado a registrar sus cosas, salvo esas cartas que están guardadas en una caja. Pero nada.

Henry suspiró mientras Anthony se quitaba de la puerta para dejarle pasar. Le puso un dedo en el pecho a su hermano menor.

—Ni una palabra de esto a mi mujer. Dafne me mataría si llega a saber que te he ayudado en este teatro.

—Sí, no te preocupes hermano-rió—. Todo un coronel, con el pecho lleno de medallas con miedo a esa cosita dulce que tienes por esposa.

—¿Cosita dulce?—rió fuerte—. Tú no la has visto cabreada.

—Sí, la he visto, y comparada con Alex, es un amor.— Señaló atrás con el pulgar—. Esta sí que es temible, y encima tiene una fuerza que me hace emplearme a fondo.

—Y preciosa... una mujer muy, muy bien...—hizo con sus manos un gesto modelando las curvas femeninas en el aire. Alzó una rubia ceja sonriendo a su hermano de medio lado. Tony no pareció tomarse a bien sus palabras. Se vio empujado en pleno pecho por la manaza de su hermano

menor. Joder si tenía fuerza, estuvo a punto de hacerle estrellarse contra la pared del pasillo

—Fuera ya, si no quieres volver a casa con «un ojo a la funerala». A ver como se lo explicas a la «cosita dulce» que tienes por mujer.

—Eh, fuiste tú el que me dijiste lo que tenía que hacer, que le tocara las piernas, y que me montara encima de su vientre para sujetarla. ¡Y tampoco he visto tanto! Apenas el ombligo, te cercioraste que estuviese en la puerta para empezar a romperle la ropa. Eso sí, tiene un lunar precioso justo al lado de... Y unas pecas muy graciosas sobre sus hombros.

Tony hizo el amago de darle un puñetazo y riendo Henry lo esquivó

—Eres un hombre casado y no se espera que te fijes en otras que no sea en tu mujer, ¡largo ya!

—Vale, vale, uf.. «marcada de territorio», ¿estás seguro que no es solo miedo a que le hagan daño? Tú quieres algo con ella. ¿O ya lo tienes?

—¡Largo!—empujó a su hermano mayor hasta dejarlo fuera y este se rió cuando cerró la puerta con doble vuelta de llave. Escuchó poco después el ronroneo fuerte del motor del *Phantom* que Henry había dejado oculto en el recodo del camino.

Ahora el segundo «acto». Esperó un rato, la espió, pero ella permanecía inmóvil, completamente. Respiraba bien a pesar de estar amordazada. No daba señales ni siquiera de estar nerviosa. Simplemente parecía expectante, tensa. Pero mejor de lo que preveía. ¿Habría servido para algo la representación?

Se tomó su tiempo observándola a su antojo, a pesar de estar cubierta, su cuerpo se marcaba perfectamente bajo la fina manta. Sabía «demasiado bien», todo lo que había debajo.

Al final viéndola respirar bien, pausadamente, a pesar de su mordaza, se decidió a dejarla sola. Subió arriba, se dio una ducha rápida, se secó y se vistió. Miró el reloj, llevaba sus buenos cuarenta y cinco minutos encerrada en la enfermería, restringida y cegada. Ya habría aprendido la lección, supuso. Cuando volvió a salir del apartamento para ir al bajo, apenas comenzaba una fina lluvia, aunque el horizonte se iluminaba de vez en cuando con relámpagos de tormenta. El viento hizo crujir las ramas de los árboles como preludio de lo que se avecinaba.

Ahora a por ella. Nunca, jamás, había llegado a tal extremo por disuadir a alguien de dejar «el grupo». Esperaba haber hecho una actuación convincente.

El usar a su hermano en aquello había sido una idea meditada. Ella, en realidad, si solo él fuese el único hombre en esa habitación, no hubiese pasado verdaderamente miedo. Sabía que la atracción que sentía por Alex era mutua. Quizás el haberle hecho eso mismo, pero a solas, la hubiera hasta excitado. Ella disfrutaba en la lucha, y de sentir la adrenalina correr por sus venas. Conocía, por sí mismo, que eso era casi «un vicio». Cuando te acostumbras a vivir en el filo del peligro, eso mismo es tu motor y te sientes tan excitado como entre los muslos de una mujer hermosa. Y Alexandra McKonky había dado muestras sobradas de gustarle la adrenalina. En el sexo sería igualmente de adicta. Joder, seguro.

Pero introduciendo un elemento desconocido, que ella no supiese dominar, era harina de otro costal. Había instruido a Henry con cada frase y cada movimiento que hacer. Aunque se sintió verdaderamente celoso de que las manos de su hermano rozaran las piernas de Alex aunque solo fuese sobre sus ropas, y estuviese arrodillado entre sus muslos abiertos sobre el jergón. Se tuvo que dominar de verdad, por no arrancar esa sonrisa de medio lado de su hermano, cuando con voz fingida, imitando el inglés bajo acento alemán, trepaba a la cintura de Alex para taparle la boca mientras él preparaba la cinta para los ojos y la mordaza para su boca. Le empujó fuera del cuarto antes de empezar a romperle la camiseta. Joder, casi le da una patada a su duro trasero.

Y aún así, sabiendo que él era lo suficientemente caballero para no mirar, se sintió celoso de que estuviese en la puerta aunque fuese de espaldas.



Abrieron la puerta. El ligero chirrido sonó inmisericorde a sus oídos. Se paralizó completamente, apenas respiró. Dos pasos, tres, un solo hombre, si sus sentidos no le fallaban. Dio un respingo cuando a la vez de sentir hundirse el colchón y un roce en sus manos casi dormidas por las ataduras. Estas pronto cayeron rotas. Sus propios y doloridos dedos volaron hasta sus ojos, quitando la venda y escupiendo con su ayuda el trozo de tela de su seca

boca. La mirada azul de Tony la recorrió con cierta preocupación aunque su pose era ciertamente intimidatoria, con una de sus rodillas puesta en el colchón, una de sus manos sujetándose al cabecero metálico y otra, con una pequeña navaja abierta entre sus dedos.

Ella se incorporó retrocediendo hasta la pared instintivamente, luego se escurrió hacia los pies de la cama. Le miraba con esos ojos tan verdes oscurecidos por el miedo. Susurró apenas, sin intentar ni siquiera cubrir su cuerpo casi desnudo.

—Hijo de puta.

Tony se levantó y se cruzó de brazos. Entrecerró su mirada azul y se encogió de hombros.

—Tendrás que vivir con ello. Supérelo McKonky.

—Confiaba en ti.

Alzó un brazo y se cubrió el pecho desnudo con el.

—No deberías confiar más que en ti misma. Esta es la última lección que te daré, quizás la que te salve la vida.

—¿Dónde está el otro cabrón?

—Se ha ido.

Ella aún así miraba nerviosa para la puerta. Se levantó al fin casi de un salto, sin ya cubrir su pudor, abandonando la manta con que la había tapado. Caminó hacia la salida, sin decir palabra, casi desnuda, pero con la cabeza alta. Una vez en la salida se agarró al dintel, y siseó.

—Me voy, no te atrevas a interponerte en mi camino. No respondo de lo que pasaría.

Tony la vio alejarse a paso rápido y escuchó el portazo. Madre mía, desnuda como una diosa pagana y orgullosa como la reina de Inglaterra. Soberano regalo de su belleza a sus ojos incrédulos. Un relámpago iluminó todo el pabellón y el trueno hizo eco en la amplia sala. Ella había corrido lo más probable a esconderse en su dormitorio. Mañana cogería el coche de Henry y la dejaría en la estación de tren más cercana. Llamaría a Bossfield para decirle que la operación de rescate en Berlín se anulaba, y solo entonces respiraría tranquilo.

Casi no dudaba que ella se volviese a sus Highlands, aunque con McKonky, nada fuese previsible.

Tony intentando tranquilizarse empezó poner un poco orden, tras ello, apagó la bombilla de la enfermería. Tras unos minutos se fue hacia la puerta acristalada. Contempló, por unos instantes el agua caer fuertemente sobre el campo anochecido. Y a la vez que otro relámpago, una figura alejándose bajo la lluvia con una mochila a la espalda. Tan vestida de oscuro, que si no fuera por los dos segundos de luz, nunca la hubiese descubierto.

—Alexandra...—susurró.

Era ella, huía en la oscuridad, bajo la tormenta y hacia ninguna parte. ¡Esa muchacha había enloquecido! Abrió la puerta. Intentó gritar su nombre, un relámpago rasgó el cielo.

—¡Alexandra!— Un nuevo trueno acalló su llamada. El suelo empezaba a embarrarse fuera del círculo de gravilla del pabellón. Caminó tras ella cada vez más rápido. Viendo su figura a intervalos entre los relámpagos. Correr sin protección alguna en medio de una tormenta eléctrica era peligroso. Aunque un rayo no le alcanzase, ya estaría empapada hasta los huesos, enfermaría.

—¡Alexandra! ¡Detente!

Esta vez creyó verla mirar atrás apenas un segundo, al siguiente redoblar la velocidad de su paso. Tony emprendió entonces una rápida carrera para alcanzarla antes de que se perdiese por los caminos. Una vez que se salía del que llevaba al pabellón, eran varios los que se entrecruzaban. Uno llevaba hasta el pueblo, pasando por el *cottage*, y otros hasta diversas casas unas más escondidas que otras.

Se acercaba a ella. Y de nuevo Alex se giró, creyó ver cómo sus ojos se agrandaban y dejar caer el equipaje, emprendiendo una frenética huida hacia el interior de la arboleda.

—¡Vuelve aquí maldita sea!—gritó entre los siguientes truenos. La podía ver a intervalos. Ella era muy rápida, sus piernas, casi tan largas como las de él, la lluvia no la parecían molestar, ni los truenos intimidar.

De pronto dejó de verla. Recorrió unos metros más, pero no, se había volatilizado en la oscuridad. Frenó casi en seco y viró en redondo. Debía de haberse ocultado entre la maleza del sotobosque, cada paso que se habían internado, se volvía más frondoso e intrincado.

—¡Alexandra! Sal de donde estés. Nos estamos mojando y enfermarás.

Mañana te llevaré a Londres, a la estación de tren o donde quieras. No tienes nada que temer de mí.

Dios estaba gritando como un loco a la oscuridad, y ahora sí que parecía un maldito acosador.

—¡Alexandra!

Su voz casi se quebró. Maldita sea, quiso asustarla, pero no hasta el extremo de que huyese en plena tormenta. Simplemente creyó que ella se encerraría ofuscada en su dormitorio hasta el día siguiente. No esa loca carrera que había emprendido sin destino.

—¡Alexandra!—volvió a gritar—. Discúlpame, mujer, yo solo quiero mantenerte con vida. Eres perfectamente válida para este trabajo, pero a la vez demasiado inocente. Niña, sal de donde estés, nunca podría haberte hecho daño, Alex...

A su derecha, a apenas cinco metros, medio cubierta de fango, una figura se alzó entre la maleza. Su rostro estaba manchado, y solo sus ojos y apenas sus labios eran reconocibles. Debía de haber permanecido con el cuerpo en tierra, mimetizada, tal y como le había enseñado días atrás, en la teoría. Solo la estaba viendo, porque ella quería, era buena, muy buena.

Tony avanzó un paso, ella volvió a retroceder.

—No... no te alejes, Alex—le tendió una mano. Pudo contemplar entonces que por sus mejillas comenzaban a fluir lágrimas, además de lluvia. Arrastrando de sus mejillas abajo hasta su garganta la suciedad y el lodo—. Alex...— otro paso más hacia ella—. Pequeña, ven conmigo.

Al fin Alexandra tragó el nudo que tenía en su garganta, ahora podía verlo de nuevo. A él, a Tony, no al instructor, ni como uno de los hombres que la había intentado aterrorizar en la oscuridad del cuarto de enfermería. Su cabello ensortijado húmedo, empapado de lluvia, igual que ella, una mirada francamente preocupada, sincera, en sus expresivos ojos azules. Esa mano abierta, fuerte, extendida en muda súplica.

—Ven aquí, pequeña...—le hablaba como a un animalito asustado.

Quizás eso era lo que parecía ahora mismo. Cubierta de suciedad, y de barro. No era tan valiente, no era tan arrojada. La experiencia que acababa de vivir, le había traído amargos y dolorosos recuerdos. Pero de eso, él no tenía la culpa. Tony pretendía quizás hacerla pasar por cada una de los amargos

tragos que podría llegar a vivir si la capturaban. No sabía que ella casi había vivido ya esa experiencia. Era una clase más, una prueba para comprobar sus reacciones, huyendo de esa manera, lo había arruinado todo.

—Confiaba en ti—susurró.

Permaneció quieta, abrazada a si misma, con su cara sucia, mojada de lluvia, temblando.

—Ven conmigo, volvamos a casa, Alex.

—¡Confiaba en ti!—recalcó, mientras avanzó hasta él cerrando los cuatro o cinco pasos que aún les separaba. Le empujó en pleno pecho y estuvo a punto de resbalar. Tony la sujetó contra él, mientras Alexandra se derrumbaba.

—Nunca, nunca me vuelvas a hacer una cosa así.

Un largo sollozo contra su hombro la hizo abrazarla con más fuerza.

—Tranquilízate Alex, era una prueba, tenías que superarla. Mis alumnos siempre han tenido que pasarla iguales o similares... No estoy contra ti, no voy a hacerte daño. Solo quería evaluar tu reacción, y si no te veías capacitada, que pudieras elegir el volver a tu hogar y olvidar todo esto—se separó de ella para tomarla de los hombros—. A casa Alex, volvamos a casa.

La tormenta volvía a retumbar en la lejanía. La lluvia se hizo otra vez más fina. El destello de los relámpagos les indicó el camino. Ella permaneció en silencio caminando a su lado, Tony recogió su precario equipaje manchado de barro y se lo puso en el hombro mientras tiraba de ella suavemente. La joven estaba mortalmente silenciosa durante el camino de vuelta. Esa no era su descarada señorita McKonky, había algo más detrás de su frenética huida.

Una vez en el pabellón Tony hizo que se metiese en el baño para que se limpiase el lodo que casi la cubría y volviese a entrar en calor de nuevo. La escuchó echar el diminuto cerrojo. Él esperó, quitándose la camisa y secándose con una toalla. Después quitó el barro del suelo igualmente, haciendo un poco de tiempo. Una vez que ambos estuviesen tranquilos, hablaría con ella de su ataque de pánico. Un agente de campo no se podía permitir esos arranques. Tenía que dominar la situación, no que las circunstancias le superasen, si no se veía capaz, le aconsejaría volver a su casa y esperar el desenlace de la guerra, sin pretender llevar a cabo esa misión casi suicida.

Alexandra dejó correr el agua por su cansado cuerpo, el lodo que cubría su rostro y sus manos se fue por el desagüe, dejando su piel limpia, pero su mente no podía despejarse de la misma forma. Sentía en el fondo que no había superado la prueba, que había fallado de manera miserable. Debía de haber luchado contra él, no huir como una niña asustada. Golpeó varias veces con sus puños la brillante superficie de azulejos, impotente, enfadada consigo misma. Cerró el grifo y tomó la toalla secándose con brío, para vestirse luego con su sencilla camiseta de dormir, y sus pantalones de pijama, más que usado. Luego se quedó quieta, apenas a medio metro de la puerta, sin saber que hacer, como reaccionar cuando volviese a ver a Tony. Se debatía entre volver a salir corriendo, encerrarse en su dormitorio, atrancando la puerta con una silla, o lanzarse hacia sus brazos protectores, y... dejarse llevar por una sola vez en su vida.

Nunca se permitía lujos tales, ¿por qué? ¿Quizás por que todo lo que alguna vez «amaba» desaparecía de su lado? ¿O por que en realidad, de alguna forma se sentía malditamente culpable de todo lo pasado a su hermana?

Aunque ahora, abandonar su voluntad a la de él, desnudar su cuerpo mejor que su alma, ser poseída por ese hombre fuerte, que tanto había vivido y luchado, como si a través de su unión física pudiese vislumbrar un poco más, y decidir que sería luego de su vida cuando todo acabase, era lo único en que podía pensar. Estaba muy segura de su propósito, en primer lugar estaba su misión de rescate en Berlín, pero, tampoco quería irse, alejarse del lado de Tony sin haberle dado oportunidad de sentir, de fundirse con él, de entregarle por una vez su cuerpo. Y tenía que admitir al menos eso, necesitaba que le hiciese el amor con auténtico desespero.

Los minutos pasaron, ella no salía, los grifos hacía rato que dejaron de correr. Tony empezó a preocuparse, fue hasta el baño y llamó a la puerta.

—Alex, ¿Te encuentras bien?

Al otro lado solo silencio.

—Alex, ábreme la puerta—agudizó el oído, nada en absoluto—. ¡Alexandra!

A punto estuvo de dar dos pasos atrás para patear la puerta y romper el pestillo.

Ella abrió por fin, vestida con su camiseta y sus pantalones limpios y le miró enojada. Pero el enfado no era con el hombre, era con ella, se estaba sintiendo demasiado vulnerable en esos momentos, demasiado necesitada de una caricia por su parte, y él ¿estaría dispuesto a ello? No lo sabía, lo más fácil para evitar salir herida, era atacar, dio un paso al frente, más que decidida a dejar los sentimientos a un lado, pues eso era lo que la hacía débil.

—Déjame en paz instructor. Ya me has demostrado lo hombre que eres. Ya sé que me he «roto», que no soy válida para este trabajo. Pero aun así... estoy decidida a ello.

Fue a empujarle, pero Tony sujetó sus manos.

—Alexandra...

—¡Qué! maldito seas.

La observó fijamente, e hizo que ella le mirase cogiendo su barbilla terca.

—No estás así por la prueba, ¿hay algo más?

Ella al fin le miró casi sin parpadear, negaba con la cabeza.

—Has roto toda mi confianza.

—Era una prueba necesaria, Alex. Debías que experimentar el miedo en tu propia carne. Tenía que hacerte ver a lo que te enfrentabas. Hasta ahora solo había sido teoría. Hoy sabes hasta donde pueden llegar si alguien te atrapa.

Ella se deshizo con furia del suave agarre sobre su mandíbula, pero no pudo empujarle. Le estaba dando tontas excusas con tal de no abordar el tema. Tony la sostuvo de los hombros, contra el dintel de la puerta. A tan pocos centímetros que solo podía respirar el mismo aire.

—Quiero que vuelvas a tu casa, mujer. ¡Olvídate de todo! Nadie merece que arriesgues tu vida casi finalizando la guerra en el centro justo de la última batalla.

Ella quiso deshacerse de sus manos pero él la mantuvo clavada en el sitio, apoyada contra el marco duro de madera. No tenía más escapatoria que seguir escuchando sus palabras. Intentó endurecer su expresión, además de su corazón.

—No.

Le mantuvo la mirada sin inmutarse, aunque lo que realmente deseaba era que la dejara en paz, o que se la follara, joder ¡ni ella lo sabía en ese

momento!

—Espera a que todo pase, si... él está vivo le soltarán cuando ya no sea importante.

—No hay nadie preso.

—Si está oculto o retenido, dejará de ser valioso en unos cuantos días. Semanas tal vez. Los hombres comenzarán a regresar cuando todo se tranquilice.

—No puede volver solo, él...

—Alex, cuéntame, ¿Quién es él? ¿Es tu amante? ¿Por él vas a arriesgar la vida estando a un paso del fin? ¿Verdaderamente se lo merece? ¡Maldita sea! ¿Tan bueno es en la cama como para morir por él?

Ella se revolvió pero Tony le mantuvo fijo el agarre, sus manos amplias la dejaron solo para envolverla por la espalda y apretarla contra su pecho sin camisa. Notó que su instructor también temblaba, igual que ella. Todas sus barreras empezaron a caer una a una para su desgracia. Estaba desarmada. Su voz suave, a pesar de que ella estaba intentando atacar, la hizo desmoronarse.

—No es lo que crees—suspiró bajito contra su hombro desnudo. Dejó caer en él su cabeza, derrotada. Respirar su aroma la embriagó, cuando ese hombre la sostenía tan cerca, le era imposible pensar, solo sentir. No se había puesto el sujetador bajo la camiseta después de la ducha, él debía de notarlo. Aún así la apretaba contra su cuerpo igual de cerca, abrazándola firmemente. No tenía escapatoria, lo supo.

—Desde...—Tony no sabía como abordar el tema, solo necesitaba seguir amoldando su cuerpo fuerte y femenino contra sí, era lo único que deseaba en este mundo, sustentar por siempre a Alexandra McKonky, su gata salvaje de las Highlands—. hace dos días... cuando me diste esa bofetada, y luego me distes un beso... y yo... bueno, te dije que en breve debía llevarte ante Bossfield...

Ella rozó sus labios deliberadamente contra la piel desnuda de Tony y los escalofríos de placer se multiplicaron por cuerpo del hombre.

—Cuando nos besamos... empecé a dudar de que a quien ibas a rescatar fuese tu amante.

—No me preguntes sobre eso, no puedo decirte nada.— Sus labios ya no rozaban, llanamente besaban el hombro masculino. Señor, lo deseaba tanto.

Tony echó la cabeza hacia atrás en un hondo suspiro, mientras sintió crecer el calor de su cuerpo, y más plenamente el de ella. Otro roce, otro minúsculo beso. El olvido, necesitaba eso mismo, dejar su mente en blanco, solo sentir, sin pensar en unos momentos en el duro mañana.

—Tengo que saberlo —suplicó con voz queda Anthony.

Ella le miró de soslayo mientras volvía a posar delicadamente sus labios en su hombro cálido. ¿Su instructor implorando? Eso era nuevo, y a la vez excitante.

—¿Por qué?

—Porque esta noche quiero hacerte el amor.

Ella sonrió contra la piel desnuda del pecho del hombre. Sí, ella también lo deseaba.

—Créeme, nadie te lo impide.

—¿Confías de nuevo en mí?

Ella asintió, para sí pensó que nunca había dejado, en el fondo de confiar en el hombre. Su mente ofuscada quizás por unos instantes confundió pasado y presente, pero no, Tony era su instructor, el hombre que la sostenía ahora con firmeza contra sí, y a la vez temblaba de deseo al igual que ella.

—Tú no eres como él. Ahora que, bueno, ha pasado toda la prueba, me doy plena cuenta de ello. Él era un sinvergüenza y estaba borracho, solo le excitaba dominar a una mujer, sobre todo a una más fuerte que él, si me rondaba era por eso, por ver lo que podía sacar de mí, y encima fue tan cobarde de hacerse acompañar por su amigo. Sabía que él, solo, no podría conmigo. Tú no eres él, lo veo en tus ojos.

Tony la sujetó con firmeza los hombros.

—¿De qué demonios estás hablando? ¿Quiénes te han hecho daño? Dímelo ahora y te prometo matarlo con mis propias manos.

La última frase fue dicha en un tono ronco y visceral. Ese arranque pasional, y el sentirse sacudida por los hombros, mientras la miraba a pocas pulgadas, con el ceño fruncido sobre sus iris casi turquesas. Esa voz fuerte, preocupada, a la vez que irritado y protector, hizo que se derritiera por dentro. Ella se alzó de puntillas y le besó suavemente en los labios. Sintió ganas de reír esta vez.

—Eso pasó hace tiempo, y no debe preocuparte. Ya no me duele, ya no

siento nada. Solo te deseo a ti, y que me hagas olvidar aquello, y todo lo que vendrá, de aquí en adelante, al menos por esta noche.

Tony no quiso presionar más. Si a ella ya no le dolía el pasado, y ya se sentía fuerte para afrontar el futuro, lo había superado. Él solo debía concentrarse en entregarle todo lo que pudiese admitir en las siguientes horas. La amaría tan profundamente que olvidaría todo lo malo que le hubiese ocurrido. Y por añadidura, los brazos de ese hombre que tiempo atrás le hizo daño. Él la sostendría, la abrazaría, le daría su fuerza, su valor, hasta su misma alma, aunque solo tuvieran esa noche, debía de aprovecharla. Haría el amor a Alexandra con todo su ser.

Ajena a la tormenta de pensamientos dentro de la cabeza de Tony que no era menor que la que bullía dentro de ella, Alex se dejó llevar. Durante unos minutos se dedicó a disfrutar de sus labios duros contra los suyos suaves. El roce de sus dientes y la caricia íntima de su lengua, en franco abandono. En un segundo ambos se separaron y respiraron hondo. Dejaron caer juntas sus frentes al unísono.

—Ven a mi cama—susurrando, Tony la tomó de la mano. Tiró suavemente de ella hasta llevarla a la puerta de su dormitorio. Ella ya lo conocía, de pocas noches atrás, había dormido a su lado, y aunque se mostró ofendida, se había sentido inmensamente bien.

Él no encendió la luz, los relámpagos iluminaban cada poco tiempo a través la amplia ventana, al lado de la gran cama.

—La tormenta vuelve...— suspiró ella.

—Ha girado sobre sí misma.

Ambos se quedaron unos segundos quietos. De la mano, ante el lecho que les esperaba, a oscuras. Alex se enfrentó a Tony mientras él le sacaba su camiseta gris por la cabeza sin dejar sus ojos. El hombre tragó saliva al desviar hacia abajo su mirada, hasta sus senos desnudos, su vientre tenso. Las manos de la mujer volaron sobre su ombligo hasta el nudo que sujetaba sus pantalones de pijama de suave tela gastada. Estos cayeron al suelo dejándola solo con unas braguitas blancas de algodón. Dando un paso hasta él, salió del lío en que habían quedado sus ropas en el suelo.

Las manos de Tony la sujetaron con firmeza en ese paso para luego pegarse a ella en un abrazo y volverla a besar con intensidad creciente. Su

lengua recorrió sus labios henchidos de deseo, enviando punzadas de ansiedad a su bajo vientre. Sus manos recorrieron el cuerpo de mujer casi desnudo, ofrecida a él sin el menor atisbo de miedo o de vergüenza. La sensación exquisita de su piel bajo sus dedos era enloquecedora. Deseaba tanto estar bien clavado dentro de ella, tanto que olvidara todo, a todos. Ser el único hombre para ella. No le importaba si había habido otro antes de él, quería ser el último, el que la sostuviera de aquí en adelante, por siempre.

Las manos de ambos paseaban por el cuerpo del otro aprendiendo cada hueco, cada forma. Tony no quiso deshacerse todavía de sus propios pantalones mientras la empujaba a la cama, donde ambos cayeron enredados y ansiosos. Deseaba prolongar un poco más, provocarla, hacerle llegar a un nuevo límite, tironeó de las última prenda femenina que les impedían el más íntimo contacto. Ella alzó las caderas retándole a continuar.

Él aceptó ansioso el desafío sin ponerlo en duda. Se dejó caer a todo lo largo del cuerpo de Alejandra, haciéndose hueco entre sus muslos con un hábil movimiento de rodillas aprendido hacía ya demasiado tiempo. Rozó toda su erección apenas controlada por sus pantalones por el mismo centro de placer de la mujer. Esto hizo que ella se arquease en su contra, en busca aún de más. «Si, pequeña, te lo daré todo, pero a su justo tiempo». Antes iba a disfrutar del festín de su piel de satén, de sus pechos libres y redondos. Estos centraron su atención llenándolos de caricias rozando en la dureza, y de ligeros mordiscos sobre sus picos apretados. El gemido de la mujer fue largo y placentero a sus oídos. A la señorita McKonky le estaba gustando, sin duda. Sonrió mientras soplaba un poco sobre el rosado y dolorido pezón, este pareció enervarse más y clamar de nuevo su atención.

Ella seguía rozando su pubis contra la tela de su pantalón, y juraría que estaba ya tan mojada como si todavía estuviese bajo la lluvia. Era hora de comprobarlo. Las manos de Tony descendieron por los costados de Alejandra, a la vez que sus labios bajaron dejando una estela de besos sutiles por el vientre y el ombligo redondo.

—¿Dónde vas?—susurró Alex al sentir que abandonaba las caricias hacia sus senos que tanto estaba disfrutando.

—No demasiado lejos—fue la respuesta del hombre, siguiendo su camino más abajo, hasta rozar y perderse por debajo de su ombligo.

La sensación de ser besada y observada de manera tan íntima, trajo a la mujer una mezcla de sentimientos entre la más salvaje excitación y la vergüenza de sentirse explorada tan hondamente, y por lo visto la cosa no terminaba ahí.

En ese instante una ola de placer barrió su cuerpo. La lengua de Tony había llegado justo a su centro, los dedos se había colado entre su humedad, abriéndola para que su boca la tomara con entera plenitud. Jugeteó con su clítoris, experto, inflamando más su deseo, tanto que pensó estallar en llamas, como pájaro de fuego. Su propios gritos de placer llenaban la habitación, y los más quedos de Tony, que sonaban como si degustase un manjar delicioso y especiado solo para su placer.

Tony no se lo pensó más, empezó a arrancar sus propios pantalones, abrumado por la sensación de nueva urgencia, acicateado por los sonidos rasgados de la garganta de la mujer. Trepó de nuevo completamente desnudo por su cuerpo con renovadas ansias, quedando de nuevo frente a frente, piel contra piel.

mientras ella tomaba su rostro entre las manos para buscar de nuevo sus labios, teniendo noción de su propio e íntimo sabor en la boca masculina, él acarició la entrada de su vagina con los dedos, comprobándola cálida y húmeda. Tomó en su mano su miembro endurecido, necesitado, y rozó todo el camino de su sexo, desde su clítoris hasta su vagina, suave despacio, una, dos, tres veces. Ella alzaba las caderas para invitarle a entrar en una muda y anhelante súplica acompañado de su hondo gemido.

Tony se decidió a complacerla al fin, la primera vez quizás fuera así, dura, ansiosa, no podía esperar más, ni jugar de nuevo con ella, pero se prometió que la segunda y quizás una tercera sería tan dulce y lento como le fuera posible. Ella tampoco ponía impedimento a su avance, demostrándose tan deseosa y ávida como él mismo.

Devoraba con ansia sus labios. Señor, cuanto la quería, cuantos días necesitando esto mismo, que ella le ofrecía sin la más mínima duda, cuantas noches solitarias hasta hoy, por todos los demonios.

—Confío en ti.

Apenas susurró ella contra su boca, él asintió mientras de un solo certero golpe, se introducía sin remisión en las entrañas de la mujer que tanto había

soñado.

El gemido roto de Alex lo dejó paralizado, ya bien dentro de ella. El cuerpo femenino se tensó como un arco. Entonces Tony cayó en la cuenta, no había habido otro hombre antes de él, nunca. Las formas desinhibidas rayando en el más total descaro de Alex le habían hecho creer por error de lo contrario. Y esa extraña historia que le estaba apenas contando mientras le besaba de esos dos tipos... Se quedó quieto mientras se apoyaba en los codos para no agobiarla con todo su peso, le tomó suavemente el rostro entre las manos y suplicó quedamente.

—Abre los ojos pequeña, el dolor pasará.

Ella respiró despacio y poco a poco destensó sus músculos. Él sintió cada uno de ellos volver a la normalidad. Entonces la besó profunda y lentamente. Tan consciente y satisfecho de ser el primero en sentirla que creyó que si no se controlaba, se derramaría de pura exaltación. Se quedó dentro de ella, tan quieto como pudo, pero a la vez con el urgente deseo de seguir clavándose en su interior, con deseo animal y primitivo de posesión.

Alexandra se sintió defraudada, él continuaba quieto, dentro de ella, la estaba besando, pero no veía por ninguna parte los «arcoíris», ni los «fuegos artificiales» que le describió su hermana de su primera vez. Solo dolor, y luego, nada. Besos, sí, más besos, pero...

—Alex, debiste decirme que nunca lo habías hecho—. La voz de Tony le llegó ronca y como desde demasiado lejos.

—Entonces esto no hubiese pasado—asintió pasiva y creyéndose ya sin fuerza para continuar algo que quizás no debiera haber ocurrido.

—Lo más probable es que no—dijo mientras acariciaba su mejilla suave llegando hasta sus labios rojos.

—Eres «demasiado caballero» instructor. El famoso «sentido del honor de los Daylight», supongo.

Las manos de ella abandonaron su espalda para empujar su torso. Él no se movió ni una pulgada. Si eso era todo, prefería acabar de inmediato. Su primera vez, no tenía visos de ser nada romántico o espectacular, quizás es que no había amor de por medio, como le sucedió a su hermana. Puede que fuera eso, o que era demasiado dura para sentirlo. Su mente práctica empezó a tomar el control.

—Si ya has terminado bájate de encima. Eres muy grande, y pesas demasiado.

Tony sonrió ante su inocencia.

—No, no he terminado todavía, y tú tampoco. Apenas hemos comenzado. Te juro que no te bajaré de esta cama sin haber hecho que grites de placer, pequeña. Y un Daylight, cumple siempre sus promesas.

Su boca cayó de nuevo sobre los labios entreabiertos de ella y ante sus verdes ojos de gata, abiertos y asombrados. De nuevo suaves mordiscos en sus labios casi doloridos, pero a la vez demasiado placenteros. Él recorrió hasta el hueco de su cuello, lo que la hizo volver a gemir hondo y largo. Sin apenas poder creérselo, Alexandra sintió volver de nuevo sus deseos de algo más, que el simple dolor de la penetración masculina, de la rotura de la ínfima barrera de su virgen cuerpo.

Tony despertó poco a poco su anhelo rozando cada uno de sus recovecos y formas. Recorrió sus senos con caricias y nuevos besos. Oprimió sus caderas con ansia clavando casi sus dedos como garras. Dibujó arabescos sobre sus muslos antes de elevarlos un poco, solo para salir y volver a entrar en su centro. Suavemente primero, dominando cada uno de sus impulsos.

Pronto ella comenzó a devolverle los besos y las caricias. Sus dedos se hundieron en sus bíceps, y acariciaron a lo largo de sus costados, cuando al fin encontró el ritmo y la forma de unirse a él, elevando la pelvis o hundiéndola en el colchón, solo entonces supo que ella estaba entendiendo su cuerpo. El continuo roce, sus labios entregados, el aliento unido y mezclado de ambos, les llevó cada vez a ir más rápido.

Tony se separó de su cuerpo y ella sintió el frío endurecer aún más sus pezones tensos, y ansiosos. Él se acomodaba mejor acunado por sus muslos, arrodillado entre ellos, haciéndose dueño de cada movimiento. Elevó una de las piernas de la mujer hasta que su tobillo le descansó en el hombro, lo besó con reverencia. La otra mano sostuvo su otro muslo tan abierto como era posible. La mano libre se coló experta entre ambos, buscando su clítoris, para acariciarlo, estimularlo, hasta que ahora sí, ella gritó de placer. El hombre tuvo la satisfacción de hacerla correrse largamente mientras seguía empujando dentro de ella con renovado brío, dominándola plenamente y a placer.

—Eso es amor, siente—gimió ahogadamente mientras se sujetaba para esperar a que ella cediera en su clímax—. Señor, estoy tan cerca.

Verla arquearse de puro deleite, sus pechos plenos moverse libres y magníficos. Su ronco quejido que poco a poco se convirtió en respiraciones cortas y agitadas, todo le llevó al borde a sí mismo. Los últimos espasmos de su tierna y mojada vagina le comprimieron, le acariciaron, le empujaron. Entonces sí, ella abría los ojos para mirarle, suspirando satisfecha. Salió de ella con rapidez, tomó su miembro aún erecto, y él mismo lo acarició, arrodillado entre sus piernas, bombeando sabiamente, mientras tomaba uno de sus pechos en su mano en una desesperada caricia rozando el erecto pezón con el pulgar.

—Alexandra... he soñado con esto.

Susurró bajito, mientras un chorro de semen se vertía sobre el vientre tenso de la mujer, colándose por su redondo ombligo, marcándola por fuera con su clímax y su esencia. Luego le dio igual dejarse caer, sobre ella para volverla a besar hondo, mientras su cuerpo se relajaba. Alexandra sostenía perfectamente su peso, aunque aliviaba en parte su carga ayudándose de sus codos a cada lado de cuerpo femenino.

Tiempo después ambos corazones volvieron a su latir pausado. Al final era verdad, pensó Alexandra, los Daylight eran unos perfectos caballeros. Había tenido el suficiente dominio sobre sí mismo para hacerla gemir de placer y llegar al orgasmo, y sin embargo vertió su semilla fuera para evitar cualquier problema. Cerró los ojos relajándose, aunque él siguió buscando sus hombros con sus labios, y el hueco de su cuello un poco más. Estaba tan a gusto que no importaba su peso, ni sentir la humedad de su esencia entre ambos. Solo abrió los ojos y buscó los suyos cuando, al fin, Tony se alzó, despegándose de ella.

Anthony se levantó de su cuerpo saliendo del lecho. Ella se sorprendió al sentirse alzada de inmediato en vilo y sacada de la cama. Joder, ella no era una pluma. Pero él la manejaba como si no fuera más que una cosa pequeña.

—¿Qué haces?—su voz sonó entre rasgada y somnolienta en sus oídos, mientras se agarró a su cuello.

—Te dije que no te bajaría de la cama hasta que no te hiciera gritar de placer.

—Por todos los... ¿A dónde me llevas? Quiero estar en tu cama, toda la noche, ó...—estuvo a punto de empezar a aporrear su ancho pecho desnudo con los puños.

Tony se rió.

—Señor, cuanto deseaba oír esas palabras. No te preocupes, volveremos a ella pronto.

Cogió el pasillo después de salir del dormitorio. Directos al baño, la metió en la bañera y abrió el grifo. Ella no decía palabra, se abrazaba a su propia cintura, ligeramente temblorosa. Cuando el agua estuvo lo suficientemente caliente, él también entró, dejando fluir la ducha. Se encargó personalmente de borrar los restos de sus fluidos sobre el vientre de su mujer y del suyo propio. También de aliviar con la calidez del agua entre los muslos de la joven acariciándola con delicadeza y a placer.

La prueba de que no había habido nadie más que él, estaba sobre el sexo de ambos sangre vívida mezclada con sus jugos femeninos. Acunados y relajados por el agua caliente, abrazados bajo la fina lluvia tibia, ambos inclinaban sus frentes, apoyándola en la del otro. Era maravilloso tener entre sus brazos a una hembra a su altura, y no solo metafóricamente.

—Debiste de decírmelo. En serio, siento que te haya dolido.

—Solo al principio. No sabía que esperar. Mi hermana me dijo que su primera vez que había sido maravillosa. Y que Verner había usado un ¿condón? para no dejarla embarazada, yo estaba tan avergonzada entonces que me tapé los oídos. Éramos tan niñas.

—Yo no tenía ninguno. la verdad, no esperaba necesitarlo. Si lo hubiera sabido, tendría varias cajas preparadas en el cajón de la mesilla.

Ella rió mientras le miraba salir de la bañera y buscar las toallas. Volvió a admirar ese trasero duro, y esa espalda con ¿la marca de sus uñas? Joder, al volverse también vio de refilón una antigua marca de herida en el costado, una larga línea sobre sus abdominales y otra sobre el muslo derecho. Seguro que habría más, pero la toalla le cubrió.

—¿Varias cajas? Qué exagerado eres—reía y negaba con la cabeza.

—Ni por un asomo. Cuando mañana lleguemos a Londres, pienso comprar unas cuantas. Las gastaremos todas, y volveremos a por más. Haremos subir las acciones de esa empresa.

Ella se envolvió en el suave material que él le ofrecía, mientras volvía a soltar una carcajada. Pero instantes después, volvió su mente a la realidad. Por la mañana iban a la capital, si, pero ella a recibir órdenes, y él, a seguir con su vida.

—A partir de mañana nuestros caminos, bueno, se separarán.

—Vas a ver a Bossfield, ambos iremos. Yo entraré primero, luego te esperaré. No vas a salir inmediatamente de Inglaterra. Pasarán unos días, de dos a cuatro, o incluso seis, antes que, bueno, que vayas hasta Berlín, y estarás conmigo. Todavía tenemos muchos temas que hablar sobre «trabajo» y...

Soltó su propia toalla, y arrancó la de ella con absoluta expresión de deleite al volverla a tener desnuda.

—...nos quedan muchas noches para hacernos el amor.

Ella cambió su expresión a divertida. Luego comenzó a reírse cuando de nuevo se sintió alzada entre los brazos de su amante camino a la cama, otra vez. Él llevaba una toalla más pequeña humedecida sobre el hombro.

—¿Para qué llevas eso?

Él sonrió ladino, dejándola sobre la cama, trepando tras ella, dejando a los pies, sobre el metal oscuro, la tela empapada.

—No pretenderás dejarme así...

Con expresión inocente señaló la creciente erección entre el nido de áspero vello rubio oscuro de sus piernas.

—Oh por supuesto que no, pero esto no será hacer el amor...

—¿Entonces?

—«Follaremos como conejos en celo».

—Señorita McKonky, siempre consigues sorprenderme.

Cayó de nuevo sobre ella igual de hambriento y deseoso de su cuerpo. Deberían dormir, mañana cabalgarían a Londres en su motocicleta, hasta el despacho de *Cascarrabias* Bossfield, pero hasta que no hubiese vuelto a hacerle el amor con toda su pasión, hasta no escucharla de nuevo gritar de placer... joder, y vaya pulmones que gastaba su escocesa no descansaría. Casi se alegró que su casa estuviese tan aislada.

Cuando volvieron a caer en el colchón exhaustos y satisfechos, el hombre borró los restos de su pasión, arrojando la toalla al suelo. Completa y

plenamente desnudos se unieron en un sueño agotado. El amanecer llegaría, pero Tony había tomado su decisión. El sitio al que pertenecía Alexandra McKonky, fuera cual fuese su misión, por la cual había entrenado este último mes, era únicamente su cama y por añadidura el resto de su vida, pelearía por ello, no dejaría que nada ni nadie se la arrebatase.

Alexandra se había dejado llevar, quizás por primera vez en su existencia. Y por todos los demonios, tampoco fue tan difícil, y desde luego, demasiado placentero, ese fue su último pensamiento coherente antes de caer profundamente dormida.

CAPITULO 11

—Bossfield, iré con ella.

—Ni se le ocurra Daylight. Usted está suficientemente «quemado» ya, lleva casi tres años fuera de juego.

—Es una misión demasiado grande para una recluta novata. Por muy dura que sea y muy bien entrenada que creamos que esté. Iré de apoyo, le dejaré libertad, pero estaré allí si me necesita.

Su superior y general, dio la vuelta a su escritorio, cruzándose de brazos, mirando al suelo. Meditaba. La idea desde el principio había sido que Alexandra viajase sola hasta Berlín, y con sus conocimientos recién adquiridos y que no era una agente conocida, pudiese llegar hasta el objetivo y escapar con él. El no haber sido nunca presentada a nadie de su gabinete, ni estar en ninguno de los círculos era una baza a su favor. Ni siquiera era conocida entre los nuevos reclutas, unido a su entrenamiento en estricto secreto, en ese momento la podían hacer la mejor de sus agentes.

Si no fuera que el motivo por el que viajaría al centro neurálgico de Alemania era una cuestión privada, financiada por él mismo. Si alguno de los mandos se enteraba de este asunto, él tendría que presentar su inmediata dimisión, y enfrentarse a lo que viniese después.

—Capitán Daylight...—Bossfield cerró los ojos y se pasó una mano por la frente. Empezaban, como siempre, esos dolores de cabeza que le duraban horas. Demasiadas tensiones, le estaban empezando a pasar factura—. El

gabinete no está enterado de esto.

Tony entrecerró los ojos y se cruzó de brazos ante su general, no es que no lo supiese ya, lo sospechaba hace tiempo. Este pareció empequeñecer, mientras se pasaba la mano nerviosamente por su blanco cabello. Su jefe sudaba, para ser principios de mayo, como si fuese un tórrido verano. Bossfield prosiguió.

—Esto es una misión extraoficial, no le arrastraré conmigo si caigo. Ya me ha concedido el favor de entrenar a mi recluta, y estoy más que seguro que lo ha hecho bien. Puesto que nadie lo sabe, si esto falla, no le echarán las culpas de nada.

Tony negó con la cabeza.

—Eso poco me importa, voy a lo que interesa. Su recluta, solo ha recibido una ínfima parte de la formación que necesita. Nadie es enviado a campo sin un tutor, al menos los primeros meses. ¡Y encima me está diciendo que es algo «extraoficial»!

—Podría perder mi puesto con ello, he confiado en usted, Daylight, le pido ahora la máxima discreción, por el bien de ambos. Gracias por haberme hecho este favor, no lo olvidaré. Puede retirarse.

Tony movió de nuevo negativamente la cabeza.

—No. Iré con ella, seré su apoyo ahora con más razón. Tengo contactos en toda Europa, muy buenos. Hace tiempo que no hablo con ellos directamente, pero a una palabra mía le darán más ayuda de la que necesita.

—Daylight...—su tono de advertencia, no impidió que su capitán continuara en sus trece.

—General, si quiere que esto salga bien, no puede enviar sola a esa niña en medio de los lobos. Yo le iré detrás, la dejaré actuar, pero le brindaré protección, y mi propia red si algo fallase.

Bossfield notaba como se incrementaba su dolor de cabeza por instantes. Estaba dividido entre que, Alexandra cumpliera su misión sola y en completo secreto, y que Anthony Daylight, su mejor hombre, con una decena de años de experiencia a sus espaldas, fuese su apoyo. Él parecía empeñado en hacer las cosas, como siempre, a su modo. Maldita sea, si en el fondo, no deseaba que su capitán fuese de la mano con ella, protegiéndola, cuidándola, ayudándola a volver con el objetivo, sana y salva. Pero eso era contrario a su

idea del principio.

El capitán Daylight, no parecía estar dispuesto a dar su brazo a torcer.

—Ella entrará por los medios que usted le proporcione, yo, por otro lugar distinto. Nadie nos relacionará, simplemente le dará las órdenes estrictas a seguir, y me reuniré ya dentro de Berlín con ella si es absolutamente necesario. La dejaré actuar, solo, si está en apuros, acudiré. Y esperaré que salga de allí con su misión cumplida, para yo volver, seré su cuerda de seguridad. La dejaré a su aire, aunque cubriré sus espaldas.

Bossfield, con ambas manos apoyadas en el escritorio, bajó la mirada hasta los documentos que allí se amontonaban. En principio había pensado en enviarla sola. Con el nombre de un solo contacto en Berlín. Un hombre que llevaba allí más de treinta años, bastante mayor que Tony, pero que se había mimetizado perfectamente, y pasaba por un simple tendero con una seria minusvalía en el brazo, que le impedía tomar las armas en la guerra, y estaba a su vez, bien mirado por sus vecinos.

Pensó en él, porque fue quien intentó, por todos los medios salvar a una de sus informadoras, Jane, aunque en el último momento no pudiese lograrlo. Sin embargo, consiguió rescatar la información y hacérsela llegar. Aunque desgraciadamente, alguno de los captores de la chica, fue más rápido y la filtró antes a otros estados.

Sin embargo su «topo», era uno de los hombres apostados en Berlín con más años y experiencia. Enviar a Tony tras de ella rompería la sencillez del plan.

Pero Daylight, aunque retirado de primera línea, seguía manteniendo contactos fieles, era listo, un camaleón en su trabajo y con una experiencia de campo inmejorable. No solo había sido informador de tantos, había dado más que muestras de que estaba muy capacitado como recuperador, y hombre de acción, que muchos de los que estaban ahora entre las filas de los informadores.

—Bien, Daylight, no tiene mi permiso, pero sé que hará lo que le venga en gana. Sigue aún fuera de servicio, por al menos un mes más. No podré impedirle nada que se le meta en la cabeza. Ahí está el ejemplo de su hermano...

—Sano y salvo en casa, con su esposa y mellizos.

Tony sonrió, entrecerrando los ojos azul intenso, cruzado de brazos sobre su amplio pecho con la cazadora de cuero abierta, mostrando su camisa color azul claro. Inamovible, como siempre que tomaba una decisión.

—Daylight...—suspiró hondo—. Mi hombre en Berlín tiene toda la información que precisa la señorita McKonky, además le brindará un refugio. Hasta ese punto, espero que estemos de acuerdo.

Tony alzó una ceja.

—Lleva años infiltrado.

—¿Su hombre?

Bossfield suspiró, conocía bien a su capitán. Lo averiguaría por él o por otro. Le miró a los ojos, esperando ver una reacción.

—Lambrecht.

—No.

—Un momento, Daylight, esta misión está ya más que organizada. Lambrecht tiene todos los datos que McKonky necesita para cumplirla, le facilitará el trabajo. Tiene donde ocultarla y...

—Lambrecht estuvo implicado en la muerte de Jane. ¿No hay nadie más disponible?

—No tuvo nada que ver, solo le pasó la información y ella tenía que hacer de correo hasta Francia. Lo que sucedió no fue su culpa. Era demasiado nueva, y pagó las consecuencias.

—A Jane la vendieron. No fue normal su... su forma de morir, debe de haber otro agente que pueda servirle de tapadera.

—Es lo único que tengo, Daylight. Siempre ha habido quien a abusado de su poder en estos asuntos. Jane era una mujer atractiva, y tuvo mala suerte.

—Fueron unos malditos sádicos los que se encargaron de ella. No quiero que Alexandra corra el mismo peligro. Lambrecht descartado.

—Lambrecht lleva trabajando en esto tres meses. Imposible volverse atrás y que otro informador se haga cargo. Sobre todo porque apenas nos queda personal infiltrado en la zona. Se ha dado orden de evacuación.

Tony seguía mirándole fijamente, con los brazos cruzados en el pecho.

—Pues con más razón iré con ella, no perderé a una segunda agente. Vigilaré muy estrechamente a su hombre. Si averiguo que estuvo de alguna manera implicado, tenga por seguro que no me temblará la mano.

Bossfield asintió. Su mejor informador, nunca hablaba a la ligera.

—Desde mi posición, y asumiendo que «esta conversación nunca ha existido» no puedo hacer nada por impedírselo.

—Bien.

—Puede retirarse, Daylight, y haga pasar a McKonky.

Tony simplemente asintió y dejó el despacho. ¡Como le gustaba «joder» a su inmediato superior cuando no llevaba uniforme y no tenía obligación de cuadrarse! Era uno de esos pequeños placeres de la vida, que no estaban pagados por nada.

Alexandra esperaba tras la puerta, en un pequeño gabinete que hacía las veces de sala de espera privada. Ambos se cruzaron en el corto trayecto. Una intensa mirada de él, y apenas un parpadeo en los ojos verdes de la mujer.

En un breve intervalo Alexandra McKonky estuvo ante el general Bossfield. Tony la esperaría en los pasillos de la última planta, donde su superior tenía el despacho. En cuanto saliese de allí se la llevaría, aprovecharía cada instante junto a ella antes de comenzar su misión.

Bossfield contempló a Alexandra entrar con paso firme y cerrar la puerta tras de sí. Eran tan parecidos, que no sabía como Daylight no se dio cuenta de ello. Claro que el rostro de su hija era el vivo retrato de su difunta madre. Lo único que tenía suyo en esa preciosa cara eran sus ojos color verde, su porte y altura. Se levantó de su asiento y caminó hacia ella, la abrazó con firmeza y sin palabras.

Alexandra dejó caer su cabeza unos segundos en los hombros fuertes de su padre. Las muestras de afecto de este hombre eran francamente contadas, y la verdad es que había que disfrutarlas. No le recriminaba eso, conocía su forma de ser. Durante años estuvo en guerra con él, enfadada por todo, pero ahora bien le comprendía. Ella también era reacia a demostrar, así como así sus sentimientos.

Salvo con su «instructor», este le había hecho sacar todo de dentro y la había convertido en unos pocos días, en pocas horas, en una persona ansiosa de caricias y afecto demostrado físicamente.

Bossfield la soltó despacio y con una mano acarició su ahora corto cabello.

—Pareces un chico Alexandra.

—Sudamos demasiado cuando entrenamos, padre. Corto es más cómodo para ducharme. Además está mucho más moderno.

Bossfield sonrió. Como siempre su hija demostraba ser una mujer muy práctica. No como su hermana, la enamoradiza, la romántica, la que había huido de su hogar por amor, su pequeña y desaparecida Marianne. Del primer amor de su vida, solo le quedaba Alexandra, que era la más parecida a su difunta madre, y el fruto del amor de su otra hija, perdido en algún lugar de la peligrosa Berlín.

Se alejó un par de metros de ella. Vestía como siempre como un muchacho, aunque antes su largo cabello caoba la salvaba. Un pantalón de tela fuerte gris oscuro, un chaquetón corto y lo más femenino, una camisa color cielo. Calzaba botines de tacón bajo y en sus manos un par de guantes algo grandes, seguramente prestados por Tony, al igual que una bufanda color turquesa, que juraría también pertenecía a su capitán. Les había visto llegar en una motocicleta que dejaron aparcada en una esquina del patio del cuartel, ella se asía a la cintura del hombre sin ningún recato, con total y absoluta confianza. Desde su ventana observaba a cada rato el sitio durante toda la mañana, deseando y temiendo a la vez su llegada.

—¿Te ha tratado bien?

—Por supuesto. Ha sido duro conmigo, como buen instructor, pero también amable y respetuoso. Ha hecho todo lo posible para prepararme para esta misión, y le estoy muy agradecida—era la verdad, así lo sentía.

—Bien, ahora descansarás en casa unos días, al menos tres o cuatro. Tendremos todo preparado en breve. Serás acompañada hasta la misma línea de avance inglesa. Desde allí te esperan un par de personas de la resistencia. Uno de ellos te introducirán en Berlín, una mujer. Luego allí directamente a casa de Lambrecht.— Buscó un sobre en el cajón de su mesa y se lo dio—. Memoriza todas las instrucciones, y destrúyelas antes de salir de Bretaña. Toda la información, es sumamente comprometedor para mi trabajo y el de las personas que te darán cobertura.

—De acuerdo, padre.

—Alexandra, ¿te sientes cien por cien segura?

—Lo estoy. Nunca podré estarlo más.

—Bien porque el tiempo se acaba. Apenas nos quedan días para que se

cierna la peor de las batallas sobre Berlín, y antes de eso te quiero con la misión cumplida, y a salvo en casa.

—En mi casa, padre.

—Déjate ahora de orgullos, hija, tu casa está aquí en Londres. Tu madrastra te adora, y te echa mucho de menos.

—Mi casa está en el norte padre. Una vez que esto termine, tomaré mi propio camino.— Ya no era una chica indefensa, sonrió, por muchos O'Brian que se cruzasen en su camino, sabría como tratarlos.

Bossfield no quiso discutir más con su hija. Sabía bien, que hoy por hoy, acabaría perdiendo.

—Está bien, hablaremos tranquilamente en casa.

—No padre, con todos mis respetos, hablaremos cuando vuelva de la misión.

Bossfield frunció el entrecejo, no le hacía gracia por donde iba la conversación. Volvía a empeorar ese maldito dolor de cabeza por la tensión sufrida los últimos tiempos.

Alexandra le conocía demasiado bien, sabía cual sería la reacción de su padre. Se cuadró ante él como buen soldado y su padre la miró de arriba a abajo a un paso de la perplejidad.

—Saluda a Adelinne, mi madrastra como tú has dicho, de mi parte. Nos veremos, espero que pronto.

Se fue a dar la vuelta y marcharse del despacho de su padre, pero su voz autoritaria la detuvo.

—Alexandra, ¿a dónde vas?

Ella se volvió lentamente hacia la puerta. Se reiría en la misma cara de su padre si contemplaba la expresión seguramente a caballo entre indignada y enfadada de Bossfield.

—Con Daylight. Tenemos todavía cosas que comentar de la misión. Ahora que poseo los datos, puedo tener alguna duda. Digamos, «táctica».— Paró en la misma puerta con el picaporte a punto de girar en su mano—. Me será de más utilidad pasar el resto de mis días en Londres con él, que encerrada en tu casa. Además, no queremos que nadie sepa nuestro parentesco, ¿No padre? El capitán es uno de los mejores en este campo. Si se lo propone, averiguará más cosas de las que debe saber. Prefiero, tenerlo

«vigilado».

Bossfield volvió a sentarse. Suspirando, se dejó caer en el respaldo en su sillón, derrotado. Su hija la indomable, tan parecida a él, no la podía culpar.

—¿Dónde te alojarás?

—En la casa de los Daylight. Según creo está en mejor estado que alguno de nuestros hoteles después de tanto bombardeo. Puedes llamar allí, para darme las órdenes precisas y la hora de mi marcha.

—Entonces, no nos veremos, hasta...— La nota de sincera desilusión de su padre estuvo a punto de hacerla perder la compostura.

Aunque mientras salía apenas le echó una mirada con una sonrisa tranquilizadora sobre el hombro al hombre que le dio el ser.

—Hasta la vuelta, señor.

Cerró la puerta con suavidad y caminó rauda hacia la salida, pasando por el gabinete vacío. ¿Dónde estaba Tony? Se había marcado un farol con decirle a su padre lo de irse en su compañía. ¿Y si en realidad se marchó ya? Al abrir la puerta de salida se topó de bruces con él. Tony la sujetó mientras miraba a sus ojos y veía en ellos verdadero alivio.

—¿Qué tal te ha ido con el general *Cascarrabias*?

—Bien, en cuatro días... Le he dicho que me localice en tu casa. Bueno, si no has cambiado de opinión—. Palpó su corazón, sobre él, en el bolsillo interior de su chaqueta, las instrucciones. Su mirada directa y los ojos entrecerrados de Tony la dejaban siempre sin aliento. Él asintió.

—Nos vamos a casa.

Cogió fuerte su mano como si fuese a hacer intento de huir, y ambos bajaron resueltamente las escaleras hasta el bajo del edificio. Una vez en el patio, Tony arrancó su motocicleta y Alex, sin mirar hacia ningún sitio más que adelante, se sentó a horcajadas tras él. Enlazó sus manos alrededor de la cintura del hombre con naturalidad.

Bossfield los contempló desde su despacho del segundo piso, suspiró hondo. Ninguna de sus dos hijas había resultado como debiera de esperarse. No sabía si era culpa de que hubiesen perdido a su madre muy pronto, o no haber tenido la disciplina de un verdadero padre. Aunque ese escocés que se había casado con la tía de sus hijas no había hecho mal trabajo con ella. Era una mujer resuelta, valiente e independiente, digna de admiración por su

parte.

No supo de la existencia de sus hijas hasta bien pasados los años. Entonces Alexandra contaba con trece y Marianne con doce. Su esposa, Adelinne, la verdad, es que se desvivió por las jovencitas. Aunque al principio le chocó la extraña situación, dos hijas completamente desconocidas, pero habidas antes de su matrimonio. No tardó en querer profundamente a ambas niñas y llenarlas de amor maternal.

Adelinne era mucho más joven que él, dulce y tranquila. Pero solo en la superficie, bajo ella era un auténtico torbellino. Las tres parecían hermanas en edad. Si no fuera porque no pudo darle hijos, todo hubiese sido más que perfecto para ella. Quizás por eso ella se volcó en las chicas. Demasiado, le daba todos los caprichos que pudieran permitirse, y eran muchos.

Sobre todo a Marianne que adoraba la ropa y el teatro, los viajes, y conocer mundo. Alexandra era más difícil de consentir. Le daba igual la moda. Era la mayor, y la más fuerte, menos femenina en sus ademanes. Con trece era redondita, aunque muy alta. Quizás fuese por eso que no prestaba tanta atención a los trapos. Solía meterse en las librerías a rebuscar tratados sobre caballos, mejoras en la agricultura, y cualquier tema sobre la naturaleza. mientras, su madrastra y su hermana se entretenían en las tiendas de moda. Sin embargo entre las tres había verdadero y profundo afecto.

Su esposa, sufrió de veras cuando Marianne se fue a Alemania con ese hombre, al que aún se negaba a llamar por lo que verdaderamente fue, el esposo de su hija menor y el padre de su único nieto. El que apenas veinticuatro horas después de la escapada de Marianne, Alexandra desapareciera, les hizo a ambos volverse casi locos.

Solo la llamada de Ian McArthur, el escocés, tío de Alex, diciéndole que había aparecido por su casa en las Highlands casi dos días después les dio algo de paz, sabiéndola sana y salva.

Pero el que la joven se negara a volver, y él no pudiese obligarla puesto que no llevaba su apellido, le hizo tener más que una desavenencia con Adelinne que adoraba a las niñas y había quedado casi destrozada con la escapada de Marianne y la huida de Alexandra hacia el norte.

El recibir puntualmente carta de ambas, una desde Berlín y otra desde esa pequeña aldea perdida en Escocia, animaba algo a su esposa, que insistía en

que él se reconciliara con ambas jóvenes.

Pero Edward S. Bossfield siempre había sido un jodido cabezota. Nunca pudo volver a hablar con su pequeña Marianne. Su niña abandonó este mundo creyendo que seguía enfadado con ella. Fue un maldito hijo de puta en eso. A pesar de leer a escondidas las cartas que su pequeña enviaba desde Berlín, se negaba a escribir por tonto orgullo o contestar alguna de ellas.

Se lamentaría de ello toda la vida. Si pudiese, iría él mismo en pos de su nieto, pero la realidad de su vida, su posición, todo, se lo impedía.

Lo que temía es que pudiera arrepentirse además, de enviar a la única hija que le quedaba, al mismo centro del conflicto. Así que cuando su capitán Anthony Daylight se obcecó en ir tras ella y protegerla, no supo si darle un abrazo o hacerle degradar. Pero lo primero era Alexandra. Tácitamente le había dado su bendición para ello.

Ahora tendría que atenerse a las «consecuencias».

Levantó el teléfono, marcó el número de teléfono de su hogar. Sabía que Adeline estaría al lado, seguramente pegada al aparato. Efectivamente fue enseguida contestado.

—¿Adell? Soy Edward

—Oh querido, ¿cómo está nuestra Alexandra?

—Está bien, no te preocupes.

—Estoy deseando tenerla en casa de nuevo.

—Te llamaba por eso. Ella, bueno, no vendrá a conmigo, no es recomendable para la misión.

—¿Pero la vas a enviar sola a un hotel? ¿Quién se va a enterar de nada? Solo serán unos pocos días...

—Alexandra es una mujer adulta, Adeline. Sabes que toma sus propias decisiones. Me pide que te dé recuerdos, cuando vuelva, vendrá a casa.

—Pero...

—Es igual que yo Adell, demasiado. Llevamos más de veinte años juntos mujer. Ya creo que me conoces.

—Es tan cabezota como tú marido. ¿Es lo que intentas decirme?

Bossfield sonrió por primera vez en horas.

—Has acertado, esposa. Además quiere pasar con su instructor todo el tiempo posible. Ha sido acortado su tiempo de entrenamiento demasiado y

quiere aprovechar cada instante de su estancia en las islas.

Quizás por su tono de voz, o por el sexto sentido que tienen todas las mujeres, pensó Bossfield. La voz de su esposa volvió a sonar al otro lado del otro lado del hilo telefónico con un tono distinto.

—Y ese instructor, ¿es joven, guapo y atrevido?

—Lo describes perfectamente, aunque no entiendo mucho de hombres guapos, como tú comprenderás. Pero su alias siempre ha sido *Niño Bonito*. Añádele indisciplinado, rubio, ojos azules y tendrás a mi capitán más deslenguado y mejor entrenado.

Ella rió desde el otro lado.

—Y ahora me dirás que él se ha ofrecido a acompañarla.

—Lo has adivinado...

—Ya me dijiste para tranquilizarme que estos Daylight tenían fama de hombres de honor y caballeros.

—Pues sí, Adelinne.

—Prepárate marido.

—¿Por qué?

—Si tu hija es tan igual a ti, y ese hombre es como me lo describes, además es un desafío para ella... Temo que no la volvamos a ver por casa, si no es del brazo de ese capitán tuyo.

—No digas eso mujer. «No nombres la cuerda en la casa del ahorcado». He de seguir, mi amor. Hasta la tarde.

—Hasta la tarde Edward. Un beso mi amor.

Bossfield suspiró cuando dejó el auricular en su sitio. Su hija, el vivo recuerdo y tesoro que le quedaba de su primer y gran amor de juventud, en poco partiría al lugar más peligroso de Europa para recuperar a su único nieto. Lo bueno y lo malo es que Daylight la acompañaría, la vigilaría «de lejos», aunque eso no se lo creyó del todo, ¿de lejos?. Los había «espiado» por la ventana, ese gesto de su hija para con el hombre, de envolverle los brazos alrededor de la cintura, pegándose a él tan confiadamente... no le hacía augurar nada «bueno».



Se asomó por la ventana del recibidor, a través de las cortinas de encajes,

la calle estaba tranquila después del último bombardeo. Detrás de él, el gordo imbécil de Lambrecht, ¡idiota balbuceante! Demasiado viejo para ser agente de campo. Ahora llevaba años siendo solo un infiltrado, un vulgar «topo», con capacidad de cobertura en Berlín a los agentes que hacían de correos, poco más.

—¿Cuándo vuelve tu esposa?

—No... bueno no sé, le dije que mejor se quedase en el campo, que a pesar de todo, era más seguro, con esto acabándose...

—Sí. Los soviéticos están demasiado cerca, viejo. Dos semanas y todo habla explotado como un barril de pólvora.

Philippe Germaik, volvió a echar una despectiva mirada a Lambrecht. Sabía de sobra que tenía al «viejo informador» inglés, afincado en Alemania hacía más de treinta años, pillado por los huevos. Una simple mención sobre su mujer, esa alemana, con la que se había casado, «enamorado como un idiota» a pesar de continuar trabajando para el servicio británico como cobertura a otros informadores, era su perdición.

—Ajá... mejor, no quisiera tener que, bueno, deshacerme de ella. Pobre Frau Lambrecht, no tiene la culpa de haberse casado con «algo» como tú.

Lambrecht tragó saliva. Permanecía agarrado al pasamanos que le llevaba al piso de arriba. Donde realmente estaba su vivienda. El edificio, milagrosamente ileso de los bombardeos estaba dividido en tres pisos. Sótano, primera planta donde tenía su tienda de ultramarinos, ahora casi vacía por el cerco, y el recibidor por otra puerta diferente, con la escalera de acceso a su casa. Bajo esa misma escalera la puerta que llevaba a los sótanos, en donde, había ocultado más de una vez a agentes británicos. Hasta que Germaik le descubrió hacía al menos un año.

El zorro había «cazado» a aquella jovencita que iba a ser su correo por primera vez. Una novata enviada a Berlín, por falta de personal que no fuese reconocido. Y no precisamente por que fuese un correo, sino por ella misma. Era una preciosa muñequita de cabello larguísimo y ondulado, color castaño miel, y ojos rasgados de color celeste.

Germaik tenía obsesión por las bellezas de esas características. Se había ofrecido a acompañarla y hacerle de guía por Berlín, cuando la atisbó bajar del tren que la traía desde la ocupada Francia. Aunque viajaba con pasaporte

alemán como si fuese una berlinesa más, tuvo un par de problemas al bajar al andén. Por eso notó Philippe que había algo raro allí. Inmediatamente se puso a su diestra, sacándola de la estación de trenes, evitando con habilidad inusitada a los soldados que aleatoriamente hacían controles a los viajeros. Ella agradecida le había sonreído y entregado su confianza.

Oh, era una belleza, no tanto como «B», su eterna obsesión, pero sí muy apetecible. Los taxis estaban contados a aquellas horas. Él mismo se ofreció a llevarla a casa del «tío Albert Lambrecht», en su propio coche. De verdad que la muñequita era una cría inocente, Y no por edad, ya pasaba los veinticinco. Sino por que se veía a la legua que no estaba en su ambiente. Y su pronunciación en alemán, tampoco parecía demasiado realista. No era su idioma natal, tampoco el francés, aunque se hubiese bajado de un tren desde la mismísima ocupada París. No, si sus oídos no se engañaban, y llevaba más de quince años en el negocio, allí tenía a una preciosidad de inglesa, metida en alguna mierda.

El que ella le diera la dirección de Lambrecht, fue el premio gordo. Sí, el viejo, hurgando un poco horas después con sus contactos en la zona, había aparecido de la nada unos treinta años antes, abriendo una pequeña tienda en los bajos de un antiquísimo edificio en un barrio populoso de la ciudad. Se había mimetizado durante años, incluso un par de lustros atrás se había agenciado a una esposa alemana.

Luego fue fácil colarse allí, amenazar a Lambrecht con «despachar» a su querida esposa, y a cambio conseguir acceso a aquel estupendo sótano con dos salidas exteriores, más bien tres, si se contaba la «carbonera», y la chica puesta a su entera disposición y antojo, mientras la matrona alemana con que se había casado el viejo, visitaba a unos parientes fuera de la capital.

Verdaderamente había disfrutado esas horas. Además de sacarle toda la información que pudo, usó y abusó de su superioridad con aquella agente inexperta. Oh sí, la había atado a esa cama oxidada en el oscuro sótano, despojada de colchón. Había utilizado unas viejas baterías y unas pinzas, para hacer pasar corriente eléctrica a su antojo por el armazón metálico. Disfrutó como un loco oyéndola gritar y agitarse convulsa, desnuda y mojada por el agua que vertió sabiamente por su cuerpo. Una vez sacada «toda la información» que en realidad era mínima, era demasiado novata, se dedicó a

su otro pasatiempo favorito.

Follarla hasta la muerte. Golpearla, azotarla, hierirla, y volver a penetrarla con su ansiosa polla hasta los huevos. Siempre estaba duro cuando infringía dolor. Sí, era un sádico, pero era lo único que le funcionaba, que ellas sufrieran, que se resistieran que llorasen y suplicasen por su vida.

Oh sí, como su «B». Ella fue la que le abrió esas puertas a tan prohibido placer. Y todo por que el idiota de su marido, que le consideraba su amigo, «tenía ese pequeño problema» con su recién estrenada esposa americana. Aunque lo verdaderamente lastimoso y pequeño, era la polla del tipo.

Cuando la conoció se quedó prendado de ella, joder, «B» tenía los ojos color turquesa. Parecían enteramente piedras preciosas en su cara ovalada y perfecta. Esa nariz aristocrática, fina, sobre esos labios deliciosamente llenos pero sin exceso, y ese cabello castaño con vetas oro, tan extremadamente largo.

Convenció al idiota que, él solucionaría el problema de impotencia con la altiva americana. Y su «pobre amigo picó»

Tuvo el placer de «la primera vez» de esa dorada belleza. El supremo gozo de follarla, y el de hacerla sumisa a sus deseos a base de unos bien medidos y certeros golpes. Que el idiota de su marido se pusiese cachondo, asistiendo a eso, y consiguiera meter su pequeño miembro en ese coño recién desvirgado, y correrse, después de que él la utilizase a su antojo, dejándola apenas una sombra débil y desmadejada, fue una experiencia que le marcó sobremanera.

Mierda, pudo acceder a ella en contadas ocasiones. No quería hacerse notar demasiado, para «su trabajo» eso no era recomendable, pero aún así, consiguió colarse de nuevo en las entrañas de «B» unas cuantas veces. El saberla «usada» tanto por él, como por otros tipos, le ponía más cachondo, cuando la veía.

Sí, la espiaba a veces, toda una dama, de buena cuna, follada con el consentimiento del medio impotente de su marido, por tipos dentro de determinados y refinados círculos. Él mismo le dio acceso, estaba entre ellos. Tomaba información valiosa de esos hombres y mujeres con tan excéntricas necesidades. Eran un gremio cerrado y exquisito, algunos de ellos con conexiones muy altas. Y su trabajo era ese, recopilar y vender información al

mejor postor. Los trajes caros, los mejores hoteles y su coche de alta gama, no solo venían de una fortuna que decía haber heredado, y administrado, patrimonio de su antiquísima familia.

Philippe Germaik era una identidad robada. Él mismo asesinó con sus propias manos al tipo, y se había hecho con su nombre y su vida. El tal Philippe, el difunto, tenía una diminuta fortuna, estuvo fuera de Berlín desde casi la infancia por tener una grave discapacidad psíquica, sus padres murieron y se quedó solo, en su casa en las montañas. Hacía ya más de media vida, cuando huyendo de dos agentes informadores británicos, se refugió en medio de la peor tormenta de nieve en aquella casona antigua. Fue bien recibido por el joven Philippe, casi de su edad. Le ofreció hospitalidad, y le invitó a quedarse unos días, puesto que la tormenta no disminuiría en bastante tiempo. Solo tenía un par de criados a su servicio, ancianos también. Bueno, esos fueron despachados con facilidad, y luego despeñados con una vieja camioneta por una de las carreteras de acceso a la casona, entre montañas y peligrosos desfiladeros.

Luego, Lukas Berk, su auténtico nombre, simplemente tomó el control de todo lo concerniente a Philippe Germaik, identidad, posesiones, su vida entera. Fue su tapadera durante años. El apellido dio acceso a muchos notables nuevos amigos. Al estar retirado de la vida pública desde que era un adolescente, cuando apareció de nuevo por la capital, nadie se extrañó demasiado. Pocos conocían al verdadero Germaik, y aún así, de niño a hombre se cambiaba mucho.

Y encima consiguió evitar a esos imbéciles informadores británicos, aunque se la tenía jurada. Casi pudo acabar en aquellos días con Falcon, y su pupilo, aquel rubito ¿cómo le decían? Ah, *Niño Bonito*. El criajo que entonces no llegaba ni a los veinte llegó a representar un serio peligro para él. Bendita tormenta que le llevó hasta aquella casa, y su «nueva vida» como Philippe Germaik.

Pero ahora el problema que le traía allí era diferente. No podía continuar más tiempo encerrado en Berlín, en su torre de marfil. Sus negocios con los rusos, le empujaban a salir de la capital, también pasó información a los ingleses, y hasta a los americanos. Estaba demasiado fichado. Su única oportunidad era pasar a zona rusa, que, al parecer, por sus últimas noticias

eran las que entrarían en la capital. Y por supuesto, quería estar al lado de los ganadores.

Pero salir de la zona era asunto difícil. Llevaba refugiado en su casa desde hacia meses. Se había estado quieto, pues su última información, la que llevaba la zorrilla inglesa que estaba haciendo de correo era falsa, era un puto «doble correo», y la había vendido demasiado bien. Ahora algunos querían su cabeza, aunque las horas de satisfacción sexual habían merecido la pena.

Ahora visitando a su «amigo» Lambrecht, registrando un poco aquello y dándole al viejo un poquito de sabia medicina, a base de un par de golpes y amenazando de que se cargaría a aquella zorra y vieja alemana que tenía por mujer.

Y bingo, una agente británica entraría en Berlín en unos pocos días. Venía en misión de rescate, por lo que le pudo sacar al viejo. Pero seguramente llevaría consigo documentación que pudiera servirle para escapar o para vender a buen precio, y, directamente caería en aquella casa en sus expertas manos.

Además de unas horas de metódica y deliciosa diversión en los sótanos de aquella calle que nacía de Charlottenburger Chaussee, y que había sido rebautizada por el Führer con el nombre de alguna hazaña de las suyas y que ahora ni recordaba, nunca estaban de más.

Pero ya todo le importaba una mierda, teniendo bien cogido a Lambrecht por las pelotas iba a disfrutar de sus últimas horas en la capital. Con la mujer del «topo» fuera de casa, pero pudiendo volver, o él mismo ir a buscarla, según amenazaba constantemente al viejo, no le daría ningún problema esconderse un par de días allí. Ahora a ponerse cómodo, esperaba la llegada de la informadora. Se haría pasar por el viejo, aunque se llevasen casi veinte años, con un poco de habilidad, fingiendo esa minusvalía que tenía el agente infiltrado en el brazo, quizás, algo de ropa ajada y de exagerar alguno de sus rasgos. No creía que siendo Lambrecht un infiltrado desde hacía tanto tiempo, alguien tuviese su foto en el servicio de información británico.

Tendría a Lambrecht plenamente controlado, el sótano era grande, con un par de cuartuchos donde encerrarle, y dejarle que se pudriera, mientras él disfrutaba de la chica. Esperaba que fuese atractiva, eso le daría aún más incentivo. Si no, era igual, le taparía la cabeza con una bolsa, permitiendo que

respirara apenas para sobrevivir. mientras, le sacaría todo lo que supiese, y disfrutaría de un coñito nuevo y diferente, sin preocuparse nada más que de pasarlo bien.

—¿Bajamos al sótano, viejo? Lo puedes hacer fácil, obedeciendo y yendo delante de mí, o difícil. Puedo dispararte en algún sitio que te desangres durante horas lentamente y encerrarte igualmente, pero, bueno, sería más cómodo para ti no tener ningún agujero nuevo. Además, si obedeces, tu Violethe no sufrirá mis, digamos finamente, atenciones. Si no, me da igual que sea una abuelita casi, gozaré igualmente de torturarla delante de ti.

El viejo no dijo nada, simplemente se deshizo de su agarre de la escalera y apenas señaló con la cabeza una mesita cercana.

—Las llaves están ahí, pero por favor, enciérrame, haz lo que tengas que hacer, pero a mi Violethe... no, por favor, déjala en paz.

Con el arma en la mano, hizo un ligero movimiento a Lambrecht, para que se pusiese en marcha.

—Abajo, viejo. Delante de mí, encendiendo luces y sin hacer tonterías.

El hombre obedeció, sinceramente, su primer miedo era por su esposa, el segundo por su propia vida. Y la agente, maldita sea, si se había ofrecido a entrar en Berlín en sus últimas horas de agonía, lo mismo podía morir al entrar, rescatando al chico que venía buscar, como en su casa, por la mano de ese sádico cabrón de Germaik.

Él mismo, recogió los pobres restos que dejó ese mal nacido de aquella chica, *Ojitos Azules*, no era más que una masa sanguinolenta cuando Philippe acabó de torturarla. Tuvo que deshacerse del cadáver en una calleja perdida, limpiar el sótano a fondo e inventar que había recibido las noticias que las autoridades que encontraron asesinada a la joven, relatando casi con veracidad la manera en que la vio, en un informe a sus superiores. Él quedaba así exonerado, la recluta era novata, y cometió un error. Punto. Ante sus jefes, rescató la información de nuevo, aunque ya había sido filtrada. La chica no resistió el interrogatorio de quien se hizo con ella y se acabó.

Caminó, obedeciendo al agente doble. levantó las manos, y apenas hizo gesto para encender la luz del sótano y bajar despacio, su gordura y su edad le habían vuelto torpe. Se dejó encerrar en uno de los cuartos, era un viejo baño. Germaik tuvo la compasión de lanzar dentro un colchón ajado y unas

mantas.

—Te traeré una vez al día comida, viejo. Agua y sitio donde hacer tus necesidades no te faltará, lo cerraré con el cerrojo exterior, gracias por haberlo colocado. Y no quiero el más mínimo grito, nada, silencio absoluto mientras esté aquí la inglesa. Aunque me la baje aquí, y me la beneficie mientras le saco lo que sepa, tú callado, o ya sabes, una muerte lenta para ti, y tu zorra alemana.

La puerta se cerró. Escuchó echar el pestillo exterior. Joder. Él mismo lo instaló años atrás por si había algún problema poder tener una especie de «celda» preparada, incluso tenía en el bajo de la madera una portezuela pequeña cerrada con un cerrojo para introducir comida sin tener que abrir. Y ahora era él quien iba a permanecer en su interior, apenas con el aire del pequeño sistema de ventilación, una bombilla llena de mugre, unos sanitarios, y el asqueroso colchón.

Pero todo lo soportaría por Violethe. La pobre chica que cayese en manos de Germaik, estaba muerta y enterrada, pero si podía salvar a su esposa, maldita sea, a estas horas, ya nada le importaba.

Philippe subió tranquilamente las escaleras de madera del sótano, pero antes preparó lo que necesitaba, el somier, libre del colchón, batería, cables, pinzas, perfecto.

Después echó un vistazo alrededor. Dejó a mano sobre la mesa, cubierto por unos cartones, unos alicates, tenacillas de diversos tamaños, alambre, en fin cuatro artilugios para sacar algo de diversión de la nueva agente que caería en sus manos sin darse cuenta. Y por supuesto, algo de droga para hacerla hablar primero y robarle su voluntad. Lo mismo podría ser mezclada con los alimentos, que inyectada, tenía un buen arsenal consigo.

Cerró bien la puerta del sótano y se dirigió arriba, al apartamento. Lo registró de nuevo. Tenía tiempo de sobra, casi una semana. Se dedicó primero a buscar la información que había preparado Labrecht para la agente. Un poco sorprendido que el rescate fuese para un chico, aunque leyendo más profundamente el expediente comprobó que la madre era una tal McKonky, escocesa o británica, ni idea. Y el padre un tal Rosenbaunn, alemán de pura cepa. El pequeño desgraciado estaba en un orfanato, una vez muerto sus padres. Los parientes del chico en las islas, seguramente tendrían poder, si,

bueno enviaban a una agente en su rescate cuando todo estaba a punto de irse a la mierda.

De nuevo una idea empezó a fraguarse en su mente. Quizás cuando se deshiciera de la agente, él mismo podría ir a buscar al criajo, cruzar a terreno inglés y presentarse como salvador. Si la familia tenía dinero e influencias para aquello, seguramente sería recompensado. O si no, tampoco era una mala manera de salir del país, con una buena tapadera, aunque no consiguiese demasiado beneficio.

A unas malas, los soviéticos estaban al oeste, podría llegar a ellos, con el salvoconducto que tenía hasta el general Vladimir, el jefe de toda la información rusa. El llamado *Príncipe Pradva* era una buena baza. En la realidad, hacía años que los bolcheviques habían acabado con cualquier atisbo de nobleza o realeza en la vieja Rusia, pero este hombre, aún conservaba el simbólico título como apodo, por su alto puesto en el sistema de información de la zona roja. Ese joven general educado, tanto fuera como dentro de los muros de la Rusia moderna, siempre había agradecido con oro puro cualquier buena información que le hubiese transmitido.

Y el crío podría pudrirse en una zanja, mientras le ayudase a sus fines, salir con vida de esta.

Meticulosamente recorrió la casa entera, se deshizo de los retratos de la pareja que vivía allí, también de la ropa de Lambrecht. La arrojó sin miramientos a otro agujero del sótano, entre montones de trastos viejos. Cambió escrupulosamente las sábanas de la cama de matrimonio, y de un pequeño dormitorio para las visitas. Iba a tener pronto una invitada y, al principio, solo necesitaba «tantear» el terreno con la chica. Quería saber todo de ella sin tener que recurrir a otros métodos. A veces sus formas de sacar información, dejaban demasiado débil a sus víctimas, ante todo, estaban también sus «negocios».

Pero, ah, el placer, qué sería de él sin esos momentos de asueto y diversión. No tenía gustos muy usuales, lo admitía sin ningún atisbo de pudor. Cuando las follaba, le encantaba que gritasen, se retorciesen, llorasen y suplicasen. Si ya estaban demasiado sometidas, no le daba ni la mitad de placer. Si el «pajarito hablaba», mejor, ya vendría la diversión luego. Un poco de morfina, y, cuando despertase la tendría atada en el sótano. Se

complacería en desnudar su cuerpo cuando estuviese consciente, eso la aterrorizaba. Con una tijera o una navaja la arrancaría la ropa poco a poco. Luego quizás unas pocas descargas eléctricas, para demostrar quien mandaba allí. Luego a follársela. Y, quien sabe, alicates, alambres y todas las herramientas a su disposición para proporcionarle, a ella dolor, y a él, deleite y satisfacción.

De acuerdo, iba a tardar una semana, pero disfrutaría de veras con ese último «trabajito», antes de escapar de Berlín.

CAPÍTULO 12

LA enorme y antigua casa de los Daylight estaba en un distrito elegante de Londres, casi en las afueras, rodeada de una alta valla. Hasta allí no llegaron realmente los bombardeos, intacta, se erguía orgullosa, aunque algo descuidada, puesto que en ausencia de la familia, solo un par de personas atendían a su vigilancia y arreglo. Una pareja que rondaba los cincuenta, con hijos, pero que ya vivían independientes. Ambos se ocupaban de todo lo posible, y vivían en las dependencias del servicio.

La mansión había sido construida por los tatarabuelos de Tony y de Henry, allá por el principio del siglo XIX. Como vestigio de ello, las columnas neoclásicas de mármol negro, del tipo «marquina» español, según le contó Tony al llegar, y ella acariciar sus largas y finas vetas blancas a contraste. El edificio había sido mejorado más en su interior que en su parte externa. En él se reflejaba todo el arte clásico, de nueva manufactura, pero inspiración romana. Tal como si se tratase de un antiguo templo, su frontal estaba formado por columnas y una frontela magnífica lo coronaba, con un bajo relieve con algunos dioses olvidados, algo gastado por las inclemencias del tiempo inglés.

Tony había parado a que comiesen antes de llegar en un diminuto restaurante, y a comprar algo en una farmacia. Ella se quedó fuera, roja hasta las orejas. Sin embargo el hombre no tuvo ni la más mínima vergüenza cuando antes de montar de nuevo en la motocicleta la besó en los labios. Casi agradeció que la distancia entre la farmacia y la casa de los Daylight en Londres fuese bien larga.

Una vez dentro, recorrió alguna de las salas. La mayor parte de los muebles, sobre todo los tapizados en costosas y antiguos terciopelos, tapados con níveas sábanas. El aspecto actual era algo fantasmagórico, pero en sus buenos tiempos tuvo que ser una casa impresionante. Remoloneó por la biblioteca, sus volúmenes estaban protegidos en las estanterías por puertas acristaladas, mandadas construir a mano para cuidar al máximo el tesoro que allí había. Diminutas llaves de bronce con delicadas borlas rojas colgaban de ellas en las respectivas cerraduras como toque de color sobre la madera noble oscura..

Luego de repasar sala de estar, despacho, y comedor, subieron a la planta alta. Tony la llevaba de la mano por las escaleras de barandal hecho en madera de caoba de Jamaica, de delicado tallado artesanal. La dejaba mirar a su antojo y preguntar todo lo que su curiosa mente se le ocurría.

En el primer piso, primero visitaron una amplia habitación, era una mezcla de despacho, y salón de estar. Sobria, elegante, con mucha luz pero a la vez muy femenina.

—Este fue el sitio favorito de Katherine, mi madre, antes de irse definitivamente.

Alexandra miró alrededor, muebles de madera clara, tapizados en tonos lisos, suaves en una gama de azules. Paredes enteladas en esos mismos tonos.

—¿Eras muy joven cuando...?

—Tenía unos dos años, pero no murió, se largó a Berlín. Era alemana de nacimiento.

—¿Se marchó sin más?

Tony asintió. Paseó despacio por el suelo enmoquetado, con las manos en los bolsillos, la mirada perdida en algún punto infinito.

—¿Eres medio germano?

—Soy inglés. Que Katherine naciese en Berlín, no hace de mí un alemán. He sido agente británico desde que tuve dieciocho años. Nunca he considerado mi circunstancia de nacimiento como un lazo con ese país.

—¿Se fue por culpa de la Gran Guerra?

—Un poco antes. El matrimonio entre mis padres no fue fácil. Se amaban, lo sé, ahora que pasó el tiempo, quizás puedo llegar a comprender las circunstancias, sus diferentes ideologías, y de ver a vida los separaban.

Katherine quiso llevarnos con ella, pero mi padre se negó. Mi hermano Henry era el único que poseía la doble nacionalidad en el registro. Yo no, nací en suelo Británico y mi padre omitió ese dato. Se que tuvieron una fuerte discusión, tras ella cogió su equipaje y no volvió.

Alexandra apenas pudo entender a la mujer que dejó a sus hijos atrás para volver a su país. Ella, nunca se vería capaz de esto. Maldita sea, iba a jugarse el cuello por rescatar al hijo de Marianne. Escuchando la historia que le contaba Tony, que parecía relatar casi de forma impersonal y lejana, lágrimas acudieron a los ojos de Alex, pero no demostró nada. Simplemente parpadeó para que desaparecieran como una molestia.

—Apenas me acuerdo de ella. Si no fuera por fotos que me enseñaba mi hermano Henry. Él si la conoció mejor, físicamente, es quien más se le parece. Incluso pasó en Berlín el último año de la vida de ella. Cuando Katherine se fue, él contaba con ocho años. Le enseñaba a tocar el piano, y alemán. Por eso para Henry fue tan fácil infiltrarse allí. Yo no quería saber nada de Alemania, ni de ella, cuando mi padre me obligó a aprender a tocar el piano junto a mi hermano, odié que se me diera jodidamente bien.

Tony caminaba por la sala que había sido el refugio de su madre cuando vivía en Londres. La llamaba por su nombre de pila, como alejándose sentimentalmente de ella. Allí estaban una gran cantidad de libros en idioma germano, decenas de volúmenes ordenados por autores. Un piano en madera costosa, con teclas de marfil y ébano africano. Él levantó la tapa, y apenas tocó una ligera melodía de memoria, sin partitura. El sonido le recordó a una cascada de agua en medio de un desierto.

—Necesita ser afinado.— Tony bajó la tapa tres segundos después del último acorde—. Lleva años aquí, sin que nadie lo toque o lo cuide.

—Deberías encargarte que lo hiciesen, es un hermoso tesoro.

Ella acarició la pulida madera oscura.

—¿Para qué? Nadie lo usa ya.— Había un tinte de amargura en la voz del hombre.

—Los hijos de tu hermano o si alguna vez tú los tienes... podría sentir inclinación por la música. Tú no pareces malo en ello, tus dedos son largos, a pesar de sus manos sean anchas y fuertes. Si no hubieses practicado tanto ejercicio, quizás parecieran más las de un pianista. Además, sabes muy bien

como usarlas.

Descaradamente se acercó a él para besarle los labios suavemente, ofreciéndole quizás un consuelo que no sabía si aceptaría.

Tony, sin embargo, sonrió ante tal demostración espontánea. Ella se retiró para seguir dando una vuelta por aquel lugar. También había cuadros de bellos paisajes montañosos, y hermosos prados. Leyó la enrevesada firma, Katherine Strieber.

—Tu madre, era una artista muy polifacética.

—Sí, destacaba en lo que se propusiese.

—Deberías de estar orgulloso de ello. Dejó en el mundo cosas hermosas, dos hijos...

—A sus dos hijos los abandonó sin parpadear. Igual que a sus cuadros y a su piano de cola, y a mi padre, que nunca se recuperó totalmente. La verdad, nunca comprendí a Katherine. En el fondo yo, bueno, me crié quizás demasiado mimado por mi padre. Apenas comenzaba a andar cuando ella decidió hacer las maletas e irse. Él se volcó en nosotros, sobre todo en mí, después de que ella se largara.

—Pero habría alguna razón, ninguna madre abandona a sus hijos...

—Katherine era así, ella era un espíritu libre. No sentía apego por nada aquí, ni siquiera por dos niños pequeños. No miró atrás, se fue, y se acabó—. Con un gesto adusto en su rostro cortó cualquier intento de Alex de continuar conversando de un tema que parecía hacerle daño, aunque lo negase—. Vamos, sigamos viendo la casa. Está mejor de lo que imaginé, hacía mucho que no venía. Es Henry el que se encarga de ella.

Tony parecía querer dejar zanjado el tema allí llevando la conversación hasta otros derroteros. Pero ella no, quería saber más de él, de sus pensamientos, de lo que sentía.

—¿Nunca hablaste más con ella? ¿Ni teléfono? ¿O carta?

Ambos habían dejado la sala. Tony pensó en ese instante, que debía de haber pasado de largo de la sala de su madre, y no mostrársela a Alex. Pero se vio tentado a entrar a ella después de no visitarla en tantos años. A veces, de pequeño, se refugiaba allí. Miraba los cuadros. Hojeaba libros en un idioma que no comprendía, y tocaba ese piano por horas. Añoraba a quien no conoció, y no sabía la razón. Con el tiempo lo sintió como una debilidad, y

cada día se alejó más, entró menos en la sala que era el paraíso de su madre.

Al ver que él no contestaba y abría otra puerta, le siguió. Era otra sala amplia, entre una sala de juegos infantiles y un aula. Con una enorme pizarra y un par de bancos estudiantiles en madera clara. Alex no dijo más nada. Quizás había sido demasiado atrevida. Tony paseaba por la sala de juegos de su infancia. Acarició una enorme bola terráquea.

—Ella me escribía, yo nunca contesté.

—¿Por qué?— acto seguido pensó que debería haberse mordido la lengua, y no hurgar en algo que Tony no parecía haber superado demasiado bien. La bola del mundo giró bajo el impulso de la mano del hombre, primero muy rápido, después, cada vez más despacio.

—Por mi padre. No es que él me lo impidiese, o me lo dijese abiertamente. Pero yo notaba su sufrimiento por la separación. Él la había amado de verdad, maldita sea, la amó hasta el último día de su vida. Nunca hubo otra mujer para él, aparte de algún desahogo que todo hombre, bueno, necesita. Pero que solo fue eso, nunca conocimos a ninguna de ellas. No vino ninguna mujer más a esta casa para tomar el lugar de mi madre. Y me alegro por ello, quizás la hubiese odiado, o querido, lo que es peor.

De nuevo Tony giró el globo, se alejó un paso y con un dedo lo paró en seco, justo sobre Alemania, sobre Berlín.

Alex tragó un ligero nudo en la garganta. Él se estaba sincerando con ella, y le costaba pero lo hacía. Se vio impelida a corresponder de la misma forma.

—Mi madre, bueno, en mi caso, fue al revés. Yo me crié solo con ella, y mi hermana, aunque en la granja de mis tíos en Escocia que nos admitió. Y es de agradecer, mi madre fue mal considerada, y señalada por las habladurías de una comunidad pequeña por tener dos hijas de soltera.

—¿Tu padre la abandonó sin, bueno, cumplir como hombre y como padre con vosotras?

—La cosa es más complicada de eso. Mi padre no supo que existíamos hasta que tuve trece años. Y si mi madre no hubiese enfermado, y muerto, quedando nosotras casi desamparadas, ni se hubiese enterado. Mi madre trabajaba fuera de Escocia desde muy joven, se conocieron, se enamoraron, se acostaron. Y mientras él, bueno algo les pasó y se perdieron la pista, ella descubrió su embarazo. Sus patronos la despidieron al notar su estado. Me

dio a luz en las Highlands, al poco de nacer yo, consiguió localizar de nuevo a mi padre. Se volvieron a ver, y bueno, pasaron unos días juntos. Mi madre no le dijo nada, pensando en recuperar su amor antes de asustarle, contándole que ya tenía una hija en el mundo. Pero llegó la llamada a los soldados a Gran Guerra, precisamente en esos días, él desapareció de nuevo de la vida de mi madre. Cuando volvió a la granja de las Highlands, ya estaba en estado, y llegó Marianne.

Alexandra paseó hasta donde él estaba, junto a la bola del mundo con su dedo índice rozando sobre su brillante material de latón policromado. Tony la miraba fijamente. Ella desvió un instante sus ojos y parpadeó para retirar sin que él se diera cuenta las lágrimas que intentaban fluir por detrás de sus párpados.

—¿Tu padre no se enteró del embarazo de tu madre? ¿De dos embarazos?

—Mi padre no era de la zona, ni siquiera escocés. Yo llevo el apellido de mi madre. No quise aceptar el apellido de él. Aunque nos acogió y nos cuidó bien cuando ella murió, a su manera nos quiso, y mi madrastra se volcó con nosotras. Él, sin saber que existíamos, después de la primera Gran Guerra se casó con otra mujer, y no pudieron tener hijos. Que nosotras llegáramos a su casa, colmó los deseos de ser madre de ella, la verdad, es una mujer adorable. Con Marianne conectó en pocos días. A mí me costó más, somos muy distintas. Cuando Marianne se fue, se escapó y se casó con su novio, mi padre... Bueno, me echó a mí las culpas por no haberla cuidado, porque yo era la mayor. Entonces tenía apenas dieciocho.

Se miraron ambos largamente a los ojos. Tony la escuchaba absorto en cada palabra. Silencioso. Ella se vio impulsada a seguir hablando, aunque esto pudiera comprometer seriamente su misión.

—Me abofeteó, me gritó. Mi madrastra me defendió, pero el daño estaba hecho. Al día siguiente cogí las mismas ropas ajadas y de niña que tenía guardadas, que me hacían parecer un fante, los últimos zapatos que me regaló mi madre antes de morir, que me estaban pequeños y huí de su casa. Apenas con el dinero suficiente para el tren que me llevase a Inverness. Los últimos kilómetros los hice a pie. Tardé casi dos días en llegar. No tuve ni unos peniques para comer, robé alguna fruta de la granja al pasar para no morir de hambre y conseguir llegar a casa de mis tíos.

Se calló, temiendo haber revelado demasiado de ella y por ende de su misión.

—Eras una niña de dieciocho años, ¿sola por esos caminos? ¿Entonces fue cuando esos dos tipos..? bueno, lo que empezaste a contarme anoche antes de... irnos a la cama.

Frente a frente, entre ellos el globo como única barrera. Esta vez ella fue la que lo hizo girar, solo para desprenderse unos segundos de la mirada azul e inquisitiva de Tony.

—No, eso pasó mucho después. O'Brian, bueno me pretendía desde casi volví con mi familia a las Highlands. No le hice nunca demasiado caso, no me gustaba, pero eso ya es pasado.

Un silencio se instaló entre ellos, mientras el mundo giraba despacio.

—Ninguno de los dos hemos tenido una familia muy «convencional»— rompió al final Anthony.

—Me temo que no. Pero yo fui muy feliz de niña.

—Yo también, era el mimado de la casa.

Sus ojos azules sonrieron con él. Todo el mundo pasaba buenos y malos momentos. Ambos habían tenido sus buenas dosis de penas y alegrías.

Anthony rodeó la bola del mundo para tomarla de la mano. Si era hábil pronto obtendría toda la información sobre ella, y la misión, y a quién fuese a buscar, aunque ya tenía más que una ligera sospecha, sonrió. Era bueno en su trabajo, dándole pistas de su propia vida, consiguió que ella se abriese, le sacaría toda la información y ella estaría hasta feliz de «largarlo» todo.

—Sigamos viendo la casa.

De nuevo juntos por el pasillo. Hasta que abrió una puerta tallada profusamente, la habitación en la que entraron era enorme. Con muebles antiguos, oscuros, cuidados, limpios y arreglados como si les estuviesen esperando. Una cama con dosel y bastante alta estaba justo en el centro. Una colcha de terciopelo Borgoña la adornaba. apenas un tono más claro que las cortinas. El aire olía a las rosas que adornaban un jarrón sobre un alto mueble de peinadora y a lavanda, que seguramente perfumaría los cajones.

El suelo cubierto de alfombras persas, las paredes forradas del mismo color. formando paneles estrechos entre artesonado de madera del mismo tono de los muebles. Hacía esquina en la casa, tenía tres hermosas y altas

ventanas que llenaban de luz la estancia. Él caminó hacia dos puertas que estaban en el único lateral aparte de la puerta, que no contaba con ventanas.

Abrió la primera de ellas.

—Aquí tenemos, un ¿vestidor? vacío, claro está. Y...— fue a la puerta gemela, apenas a dos metros de distancia—. Un bonito baño a nuestra disposición. Está algo antiguo, pero se ha modernizado con una ducha en la bañera. Estaremos cómodos.

—Parece un palacio.

—Ordené preparar esta alcoba expresamente, sabía que te gustaría, solo para nosotros. Para que, bueno, durmamos juntos.

Anthony acarició el corto cabello apenas ondulado naturalmente de Alexandra. Esta le sonreía.

—Me siento halagada, es muy hermosa. Nunca he visto muebles tan bellos.

—Además, tenemos que gastar...—metió la mano en el interior de su cazadora, sacando una cajita de metal decorado profusamente con motivos egipcios, y un nombre «Ramsés»—, todo esto.

Alex sintió ruborizarse hasta las orejas.

—Son americanos, de «contrabando». Dicen que los mejores— Tony le hizo un guiño travieso

—¡Por favor Tony!— Si era posible la pelirroja estallarían en llamas. Más roja que la grana.

Él se rió mientras arrojaba su cazadora lejos, sobre un sillón amplio de brazos, y se abría su camisa celeste, botón a botón.

—Pon favor, ¿qué? ¿Señorita McKonky?

Ella negó con la cabeza cuando la camisa masculina tomó el mismo camino de la cazadora y el primer botón de los pantalones fue desabrochado, luego un segundo. Él la miraba divertido. Otro par de botones y las ceñidas perneras bajaron de sus muslos abultados de músculo. A la vez, rozaba un pie contra otro para quitarse sin desatar las botas.

Ella estaba absorta y quieta ante el espectáculo del cuerpo desnudo de su instructor, a plena luz del día, como nunca lo hubo visto. Pudo apreciar no solo la señal de una herida de bala sobre su cadera, también varias de armas blancas, además de la de su muslo, otra muy fina y desvaída por los años

transcurridos cruzaba desde sus abdominales derechos, hasta su pectoral izquierdo. Algunas más en sus brazos. Algunas finas otra gruesas y como si hubiesen sido rápida y mal cosidas.

Él se quedó quieto, solo con sus calzoncillos, mientras Alexandra alargaba la mano acariciando alguna de sus cicatrices. Él se estremecía bajo sus dedos. Recorrió despacio la más larga, la que llegaba hasta su corazón. Tony la tomó por la muñeca e hizo que su palma abierta presionara justo en ese punto.

—Siente como late. Y es por ti, señorita McKonky.

Ella sonrió, aunque él parecía haber dicho esas palabras con extrema seriedad y reverencia.

—«Informador», instructor, practicante, enfermero, pianista... y ahora ¿poeta?

Ahora ella se rió con ganas. Por un momento él frunció el ceño. Sí, Alex, pensó ella para sí, a veces deberías morderte la lengua.

—Añade «amante». Desnúdate.

Una orden simple y directa. Después dejó de mirarla a los ojos para volverse a cerrar la puerta con llave. Echó un poco las cortinas, aun así dejó entrar una luz tenue, tamizada de rojo.

Ella seguía en el mismo sitio, con sus manos entrelazadas sobre su vientre, mirándole con fijeza. Tony terminó semidesnudo su recorrido, y tiró de la colcha destapando la enorme cama. Se acostó en ella, arrellanándose en su blancura, justo en medio. Un dios pagano, un Apolo mítico, esperando a su última conquista terrenal.

Ella desligó sus manos, y las llevó a su chaquetilla, sacándola, echándola encima de las ropas que él se había quitado. Suspiró hondo, el deseo de ser tocada, abrazada, penetrada con profundidad la golpeó. Pero al igual que Tony, quiso tomarse su tiempo, desabotonó lentamente su camisa celeste suave, sus pantalones siguieron el mismo camino, y sus botas, sus calcetines.

La voz de Tony sonó con una nota oscura desde su altar.

—Todo, señorita McKonky, quiero contemplarte completamente desnuda.

Con determinación y a pesar de saberse sonrojada, bajó apenas sus ojos verdes para deshacerse de su sujetador y dejar libre sus preciosos pechos.

Luego tiró de la cinturilla de sus braguitas blancas, despacio, descubriéndose poco a poco. Dejándolas bajar. Inclínándose despacio, mientras la prenda recorría desde sus muslos a sus tobillos. Luego también voló hasta el lío de ropas de ambos. Esperó.

Otra orden, dicha con voz rasgada salió de los labios de su «instructor».

—Ven a la cama.

Alexandra, se sentía algo nerviosa, pero feliz de obedecer, caminó hasta Anthony. Sus pechos eran pesados y llenos, y por minutos parecían hincharse más, al igual que sentía su centro humedecerse de anticipación. Él había cruzado sus manos bajo la cabeza, al parecer relajado, y dispuesto a contemplar el espectáculo de su desnudez.

Se quedó de pie al lado de la cama, recorriendo con la mirada el cuerpo del hombre con auténtico descaro. Aunque lo único que no parecía tan tranquilo y al mando de la situación como su dueño, estaba todavía oculto bajo los calzoncillos. Empezaba a ser demasiado obvio su estado, incluso para sus ya menos inocentes ojos. Casi completamente erguido bajo la tela de su ropa interior, pugnando por liberarse de su confinamiento.

Tony, sonrió de medio lado cuando vio lo que ella se recreaba su cuerpo con una gran dosis de orgullo masculino. Alzó un poco la pelvis, para provocar aún más azoro en ella, el rubor la hacían estar más preciosa si eso era posible..

—Quítalos.

Ella obedeció aunque algo torpe al principio tomando la cinturilla para bajarlos despacio. Él la ayudó elevando su cadera, luego sus muslos. Su erección quedó completamente libre. Alexandra se deshizo de la última prenda masculina en la misma dirección que había arrojado las suyas un minuto antes.

—Tócame.

Esta vez ella puso una graciosa mueca en su cara.

—No sé como, yo...

—Deja que el instinto te guíe, no va a dolerme. Súbete en la cama, y tócame. Donde quieras, como quieras. Hazlo.

Ella se subió al colchón, arrodillada junto a la cadera del hombre. Sus dedos al principio torpes, empezaron por lo fácil, tocaron los músculos de los

brazos y hombros. Bajaron disfrutando del dibujo de la clavícula, acariciando plenamente los pectorales. Los pezones pequeños y oscuros masculinos se endurecieron a la vez que los suyos. Él permanecía estático, con las manos tras la cabeza, las piernas entreabiertas, como si descansara, pero su erección cada vez parecía más dura y gruesa. Eso era lo que la atraía, mientras con la mano recorría el abdomen del hombre, con sus altibajos, hasta rozar el crespo vello púbico unos tonos más oscuros de su cabello dorado.

Cuando al fin se decidió a ser «valiente» y con un dedo, despacio, acercarse hasta la punta húmeda de su pene, y apenas lo rozó, él dio un salto en el colchón y soltó un grito cómicamente dolorido.

Alexandra se encogió inmediatamente y a punto estuvo de bajarse de la cama y huir, si no fuera por las carcajadas francas y abiertas de Anthony. Elevándose la atrapó en un abrazo para voltear y estirla sobre la cama. Ella también ríe ante la broma. Daylight trepó sobre ella con besos desde su ombligo hasta sus pechos, acunados por sus enormes manos no parecían tan grandes.

La boca del hombre sabía lo que hacía, chupó y lamió sus erectos pezones. Primero uno, y a conciencia, mientras ella alargaba sus manos para acariciar esa cabeza llena de rizos dorados casi angelicales. Lo único «angelical», pensó, por lo demás era dulce pecado. Una de sus manos se perdía camino abajo de su ombligo hasta posarse sobre su vello púbico.

—Pelirroja auténtica.

Rió mientras miraba hacia abajo. Ella sentía que cada vez que se ponía más roja de vergüenza, no podría ir más allá, pero cada comentario descarado del hombre redoblaba su color, junto al calor de su cuerpo.

La boca de Tony pronto siguió a los dedos que ya se colaban por su húmeda raja. El cuerpo del hombre se instalaba entre sus muslos. Se acomodó más, tiró de las rodillas femeninas para abrirlas a sus exploraciones. Pronto su boca estuvo allí, sin ninguna misericordia. Entonces el gemido de Alex le hizo estremecer. Placentero, largo, entregado. Sí, a la señorita McKonky, aquello le estaba gustando mucho. Sonrió contra la sonrosada carne de su sexo, antes de iniciar una serie de cortas lamidas rápidas a todo lo largo, desde su cada vez más henchido clítoris a la vagina que ya rezumaba el jugo de su excitación.

—¿Me deseas, Alex?—dijo dejando su aliento caliente sobre su sensible centro.

Ella asintió con la cabeza rápido. Un «sí» apenas susurrado por sus labios entreabiertos le siguió. No sabía si contemplar el espectáculo de la cabeza de Tony entre sus muslos, o cerrar los ojos y simplemente dejarse llevar y sentir. La lengua del hombre era tenue y áspera en contra de su sensible carne, él dio con ese punto especial, y allí la introdujo suavemente. Ella se arqueó, deseando algo más, los dedos de él parecieron adivinarlo y la complacieron.

Primero uno, lento, suave, largo. Introduciéndose despacio, extendiendo su humedad. Luego un segundo dedo le siguió. Creyó que iba a morir en ese momento de puro placer. Pero no, aún quedaba más. Su cuerpo lo sabía, lo pedía a gritos, ella consiguió hablar al fin.

—Te necesito dentro de mí. Ya...

Él no se hizo demasiado de rogar, aunque había pensado en principio tomarse su tiempo. Subió sobre ella, dejando una cascada de besos húmedos por todo su cuerpo hasta alcanzar los labios deseosos de Alexandra. Se burló un poco de su necesidad, tomando con una mano su miembro lo cubrió con un condón y lo llevó suavemente de arriba a abajo de su centro, torturándola. Ella desesperada se asió a su trasero y lo intentó atraer, mientras elevaba su cadera.

—Ya, por favooooorrr...

—Me encanta que te pongas así...

Se divirtió un poco más con ella bromeando con la punta de su polla, entrando apenas dos centímetros en su interior, y volviendo a salir, en un juego perverso. Eso llevó a Alexandra a la cima del desespero.

—¡Ahora!, o juro que...

No la dejó terminar su amenaza, cuando se hundió en ella con deliberada lentitud. Las palabras de Alexandra se convirtieron en un largo, alto y agónico gemido de placer. Tony sonrió, su gata escocesa, hincaba las uñas a la altura de su cintura. Joder, acabaría muy a gusto entero marcado, si por el resto de su vida, la tuviese así. Deseosa, abierta, gimiendo, gritando de placer. Se puso a ello, a concentrarse en cada embestidas, unas más cortas, otras largas, buscando el punto justo que ella necesitaba. A él le daba igual, siempre era placentero entrar dentro de su calor, pero su objetivo era

encontrar ese ritmo que la volviera materialmente loca.

Alexandra arqueaba el cuerpo hacia él, deseando cada vez más y más rápido, pero él parecía querer entretenerse en entrar y salir de su cuerpo variando el ritmo. Elevó instintivamente las piernas para sentirlo aún más hondo, enredándolas alrededor de la estrecha cintura del hombre.

—Sí... ¡Sí!

Oh, eso era bueno, más adentro, mejor, además se ayudaba a elevarse e ir a su encuentro. Clavó de nuevo sus uñas en la espalda de Tony instándole, como si de espuelas se tratasen, a que se urgiera.

Anthony sonriendo y mirándola fijamente mientras se retorció y gemía bajo él, redobló su ímpetu. Encontrando el verdadero ritmo que ella necesitaba.

Un grito surcó el aire que le rodeaba, ella había llegado a la cima. Señor, toda aquella zona de casas vetustas y familias adineradas, se habrían enterado de ello. Casi teniendo que sujetar sus ganas de reír y de gritar tan fuerte y alto como ella, empujó unas cuantas veces más, hasta quedar estático en su interior, disfrutando de los últimos espasmos de placer de la vagina de la mujer mientras vaciaba su semilla dentro del preservativo. Eso fue magnífico, estaba en la cima, contemplando extasiado su cuerpo de mujer, dejándose llevar por las olas de su propio placer, luego, con cuidado extremo, lo sujetó saliendo de su cuerpo. Lo arrojó, a los pies de la cama con descuido.

Alexandra lo sintió de nuevo caer sobre ella como lluvia de besos y luego echarse apenas a un lado para atraer contra su pecho el cuerpo saciado de ella en un simple y fluido movimiento.

Ella suspiró satisfecha contra su hombro, él la apretó todavía más contra sí.

¿Dejarla ir? Joder, ¡nunca! Le encantaba escucharla gritar en ese instante final, era tan natural, tan expresiva, y explosiva. Besó sus cortos cabellos rojos. Cerró los ojos unos instantes, ambos relajándose en silencio. Cada vez se acoplaban mejor, la conocía un poco más, pero aún así, ella no había conseguido confiar plenamente en él para decirle a quien diablos iba a buscar hasta Berlín. Eso le hizo abrir los ojos, sonriendo, ahora tenía un arma para ello. Ella estaba tan relajada que... Un poco de psicología, y...

—¿Confías en mí? ¿Alex?

—Mmmm.

—Ayer me lo dijiste, «confío en ti Tony». No, no lo haces.

Ella apenas abrió un ojo, solo tenía ganas de dormir y, ¿ese hombre empezaba a hablarle de confianza? Joder, se había entregado entera a él. Le pidiese lo que le pidiese y sin tener experiencia.

—Sí, lo hago. Estoy en tu casa, en tu cama. Te di, mi primera vez.

—De acuerdo, me entregas tu cuerpo, pero yo quiero más. Puedo tener a cualquier mujer a mi disposición, pero yo quiero tu mente también, tu alma, tu ser. Ese fiero corazón tuyo que late fuerte a mi lado, poseerte entera.

Ella quedó en silencio un largo minuto. Él la dejó estar, quiso que se cociese en su propia salsa. La mente de Alex sintió en ese momento un torbellino de dudas y una punzada de celos «puedo tener a cualquier mujer a mi disposición». Jodido presuntuoso. Aunque debía admitirlo, era un soberbio ejemplar de hombre, además de saber que hacer a una mujer en la cama para llevarla más allá del límite. Resopló pero permaneció callada.

Tony la apretaba contra si fieramente, abriría su corazón a ella en ese instante, y como pago averiguaría hasta último secreto de su mujer. El intercambio era justo.

—Quiero, no, necesito algo más, Alexandra. Ya vengo de una relación que me dejó tocado, y fue puro sexo. Ahora con la distancia y el tiempo transcurrido, me he dado cuenta. Ahora quiero compromiso. No estoy dispuesto a repetir lo que pasó a mi padre. No quiero una mujer para follar unas horas, la quiero veinticuatro horas al día, siete días a la semana. Quiero ser el hombre de su vida, el padre de sus hijos. Con quien se acueste, con quien se levante. A quien tire los trastos a la cabeza cuando se enfade. Reír y llorar con ella, eso es lo que quiero. ¿Puedes tú dármelo? Si no, esto se acabará en cuanto te marches a Berlín. Cuando vuelvas...

—Si vuelvo...

—Volverás, me encargaré personalmente de ello.

—No, tu tarea termina en cuanto yo me vaya, Tú no tienes nada que ver con mi misión.

—Tu misión, mujer cabezota, también es la mía. Protegerte, traerte de vuelta, a ti, y a tu maldito objetivo...

—¡No lo llares así, Axel es...

Alexandra se tapó la boca con la mano, había estado a punto de decir la verdad de su misión de rescate. Él se movió de un salto hasta ponerse encima de ella dominándola entera, agarrado firmemente a sus brazos.

—Joder Alexandra, a pesar de mis miedos a una relación estable, mujer entiéndeme, estoy por ti. Te ofrezco todo lo que soy, sin tapujos. Creo que me vas conociendo. No soy un mentiroso, ni digo esto para aprovecharme de tu persona. Hay muchas mujeres en el mundo para ello. Te escojo a ti, eres la única para mí. Me vuelves loco, solo al pensar en apartarme de ti unas horas. ¿No puedes decirme a quién diablos vas a buscar tan desesperadamente a Berlín?

Alexandra, encogida bajo él. Sorprendida por su declaración sincera, y por la intensa mirada azul del hombre apenas podía pensar.

—Alex, te estoy diciendo que voy en serio, que estos no son unos polvos de una noche o dos, o tres. Quiero «follarte como un conejo en celo» toda mi puta vida. ¿No puedes decirme nada? Estaré en Berlín contigo, iré hasta allí, te protegeré, a ti y a...¿quién?

—Axel...

Joder, lo que tanto había temido, un nombre masculino. Tony en unos instantes se hundió en una vorágine de celos. Se maldijo a sí mismo, por volver a fiarse de una hembra. Se echó a un lado, tapándose los ojos con el antebrazo, intentando no estallar a gritos para con ella. Maldita fuera su suerte. Jodido *Axel*. ¿Quién carajo era Axel? sus contactos no le habían dicho nada ni nadie bajo ese nombre.

Ella al fin habló, volviéndose lentamente para mirarle a los ojos, posando con suavidad una mano justo en su pecho, sobre su corazón, que galopaba frenético.

—Tiene siete años, es tan pequeño e indefenso. Es lo único que me queda de mi hermana, ella...

Tony abrió de golpe los ojos, quitó de su frente el brazo y se volvió a mirarla. Tenía sus verdes ojos, anegados en lágrimas que parecía negarse a dejar que fluyesen a su antojo.

—Ella murió hace un año, mi hermana, Marianne. Y también Verner, el joven alemán con el cual ella se casó hace unos ocho, en Kiev. Apenas unos meses después, el tío de Axel, y hermano de Verner, bueno, en Grecia...

Adler el único que le quería, encontró también la muerte. Estaba casado con una mujer alemana, no sé su nombre. Ella se quedó a cargo de mi sobrino, pero, bueno, se deshizo de él sin miramientos en un orfanato de Berlín.

Tony se movió hasta tenerla abrazada. No sabía si reír de felicidad por que Axel fuese un crío de siete años y no el «hombre» de Alexandra, o llorar a la par de ella contagiado. La acunó suavemente, mientras al fin las lágrimas de esa mujer humedecieron su pecho. Sabía que ella no lloraba con facilidad.

—Ssst, preciosa. Sacaremos al chico de esta, lo traeremos de vuelta con nosotros. ¿De acuerdo? Todo saldrá bien, no estarás nunca más sola. Yo iré contigo, te cubriré, te protegeré, ahora y siempre.

—Gracias.

El susurro quedo de ella quedó en el aire vibrando entre los dos.

—¿Gracias de qué? Eres mía.

Ella suspiró limpiándose las lágrimas con la mano y arrastrando también la humedad salada del pecho del hombre. No sabía hasta que punto le aliviaba confesar su secreto, a pesar del miedo que sintió ante la «posesividad» que mostraba sobre ella. Eran demasiadas cosas las que estaban pasando en su vida, para poder asimilarlas todas a la vez. Y en primer lugar estaba ir a Berlín, rescatar a Axel y salir con vida, lo que viniese después...

—Duérmete un rato pequeña, lo necesitas, y yo también, descansemos. Tenemos tiempo aún para leer las órdenes y trazar planes de futuro.

Escuchando esas palabras, Alexandra se dejó llevar, extrañamente tranquila. Él estaba a su lado, no la dejaría sola. El sueño pronto la venció, esta vez fue tranquilo, sin necesidad de inducirlo a base de ejercicio, a no ser que hacer el amor con un hombre fuese considerado como tal. Al igual que la noche anterior, fue reparador, dulce, y como hacía siglos que no lo conseguía. ¿Era por estar rodeada por sus brazos tan solo? No lo sabía, no lo quería pensar ahora, mañana habría tiempo. Él se lo había prometido. «Los Daylight siempre cumplen sus promesas».



Abrió los ojos con ligero sobresalto. Estaba sola en aquella inmensa habitación, en el centro de la gran cama. Él había dejado sobre su cuerpo la

sábana, además de su cálido aroma de hombre. Por un instante se sintió perdida, ¿a dónde habría ido? La luz del atardecer apenas se filtraba por las ventanas velada por los cortinajes de terciopelo Borgoña.

Se incorporó, sacando los pies fuera de la cama. La ropa de él había desaparecido, pero la suya estaba perfectamente colocada sobre la misma silla donde la dejó caer horas antes con total descuido.

Caminó descalza y rápido al baño. Vaya estaba muy bien, la azulejería a media altura, pero blanca e impoluta, con una ligera greca en donde se unía a la pared pintada en un tono pálido celeste. Los sanitarios si habían sido reemplazados por nuevos. Los grifos seguían siendo de cobre, pero pulido y brillante. Después de todo la mezcla de estilo no estaba mal para la antigua mansión. No sabía que los Daylight proviniesen de familia rica, pero esa casa gritaba eso a las claras.

En cuando salió refrescada, tomó su camisa, y la abotonó sobre sus pechos desnudos, metiéndose a escape sus braguitas. No le dio tiempo a más la puerta se abrió a sus espaldas dejando entrar a Tony cargado con una bandeja bien repleta en equilibrio.

—¿Despierta, McKonky? Te traigo la cena, yo ya he comido abajo. Tengo que salir a unos asuntos.

Ella le contempló entrar y dejar su carga en una mesa de la esquina, y retirar una de las sillas. Le sonrió extendiendo su mano como invitación.

—Ven aquí preciosa ¿Tienes hambre?

Ella camino hasta la mesa, al destapar los platos, el aroma de la comida hizo que su estómago gruñera. Tony también debió escucharlo, por que soltó una carcajada.

Alexandra lo miró enfurruñada, pero la verdad es que tenía apetito y la comida una pinta exquisita. Medallones de carne roja de buey en una ligera salsa, al parecer aromatizada con jerez, una buena porción de verduras del tiempo cocinadas. Y al otro lado fruta pelada, troceada y con miel sobre ella. Una copa con un vino de aroma suave y joven. No dijo nada, se sentó ayudada caballerosamente por Daylight, y atacó la cena. Tony se arrellanó en otra de las sillas.

—Pues si que estabas famélica.

—¿Qué hora es?

Tony miro unos segundos su reloj de acero brillante.

—Casi las siete.

—¿A dónde vamos?

—Tú, a seguir descansando, yo a arreglar unos asuntillos en la zona del puerto fluvial.

—Ah, no, no me quedo sola—dijo entre bocado y bocado.

—No es un sitio aconsejable para llevar a una señorita, McKonky.

Alex pensó unos segundos, en ese instante vio reflejado en un alto espejo sobre la cómoda su corto cabello pelirrojo. Una idea iluminó su mente.

—Búscame ropa de hombre, alguna tiene que haber en esta casa, aunque sea vieja. Me disfrazaré e iré contigo.

Los medallones de carne y la verdura habían desaparecido del plato al igual que el postre. mientras tanto ambos discutieron y rebatieron el tema veinte veces, hasta que ella venció.

—Si no me dejas ir contigo, olvídate de meterte en mi cama ni una noche más.

Tony alzó las manos ante la amenaza de esos ojos verdes de gata. Luego rió a carcajada limpia.

—Joder, Alex, aprendes rápido para ser una «niña inocente». Está bien, pero seguirás cada una de mis instrucciones al pie de la letra. Lo consideraré una «prueba» de mimetización con el ambiente. Quizás te venga bien después de todo. Y seguro que mis amigos estarán encantados de conocerte. Aunque, espero que no te asuste el sitio donde vamos, es una taberna, se llama El Gato Tuerto y hay una «fauna» allí bastante, digamos, «variopinta» entre la clientela. Lo regenta un amigo mío, fue mi instructor, y mi compañero en las primeras misiones. Entonces no teníamos «la escuela» de ahora. Los tiempos eran distintos. Ahora está retirado, pero tiene todavía muy buenos contactos para lo que necesitaré en los siguientes días.

Alexandra había asentido a cada frase soltada por Tony. En breve se vio en otra de las habitaciones, rebuscando entre la ropa allí acumulada de los tres hombres de la familia. Al final encontraron unos pantalones que le sirvieran, unas botas algo grandes, pero con algodón o algo parecido en la punta, serían cómodas. Una camisa masculina que aunque fuese suelta le marcaba los senos y una chaqueta de *tweed* de entretiempo bastante decente.

Tony no se encontraba satisfecho, ni siquiera calando una gorra marrón sobre el corto cabello, echado hacia atrás de la chica.

—No va a servir Alex—le miró el pecho con descaro—, tienes ahí, un par de «potentes razones» para no parecer un hombre. Te juro que me encantan, pero no puedes deshacerte de ellas para venir conmigo. Este plan no funcionará.

Tony contemplaba a sus senos cubiertos apenas por la camisa sin sujetador con total arrobó. Ella le miró a él, alternativamente que a su pecho. De pronto la fácil solución, le hizo pegar una sonrisa a sus labios.

—¿Tienes por ahí algunas vendas fuertes? O en su defecto una sábana vieja, para hacerla tiras.

Tony arqueó una ceja, comprendiendo. Sí, podría funcionar. Por probar...

CAPÍTULO 13

TONY le caló la gorra más a Alexandra en cuanto se bajaron de la motocicleta.

—Procura estar en silencio ante desconocidos. No te quites esto.— Otro tirón más de la gorra de paño—. Si me alejo de ti, por lo que sea, te quedas donde te deje, te concentras en tu bebida y por favor, no mires a nadie. Aquí una mirada directa puede malinterpretarse y meterte en una bronca, ¿entendido?

Alex resopló. Se metió las manos en los bolsillos y rezongó poniendo voz grave.

—Sí, papá.

—Vamos adentro. Nada de menear las caderas. ¡Procura andar como un hombre!

Alex ya no dijo nada, se limitó a bufar de una manera nada femenina y caminó junto a él hasta La Taberna del Gato Tuerto. El cartel, bastante bien pintado, un enorme felino atigrado con un solo ojo verde brillante les daba la bienvenida. Desde fuera se oían risas y charlas a voces. Alguna música bastante alegre parecía sonar de algún aparato que no estaba a la vista.

Alexandra nada más cruzar la entrada frunció la nariz. Alcohol, humo de cigarro, cuerpos no muy limpios y corrupción. En ese momento Tony se había vuelto hacia ella y enarcó una ceja. Ella silbó y miró al techo de vigas al aire pintadas de marrón oscuro, seguramente para disimular la tizne y la suciedad de años.

—Sígueme—le dijo y caminó resueltamente a la barra, driblando a un par

de borrachos que parecían discutir. Ella un paso detrás los rodeó de igual forma. Aunque con menos suerte, porque se rozó con uno de ellos, particularmente harapiento. Tuvo que hacer un soberano esfuerzo por no volver a hacer ningún gesto de asco.

Al fin llegaron a la barra. Tony saludó al camarero y este pareció reconocerle. Se acercó más a ambos, y le echó una mirada de reojo que la hizo sentir «descubierta». El tipo era un hombre gigantesco, moreno de piel, de rasgos polinesios hermosos y marcas tatuadas en sus brazos. El cabello negro azulado, largo, recogido en la nuca con un cordón hecho de piel. Vestía una camisa sencilla color claro. Las mangas subidas y dos o tres botones abiertos dejaban ver un pecho amplio y lampiño. Profusamente tatuado con motivos al parecer de su etnia o tribu. Ella había leído algo de los habitantes de las islas de la polinesia. Pero nunca se esperó ver uno en una taberna de un puerto británico y sirviendo cervezas.

—Hola Wiremu-Tane

—Hola *Niño Bonito*, me alegra verte.

El enorme y atractivo hombre sonrió afable en contraste con su cara fiera y sus tatuajes intimidatorios. Tendría unos treinta y cinco o poco más. Ambos se dieron la mano, de una forma muy peculiar. Supuso que era la costumbre de su gente. Con el dedo pulgar hizo un gesto hacia ella. Quiso esconderse pero no supo donde, de esos ojos negros que la traspasaron.

—¿Quién es tu «hermanito»?

—Es Alex, un, digamos, alumno.

El hombre le tendió la mano. Ella alzó la suya y repitieron el saludo.

—Un placer—consiguió balbucear Alex al ver perdida su mano en la enormidad de la palma del polinesio. Luego el gigante no le prestó más atención.

—¿Qué necesitas?

—Dos jarras de cerveza, y, ver al jefe.

—Bien, lo primero es rápido, lo segundo, tendrás que esperar un rato. Está fuera resolviendo asuntos.

—¿A estas horas?

El tatuado se encogió de hombros, se dio media vuelta y les trajo un par de pintas de cerveza rubia. Les señaló una mesa vacía en la esquina, estaba en

la parte más tranquila, y tenía una buena vista del local.

—Sentaos un rato muchachos, si necesitáis algo más...

Tony tomó ambas jarras y caminó resuelto hacia la mesa. El garito pronto empezaría a llenarse realmente. Ahora era solo era una muestra de lo que se podría encontrar allí unas pocas horas después. Alex le pisó los talones. Él esquivaba a los parroquianos con una destreza que para ella quisiera. Al fin se vieron sentados en sendas sillas en un rincón bastante oscuro y apartado de lo más bullicioso, aún así con inmejorable perspectiva de la taberna.

Tony empujó hacia ella la cerveza. No dudó en alzarla y tomar un buen trago. Tampoco estaba mal, mejor que el sitio, seguro.

—Procura no emborracharte McKonky.

Ella hizo un mohín, y él le dio una patada floja bajo la mesa.

—No hagas esos gestos, «chico» o ...

Ella devolvió la patada con saña.

—No me agobies, «instructor».

Tony no quiso reírse. Ella volvió a tomar un buen trago. Él la imitó.

—Alex, Alex... —movió negativamente la cabeza, y luego se encargó de vigilar el local. La gente entraba y salía a su ritmo. Un par de conatos de discusiones, fueron pronto disueltos por Wiremu-Tane, cuya imponente mirada bastaba para hacer callar a los contrincantes y que, o siguieran con su bebida y sus asuntos, o se largaran con viento fresco a despejar la borrachera.

—Es extraño ver a un hombre como él en Bretaña.

—¿Lo dices por Wiremu-Tane? Lleva aquí más de diez años. Falcon y yo lo conocimos en una de nuestras primeras misiones, la más peligrosa hasta ese momento. Ambos le debemos mucho, Falcon está vivo gracias a él. Desde ese momento fueron inseparables. Wiremu vino tras esa misión con nosotros y se estableció aquí.

—¿Él también era un—bajó la voz—, informador?

—Oh, no. Estábamos en una misión en España. En los comienzos del treinta y pocos. Él estaba «de atracción» en un circo.

—¿Cómo?

—Sí, como lo oyes, ese hombre, que en su tierra era un guerrero estaba esclavizado como un animal en un circo de monstruos. Entonces era doce o trece años más joven, no sabe con seguridad su edad, ellos no miden el

tiempo de igual manera. Quizás unos veinticinco. Lo exhibían como a una fiera más.

—No puedo creerlo.

—Nosotros tampoco, pero es una historia demasiado larga. Lo cierto, bueno, sobre todo Falcon no lo pudo dejar atrás, cuando nos largamos de allí lo trajo hasta Inglaterra. Aquí es un hombre libre.

Una hora después, seguían allí sentados. Pasaba la medianoche. El ambiente se calentaba por momentos. El alcohol barato corría entre los parroquianos. Algunas mujeres mal maquilladas y no demasiado jóvenes habían entrado hacia poco. Alexandra las miró fijamente, lo que la hizo ganarse de nuevo otra ligera patada de las botas de Tony bajo la mesa.

—No las observes, céntrate en tu cerveza.

—Está ya asquerosa. Voy a pedir otra.

—McKonky...

Sin que pudiese llegar a impedírselo Alexandra se levantó, y sin mirar, se dio media vuelta para chocar con una de las chicas que acababa de entrar hacía unos minutos. La mujer, pintada casi grotescamente y con dos dedos de raíz cana en su abultado cabello teñido de rubio, le puso ambas manos en la cintura acariciándole.

Alex mantuvo el tipo. Se tocó el ala de la gorra y fingiendo voz ronca, la miró apenas para poder continuar su camino.

—Señora, si me disculpa.

Pero por lo visto la «dama», tenía otros planes. Se pegó más a ella con total descaro, era bastante bajita, apenas le llegaba al pecho.

—¿Dónde vas con tanta prisa, machote?

Vestida exóticamente de imitación de seda bordada china, la mujer acarició sus costados, hasta que Alex la tomó de las muñecas, y con firmeza se la sacó de encima con media sonrisa.

—A por una cerveza, señora, si me disculpa.

La intentó rodear sin éxito, puesto que se asió de su brazo con toda confianza.

—Invítame a un trago guapo, soy una chica muy sedienta, y muy cariñosa.

—No lo dudo, pero estoy acompañado y...

Ella frunció la nariz ligeramente ganchuda y miró tras ella, hacia el rincón donde había quedado sentado y en alerta, Tony.

—Vaya, dos chicos tan guapos, tan «finolis» y solos. ¿Sin querer compañía de una mujer?, tsk tsk.

La fulana le soltó con una risotada y se largó en busca de mejores pastos. Alex apenas echó un vistazo atrás y vio como Tony le hacía un gesto, alzando un poco el mentón y rodando los ojos hacia la barra. Ella lo interpretó como que se diese prisa. Y desde luego que en tres zancadas estuvo ante el polinesio que también observaba su interacción con la prostituta.

—Señor Wiremu-Tane, ¿Me sirve dos cervezas, por favor?

El gigante la miró intensamente, mientras pasaba una bayeta por la pulida superficie de la barra.

—Wiremu-Tane, no señor, muchacho, ¿de acuerdo?

Entonces le sonrió con una hilera de dientes perfectos y blancos como la leche.

Ella devolvió la sonrisa. El polinesio asintió después de mirarla unos segundos más entrecerrando los ojos. Cuando al fin se dio la vuelta en busca de las dos jarras, soltó todo el aire que había retenido, ¿Se habría dado cuenta de su disfraz?

El golpe seco de las dos jarras sobre la madera la sacó de su ensimismamiento.

—Aquí tienes jovencito.

Se lo agradeció con un gesto. Fue a coger las jarras pero el gigante tatuado la miraba de hito en hito, con sus rasgados ojos negros.

—Dile a *Niño Bonito* que mi jefe está en el almacén, que lo espera en, digamos, cinco minutos.

—Se lo diré gracias Wiremu-Tane.

El hombre asintió, aunque sin dejar de observarla, la dejó ir con su carga hacia la mesa. Esta vez tuvo que poner exceso de cuidado en sortear obstáculos en la cada vez más atestada taberna. Resopló cuando consiguió llegar y poner sobre la mesa sin derramar gota ambas jarras.

—Me ha dicho Wiremu-Tane, que en cinco minutos te espera su jefe en la trastienda.

Tony que la había estado observando todo el tiempo, asintió tomando su

jarra y dando apenas un sorbo.

—Tendré que dejarte unos minutos «solo». ¿Estarás bien?

—Procuraré no meterme en líos—le hizo un guiño cómplice pero no quiso reír, su risa la delataría.

—Eso espero, le diré a Wiremu-Tane que te eche un vistazo de vez en cuando. No se cuanto tardaré. «Quietecito aquí», a tu cerveza, y poco más. y...—se levantó del asiento y se inclinó poniendo ambas manos sobre la mesa—. Tampoco te emborraches, no quiero que te caigas de la motocicleta cuando vayamos de vuelta.

Alex asintió, bebiendo un corto trago de cerveza. No quiso contradecirle, pero el whisky que destilaba su tío en el alambique del sótano, era diez veces más fuerte y nunca la emborrachó.

Sonrió para sí, intentando desviar la vista para ña pequeña ventana de cristales cuadrados y pequeños, todos llenos de polvo, que había en la pared casi detrás de donde había estado sentado Tony. La superficie reflejaba, aunque a duras penas, lo que ocurría en ángulo a sus espaldas.

Por ahí, observó acercarse de nuevo a la mujer del traje rojo, y el cabello mal teñido. Hizo como que bebía otro sorbo, sin apartar la vista del reflejo. Sí, definitivamente la «dama» entraba de nuevo a la carga. Y él/ella era su objetivo para esta noche. ¡Ilusa!, si le bajara sus pantalones, se llevaría una sorpresa. Pronto sintió las manos de la mujer sobre sus hombros, sus manchas y pequeñas arrugas delataban a las claras que ya no era una jovencita. Su aliento, apestando a ginebra barata le rozó la oreja.

—Mmm, cariño, te has quedado solo. ¿Y tu amiguito? ¿A encontrado mejor compañía que tú?

La mujer soltó sus hombros antes que Alex pudiese decir algo, caminó ágil y se sentó en frente de ella. Justo donde antes había estado Tony. Miró la cerveza apenas tocada. Se relamió los labios pintados de llamativo rojo. Joder toda aquella mujer era una señal de «eh, soy una prostituta, y estoy disponible».

—Es una pena que se caliente.— Alargó la mano y sin pedir permiso, mirándole a los ojos la tomó del asa y bebió un largo trago.

Alex permaneció callada, mirándola apenas, a ver si ignorándola se marchaba. No tenía ganas de seguirle el juego a una fulana medio ebria. Esta

disimuló mal un eructo, tapándose coqueta con la mano.

—Estaba muerta de sed, guapo. Dime, ¿cómo te llamas?

—Estoy esperando a mi amigo, señorita, por favor, si me disculpa.— Intentó que su voz sonase masculina, ronca y formal a pesar del griterío del personal que llenaba la estancia.

—No me digas, guapo que sois de la «acera de enfrente».

La mujer se rió, y entonces pudo comprobar que a su boca, además de sus dientes, torcidos, y amarillos, le faltaban un par de muelas. Eso la hizo poner una mueca de asco, sin darse apenas cuenta.

La mujer rió más y más fuerte, Agarró la cerveza y se la tomó de un trago. Luego se levantó casi trabajosamente, apoyó ambas manos en la superficie de la mesa y sus pechos se destacaron en esa postura gracias al escote pronunciado, no por su belleza.

—Lastima... pero tú eres aun muy jovencito, ¿cuántos años tienes? apenas te sale barba, tiene piel de chica. No tendrás ni veintiuno. Y tu amiguito es ya más mayor, a pesar de su cara de niño, esos músculos son de hombre... — hizo un mohín—. ¡Qué desperdicio!

Se alzó, acomodando sus senos bien altos en el escote sin ningún recato.

—Pero a lo mejor, jovencito, es que tú no has probado a una hembra de verdad. En cuanto la metieras en «mojado y caliente», y tuvieras estas dos— se alzó los pechos y los amasó sobre la tela brillante que apenas los tapaba, intentando una zafia seducción—, al alcance de tu boca, verías como no te gustaría ya que te soplaran el cogote... ¿O eres tú el que «monta al semental»?

La prostituta volvió a reír, se llevó las manos a las caderas y con un contoneo exagerado pasó de nuevo a su lado inclinándose un poco para rozarle intencionadamente.

—Si quieres, yo te daré unas cuantas lecciones, bebé. Si cambias de opinión pregunta por Celine, *la dulce*, tengo fama de desvirgar jovencitos con muchísima maña.

Dicho esto y con una risa histriónica la mujer se alejó por fin. Alex volvió a mirar a través del reflejo de los cristales. La mirada negra de Wiremu-Tane estaba en ella. Lo notaba. El polinesio la había estado vigilando de cerca, seguramente presto para ir en su rescate, por encargo de Tony. Se sintió muy

orgullosa de que el tema con la vulgar prostituta no hubiese ido a más. Su cerveza estaba poniéndose caliente, y la de Tony, la mujerzuela había dado cuenta de ella.

Esperaba no tener que estar demasiado tiempo sola. Se dejó caer un poco más en el respaldo de la silla, con las piernas estiradas. Sin duda, esa era una pose masculina. Jugueteeó con su jarra medio llena, y sin espuma.

Confiaba en que Tony no alargara demasiado su conversación con su amigo. De todas maneras, ¿Qué demonio de negocios se traía su instructor en aquella zona del puerto?

Ambos hombres se dieron la mano. Falcon sonreía. Su cabello había encanecido desde la última vez que se vieron, además de estar algo más grueso. Aunque no dejaba de ser un tipo con un buen porte, un poco más bajo que él. Peinado hacia atrás impecablemente, con una barbita ligera castaña dorada con toques de plata como sus sienes, bien recortada. Vestido con aquella chaqueta gris con finas rayas formando un diseño de cuadros bastante atrevido. Un señor elegante, como siempre.

—La vida te trata bien *Niño Bonito*.

—Igual que a ti, Falcon.

—Demasiado tiempo... ¿Cómo te va tu nueva etapa?

—Tranquila, hasta hará poco menos de un mes.

—Me ha dicho Wiremu que te acompaña un chico jovencito, muy guapo. Vamos, cómo tú, cuando nos conocimos.

—Mi último recluta, además entrenado en exclusiva por órdenes secretas y superiores.

—¿Tan crío? Wiremu no le echa ni dieciocho, y es un buen observador.

—No es tan joven. Además, yo tenía justo esa edad cuando entré en el servicio.

—Es un niño bonito, igual que tú cuando aterrizaste bajo mi ala, me ha dicho Wiremu— y se carcajeó en su cara.

—Ya estoy un poco harto de mi apodo, Falcon ¡tengo ya treinta años!

Puso una mueca de fingido fastidio mientras se sentaba en uno de los toneles. Falcon cerró las libretas de contabilidad y las dejó en un estante.

—Cierto, es verdad. Debes estarlo, pero cuando empezaste, Tony, era lo que parecías. Era peor el que querían ponerte los demás, Walter dijo que eras un *Querubín* a todo el mundo.

Tony sonrió, desde luego *Querubín* aún sonaba peor.

—Fue bueno aprender contigo, Jonas, con el mejor.

—Sí, ya, pero ya de eso hace tanto. Ya no podría correr como antes. ¿Te acuerdas de nuestra escapada de Waldritz? —rieron ambos—. Nos hubieran dado una paliza, si no hubiésemos corrido como gamos.

—Yo quería partir la cara a ese checo, pero tú...

—No era cuestión de hacernos notar, Tony. Pero vamos, ahora, como no soy tan rápido, hubiera optado por machacarle entero ese rostro de bruto que tenía.

—Eran buenos tiempos.

—Sí...

Durante unos segundos ambos hombres quedaron en silencio, rememorando antiguas aventuras.

—Fuiste el mejor instructor que pude tener.

—Oh, lo sé, lo sé—dijo con voz de suficiencia fingida haciendo una floritura teatral con su mano.

—Bien, y aún conservas tus contactos sigues trabajando para nosotros, pero «a tu forma»—miró alrededor. Había allí mucha mercancía, alguna claramente contrabando—. ¿Cómo está el viejo Begün?

—Al timón de su Seagüll, como siempre. ¿Necesitas ir a algún lado? ¿Eh?

—Al continente, y luego hasta Berlín.

Falcon se cruzó de brazos y le miró seriamente.

—Habéis perdido la cabeza. ¿Tú y ese chico? ¿A dónde se dirige ahora todo el bando aliado y la mismísima Rusia al completo? Aunque las «manadas de lobos» apenas están operativas, todavía quedan submarinos alemanes en activo disparando a todo lo que se mueve, peor que hace cuatro años, porque van a la desesperada, sin nada que perder.

—El «chico» tiene su propio transporte, soy yo el que debo de ir y no tengo otra que recurrir a esto.

—Cuéntamelo todo, Tony.

Falcon se sentó justo enfrente, con sus brazos cruzados y su mirada en sus botas pulidas. Como si estuviese concentrado en ellas, pero Tony sabía que cada palabra que salía de su boca era perfectamente entendida, procesada y almacenada.

En pocas palabras le contó todo sobre Alexandra. Al escuchar que era una chica, Falcon le miró y apenas alzó una ceja. Luego volvió a concentrarse en el problema que desgranaba Tony.

—Ella sale en dos días o tres. Está a espera de una llamada de teléfono.

—No sé si en dos días podré tenerte a bordo del Seagüll. Ni siquiera puedo saber ahora mismo donde está esta luna.

—Tengo que alcanzarla como sea. No puede ir sola.

—¿No la has preparado lo suficiente?

—No es eso. Física, mentalmente, y en teoría, sabe hasta más que yo en aquella primera misión que fuimos juntos. Antes no nos entrenábamos, ¿Recuerdas? Te asignaban a un agente con experiencia, ibas con él un tiempo y luego a espabilarse por libre.

—Los tiempos cambian, y a mejor. Mujeres en el servicio...— Falcon no era de la «vieja guardia», de los creía que las mujeres solo eran para protegerlas y estar en casa haciendo la cena.

—Se mimetizan casi mejor que nosotros, Falcon. He conocido algunas que tienen más huevos que un tío. Pero ella, ella es...

—Tú tienes algo con ella, sinvergüenza, confiesa.

Tony miró al infinito, a algún punto por encima de la cabeza de Falcon, que ahora le sonreía divertido con la idea. ¿Tanto se notaba? Él nunca había mentido a su antiguo compañero.

—Sí, maldita sea. y no la quiero perder. ¿Me comprendes?

—Joder, claro que entiendo, si algo le pasase a...

Tony asintió, comprendiendo aun sin palabras.

—Contra viento y marea, viejo amigo.

—Contra viento y marea. Déjame unas veinticuatro horas. Veré como puedo contactar con Begün o con otro de mis «piratas». Mañana me acompañarás al Lady of Dover. Haremos un barrido por radio a ver cual de los míos puede hacerse cargo de tu transporte.

—No esperaba menos de ti. Necesito llegar al menos al mismo punto de

rescate donde recogí a mi hermano y a su mujer. Esa zona ya está liberada, desde allí no tendré problemas. Me darán cobertura hasta las mismas puertas de Berlín.

—Por supuesto, lo que esté en mis manos. ¿Una cerveza y me presentas a la señorita?

Tony sonrió. Ambos hombres salieron del almacén. Caminaron por el patio de enlosado de piedras irregulares hasta la parte de atrás de la taberna.

—Voy un momento arriba, no puedo bajar tan «elegante» al Gato Tuerto.

—Sí, darías demasiada buena impresión a ese atajo de rufianes.

—Por supuesto. Ve pidiendo las bebidas y me reúno contigo y con la dama en unos minutos.

Cruzando la puerta, Falcon subió con agilidad los escalones que le llevaban al primer piso que estaba sobre la taberna y eso que ahora le sobraban algunas libras. Lo tenía como vivienda desde que el local pasó a sus manos. Había estado algunas veces allí, y no tenía ni punto de comparación con el feo local de abajo. Pero era necesario mantener cierta apariencia de vulgaridad para los negocios.

Tony accedió por la puerta posterior al local, de un rápido vistazo ubicó a Alexandra, parecía muy tranquila, de espaldas a él, repantigada en la silla y mirando a la ventana. Se dio cuenta en un segundo que lo que hacía era vigilar su alrededor a través del reflejo en los cristales. Buena chica, más que lista. Hizo un gesto con la cabeza cuando pasó al lado de Wiremu-Tane, este sonrió.

—El muchachito se ha portado bien.

—No esperaba menos—sonrió Tony—. Falcon baja enseguida, está cambiando su elegante atuendo por algo más informal.

—Sí, si aparece aquí con pintas de «señoritingo», perderá toda su fama de tipo duro. Voy a subir un momento con él—sonrió pícaro—. Ahora nos encontramos.

Tony también sonrió y pasó de largo mirando a Alexandra. Si subía Wiremu-Tane, a lo mejor no eran cinco minutos la espera. Pero bueno, tampoco era malo que ambos hombres tuviesen algo de intimidación.

Solo quedó un camarero a cargo de la barra, luego pediría la bebida. El tipo estaba ocupado sirviendo a otros parroquianos. Prefirió ir pronto junto a

ella. Observó que su jarra estaba vacía, aunque la de ella casi por la mitad. La miró ceñudo al sentarse frente a Alexandra.

—¿Se ha volcado mi cerveza, o te la has bebido?

—Ninguna de las dos cosas—Tony la miraba como si estuviese tanteando su grado de embriaguez—. Una «señorita» se sentó conmigo y acabó con ella sin pedir ni permiso.

—Ah, una «señorita». Está bien, iré por bebidas, Falcon, mi amigo estará en unos momentos aquí para conocerte.

—Vaya, un honor, ¿quién soy para tu amigo? ¿Cómo piensas presentarme?

Tony se inclinó sobre la mesa peligrosamente cerca de ella, con media sonrisa y sus ojos azules brillantes

—Quizás le diga que eres la mujer con quien llevo «follando como un conejo en celo» veinticuatro horas.

Alexandra inspiró una bocanada de aire y enrojeció notablemente.

Tony sonrió y palmeó su hombro con camaradería, mientras se erguía y se ponía a prudencial distancia. No le dio tiempo a darse media vuelta en busca de la barra cuando tropezó casi con un tipo con mala catadura. Un puro apagado adornaba entre sus gruesos labios. El hombre algo panzudo, pero tan alto como Tony, cincuentón, se llevó las manos a los tirantes que llevaba bajo el abierto chaleco verde hoja, e hizo una mueca mientras le miraba de arriba a abajo.

—Vaya, vaya, si que sois una parejita de niños guapos y perfumados. Ya me dice mi princesa—hizo una señal con el mentón mal afeitado hacia dos mesas más allá donde estaba la prostituta que antes había abordado a Alex—, que sois unos, como diría para no herir vuestros sensibles oídos, ¿mariquitillas? No sé como hablar finamente ante dos chicos tan elegantes y tan delicados como vosotros.

El tipo miró despectivamente a Alexandra después, esta hizo ademán por levantarse. Con un cortante y sutil gesto, Tony le indicó que se mantuviera al margen.

—Oiga, no le conozco de nada. Ni a usted, ni a su amiga. No quiero problemas, estamos aquí solo para tomarnos una cerveza y nada más.

Otro tipo se iba acercando por la derecha de Tony, dos más un poco más

alejados, no perdían detalle, segundos después se incorporaron de sus taburetes.

El del puro, lo sacó un momento de su boca de dientes picados y escupió a los pies de Tony.

—No queremos chicos finos por el local, dan mala imagen. Aquí somos todos muy hombres, no nos gustan los nenazas como vosotros. ¿Por eso estáis aquí y no en el frente? ¿Por que sois unos inútiles? ¿Os habéis librado por ser unos tarados maricones?

Tony, sin perder la compostura, y atento a los que se iban acercando, le miró de arriba abajo, no había forma de parar eso pensó. Ni Wiremu ni Falcon estaban a la vista. No tendría ayuda por ahí, al diablo con todo. Solo esperaba que Alexandra fuera lo bastante lista para largarse, y no meterse en nada.

—Yo podría preguntarle lo mismo... No es tan viejo para no estar en las trincheras.

El tipo se golpeó con un puño el pecho, mientras el cigarro volvía a sus labios crueles.

—Soy veterano de la Gran Guerra, llevo metralla en el cuerpo para demostrarlo. ¿Y tú qué, guapito?

Los otros tres tipos lo rodeaban. Cuatro a uno. Tony ladeó la sonrisa y se acarició la barbilla, con lentitud exagerada, si querían jaleo, lo iban a tener.

—No es cuestión de quitarme la camisa, o tus «chicas»— echó una mirada rápida y despectiva a los rufianes que le cercaban—. Podían ahogarse en sus propias babas.

—Hijo de...— Uno de los secuaces no tenía paciencia y se abalanzó sobre Tony.

Este le esquivó y de paso empujó a Alexandra a su espalda, siseando.

—Vete de aquí ¡ya!— El segundo golpe no pudo esquivarlo, otro de los tipos le había lanzado un derechazo a su estómago y lo cogió de improviso. Tony apretó los dientes, ocultando con su cuerpo a la chica.

—¿Eso es todo lo que tienes que enseñarme?—dijo entre dientes mientras se rehacía.

Adrede quiso que los cuatro se fijaran en él para que ella escapara, pero cuando se quiso dar cuenta, Alex estaba a su diestra.

Alexandra saltó al lado de Tony, haciendo caso omiso a la orden que escapara. Cuatro contra uno no era justo, cuatro a dos era otra cosa. Sin pensarlo se había puesto codo con codo con Tony, cerrando sus puños, aunque pronto estuvieron espalda contra espalda, cuando uno de ellos volcó la mesa donde estaban sentados hacía unos instantes, rodeados por los cuatro costados, completamente cercados. Ella no dudó, lanzó una patada a las mismas entrepierna del cabecilla, el gordo del chaleco verde, que en un segundo hizo que casi se tragara el puro, se doblase sobre si mismo, y quedaran dos contra tres.

—Punto para mí, instructor—canturreó, mientras ambos empezaban una danza esquivando puñetazos, y lanzando golpes.

Las mesas de alrededor se vaciaron y los que no querían verse metidos en problemas se alejaron e incluso salieron, otros hicieron corrillo y empezaron las apuestas.

—Dos a uno, por los chicos guapos.

—¡Estás loco O'Donell!— gritó alguien a su derecha mientras Alex recibía en el hombro un buen golpe, que ella devolvió con otra patada contra el bazo de su contrincante, haciéndole que se las pensara antes de acercarse de nuevo a tan corta distancia.

—¡Tres a uno a favor de los chicos guapos! — gritó de nuevo el tal O'Donell

—¡Loco, como buen irlandés!—rieron alrededor. Las apuestas continuaron, cuando dos tipos más se acercaron a meterse en la refriega a favor de los rufianes.

Tony por su parte despachaba a partes iguales a ambos contrincantes. Atento a los nuevos que se acercaban. Uno de ellos tomó una botella, la rompió y amenazó con el objeto filoso a Alex fuera de su ángulo de visión.

—Te vamos ha hacer una carita nueva, pelirrojo...

Hijo de puta, pensó Tony, rápido, sin darle tiempo a acercarse y sintiendo a su espalda como se movía Alexandra con la precisión de un luchador con más experiencia de la que realmente tenía.

—¡Cuidado Alex!— gritó mientras él mismo se lanzaba contra el tipo que blandía la botella rota, tomándole la muñeca y retorciéndosela. La botella voló hacia los parroquianos que les rodeaban. Un, dos, tres puñetazos cortos

y medidos en la mandíbula del tipo acabaron por noquearle.

Tony, oyó el gemido apenas audible de Alexandra, que estaba recibiendo duro en su estómago. Deshaciéndose de otro más con otro certero puñetazo se volvió solo para ver como un bruto descargaba un fuerte golpe directo al mentón de Alexandra, que estaba, defendiéndose de otro tipo que castigaba a su izquierda y no pudo llegar a ver.

Alcanzó a sujetarla para que no golpeará el piso, mientras él mismo recibía otra penoso golpe en el costado por protegerla. Eran demasiados, y los dos caídos al principio se levantaban para volver a la carga.

El preocuparse por ella le había hecho perder la concentración. Maldita sea, tenía que haberla dejado en casa, joder. Otro golpe que apenas pudo esquivar mientras que con su propio cuerpo agazapado en el suelo protegía a la mujer de los cuatro que ahora se lanzaban sobre ellos como fieras. Tenía que abandonarla en el suelo, levantarse y luchar. Pero entonces ella sería el objetivo sin poder defenderse. Esos cabrones no miraban si estabas inconsciente o no, solo querían dañar. La coserían a patadas si la dejaba indefensa y a su suerte.

Decidido a recibir ya más que a defenderse, mientras todo su cuerpo cubría el de Alexandra, apretó los dientes y esperó la lluvia de golpes. Sin embargo, el grito de guerra de Wiremu Tane resonó, haciendo temblar hasta las vigas, haciendo que todo se paralizase alrededor de Tony y Alexandra..

No supo como, pero el gigante estuvo de un casi imposible salto ante ellos, sin camisa, solo con sus tatuajes de guerra, y unos pantalones negros ajustados en sus piernas. Para ser un tipo que pisaba los treinta y cinco o más, estaba mucho mejor que en forma. Sus músculos eran esculpidos como en granito oscuro. Antes de que nadie pudiese retirarse, ya había repartido media docena de buenos puñetazos.

Falcon había llegado a la refriega, elegante, con su camisa gris perla mal abrochada y su pantalón de corte exquisito destacaba entre la chusma, Su voz de barítono resonó incluso sobre el griterío de los parroquianos, mientras hacía como si se mirase sus pulcras uñas.

—Se acabó la juerga. A vuestras mesas y a consumir, y los que queráis seguir en este plan de fiesta, a la calle, y no volverán a entrar en mi local.

Ambos hombres miraron alrededor mientras los atacantes se iban

retirando, un par de ellos se sentaron en sillas a prudente distancia, cansados. Los otros tres, arrastraron a su jefe, el del puro y chaleco verde afuera del local, puesto que le era imposible mantenerse sobre sus pies, aún dolorido por la patada en sus partes que le propino Alexandra como «regalo de bienvenida».

—Nos veremos otro día, niños guapos...— siseó por lo bajo.

Falcon le miró despectivo, poniendo una mano en el hombro de uno que lo llevaba sujeto para que parase.

—En mi local no vuelves a entrar, Taylor, ni tú ni tus putas, te he tolerado hasta ahora porque no dabas problemas. Pero desde hoy eres persona *non grata*.

Miró a los que lo arrastraban

—Y vosotros ya os lo he advertido, al siguiente problema que me deis, cogéis el mismo camino que Taylor.

Los tipos salieron a trancas y barrancas, esquivando ya la oscura mirada de Wiremu-Tane, que les acompañó hasta que abandonaron del local.

Falcón lanzó una intensa ojeada a los que habían quedado dentro de la taberna que reincorporaban las sillas y mesas caídas y se volvían a sentar con mal disimulo.

—Y vosotros a beber, a divertirse, pero sin molestar a nadie.

Dicho esto se volvió hasta Tony. Este sostenía a una inconsciente Alex, arrodillado en el suelo mientras le daba palmaditas en la cara.

—Vayamos arriba—, dijo Falcon ha Wiremu.

Cuando fue a levantarse con ella en brazos, todas sus costillas protestaron. Wiremu-Tane se hizo cargo. Sin mediar palabra cogió a Alex y se la echó al hombro, como si no pesase nada.

Falcon le ayudó a levantarse del suelo, y ambos siguieron al polinesio hasta la puerta trasera, la que daba al patio y a la escaleras que les llevaban al piso superior.

Wiremu ya estaba arriba cuando ellos enfilaron los primeros escalones.

—Discúlpame Tony, estábamos, bueno, no nos habíamos visto en un par de días...

Tony asintió, sabía la estrecha relación que unía a ambos hombres, mientras se sujetaba las costillas con una mano.

—Comprendo Falcon, no me debes ninguna explicación.

—No es cosa que Wiremu y yo podamos hacer a las claras...— sonrió.

Tony quiso reírse de la situación. Si alguien supiese que el dueño de la taberna de El Gato Tuerto y su encargado general eran amantes...

—Créeme acabo de comprobarlo en carne propia—. La puerta del apartamento privado de Wiremu y Falcon se cerró tras ellos. Wiremu-Tane estaba esperándolos.

—Le he dejado en el gabinete de tatuajes, hay que revisaros a los dos las heridas y allí tengo lo que necesito.

Caminaron los tres el pasillo. Wiremu abrió la marcha hasta su santuario. Una habitación amplia y bien iluminada que daba al patio, tenía una camilla donde estaba boca arriba la chica, y varias sillas. Un sofá de piel amplio, allí dejaron caer a Tony.

Wiremu fue a por lo que necesitaba del armario de suministros. Hizo ademán de ir primero a por Tony, este negó con la cabeza,

—Atiéndela a ella primero.

Wiremu alzó una ceja negra y sonrió.

—¿Ella?—se dirigió hasta Alexandra—. Sí, ya me parecía que tenía la cara demasiado «suave» para ser varón. Aunque al principio, pensé que «tus preferencias» habían cambiado mucho.

Tony casi rió por la sugerencia. Pero hasta el intento de risa le hizo sentir los golpes recibidos en las costillas

—¿Por qué ha empezado la pelea, Tony? Taylor es un bruto cabrón, pero es raro que se meta en líos como este.

Wiremu que con cuidado tanteaba las costillas de Alexandra, comprobado que ninguna estuviese fracturada, intervino.

—Celine estuvo molestando aquí, a tu chica. Hoy ha bebido ginebra de más, y se sintió ofendida porque el «chico» la rechazase. La oí mofarse de que ambos fuéis, bueno...

—Sí, eso es lo que me dijo ese Taylor cuando se me enfrentó a mi vuelta. Le molestaba que fuésemos, en fin...

—Gilipollas— murmuró Wiremu-Tane.

—Más que gilipollas—. aseveró Falcon.

—¿Cómo está Alexandra?

Wiremu había terminado de explorar su anatomía en busca de heridas y huesos rotos.

—Todo bien, unos cuantos moretones, pero creo que ha esquivado bien los golpes. solo el de la mandíbula es el que le ha hecho desmallarse. Es dura —. Tomó un unguento y lo puso en su cara, en el mentón—. Puedo ponerle algo más de esta pomada en los golpes que tenga, pero tendré que sacarle la camisa.

Tony asintió.

—Hazlo.

Wiremu con cuidado la sujetó contra su propio pecho y le sacó primero la chaqueta y el chaleco.

—Eh... bueno, ¿sabes si lleva algo debajo?

—Tiene vendado el pecho para que no se le note, así que no te preocupes por su pudor—. Aunque en manos de Wiremu e incluso Falcon sabía que la chica estaría tratada como una hija o una hermana.

La camisa salió de sus hombros y la dejó descansar de nuevo sobre la camilla, su pecho estaba perfectamente cubierto y protegido. Wiremu con más cuidado del que pudiese pensar de unas manos enormes como las suyas ungió cada moretón incipiente con el preparado.

—No le quedarán apenas señales en un par de días. Os prepararé algo más de esto para que os lo llevéis a casa.

—Esta noche quiero que os quedéis aquí, no creo que puedas llevarte la chica en tu moto— añadió Falcon

—Dormirá toda la noche—afirmó Wiremu, —le daré algo de beber para que sus músculos se relajen y así curará más rápido.

—Lo que sea, estamos en tus manos—dijo Tony mientras tanteaba con cuidado el costado.

El gigante asintió.

—Tú también tendrías que tomarlo. Un sueño bien reparador hará que te puedas mover mañana. Ya, *Niño Bonito*, no eres tan crío.

—No hace falta que me lo jures.

Falcon se levantó de su lado. Se puso los brazos en jarras y miró a su compañero.

—Preparo la habitación Wiremu.

—Enseguida llevo allí a la chica—miró a Tony—, la compartirás con ella, solo tenemos esa cama, aparte de la nuestra—sonrió—. Es grande, estaréis cómodos.

—Y espero que te comportes como un caballero, *Niño Bonito*.—Falcon se encaminaba con una sonora carcajada al pasillo—. Ahora meteré tu motocicleta en el patio, no es seguro dejarla al raso en un sitio como este.

—Las llaves Falcon...— dijo mientras se tanteaba los bolsillos.

El otro reía corredor adelante haciendo sonar el juego entre sus manos con su ligero tintineo.

—Sigo teniendo los dedos finos, ni has notado cuando te las sacaba de encima, *Niño Bonito*. Te estás volviendo algo descuidado.

Recordó que las manos de Jason eran las de un prestidigitador, siempre lo habían sido. Esa especial habilidad, le había sido útil para su antiguo trabajo. Se recostó en el sofá, pero la sonrisa que nacía en sus labios se tornó mueca de dolor al dejarse caer sin cuidado. «Estás mayor, Tony» se dijo para sí.

Wiremu cubría a Alex que continuaba sin conocimiento, con su chaqueta, y le hacía tragar delicadamente un mejunje de los suyos, sujetándola como a un bebé. Era un hombre verdaderamente suave cuando quería, luego se volvió hacia él.

—Bueno, muchacho, ¿dónde duele?

Apenas media hora después Wiremu había tomado a Alexandra en brazos con más delicadeza que cuando la subió al apartamento, y la dejó al cuidado de Tony en la habitación que Falcon había preparado. Le ofreció algo de comer, pero Tony no tenía apetito a esas horas. Ambos hombres volvieron abajo, a la taberna, a su trabajo.

Tony quitó las botas a la chica y le sacó los pantalones. Esta vez sin ningún problema, con la confianza de haber compartido con ella algo más que sus conocimientos. Sabiendo la incomodidad de llevar sus hermosos senos cubiertos y apretados con la venda, la deshizo y dejó sobre la mesilla. La tapó con mimo, aunque no pudo evitar acariciar con la mirada su cuerpo hermoso de mujer antes de cubrirla. Se quitó sus propias ropas, y se metió junto a ella en la cama, acercándose y moviéndose lo suficiente para meter su brazo en su hueco del cuello y la almohada. Ella se removió apenas y abrió somnolienta sus ojos gatunos.

—Tony...

—Ssst, tranquila, estás bien.

—Me duele todo el cuerpo.

—Debiste quedarte a un lado señorita McKonky, te di orden expresa de ello.

—¿Y dejar que te mataran?

—No me hubiesen matado cariño, anda duérmete.

Ella se acurrucó junto a él como si lo hubiese hecho toda la vida, sintió como esos senos llenos se apretaban contra su costado. Suspiró pidiendo fuerzas. Si lo acontecido una hora antes era indicio de sus viscerales reacciones cuando la viese en peligro, estaba casi perdido. Se había puesto sobre ella, como una coraza, para protegerla con todo su cuerpo, no le hubiese importado que le rompiesen las costillas con tal de que Alexandra no sufriese el más mínimo daño. Perdía absolutamente su concentración y su capacidad de raciocinio en lo referente a esta mujer. Si fuese sido un hombre, como Falcon, aunque hubiese caído en una reyerta, hubiese continuado combatiendo con sus puños, en vez de lanzarse sobre él y recibir golpes en vez de repartir. Le habían entrenado para ello. El mismo Jonas siempre se lo repetía, «salvar tu trasero y la información, *Niño Bonito*, pamplinas sentimentales aparte, tu misión lo primero».

Pero en el caso de Alexandra iba a resultarle imposible.

El brazo de la mujer se cruzó sobre su torso con toda la confianza del mundo. El acarició su mano hasta que la sintió laxa. Se había vuelto a dormir. Miró al techo largo rato, apenas iluminado por la poca luz de las farolas de la calle. En su mente un único pensamiento.

¿Debería dejarla ir?

¿Hasta el mismo centro de la última batalla?

Esperaba que Falcon pudiese ayudarle en esto, en llegar al continente, porque era capaz hasta de cruzar a nado si hacía falta. No la iba a perder, si pudiese, la ataría a la cama y no la soltaría hasta que todo acabase. Sabía que su instinto protector le gritaba que no la dejase marchar, que hiciese todo lo posible por persuadir de la locura de su misión.

Pero lo mismo que conocía su propio sentido del honor, intuía el de ella. Aunque su misión, aparte de que era un rescate a la desesperada en la

mismísima capital alemana, era una completa demencia a las claras, sabía que ella no cejaría en su empeño.

Era cabezota su escocesa. Y su sentido del deber y el honor a la altura del suyo propio. No podía dejar de admirarla por ello.

Y después de lo ocurrido, hacía apenas unas horas en la intimidad de su dormitorio. De su inocencia, de que le entregara su virginidad sin pedirle nada a cambio la noche anterior, sentir toda su pasión la tarde pasada, sus mutuas confesiones sobre su vida, su familia, sus deseos. con más razón. Ya la consideraba algo suyo.

Movió negativamente la cabeza, mientras la abrazaba sin darse cuenta más fuerte. No podía echarle la culpa de pretender ese rescate. Él mismo arriesgó todo lo que pudo para sacar a Henry de Alemania. Movié todos los hilos posibles, urdió cada uno de los detalles.

Y Henry estaba hoy en casa, con su esposa, con sus hijos

No le podía negar eso a ella. Rescatar a ese niño desprotegido, del posible desastre al que se enfrentaría toda la población civil, a las represalias, al hambre, o a la enfermedad por falta de medios.

Besó su frente despejada. Su cabello corto y pelirrojo le hizo cosquillas en la nariz, hasta eso le gustaba.

Bien, a como diera lugar, la seguiría, ayudaría y traería de vuelta sana y salva a casa, a su casa, a su cama, para ya no volver a dejarla escapar nunca más.

Cerró los ojos y cerró los ojos envuelto en el aroma de ella, mezclado con el de las hierbas curativas que usaba Wiremu-Tane. Justo antes de dormirse definitivamente, escuchó a ambos hombres pasar por delante de la puerta, sin querer hacer ruido, ambos eran grandes y pesados en sus pasos. sonrió. Ah el amor. Si ellos lo habían conseguido, aún a escondidas, en contra de lo que dictaba la sociedad, vivir su mutuo paraíso, él, no iba a ser menos.

Costase lo que costase. Decidido.

CAPÍTULO 14

SE había metido en una pelea de taberna portuaria, si su padre se llegase a enterar, pondría el grito en el cielo. Hizo un gesto de incomodidad y, al incorporarse de la cama donde había despertado sola esta mañana, cayó en la realidad de que solo llevaba sus braguitas. Maldita sea. Tony la había desnudado y ni siquiera se había dado cuenta. ¿Y dónde se había metido ese hombre? Solo recordaba fragmentos, algunos inconexos, como caer al suelo por un soberano puñetazo en la mandíbula, el grito de guerra del polinesio, a su instructor protegiéndola con su propio cuerpo de más golpes. Entre sueños, abrir un segundo los ojos, estar abrazada por él, sus palabras tranquilizadoras y dormirse de nuevo acurrucada contra su calor.

¿Y sus ropas? Miró alrededor y pudo localizar las prendas. Se levantó cubriendo sus senos con el brazo. Tonta, más que tonta, pensó, ¡no hay nadie!. La puerta del baño estaba abierta, lo usó y miró con ganas la ducha, pero no tenía muda limpia, ni sabía a que atenerse en ese sitio. ¡Tampoco conocía en qué lugar se encontraba! Alcanzó la camisa y la deslizó con cuidado por los hombros, abotonando despacio reprimiendo un gesto de molestia, luego sus pantalones.

Descalza, sobre el pulido suelo de madera caminó hasta la puerta, abrió una rendija e intentó aguzar el oído por si escuchaba la voz de Tony. Lo único que sintió fue el movimiento de cacharros de cocina, el chisporroteo de una sartén, aroma a beicon y café. Por encima de todo ello, el tarareo de una voz masculina con una suave cadencia, una melodía exótica que nunca había escuchado.

Abrió del todo y caminó hasta el sonido, llegó al fondo del pasillo desde donde salía, y para su sorpresa, el enorme polinesio, vestido con un pantalón oscuro suelto y una camisa blanca como la nieve, canturreaba mientras preparaba un succulento desayuno, casi servido en la mesa. No supo como lo hizo, pero él adivinó que estaba a sus espaldas a pesar de no haber apenas ni respirado por no hacer ruido.

—Entre, señorita McKonky. Esperaba que el aroma del desayuno la despertara esta mañana, buenos días.

El tatuado se volvió con una sonrisa enorme. Era sumamente atractivo, con ese largo y lacio cabello negro azulado que hoy llevaba suelto, sus ojos negros eran brillantes y profundos. Sus rasgos equilibrados, pómulos altos, mentón duro, racial. Le hizo un caballeroso gesto, mientras retiraba la silla de una mesa que estaba junto a una amplia ventana.

—Hola—se sintió algo tímida ante el hombre, aunque este se deshacía en amabilidad—. Gracias, pero puede llamarme Alexandra o Alex.

—Por supuesto, Alexandra, es un placer tenerla de invitada en nuestra casa.—Avanzó unos pasos y se sentó en la silla indicada. Wiremu-Tane siguió poniendo manjares sobre la mesa del desayuno. Frutas, tostadas, café. No parecía que había restricciones ni racionamiento en aquella casa. ¿Mermelada de manzana americana auténtica?

—Señor Wiremu...— él cortó con un gesto rápido después de dejar la cafetera sobre la mesa.

—Solo Wiremu, ¿de acuerdo?

—Sí, muchas gracias, puedo... ¿puedo preguntarle por Anthony?

—Por supuesto, él y Jonas, salieron al amanecer. Tienen que hacer varias gestiones, y no creo que vuelvan hasta caer la tarde.

—Oh...

—Parece decepcionada, Alexandra.

—Creí que me llevaría con él.

—Los asuntos que tiene que solucionar son muchos, y estaba dormida, bueno, lo de anoche fue bastante duro para una mujer. Aunque veo que se recupera muy bien. Apenas tiene un moretón en la barbilla. y los demás seguro que curarán rápido.

—¿Los demás?

—Señorita, fui yo quien tuvo que curar a los dos anoche. Ahora cuando coma, se meterá en el baño que le prepararé con hierbas curativas, y luego volverá a ponerse una pomada que le daré para ayudar a curar.

Alex se sintió enrojecer. ¿Ese tremendo hombre la había visto desnuda?

—Es... ¿es médico?

—Soy hijo de un «hombre medicina» en mi tribu. Mi madre era una mujer que comunicaba con los espíritus. Yo fui entrenado como guerrero, pero también conocía las formas de curar, eso es bueno en combate.

—Ah.

—Se siente avergonzada de que la viese con poca ropa— Wiremu levantó las manos como para tranquilizarla—. No lo haga por favor, yo soy un hombre respetuoso. Y fue Tony el que la terminó de desvestir en el dormitorio.

Ella sonrió, ante el consternado Wiremu y luego tomó de su taza de café, para ocultar un poco su azoramiento. Ya no sabía si por que el hombre le hubiese curado o por que supiese que Tony durmió con ella.

Los ojos negros del polinesio pronto chisporroteaban de diversión ante el tinte sonrosado del rostro femenino.

—Es una chica muy bonita, señorita Alexandra, pero para su tranquilidad le diré que no es «mi tipo». Además, soy un hombre comprometido y fiel.

Ella alzó la ceja, y en los rasgos morenos y atractivos de Wiremu se dibujó la diversión. Como si el fuese el dueño de un secreto y ella completamente ignorante.

—En cuanto desayune, le buscaré ropa de Jonas, hace unos años estaba más delgado y hay cosas tuyas guardadas de entonces. Le prepararé el baño, se volverá a curar, y luego le enseñaré toda la casa. Pasaremos un buen día, estoy preparando un asado típico de cerdo de mi tierra en el horno, verá que delicia.

—¿Comparte casa con el señor Falcon?

—Desde hace diez años o más. Antes de que se retirase del servicio activo, ya teníamos nuestro hogar. Siempre entre misiones volvía a casa, yo lo esperaba ansioso. Sabía demasiado bien a lo que se dedicaba, y siempre temía que me llegaran malas noticias, o ninguna.

Alexandra parpadeó algo confusa, mientras mordía una tostada que se

había estado untando en mermelada. No sabía si estaba entendiendo bien cada matiz de esa conversación. ¿Vivían juntos? Pero a pesar del acento exótico en la voz del hombre, el manejo del idioma era mejor que bueno.

—Humm—. Se limitó a asentir. En boca cerrada...

Wiremu también tomaba relajado su parte del desayuno, pero se servía fruta troceada además de jamón cocido. Comía con buen apetito igual que ella.

—Y, ¿Sabe a dónde se dirigían? Bueno, Tony no ha sido muy explícito—. «Más bien *no ha soltado prenda*», pensó.

—Pues, no demasiado. Creo que ellos lo llaman, «mientras menos sepas, menos peligro corres». Yo llevo soportando eso años—se encogió de hombros, mientras terminaba su ración—. Antes con su trabajo «especial» y ahora, con sus «negocios». Creo que Jonas es adicto al peligro. Ser la pareja de un hombre así, acaba o matándote o haciéndote más fuerte.

Alexandra tuvo que disimular el que estuvo a punto de atragantarse con un delicioso sorbo de café auténtico, nada de achicoria.

—¿Está demasiado caliente?— preguntó solícito su interlocutor.

Alexandra negó con la cabeza mientras intentaba respirar bien y se limpiaba los labios con la servilleta.

—Solo un poco fuerte, le pondré más azúcar—intentó disimular como pudo

—Creo que—sonrió Wiremu-Tane—. *Niño Bonito* no le ha contado nada sobre nosotros.

Ella como repuesta, pegó una sonrisa tímida en su rostro se limitó a responder asintiendo con la cabeza primero, y negando después.

—Ya—el hombre tomó una bocanada de aire—. Al dejarla hoy a mi cuidado, creía que sabía que Falcon y yo, bueno...— la miraba un poco serio, su bonita sonrisa se había tornado trémula, como si se avergonzase de hablar a las claras—. Esta sociedad en que vivo ahora, no es tolerante con estas cosas. En mi isla era distinto. Yo allí era un joven guerrero respetado. Que prefiriese la compañía de un hombre a la de una mujer no era problema. Era una simple opción de vida más. Eso no ponía en menoscabo mi pericia en la batalla, ni mi hombría. Incluso en islas vecinas, en otras tribus, la unión entre hombres era incentivada y preferida. Las mujeres simplemente eran un mero

vehículo para traer hijos al mundo. Era otro tipo de sociedad. Y, por sus características, bueno, esos pueblos no era muy prolíficos. No tenían demasiados hijos—. La sonrisa volvió a su rostro, por que ella no pareció ni extrañada ni ofendida.

—Te vi anoche en plena acción Wiremu, aunque estuviese atontada por el golpe aún no había perdido del todo la conciencia. Eres un guerrero, no me cabe la menor duda, tus preferencias, no las voy a poner en tela de juicio.

—Gracias. Es muy importante para mí. Es difícil contarle a alguien tus secretos. Y que te acepten aún más. Esto, lo sabe Tony y nadie más.

Ella se encogió de hombros, restando importancia al asunto. Tomó el último sorbo de café.

—¿Y ese baño que prometiste?

Wiremu se levantó exultante, como si contar su «secreto» le hubiese quitado un peso de encima. Ella fue a tomar su plato y llevarlo al fregadero, él cogió su mano y la llevó junto a él.

—Es mi invitada, venga conmigo.

Tomaron el pasillo de vuelta a la habitación que había compartido con Tony. Entró en el baño y él abrió el grifo del agua caliente. Alexandra le miró desde la puerta.

—Siéntese y relájese voy a por las esencias y la ropa limpia.

—Por favor, Wiremu...

El hombre se volvió de su camino hacia la puerta del dormitorio.

—¿Si? Dígame Alex.

—¿Podrías dejar de llamarme de usted?

—Por supuesto, si te sientes incómoda.

—Más bien me haces sentir vieja...

La rica carcajada del hombre se perdió galería adelante. Ella también rió, Tony poseía amistades de lo más interesante.

Pronto volvió el polinesio dejando a los pies de la cama sobre un banco tapizado toda la ropa necesaria, aunque ciertamente masculina. Con una pequeña caja de madera oscura tallada entró de nuevo en el baño. La abrió, y ante los ojos muy abiertos de Alex, que le había seguido, vertió diferentes sustancias aceitosas unas perfumadas, otras con un fuerte olor medicinal.

—Esto te hará bien jovencita. Media hora, hasta que se enfríe el agua,

luego te envuelves en la toalla y antes de vestirte, has de ponerte de nuevo la pomada para que los moretones curen rápido. Ese de la barbilla tiene que desaparece pronto, una cara como la tuya no merece eso.

Se levantó del borde de la bañera donde había estado sentado, cerrando su caja, pasó junto a ella revolviendo su pelo como haría con un crío.

—Ve cerrando el grifo, y, al agua. Estaré en la cocina recogiendo si me necesitas para algo.

Wiremu cerró la puerta con una sonrisa en su rostro moreno. El vapor que se había formado en el baño daba un ambiente sumamente relajante, al igual que los aromas que surgían del agua espumosa. Se deshizo de sus ropas, y se sumergió con un suspiro de franca satisfacción en su caliente profundidad. Desde luego la bañera era enorme, a los pocos segundos de entrar en ella notó como cada músculo se iba relajando hasta alcanzar un estado de casi ingravidez.

A través de la niebla miró los morados en su cuerpo desnudo, uno en el estómago, otro en la cadera. El brazo izquierdo paró tres buenos golpes, y su hombro derecho había recibido un buen puñetazo. Tenía unos arañazos en su mano, pero casi curados. Por suerte no había signo de infección, ¡a saber donde habían estado las uñas de esos imbéciles!

Cerró los ojos y pensó en que clase de negocio andaría Tony, y por qué la había llevado a ella hasta allí con él, para luego dejarla al cuidado de Wiremu-Tane. Y no es que se quejara del trato, el hombre era un anfitrión estupendo, la estaba casi mimando. Aunque, bueno, ella era la que había insistido en acompañarle, y era parte culpa suya.

Desde la salida del despacho de su padre, Tony no había referido más sobre su misión, solo «sonsacarle» con habilidad de lo que iba, después de echarle el mejor polvo de su vida. Bueno, el mejor de su muy corta su vida sexual, sonrió. Tony había aprovechado su momento de debilidad, y conocía su secreto, o al menos la parte en la que se refería a su sobrino. Suspiró hondo, ya a apenas tres días de su marcha, se había limitado a llevarla a su casa, instalarla y, habían pasado la tarde haciendo el amor. Y, además de gritar de placer, desvergonzadamente, «cantó como un pajarito» su secreto.

Y poco después de anochecer, se vio a lomos de la *Matchless* de Tony camino al puerto fluvial, a la taberna del Gato Tuerto, sobre la cual estaba

ahora mismo, en un apartamento elegante, en la bañera de una princesa oriental y atendida por un isleño más que atractivo. Humm, podría llegar a acostumbrarse a una vida así.

Seguramente porque Tony conocía las preferencias del hombre, porque, si no, no la hubiese dejado a solas con tamaño ejemplar masculino y exótico, rió para sus adentros. Verdaderamente era atractivo el samoano. Pero sin embargo su vientre y su estómago solo se llenaban de mariposillas inquietas, recordado el rostro y el cuerpo de *Niño Bonito Daylight*. Sí, le venía muy bien su apodo, aunque ya pisase la treintena. De más joven tuvo que ser un efebo.

A lo mejor era ella la que tendría que sentirse celosa de que se hubiese largado con Falcon. Se rió esta vez en voz alta, si no fuera porque ambos hombres, Wiremu y Falcon llevaban una relación de más de diez años de amantes, sacaría las uñas. Jonas Falcon apenas le había visto de refilón, y también parecía un tipo atractivo y elegante.

Un suave golpeteo en la puerta la hizo casi dar un salto.

—Alex, ha pasado media hora, tengo aquí la pomada para tu cura.

—Un momento, en seguida salgo.

—No hay prisa en realidad, pero no conviene que se enfríe el agua demasiado.

—Sí, de acuerdo. ¡Es que se está tan bien aquí!

—Te prepararé para que te lleves unas cuantas esencias, cuando estés en casa podrás usarlas en tu baño. Y siempre que lo desees podrás visitarme a por más, aquí tengo pocas amistades que aprecien los baños largos y relajantes, sobre todo los parroquianos.

Alexandra frunció la nariz, pensó que Wiremu estaría en esos momentos haciendo el mismo gesto. El baño no parecía la afición principal, ni siquiera la media en los que habitualmente pasaban por la taberna de El Gato Tuerto, ni siquiera el de las «damas».

Pronto estuvo fuera y envuelta en una esponjosa toalla, salió sin dudarle. Wiremu estaba mirando por la ventana, ella caminó hasta la cómoda cama y se sentó. Wiremu se volvió, sin dejar de mirarla a los ojos.

—¿Te encuentras mejor?

—Relajadísima.

—Bien.— Se dirigió a la mesilla y tomó un tarro, dio la vuelta a la tapadera y se lo ofreció—. Pon una ligera capa en cada moretón que tengas, en la cara también. No tienes ninguno en la espalda, así que no creo que me necesites. En cuanto estés vestida, te enseñaré nuestra casa. ¿De acuerdo?

Ella sonrió mientras el hombre dejaba en sus manos el aromático menjunje. La noche anterior había hecho milagros con sus moretones, y esta segunda ronda seguro que la aliviaría aun mejor.

Saliendo por la puerta Wiremu apenas se volvió.

—Ah Alexandra, ten el tarro de tu mano, dos veces al día, creo que será suficiente hasta que cures.— Luego cerró con cuidado dejándola a solas.

Tardó poco en aplicarse la medicina, y en vestirse, la ropa no le estaba mal. Tuvo que utilizar su cinturón para ajustarlo a su cuerpo pero era cómoda, la camisa de un elegante tono cremoso, el pantalón marrón tostado y el chaleco a juego. Era el conjunto de un dandi, aunque un poco pasado ahora de moda. ajustándose sus propias botas, salió del dormitorio en busca de Wiremu. Estaba en la cocina atendiendo el horno, dando la vuelta a un asado. El aroma era delicioso, estimulaba las papilas gustativas, y eso que acababa de desayunar.

—Ya estoy.

Wiremu se volvió soltando los agarradores de paño. Cerró el horno y con su eterna sonrisa de dientes blancos.

—Verdaderamente, pasarías por un chico verdaderamente guapo. Falcon se va a poner celoso si me escucha piropearte de esta manera.

Le hizo un ademán para que la acompañara ante la mirada divertida de la joven. Primero la llevó hasta el salón, un par de enormes sofás puestos en ángulo, una televisión. Alex había visto pocas hasta ahora, Incluso la que estaba en casa de su padre era más pequeña. Un buen aparato de radio de transistores, todo tenía un aire moderno, pero a la vez muy masculino. No había nada superfluo. En un lateral un enorme mueble librería con un par de sillones orejeros de piel vacuna color castaño.

Una estufa de metal, color marrón chocolate con los tiradores y patas en puro bronce en una esquina.

—Acogedor— suspiró Alex.

Luego la llevó por el corredor hasta el dormitorio que compartía la pareja.

Madera noble y tonos azules como el mar. Igualmente no parecía que hubiese nada innecesario, salvo un libro en una de las mesillas y unas gafas de montura de oro sobre él.

—Jonas no quiere admitirlo, pero pierde vista. Ya no podría volver a sus proezas de francotirador, batallitas que, si no andas listo, te repite hasta la saciedad, y eso que conozco cada detalle. Uff, hasta el viento que corría ese día, y la posición del sol para que no se reflejase en el rifle untado con betún.

Ambos rieron. Alex pensó que eso era lo que ocurría cuando dos personas convivían años como estos dos. Sabían sus defectos y sus virtudes, se amaban por los primeros, tanto o igual que por los segundos.

Envidiable.

Su madre no había podido tener esto. Su hermana lo tuvo, alguna vez, pero poco pudo disfrutarlo. ¿Llegaría ella tener alguna vez algo remotamente parecido con...?

Movió negativamente la cabeza. No, seguro que no, eran demasiado fuertes los dos, acabarían chocando siempre, irremediablemente. Imposible, además, ¿sobreviviría a todo lo que estaba por venir? Siguió a Wiremu otra vez por el pasillo, hasta que abrió la última puerta. Esta daba justo al lado de la de entrada a la casa.

Alex entró tras él. Se iluminada desde una amplia ventana, un sofá de piel amplio aunque muy gastado en un lateral, al lado de la puerta, una estantería, a la vez con puertas y cajones. En medio una especie de camilla alta, también una silla con un respaldo acolchado, demasiado inclinado hacia atrás. Alguna mesa auxiliar con ruedas. Un mobiliario extraño. otras pegadas a la pared, con matraces y extraños artilugios, incluso uno que parecía un alambique en miniatura como que tenía su tía en el sótano, pero este con elementos de cristal.

—Y esto es mi estudio. Y mi lugar de trabajo también, de vez en cuando.

Dio dos o tres pasos con cuidado hasta la mesa con los diferentes matraces, tarros de cristal botellas. Incluso justo al lado había una pequeña refrigeradora. Todo un lujo.

—Parece algo como «muy científico»— se aventuró a decir. Wiremu se rió.

—Todo este delicado material, no parece que pegue conmigo, ¿no?—.

levantó sus manos fuertes y grandes y las cerró como puños para abrirlas dos o tres veces.

Ella rió.

—No es eso. No sé que pensar de cual es tu segundo trabajo.

—Prefiero llamarlo primero. Es el que más me gusta, mira esto.

Fue a la estantería donde cogió una caja oscura no demasiado grande. La llevó hasta ella, descansando sobre la camilla. Estaba adornada con profusión y parecía muy antigua. Wiremu la abrió y ante ella aparecieron unos extraños objetos de madera y al parecer hueso. Uno de ellos era un raro utensilio tallado de unos veinte y pocos centímetros, con una rudimentaria aguja en la punta que parecía incrustada en el hueso, y rodeada por un cordón de una fibra parecida al algodón fijando, color negro tinta, la otra era una especie de martillo pequeño de madera decorado en parecida similitud.

—Con esto—, Wiremu sacó ambos objetos— se hacían los tatuajes en mi pueblo. Los que yo llevo en todo el cuerpo fueron hechos así, con mucho tiempo, mucha paciencia. Mi madre era una mujer muy experta en ello. Ella misma dedicó días a hacerme cada uno de estos símbolos— se puso una mano en el pecho, aunque lo llevaba cubierto y solo un par de botones abiertos de la camisa, y podían verse algunos de ellos—. Cada logro, cada paso de mi vida, cada batalla ganada o perdida, era dibujada en mi cuerpo. Es mi historia, son mis costumbres. Mi madre trazaba con carbón vegetal suavemente el dibujo, luego con el hueso, con la aguja, empapando su cordón de tinta vegetal negra, elaborada por ella misma, golpeaba repetidamente la zona con el pequeño madero que hacía de martillo.

Desnudó sus brazos, subiendo la manga de la camisa clara que usaba. En el izquierdo un símbolo difería del estilo de los demás. Era un halcón con las alas extendidas con una cadena rota entre sus garras.

—Este es el último que me hice. Simboliza mi rotura con todo el pasado, y el halcón, mi nueva vida— su sonrisa era muy significativa.

Alex acercó sus dedos con curiosidad aunque a apenas unos centímetros se quedó quieta, miró hacia el hombre .

—¿Puedo tocarlo?

—Naturalmente.

Ella acercó suavemente sus dedos, la piel se sentía tersa, y cálida, si

cerrara los ojos no notaba nada de esas profusas líneas que marcaban el cuerpo del hombre.

—Es una maravilla, debió de ser doloroso.

—Sí, pero se soporta con orgullo. Es el libro de tu vida, todos los hombres y mujeres de mi tribu, podían saber de mis hazañas sin ni siquiera preguntar. Son un lenguaje sencillo y universal, además de símbolos de protección. Aunque estos últimos dejé de creer en ellos durante muchos años, aunque después comprendí que mi vida necesitaba recorrer ese camino para romper y empezar de nuevo

—Quiero uno—dijo Alex resueltamente, mirando esos ojos oscuros y sabios.

Wiremu sonriendo alzó una ceja negra como el carbón.

—¿Cómo dices?

—Hazme uno, aunque sea pequeño. Lo necesito, quiero tenerlo. Por favor...

—Es doloroso.

—No importa.

Wiremu asintió.

—Pero no usaré esto. Es antiguo, ya nadie lo utilizaría. A no ser seguro en las islas de donde procedo. Ahora— se movió a su izquierda y abrió una caja metálica de color acero inoxidable, de ella sacó un pequeño aparato con un depósito como de tinta y una aguja en su punta. Llevaba un cable que le unía a otro aparato mayor, este se tenía una clavija para la enchufar a la red eléctrica—, si tuviese que usar este antiguo «tau-tau» no hubiese podido tatuarme mi propio brazo—, sonrió—. Si lo deseas podemos hacerte un pequeño diseño.

—Sí... necesito algo que me de fuerza. Algo, no se...— durante los siguientes minutos abrió su alma al gigante. Él, en silencio confidente asintió a sus palabras, Igualmente prometió con la mano sobre su pecho no revelar a nadie lo que le había dicho.

Mientras ella hablaba, él había tomado una pequeña porción de papel de dibujo y hecho unos bocetos rápidos. El último un pequeño lince o gato salvaje. Ella lo señaló.

—En Escocia aún se pueden ver algunos en las zonas más agrestes.

Wiremu sonrió. Fue hacia unos libros que descansaban en la estantería, buscó un momento. Abrió una enciclopedia con extraordinarios dibujos tomados del natural de animales, entre ellos fauna de Escocia. El gato montés se dibujaba en actitud de acecho trepando por una peña. Tenía el pelaje rojizo y unos impresionantes ojos almendrados verdes casi luminosos.

Wiremu puso al lado su papel de dibujar e hizo su propio diseño en líneas simples del felino.

—Sí, me recuerda a ti. todo ese pelo rojo y esos ojos verdes —ella rió—. Dice la descripción que es un animal sigiloso, un cazador magnifico, sobrevive con poco, es muy luchador y territorial, un buen amuleto.

Apenas media hora después Alexandra había dejado al aire su espalda. Y justo sobre su omóplato izquierdo, Wiremu había calcado con cuidado el símbolo elegido y ella se aferró a la silla sentada a horcajadas, dejando caer su pecho sobre el respaldo inclinado y tapizado de piel. Wiremu tras ella, preparado con la pesada máquina de tatuar que zumbaba suavemente.

—¿Lista?

—Siempre.

Wiremu soltó una risa.

—Los primeros pinchazos los haré sin tinta. Quiero que sientas si puedes soportarlo. De esta manera si no te vez capaz, solo tendrás apenas un arañazo que se curará sin más.

—No me arrepentiré, aunque me duela, aguantaré. He soportado un entrenamiento más que exhaustivo durante tres semanas, ¿qué es un arañazo en mi piel?

—Bien, pero deja al experto, jovencita.

Transcurridas dos horas, Wiremu repasaba por enésima vez la suave piel blanca de la joven. Limpiándola con una gasa y un compuesto cremoso, casi transparente y antiséptico, arrastrando los últimos restos de tinta negra y roja sangre.

Ella aguantó. Incluso había conversado con normalidad. Solo en determinados momentos cuando tenía que repasar varias veces por el mismo sitio, ella callaba y aunque no la viese la cara, sabía que apretaba los dientes y respiraba hondo, dejando pasar el dolor a través de su cuerpo. Lo había hecho hasta mejor que muchos de los tipos a los que tatuaba usualmente, que

llegaban allí con una buena cantidad de alcohol en el cuerpo para infundirse valor.

—He terminado—.anunció Wiremu. Notó como la suave tensión de la desnuda espalda de la chica desaparecía como por arte de magia. Ella sujetó contra sus senos el material de la camisa mientras el hombre limpió el aparato de tatuaje y lo dejó en su caja ordenadamente.

—¿Puedo verlo?

—Por supuesto, levanta con cuidado, ha sido mucho rato en la misma postura, ya debías de andar dolorida con lo de anoche.

Ella se incorporó apenas envuelta en su camisa. Wiremu le indicó un gran espejo que estaba justo en la esquina. Tomó otro pequeño en su mano y la acompañó. Lo sostuvo ante sus ojos para que ella viese el trabajo. Era un gato montés, de agudas orejas, y una pose en escorzo, como si trepase por su omóplato, con sus garras desplegadas y sus fauces en un mudo rugido. Era de trazo elegante, larga cola, y actitud guerrera. mediría apenas cinco pulgadas de cabeza a cola, pero era suyo y estaba ya, para siempre en su piel. Apenas un toque de color verde para el ojo, y un ligero sombreado cobrizo le daba vida propia.

—Ahora le pondré un apósito, cada vez que te duches, deberás poner un unguento que te daré, además del de los moretones y las hierbas para tu baño, al menos dos veces al día deberás darte con esa crema. Llévalo cubierto tres días, luego ya déjalo al aire.

Alex asintió. Tres días, en ese plazo iría camino del continente, hasta entonces Tony ni se enteraría, era fácil fingir que el apósito era debido a una herida por la pelea de la noche anterior.

—Eh, viejo pirata, ¿Por dónde navegamos esta luna?

Falcon, sonriente y tan elegante como un pincel, se sentaba al lado del radio teléfono, sobre la mesa donde estaba anclada, a bordo del Lady of Dover.

—Ah, Falken[17], cerca, cerca. ¿Por qué lo dices?

—Marinero nuevo para tu tripulación. Es *vakre gutt*[18]. Necesita que lo lleses hasta donde la última vez. Y también recogerlo si es necesario.

—¿Sigues soltero?— Al otro lado una gran risotada del noruego.

Tony rodó los ojos.

—Me temo que no. Además, tu *vakre datter*[19] Basile, se lo merendaría vivo, con esos seis pies y pico de altura que gasta.

—¡Ah, *min datter*[20] Basile, como siga así la veo soltera toda la vida!

—No desesperes viejo—sonrió a Tony—. El trabajo será acercar a mi chico hasta tierra, igual que hace tres años y puede que recogerlo unos días después con dos paquetes.

—Tengo sitio de sobra en el barco, lo sabes. El problema es que tardaremos aún tres días en llegar a un punto de encuentro cómodo con el Lady. Pero de allí a tierra, pocas horas. Ya no hay apenas «manadas de lobos»[21] por la zona. Además siempre sabes como me ha acompañado mi buena estrella.

Tony asintió a su lado.

—Bien, no te preocupes por eso, si me garantizas transporte de ida y vuelta...

—¿El precio?—sonó la voz del pirata de nuevo al otro lado, era un duro negociante.

—¿Qué necesitas?

—Cualquier mercancía vendible, me traerás la mitad cuando recoja al «marinero» y el resto cuando te lo devuelva con sus dos paquetes. En mi zona hace falta desde cigarrillos, chocolate, chucherías de mujeres, hasta whisky, café... siempre hay tipos ricos que pagan por ello. El valor, el de siempre por estos trabajos.

—Bien, sin problemas, en almacén tengo para surtirme adecuadamente.

—De acuerdo pues, nos vemos en cuatro días en las coordenadas de siempre.

—Correcto, cambio y corto.

—Corto y cierro Falken.

Después solo el zumbido al otro lado. Falcon dejó el aparato y se cruzó de brazos ante Tony.

—¿Qué te parece? ¿Estarás a tiempo?

—Eso espero. En cuanto llegue a casa hablaré con mi contacto, él me facilitará la recogida desde los acantilados hasta la misma capital.

—Es peligroso chico, lo sabes ¿Verdad?

—Iremos por la zona Belga, por allí no será tan difícil. Sabes que su disciplina es menos fuerte que la nuestra o la americana. Además, si los contactos son los que yo creo, el peligro son ellos.

Ambos hombres rieron.

—Está bien, pero me preocupas, *Niño Bonito*, eres como mi hijo.

—He volado solo ya muchas veces.

Falcón soltó una risotada. Le hizo una señal a su como siempre demasiado largo y ensortijado cabello trigo.

—Te pueden reconocer, ese pelo es como un faro chico.

Tony se pasó la mano por el cabello descuidado.

—Tendré que pasar por una barbería. Tienes razón, a ver si cortando, dejáis de llamarme *Niño Bonito*.

—*Querubín* sonaba peor.

—Ni me lo recuerdes.— Las carcajadas de ambos sonaron durante un rato entre nuevas y viejas bromas.

El Lady of Dover a una orden de Falcon volvía hacia puerto. Habían pasado gran parte del día allí, intentando localizar al Seagüll[22]. Al final, casi desesperado Tony, consiguieron establecer conexión con el viejo pirata. Llevaba muda la radio pues había observado alguna patrullera cercana, y no sabía si alemana o de cual nacionalidad. Al fin, cuando la encendió, contestó enseguida a los llamados de Falcon.

Con el transporte hasta el continente asegurado, el viejo capitán Begün haría cualquier cosa con tal de conseguir el valioso contrabando que pedía, Tony respiró hondo.

—Lo que cueste Falcon, pero necesito la mercancía para pagar el viaje.

—Vamos a ver, Tony. Acabo de confirmarlo al viejo. Mercadería hay de sobra en mis almacenes, para pagar cinco rescates como este.

—Pues cuando hagas la cuenta dime la cifra.

—Cuando vuelvas, hablaremos.

—¿Y si no vuelvo?

—Entonces ya no serías el Daylight que yo conocía, muchacho. No te preocupes por nada, para eso están los amigos.

Tony hizo una mueca y miró al horizonte. Dover estaba en un punto

lejano, visto a través del cristal del puente del barco. Se dejó caer con ambas manos en el tablero.

—Tengo que volver, a como de lugar, con ella y con el niño, juntos. Alex no puede perder lo único que le queda de su difunta hermana y yo, no quiero dejarla escapar.

—Yo de ti, sería un caballero y le pediría formalmente que se casase contigo, antes de embarcar. A las chicas tengo entendido que les gusta toda esa parafernalia de la boda. Y si estás seguro que la quieres a tu lado, joder tío, tienes treinta y pico, hora de asentar esa cabezota.

Tony lo miró pensativo y desvió poco después sus ojos a la línea de costa y de nuevo a su antiguo instructor y camarada. Permaneció callado, Falcon se dejó caer en uno de los costados de la cabina.

—Si estás seguro de lo que sientes, es un buen paso. ¿A qué demonios todo esto si no? Si solo fuese tu alumna, bien, de acuerdo, le darías una red de apoyo, desde aquí y solo «por si acaso», pero no expondrías tu cuello viajando hasta Alemania. Joder, estás quemado, yo personalmente, puedo ya pasar más inadvertido que tú.

—Lo sé, lo sé...

—Pues de camino a la barbería para cambiar un poco ese revuelto cabello que siempre has llevado, también convendría pasarnos por alguna joyería, platería o algo así. No es que sea un experto, Wiremu me rompería la cara si me da un día por aparecer con una cosa así, pero creo que para esas cosas, con las mujeres, se necesita un anillo.

Tony miró de nuevo hacia el puerto de Dover, cada vez una milla más cerca. Falcon, como siempre, llevaba razón. Si quería algo definitivo, tendría que demostrarlo, no solo atravesando el canal, sino con palabras y un buen anillo. ¿No era eso mismo lo que había hecho su hermano por Dafne? Alexandra no merecía menos.



Cuando al fin entraron en casa de Falcon, el sonido de las risas de Wiremu y Alexandra hacían eco por toda la casa.

—Parece que se llevan bien—dijo Jonas, mientras caminaba por la galería. Tony resopló.

—Demasiado, diría yo—. Otra carcajada de Alexandra, y la voz melodiosa del hombre que la estaba haciendo reír. No pudo evitar una cierta punzada de celos, aunque su mente le dijese que eso era imposible, aunque con él, ella aún no reía aun tanta franqueza.

—Oye, *Niño Bonito*, que quien tendría que estar celoso soy yo—dijo Falcón propinando un puñetazo fingido en su hombro. Y encima se carcajeó en su cara de circunstancias.

Cuando ambos aparecieron por la puerta del salón, vieron todo el espectáculo. Unas copas, una botella de vino, Alexandra tendida en el sofá y Wiremu haciéndole un masaje en los pies. Ella chillaba y los retiraba cuando le hacía cosquillas. El hombre sentado en el suelo con las piernas cruzadas, volvía a cogerlos y ella casi a patearlo muerta de risa. Falcon aplaudió.

—Vaya, veo que habéis pasado un buen día los dos.

Tony rodeó a Falcon mientras se dirigía a Alexandra con el semblante algo extraño. Wiremu se levantaba de un salto de la esterilla del suelo, y saludaba a Jonas con un corto beso en los labios, ambos hombres se sonrieron. Y miraron a la vez a Tony plantado frente a la pelirroja, con los puños en sus caderas, negando con la cabeza. Ella permanecía acostada en el sofá, relajada y sonriente, con las perneras de los pantalones dobladas hacia arriba dejando sus pantorrillas al aire y sus pies descalzos.

—Qué, ¿nos lo pasamos bien?— señaló con un gesto de su barbilla recién afeitada a la mesita donde estaba el vino—. ¿Cuánto has bebido?

Ella se incorporó despacio y se puso derecha, aunque no borró la sonrisa de sus labios rojos.

—Un par de copas mientras os esperábamos para la cena. No creí cometer un delito. ¿Qué le pasa a tu pelo?— Se quedó anonadada contemplando como había desaparecido la maraña de rizos.

—Nada, estaba demasiado largo. Esta noche tenemos que estar de vuelta a casa, no quiero que te caigas de la motocicleta en el primer bache.

Ella saltó como un resorte, se puso de pie, cuadrándose como un soldado.

—A sus órdenes instructor—. Soltó una risa en toda su cara, abrazándose a su cuello, besandolo descaradamente en la boca, mientras apretó con descaro su trasero. Él se vio impelido a responder de la misma manera a pesar de tener compañía a sus espaldas.

Las risas de ambos hombres le sacó de su burbuja. Esa mujer le besaba y perdía la cabeza, aunque hubiese testigos.

—Tienes ahí un problema serio *Niño Bonito*. Venga, ya, separaos, y cenemos. ¿No queréis volver a casa?— Wiremu estaba a punto de salir para la cocina.

—Sí, seguro, en busca de una cama. La que os dejamos anoche, ¿no era de vuestro agrado?— apostilló Falcon

—Déjalos Falcon. ¿Tú no te acuerdas de nuestros comienzos? Cuando volvías de alguna misión no salíamos de la habitación por días.

—Era la única manera de que dejaras de discutir Wiremu, y de intentar aporrearame por no llamar nunca. Deja de contar intimidades, hombre, bastante traen estos dos entre manos. Cenemos, nosotros también hemos de bajar, el negocio no marcha solo.

La conversación de ambos se perdió por el pasillo.

Al fin Tony y Alexandra separaron sus labios, no les habían hecho el más mínimo caso a sus anfitriones. Tony besó la punta de la nariz de ella, Alex miró el cabello del hombre.

—Ouch, ¿por qué lo has hecho?— llevó la mano hacia el cabello del joven peinado a la moda pero mucho más corto, sus rizos había desaparecido en su totalidad—. Me gustaba tal y como estaba.

—Para mimetizarme mejor, antes usaba la imagen de chico universitario. Pero joder, paso de los treinta. Esta vez, ese disfraz no cuele.

—No quiero que me sigas. Es mi deber, y yo rescataré a Axel.

—No voy a seguirte, iré por mi cuenta, soy libre de pasear por las calles de Berlín o por donde me dé la real gana—ella le miró y negó con la cabeza—. Hablando en serio, si tienes problemas, estaré preparado. Si no... ni me verás.

—Esto tenemos que discutirlo.

—En casa, Alex, en casa—. La abrazó fuerte otra vez, antes de alejarse un poco de ella y tomarla de la mano—. Ahora a cenar. Tenemos que irnos, y mucho de que hablar.

Desde la cocina se escuchaba el ruido típico de vasos y platos, y la voz melodiosa de Wiremu, llamándoles a la mesa.

Ella fue a continuar la disputa, pero Tony le dio un corto beso y luego

puso su dedo índice sobre sus labios rojos.

—Cenemos con nuestros amigos, y a casa. ¿De acuerdo?

La llevó de la mano a la cocina, desde donde se escuchaban las risas de los otros dos hombres, bromeando a su costa.

CAPITULO 15

Sí, seguro, convino horas después Alexandra, ¡bastante que hablaron al llegar a casa! Durante la cena, las manos de Anthony se perdían por debajo de la mesa sobre los muslos de Alexandra, en dirección a sus rodillas, o en dirección contraria, lo que la hacía dar un respingo y calentarse aún más, no queriendo que se les notase el jueguito que traían de caricias y miradas.

Pero ni Wiremu ni Falcon eran tontos, ambos les despidieron con palmadas en la espalda, y risas. Por supuesto con la promesa de volver a visitarles en cuanto toda la misión estuviese completada. Montados ambos en la motocicleta, callejearon desde el puerto fluvial, por las calles del centro que estaban ya transitables después de más de un mes sin bombardear.

Dejaron la motocicleta al lado del porche de la antigua y bella casa de los Daylight en Londres. Tony la alzó en brazos nada más cruzar la entrada y cerrar. La subió casi a ciegas por las escaleras, mientras ambos se besaban con devoradora urgencia. El hombre pateó la puerta, la empujó con la cadera, repetidamente sin querer soltar su carga ni dejar sus labios. No conseguía abrirla, hasta que ella desligó una de sus manos del cuello de Tony y giró la manija a tuestas.

De allí, a medio tropezar con la alfombra y caer enredados en la cama fueron tres segundos. La ropa arrancada del cuerpo el uno al otro. Los juegos preliminares durante la cena, a escondidas de sus amigos, los tenía a ambos a punto de estallar.

Solo consiguieron respirar profundamente cuando sus cuerpos desnudos se fundieron. Tony la penetró hasta la empuñadura, y ella se arqueó su cuerpo en éxtasis glorioso. Los gritos de placer femeninos resonaron por la habitación. Pasaban de las doce de la noche, y en el silencio, parecían escucharse con más ímpetu.

Pero, por todos los demonios pensó Tony. ¡Como le gustaba oírle gritar y gemir, sin el más mínimo sentido del decoro! Joder, le empujaba a él hasta el límite, saber que ella expresaba de esa forma su placer. Aunque le rompiese los tímpanos, Señor, su escocesa era dinamita pura. Se deshacía mojada bajo él, le urgía con sus uñas, con una cachetada en su trasero a que se diese más prisa. Al final su cuerpo se tensaba, y los sonidos de su gozo se hacían más quedos. Y así continuaba su vagina apretándole repetidamente, con pequeños espasmos, que oprimían su polla, hasta que se derramaba dentro del condón.

Cuando volviesen de Berlín, entonces lo haría sin la protección. Entonces conseguiría sentirla piel con piel como la primera vez. Hundirse en su centro, pero esta vez vaciarse en su matriz, para marcarla eternamente como suya. Ahora que ella quedaba laxa bajo su cuerpo, aprovechó para besar cada centímetro de piel de su cuello. Cada noche que les quedara juntos en Londres, antes de su misión, tendría que procurar que fuese gloriosa. La haría adicta a sus besos, a sus caricias. Era su objetivo. Ese, y la diminuta cajita que se escondía en su cazadora de piel de búfalo.

Justo antes de dormirse le susurró al oído.

—Mujer, no sabes cuanto te amo.

No supo si ella lo escuchó. Pronto se quedó profundamente dormido.



Se despertó bien entrada la mañana. Él se había vuelto a levantar antes y dejado dormir. era domingo, recordó. La luz entraba tamizada suavemente por entre las pesadas cortinas borgoña. Se estiró como un gato, palpándose la espalda. El apósito que ocultaba su tatuaje había desaparecido. Lo buscó y lo halló enredado entre las sábanas.

Con él en las manos se levantó desnuda y fue al baño. Necesitaba una ducha y curarse con los ungüentos de hierbas que le había proporcionado Wiremu Tane. Por más de veinte minutos se dedicó a su aseo, aplicando sobre su omóplato la pomada que olía francamente bien. Incluso con extremo cuidado y algo de dificultad. consiguió cubrirse con un nuevo apósito el tatuaje. Tony no se había percatado de ello. Cuando llegaron a la casa, estuvo más pendiente de meterse entre sus muslos que de mirarle la espalda, y ella anduvo a la par. Tampoco encendieron la luz del dormitorio, solo la velada

claridad de la calle les iluminó. Se miró el revuelto cabello rojo y húmedo en el espejo. Sonrió, medio avergonzada, había gritado como una posesa bajo el dominante cuerpo del hombre.

Pero a ella también le gustaría explorar otras cosas. ¿Se atrevería? Aunque tenía demasiado poco tiempo. ¡Bueno, por eso mismo! No tenían muchas más noches, no sabía que le esperaba, si volvería con vida, o a verle más después de todo. La llamada de su padre llegaría mañana o el martes.

Tendría que aprovechar todo lo posible lo que le restase.

Tomó algo de ropa prestada de Tony, una de sus camisas color blanco. Se dejó los elegantes pantalones de mezclilla que le había proporcionado Wiremu de los de Falcon. Joder con el tipo elegante, a ella le iban perfectos con un ajuste del cinturón. No se metió los zapatos, solo unos calcetines marrón oscuro encontrados en los cajones de su «instructor»

De esa forma salió del dormitorio, despacio, casi de puntillas. El corredor se adornaba con lámparas de pared que estaban todas apagadas. Al otro extremo del corredor era una ventana casi desde el suelo al techo, una interesante vidriera de manufactura irlandesa que arrojaba profusión de colores por todo el lugar. Caminó por el corredor algo incómoda por la soledad y el silencio. Aunque cuando fue avanzando escuchó algún murmullo suave. Venían desde abajo, del piso inferior. Era la voz de Tony, tan solo la de él, parecía estar al teléfono. ¿Serían sus órdenes? No, era muy pronto. Bajó los escalones, la voz de el hombre se fue haciendo más definida a la vez que llegaba al piso inferior. Su risa fue más clara, hablaba con alguien conocido.

—De acuerdo, antes de irnos os llamo, te confirmaré todo. Sí, Davis, es de lo mejor, espero poder contar con su ayuda, mi confianza en él es plena. De acuerdo pues, hermano, un beso a ese tesoro de mujer y a mis sobrinos.

Estaba ya a los pies de la escalera de mármol cuando él apareció por su diestra desde el despacho que le enseñara el día de su llegada, sonrió al verla.

—Hola preciosa, ¿Has descansado?

No pudo llegar a contestar, una voz dando los buenos días a sus espaldas la hizo dar casi un respingo y volverse. Una mujer pequeña y regordeta, de unos cincuenta, peinada con un moño ahuecado entrecano y un vestido azul oscuro con un delantal impoluto blanco, sonreía desde la zona que llevaba al

ala de servicio. mientras ella miraba sorprendida a la sonriente señora, Tony llegó a su altura y la abrazó por la cintura. Ella sintió enrojecerse de nuevo hasta la punta de las orejas, ante el posesivo gesto.

—Buenos días, Señora Kennsinton. Permita que le presente a mi mujer, Alexandra McKonky. Bueno, de aquí en adelante, Alexandra Daylight.

Alexandra se quedó de piedra al escuchar esas palabras, no supo si volverse a aporrear en pleno pecho a su «instructor» por presentarla de semejante manera. La tal señora Kennsinton, se inclinó breve y elegante, ante ellos.

—Encantada de conocerla, señora. Mi más sincera enhorabuena, espero que sean muy felices. Y veo que hacen una espléndida pareja. Ya era hora, Señor Daylight, que se decidiese a tomar esposa. Un hombre no debe estar solo, mi madre estará encantada cuando se entere.

Anthony soltó una risa ligera y el muy sinvergüenza la apretó más contra sí.

—Solo estaba esperando a la persona perfecta para mí, Señora Kennsinton. Y al fin la encontré. Salude también a Margharet de nuestra parte y de la de mi hermano—. le apretó la cintura con su brazo, y besó el lóbulo de su oreja—. Dí algo Alexandra, te has quedado muda.

—Encantada igualmente, señora Kennsinton. Gracias por sus palabras—. Su voz sonó educada casi impersonal, dominó a la perfección su genio, al menos por el momento y hasta que estuviesen a solas

—¿Sabes, Alexandra? Margharet, la madre de la Señora Kennsinton fue la cocinera de esta casa por más de treinta años. La queremos mucho, prácticamente nos crió ella, nos mimaba con sus dulces y nos reñía cuando no comíamos toda la verdura.

Miró a Tony, que permanecía tan relajadamente abrazado a ella como si lo hubiese hecho toda su vida y encima, como colofón, tuvo la desfachatez en ese momento de besarle la punta de la nariz, cuando ella lo que necesitaba era arrancarle con las uñas la sonrisa de la cara. Pero se contuvo. Joder, habían compartido cama, el muy... solo había ordenado un dormitorio en esa casa que permanecía la parecer, vacía y al cuidado de esa mujer gran parte del año. Podría haber disimulado un poco ordenando otro dormitorio más, aunque fuese ínfimo y pequeño. ¡Y no meterla en este lío, demonios!

—Le daré sus saludos y las buenas noticias en cuanto tenga un momento para ello, señor Daylight,. Y perdonen si interrumpo, al escucharles, venía a preguntar a los señores si quieren desayunar ya. Está todo preparado en la salita como ordenó para las comidas, mientras estuviesen aquí.

—Por supuesto, señora Kennsinton. No vamos a usar ese tremendo comedor como comprenderá estando de Luna de Miel y solo los dos. Por eso no le dimos instrucciones de prepararlo. Saldremos de nuevo de viaje en unos ¿dos días querida?

—Más o menos.

Consiguió balbucear Alex, ante la sonrisa de Tony y la de la Señora Kensinton, que con premura y otra reverencia se dirigió a lo que parecía la cocina.

Cuando parecía que la mujer no pudiera oírles, ella se soltó de él y le propinó un fuerte puñetazo en el duro hombro, frunciendo su ceño.

—Mierda, Tony, ¿es esto necesario?

—Auch... Para mí sí, tengo hambre, ¿tú no? Tanto ejercicio «marital», en esa gran cama...

Le sonreía pícaro, con esos ojos azules intensos. Ella levantó las manos al cielo pidiendo paciencia para no estrangularlo aquí y ahora.

El ligero paso de la mujer que volvía de las cocinas llevando un coqueto carrito con platos y bandejas, hizo que Alexandra no soltase otra reprimenda verbal, u otro puñetazo, y esta vez en la cara sonriente y satisfecha del capitán Daylight.

Tony tiró de ella hacia la salita y la hizo acomodarse caballerosamente en una de las sillas, mientras la señora Kennsinton servía el succulento desayuno y se retiraba con presteza y una sonrisa más que cómplice ante lo que ella creía unos «recién casados». Una vez que salió cerrando la puerta y sus pasos se alejaron. Alexandra estalló.

—Maldita sea, no puedes ir contando cosas así por ahí, y encima sin avisarme.

—Querida mía, no es ninguna mentira. Esta noche creo que, he sido lo suficientemente claro demostrándote que voy en serio contigo en esto. Lo he refutado haciéndote el amor como si me fuese la vida en ello ¿no te parece?

—Joder, a veces me dan ganas de tirarte... lo que sea, a esa cabezota tuya.

No puedes decidir la vida así por mí.

—Creo que lo que ha pasado desde hace dos días a hoy, no me deja más remedio que, bueno—, alzó ambas manos y puso cara de santo—. Está bien, si lo deseas, será una pedida formal.

Se levantó de su silla y rodeó la mesa para ponerse rodilla en tierra y cogerle una temblorosa mano a Alexandra, que bullía en su interior, sin saber si de ira o de miedo. La miró profundamente a los ojos y carraspeó, poniéndose serio. Hurgó en el bolsillo del pantalón y sacó una diminuta cajita forrada en color azul, la abrió ante sus ojos. Un anillo de pedida, de oro labrado, con un diamante engarzado en una garra de platino.

—Alexandra, estoy enamorado de ti, mi preciosa gata salvaje de las Highlands. ¿Quieres hacerme el honor de ser mi esposa?

Ella se levantó de un salto, tirando de su mano, la cual, con delicadeza Tony había besado a espera de su respuesta. Puso distancia entre ellos, caminando arriba y abajo del saloncito.

—Mierda, Tony, no puedes pedirme esas cosas, estoy a punto de irme de misión a Berlín. Tengo demasiados problemas encima, decenas de cosas en la cabeza para, para ¡joder! ¡lo que sea esto!

Tony la miró divertido por su reacción y se sacudió motas de polvo imaginarias de su pantalón al levantarse.

—Vaya por todos los demonios, mujer mal hablada. ¿No es esto lo que le gusta a las chicas? Una petición formal de mano. Es lo que me aconsejó Falcon, y mi amigo es un experto en protocolo. Ahora solo me falta ir a tu padre y terminar el asunto estrechando la mano a ese santo varón que te tiene en casa. Seguro que estará encantado de «ceder el testigo», mujer indomable.

—Ganas me están entrando de darte una soberana paliza, Daylight.

—Sé que podrías hacerlo, sí, y eso aún me pone más duro.

Tony se llevó la mano sin el más mínimo atisbo de decencia a la erección que era notoria bajo los botones de su pantalón. Ella le miró ceñuda, pero Tony continuó sonriente.

—Pero, será mejor que nos tranquilicemos. Ya habrá tiempo para todo a nuestra vuelta. Padres, peticiones formales, anillos, trajes de novia... en fin. Estoy cazado, lo admito aquí y ahora. ¿De acuerdo? Venga, vamos a desayunar.

Dejando la pequeña cajita abierta, sobre la servilleta que coronaba su plato, Tony con toda tranquilidad, como si en vez de acabar de declararse le hubiese hablado del tiempo, volvió a su sitio en la mesa.

Ella lo miraba boquiabierta cuando sirvió el desayuno a ambos y tomó un sorbo de café con una sonrisa tonta en la cara, sin dejar de mirarla. Ella continuaba de pie con los brazos cruzados sobre el pecho, frunciendo el ceño.

—Venga, Alex, que no es tan difícil, a desayunar.

—No sé como puedes estar tan... joder, Daylight, tan tranquilo ¡acabas de pedirme que nos casemos!

—Creía que lo difícil era meterse entre tus piernas, pelirroja, no darte un anillo.

—Deja de decir cosas así...

—¿O qué? ¿me golpearás con esos puños que tienes? ¿O me arañarás de nuevo toooda la espalda? Vamos gatita... Siéntate y come, mujer.

Alexandra sintió el rugido de su estómago, aunque quien quiso rugir de veras fue su garganta. Se sentó en la silla, ante ella el hermoso anillo. Ella había visto piezas bonitas, Su madrastra las poseía. Su padre también le había intentado regalar alguna chuchería, a ella y a su hermana cuando empezaron a vivir con él y se hicieron más mayores. Pero nunca esperó algo como aquello de su instructor.

Maldito «sentido del honor» de los Daylight. Cuatro polvos y se veían en la obligación de declararse. Eso era lo que le había dicho Dafne, su «cuñada» le había contado la verdad más absoluta.

Diablos, comió en absoluto silencio, sin levantar la vista de su plato, dejando aparte y cerrada la preciosa cajita con su carga.

Cuando se levantó y fue a salir de la sala, sin saber verdaderamente donde ir, Tony se levantó tras ella y agarró su mano. Ella se volvió, los ojos del hombre la miraban intensamente, casi traspasando su alma.

—¿No me das una respuesta?

—Si vuelvo de Berlín, me... me lo pensaré. mientras tanto, será mejor que, lo guardes, yo no puedo llevarlo conmigo.

—De acuerdo con que yo lo guarde, hasta nuestra vuelta de la misión. Pero quiero tu respuesta ahora.

Alexandra agachó la cabeza. Ese gesto nunca lo había visto en ella, por

un segundo lo dejó descolocado. La tomó suavemente de los hombros, acariciándolos arriba y abajo, para reconfortarla. Ella siguió unos momentos con su mirada baja. Pero de pronto alzó sus ojos verdes, para clavarlos en él con una extraña mezcla de sentimientos.

—Esto no puede salir bien, Tony.

—No digas eso, volveremos del continente, con el chico. Confía en mí.

—Confío en ti, Tony. Pero, digo «lo nuestro»... yo siempre he sido, bueno, no me gusta estar atada a nadie, a nada. Todo lo que he querido, de alguna manera u otra, siempre ha acabado marchando, o siendo un desastre.

—Prometo que haré todo lo posible para que «lo nuestro» no salga mal. Nos llevamos bien, ambos tenemos genio, pero nada que no podamos arreglar con un buen...— tosió cómicamente—, polvo.

Ella quiso reír y llorar a la vez. El nudo que desde hacía rato anidaba en su garganta le impedía ambas cosas. El sentido del humor de Tony, era un hombre con el que no se aburriría nunca, eso seguro. Pero también estaba su «carrera», quisiera o no, era parte del ejército. Bastante tenía ya con la experiencia de su padre, como para involucrarse con un tipo metido en el mismo mundo. Y encima su padre, era el inmediato superior de este hombre. ¡Por todos los demonios del infierno!. Tomó aire, ahora no valía la pena preocuparse, su mente no estaba lo suficientemente clara o despierta para eso. Necesitaba una tregua.

—A la vuelta instructor. ¿De acuerdo?

Tony asintió, pero no llegó a soltarla, la atrajo más contra sí, para abrazarla.

—Es una promesa Alex.

La besó profunda y lentamente, como si fuese la única manera que tenía en ese instante de confirmar su petición. Ella le devolvió poco a poco el beso, primero, con cierta timidez, luego poniéndose a la misma altura de él, con desespero y urgencia. Recorriendo con sus manos el cuerpo duro del hombre tan pegado al suyo que no podía discernir donde acababa ella y empezaba él. Tony tomaba su rostro entre sus manos, acariciándolo con reverencia. Abrió un instante los ojos para ver los de él abrirse a la vez. Segundos después, Tony se separó apenas un par de centímetros de su boca.

—Tenemos que repasar tus órdenes, pero—, besó suavemente apenas un

instante su boca, haciéndola desear más—. déjame hacerte primero el amor.

Ella asintió, juntos, de la mano, en realidad a paso tranquilo, ascendieron uno a uno los escalones que los llevaban al dormitorio que habían compartido desde su llegada. Se desnudaron despacio, mutuamente, tomándose su tiempo. Él besaba con mimo sus párpados cerrados, ella con delicadeza sus cicatrices de guerra. El deseo los envolvió, los arrulló. Por unos momentos, Alexandra dejó de lado a su familia, a sus obligaciones, su misión, para ser quizás, por primera vez en su vida, solo una mujer, dejándose amar por un hombre.

Tony se tomó su tiempo en acariciarla entera, antes de conducirla, de la mano y desnuda, a la cama, aún deshecha. Encerrados en su dormitorio casi en penumbra, aunque fuera hubiese guerra, batallas que librar y una operación que cumplir y de la que salir vivo, dejó todo a un lado, para demostrarle que la amaba. El anillo quedó sobre la mesita de noche, recordatorio tangible de que esta vez iba en serio, de que no dejaría nada en el tintero. Que haría todo lo posible por volver juntos de nuevo a aquella habitación, a recuperarlo y a ponerlo en su dedo. Y si no, prefería mil veces acompañarla en la muerte, que vivir una vida sin ella.

Volvió a ser cuidadoso. Usó otro de los preservativos de la caja. Quería que ella no tuviese más preocupaciones ahora, aunque de veras se moría por vaciar su esencia dentro de su cálida humedad. Alex se abrazaba a su cuerpo, arañaba a ratos suavemente su espalda y le urgió con besos desesperados a que la poseyera completamente. Sus gemidos y el grito final de éxtasis volvió a resonar de nuevo por el dormitorio. No le importó si la habían escuchado o no. La amaba, si ella quería gemir y gritar alto, que lo hiciese, no la coartaría en ello. Joder si eso no lo hacía llegar más fuerte a su propio clímax.



Un par de horas después, aún entre las arrugadas sábanas y casi desnudos, revisaron el sobre que Bossfield le entregara a Alexandra un par de días antes. Lugares, fechas, horas, datos de contacto. Itinerarios, calles de Berlín, que debería recorrer con cuidado de no aparentar ni miedo, ni titubear. Tony extendió entre ambos los planos, los estudiaron con cuidado. Todas las rutas de llegada lo mismo a casa de Lambrecht, como al orfanato.

Cuando llegó la hora del almuerzo, Tony se vistió y bajó para subirlo el personalmente en la bandeja. Cuando terminaron y dejaron a un lado los platos, los planos y documentos cayeron al suelo.

Volvieron ha hacerse el amor.

Alexandra dormía satisfecha a su lado, no le apetecía dejarla sola en la cama, abandonar el cálido y lujurioso cuerpo femenino era lo último que deseaba en este mundo, pero debía de hacer un par de llamadas. Confirmar con Falcon, y ultimar detalles con Rankin.

Muy a su pesar se levantó del cómodo lecho, y se vistió. Sin hacer ruido, salió del dormitorio. Ella necesitaba descansar todo lo posible, los días venideros serían muy duros.

—Es la única manera Anton. Mis hombres solo podrán acompañarte a pocas millas de Berlín. Entrar es peligroso para ellos.

—Lo admito, pero...

—Es tu tío, Anton. Rudolf Strieber está de acuerdo. Te ocultará en su casa, ya sabe todo lo que me dijiste la última vez, ahora le añadiré el detalle de que es un chico a quien que vais a buscar. Y si aún tuviese alguna duda, creo que la borraría definitivamente.

—Joder, Rankin, no le conozco de nada, estaba recién nacido cuando vino a Londres. Henry sí, pero yo...

—Es el sitio más seguro que te he podido encontrar. No quiero que Geüser se arriesgue a más. Aún se libran batallas, y se reconquistan bastiones. Tendréis que rodear más de uno de ellos, y con miles de cuidados. Que ellos entren en Berlín sería un suicidio. No quiero arriesgar a dos de los pocos hombres de confianza que nos quedan.

—Eso lo comprendo. Pero con la dirección de cualquier piso franco...

—El de Geüser no sabemos si queda en pie después de tanto bombardeo. Además era una buhardilla infecta, sin apenas condiciones.

—Qué me vas a contar, viví allí una semana.

—Pues ahora seguro que está peor. Además, quiero que saques al viejo de

esta.

—Jo—der. Joder, Ludw...— se pasó la mano por su ahora corto cabello.

—Tendré todo preparado para recogeros. Tu rescate, la chica, y el viejo, los tres en el mismo paquete. Os esperarán en territorio ocupado francés, te darán todos los salvoconductos necesarios, no tengo dificultad para moverme por allí. Incluso nueva documentación para tu tío, por supuesto con nombre falso, nada que haga sospechar que es un general retirado, ya preparados si son necesarios. Se tendrá que quedar en Alemania, pero en terreno seguro. Cuando todo se calme podrá volver a la capital. Pero es un buen hombre, y no quiero que le ocurra nada.

—Está bien. Aunque la chica pensaba entrar por territorio tomado por nosotros, y salir a través del mismo.

—Bueno, no está mal tener otra opción de escape, ¿cierto? También tendrás que, bueno, convencerlo de salir de allí. Él solo piensa que va a darte cobertura.

—Jo—der, otra vez.

—Eres su sobrino, *Niño Bonito*. Va a verte y a adorarte.

—Déjate de coñas, Ludw.

Rankin se reía al otro lado del teléfono, Tony negaba con la cabeza. Dos paquetes por el precio de uno, pero no podía negarse, aunque no lo conociese, era su familia.

—Es el único favor que te pido Anton. Normalmente me deben favores a mí, no los debo yo.

Anthony suspiró dándose por convencido.

—Ya Rankin ya. Dalo por hecho, bueno, hasta donde el hombre se deje convencer... si se niega...

—tú convences a cualquiera, de eso estoy seguro. Ah, Meré me da saludos para ti, dice que en cuanto salgamos de esta tenemos que celebrarlo a lo grande.

—Por supuesto—. sonrió Tony, una boda no estaría mal, como celebración. La suya, con esa fiera que dormía arriba acurrucada en su cama. Estaba decidido a ello, costase lo que costase, ahora mismo subiría de nuevo, la despertaría y...

—¿Anton? ¿Se corta la comunicación?

—Ah, no, perdona, estaba pensando en lo que me decías. Sí, una celebración, estaría bien.

—También quiero otro favor, Anton.

—Tiemblo, Rankin.

—No te creo, muchacho—. se rió de nuevo—. Si tienes tiempo, localiza a Kurt Dietrich.

—¿El coronel de las SS? Has perdido el juicio.

—No, Kurt Dietrich, el hombre que intentó ayudar a tu hermano. Es un buen tipo, demonios, por ello fue degradado y si no fuese por, bueno, ciertos movimientos que unos cuantos hicimos, hubiese sido fusilado. Lo único que pudimos conseguir es que no le matasen, y terminó prácticamente empezando de cero en las milicias de defensa de la Capital, estrechamente vigilado y tratado como un paria por ello. Quiero que le busques si puedes, y le des el mensaje de que si sale con vida de esta, estoy aquí para ayudarle y si es posible, lo saques de allí contigo.

—Imposible, los SS son los peores cabrones que ha parido Alemania. ¿Qué me dices de los campos que recién han descubierto los americanos? Ellos se encargaban de todo allí, custodiar, maltratar y asesinar a sangre fría. ¿Y la Gestapo? No me dirás ahora que ese Dietrich es un ángel.

—Conoces la SS por fuera, chico. Kurt no ha pertenecido a ninguna de esas facciones, él ha sido un Waffen SS, su cometido era combatir. Y si alcanzó el grado de coronel fue simplemente por que su padre fue uno de los integrantes que intervino en la formación de ese grupo en sus principios. Cuando tuvo bastantes condecoraciones en batalla lo metieron en un puesto en Berlín, cuya misión era solo seguir ordenes y hacer detenciones. Él no ha hecho nada más que eso.

—Te parecerá poco.

—Ha sido un soldado, igual que Heinrich. Joder Anton, ¿reprochas a tu hermano haber luchado en Polonia? ¿Pertenece a los Africa-Korps bajo ordenes directas de Rommel?

—Bien, bien, haré lo que esté en mi mano.

No estaba muy convencido, pero le debía ese favor a Ludwick, y lo haría. Aunque esperaba que Rankin no pretendiera que se hiciese amigo de ese cabrón SS, por mucho que hubiese ayudado a su hermano en Alemania.

—Sé que lo harás.

—Bien Rankin, si no tienes más que decirme, tengo un aluvión de cosas que preparar.

Sobre todo el hermoso cuerpo de mujer que tenía desnudo entre las sábanas de su alcoba, pensó para sí.

—Recuerda, tener este número seguro memorizado. Procura llamarme siempre por un teléfono «limpio», si lo haces desde algún sitio no conocido, procura echarle un vistazo antes.

—No lo olvidaré—. Siempre miraba por si hubiesen instalado alguna escucha, de eso se encargaba en primer lugar antes de realizar el más mínimo movimiento.

—Bien, entonces espero tu llamada, para lo que surja.

Poco después volvía a dirigirse escaleras arriba, con comida. La sonrisa cómplice de la señora Kensington era más que notoria. Por primera vez en años le hizo sentir que le subía el rubor de cuando era un colegial imberbe. ¿Hasta las zonas de descanso del personal, llegarían los gritos de placer de Alexandra?

Joder.

Pero cómo le gustaban. ¡A la mierda! No sabía el tiempo que les quedaba juntos, si volverían, si no...

El placer de ella, tenerla tranquila, preparada, y por supuesto bien alimentada y con el oportuno descanso entre maratones de sexo y repaso de órdenes, y más sexo... era lo principal en esos momentos. En uno o dos días tendrían que separarse, para llegar hasta Berlín en una locura de misión, pero la cual se veía inútil de prohibirle. Él mismo había cometido una locura similar. Aunque en aquellos tiempos los cuatro o cinco ejércitos no rodeaban Berlín.

Ella no estaba en la cama cuando subió, pero el sonido claro de la ducha le alertó que no se había escapado y que seguía convenientemente desnuda. Con cuidado dejó la bandeja con la cena sobre la mesita del rincón, se quitó los botones de su camisa y se deshizo lo más pronto posible de el resto de sus ropas. Una deliciosa ducha con ella, sí, era una estupenda idea.

La puerta del baño no estaba cerrada del todo, el vapor flotaba como una nube casi ocultando el lugar. Caminó desnudo y excitado hasta la bañera. con

sumo cuidado agarró la cortina de ducha y la deslizó.

Se quedó con la boca abierta. Ella estaba de espaldas, toda bañada por la lluvia. Sobre su piel sonrosada, en el omóplato izquierdo, demonios, ¿le engañaban sus ojos? ¡Un tatuaje! Enrojecido todavía por lo reciente.

Todavía no la había cerrado cuando ella se volvió, entreabriendo los ojos y dando un corto grito de asombro.

—¡Tony! Me has sorprendido.

—Ah, no, el sorprendido soy yo ¿Qué leches llevas en la espalda?

—Na-da.

—Oh vamos, no soy ciego, fue Wiremu, ¿Wiremu te ha hecho ese tatuaje?

—No, lo traía incorporado de serie, junto con el color de pelo, y las pecas...— Soltó una carcajada.

—Mierda.

—Si no te gusta, te jodes.

Tony entró en la ducha con ella, con las manos en su cintura hizo por darle la vuelta para contemplar a fondo el «gatito» que llevaba dibujado con maestría sobre su sonrosada piel. Ella se dejó, y miró sobre el hombro, curiosa, la sonrisa del hombre.

—No es que no me guste, es que aún me pone más...

Empujó contra el desnudo trasero femenino una erección más que notoria. Alexandra se rió, quiso darse la vuelta para abrazarle de frente, pero él lo impidió, asiendo firmemente su cintura.

—No, te quiero así. Quiero contemplar ese «gatito» mientras te follo.

—Malhablado.

—Descarada.

—Sinvergüenza...— No pudo decir ni pensar nada más cuando él la empujó contra la pared.

El frío material de los azulejos hizo que sus pezones se pusiesen más duros, si eso era posible. Un agudo gemido de placer surgió de su garganta cuando el hombre se hizo dueño de su cuerpo, ayudándose de su mano experta para buscar su centro y preparar el camino a su verga. Apoyada con ambas manos en la pared, mientras él embestía dentro, una y otra vez, despacio, más dentro, sujetándola por la cintura, suspirando en su oído

cuando se inclinaba. Escuchando su ronca garganta cuando se separaba apenas para volver a hundirse en sus profundidades. En unos minutos, el calor del agua lloviendo sobre ellos, el vapor les rodeaba, sus gritos de placer llenando el pequeño espacio, su respiración trabajosa y anhelante, y los gemidos masculinos a su espalda fue lo único que se oyó.

Y por fin, la culminación, fuerte, electrizante, imparable. Él se quedó un largo rato unido a ella. Notó como salía de su cuerpo despacio. Abrazando, casi oprimiendo su cuerpo contra el gélido material que forraba las paredes. Solo ahora su mente se clarificó, dejando caer su cabeza sobre el redondo hombro femenino.

—Alexandra...— apenas susurró, sintiendo un repentino ardor en la boca del estómago.

—¿Mmmm?

—No he pensado, no he usado...

Ella se volvió entre sus brazos, cubriendo sus opulentos senos con los brazos cruzados. Por todos los... no habían usado preservativo, hizo un gesto consternado.

—Ouch.

—Sí, eso mismo. Te he visto aquí, desnuda, mojada, ese tatuaje, no pensé, no...

Ella casi le empujó para coger prontamente jabón y pasarlo por el cuerpo, se lo lanzó a él, golpeando en pleno pecho, apenas pudo atraparlo.

—No quiero acabar como mi madre, Tony. Esto no puede continuar, estos calentones, ¡y ahora sin protección!

—No vas a acabar como tu madre Alex, yo asumo toda la responsabilidad de mis actos. Te di hace un rato un anillo, nos vamos a casar. Si te quedas embarazada no es ningún problema. Y si es pronto mejor, quiero tener hijos, no nietos.

Alexandra no le miró, terminó de enjuagar el jabón de su deseable cuerpo y salió de la ducha, sin decir palabra. Miles de cosas bullían en su mente., entre ellas que se estaba volviendo estúpida. Cuando ese hombre la tocaba perdía cualquier atisbo de raciocinio.

Maldito «incidente» inoportuno, pensó Alexandra mientras se secaba y se vestía, si no quería volver a verle más a su vuelta de Berlín, no tendría por

que hacerlo. Pero si... ¡No, con una sola vez no se iba a quedar en estado!, joder, ¿O era posible? No podía pensar cuando ese hombre le ponía las manos encima. Era tan culpa de uno como de otro, eso tenía que admitirlo, le gustase o no.

Tony se tomó su tiempo para el afeitado y terminar de asearse, dejándola un momento a solas. Si empezaba a conocerla, era mejor que estuviese a su aire unos minutos.

Ella estaba ya picoteando algo, en un plato, sentada con las piernas cruzadas, en vez de a la mesa, sobre la cama, vestida con una de las camisetas que habría encontrado en los cajones. Era enorme en ella, la cubría hasta los muslos. Levantó su mirada verde cuando le sintió entrar, la expresión de su rostro era tranquila.

—Siento haber empezado sin ti.

—Sin problemas.

—Lo lamento, Tony.

Tony que caminaba hasta la mesa para coger su plato, se volvió para mirarla directamente.

—¿El qué? Si necesitamos más comida bajo a por ella

—No, es por lo de la ducha. Es tan culpa mía como tuya, siento haber sido tan...

—Estamos los dos bajo presión Alexandra, no hay nada que disculpar. Yo te repito que, ese anillo, lo voy a poner en tu dedo en cuanto volvamos con tu sobrino. Y si tú llevas a un bebé mío a la vuelta, pues ya serán dos los críos que tendremos en casa, o tres—, le hizo un guiño cómplice—. Mi hermano y Dafne han tenido gemelos. Cariño, vamos a formar una familia muy grande.

Tony sonreía, ella casi se vio impulsada a repetir su gesto. Tenía tanta confianza en sí mismo, y en ella. Sin darse cuenta la hacía sentirse poderosa, y capaz de vencer cualquier obstáculo. Formar una familia, algo suyo, tangible, cierto, un futuro juntos.

Por los siguientes minutos él se dedicó a comer, y no medió palabra. La miraba de vez en cuando, casi de reojo. Ella jugueteaba con el postre. Al final acabó por terminarlo y levantarse para dejar el plato en la bandeja. Tony también estaba dejando en ese momento los cubiertos.

—Repasemos otra vez las órdenes, McKonky.

Allí estaba otra vez, su maldito instructor. Sentimientos fuera, ahora lo que les ocupaba era la operación de rescate del pequeño Axel.

Tony se levantó de la silla y se dirigió a la mesita de noche, donde estaban los documentos guardados en el sobre. Lo dejó sobre la cama y se sentó en ella. Alexandra le acompañó. Durante las siguiente hora se dedicó a memorizar de nuevo todo, él le preguntaba, y ella respondía grabando en su mente cada pequeño detalle.

—Esto debe ser destruido, McKonky. No saldrá de esta habitación. Convenientemente archivado en tu cabeza, horarios, nombres, situaciones, calles. ¿Bien?

—Lo tengo casi todo, un repaso más...

—Mañana, ahora es tarde. Tenemos que dormir—, sonrió—. la cama también sirve para eso, para que lo sepas...

Alexandra pilló uno de los cojines y se dedicó a darle tres o cuatro golpes seguidos. Tony los recibía, apenas desviándolos con el brazo, carcajeándose. Hasta que se lo arrebató de las manos, ella perdió estabilidad y cayó prácticamente sobre él en la cama. Vestida tan solo con esa camiseta y sus braguitas. Él con los pantalones del pijama de rayas verticales, que se oprimían tentadores en sus cuádriceps y en otras partes más íntimas.

Tony la tomó de la nuca, devorando su boca con un beso devastador para los sentidos de Alexandra. Ella abrió descarada sus muslos para pegarse más a su cuerpo.

Al final pensó Alexandra, «no tengo remedio. Acabo casi de discutir con él, después de hacerlo en la ducha sin protegerme, y otra vez siento deseos de tenerle en mi interior». Involuntariamente su cuerpo quedó estático, rodeada de los fuertes brazos del hombre que la sostenía fieramente.

Tony notó la tensión momentánea en el cuerpo de la mujer que abrazaba. Señor no podía estar otra vez preparado para ella. No, tenían que descansar, la llamada llegaría al día siguiente o al otro. Lo mismo que necesitaba más de ella, también debía de cuidarla, que comiese, que descansase lo suficiente. Cosas que no podría hacer con normalidad una vez que comenzara su misión.

—Alex, creo que por hoy...

Ella asintió, mientras desenredaba sus piernas que se ceñían a la cintura de Tony.

—Sí, tenemos que descansar.

—A la vuelta te haré el amor una semana entera, encerrados en estas cuatro paredes, o en las del pabellón, donde tú prefieras. Pero no vas a salir de ella sin que «camines como un pato».

Las risas les duraron hasta que estuvieron acomodados en la cama, cubiertos con las sábanas, vestidos como estaban. Simplemente abrazados, respirando el mismo aire, acompasando el latir loco de sus corazones, para intentar dormir una noche más.

Juntos.



El sonido estridente del teléfono en el despacho de la gran casona llegó a sus oídos mientras desayunaban.

Tony la había despertado al alba, con sus besos, ella se estiró satisfecha de tal recibimiento del nuevo día. Permitió que el hombre la recorriese entera con sus labios, con su lengua, mientras ella se dejaba hacer, suspirando y gimiendo satisfecha, mientras la desnudaba despacio. En algún punto el le tomó de la mano para que tantease la enorme erección que tenía entre sus muslos. Estaba casi sobre ella, desnudo con su boca a apenas dos centímetros de sus labios,

—Mira como me tienes...

—Por que tú quieres.

Ella se alzó un poco para empujarle con sus manos en pleno pecho, enroscando su pierna en la cintura del hombre, en una llave para hacerlo voltearse boca arriba, quedando ella a horcajadas sobre el vientre masculino.

—¿Dónde están los...?— preguntó Alexandra echando hacia atrás el cabello alborotado que caía sobre su frente

Él alargó la mano por debajo de las almohadas, hurgando en busca la cajita metálica. Alexandra se los arrebató de la mano, tomando uno de ellos y lanzando a algún punto de la cama el envase, con una sonrisa gatuna se echó hacia detrás para poder «manejar» bien «el problema» que Tony tenía en es momento.

—¿Sabes?— dijo mientras remoloneaba con el preservativo entre sus dedos y le miraba a los ojos—. El día que nos conocimos, te dije que, sabía

montar a caballo.

Tony alzó una ceja, mientras ella enfundaba el material flexible despacio en su erección plena y dura, despacio, casi torturándole.

—Hoy, instructor, quiero demostrártelo.

Se inclinó para poner ambas manos sobre el pecho duro del hombre que tenía bajo sí, con cuidado se posicionó sobre su polla. El gemido de Tony, llegó rasgado a sus oídos, casi lejano. Ella misma se estaba perdiendo en las sensaciones que le produjo «dominar» a ese magnífico ejemplar del hombre, mientras bajaba poco a poco, muy despacio sobre su erección.

Las manos de su instructor, ahora su «montura», volaron a tomarla de la cintura para guiar sus primeros tentativos movimientos, pero ella se las sacudió con una palmada.

—Ah, no, eres mi semental, yo llevo las riendas, no se permite tocar.

Tony las desligó suavemente de su piel y las llevó a su cabeza, enlazándolas bajo ella, más que dispuesto a dejarse cabalgar. Y vaya que si lo hizo. Despacio primero, con un poco de torpeza inicial. Pero cuando cogió cierto ritmo, creyó morir ahí y ahora. Se tuvo que agarrar a su fuerza de voluntad para no acunar esos preciosos pechos, libres, que botaban al unísono con su dueña.

Desde luego que sabía. Los gemidos de ella se hicieron eco por todo el dormitorio, él sonrió satisfecho, dejándose llevar tras de ella. Verla montar a su antojo, le llevó al límite, pero ella estaba más que excitada y pronto cayó satisfecha sobre él, casi antes que se derramase en el interior del caucho que le protegía. Tuvo que poner extremo cuidado en quitárselo. Ella no se había tomado demasiado bien el «descuido» de la noche anterior.

Solo ahora descansaba sobre su pecho, y Tony se sentía más que feliz de sostenerla de esa manera. mientras su respiración se regularizaba. Tiró un poco de su barbilla para que la mujer le mirase.

—Pues sí que eres una estupenda amazona. ¿Qué caballo tenías en la granja?

Ella rió negando con la cabeza. Él siguió prendido en sus ojos con el azul de su mirada entrecerrada.

—¿No tenías caballo en las Highlands?

Ella rió con más ganas.

—Te vas a ofender si te lo digo.

—Señor, ¡no me digas que era un penco!

Ella sacudió la cabeza.

—¡No! —Más risas—. Está bien, teníamos dos, además de algo de maquinaria moderna, uno bayo y otro negro, dos ponis de Galloway.

Los ojos de Tony se agrandaron inmediatamente,

—¿Me estás comparando con un poni enano de carga, señorita McKonky? tsk, tsk, ¡que falta de respeto a su profesor!, pensé que diría al menos uno de esos enormes caballos de montar de los caballeros medievales con las patas peludas...

Los momentos de risa y de relajación de esa mañana continuaron durante el desayuno, lleno de alusiones a su montura en las Highlands, y de bromas cómplices, se acabaron en cuanto escucharon el primer sonido del teléfono, apenas una habitación más allá. Tony se levantó rápido.

—Puede ser mi hermano. O alguno de mis contactos con algún problema de última hora...

—O puede ser mi... tu general Bossfield.

—Ven conmigo.

De la mano llegaron al teléfono, Tony lo descolgó con cierta aprensión en la boca del estómago.

—¿Sí? Daylight al habla.

—Capitán, soy Bossfield. Buenos días.

—General, buenos días—. hizo un gesto de asentimiento hacia ella, que aún sostenía su mano.

—¿Está ahí mi recluta?

—Sí señor, aquí mismo.

—Déjeme hablar con ella por favor.

—Señor, a sus órdenes—. le alargó a Alexandra el auricular. Notó el temblor de su mano al tomarlo. Ella lo llevó a su oído.

—Señor, buenos días.

La voz del hombre al otro lado sonó con un tinte entre la preocupación y el cariño.

—Alexandra, hija, ¿cómo estás?

—Muy bien señor, las órdenes están memorizadas. Antes de abandonar la

casa, serán oportunamente destruidas.

—¿Él está ahí? ¿A tu lado?

—Sí, señor. Esta pendiente de que todo esté bien, me ha aleccionado pertinentemente en todo lo referente a la misión.

—Bien, hija. Tengo tu transporte preparado. En el puerto de Dover se encuentra una patrullera esperando mis órdenes para partir, te embarcarás antes de las ocho de esta tarde. Un adelanto de última hora, pero no puedo hacer otra cosa. Tienes tiempo suficiente para, bueno, terminar de repasar las órdenes y tomar un taxi, que enviaré dentro de unas dos horas hasta allí. No lleses demasiado equipaje. Todo lo que necesitas lo tendrás allí preparado, documentación, equipaje, disfraz, en fin.

—Gracias señor, estaré allí no se preocupe.

Miró a Tony, los ojos del hombre no se desprendían de ella. Sus manos se buscaron inconscientemente, apretándose en mudo gesto de darse mutuamente ánimos.

—Hija mía, ten mucho cuidado. Sé que te ha entrenado mi mejor hombre, el orgullo de mi dotación—. Al otro lado el ligero ruido como de una sonrisa apenas esbozada por su padre—. Pero esto jamás se lo digas a él, ya es bastante tozudo, cabezota, orgulloso... en fin.

—Sí señor—, ella también sonrió—. Si me permite, no se diferencia tanto de usted.

La carcajada inesperada de su padre, rompió un poco la tensión del momento.

—Desde luego, Alexandra, pequeña. A veces, creo que por eso «chocamos» tanto. En fin, es un buen tipo después de todo. ¿Sigue ahí?

—Sí.

—Entonces nada más, un beso mío, y otro de tu madrastra. Os esperamos al pequeño y a ti con los brazos abiertos, pero, sobre todo, os quiero en casa sanos y salvos. Ten mucho cuidado

—Lo tendré señor. Gracias.

—Hasta pronto pequeña. Sé que él te cuidará bien si lo necesitas.

—A sus órdenes señor, hasta la vuelta.

Colgó el auricular.

Continuaban mirándose a los ojos. Verde contra azul. El silencio se hizo

largo. Al final Tony la atrajo contra sí, abrazándola con su fuerza y su calor. Besó la frente de su mujer. Así la sentía, suya.

—En unas horas tengo que estar en Dover, antes de las ocho de la tarde. Me esperan en una patrullera del ejército para cruzar al continente.

—Bien. Aún tenemos tiempo de desayunar, darnos una ducha y preparar equipaje. En la motocicleta...

—No, tengo que coger un taxi, vendrá a buscarme hasta aquí. Órdenes de última hora del general.

—Pero yo, pensaba dejarte allí, no...

—Son órdenes Tony, nuestro deber es de acatarlas.

—Llegarás antes que yo Alexandra. Un día o dos. Intentaré que sean los menos posibles. Hasta entonces, estarás sola, aunque, quiero que, bueno, memorices otra dirección, a unas malas te servirá para esconderte. Es de la casa de mi tío en Alemania. El único hermano de mi madre. Es algo mayor, fue general, aunque, bueno, me estará esperando para cubrirme.

—Demonios, Tony. ¿Estás seguro?

—Debo de estarlo.

—Bien. Lo primero, terminemos de desayunar.

—Me encanta que seas tan práctica, mujer.

—Nunca me ha quedado otra, Tony.

Juntos se dirigieron de nuevo al pequeño saloncito, donde acabaron casi en silencio con la comida. mientras Alexandra subía a recoger unas cuantas cosas como equipaje, Tony se dirigió a la zona de servicio para anunciar que partirían en unas de horas.

Apenas iba a necesitar cuatro cosas indispensables, pensó Alexandra. Tomó su caja con las cartas y foto de su hermana y a acarició largamente antes de guardarlas en el cajón de la mesilla, junto al anillo de pedida. Este también fue objeto de una larga mirada, antes de cerrar. Su vida parecía resumirse en esos dos objetos. Su antes, los recuerdos, y su después, su ¿futura boda?. La nota discordante estaba entre medias, en pocas horas abandonaría las Islas Británicas camino al continente. Recordó las largas discusiones con su padre hasta llegar a ese punto. Ella le pidió viajar inmediatamente, él se negó. Ella no rogó, le dijo que no necesitaba ayuda, que llegaría hasta el mismo centro de Alemania si era necesario con sus

propios medios. La discusión se elevó de tono. Ambos encerrados con llave en el despacho de la casa de su padre en Londres, Adelinne aporreó la puerta un rato, para que la dejaran entrar, a poner paz, supuso. Pero Bossfield le gritó que los dejase. Ella también gritó algo del otro lado, pero Alexandra estaba tan ofuscada que no prestó demasiada atención.

Llegó un punto en que ninguno de los dos cedía. Ella le lanzó entonces a la cara al general que todo era su maldita culpa, ser tan duro y estricto con su educación, horarios, intentando dirigir las vidas de dos jóvenes criadas de modo tan distinto a las «señoritas de ciudad». El hombre se quedó mudo, la miró fijamente unos segundos. Hasta que ella estalló en sollozos y mientras el hombre la abrazaba pidiendo perdón por ello. Aunque intentó golpear el duro pecho de su padre con los puños cerrados, este la sujetaba contra sí, aceptaba el castigo, sin quejarse, hasta que ella se quedó sin fuerzas.

«Yo también me siento culpable, padre», al fin confesó, mientras ambos se sentaban en el sofá, juntos. «No puedo dejar al pequeño hijo de mi hermana allí. ¡Es mi sobrino, es tu nieto!». Bossfield cerraba los ojos, intentando controlarse. «Me siento igual que tú, hija», «Sé que me odias». Ella le miró, viendo su propio reflejo en unos ojos de color verde tan iguales a los de ella. «No sé si te odio, pero ahora, te necesito padre, igual que Axel».

«Necesitamos tranquilizarnos, pensar Alexandra...». «No tardes demasiado padre, o me iré, con tu ayuda o sin ella». Su padre asintió, levantándose a abrir el pestillo del despacho. Adelinne, pálida, estaba al otro lado, esperando. Apenas cuarenta y ocho horas después estaba en aquel gimnasio de las instalaciones militares de las afueras de Londres, enfrentándose a un tremendo hombre, el que iba a ser su instructor, y apenas un mes después, sentada en la cama que habían compartido con pasión, con locura, con desespero apenas tres días. La duda era si eso que sentían ambos, era fruto de las circunstancias, y por su parte una forma de reafirmarse viva, o verdaderamente había algo más, real, profundo.

Cuando Tony la miraba con esa mezcla de deseo y posesividad, su corazón estallaba en llamas. Deseaba tanto que todo aquello no fuera efímero. Él había afirmado que lo que sentía era verdadero, la seguiría al mismo centro del conflicto, con el peligro que suponía para un agente «quemado». ¿Más prueba de amor que eso?

Negó con la cabeza, las dudas quizás no eran por él, sino por ella. Nunca había estado atada a nada ni a nadie. Los que amaba, simplemente, habían desaparecido uno tras otro. Su madre, su hermana, tío Ian, su primo... A veces tenía miedo recibir una carta, una llamada o un telegrama, por eso mismo. ¿Estaba poniendo ahora mismo en peligro la vida de ese hombre que decía amarla? Miró al vacío, mientras dejaba su pequeño equipaje caer a su lado en el colchón. Se sintió muy culpable, pero ya no había solución, fuese como fuese, sabía que Tony iba a seguirla hasta el fin del mundo.

Jodido «Sentido del Honor de los Daylight».

Tony la contempló subir los escalones casi pesadamente, lejos de su habitual paso flexible y fluido. Ella estaba preocupada por el devenir, él también. Tenía que hacer unas llamadas, se dijo, era todavía temprano, pero fue inmediatamente contestado. Jonas le indicó que tomase el mismo taxi de Alexandra, y que le dejase cerca del puerto fluvial, antes de que a ella la llevase hasta Dover. Se quedaría en su casa y él mismo le acompañaría hasta el Lady of Dover al día siguiente.

Tony asintió. Preocupado, no fue tan locuaz como era habitual en él. Falcon comprensivo, colgó pronto diciendo que le esperaban en casa, y que todo saldría bien.

Colgando el auricular respiró hondamente, ella embarcaría en esa patrullera, e iría bien protegida hasta suelo tomado por Gran Bretaña. Solo debía de cuidarse de ser discreta, y seguir las órdenes al pie de la letra. Aunque la opción de que se quedase en el refugio de Lambreth no era de su agrado, no había otra. Al menos hasta que él pisase suelo berlinés.

Despacio, subió las escaleras, dirigiendo sus pasos al dormitorio del fondo, el que consideraba como suyo y de Alexandra. Cuando abrió la puerta, ella tenía ya sus cosas preparadas sobre la cama, sentada a su lado, con la mirada perdida en algún punto lejano.

Sus propias cosas fueron pronto recogidas, después del almuerzo, un corto descanso después de destruir la documentación usada para planear el rescate en una de las chimeneas.

El taxi llegó puntual a su puerta.



Con el alma apesadumbrada, Alexandra emprendió de nuevo viaje en el taxi después de que este diera un rodeo hasta las cercanías del Puerto Fluvial, a apenas dos calles de El Gato Tuerto. Durante el trayecto permanecieron unidos por las manos. Se miraron a ratos, con medias sonrisas, con caricias discretas, no hubo palabras. El coche pasaba por las calles de Londres y ella no las veía apenas. Sus ojos, a su pesar, se nublaban con lágrimas, las cuales desechaba con un rápido parpadeo, para que Tony no se percatase. ¿Y si ese fuese el último instante en que estuviesen juntos? Berlín, según las noticias estaba prácticamente asediada, las ciudades que la protegían iban cayendo una a una, tomadas por los aliados, en la mayoría de los casos pacificadas, pero en otros, la población resistía hasta un trágico final.

No, no quería pensar más en eso. Tenía que prepararse mentalmente para dejarle, para marcharse, para no mirar atrás, no llorar, no anhelar un minuto más, un beso más de esos labios masculinos que a ratos sonreían y otros tenían un severo rictus de preocupación. Sabía que él estaba haciendo un soberano esfuerzo dejándola ir. Eso iba en contra de todos los principios de los Daylight, le había dicho, abrazado a ella en el dormitorio que habían compartido, antes de bajar en pos de su transporte.

Le dijo adiós con la mano y una sonrisa lo más serena posible, cuando el auto arrancó de nuevo dejando a él atrás. No cejó de mirar por la ventanilla trasera hasta que perdió de vista el lugar al doblar la esquina. Y ni siquiera entonces, cuando verdaderamente iba camino a su misión, al puerto de Dover, para tomar pasaje en la patrullera que la esperaba, no dejó escapar ni una lágrima.

Ella lo había superado todo en su vida. El ser hija de madre soltera, soportar alguna que otra burla o desprecio. La pronta muerte de su madre, dejándolas huérfanas con apenas doce y trece años. El conocer a Edward S. Bossfield, el adusto, intransigente pero al fin y al cabo su padre, general del ejército británico y jefe de ese hombre que ahora dejaba atrás. La noticia de la muerte de su única hermana, a la que adoraba, el saber que su pequeño hijo estaba desamparado en una zona que pronto se temía fuese simple y llanamente arrasada. Todo había sido cargado por sus espaldas, la había hecho más dura, más fuerte, hasta ahora, que hubiese deseado deshacerse en lágrimas al tener que alejarse de Tony Daylight, su instructor, su amante, su

primer amor.

Eso no lo iba a negar. Estaba enamorada de él, seguramente igual que Marianne se volvió loca de amor con el joven Verner. Aunque ella no era una cría, tenía veintiséis años, y ninguna experiencia en el amor, salvo los últimos cuatro días de pasión junto a su instructor. El anillo que le regaló como símbolo de su compromiso quedó en su mesilla, en el cajón, junto a la caja donde guardaba las cartas y fotografías de Marianne. La estaría esperando allí cuando volviese.

Si llegase a regresar, si no, sería el único recordatorio, quizás que dejaría en ese mundo, salvo en la memoria de su tía y de los dos primos que tenía aún vivos después de que acabase la maldita guerra. Bueno y la de su padre y de su madrastra, Adeline.

Suspiró hondo, el automóvil seguía su marcha hacia Dover, todavía quedaban un buen puñado de millas. Pensó en su padre, Edward S. Bossfield, maldita sea, no había sabido como decirle a Tony ese dato. ¿Qué pensaría cuando se enterase de ello? ¿Seguiría empeñado en casarse con ella? No podía decírselo hasta que todo acabase. No por miedo a que la dejase, maldición, «Los Daylight son unos perfectos caballeros», pero el ser hija del superior de Tony..., No le había mentido, solo omitido la verdad. ¿Sería eso un lastre para su relación? ¿Tendrían, mejor dicho, alguna oportunidad después de saberlo? Egoístamente, se dijo, había callado.

«Ese anillo, lo voy a poner en tu dedo en cuanto volvamos con el niño. Y si tú llevas a un bebé mío a la vuelta, pues ya serán dos.. o tres, —suspiró hondamente al recordar—, Cariño, vamos a formar una familia muy grande». Eran exactamente las palabras de Tony tras su pequeña discusión por el descuido de no usar preservativo en la ducha. ¿Se mantendrían en pie cuando todo saliese a la luz? ¿Cuándo supiese que Alexandra McKonky era hija bastarda de Edward S. Bossfield?

Y ahí entraba la otra cuestión. Ella como mujer soltera, y sin medios, no podría hacerse cargo de Axel, el hijo de Marianne. La Ley lo otorgaría en custodia a su abuelo, Edward *Cascarrabias* Bossfield, como lo llamaba con sorna Tony, con toda seguridad. No tendría la más mínima oportunidad de estar con él, si no accedía a vivir bajo el mismo techo que su padre, y eso no era una opción que le gustase, ni siquiera un poco. Quería, necesitaba su

propio espacio. La otra opción de vivir de nuevo en las Highlands tampoco era de su entero agrado. Ya había huido de allí meses antes, después del desagradable incidente con O'Brian y su amigo, en el granero, a saber lo que se hablaría de ella en la pequeña comunidad. Si lo que había escuchado de labios de su antiguo pretendiente era cierto, su hermana y su madre, aunque muertas, seguían siendo vilmente vilipendiadas.

¿Cómo reaccionaría ella cuando tuviese que volver a escuchar algún comentario despectivo sobre ellas? Ahora sabía como matar simplemente con dos dedos, además de saber manejar mejor que nunca un arma, ya fuera corta o de postas. Pero eso no valía, por mucho que gritara, por mucho que se enojase, no podía ir golpeando a la gente por sus insultos. Se tendría que callar, tragar su orgullo y seguir su vida como pudiese.

Y ahora Tony, él le ofreció de corazón ese anillo de compromiso. Daba por hecho que ella volvería y se lo pondría en el dedo, irían a ver a su padre para «pedir su mano», soltó una risilla nerviosa, y el taxista miró de reojo por el retrovisor antes de volver su vista a la tortuosa carretera. A ver como reaccionaba y si estaba tan seguro de ello cuando se enterase que el *Cascarrabias* Bossfield, era a quien debía de pedir «permiso» para casarse con ella.

Milagro sería que no saliese corriendo en dirección a la otra parte del mundo.

CAPÍTULO 16

CUATRO días de viaje ininterrumpido, durmió poco y mal en sitios pésimos. En la patrullera que la sacó desde el puerto de Dover navegando por el Canal de la Mancha al continente, estuvo sentada horas en el comedor, soportando el balanceo de un mar bastante picado. A su desembarco, unas largas horas en un cuartel, donde la dejaron «aparcada» en un pequeño y oscuro despacho medio día, sin darle opción a salir ni a comer algo. tras ello, subir en un tren de mercancías, lleno de soldados que marchaban a primera línea, custodiada por dos sargentos que le dirigían miradas huecas, y no conversaban ni entre ellos.

Hicieron todo el trayecto dentro de uno de los vagones de municiones donde se sentó en una caja de madera, y se comió un bocadillo que le habían dado presurosamente alguien que tuvo piedad de ella, y ni siquiera era el capitán de la guarnición que había sido el encargado de recibirla. Tuvo que aguantarse la sed hasta bajarse en una vieja y perdida estación de Bélgica, ahora tomada por los aliados. Solo entonces pudo ir un momento al baño y aliviarse, además de tomar largos sorbos de agua de un grifo herrumbroso y temía que no demasiado higiénico. También se quitó los pantalones que hasta ahora había usado, por otro atuendo menos llamativo para una mujer y los escondió en una papelera, no podía llevar más peso en su equipaje.

Luego esperar allí a su contacto. Los dos soldados que la custodiaban siguieron su camino, ni siquiera una palabra cuando le abrieron el portón, ni siquiera una ayuda para bajar del medio metro largo que la separaba del suelo de gravilla entre raíles. Ahora estaba en terreno de nadie. Se sentó afuera,

justo bajo el reloj de la estación, en un frío banco de madera, cuyas tablas ahora se clavaba en el trasero. Con la bolsa de viaje vieja de gruesa tela de pana marrón, con algo de ropa firmemente asida en sus manos. El dinero bien escondido en bolsillos falsos pegados a la piel, y disfrazada de campesina con una falda horrible floreada. Un pañuelo oscuro cubría su pelo flamígero y corto, atado bajo la barbilla.

Se arrebujó en su chaqueta de lana y echó de menos no haber tenido aunque fuese un chal de lana para cubrirse los hombros. Casi se ponía el sol, el encargado de la estación la estuvo observando a ratos. La última luz natural se desvanecía y las bombillas del soportal que daba lo mismo sombra, que cobijo para la lluvia a los viajeros de paso, se encendían, extendiendo su luz amarillenta hasta casi los límites de las vías de hierro.

De nuevo el hombre la miraba, se sintió algo incómoda, llevaba horas allí. No era de extrañar que se fijase en ella, habían llegado y partido dos trenes más.

—Frau ¿Necesita ayuda?

A su lado y sin que se hubiese dado cuenta se había plantado el belga y hablándole en alemán pero con un acento cerrado que apenas entendió. El gesto de su cara era amable. Se disponía a contestar, cuando el ruido de pasos les hizo a ambos volverse. Un hombre, vestido con ropas oscuras y una ostensible cojera se acercaba. Ella se levantó de un salto, era su contacto. Lo único que sabía de él era eso, su defecto físico y que iría rigurosamente vestido de negro.

—Gracias, pero ya vienen a buscarme.

El encargado de la estación miró al recién llegado que se había parado a unos cuatro o cinco metros de ellos.

—Anna, venga, que tengo prisa.

Ella sonrió al encargado y le dio las buenas noches, tomando fuertemente el asa de su bolsa, siguió a su contacto, que ni siquiera se había molestado en esperarla, y ya se dirigía afuera.

Tuvo que acelerar sus pasos. El hombre montaba ya sobre una vieja camioneta con la parte de atrás cargada de chatarra, ni siquiera le dijo «suba». Ella giró la manija de la puerta del copiloto y entró de un salto, dejando la bolsa entre ellos. El viejo trasto aceleró con una fuerza que ella en principio

creyó imposible, y se dirigió hacia la carretera.

Ni una sola palabra más salió de la boca de su contacto. No sabía si era el protocolo, o las pocas ganas del hombre de hacer ese trabajo. Ella permaneció atenta, bien consciente de la carretera bordeada de altos árboles, manteniéndose en su esquina, y echando miradas de soslayo a un hombre de unos cincuenta años, que parecía querer estar muy lejos, en vez de llevando una pasajera. Varias veces fueron parados por soldados que custodiaban barricadas y controlaban los accesos. En cada una de ellas, su acompañante sacó un papel, de un ajado sobre, se lo pasó a los que les daban el alto, y tuvieron paso franco. A Alexandra no le hicieron el más mínimo caso.

Bien cerca de la media noche y tras discurrir por carreteras estrechas y casi siempre de tierra, parar un par de veces a repostar de los mismos bidones que transportaba ocultos el camión, llegaron a una casucha que a todas luces parecía abandonada en medio de la nada.

—Bájese Frau, ya hemos llegado.

Asió su pobre equipaje, y abriendo la portezuela saltó fuera. No bien lo hubo hecho cuando el que la había llevado hasta allí alargó el brazo para cerrar la puerta. Arrancó de nuevo y sin mas se marchó de allí, levantando un montón de gravilla suelta que la golpeó inmisericorde en las pantorrillas.

—Gilipollas—. murmuró entre dientes.

Suspiró fuerte. Ella sabía que el trabajo no iba a ser fácil, ni siquiera grato. Pero esperaba algo más de amabilidad o al menos algo sociables, entre la gente que la irían conduciendo hasta su objetivo. Pero por lo visto eso no entraba dentro del «protocolo» entre informadores. A lo mejor sería por que era mujer, o porque nadie la conocía en esto. ¿Quién sabe? Dio valientemente los diez pasos que la separaban de la puerta de la destartalada vivienda de campo, cuando, antes de golpear la madera y llamar, esta se abrió con un chirrido. De ella surgió una voz femenina.

—Llega tarde—, Alexandra no reuló, se mantuvo firme con sus ojos clavados en la oscura entrada—, enciendo una vela enseguida.

Unos ligeros pasos, el roce de un fósforo un par de veces, tres, y el chisporroteo de una vela prendiendo.

—Pase, no se quede ahí. Cierre la puerta hace bastante fresco esta noche.

La pobre luz dio de lleno en los rasgos ajados de una mujer que, aunque

parecía casi una anciana, con el cabello casi blanco atado en un moño bajo y un vestido de tela gris y un chal morado sobre los hombros, no debía de pasar de los cincuenta.

—Buenas noches—. Repuso Alexandra. Miró alrededor. Era una pieza grande, con una buena chimenea en esquina donde apenas ardían rescoldos, y era lo único que había iluminado el sitio hasta que la dueña encendió la palmatoria. La mujer al fin dejó de parecer tan tensa.

—Dejé ahí su equipaje, Fräulein—. Señaló con la cabeza un banco largo al lado de la puerta justo bajo la única ventana, que adolecía de cristales y se cerraba con contraventanas de madera—. Estamos solas aquí. Pasaremos la noche y mañana caminaremos hasta el pueblo cercano. Allí ambas tomaremos el transporte que nos llevará hasta Berlín.

—¿Estamos ya en territorio alemán?

—Exactamente. A apenas dos horas de la capital en coche, su transporte ha hecho un trabajo casi imposible colándola entre los ejércitos que nos rodean—. La mujer por fin se dignó a sonreír.— ¿Tiene hambre Fräulein? Iba a calentar la cena.

Asintió mientras se dejaba caer exhausta sobre el mismo banco donde dejaba su bolsa de viaje. Estiró las piernas. Vaya con su transporte, el tipo que parecía bueno para nada, había conseguido algo casi milagroso. No debía de juzgar tan a la ligera en este «trabajo».

—Me llamo...

La mujer levantó la mano, sin mirarla siquiera. Estaba prendiendo otra vela acercándola a la ya encendida.

—No, nada de nombres verdaderos, no necesito saberlo. Para mí, usted es Anna Kisler, viuda, es vecina de una aldea cercana y va a trabajar a casa del Mayor Weinmeier Schöfer, como asistenta, mientras la habitual está enferma. Paso siempre por el mismo lugar. Los soldados de esa guarnición de guardia me conocen como Nana Heine. Mi hijo estuvo en ella durante un tiempo hasta que lo mandaron al frente y, luego murió. Mis patronos me tienen otorgado un salvoconducto que uso de vez en cuando cuando tengo que salir o entrar de la capital. Espero que no nos pongan problemas esta vez.

La mujer respiró hondo, al fin se volvió a la zona que utilizaba de cocina con la nueva luz. La dejó a un lado mientras abría unos recipientes metálicos.

—Es lo único que necesitamos saber la una de la otra. Iremos juntas, entraremos a la par. Yo la cubriré con esta historia, usted es simplemente una viuda que necesita trabajar. No sé si dará el tipo, es demasiado alta y, voluptuosa, hasta con esa horrible ropa. Además se la vé poco sumisa, no parece una criada. Tendrá que mantener la cabeza baja y los ojos igual, nada de mirar a nadie directamente, es una mujer afligida que necesita mucho ese trabajo, por eso se arriesga a ir hasta Berlín con la que está cayendo. Por donde su transporte la ha traído es uno de los últimos pasos accesibles, si los americanos o los franceses dan una avanzada más, estará todo cercado. Ah, y su acento, es, no sé, demasiado delicado, en esta zona es más grueso. Procure hablar lo mínimo.

mientras largaba esta perorata, trasteaba en la cocina y llevaba cosas a la mesa. Por último puso dos platos, los vasos y los cubiertos sobre unas servilletas.

Le hizo un ademán con la mano para que se acercase, se sentó frente a ella.

—¿La estoy abrumando Fräulein?

Alexandra negó con la cabeza, la mujer la miraba fijamente. Ella sonrió, mostrando su autoconfianza.

—Llámeme Anna.

—Por supuesto.

Le sirvió una cena sencilla. No se avergonzó de devorar lo que tenía delante, ni que no conociera el nombre de lo que estaba en el plato. La verdad es que poco le importaba lo que estuviese tragando. Cuatro días de nervios, sin comer y sin dormir apenas, completamente sola en un lugar extraño y en plena guerra mundial, si ahora tenía hambre comía, cuestión de supervivencia.

La mujer sonrió mientras la observaba.

—O cocino estupendamente, o hace mucho que no prueba bocado.

Alex tragó después de masticar y bebió un largo sorbo de una cerveza muy ligera que le había servido.

—Está muy bueno todo—, dijo cortés tras limpiarse los labios con la servilleta y sonreír—. Aunque confieso que llevo días sin comer decente.

En ese pequeño instante, ambas mujeres conectaron, eran dos extrañas,

sin embargo, algo las unía.

Nana había observado con detenimiento a la joven desde que entró. No era lo que esperaba, demasiado guapa. Llamativa mas bien, con ese llameante cabello escapando del pañuelo gris, aunque lo llevase corto. Se notaba su fuerza y su aplomo en cada movimiento. Parecía de esas clase de personas que estaban acostumbradas a exponer, defender y ganar. Esos eran atributos muy buenos, pero había que ocultarlos por su bien.

—Sigo pensando, Anna, que, debe mostrarse menos, no sé, altiva. No la estoy criticando, pero, tenemos que pasar desapercibidas.

—No se preocupe, cuando llegue el momento, seré una afligida, tímida y desgarbada viuda.

—Eso espero. ¿Le sirvo más?

—No, gracias, es muy amable, estoy llena.

—Tengo solo un dormitorio, pero la cama es grande, espero que no le importe compartirla conmigo. La casa es pobre y aislada, adolezco hasta de electricidad. Mi trabajo en la capital, y que mi único hijo ya no está vivo... no necesito más que esta vieja granja.

—No habrá ningún problema, Nana.

Las pocas horas que consiguió conciliar en sueño, tendrían que ser suficientes. Se levantó muy temprano y se lavó con agua muy fría la cara. Mirándose en el espejo suspiro hondamente. Profundas ojeras se instalaban en su rostro, aunque no estaban mal para aparentar su papel. Estaba casi en Berlín, a unas pocas horas de penetrar en su anillo de defensa. ¿Lo conseguiría? Tenía lo necesario, o eso esperaba, documentación, y el apoyo de esa mujer que ahora escuchaba moverse en la cocina poniendo al fuego algo de café de achicoria.

El desayuno fue rápido, y para repasar detalles. Pronto ambas mujeres con poco o nada más que decirse por su propia seguridad bajaron el camino que les llevaba a la pequeña población, apenas una aldea. Allí las esperaba un camión algo mejor que el que había acercado a Alexandra la noche anterior a la casa de Nana.

Apenas saludó al conductor, aunque este le dedicó una mirada larga y apreciativa. Su rojizo cabello estaba bien cubierto por un pañuelo oscuro. Tenía que parecer cualquier cosa menos que atractiva, pero con su altura y su

aparición, no pasaba precisamente inadvertida. Su ropa bastante usada y ese jersey abotonado negro de punto apretado le daba un aspecto triste. No debía aparentar más que una mujer cualquiera, una viuda que necesitaba urgentemente trabajo y entraba en el maltratado Berlín, cuando todo estaba al borde de un colapso, solo por acuciante necesidad económica.

—Anna no habla mucho, es una mujer poco acostumbrada a salir de casa. Pero desde que su marido murió, no tiene más remedio que buscar trabajo por sus tres hijos, que son aún muy pequeños y hoy se han quedado con su abuela.

El hombre que las conducía por carreteras secundarias hacia la capital había intentado en vano entablar conversación con ella. Alexandra había contestado con simples monosílabos, apretando más contra sí su maleta de tela desgastada, y hundiendo la cabeza en su pecho. Se restregó una lágrima imaginaria.

Nana estaba muy satisfecha con la actuación de la joven. Por ahora todo marchaba a la perfección, el hombre que conducía no pertenecía a la resistencia, como ella, y debían de ser discretas y estar alerta. Aunque el tipo continuaba lanzando alguna que otra mirada a la joven, era demasiado atractiva, con esa boca exuberante y ese pelo rojizo que escapaba del pañuelo gris, y esos ojos verdes rasgados como los de un felino. No habría varón con sangre en las venas, que no le dedicara un segundo vistazo. Pero la tímida actitud que mostraba la chica era más que buena. Y si ella podía echarle una mano, lo haría, al menos hasta que consiguiera introducirla en la ciudad.

Nana intentó luego conducir la conversación a cualquier derrotero que no fuese su compañera. Aunque ese tipo, que no demasiado mayor, no cejó todo el camino en su empeño de observar a la chica.

Solo cuando estuvieron a la vista del control de entrada, con su barrera pintada en color blanco y rojo, y su buena dotación de soldados, pero con diferentes uniformes, desde Veteranos de la Gran Guerra a Juventudes y con armas a la vista, hizo que Alexandra levantase los ojos de su regazo.

Berlín, solo a un paso, a un control de documentación, ahora era la prueba. Respiró hondo. Su cartera estaba en el bolsillo exterior de su equipaje, a la indicación de Nana, la tuvo en su mano.

Bajaron ambas y se pusieron a la cola, el camión que las había acercado

se dio la vuelta. Del brazo una de la otra siguieron caminando con su lugar en la fila, esta no era demasiado larga. Pronto estuvieron a la altura de los dos soldados que revisaban con minuciosidad cada documento, la sonrisa de uno de los hombres, al que faltaban dos dedos de una mano y parecía demasiado mayor para esas lides, saludó por su nombre a su compañera.

—Buenos días Nana Heine, ¿De vuelta? Solo ha estado fuera un día. Aunque mejor así, no sabemos cuando tendremos orden de cerrar cualquier paso.

—Hola Herr Mahler, solo fui a ver la tumba de mi hijo, y acompañar a esta señora, que sustituye a Melinne, mientras está enferma.

—Vaya, lo siento por Melinne, pero no la he visto pasar por aquí.

—No, los señores no han tenido inconveniente en que se quede en la Capital, en su casa. Mis amos son muy amables, ya lo sabe Herr Mahler. Solo que necesitamos ayuda, y hace tiempo que esta vecina de una población cercana a mi aldea buscaba trabajo desesperadamente.

El soldado entonces le echó una mirada. No dejó ver emoción alguna, apenas alzó los ojos mientras le entregaba su documentación.

—Frau Anna Kisler, ¿no?

—Sí, señor.

—Aquí pone que es usted viuda, aunque no lleva anillo.—. leyó el hombre ahora sin mirarla.

Alex apenas levantó los ojos y se acarició el dedo anular despacio, intentó que su acento fuese lo más similar al de Nana Heine.

—Lo he tenido que vender para sobrevivir.

Nana Heine seguía con su mano apoyada en el hueco del codo de Alexandra. Se apresuró en dar la excusa urdida.

—Su marido fue un héroe de guerra en Kiev, él, solo y a pecho descubierto, acabó con un nido de ametralladora para que su batallón pudiese seguir avanzando. Murió en dicho acto de valentía. Era un buen soldado, y mejor patriota alemán. Tuvieron tres niños, y son pequeños para haber perdido a su padre. Ella se ha quedado desamparada.

El hombre asintió quizás conmovido. Alexandra continuaba con la cabeza hundida en el pecho. Parecía en ese momento muy frágil y temblorosa, como si la pena la embargara.

—No llore Frau, siéntase orgullosa de haber tenido por esposo a un hombre así—. repuso el soldado—. Usted debe de sobreponerse y luchar también por sus pequeños. Cuando crezcan le contará lo buen hombre y lo aguerrido que fue su padre al dar su vida por su patria.

—Ella está aquí por ellos, por sus niños. Se ha quedado tan sola, no hay hombres en su familia para que le ayuden. Necesita todo el dinero que pueda ganar para cuidarlos y alimentarles.

El soldado asintió mientras devolvía la documentación a Alexandra.

—Por supuesto, a de seguir adelante, no hay ningún problema con sus papeles—, y sonrió mientras susurraba—, y si los hubiera, yo haría la vista gorda—. Pasen señoras, y que tengan un buen día.

Nana Heine volvió a agradecer al hombre sus palabras y tiró de ella, caminando adelante, por las calles de Berlín.

Estaba dentro.



Llevaba retraso. El Seagüll había tenido que dar un interminable rodeo para dejarle enfrente de los acantilados. Ahora no estaban tomados por soldados alemanes, sino por los aliados. Aún así él no tenía ningún permiso para entrar por allí. Tuvieron que esperar bien al anoecer, para hacer descender una pequeña barcaza por estribor. Esta parecía que fuese imposible de mantener a flote con sus remos. Dos tipos más bajaron a ella. Le llevarían hasta el paso de los islotes y allí le dejarían a su suerte.

Begün dejó un momento el puente para bajar y dirigir la maniobra completamente a oscuras. Ni un solo fanal se podía encender para no alertar a ninguno de los puestos de vigía. Tony revisó que su muda de ropa estuviese completa y sus botas dentro del morral impermeable de piel. Descalzo sobre los tablones de la cubierta del Seagüll dio la mano a viejo vikingo.

—Toniak, espero volver a verte de una pieza muchacho. Si quieres, hasta la próxima luna estaré cerca.

—Espero no tardar tanto en entrar y salir de Berlín, capitán. Creo que en un mes todo estará acabado allí dentro y solo será un montón de cenizas humeantes.

—Pues andate rápido, muchacho. No te preocupes, cumplo siempre mi

palabra. Tú y tus acompañantes estaréis seguros a bordo. Solo tenéis que darme aviso poniendo un fanal azul en la playa a la vista de noche.

—Lo se capitán, gracias—. Se dio media vuelta y se deslizó por la escalera de cuerda que caía sobre el pequeño bote pintado de gris oscuro para no reflejar luz—. Hasta la próxima señor.

—Hasta pronto muchacho.

El agua salpicó su cara cuando cayeron los remos. Él se aseguró de que su mochila estuviese a buen recaudo, y saltó media hora después a tierra, con el agua por los tobillos y los pantalones doblados en los bajos para no mojarlos. Estaba a más de mil kilómetros de Alexandra, pero ya dentro del continente. Si todo salía como estaba previsto, en breve la estaría estrechando entre sus brazos y sacándola de allí por esa misma playa. Igual que hizo su hermano con Dafne aquella suave noche de abril tres años antes. ¿Qué iba solo a vigilar? Sonrió, ¡Y una mierda! Iría a por ella en cuanto pisase Berlín, no dejaría que ningún error de principiante se la arrebatase

La barcaza se alejó sin mediar palabra entre él y los hombres que la manejaban, apenas un toque en el ala de su gorra. Incluso aprovechaban el ruido del oleaje para hundir los remos en el agua, eran unos expertos en ello. Como fantasmas se deslizaron poco a poco fuera del alcance de su vista en la oscuridad cerrada de la noche.

Sigilosamente salió del mar que lamía sus pantorrillas hasta la rasposa arena mezclada con guijarros y conchas. Demonios estaba fría la noche. A apenas cien metros la cabaña de pescadores. En su ventanuco que daba al mar, un pequeño fanal blanco. Señal de que estaban esperándoles y todo despejado. Si estuviese apagado o de color amarillo, su opción sería pasar de largo pegado a los farallones e irse hasta nueva orden.

Pero la suerte, por ahora, estaba de su parte.

Incluso antes de llegar, caminando todavía descalzo con el morral al hombro la puerta se abrió con su característico chirrido de no estar bien engrasada la bisagra. Una voz en profundo alemán surgió de su oscuridad.

—¿Niño Bonito?

Ante Tony una cara conocida, Davis, disfrazado como le dejó hace tres años atrás, en esa misma cabaña. La peluca horrible, de pelo cano, largo y despeinado, y las ropas ajadas de anciano pescador. Bajo el disfraz, un tipo

delgado, que no pasaba de los cincuenta. Hizo una mueca al oír su nombre en clave, Davis sonrió extendiendo la mano, él la apretó con firmeza.

—Por todos los...demonios, Davis, que tengo treinta años. Dejad de llamarme así.

—Ni que fuera tan malo. Entra, tenemos que hablar.

Dejó paso y Tony penetró en el conocido lugar, había pasado el tiempo, pero allí todo seguía igual.

—¿Estás solo?

—Estamos solos Daylight. No tenemos más apoyos, y la verdad es una puta mierda. La noticias que me han llegado son de lo peor, llegar hasta Berlín, ahora mismo, tarea casi imposible. ¿No será mejor abortar la misión?

—No jodas, Davis, no he cruzado el canal para sentarme en esta cabaña a charlar mientras... no, debe de haber alguna manera—. La única forma de que no entrase en la capital era estar muerto, pensó, Alexandra estaba allí dentro, e iría a por ella de cualquier forma.

—Si no he escuchado mal, las ciudades más cercanas a Berlín están cayendo como fichas de dominó. Desde lo de enero, el alzamiento de Varsovia, y luego lo de Auswicht, se han precipitado, acontecimientos, que te voy a contar, joder, has trabajado muchos años de espía.

—Informador...— bufó Tony—, lo de espía suena a melodrama barato.

—Lo que quieras, Daylight, pero los soviéticos alcanzaron el río Older, a poco más de sesenta kilómetros de la capital desde final de enero, y desde entonces permanecen quietos, pero hace dos días el Segundo Frente Bieloruso emprendieron un movimiento sorpresivo, tanto que ha caído Königsberg, y han avanzado sin dejar huecos para los aliados por toda el margen derecho del Rin. Luego el Primer Frente ha barrido desde el mar hasta Selow. Y el Primer Frente Ucraniano está avanzando inexorablemente desde el sur, los *Panzer* alemanes del Ejército Centro están retrocediendo, y las noticias de que el ejército alemán está comenzando a disgregarse, y ha regresar con el rabo entre las piernas hasta Berlín. Más de trescientos mil soldados se han rendido hoy a las tropas aliadas en la Bolsa del Rhur. ¿No habéis escuchado las noticias en el *Seagüll*?

—Por supuesto, pero, son demasiado confusas. También recibimos algunas antes de zarpar, sobre que los soviéticos se acercan a Zossen, y eso

está a apenas treinta kilómetros de la capital.

—Se está estableciendo un perímetro de defensa férreo desde hace pocas horas alrededor de Berlín, lo que están dentro no pueden salir, los que estamos fuera... casi imposible Daylight.

—Nada de lo que me digas me hará cambiar de idea, Davis. Ahora mismo me iré, con tu ayuda o sin ella. Estaré en Berlín lo más pronto que me sea posible.

Davis le miró profundamente, la cara de Tony era de absoluta determinación, el joven comprobaba las armas, y se disponía a tomar su breve equipaje. Davis resopló. El plan era acompañarle hasta uno de los miembros de la resistencia francesa que conocía. Estos se movían ahora con absoluta libertad entre los aliados, acicateando por su parte a las mermadas defensas alemanas y ayudando en lo posible, sirviendo de correo, como apoyo en batalla, volando incluso puentes y defensas a las que el resto de los ejércitos por no conocer el terreno como ellos no podían acceder.

—Cuando quieras Daylight, si hay que cometer locuras...

Tony sonrió mientras se ponía de pie, Davis era un compañero fiel, un apoyo magnífico, un hombre que gustabas tener a su lado, y sabías que te sería incondicional hasta las últimas consecuencias, y eso que tenía familia que lo esperaba en Inglaterra. Pero él vivía para la aventura, la necesitaba, era de los que no se retirarían nunca.

—Me has recordado a cierto tipo que...— sonrió—, el amigo Klaus.

—¿Klaus? ¿*El loco* Klaus?— David estalló en carcajadas mientras apagaba el último fanal antes de abrir la puerta—. Recibí hace dos días una extraña nota, firmada por G, y *El Loco* Klaus.

—¿Qué decía?

—Algo extraño, «*Regimiento zapadores, Los Nogales, apoyo civil*». ¿Entiendes algo?

Salieron de la cabaña, Tony tiró de la puerta para atrancarla, no tenía llave. Pensó durante unos minutos, mientras acompañaba a Davis a la subida por las escaleras de piedra natural de los acantilados que envolvían la pequeña cala donde le había dejado el bote del Seagüll. No bien puso un pie en los romos escalones cuando se golpeó la frente con la mano.

—Joder, Davis, la clave para entrar, esos dos están locos, ambos...

—¿Qué?— Davis paró en su ascenso a oscuras por no perder pie ni la concentración.

—La última línea de defensa de Berlín, deben de haber un ejército de zapadores preparando trincheras, esos dos astutos sinvergüenzas... A pesar de que les han intentado dejar fuera de esto, se habrán infiltrado en los civiles que están ayudando a cavar fosos y parapetos. Si no recuerdo mal, de cuando mi hermano me contó la salida de Dafne de Berlín, Nousbaum, significa en alemán «Los Nogales». Creo que no está ni a cinco kilómetros de los suburbios de la ciudad, por el norte.

—Sí, sí, claro, maldita sea, conozco Nousbaum.

—Tengo que llegar a cómo de lugar.

—Dios Daylight, es una locura.

—Te quedarás fuera de esto una vez que me guíes hasta las cercanías, entonces tomaré el disfraz de trabajador, e intentare que no me maten antes de llegar a ellos.

—Espero que estés completamente seguro. ¿Te fías de estos dos?

—Sin ellos, ni mi hermano ni su mujer estarían ahora a salvo y criando dos hijos en Gran Bretaña, amigo. Venga, sigamos subiendo.

El penoso ascenso llegó a su fin de manera abrupta. La noche sin luna les ayudó a camuflarse mientras cruzaban hasta las lindes del bosquecillo, eran más de treinta metros de terreno descubierto, apenas se divisaban matorrales. Cruzaron sobre la carretera que serpenteaba por el borde de los acantilados. No bien estuvieron plenamente a salvo, ocultos entre los árboles, cuando cruzó el asfalto un *jeep* de los que salían voces, risas y una voz alegre que cantaba casi a pleno pulmón.

—Soldados franceses, siempre con su «Marsellesa» en los labios—. Davis negó con a cabeza—. Demasiado escandalosos.

Camaron a buen paso, Davis se orientaba sin problemas por allí, se notaba que estaban en su terreno, la noche iba a ser larga. El lugar al que se dirigían para descansar y esconderse durante el día estaba a bastantes millas, no llegarían allí hasta casi rozando el amanecer. Era un sitio bastante bueno para ocultarse. Cercano a la carretera, un viejo poblado abandonado hacía medio siglo. Un molino de agua, un puentecillo casi derruido, y media docena de casas donde Davis había dejado algún suministro y lo necesario

para esconderse y pasar el día. Allí debían de esperar al contacto para seguir su ruta. Nada de dejarse ver, ni hacerse notar. Estaban en territorio recuperado por los franceses, no estaban a mal con ellos, pero dos tipos como ellos, Tony lo suficientemente joven para estar en lucha, eran de lo más sospechoso. Y eso si no se encontraban con desertores del ejército alemán, o más disidentes como ellos, pero que recelaban de todo y de todos, el ejército Belga, el Francés y el Holandés. Aunque seguro que estos avanzaban más compactados y serían más fáciles de esquivar que los huidos.

Aún así, aunque ambos estuviesen en buenas condiciones físicas y aprovecharan toda la noche en llegar a cada uno de los refugios del camino, tendrían que hacer una media de treinta kilómetros por noche. Si no fuera porque entre los contactos de Davis se encontraba gente de la resistencia dispuesta a llevarles por carretera a riesgo de su integridad, no había manera de salvar casi los cerca de ochocientos kilómetros que le separaba de la casi cercada capital alemana.

Davis no intentó volver a disuadir a Tony de lo descabellado del plan. Agarraba con decisión las correas de su propia mochila y caminaba atento pero a buen paso por los intrincados senderos entre los altos árboles del bosque. Para estar rondando los cincuenta se mantenía en forma. Incluso pudieron llegar antes de lo estimado al viejo molino para descansar y comer algo antes de que llegase su transporte.

Por suerte su contacto no se hizo esperar, no bien habían alcanzado el molino una hora antes del amanecer, comieron algo, reponiendo fuerzas, cuando el ruido de un motor acalló los primeros trinos de las aves que se refugiaban en las techumbres.

Davis se asomó entre las ruinas con extremo cuidado. Un camión del ejército alemán requisado, burdamente pintado encima de su antiguo símbolo con un tono que apenas se asemejaba al de la pintura original. Era pequeño, el hombre que lo conducía iba vestido con ropas medio de civil, y de soldado francés, con correajes y arma al cinto. Cuando paró el motor, no descendió, miró intensamente hacia las ruinas y silbó una tonadilla ligera, como si no le preocupase nada de este mundo. Davis siguió con la segunda estrofa de la canción, cantada. El tipo sonrió, pero no descendió de su vehículo, incluso se llevó la mano al cinturón en busca sin duda de su arma.

Su compañero se dejó ver, seguido a dos pasos de Tony. Las manos de ambos hombres a la vista, para tranquilizar a su contacto. Este se llevó los dedos de la mano derecha al ala de la gorra de paño gris que cubría su cabeza, sonriendo al fin.

—Eh Davis, puntuales veo—. Hablaba francés, Davis también sonrió respondiendo en su mismo idioma, salvo algunas expresiones puntuales, Tony entendía bastante del idioma franco, aunque no lo hablase demasiado, mucho tiempo viajando por el mundo te hace aprender lo básico para sobrevivir, sobre todo en su profesión.

—Sí, Boucher, como un reloj suizo.

El francés amplió más su sonrisa, era un tipo de poco más la edad de Tony, con piel bronceada y curtida por la vida al aire libre, tenía más tipo de labrador, que de soldado o «resistente».

Alcanzaron el vehículo, en pocos pasos. Davis hizo sitio a Tony y le señaló.

—Este joven es del que te hablé Boucher, necesita estar dentro de Berlín lo más rápido posible. Es Tony el inglés.

El francés alargó su morena mano y ambos hombres se saludaron con un asentimiento breve.

—Os puedo acompañar hasta pocos kilómetros antes, a la misma línea francesa, tengo permisos para ir hasta allí llevando unos suministros que llevo en mi trasera, como te dije. Es lo más que podemos hacer, estaréis relativamente seguros conmigo hasta entonces. Subid a la cabina.

—Eso espero Boucher.

Davis y Tony subieron al camión y se acomodaron, dejando detrás de los asientos sus mochilas a indicación de su conductor. Este miró a Tony que pasaba su mano por el dorado y corto cabello algo revuelto, intentando peinarlo.

—¿Y qué te lleva hasta el último bastión alemán, muchacho?

Tony dejó caer la cabeza hacia atrás brevemente, mientras suspiraba, y pensaba que demonios decirle al francés.

El conductor viendo el mudo gesto, soltó una risotada.

—¿Una mujer?

Tony volvió hacia el hombre que volvía a reír a mandíbula batiente y

golpeaba el enorme volante con la mano, sin saber realmente que decir.

—¡Una mujer! *Sacre bleu*—. repitió el hipo ante su anonadada audiencia—. *Ah l'amour*.

Davis miraba indistintamente a Boucher y a Daylight, que se ajustaba ahora una gorra sobre su cabello rubio y rebelde. El conductor continuaba con un guiño cómplice ante la mudez del joven.

—¿Hermosa?

Tony al fin resopló, y acabó pintando su rostro con una sonrisa.

—Una preciosa pelirroja, valiente, dura como el acero, pero tierna y suave como un *croissant* entre mis brazos.

Acabó riéndose también. Si Alexandra escuchase que la comparaba con una creación pastelera, la iban a tener y buena.

El francés al fin recuperó la compostura, aunque seguía sonriendo ampliamente.

—Por supuesto, solo por una mujer entraría yo ahora en ese infierno. No te preocupes, en menos de un día estarás a las puertas.

Davis miraba a la carretera, y el camión giró a la izquierda en la siguiente intersección saliendo del bosque. Evitaban así la población más cercana aunque era un pequeño rodeo.

—Si pudieses de alguna manera dejarnos lo más cerca de la posición norte, nos dirigimos a la zona de la Granja Nousbaum, no sé si la conoces.

Boucher asintió.

—Creo que hay una guarnición francesa bastante cerca, puedo llevarte allí mismo. Nousbaum es una de las primeras líneas de defensa de la capital, las últimas noticias dicen que se preparan zanjas y trincheras a marchas forzadas, desde allí hacia el oeste por parte de los alemanes. Va a ser difícil colarse, aunque cualquier sitio es malo ahora para ello. Los restos del ejército alemán vencido se dirige a la Capital por todos los caminos, incluso a campo traviesa. Si os dejo allí, tendréis que apañaros como podáis para cruzar, sabiendo que además de ser disparados por franceses, belgas, holandeses a vuestra espalda, os vais a dar de bruces con la defensa alemana y los soldados que se repliegan. Estáis locos, muchachos, pero en fin.

—Con eso es suficiente— repuso Tony—, y te estaré más que agradecido.

Boucher asintió concentrándose en el camino por unos minutos. Aunque de nuevo sonrió.

—Intentaré proporcionaros a tu mujer y a ti un salvoconducto para llegar a zona francesa si tenéis la suerte de escapar. Si no, os recomiendo buscaros un sótano oscuro, algunos víveres y mantas y esconderos hasta que todo pase y aprovechad el tiempo mientras... ya me entiendes chico, ¿quién sabe si hay mañana?

Tony sonrió, saldría de allí, con Alexandra, con el niño, no iba a esperar a que estallase la última batalla. Aunque el sótano no era mala idea, pero con un pequeño con ellos, difícil. Sobre todo para «aprovechar» el tiempo como proponía el conductor que los guiaba. Y si lo que se rumoreaba era cierto, quedarse dentro era la peor opción, era mejor enfrentarse a las claras a una huida entre las líneas que esperar a que cayesen todos los infiernos sobre Berlín.



Al otro lado del Canal, en el corazón de Londres en una casa de buen tamaño, relativamente moderna, rodeada por un jardín pequeño y bien cuidado, Edward Bossfield colgaba el teléfono y se dejaba caer en el sillón de la biblioteca que le servía a veces de despacho. A su lado, de pie, Adelinne se aferraba a su hombro temblorosa.

—¿Te han dicho algo?

—Solo que cumplió con los plazos establecidos. Anoche quedó en la estación donde la iba a buscar el transporte que trabaja en la resistencia. El convoy donde viajaba no ha sufrido ningún percance para llegar allí. Solo nos queda rezar para que esté bien y consiga entrar a Berlín. Hasta que no venga de vuelta, consiga salir y llegar a alguna zona militarizada inglesa...

—No sabremos nada... — finalizó la mujer, con semblante preocupado.

Adelinne se abrazó a la fuerte espalda de su marido. Este tomó sus manos y las besó con reverencia.

Solo quedaba esperar.

CAPÍTULO 17

ALEXANDRA y Nana Heine se adentraron en los suburbios, hasta llegar al cinturón exterior del metro de Berlín. Este aún funcionaba, aunque no al ciento por ciento. Uno de sus vagones les llevaría hacia el distrito de Charlottenburger Chaussee, donde ella se bajaría para subir sola a la superficie y caminar hasta la casa de Lambrecht. Tardaron un buen rato, hubo un buen retraso esa mañana, como casi siempre. Las dos mujeres permanecieron sentadas en uno de los bancos. Alex agarrada a su raída bolsa de equipaje de pana. Su acompañante con las manos enlazadas en el regazo.

—Gracias—, susurró Alexandra—. Se ha expuesto mucho.

—No tiene porqué dármelas—. La mujer se encogió de hombros mientras miraba el devenir de los demás viajeros, algunos nerviosos, otros resignados.

—¿Por qué?— de nuevo su voz queda, para que los circundantes no pudiesen oírla—. ¿Por qué hace todo esto? Es usted, bueno, según ha comentado, madre de un soldado alemán.

Sin dejar de mirar el ir y venir de los que tenía alrededor, Nana suspiro hondo.

—Meyer era un buen hijo, mi mayor tesoro. Lo tuve muy mayor, y me quedé pronto sin marido, en la Gran Guerra. Lo crié con mucho esfuerzo—. No la miraba, sus ojos recorrían el anden de nuevo, o miraban al vacío, no supo ciertamente.— Se alistó de los primeros, ¿Porqué? Fácil, venimos de familia judía. Si hubiesen hurgado un poco en nuestro árbol genealógico... por mi parte al menos, mi abuela lo fue. Se casó con un alemán de pura cepa, y poco a poco se fue alejando de su familia y tradiciones. Aun así... Meyer lo

sabia, Para evitarme sufrimiento, me hizo un mal mayor. Yo le rogué que no lo hiciera. Pero cuando empezaron las deportaciones en masa... No es algo que se hable muy a las claras entre la población, creo que en el fondo, todos estamos temerosos de ser señalados como tal y enviados a sabe donde para no volver. Porque de los «campos de trabajo» donde según dicen son enviados, ya no se regresa. El integrarse como buen alemán en el ejercito le pareció lo mejor para pasar desapercibido. Aunque al principio tuvo suerte, Kiev fue un matadero para muchos jóvenes. Entre ellos Meyer,

»Debido a mi ascendencia, bueno, ayudé en principio a un par de vecinos a ocultarse unos días en el sótano de mi pequeña casa. Apenas un cuchitril de pocos metros cuadrados que nos servia para mantener fresca la comida en verano. Las autoridades de la aldea me tenían por una buena mujer, una simple trabajadora que pasaba la semana en Berlín limpiando y atendiendo la casa de un importante miembro del ejército, además de que mi hijo se alistó de los primeros. Con el salvoconducto firmado por mis señores, entraba a capricho y salía igualmente.

»Pronto descubrí que los dueños de una pequeña tienda donde compraba suministros para mis señores eran de origen judío, necesitaba que sus hijos saliesen de la capital, ponerlos a salvo. Se escuchaban las noticias de las primeras deportaciones. Eran dos niños de doce y quince años. Me hice cargo de ellos, y los saqué por uno de los pasos en los que era conocida por que mi hijo había servido de compañero de los soldados. Les dije que eran parientes y que iban a pasar unos días en el campo para reponerse de un fuerte resfriado, que eran niños y que su documentación estaba en regla. Aunque yo misma la falsifiqué, raspando con cuidado sus apellidos judíos y poniendo nombres alemanes muy parecidos con todo el cuidado del mundo.

»Tuve suerte, esa vez, y me envalentoné. Los niños se ocultaron en mi granja al menos una semana. Pero yo tenía que volver a mi trabajo. Así que tendría que dejarles solos. Lo que me parecía una locura. Tanto era así, que el día antes de volver a la capital, me puse en contacto con un tipo que era buhonero, y pasaba por la localidad cada poco tiempo, las gentes decían que tenía contactos con la resistencia. Yo no estaba segura lo que significaba eso, pero si ese hombre se movía con gente que no estaba a favor del régimen, podría incluso ayudarme a sacar a los chicos. Cuando pasó por la granja le

llamé, como quien va a comprar algo. Y una vez que lo tuve en mi terreno, en fin, intenté sonsacarle algo. Pero el tipo no me dijo nada. Frustrada, compré algo de quincalla y se marchó. Los niños habían permanecido callados en un banco junto a la chimenea. Los abracé cuando se fue el buhonero, y les prometí que aunque se quedasen solos estarían seguros.

»Esa noche alguien golpeó mi puerta. Asustada temiendo que viniesen a llevarse a los chicos, que alguien hubiese descubierto que eran judíos, me resistí a abrir en principio. Oculté a los niños en el sótano y al fin me dirigí a la entrada, abrí sin más. Había tres tipos en la puerta, casi me empujaron para entrar, yo me asusté mucho. Pero pronto reconocí al buhonero, me preguntaron por los niños. Le negué a decirles nada hasta que no se identificaran, lo hicieron, eran tres miembros de la resistencia. El buhonero había visto a los niños y creyó que eran de raza judía, con eso y mis preguntas, se decidieron a acercarse.

»Desde entonces, pertenezco a la resistencia. Mi disfraz es mi propia vida. Los niños fueron puesto a salvo con unos parientes fuera de Alemania, en América. Y yo me integré en sus filas. No soy la mejor, ni siquiera mediocre, pero puedo entrar y salir casi a mi antojo, he sacado a muchos niños de la misma manera, hasta que, bueno, no quedaron más judíos reconocidos en las calles de Berlín.

Alexandra se había limitado a asentir, e incluso hubo un momento que puso sus manos sobre las temblorosas de la mujer mayor.

—Mi última misión fue quizás algo no buscado, ni pretendido, solo casualidad. Yo fui quien saqué una caja con cartas y fotografías de una chica inglesa casada con un alemán, cuyo hijo, según creo es a quien viene usted a buscar. Quizás ese dato no debía saberlo, pero, en fin, a veces a mi contacto también se le escapan cosas.

La respiración de Alex casi se cortó. Ambas se miraron fijamente.

—Sí, estoy atenta siempre a esos rumores. La cuñada de esa joven inglesa es amiga de mis señores. Escuché a mi pesar como se lamentaba de tener que cuidar a un mocoso medio inglés después de la muerte de su madre y de su padre. Por desgracia, mi señora, bueno, no es mala conmigo, pero es una aria convencida. Le aconsejó que echara sin miramientos de su casa al crío, que lo llevase a un orfanato.

»Estuve atenta a todo, días después me enteré que esa misma mujer había recibido noticias de la muerte de su marido en el frente ruso, durante la cena, que servía a mis señores, hablaron sin ningún remilgo de ello. Mencionaron al chico medio inglés. Incluso mi señor le dijo a su esposa que aconsejara a la viuda deshacerse de tal molestia.

»Yo misma vi como se llevaban al chico, una de las criadas, una mañana de hace seis meses, con un pequeño equipaje. Apenas diez minutos después el jardinero tiró a la basura diversos objetos, juguetes, ropa de mujer, de niño, y una caja que se abrió dejando ver el contenido. Esperé que el hombre volviese al interior y con cuidado recogí la caja al ver que eran cartas y fotos, me la lleve y la oculté.

»La saqué de Berlín en cuanto pude y la puse en manos de mis compañeros de la resistencia. Ellos averiguaron a quien pertenecía e imagino que la hicieron llegar a su familia en Inglaterra.

Nana Heine guardó silencio y su mirada volvió nerviosamente a mirar el reloj que había en una de los laterales de la estación. El sonido de un tren acercándose, el frenazo de acercamiento a la estación hizo que la gente comenzara a moverse apresuradamente más cerca de las vías. Nana Heine se levantó, Alexandra, aun un poco conmocionada, hizo lo mismo

Todo aquel tiempo estuvo junto a la mujer que había hecho posible que localizasen al su sobrino, y, a punto de dejarla sin saberlo.

El vagón más cercano se abrió, entraron juntas del brazo y apresuradamente casi empujadas por la gente. Se fueron a un rincón, Entre el bullicio era imposible hablar sin que los demás se enterasen. Alex se limitaba a mirar a su reflejo en los cristales del metro cuando comenzó ha avanzar por los túneles y coger velocidad.

En las siguientes estaciones, la gente entraba y salía dependiendo de sus zonas de destino. Ambas seguían del brazo, cercanas. Nana apretó la mano de la joven unos segundos.

—Fräulein Anna,— le dedicó una sonrisa en su ajado rostro—. La suya es la próxima estación. Salga por la primera salida y tome la calle de la derecha, directamente hacia el mismo centro del distrito de Charlottenburger Chaussee.

El convoy empezaba a frenar, en breve se abrirían las puertas, Nunca más

volvería a ver a Nana Heine. En ese instante la abrazó fuerte contra su pecho y su boca quedó junto al oído de la mujer. Muy bajito le habló para que nadie lo oyese, y simplemente pensase que eran dos mujeres despidiéndose.

—Gracias Nana, por todo, por ayudarme, y por devolverme las cartas. Si el pequeño sale de esta, conmigo, que soy su tía, será gracias a usted. La recordaremos siempre, y rogaremos por que todo esto acabe para bien.

Nana Heine se quedó muda mientras veía marchar a la hermosa pelirroja confundiendo, mimetizándose bien con la gente en la parada, su último vistazo fue verla subir por los escalones que accedían a la salida de la estación subterránea a buen paso, aunque tranquilo.

Su alma se sintió algo más ligera, esta vez también había conseguido su objetivo.



Alguien llamaba a la puerta, era más de mediodía hacía apenas unos minutos que cerró la tienda de ultramarinos para tomar el almuerzo, y bajado para tirar por la diminuta trampilla de la puerta donde estaba encerrado el viejo un trozo de pan casi mohoso y algo de cecina rancia. Se hizo pasar con éxito por un sobrino lejano del viejo, haciéndose cargo de su tienda con su magistral amabilidad. Nadie sospechó nada, el hombre estaba mayor y se le notaba cansado y su aspecto empeoró sobremanera desde que su esposa se marchó a la seguridad de la casa de unos parientes en un pueblo alejado de Berlin.

Para el confiado vecindario, mientras su tío se reponía en las afueras de una afección bronquial junto a su esposa, él, veterano de guerra, se hacía cargo de todo. Fingir que apenas movía el brazo no era difícil con el *atrezzo* adecuado de una venda y un poco de alambre, unido a una leve cojera simulada con un poco de papel de periódico dentro del talón de su zapato.

Germaik caminó hasta la puerta, que alguien golpeteaba de nuevo con insistencia. No era ningún proveedor, sobre todo porque estaba todo tan restringido, que, no recibían mercancía desde hacía demasiado tiempo. Para demostrarlo las estanterías de la tienda estaban cada vez más lastimosas. Aunque a él poco le importaba, solo esperaba al contacto que llegaría en breve. ¿Y si fuese..? ¿A plena luz del día? Ya debía de tener «arrestos» el

contacto.

—Ya va...— dijo mientras abría la cortinilla de encajes que guardaba una estrecha y alta ventana justo al lado de la puerta y que usaba de mirilla. Ante él una mujer, de ojos de gata, rostro de hermosas facciones, labios rojos y bajo el pañuelo un mechón de rojo cabello oscuro escapaba con rebeldía.

—¿Herr Lambrecht?

—¿Anna? ¿Anna Kisler?

La mujer asintió y él se retiró un poco tras dejar caer la cortina y respiró hondo. No era la clase de hembra que esperaba. Al abrir la puerta y contemplarla plenamente y a la luz, vestida con una horripilante falda floreada de campesina y un abrigo hecho de punto negro y largo. con esa maleta de basta tela parda, era la antítesis de la muñequita de ojos azules que un año atrás enviaron a Berlín para hacer de correo.

—Pase Fräulein.

Se retiró unos pasos, la mujer pasó junto a él mirándole con fijeza. Era muy alta, diría que podía medir lo mismo que él. Admiró un cuerpo esbelto y fuerte de mujer.

—Gracias.

Murmuró apenas en correcto alemán sin ningún acento reconocible, mientras él apenas asomaba la cabeza por la puerta comprobando si había alguien observando. Por suerte era la hora de la comida y la calle estaba desierta. Al fin cerró suspirando y se volvió para extender la mano, ella la apretó como saludo correcto. La miró pegando una sonrisa cortés a su rostro.

—Bienvenida Fräulein, pase, subamos a mi casa.

Ella asintió y le siguió escaleras arriba con presteza, la llevó directa a la salita, donde estaba prendida la radio, dando los partes de última hora. Por el momento iba a ser el «contacto» perfecto, cortés, amable, correcto.

—Póngase cómoda, seguramente no habrá almorzado, si me espera un poco calentaré la comida y lo haremos juntos aquí mismo, descanse.

—Gracias, es usted muy amable,

—No hay por que darlas, si necesita ir al baño esta en el pasillo, saliendo, la puerta de enfrente. Yo tardaré poco.

El hombre que era más joven de lo que ella imaginó para un tipo que llevaba tantos años en el servicio, la dejó a solas en la sala decorada con un

toque femenino bastante obvio en sus cojines floreados y en sus detalles de pequeñas figuras de porcelana por doquier. Recorrió todo con la vista, antes de dejar su equipaje en una silla junto a la entrada. Él volvió a entrar, poniendo otro servicio en la mesa redonda que estaba junto a la gran ventana que daba luz al salón y daba directamente a la calle principal.

—Por favor, Anna, siéntese, ahora hablaremos con tranquilidad mientras comemos algo. Es mi invitada.

Alejandra simplemente asintió, él volvía a salir con presteza, su brazo no parecía demasiado lisiado, y según creía era la minusvalía que le había hecho librarse de ir al frente.

De nuevo en unos minutos volvía con una bandeja con dos platos de lo que era al parecer, carne enlatada con verduras por el aspecto y el aroma.

Él sonreía mientras dejaba su carga en la mesa. A pesar de su planta, para nada desagradable, y su buena educación, sentía un pequeño escalofrío incomprensible.

—No soy buen cocinero, me he acostumbrado a abrir alguna lata de reserva y calentarla. Espero que sea de su agrado.

—Sin problema, Herr Lambrecht.

Esperó como un caballero a que ella tomase asiento. Se había deshecho del abrigo y del pañuelo. Con la camisa blanca bordada apretando su cuerpo y su cabello corto pero de un rojo muy atractivo comprobó que era una hembra hermosa. Más aún con la sonrisa tímida que le dedicó cuando se sentó frente de ella y le indicó con un gesto de la mano que comiese.

—¿Ha tenido algún problema para entrar, Anna?

—No, ningún incidente, todo ha sido como estaba previsto. Aunque nos ha retrasado algo el camión que me llevaba a mi contacto por, bueno, rodear algunos puestos de vigilancia. Además el metro estaba abarrotado y circulaban pocos esta mañana.

—Es natural, nos quedamos sin suministros de combustible y hay que ahorrar, Se han paralizado muchos transportes, y no llega apenas mercancías a la capital. Los partes de guerra son cada vez más alarmantes, aunque cuidan mucho las palabras por radio. Intentan mantener a la población con la moral alta y casi desinformados, pero usted que viene de fuera sabrá más que yo.

Alexandra asintió, mientras tragaba un trozo de carne, que no sabía

demasiado mal para ser alimento enlatado.

—Los soviéticos están a las puertas, eso lo deben de saber.

—Sí, el parte de batallas es continuo. Se rumorea que han caído varias ciudades cercanas. Desde que Viena fue tomada hace poco por los soviéticos, la moral como que no es la misma en la ciudad. Por mucho que se empeñen en la radio con discursos y arengas del mismo Fürher

—Demasiado cercanas, en breve la artillería roja y la aliada estará sobre nosotros, se teme que en menos de una semana. He de darme prisa en mi misión.

—Pero la ruta de escape, Fräulein...

—Tenemos salvoconductos para mí y el niño hasta zona inglesa, están al sur, sureste de Berlín, me dirigieme allí, saldré por alguno de los controles y caminaremos como sea, hasta que los encontremos.

—No es un plan demasiado elaborado.

—No hay otra, los de esa zona tienen conocimiento de que intentaremos el escape. Haré todo lo posible por que el niño y yo estemos a salvo. Nos ocultaremos, caminaremos de noche, se orientarme perfectamente por las estrellas. Solo hemos de mantenernos escondidos y vivos hasta contactar con la primera línea inglesa.

—Es una locura Fräulein.

—Quedarse en Berlín también lo es, al menos tendremos una oportunidad.

—Eso no se lo discuto, pero creía que tendría algún apoyo más, no sé...— necesitaba toda la información de esa mujer que pudiese conseguir, quien sabe si era su propio salvoconducto para cruzar las líneas.

—Solo yo y el pequeño—. No iba a revelar más, recordaba cada una de las lecciones de Tony, ese hombre era un total desconocido,

Continuaron comiendo, el parte de combates empezó a sonar en la radio. La voz que lo trasmitía tenía un cierto grado de nerviosismo. Lo escucharon con atención, los tenedores quedaron sobre el plato, igual que el cuchillo. Alexandra se limpió los labios con una impecable servilleta rosada. Se pedía a la población civil calma, y que ante los bombardeos se refugiasen, si no tenían sótano o refugio cercano, o estos eran inviable, en el metro de Berlín, se suspenderían como medida cautelar los transportes por esa vía hasta nueva

orden.

—Este es el primer parte que anuncia la suspensión del transporte por metro—. Aseveró Lambrecht—. Hasta ahora hemos resistido bien los bombardeos por esta zona, suelen centrarse más en la zona centro y la ciudadela (22) Pero parece que en los últimos días, no sé, el radio se amplía y no solo el centro de Berlín es objetivo. Hace dos días un proyectil impactó en un edificio de la acera de enfrente. Por suerte no hubo víctimas, todos estábamos en el refugio después de la primera sirena.

—¿No tiene sótano Herr Lambrecht?

—Completamente inseguro, no se usa nada más que de carbonera. Solo tiene una salida y si esta se bloquea...— mintió mientras volvía su mirada oscura al plato—, Prefiero correr a la boca de metro que está a apenas dos calles. Le aconsejo que siempre tenga a mano su equipaje por si tenemos que irnos hasta allí en cualquier momento. Yo tengo una pequeña bolsa junto a la puerta por si he de huir y dejar todo esto atrás, por salvar la vida.

—No se preocupe, lo tendré en cuenta, aunque no pasaré aquí demasiado tiempo.—estaban acabando con el almuerzo—. Si me permite ver la documentación que tiene recopilada sobre mi misión.

Lambrecht se levantó de su asiento dirigiéndose a un mueble que estaba en el otro extremo a paso tranquilo.

—Por supuesto Fräulein, todo está ordenado y a su disposición. La dejaré con ello mientras retiro el servicio y vuelvo abajo para abrir el negocio, he de seguir manteniendo las apariencias mientras sea necesario.

Le entregó una carpeta grisácea en sus manos de tamaño de un folio. Alexandra se retiró al sofá a la indicación de ponerse cómoda de su anfitrión, y mientras dejó de prestarle atención, abrió los documentos.

La primera cuartilla eran anotaciones diversas con fechas diferentes, desde el nombre y la descripción del pequeño, dirección donde se encontraba el orfanato, régimen de visitas diario, entrada y salida de personal, y de llegada del camión de abastecimiento, hasta nombres del personal y rutinas varias. Tales y como salida de los niños al parque cercano, visitas del médico una vez por semana, llegada o salida de pequeños, e incluso unos cuantos fallecimientos, incluyendo nombres y fechas, lo que hizo que a Alex se le pusiese el vello de punta. Axel no estaba entre ellos, pero aun así, no dejaba

de ser una futura posibilidad si no actuaba en breve plazo. El plano del lugar, con el edificio y el patio trasero de bastante buen tamaño para estar en medio de una calle general. Escuchó como en la lejanía las palabras de Lambrecht antes de bajar de nuevo a atender su negocio, entre ellas la recomendación que no saliese del apartamento ni que se asomase por las ventanas sin la protección de visillos o cortinas. Se perdieron sus pasos por la escalera, ella estaba absorta en leer cada informe.

Ni siquiera notó que no se abría inmediatamente la puerta que daba al exterior, si no otra. Lambrecht o más bien, Germaik fue sigiloso, mientras bajaba al sótano, encendiendo una de las bombillas de la empinada escalera de madera. Había dejado a su guapa invitada arriba, con la excusa de atender el comercio que regentaba, y pensaba hacerlo, seguir con la rutina de esos días, pero antes tenía que echarle un vistazo a su improvisada mazmorra. Llevaba en sus manos envueltos en un trapo de cocina algo de pan y cecina, incluyó una botellita con algo de licor fuerte. Esta vez más cantidad y un pequeño «regalo extra» porque su preso, estaba siendo obediente y silencioso.

Se agachó junto al pequeño ventanuco en el bajo de la puerta tras la cual estaba encerrado desde hacía días el verdadero Lambrecht. Descorrió el pestillo, y sonrió al escuchar movimiento.

—¿Sigues vivo viejo?—. Desde el otro lado apenas un sí susurrado—. Te traigo algo de comer, como has sido un «buen chico», creo que te gustará mi regalo.

Deslizó el paño dentro de la celda con cuidado de no romper el cristal del interior y no derramar el cordial. No escuchó más movimiento, el viejo no se acercaba a recoger «su premio», aún lo veía en el suelo junto a la puerta.

—La preciosidad inglesa ha llegado. Es una pedazo de hembra, pelirroja, con unos ojos de gata increíbles. Tiene preciosos y redondos pechos, como a mi me gustan. Quizás te la presente, una vez que la tenga convenientemente dominada. No tardaré mucho, esta noche incluso, diría yo. Mi polla está deseando algo mojadito y caliente, hace días que no disfruto una buena corrida.

Al otro lado silencio absoluto, Germaik se encogió de hombros. Le daba igual, como si el viejo se moría, mientras estuviese bien callado. Cerró la

pequeña ventana con su pestillo y se incorporó. Fue directamente hacia la mesa puesta la lado de la cama de hierro vieja preparada para sus futuros y divertidos «juegos» con la chica que ahora estaba en el apartamento absorta por la documentación que diligentemente había recopilado el viejo para ella. Apenas alzó la voz porque sabía que aun a través de la puerta cerrada, podía oírle.

—Es tan alta como yo—. carraspeó un poco— ¿Cuanta dosis de droga crees que he de proporcionarle con la cena para robar su voluntad? Puede fácilmente pesar casi setenta kilos. La única lástima es que ha cortado ese precioso cabello fuego que tiene, bien largo hasta su trasero, me haría dar vueltas la cabeza.

Tomó el frasco y lo guardó en el interior de su chaleco. tras subir la escalera, dejó a oscuras el sótano. Las horas que le restaban atendiendo en el comercio, haciendo su papel de sobrino diligente de Lambrecht serían demasiado largas, pensando en los placeres que podría proporcionarle cierta exuberante pelirroja de boca roja y ojos gatunos.



Las horas pasadas en el camión fueron demasiado lentas para Tony. Las variadas paradas que hicieron, las explicaciones que daba el francés, todo les retrasaba. Estaba casi a punto de empezar a atardecer cuando el camión hizo su última parada. De nuevo enseñar documentación, y más explicaciones. El capitán francés de la avanzadilla discutía casi a gritos con Boucher. Ambos hombres manoteaban en el aire y hablaban tan rápido en su idioma, que a Tony le costaba seguirlos.

Al final el capitán alzó las manos y se retiró murmurando entre dientes y dando órdenes a su adjunto. Boucher estiró las solapas de su chaqueta militar dos tallas más grandes de la que hubiese necesitado, y ajustó a su cintura el correaje mientras se dirigían hacia ellos, que habían quedado al lado del camión de suministros.

—Arreglado.

Tony alzó una ceja, cruzado de brazos, dejado de caer contra el portalón del vehículo.

—¿Estás seguro?—. Repuso Davis a su derecha—, más bien parecía que

iban a entrar en guerra, ese estirado capitán y tú.

—No, no, arreglado. Te acompañaré hasta la última colina, a partir de ahí, Tony tienes que intentarlo por tu cuenta. Me dan tres horas, por ese tiempo no dispararan en dirección a Noussbaum, nos darán esa posibilidad, al menos de no morir por balas «amigas». De las del ejército alemán no somos responsables. Están tras la tercera colina que ves, la finca se extiende desde allí hasta prácticamente cinco kilómetros de la capital. Tendrás que andarte rápido si quieres legar a su borde, donde trabajan los zapadores y los civiles reclutados haciendo trincheras, antes de la noche cerrada y que retiren a los efectivos, quedando sólo la guardia. Dicen que llevan tres días trabajando desde el alba hasta que se oculta el sol, luego el pelotón de civiles se marcha, y solo quedan los soldados que vigilan esa zona. Así que andando.

Davis hizo el intento de montar también, Tony agarró la portezuela para impedirlo.

—Con que uno de nosotros se meta en terreno enemigo, tenemos bastante. Boucher me llevará y volverá rápido. Un hombre solo es menos visible, viejo amigo.

Davis asintió comprendiendo, puso una mano en el hombro de Daylight.

—No sé como demonios te las vas a ingeniar muchacho.

Tony se encogió de hombros. Luego estiró sus miembros como un felino y sonrió a sus preocupados acompañantes.

—Con suerte.

—Pues en marcha — repuso Boucher.

Abrió la portezuela del camión tomando en sus hombros la mochila con sus cosas. Cuando se daba la vuelta, un joven soldado, apenas empezando a salir la barba traía un sobre en su mano, se cuadró ante Daylight y se lo entregó.

—*Bonne chance, monsieur.*

En chico sonrió y se retiró con presteza, muchos de los soldados circundantes le miraban directamente y comentaban entre ellos. Quizás le tomaran por un loco, intentar llegar hasta la misma línea enemiga, solo y a pecho descubierto. Sonrió al abrirlo, salvoconductos para territorio francés, su nombre, y como acompañantes una mujer y un niño. Durante el largo trayecto Tony había hablado, quizás de más, de a quien iba a rescatar.

Boucher debió de tomar nota, igual que el enfadado capitán, aun así le daba esa documentación que le podía salvar la vida. La guardó junto a su pecho, en el bolsillo de su chaqueta.

Boucher hundió el pie en el acelerador saliendo con presteza a la carretera que llevaba directamente al frente que estaban atrincherando. Tony no miró hacia a su espalda, mientras el vehículo avanzaba a buen ritmo. Pronto el pequeño campamento francés se perdió a sus espaldas. El camino serpenteó y se abrió en otros, aunque Boucher no dudó en cual seguir, concentrado en la carretera por completo casi en silencio. Solo a la vista de un puente de hierro, frenó el camión y lo cruzó en la carretera.

—Estamos casi en el límite, Daylight, sigue este puente y recto el camino asfaltado. Con cuidado muchacho, no sé si puede haber alguna patrulla, o se limitan ahora con la falta de efectivos, a vigilar la zona de las trincheras.

Tony extendió su mano y Boucher la apretó con un asentimiento.

—Si puedes sal también por esta zona, el destacamento francés te conoce, y haré correr la voz entre los disidentes y la resistencia de la zona.

—Haré el intento, espero que la próxima vez que nos veamos sea ocasión de celebrar, Boucher, me has hecho un favor que pocos harían.

Boucher se rió y tiró hacia arriba de su gorra de paño despejando su frente.

—Lo hago en nombre del amor, espero que tú y tu pelirroja salgan con bien de esta.

Inició un caminar ligero, manteniendo el ritmo, sin llegar a correr por todo el espacio abierto que le separaba hasta la primera colina. Hasta allí despejado todo, no iba a tomarse la molestia de ocultarse. Una vez rebasado el altozano, con toda probabilidad entraría en zona de seguridad alemana, debería ser muy prudente y seguir su instinto, ocultándose.

El sol continuaba su carrera en el cielo. Las sombras se alargaban a su alrededor, en realidad no era tan largo el trecho que le separaba en línea recta desde la avanzadilla francesa a la primera línea de defensa casi terminada de Berlín. Una vez llegado a la colina, echó un último vistazo a su espalda. Pensó que Davis todavía andaría resoplando. Ahora con seguridad se volvería a su puesto en aquella cala en zona tomada por los aliados.

Era lo mejor. Tony se agazapó mientras pasaba por el punto más alto,

oculto por altos matorrales. En completo silencio, controlando cada lugar, respirando incluso tan suavemente que no le impidiese llegar a sus oídos ningún sonido que le rodease. Por la zona se escuchaba trinos de aves en su postrer despedida al día.

Aun con el cuidado debido, se dio toda la prisa posible. Su única posibilidad era llegar a Nousbaum, si no tendría que esconderse veinticuatro horas en las inmediaciones, hasta que los hombres que cavaban las zanjas volvieran a Berlín en los transportes del ejército. Contando que no estuviesen a punto de terminarlas y se trasladasen de zona. Entonces ¿cómo demonios contactaría con Geüser y Klaus?

Acicateado por esa idea, desechando el dolor de sus cansados músculos por la larga marcha, redobló sus esfuerzos al caminar.

Sí, allí estaban, varias torres de madera rústica como vigía en las colinas cercanas. Ruido de maquinaria, voces en alemán. El campo yermo a su alrededor le ofrecía poco o ningún refugio durante más de un kilómetro. Era prácticamente una locura. Desde cada atalaya, al menos un par de soldados armados con ametralladoras oteaban el horizonte. Caminar hasta ellos, aún con la claridad que había, tarea casi demencial, e incluso en la oscuridad, puesto que no tardó en descubrir algunos focos prestos a encenderse para la noche. Oculto tras los últimos retazos del sotobosque, Tony se devanaba los sesos pensando como llegar hasta allí sin ser notado. Ni siquiera dando un rodeo, en ese caso quizás perdería la oportunidad de cruzar junto a los trabajadores las líneas sin ser ni siquiera identificado por los soldados que custodiaban cada entrada de la capital.

Berlín, tan lejos, tan cerca.

El ligero rumor de lejanos motores distintos a los que se afanaban en hacer las zanjas, llegó a sus oídos. El cercano avance alemán pronto pareció un avispero, los soldados de las atalayas levantaban la vista a los cielos cárdenos de la tarde, mientras gritaban a sus compañeros. Órdenes ladradas casi, perfectamente entendibles a pesar de a lejanía.

La aparición de una docena de bimotores en perfecta formación fue pronto algo más que ruido y un punto en el cielo.

Toda aquella confusión, debía de aprovecharla. Se deslizó corriendo agachando la cabeza entre la pobre vegetación de la casi arrasada zona para la

defensa. Desde las líneas cercanas, algunos disparos al aire y voces le hicieron tirarse sobre su vientre al suelo y taparse con ambas manos la cabeza instintivamente. Pero no era por él, nadie por ahora parecía percatarse de su presencia. Las voces ordenaban a los soldados que guardaran munición hasta que tuviesen a tiro a los aviones que se dirigían su mortal carga a Berlín. Los ruidos de ametralladoras con sus cañones negros apuntaron al cielo, incluso una lanzadera surgida de a saber donde quedó a la vista. Todos los ojos de los hombres ubicados en la zona parecían haberse vuelto hacia el infinito. Casi reptando los últimos treinta metros había saltado dentro de una pequeña zanja a medio hacer donde tropezó con una herramienta abandonada, un pico. Se restregó algo de tierra por el sudor que corría en minúsculas gotas sobre su frente y volvió a agazaparse siguiendo el curso del poco profundo hueco, para ver que su cauce le llevaba a otra mayor. Arrastró junto a sí el utensilio de cavar que halló, tanto como defensa, como para confundirse con un trabajador si se daba el caso.

Estaba a punto de saltar hacia otra abertura más profunda, casi podría llamarse una trinchera terminada, con algún saco de arena puesto a modo de parapeto, cuando el ruido ensordecedor de los bimotores se unió al de las ametralladoras alemanas.

Estalló el caos sobre sus cabezas. En algún lugar no muy lejano uno de los aviones soltó alguna de sus cargas, con la que levantó una asfixiante nube de humo y polvo tras la explosión. Algún grito agónico, y más órdenes eran lanzadas al aire, ruido de camiones, una cacofonía infernal. De nuevo otro proyectil cayó, alcanzando a una de las torres por muy poco, aunque la honda expansiva hizo caer a sus ocupantes. La luz de la deflagración iluminó a pocos pasos y una llamarada barrió sobre él. Tony pensó que quizás no llegaría a volver a ver a Alexandra. Morir en una zanja alemana, sin pena ni gloria no era lo que tenía previsto para su final en este mundo. Con el pico cruzado sobre el pecho avanzó inexorablemente, arrastrando su cuerpo por la tierra removida del fondo, mientras el resto de aeroplanos surcaba el cielo sobre la primera línea defensiva alemana.

De nuevo le llegaron a sus oídos las órdenes de algún oficial al mando instando a los civiles a subir a los camiones y marchar de allí. Al torcer el recodo que hacía la zanja, media docena de hombres con herramientas de

trabajo y llenos de barro se esforzaban por permanecer a salvo entre el atronar incesante de la artillería.

Se unió a ellos sin decir palabra. El más cercano abrió por unos instantes los ojos, era un tipo con cerca de sesenta años, delgado, con las arrugas aún más marcadas por la tizne desprendida de la explosión cercana. Alguien se asomó sobre sus cabezas, un oficial, un sargento, con su ametralladora corta en la mano, les ordenó salir de allí de inmediato y que se dirigiesen a los camiones. Tony no tuvo más remedio que fingir su mejor cojera, era un tipo demasiado joven para no estar en servicio activo si no tenía un defecto físico que pudiera considerarse casi inútil. En el extremo opuesto dos hombres estaban ayudando a salir a los que se escondían en la trinchera, una vez que se pusieron en marcha casi obligados por el soldado que les gritaba continuamente sin ninguna piedad.

Cuando le llegó el turno de ser casi alzado en vilo, reconoció a ambos. Un guiño cómplice de un rostro barbudo y sucio, con unos ojos grandes con un tic nervioso muy acusado, y un hombre con delgado con el cabello ceniciento que aparentaba más edad que la que realmente tenía.

—Hola *Niño Bonito*—. susurró Geüser mientras le alzaban en vilo para sacarle de la zanja.

—Apóyate en nosotros, haz como si estuvieses herido, deja caer la cabeza, te tenemos.

Tony confió su vida en esos dos hombres, antes lo había hecho, aunque con las locuras de Klaus nunca se sabía. Terminó tres años largos antes, perdido y herido en Berlín en una desesperada huida por sus calles, tras el rescate de un oficial inglés, ese cabrón malnacido de Cromwell. Todo por que *el Loco* Klaus estuvo a punto de caer bajo fuego de los soldados alemanes que lo perseguían, y él perdió el equilibrio por cubrirlo.

Aunque gracias a eso conoció a cierta institutriz inglesa, que le curó y buscó ayuda en Henry, entonces bajo el disfraz de coronel alemán. Todo en esta vida tenía un porqué, y había de admitirlo.

Con la cabeza sobre el pecho se dejó arrastrar por ambos hombres, empujado a la trasera del camión, ayudado por otros que ya estaban sobre él, quedando tendido en el suelo hasta que Geüser y Klaus le arrastraron para sentarlo entre ambos. El camión dio casi un salto hacia adelante, cuando su

conductor pisó a fondo, sin cerrar siquiera el portallón trasero. El vehículo inició una loca carrera enfilando su marcha a la capital, como si quisiese rebasar a los biplanos que les habían sobrevolado minutos antes.

—Eh, no conozco a este chico, ¿y vosotros?—. la voz disonante venía de su derecha, Tony continuó fingiendo inconsciencia.

—Venía en otro de los transportes, pero no me daba tiempo llevarle hasta él, no sé hasta que punto está herido—, Klaus hizo como si palpara sus huesos—. No veo sangre, la explosión puede hacer que perdiese el conocimiento.

—Está bajo vuestra responsabilidad, sabéis que si a la entrada hacen los recuentos y piden la documentación, no quiero ningún lío—, dijo el mismo tipo. Otros asintieron a su alrededor.

—Sí, menudo peligro un chico inconsciente y cojo. Ha venido todos los días en otra cuadrilla, y apenas puede mover una pierna al andar y se pasa el día cavando de sol a sol. ¿Quién creéis que puede ser? ¿Un espía inglés que se ha arrastrado hasta las trincheras ante las barbas de nuestros soldados?

Tony estuvo a punto de replicar «no me gusta que me llamen espía, suena tan melodramático...» pero se cuidó mucho de no hacer el más mínimo movimiento en ese instante, además de reprimir la risa que le venía al escuchar al *Loco* Klaus decir toda su verdad ante aquellos hombres

—Menuda fe tenéis en nuestra defensa, hombres—, dijo Geüser a su izquierda, mientras que comprobaba su pulso con precisión—. Al menos este chico está vivo para volver a una zanja y quien sabe si para defender a última instancia nuestra bandera, si esos malnacidos de los aliados y de los soviéticos tocan a nuestra puerta. Guardar las fuerzas para defender a vuestros hogares y vuestras familias, no para sospechar entre nosotros.

Los murmullos se acallaron. Geüser acercó una cantimplora a los labios de Tony y le incitó a que bebiese algo de líquido, tras tocar sus labios, fue abriendo cansinamente los ojos.

—Bebe chico, ya estamos en casa, nosotros te llevaremos ¿De acuerdo?

—¿Le conoces entonces?— Volvió a insistir alguien del fondo.

—Creo recordar que vive cerca de nuestro distrito. Si hace falta le acercaremos a un dispensario o al hospital.

Klaus le palmeó el rostro.

—Eh, muchacho ¿cómo te encuentras?

Tony asintió despacio e hizo un gesto para que le acercasen el agua y bebió con francas ganas.

En pocos minutos estuvieron en el control de entrada, se escuchaba desde allí el fuego enemigo sobre la ciudad, los soldados que custodiaban, ni siquiera le hicieron el más mínimo caso, les abrieron las barreras y el camión avanzó por los arrabales, hasta que hizo el alto. Los hombres empezaron a bajar, Klaus y Geüser, se volvieron a ayudarle solícitamente, alejándose prontamente de los demás en dirección al metro más cercano.

No era momento de dirigirse al piso franco, ni siquiera sabían si seguiría en pie después de este último y feroz ataque. Otro contingente aéreo enemigo sobrevoló sus cabezas, se apresuraron a bajar a la boca de metro más cercana. Tony tuvo que seguir fingiendo su cojera al entrar y dejarse caer en el suelo junto a sus amigos, ante el asombro de los más cercanos comenzaron a reírse, y a darse la mano. No pudieron hablar, aunque no era demasiada la gente en aquella apartada estación, la última que daba a la zona de fábricas de la parte norte, era la suficiente para tener testigos incómodos.

Se sacó la mochila de la espalda y ofreció la comida enlatada y el pan envuelto en papel marrón que llevaba encima a sus compañeros. Allí en la oscuridad de un rincón susurrando apenas, repusieron fuerzas. Esa zona no era objetivo militar, habían caído proyectiles alguna que otra vez. Pero al parecer, de nuevo, el bombardeo se centraba en las cancillerías, seguramente en busca de destruir el mismo Führerbunker. Lo que no quitaba que en una u otra pasada, soltaran su carga por las fábricas o por algún edificio sospechoso.

—No sé quien está aquí más loco de los tres. Este tiene excusa—. Geüser señaló a Klaus que le hizo un extraño guiño tras su tic—. ¿Y tú?

Tony tragó un trozo de pan algo seco para empujar el contenido de la lata fría, y sonrió.

—Una mujer y un niño. ¿Te parece buena?

—Dependiendo si ambos son tuyos.

—La primera sí, el segundo no, pero puede llegar a serlo.

—Vaya, como no te expliques...

Entre bocados y palabras en voz baja desgranó parte de su historia con

Alexandra. Sus amigos asentían y a la vez vigilaban que no hubiese escuchas indiscretas demasiado cerca. Las horas de la noche pasaban, algunos de los que allí se encontraban dormitaban, un crío pequeño lloriqueaba por incomodidad, una tos rebelde de una anciana, lo usual en estas circunstancias. Por suerte ninguna bomba pareció caer cercana a ellos. Aunque Tony se estremecía pensando si Alexandra tendría refugio seguro, esperaba que Lambrecht, su contacto, no fuese ningún chivato, y que el crío aún estuviese sano y salvo. Las preocupaciones le hicieron permanecer despierto, incluso cuando sus dos amigos dieron una cabezada, él se dirigió hacia los baños, arrastrando magistralmente su pierna, lo que le hizo comenzar un sordo dolor en la cadera por lo forzado de la situación. Estaban desiertos, el agua se llevó los restos de hollín y tierra de su rostro. Aunque su pelo estaba casi apelmazado y gris por la mezcla de polvo y sudor.

Dejándose caer sobre el lavamanos, volvió por enésima ve a salpicar su rostro con agua fría. Necesitaba tanto verla, rodearla con sus brazos contra su pecho, no dejarla ir jamás. No es que no confiara en las capacidades de Alexandra, que lo matasen si no era la mejor alumna que había tenido nunca. Estaba casi a su nivel, si no fuera por su falta de experiencia de campo y que, era una mujer joven y atractiva. Pero no iba a dejar nada al azar, aunque la gata se revolviere y le arañase de arriba a abajo.

Los dolorosos recuerdos de Jane volvieron a asaltarle. Estaba en el lugar donde la pequeña fiera perdió la vida. Salvajemente torturada, sin que nadie la ayudase, a saber como de dura fue su agonía tal y como habían encontrado su pequeño cadáver masacrado. Ahora no sería más que huesos en una tumba comunitaria, sin un nombre ni una fecha, ni siquiera una flor sobre una lápida. Se fue de este mundo casi de puntillas, nadie la echó de menos, salvo él, y cada vez su recuerdo era más lejano.

Restregó sus ojos enrojecidos de cansancio. Necesitaba llegar al piso franco de sus amigos, y a la primera luz partir en busca de su tío Rudolf, como había prometido a Rankin, además localizar a Alexandra. Sabía donde quedaba la casa y el comercio de Lambrecht, Y la dirección del orfanato donde estaba el muchacho, revisaría todas opciones en pocas horas.

Las sirenas de fin de bombardeo le sacaron de su ensimismamiento. Salió del baño en busca de Geüser y de Klaus. Eran las dos de la mañana.

CAPÍTULO 18

ALEXANDRA acabó por levantarse del sofá e ir al baño a refrescarse, tras leer detenidamente toda la documentación que consiguió su contacto. Como le aconsejó Lambrecht, tuvo en todo momento a la vista su pequeño equipaje. El agua fresca la reanimó, aun así, había ojeras en su rostro. Parpadeó repetidas veces ante el espejo y suspiró hondo. tras terminar de repasar todo el material recopilado por su contacto en Berlín, le quedaba poco más que hacer que echar un vistazo por ella misma a las instalaciones. Si fuese tan simple como llegar allí, tomar la mano del niño y perderse por las calles berlinesas, para después pasar el control con su documentación falsa, y perderse camino a las líneas inglesas.

Aunque mientras más sencillo fuese el plan, más fácil sería de ejecutar, ¿y si entrara en el orfanato pidiendo ver a los chicos? Llevando alguna golosina, o algo que pudiesen necesitar allí, que seguro que las restricciones habían hecho cumplida mella hasta en dicho lugar. Si Lambrecht pudiera proporcionarle algo así, tenía un buen fajo de billetes escondidos para lo que necesitara, no sabía si su valor era mucho, pero lo entregaría entero por algo para entrar y ofrecer «caritativamente», además de visitar a los críos, localizando en el proceso a Axel.

La tarde avanzaba rauda, el sol se ocultó tras los edificios más altos, con cuidado miró a través de los visillos el sencillo devenir de la vida cotidiana de una ciudad cuasi sitiada. Pasó un *jeep* del ejército como de ronda, una ambulancia, unos momentos después, un par de taxis sin ocupantes, y algún vehículo particular. La zona estaba bastante libre de escombros, no como

otras según tenía entendido.

La radio dejó de transmitir minutos musicales para dar de nuevo otro parte, dejó caer la cortina y miró hacia el receptor que estaba adornando un alto mueble oscuro.

—Ciudadanos, recibimos noticias de que un nuevo ataque se está acercando por aire a nuestra ciudad, se ruega a sus habitantes que tomen las medidas oportunas para guarecerse, y a las tropas a permanecer firmes y resistid, no nos vencerán. ¡Heil Hitler!

Alexandra volvió su vista buscando donde dejó a chaqueta cuando llegó a la casa de Lambrecht, la tomó y empezó a ponérsela mientras caminaba a salida. No bien hubo llegado tomando su liviano equipaje, cuando las sirenas comenzaron a aullar anunciando ataque aéreo. Tiró también de la mochila de Lambrecht, dejándola sobre su hombro y abrió la puerta del apartamento, bajando rauda las escaleras hacia la calle.

Lambrecht maldijo al escuchar el molesto e inoportuno aviso de bombardeo. Salió rápidamente del negocio, casi empujando a un cliente que estaba saliendo por a puerta. Bajó la baraja en un segundo y miró a puerta de al lado. Esta se abría y la hermosa pelirroja, se asomó buscándole con la mirada.

Tendió la mano hacia ella y tomó su equipaje, luego tomándola del brazo la guió con presteza mientras las sirenas herían sus oídos. El metro estaba a dos calles. La gente corría en esa dirección. Los primeros sonidos de explosión lejanos no se tardaron en escuchar, no podían detenerse. mientras corrían casi, él se apretó contra Alexandra susurrándole solo para sus oídos.

—La gente me conoce, Anna, no saben demasiado de mí, pero, si preguntan le diremos que es mi esposa, ¿de acuerdo?

Alexandra entrecerró los ojos. ¿Esposa? Tenía entendido que el hombre estaba casado con una mujer alemana desde hacía años. La duda y la sensación de incomodidad crecía en su mente. Tony le había enseñado a seguir su instinto, insistía que hacerle caso, le podría salvar la vida. Guardó cada detalle en su mente mientras corría la par del hombre.

Una vez llegados a la puerta del metro, la gente se apresuraba en bajar casi ordenadamente a su refugio. Se dejaron llevar por la marea humana, mientras ella no dejaba de pensar en lo que le acababa de decir Lambrecht.

Quizás no había entendido bien a su padre, y este hombre no tuviese esposa, o fuese viudo. No quería sospechar pero, algo en él que no terminaba de cuadrar.

Caminaron por las galerías hasta encontrar un lugar donde sentarse. No demasiado lejos de dos salidas, pero protegidos. Con cierta sonrisa en los labios, Lambrecht sacó una manta enrollada que llevaba en su bolsa de piel, y cubrió solícito los hombros de Alexandra como un caballero, pero tiró en el último momento sobre los suyos, obligándola a compartir y pasando sin recato una mano por su cintura.

Alexandra vio acrecentada su incomodidad, pero estando en público necesitaba una tapadera, algunas personas pasaron mirándolos a ambos, y él saludándoles con una sonrisa comedida.

A pesar de todo, temiendo ser escuchada por los que les rodeaban, se inclinó un poco más hacia Lambrecht, este aprovechó para dedicarle una sonrisa. No era un hombre carente de atractivo, calculó que pisaba los cincuenta, bien afeitado, con el cabello pulcramente cortado, con elegantes canas en las sienes. Diminutas arrugas de expresión tanto en su frente alta como en las esquinas de sus ojos. Incluso al estar tan cerca olía a colonia y jabón de afeitar.

—Herr Lambrecht...

—Ssst, llámeme a partir de ahora por mi nombre de pila, por el que se me conoce aquí, Gerb. Perdona las libertades, pero tenemos que hacer el papel de matrimonio. No tenía previsto que tuviésemos que abandonar la seguridad de mi casa, pero el bombardeo nos obliga a no permanecer allí y tener que buscar un refugio público...

—Bien, Gerb, creí entender que estaba usted casado, e imagino que los que nos rodean...

Germaik pensó con rapidez, no sabía hasta que punto esa mujer tendría conocimientos sobre la vida del verdadero agente encubierto en Alemania. Sin embargo no perdió un ápice de la sonrisa, incluso cuando el ruido de un proyectil impactando en las cercanías elevó el rumor de las voces y algún que otro lloriqueo alrededor.

—Mi esposa, Violethe, murió hace año y medio. Pero como ve soy un hombre relativamente joven y en forma, no hago mucha vida social, pero a

nadie le extrañará que haya encontrado una esposa. Querida, con su belleza, no tiene tipo de ser ni mi hermana, ni mi madre. Tampoco sería correcto alojar a una mujer soltera y joven en casa. Lo siento si le he molestado, solo se me ocurrió esta treta.

—De acuerdo, no estoy molesta, solo que me he quedado un poco confundida.

No quiso discutir, y dio ante él por buena su explicación. Pero continuaba sin fiarse, y haría todo lo posible por terminar pronto su misión, si no era bastante acicate los rusos y los aliados casi cerrando el cerco, ese hombre era otro más.

El atronador ruido de un vuelo casi rasante de aviones silenció toda conversación, unido a un griterío generalizado de voces infantiles y algunas femeninas en el momento de sentir las vibraciones sobre sus cabezas, y el desprendimiento de pintura seca y descascarillada al estallido de una bombilla cercana. Gerb la apretó contra sí.

—No tengas miedo Anna, esto es lo más seguro en estos instantes en todo Berlín, suelen sobrevolar por aquí camino a la Cancillería y al centro de la Ciudadela[23] pasa rápido.

Las baterías de defensa descargaban también proyectiles dirigidos al cielo, algunos impactarían, otros ni se acercarían a sus objetivos. Debía de haber al menos un par de ellas situadas en algún sitio no muy lejano.

—No se preocupe, no voy a ponerme histérica—. miró alrededor, las madres protegían con su cuerpo a sus hijos, en ese momento algo golpeó su mente, ¿estaría a salvo Axel? ¿Tendría algún refugio sobre su cabeza relativamente seguro? Un estremecimiento recorrió toda su columna vertebral. ¿Y Tony? ¿Habría entrado ya dentro de Berlín? ¿Cuánto tardarían en volver a encontrarse? En esos instantes deseó que el brazo que la cercaba fuese el de su instructor, el aliento que sentía a su diestra el de Tony. Suspiró hondo, controlando sus emociones, antes que la hicieran hacer o decir algo estúpido.

Durante las siguientes horas, nuevos vuelos se escucharon sobre su refugio, pequeños terremotos producidos por la descarga de proyectiles, ruido incesante y sordo en la lejanía, ligero olor a humo y polvo de cemento, ascendió hasta su olfato. La gente miraba inquieta hacia las escaleras de

ascensión del metro, temiendo en cualquier momento que un proyectil impactara y cegara una de las salidas.

Pero aquel día los hados estuvieron de su parte, por el reloj de bolsillo de su supuesto «marido» eran pasadas las dos de la madrugada. Hacía rato que no se escuchaban ruidos exteriores ni vibraciones en el túnel que les guarecía.

El rumor de que por la radio avisaban de que los bombarderos se alejaban ahora de Berlín, y la nueva llamada de aviso de las sirenas, hizo que la gente comenzase a moverse y a salir de allí. El aire se fue despejando a la vez que el lugar se iba paulatinamente vaciando.

Su contacto había permanecido muy callado todo ese tiempo, sabía que no estaba dormido, a pesar de que ambos se apoyaban con sus espaldas en la pared. La respiración del hombre no lo indicaba, aunque sus ojos estuvieron cerrados largo rato, y su cabeza apoyada contra el ladrillo pintado de beige.

Germaik no sabía que paso dar, la información que guardaba la chica en su cabeza podría ser importante para él, pero no podía deshacerse de un plumazo de ella, muchos la habían visto junto a él. Pero, su objetivo era alcanzar zona rusa, ellos habían sido en los últimos tiempos sus mejores pagadores. Solo necesitaba algo interesante que llevarles, tomaría un poco de equipaje y volaría de esa maldita casa llena de figuritas de porcelana de la mujer de Lambrecht, un tiro en la nuca para el viejo y quizás otro para la chica, aunque antes...

Por debajo de la oportuna manta, se llevó la mano que tenía libre, ajustando el pantalón a la repentina erección motivada por una sucesión de imágenes vívidas, como protagonista esa hermosa amazona pelirroja, su cuerpo pleno y desnudo, un somier, dos pinzas de batería, un poco de agua en esa piel de alabastro... Resopló mientras se incorporaba. Todo el mundo comenzaba a moverse para largarse de allí. Ellos no se iban a quedar atrás. Quizás un poco de cena tardía, unas gotas de escopolamina...

Y la guapa pelirroja estaría a su entera disposición. Por el tiempo que deseara, o que ella durase, y notando en la forma física que estaba, le iba a durar mucho más que «ojitos azules».

Y verdaderamente iba a disfrutarlo.



Lo primero que contemplaron al adentrarse en las zonas más céntricas fueron las heridas dejadas por los bombardeos. Aquí y allá socavones y edificios abandonados les acompañaron el trayecto hasta la zona donde estaba el piso franco que solían utilizar Klaus y Geüser. El primero lo visitó hacía menos de un mes, y estaba milagrosamente aún en pie. Esperaban que ninguna patrulla les dieran el alto para que se identificasen, no eran horas de andar por la calle, pero con lo reciente del ataque aéreo y la cercanía de los rusos y aliados, seguramente los soldados tendrían asuntos más importantes que revisar la población civil que volvía a casa.

Tony planeaba quedarse esa noche con ellos, era demasiado peligroso pasear por la ciudad siendo un tipo joven y sin estar uniformado como parte del ejército o de las milicias de defensa. Pero a la mañana siguiente habría de arriesgarse para ir en busca de su tío, el viejo general Strieber. Así caminando con su cojera fingida, tardaron un poco más en llegar a lugar seguro.

Por suerte el edificio estaba en pie un día más, y la buhardilla despejada.

—Estamos teniendo demasiada suerte—, Tony se asomó por la ventana que daba al exterior, a la estrecha calle. El edificio de enfrente había sido derruido completamente.

—Sí, pero alguna vez teníamos que ser los afortunados, Daylight, además, aún nos queda mucho por hacer aquí. Y maldita sea, no tenemos radio para escuchar los partes ni las noticias. Odio estar sin saber lo que pasa.

El *Loco* salía en esos momentos del cuchitril al que llamaban baño, secaba su cara con un trozo de tela rota de lo que pudo haber sido alguna vez una toalla, se había cambiado la ropa sucia y aseado.

—Dad gracias a que el suministro de agua funciona, aunque sea a ratos, ¿a quién le toca?

Tony se volvió y Geüser le hizo un ademán para que fuese el siguiente.

—El agua está helada, te lo advierto *Niño Bonito* se te van a congelar hasta las bolas.

—Me he metido en un río del norte de España que bajaba de la misma nieve en pleno marzo para salvar el pellejo. No creo que ese agua que hay en la ducha esté peor. Al menos tengo ropa limpia y seca para ponerme luego.

Caminó resuelto al baño, la voz de Geüser le hizo apenas girar un poco la cabeza.

—¿Qué edad tenías entonces Daylight?

—Dieciocho.

Los otros dos se carcajearon a sus espaldas.

—Ahora tienes treinta—. soltó Klaus mientras aún hipaba de risa y a la vez lanzaba el trozo de tela a un cordel extendido en una de las esquinas para que se secase..

Tony se encogió de hombros y cerró la puerta. Se quitó al ropa sucia, limpió a fondo las botas y las dejó junto a las de Klaus para que se secasen al aire en la ventana. Puso la muda limpia colgando de un clavo grueso de la pared. Abrió el grifo de la ducha y sin pensarlo entró en el chorro helado. Tuvo que morderse la lengua para no gritar. Joder, estaba hecha un témpano de hielo. Se acicateó para enjabonarse en veinte segundos y enjuagarse en otros treinta. En un minuto estaba saltando fuera del agua, tiritando ostensiblemente. Se secó como pudo con la camisa que antes llevaba puesta, a falta de mejor toalla. Y se vistió antes de agarrar alguna pulmonía.

Desde luego, no iba a demostrarlos, pero por sus pelotas, no iba a repetir con gusto la experiencia.

Hicieron guardia a pesar de que la casa donde estaba la buhardilla era prácticamente un desierto, no lo habitaba ni un solo vecino. Los que pudieron seguramente escaparon de ese lugar pobre e infecto, o ya se habían habituado a usar los refugios como hogar. Aun así, no era cuestión de quedar desprotegidos. Durante toda la noche descansaron a ratos, usando las dos camas cubiertas con el colchón de borra más fino del mundo.

Amanecía cuando Tony se ataba con brío las botas ya secas. Geüser se había sentado ante la mesa y apoyaba los codos en ella, fumándose un cigarro liado a mano, mientras Klaus, también despierto, se asomaba con cuidado a la calle por la ventana sin cristales.

—Ahora es el momento, apenas amanece. Tienes que tener cuidado con las patrullas muchacho, aunque estén más pendiente de el cerco y de los bombardeos, un chico joven como tú, sin uniformar puede ser sospechoso, así que procura no olvidar «tu cojera».

Tony asintió.

—Vosotros dos, ¿qué haréis?

—Buscaremos a Dietrich. ¿No es lo que te han pedido?

—Pero debería hacerlo yo—. Tony se ajustó las perneras de los pantalones, abrochando luego el cinturón, tras levantarse para ir en busca de su chaqueta y de su poco equipaje—. Tendríais que coger vuestros trastos y escapar ahora que aún podéis.

—No, dijimos que te cubriríamos, y lo haremos. Esta noche Klaus y yo iremos a unos garitos donde acostumbraba a ir a beber el SS. Meré nos ha dado algunos nombres. Teníamos esa misión guardada por si alguno volvía a entrar en Berlín. No solo eres tú al que le han encomendado hacer de ángel de la guarda de ese hombre.

—Tened mucho cuidado. A la más mínima salid de Berlín.

—Te esperaremos, lo sabes.

—Si la cosa se pone fea, salvad vuestros traseros. Yo ya haré por salvar el mío, el de mi mujer y el de nuestro «pequeño paquete».

Se incorporó subiéndose los cuellos del abrigo tres cuartos azul marino. Ocultaría su rostro de la gente con la que se cruzase, las mañanas eran frescas y a nadie extrañaría su indumentaria.

—Ya veremos—, dijo Klaus mientras también estiraba los brazos por encima de su cabeza—. Permaneceremos aquí al menos dos días, luego saldremos, pero por los túneles de los desagües y las alcantarillas. Recuerda, tienes cuarenta y ocho horas para venir con tu rescate, yo os llevaré por sitio seguro hasta fuera de la ciudad.

—Ten cuidado *Niño Bonito*—, dijo Geüser a sus espaldas mientras cerraba la puerta de la buhardilla. Les encantaba joder con el apodo a esos dos cabrones. Respiró hondo fuera del olor húmedo y polvoriento de la buhardilla, le quedaba un largo camino hasta la casa del viejo general retirado Rudolf Strieber. El hombre estaría sobre aviso de su llegada, gracias a Rankin. En fin, dudaba que quisiera salir de Berlín con él, aún así dio su palabra de intentarlo.

mientras caminaba por las casi derruidas calles desiertas tras los últimos bombardeos trabajosamente, fingiendo una cojera ostensible cuando se cruzaba con alguien, su mente voló hacia Alexandra. ¿Habría conseguido llegar con facilidad a la capital? Salió un día antes que él. Seguramente sí, claro está, si no hubiera surgido ningún inconveniente. Por un momento dudó en variar sus pasos desde el distrito noroeste donde estaba la casa de Rudolf

Strieber, hacia las calles adyacentes a Charlottenburger Chaussee, a la guarida de Lambrecht, en la que se ocultaría Alexandra a su llegada. Pero no, ella estaba capacitada para su misión, le daría su voto de confianza. Incluso, si era posible, y la encontraba, permanecería oculto, en la distancia, protegiéndola sin que ella se llegase a percatar. Aunque ahora que lo pensaba bien, dudaba que su escocesa no se diese cuenta de que era vigilada, tenía lo que hay que tener para su trabajo.

De nuevo se cruzó con una patrulla en un *jeep* que avanzaba por el centro de la calle, lo único verdaderamente despejado de cascotes y deshechos. Se refugió disimuladamente en uno de los portales hasta que pasó de largo sin apenas mirarle. El nerviosismo era patente tanto en la población civil como en los soldados. Por mucho que quisiera, el Tercer Reich no podía fingir que no pasaba nada, la gente no era tonta. Se acercaba el final, se olía en el aire, para bien o para mal antes de final de ese mes de abril seguramente se decidiría el futuro de Alemania, y no era nada halagüeño.

Trabajosamente continuó andando, había memorizado la disposición de las calles, sus nombres y a donde se dirigía cada una, tenía previstas al menos cuatro rutas de llegada y de escapada de donde vivía su tío Rudolf Strieber. Pero a veces era tarea casi vana intentar orientarse, casas derruidas cortaban algunas vías. Siguió su instinto y su sentido de la orientación. Aunque tuvo que dar un buen rodeo, al fin estuvo ante la imponente cancela de la casa del viejo general. Esta estaba abierta, nadie la vigilaba, ni un jardinero, ni un guarda. La encajó tras de sí y avanzó por el suelo de baldosas irregulares, llenas de verdín. Los jardines que seguramente antaño habían lucido con esplendor, se encontraban descuidados, los árboles no se habían podado ese invierno, y los setos eran una maraña informe.

La puerta oscura de doble hoja se alzaba imponente ante él, un llamador de bronce en forma de águila, estaba desgastado y oscurecido, igualmente por falta de un buen bruñido. Lo usó para dar tres secos golpes, esperó.

Chirriaron dos pestillos mal engrasados. Una de las hojas se abrió lentamente, para dejar paso al doble cañón de una escopeta de caza. Sus oscuros ojos le apuntaban directamente al pecho.

—¿Quién eres muchacho?—. La voz profunda surgió del interior de a casa. Su acento y su cadencia e recordó en extremo a la de su hermano

Henry.

Cuidadosamente, Tony, se quitó de la cabeza la gorra de paño que ocultaba su cabello dorado, pegó una sonrisa sincera a su rostro, y eso que en la oscuridad que emanaba de la mansión era imposible ver a su interlocutor, solo su arma bien firme a medio metro de su corazón.

—Anton Daylight Strieber.

Tras unos segundos en que el arma tembló ligeramente, esta volteó el cañón hacia abajo y montó el seguro. La puerta se abrió dejando que la luz de la mañana penetrara en un sombrío recibidor. La imagen de un hombre más o menos de su altura, rozando casi los setenta, con un batín corto de cuadros en tonos grises, pantalón de pijama y zapatillas. Estaba algo demacrado y pálido, aún así conservaba apostura y anchos hombros. Su rostro era como se imaginaría a su hermano dentro de más de treinta años.

El viejo general dio un paso atrás, haciendo un gesto con la mano. Tony entró dudar, la luz se encendió accionada por la mano del hombre dejando tras la puerta su arma, encajó la hoja abierta.

Por un momento ambos hombres se miraron de arriba a abajo, quizás sin saber que decir, Tony no recordaba nada de ese hombre, sabía de su existencia, conocía cosas de él contadas por su hermano a la vuelta de Alemania. Henry lo consideraba su familia, lo estimaba, a él y a su fallecida esposa. Para él sin embargo era un absoluto desconocido, un antiguo general del Tercer Reich, había participado en la Gran Guerra, y en la actual, aunque por lo que le dijeron, después de la huida de Henry de Alemania, no habían tardado en sacarle por la puerta trasera, y lo habían hecho retirarse de cualquier asunto militar o de estado.

—Te pareces demasiado al inglés—. Barbotó el viejo mientras continuaba contemplándole.

Tony se encogió de hombros como si no le diera mayor importancia. Aunque al fin sonrió al viejo, tenía toda la razón, de los dos hermanos él era el vivo retrato de Raymond Daylight, y su hermano de su madre Katherine Strieber, la hermana del hombre que tenía ante sí. El hombre volvió a hablar.

—Pero cuando sonrías... sí, también veo algo de mi difunta hermana en ti. No todo va a ser malo. Sígueme muchacho, ¿has desayunado?

Sin esperar respuesta se dio media vuelta caminando con paso más firme

de lo que Tony le creía a primera vista capaz. Por un momento se quedó inmóvil, sin saber que hacer o que decir. Pero la voz grave de Rudolf volvió a él.

—Venga, chico, no te quedes ahí pasmado, demonios.

Tony avanzó tras él casi igualando su paso, se adentró en el pasillo oscuro con al menos media docena de puertas, solo al final vio la claridad de otra pieza. La cocina pronto se abrió ante él, luminosa pues daba al este, amplia con una mesa central de madera fuerte, con el desayuno casi dispuesto. Rudolf se encontraba ante un antiguo fogón de carbón, aunque en la otra parte de la estancia había una más moderna de gas. Sobre ella una cafetera y el conocido olor de la achicoria.

El viejo comprobó que estaba casi a punto de hervir, antes de coger un par de tazas desiguales y ponerlas sobre la mesa. Se volvió de nuevo con agilidad y abrió la panera sacando pan de centeno con pinta de endurecido. Lo cortó en rebajadas y lo dejó sobre la plancha de la cocina de carbón, pronto el olor a tueste le llegó a la nariz a Tony, que permanecía en silencio y de pie a dos pasos de la mesa.

—¿Qué haces ahí? Toma asiento. ¿O eres tan remilgado como tu padre el inglés y necesitas una invitación formal con ribete dorado?

Eso casi le hizo reír, su padre Raymond Daylight, siempre había usado etiqueta y formalismos en casa, a pesar de ser tres solamente, y no recibir sino de vez en cuando alguna visita de amigos.

—Vaya, conocía bien a mi padre.

—No sé si bien o mal, estuve en vuestra casa unas cuantas veces. La primera, recién casado con tu madre, ella estaba entonces embarazada de tu hermano. Cosa que me hizo sospechar si no habían adelantado demasiado los acontecimientos esos dos... en fin, no pregunté, apenas estuve dos días y creí ver que Katherine era feliz con la decisión que había tomado. Era mi única hermana, mis padres estaban mayores y muy disgustados con su fuga con «el inglés». Cuando volví intenté tranquilizar a tus abuelos diciéndoles que ella era muy feliz, que había encontrado su lugar en el mundo.

»Cuatro años más tarde volví a Gran Bretaña, a conocer a tu hermano, era un crío listo muy parecido en rasgos a nuestra familia, lo que me llenó de satisfacción. Había poco del inglés en sus rasgos, salvo que parecía un poco

«estirado», para ser tan pequeño.

»Cuando volví tú eras un mocoso recién nacido, tenías toda la pinta de ser más inglés que alemán, con todos esos rizos y tus ojos azules. Esta vez el inglés había ganado. Pero cuando supe tus inclinaciones por la música, y el piano, a través de las cartas que Katherine recibía desde Inglaterra de puño y letra de Heinrich, pensé «jódete inglés».

Su tío se rió con ganas. Se sentó frente a él y sirvió el café, le instó a desayunar como haría con un crío y él obedeció. Había salido de la buhardilla de Geüser sin romper el ayuno y era un tipo con apetito sano.

—Y bien sobrino, explícame ¿qué te trae por aquí? Aparte de una nota de Rankin que recibí hace una semana anunciando tu visita y pidiendo discreción, no me dice nada comprometedor salvo algo sobre una chica y un crío. Se desde hace tiempo que Ludwick se ha movido entre dos aguas, ante todos ha sido un férreo defensor del régimen, aunque fuese de origen suizo, pero aparte llevaba más que una doble vida, en fin, que te voy a contar que tú no sepas.

Tony tomó otro sorbo de café que no estaba tan malo como creyó al principio y miró profundamente al hombre que tenía frente a él. Era su familia, y supuestamente su enemigo. Joder era general de Inteligencia del Tercer Reich, según tenía entendido muy cercano a Hitler en los primeros años de su régimen. Sin embargo, aunque todo lo aprendido durante años, toda la propaganda aliada y de su propio país le impulsaría a odiarle, a destruirle, no podría hacerlo. Ante él era solo un anciano, con un pie más cercano a la tumba que a otro lugar.

—Ante todo, general, gracias por recibirme en su casa.

—De nada, Anton—. empujó el pan tostado, junto a mantequilla enlatada—. prueba, es de «contrabando». Me ha costado bastante pero es uno de los pequeños lujos que me permito ahora que todo va a acabar.

—No tiene por qué, Rankin quiere que le saque de Berlín en las próximas horas hasta un lugar seguro. Tememos que, bueno, que no se respete ni a la población cuando...

—Nada tengo que perder, salvo la vida, sobrino, y es más que triste y aburrida mi existencia desde que Gertrud, en fin, murió. Mis hijas están lejos, creo que a salvo aunque ya en terreno tomado por los aliados, uno de mis

yernos está muerto y otro desaparecido. Pero son mujeres fuertes, sé que saldrán de esta.

Tony suspiró hondo, notó una corriente de simpatía con su tío en esos instantes. Ese hombre poco le importaba ya la vida sin su mujer. Su propia vida era miserable y solo llevaba cuatro o cinco días lejos de Alexandra. Ella se había colado debajo de su piel de una manera increíble, se había adueñado de su alma, ni su propia seguridad le importaba si sabía que ella podía correr algún peligro.

—Ni Rankin, ni mi hermano Heinrich me perdonarían que, habiendo podido sacarle de aquí, le dejase a merced de la entrada de los aliados y los rusos, maldita sea, es un general. Vendrán a por usted.

—Tengo mi escopeta de caza, un par de buenas pistolas, y hasta un sable de la Gran Guerra. Me defenderé si vienen a por mí, y como última instancia...— se llevó los dedos índice y corazón a la sien, y con el anular imitó el movimiento de un gatillo.— No hay nada que salvar bajo esta vieja carcasa—. se sacudió la bata con desdén.

—Pero...

—No vas a convencerme, muchacho, lo sabes.

Tony miró al plato donde estaban aun calientes sus tostadas todavía sin untar con la cremosa y aromática mantequilla.

—Y bien sobrino, no has respondido a mi pregunta, no creo que lo que te haya traído a mi puerta sea tu súbito cariño por este viejo. Rankin me dijo que te ofreciese refugio si lo necesitaras, por que estás aquí en una misión especial.

Daylight sonrió al viejo, quizás empezaba a simpatizar su forma directa de hablar, su sinceridad, y el que llamara a cada cosa por su nombre.

—Una mujer, me trae una mujer, general. Una preciosa pelirroja a la que me gustaría presentar como mi esposa. Eso espero hacer a la vuelta a Gran Bretaña.

—¿Y qué demonios hace tu futura mujer aquí? ¿Es alemana?

—No, es escocesa. Es, bueno, ha recibido mi entrenamiento personal para entrar en Berlín, tiene la misión de rescatar a un niño. El chico es hijo de su hermana y de un alemán, un tal Verner Rosenbaumn. Ambos padres han muerto y ella quiere llevarlo fuera de la ciudad, está en un orfanato.

—Sobrino, eso es algo casi imposible. Más que entrar por lo visto, teniéndote aquí delante, pienso en donde tendrán los ojos y las cabezas nuestro ejército.

—Para un hombre solo, no tan difícil, mi general, sus hombres estaban mirando en ese momento al cielo, a varias docenas de aviones que entraban por su zona hacia Berlín.

—Pero arrastrando a una mujer y a un crío—. el viejo negó con la cabeza mientras se servía una segunda taza de achicoria.

—Mi mujer es más que capaz—. al decir esto su pecho se hinchó de orgullo, si, creía firmemente en ella—. Cuenta con sus propios medios, pero estoy aquí como apoyo y red de seguridad. Esto es algo, bueno, privado, nuestro gobierno no sabe nada, y así debe de seguir siendo.

—Por mi parte sobrino, nadie se va a enterar de esto. Hace años que no soy parte nada más que de esta vetusta y fría casa, que cualquier día se caerá a pedazos, sola o por un bombardeo. Ante todo, aunque jamás nos hayamos visto, te considero parte de mi familia.

—Sé que usted, bueno, que ha dicho a Rankin que puedo esconderme aquí mientras todo sucede, hasta que pueda irme de Berlín con mi mujer y el niño.

—Y si no podéis, nos atrincherarnos en el sótano, hasta que todo pase, tengo bien provista la despensa de latas y alimentos preparados. Soy zorro viejo, y las pasé putas en la Gran Guerra, llevo acumulando hace meses por si «acaso».

Tony sonrió, y esta vez tomó el pan y empezó a untarlo con una ligera capa de mantequilla.

—Preferiría que todos saliésemos de aquí entre veinticuatro y cuarenta y ocho horas, usted incluido.

—Deja de insistir y termina de comer, jovenzuelo.

No iba a conseguir nada, por ahora, pensó para sí Tony, Miró su reloj de acero, en breve tendría que ponerse en marcha, primero a echar un vistazo al orfanato. Luego caminaría a Charlottenburger Chaussee, para comprobar que todo marchase bien y ver aunque fuese de lejos al viejo Lambrecht.

—Por cierto, Anton, sé por Rankin que tengo dos sobrinos nietos.

—Sí, Raymond y Cedric, dos torbellinos, se parecen a Heinrich, aunque

han sacado mucho de Dafne.

—Ah, la preciosa Dafne, ¿son felices? También supe que salió con bien del consejo de guerra.

—Tuvo un buen abogado y muchísima suerte.

—Me hace muy feliz saberlo. Al menos una gota de nuestra sangre sobrevivirá a todo esto. Mellizos, que bueno—, sonrió—, mis hijas son mellizas, será de familia.

—No lo sé, ya le diré cuando le vuelva a hacer tío abuelo por mi parte. Pienso ponerme a ello en cuanto todo esto termine.

La pícaro risa de ambos hombres llenó la cálida cocina.

—Y bien muchacho ¿qué vas ha hacer hoy?

—Tengo que ir al orfanato, ver su seguridad, en fin...

—¿Así vestido?— Rudolf negó con la cabeza.

Tony se miró, su ropa era de lo más normal, anodina más bien. Parecía un trabajador, un obrero más.

—No hay otra, mi general. Con ella he llegado hasta su casa, así y fingiéndome cojo. Soy demasiado joven para no estar activo en el ejército o en las milicias ciudadanas.

—Pues habrá que solucionarlo. Sígueme.

El tono del Strieber de nuevo, no admitía un no por respuesta. Lo siguió, pasillo adelante hasta de nuevo el recibidor, y escaleras arriba hacia el primer piso. Era una casa antigua. Una mansión que debió vivir todo su esplendor hasta hace relativamente poco. Ahora el polvo se acumulaba en los marcos de los cuadros y sobre los pocos muebles que no estaban cubiertos con sábanas blancas. Entraron en un dormitorio que debía ser el principal. La cama estaba deshecha. Aunque el resto estaba en relativo orden.

—Hay una señora que, si no hay bombardeo o algún problema suele venir un día a la semana. Solo se dedica a las piezas que uso, el dormitorio, la cocina, el baño y los corredores—. abrió una puerta en uno de los laterales de la habitación, era el vestidor—. Esta semana no ha venido. Aquí está—, sacó en su percha un impecable uniforme de campaña, si no se equivocaba aunque era algo antiguo, tenía los galones de coronel. Si la persona no estaba realmente metida en el ejército no notaría en extremo la diferencia con otros más actuales. Aunque tampoco se extrañaría que se reutilizase algún

uniforme, hacía tiempo que las grandes fábricas de los suburbios dejaron de producir telas y pertrechos de guerra.

Tony entrecerró los ojos, ¿hacerse pasar por oficial alemán? Soltó aire lentamente. Sí, no estaría mal. Nadie se metería con alguien con uniforme, y encima con esos galones. Tomó la percha y midió sus proporciones. Strieber debía de estar más en forma cuando usó ese atuendo por última vez.

—Tiene más de diez años, sobrino. Pero está como nuevo. Mi esposa era una sentimental, y a estas piezas le tenía un cariño especial, quizás fue «el buen estreno» que tuvo—. El viejo sonrió melancólico mientras su mente vagaba por tiempos mejores—. Pruébatelo.

Tony lo dejó sobre el cercano sillón, y se deshizo de sus botas. El general volvió a entrar en el vestidor, y mientras Tony sacaba su ropa y se metía los pantalones que se amoldaban a su cuerpo perfectamente, volvió con un par de zapatos impolutos. Los dejó al lado del sillón. Tomó la camisa y se la abotonó. Le estaba algo justa de hombros, aunque también era la moda de hace unos años en los uniformes, unido a que ostentaba más cantidad de músculo que su tío en esa época. La fina corbata, y al fin la charretera. Los zapatos le venían algo estrechos, pero era una ligera incomodidad, comparado con la de puertas que le abriría tal vestimenta.

De uno de los cajones, bajo llave, Rudolf sacó los correaes y la pistola reglamentaria. Le ayudó a ajustársela, y dio dos pasos atrás para contemplarle, mientras el joven se ponía la gorra militar.

Ante la sorpresa de Tony el hombre se llevó la mano a la frente, cuadrándose con un gesto de orgullo ante el joven.

—No importa que uniforme uses, muchacho. Sé de buena tinta que eres un héroe, y de los que nadie conocerá sus hazañas, de los que no escribirán en los libros de historia, los que nunca alcanzarán la gloria ni el reconocimiento público. Aún así, hay más valor en ti, para mí, de lo que puedes llegar a imaginar, y en tu hermano Heinrich. Ambos sois hombres cabales, eso es lo que me importa, no la bandera bajo la cual luchéis, lo que es válido para mí, es que seáis fieles a vuestras convicciones, a vuestros principios, dejando fuera pueblos y creencias. Las naciones surgen y mueren, al igual que las ideologías. Yo, por mi parte, estoy orgulloso de vosotros, los hijos de mi hermana, mis sobrinos, por que son dos hombres con honor y valor para

luchar por su futuro.

El silencio se instaló entre ambos hombres, pero lleno de comprensión, un momento sin distancias, que decía más que todas las palabras que pudiese contener el universo.

Juntos bajaron la escalera, de ruido de fondo la radio cambiaba la tonada de música ligera por los *bips* que anunciaban otro nuevo parte de guerra. Ambos hombres prestaron atención, mientras caminaban a la salida.

—..las tropas soviéticas avanzan actualmente desde los flancos norte, oeste y suroeste. Se pide a la población en general, mujeres niños menores de catorce años y ancianos impedidos que estén atentos a las próximas horas, y no dejen de escuchar las noticias, se les pedirá en breve que, abandonen sus casas y se refugien en sótanos habilitados con alimentos y si es posible armas, o en el cinturón del metro de la ciudad. Los hombres de quince a sesenta y cinco que puedan empuñar un arma deben de acudir a las milicias a por la oportuna instrucción y si es necesario defender con su vida hasta el último edificio de Berlín. Tropas, milicias, estamento militar en general, permanezcan atentos a las órdenes, defiendan con su vida nuestra patria, nuestros ideales, ¡Heil Hitler!

—Ya has oído, sobrino, ve en busca de tu mujer, del niño, y los sacas de este infierno a la voz de ya.

CAPÍTULO 19

SE ajustó el pequeño sombrero después de que milagrosamente hubiese sobrevivido en el fondo de su equipaje. Igualmente tuvo suerte con el resto de su ropa. Tender las prendas unas horas junto al vapor de la ducha alisó sus arrugas. Un correcto traje de chaqueta azul marino, con una falda que se ajustaba a sus formas como un guante hasta la mitad de sus pantorrillas, pero con una raja sobre la rodilla izquierda que se abría hasta esta para facilitar su paso. Una camisa blanca con un discreto adorno de encaje mínimo en su frontal cerrado por botones de nácar, y un bolso sencillo, al igual que sus zapatos con tacón de apenas cuatro centímetros. Se ahuecó un poco el cabello ondulado mientras terminaba de ajustarse la ropa. Todo su aspecto era formal, sencillo y natural. Esperaba no tener problemas para entrar en el orfanato.

Después de una larga noche en duermevela, en la que no se sintió cómoda en la cama, ni a estando bajo el mismo techo de Lambrecht. Sin saber porqué, el tipo le seguía dando mala espina. A la vuelta del refugio insistía en que comiese algo, incluso se mostró algo irritado cuando ella negó tomar nada más que agua del grifo e irse a a cama.

Había esperado a después del almuerzo para ponerse en marcha. Apenas comió unas galletas aquella mañana en el desayuno. Y su comida quedó sin tocar en la mesa ante la mirada reprobatoria de Lambrecht a la hora del almuerzo Pero tenía el estómago completamente cerrado. Toda la mañana las calles habían sido un hervidero de ambulancias, contingentes de obreros retirando escombros, y tropas en movimiento, y queriendo pasar más

desapercibida, esperó a que las cosas se tranquilizaran después de la noche de bombardeo, y rogó para que no se repitiera en las próximas dos horas que calculó que necesitaría.

Cuando retiró la silla bajo el pomo de la puerta de su dormitorio, tomó profundamente aire, mientras la dejaba al lado de la puerta. Esa noche la puso allí mismo, no se sentía segura en esa casa. No supo si era por estar dentro de una ciudad enemiga y sitiada, o por su extraño anfitrión, el cual no había sido muy hablador esa mañana, antes de bajar a atender su negocio. Antes de entrar a vestirse le había preguntado si tenía algunas golosinas o algo que llevar como donación al orfanato como excusa para entrar. Incluso le puso encima de la mesa un fajo de billetes que él ni miró. Y de nuevo antes de desnudarse para cambiarse de indumentaria había trabado la puerta como anoche.

mientras más tiempo pasaba allí más veía cosas extrañas a su alrededor, falta de fotos familiares, no encontrar cosas en su misma cocina, o en los cajones de la casa sin antes buscarlo largo rato. En fin, pudiese ser que el hombre fuese algo despistado, o hubiere dependido en exceso de su esposa, y ahora que había fallecido estuviese algo perdido. Pero aún así, mientras tuviese que pernoctar en esa casa, puso la misma silla bloqueando la manija de su puerta, y un estilete como única arma que coló por el cordón de seguridad alemán bajo la almohada.

Tomando el bolso firmemente, salió de su alcoba, para su sorpresa, puesto que creía que él no hubo tomado en cuenta su petición, encontró una bolsa de papel llena hasta arriba de caramelos de brillantes envoltorios sobre el mueble que adornaba la entrada. Lo tomó hasta su pecho y le llegó el aroma a azúcar y fruta. Sonrió, pensando que quizás la maniática era ella, y Lambrecht un pobre tipo solitario, demasiado tiempo aislado de los suyos en un país enemigo. Eso podía volver algo «excéntrico» a cualquiera.

Con el ánimo renovado, bajó con rapidez las escaleras hacia la calle desde el apartamento. Una vez fuera de la casa, apenas pasó por la puerta del negocio, saludando con una sonrisa y con la mano, a Gerb, que en ese momento estaba atendiendo a su clientela, a pesar de los estantes ya casi vacíos. En verdad no prestó atención si él la había visto o no, sus pensamientos estaban divididos entre ir en busca de Axel, y el

desconocimiento de que Tony hubiese podido o no alcanzar Berlín. Tal y como llegaban noticias, pensó que era humanamente imposible romper el cerco, y penetrar las defensas un solo hombre, por muy curtido que estuviese.

Si estuviese ya en la ciudad, hubiese sabido de su presencia, seguro. Estaba sola, admitió para sí. Lambrecht, aparte de refugio, no le sería de demasiada ayuda. En pocas horas tenía que hacer lo posible por sacar al pequeño del asilo y cruzar por la zona sur, suroeste, en busca de tener suerte y poder ocultarse en algún sitio fuera de Berlín, una aldea o granja próxima, y esperar mantenerse con vida hasta encontrarse con las tropas británicas, para las cuales llevaba sendos salvoconductos. Prácticamente una locura, pero visto el deplorable estado de la capital después del bombardeo, y solo tuvo que alejarse tres calles del comercio de Lambrecht para comprobarlo, no era tan descabellado. La opción de quedarse y ocultarse en el metro con el niño, como el resto de ciudadanos, era la otra alternativa. Pero solo lo haría en última instancia.

La vio pasar, el supuesto Lambrecht reprimió un maldición. Si anoche hubiese consentido en tomar aunque fuese el más mínimo alimento, podría mezclar algún sedante ligero, esperar a que durmiese y luego inyectarle su dosis de escopolamina. Pero no, se negó en redondo a tomar nada, y se retiró al dormitorio que le había asignado. Escuchó como atrancaba la puerta con la silla, la muy zorra. Era demasiado lista o estaba muy bien entrenada. No como *Ojitos Azules*, ella confió en él nada más que desplegó sus armas de seducción en aquel andén.

Después de volver de los subterráneos tras el fin del bombardeo, había llegado hasta su dormitorio, el del verdadero Lambrecht, retirado el viejo cuadro con el paisaje mal pintado y aplicado su ojo a la diminuta mirilla que instaló hacía dos días que asomababa justo entre los adornos de metal curvado de la base de una lámpara de aplique con la bombilla fundida. Y por supuesto orientada al espectáculo de la cama de su huésped.

Con sumo placer la contempló desnudarse, y meterse entre las sábanas. Pudo comprobar un cuerpo pleno, de largas piernas, pecho exuberante, hombros redondos y un trasero tentador para probar las más bajas

perversiones.

Y no estaba dispuesto a perder su oportunidad con esa hermosa amazona pelirroja. Si ella volvía, le importaba una mierda si traía el crío o no, con la comida, seguro que con casi veinticuatro horas sin probar alimento no se negaría, las drogaba a ella y al criajo.

Una bala para el niño, y horas de sádica tortura para ella. Sonriendo, despidió al último cliente, al no entrar en ese momento nadie más que estuviese haciendo acopio de provisiones, puso un cartel de «salgo a hacer gestiones», y cerró. Tenía que desahogarse un poco. Y puesto que por ahora no podría hacerlo con el suave cuerpo de la chica, daría un «repaso» al viejo. Unos cuantos golpes, escucharlo suplicar en la oscuridad del sótano, no era lo mismo, pero calmaría sus ansias que le agujijoneaban de sentir el poder sobre un ser definitivamente «inferior.»



La puerta golpeó la pared, debía de estar en estado de duermevela, puesto que cuando abrió los ojos acostado sobre el viejo colchón, en el rincón más amplio de su celda del sótano, el viejo Lambrecht, lo que vio fue a ese cabrón de Germaik, que había tomado su lugar, apuntándole con un arma. Quiso cerrar los ojos y desechar esa imagen, pero una patada en las costillas le hizo definitivamente despertar.

—Arriba inútil—. La rasgada voz de su captor llegó a sus tímpanos. ¿Qué quería de él? ¿No lo tenía reducido y encerrado desde hacía días, a medio comer y a su merced? ¿Por qué no le dejaba en paz? La noche anterior, porque supuso que era así por los sonidos que apenas llegaban de la calle, había sido horrible. Escuchó despierto cada una de las bombas que caían sobre el suelo de Berlín, las ráfagas de la artillería intentando casi sin éxito repeler el ataque, voces histéricas por la calle intentando llegar a los refugios, y él allí, encerrado en el fondo de un sótano. Rogando a ratos por escapar con vida, y en otros momentos que un estallido acabase con su miserable existencia. Sabía que su muerte estaba próxima, ese cabrón no le dejaría con vida después de utilizar a su antojo a la joven inglesa que se alojaba arriba, creyendo que estaba a salvo. Sí, a salvo, había caído en las garras de un perverso loco.

Quizás ahora mismo estuviese sobre ese somier, desnuda y atada, igual que lo estuvo *Ojitos azules*. ¿Y quería un testigo de su barbarie? Ni muerto, una vez más no, no podría soportarlo.

Lambrecht ante los gritos de nuevo de su captor y dos certeras patadas más en los riñones se levantó trabajosamente del suelo. Apartó un mechón de pelo cano que caía sobre su sudorosa frente y miró como un bobo el cañón de la pistola.

Una bala, una sola bala misericorde, y todo habría acabado. Encontró un poco de valor dentro de sí mismo para abrir la boca.

—¿Qué quieres de mí Germaik?

—Nada, cerciorarme que, pase o que pase, permanecerás calladito.

Retiró apenas el arma, y le soltó un zurdazo en el aún orondo estómago de Lambrecht. Este perdió todo el aire y se dobló sobre sí mismo resollando.

—Eres un blando viejo—. Un segundo golpe le alcanzó el mentón, cuando levantó la cabeza apenas.

Lambrecht no tenía nada que perder. Era hombre muerto, ¿A qué sufrir más? Sin pensárselo, agachó la cabeza y se lanzó contra Germaik con más torpeza que rapidez, este sorprendido movió el arma, sin llegar a apuntarle y disparó.

El sonido reverberó en toda la estancia. El ruido de su cuerpo al caer casi se perdió entre los ecos. Lo último que escuchó fue la voz desagradable de Germaik y la humedad de su saliva resbalando por su mejilla con barba de varios días, desdeñosamente había escupido en su cara.

—Imbécil.

Luego poco más, pasos amortiguados y a pesar del dolor, una paz irreal se adueñó de su cuerpo y su espíritu.

Germaik salió echando maldiciones. El muy idiota, no le dejó disfrutar de su mortificación, se había lanzado a ciegas contra él y como acto reflejo acabó con su miserable existencia con un disparo en el pecho.

Subiendo las escaleras del sótano, encajó su puerta.

Que mierda importaba, en pocas horas tendría el cuerpo pleno de la inglesa solo para él. El viejo Lambrecht tampoco le hubiese dado demasiado juego.

El metro continuaba sin funcionar a aquellas horas, pero tuvo suerte y tomó un taxi de los que apenas circulaban, dándole la dirección de la calle donde se encontraba el hospicio que albergaba a su sobrino. El taxista inició la marcha casi trabajosamente, tuvo que dar rodeos obligados al encontrarse diversas calles bloqueadas por derrumbes o agujeros en las vías de asfalto. La actividad de Berlín más al centro era casi frenética a su pesar. Camiones con soldados movilizados, personas que parecían tener inmensa prisa por ir o volver de sus asuntos. Obreros retirando materiales de deshecho y dejando paso en algunas arterias principales. Todo el mundo pintaba en su rostro cansancio, y en muchos casos el hambre por el racionamiento, y nerviosismo, sin excepción, desde el niño hasta el anciano.

Una vez que llegó a su destino, mientras pagaba la cara carrera, preguntó igualmente donde había una parada cercana para su vuelta. El taxista le informó diligentemente de un par de ellas en dos direcciones distintas y bastante próximas con una sonrisa y mirándola de arriba a abajo. Alexandra se alejó al fin incómoda. No estaba acostumbrada a sentir la mirada de los hombres de esa forma tan descarada, y eso que el taxista debía de andar ya cerca de los sesenta.

Enderezó los hombros para pasear por la calle. No se apresuró, desde allí mismo veía el enorme edificio de cemento gris donde se albergaba el asilo de niños huérfanos. La idea de entretenerse a observar un poco el lugar desde el café de enfrente, descartada, el local estaba cerrado, una de sus esquinas destruidas por el impacto de un proyectil, aunque las aceras habían sido casi limpiadas de escombros, seguramente por los vecinos para poder salir o entrar de sus domicilios. Se estremeció al pensar que por solo una decena de metros no había impactado contra el orfanato donde estaba su sobrino. No, no podía dejarlo allí ni un minuto más, a como diese lugar hoy lo sacaría de aquel miserable lugar.

Con el paquete de caramelos bien apretado contra su pecho, controlando el acelerado latir de su corazón con respiraciones lentas, avanzó hasta la portería del edificio. El hombre que la guardaba tenía la cara terriblemente mutilada con cicatrices y quemaduras, incluso le faltaba un ojo, sustituido por uno inerte de cristal de un color desvaído y para nada natural.

—Buenos días, me gustaría ver a los niños, he traído algunos caramelos

para alegrarles un poco después de los bombardeos de anoche.

El portero la miró con cierta extrañeza.

—Buenos días Fräulein ¿Tiene usted algún lazo familiar con alguno de ellos?

—Yo, bueno conozco a la familia de uno de los pequeños, es decir la conocía, a los Rossebaum, el niño se llama Axel. Solo me he acordado que es tan pequeño y puede estar asustado, ¿están todos bien?

—Fräulein, ¿quién es usted si me permite? He de anunciarla y pedir permiso a la directora, si desea entrar. Sobre todo si pregunta por Rossebaum, está señalado como en régimen «especial» para las visitas.

—Soy Anna, Anna Kisler, solo se me ha ocurrido venir al tener en casa estos caramelos, no voy a tardar demasiado, repartirlos entre ellos, poco más. No es necesario que llame a nadie.

El hombre era serio pero le hablaba con amabilidad no forzada.

—Señora, le agradezco su gesto, pero aún así, tenemos orden de que nadie puede entrar sin el permiso de la directora. Así que si me permite, avisaré a Frau Seitz—. El portero estaba levantándose de su silla para volverse y salir tras el mostrador.

Si el bedel o la tal Frau Seitz, le pedía su documentación e indagaban, no sabía hasta que punto podría pasar por buenos. Encima se enteraba ahora que Axel estaba especialmente vigilado, sin duda el dato que era medio inglés no había escapado al férreo control del régimen. Tenía que largarse, e intentar otra cosa, como confundirse con la entrada de personal de servicio, no sabía, era un impulso loco, a la desesperada, llevado por sus deseos de ver a su sobrino, de cerciorarse que estaba sano y salvo lo que la había llevado a eso. Tony estaría negando con la cabeza si a viese en ese momento, y su voz profunda le diría a modo de advertencia y regaño, «McKonky...» Reaccionó dejando el paquete ruidosamente sobre el pequeño mostrador, algunos caramelos salieron de su paquete y rodaron por la superficie de madera gastada.

—No, no es necesario, le dejo aquí. Volveré luego, otro día, ya veré.

Se dio presurosa la vuelta, tenía que alejarse con rapidez, huir hoy para volver a luchar mañana se dijo. Error de principiante, diría su instructor, negó con la cabeza, maldiciendo su maldita impulsividad.

Apretó su bolso en su mano, caminó lo más rápido que pudo, no se volvió a mirar, sabía que el bedel seguramente extrañado la estaría contemplando alejarse, y quien sabe si llamando a la dirección o a la mismísima policía militar.

Había sido una completa tonta, actuando sin pensárselo dos veces sin un plan claro y preciso. Se había dejado llevar por sus emociones dada la cercanía del pequeño que aun no conocía pero que ya quería como propio.



Lo había visto todo desde las sombras del alero de un edificio cercano. Había estado a punto de irse cuando pasó la hora del almuerzo. Pero se alegró de haberse quedado un poco más. Sufrió por ella, a la vez que sus ojos se alegraron de contemplar su hermosura. Su mujer, a apenas veinte metros de él, dejando aquel pequeño paquete de papel marrón sobre el mostrador, la notó firme por momentos y en otros vacilante. Aguzando el oído escuchó la conversación, sobre todo la parte de que el chico estaba bajo vigilancia «especial». Debían de haberlo supuesto. Luego el movimiento del hombre y el repentino huir de ella. «Mal hecho McKonky», recriminó mentalmente a su alumna. Si se da el paso, hay que llegar hasta el jodido final.

Salió de su improvisada guarida, cuando ella, sin verle, cruzó ante su escondite. Tuvo casi que correr, ella tenía las piernas muy largas, y a pesar de los tacones que embellecían sus pies, le podía dar esquinazo en el recodo de la calle si conseguía llegar a un taxi. Un viandante le miró sorprendido, pero no le hizo caso, Debía de alcanzarla, y volver al orfanato antes de que alguien diese la alarma..

Alexandra notó que alguien llegaba a su altura, el golpeo de pasos con fuerte calzado sobre la acera tras ella. Se obligó a ir más ligero, pero una mano firme y enguantada se ciñó a su brazo. Ella se volvió apenas en un segundo al notar que un desconocido uniformado estaba a su diestra. No podía ser, imposible que el bedel hubiese mandado a algún soldado o policía en su búsqueda. Dispuesta a hacer el papel de señora ofendida por tal trato, se giró hacia el hombre. Unos ojos azules penetrantes, y un cabello domado bajo una gorra militar de coronel, para su sorpresa, Tony disfrazado como oficial, la tenía en su mano,

—Agárrate a mi brazo y continúa andando— susurró.

La hizo caminar más aprisa, con su simple mirada supo que debía de obedecer y callar. El hombre echando un vistazo atrás y luego en derredor, la hizo entrar en un estrecho callejón lejos de las miradas de los transeúntes. Se internó más, casi al fondo, buscando la protección de unos escombros amontonados.

Allí, contra la pared, la acorraló, tomó su rostro entre las manos, y la besó con fiereza. Ella abrió sus labios a su asalto, dejándose llevar por esos instantes de pasión. Cuando el dejó sus labios, apoyó su frente contra la de ella, quitándose la gorra militar arrojándola al suelo con descuido.

—Mal hecho McKonky. Has dejado que te vean la cara, sin un plan, no puedes iniciar una misión de rescate. ¿En qué coño estabas pensando? Mejor aún, ¿pensabas?

Las duras palabras hirieron su ego, quiso zafarse, pero Tony se lo impidió agarrando con fuerza sus antebrazos, y pegando su duro cuerpo contra el de ella.

—Déjeme, instructor.

—No, has cometido un error y tenemos que subsanarlo.

—Y lo haré, yo sola.

—No, ahora yo tomo el mando.

—Y una m...

Tony volvió a atrapar ese rostro enrojecido entre la vergüenza y la ira, acallando sus palabras con un largo y posesivo beso.

La miró a los ojos mientras dejaba de devorar su deliciosa boca.

—Calla y escucha. Te voy a confesar algo, McKonky. Mi primera misión en solitario fue aquí mismo, en Berlín, hace demasiados años. Un simple trabajo de correo, que estuvo a punto de irse al cuerno por que yo me dejé llevar por sentimentalismos. Apartándome de la ruta prevista me fui directo a buscar a mi madre, no pensaba acercarme demasiado, no iba a hablar con ella, pero necesitaba verla. Me desvié del protocolo, y estuve a punto de pagarlo perdiendo la información. Estuvieron a punto de cogerme, por suerte Falcon, a pesar de haberme dicho que me dejaría volar solo, el muy... vino tras de mí. Era el mejor, me siguió por media Europa, y por Berlín y no advertí su presencia. Él me salvó el trasero a última instancia, luego me dio

dos bofetadas, y me espabiló. Me gritó un rato, y me dio otra lección, «no te dejes llevar por sentimentalismos *Niño Bonito* cuando la misión está en juego». ¿Sabes mujer? Yo estoy también demasiado cerca de dejarme llevar ahora por ellos.

Alexandra asintió. Tony llevaba toda la razón, había dejado que sus sentimientos gobernaran a su razón.

—Lo comprendo.

—Bien. Ahora, el plan es volver ahí, entrar y comprobar sobre el terreno el lugar. Pediremos ver a la directora, y por supuesto al niño. Puesto que llevo este uniforme, no creo tener muchos problemas para apabullar a unos civiles, ¿me sigues?

Ella le miraba con sus preciosos ojos verdes, mientras recuperaba la compostura poco a poco. Él no dejaba de estar pegado a su cuerpo, como un imán.

—Pero esperaremos un poco. Comprobaremos que no se acerca ningún elemento policial o militar, antes de la hora del almuerzo, será nuestra entrada.

Trazó para sus oídos un sencillo plan, tanto que no creía que fuese a ser descubierto, al menos en primera instancia. Miró el reloj varias veces, iba demasiado despacio, mientras ellos continuaban ocultos. De vez en cuando, Tony abandonaba la seguridad del callejón estrecho y sin salida, para comprobar que ningún elemento policial visitaba el orfanato.

—Soy Anton Strieber, recuerda, sobrino del general retirado Rudolf Strieber, coronel del ejercito, de baja por herida de guerra. Tú eres Anna, mi querida, dulce, callada y sumisa esposa.

Ella le miró frunciendo el ceño unos segundos ante tal colección de epítetos en ninguno de los cuales llegaría en la vida a encajar. El plan de visitar sola el orfanato interesándose por los niños y especialmente por Axel ya le había señalado. mientras antes volvieran a enfrentar el asunto, menos tiempo les daría a la directora del centro ha hacer averiguaciones o a avisar la mismísima Gestapo, si decidía que le parecía sospechosa.

—Mi documentación pone que soy viuda...— señaló Alexandra.

—Espero que aún tardes muchos años en disfrutar de tal estado, querida, ahora, estás bajo mis órdenes. Obedece. No importa lo que ponga, ni siquiera

te harán el mínimo caso.

Los verdes ojos de la pelirroja le miraron ceñudos, como si fuese a responder alguna de las suyas.

—Estoy escuchando girar las ruedas de tu mente Alex—. ella asintió—. Sabes que llevo razón. Tengo apoyo, gente que puede respaldarnos y escondernos, y tú solo a ese viejo de Lambrecht, que lleva demasiados años como topo e inactivo. En principio intentaremos sacarle a las buenas. Si no, aguardaremos a la noche, a que todos se duerman, entraremos, le sacaremos y huiremos. ¿De acuerdo?

Se afianzó a su brazo, y se acomodó al paso de Tony que ahora caminaba con una cojera no muy pronunciada al salir de nuevo de su escondite. Pronto estuvieron de nuevo ante las puertas del asilo para huérfanos. El bedel, ante el imponente uniforme de coronel que vestía Tony se cuadró y no prestó atención a Alexandra,

—Señor, mi coronel, ¿qué desea?—. Como veterano, el hombre se cuadró marcialmente.

—Ver a la directora. Inmediatamente.

—Señor, disculpe, ¿Tiene usted concertada una cita con Frau Seitz?

—No la necesito. Es un asunto urgente e importante. Mi esposa ha querido adelantarse para no robarme tiempo de mis obligaciones esta misma mañana, y no la dejan entrar. Me he visto instado a acudir, excusándome de mis más importantes obligaciones para con el Führer. ¿Nos va a hacer aguardar en la puerta? ¿O va a avisar a Frau Seitz de que está haciendo esperar a un coronel del Gabinete del Tercer Reich?

El bedel les hizo pasar caminando a pocos pasos de ellos haciendo burdas reverencias a cada esquina que torcían. Pronto estuvieron instalados en el despacho de dirección. Una vez que el bedel salió para avisar a la directora. Alex fue a decir algo. Tony le cortó con una mirada ceñuda y le hizo la seña de «silencio», «sígueme la corriente» y «micrófonos ocultos».

—Toma asiento, Anna, seguro que no tardan en atendernos querida—. Le retiró el asiento con caballerosidad y ella se sentó en una de las dos sillas con brazos que estaban ante el viejo escritorio. Su mirada paseó por las paredes desconchadas, y sobre todo por el retrato del Führer que presidía el lugar en un rico marco de pan de oro. Contrastaba demasiado con la pobreza del lugar.

Aunque el despacho no era de las piezas más destrozadas, ni de las peores cuidadas de lo poco que pudo ver del edificio. Los pasillos que hubieron de cruzar para llegar allí estaban peor, el estuco roto, molduras caídas, rajadas en los muros, y suciedad por todos sitios

A su espalda Tony le puso sus manos cálidas y tranquilizadoras sobre los hombros tensos. Él se iba a hacer cargo de todo, a su pesar, le necesitaba. No sabía hasta que punto, y no solo para sacar al niño de aquel lóbrego lugar.

Ella acarició igualmente una de las manos enguantadas de Tony y miró hacia arriba, poniendo una dulce sonrisa en su cara. Cuanto deseó en ese momento un cálido y protector abrazo del hombre, un roce de sus labios, sentir su aroma envolviéndola. Respiró hondo, ahora estaban juntos, pero antes de nada, lo que importaba, en ese instante era saber como demonios pensaba su instructor sacar al pequeño de allí.

Tony sintió tambalearse por dentro. Esa sonrisa era la luz más maravillosa que pudiese alumbrar aquel deprimente lugar. Comprendía hasta que punto ella se estaba poniendo en peligro por el pequeño. Era tan solo un crío por lo poco que había sabido, sin padres, y su único pariente vivo era ella. Él mismo cometió locuras y se saltó el protocolo y las normas montones de veces por su único hermano, y este era un hombre adulto. ¿Qué no haría por un niño desamparado?

La directora apareció en la puerta, algo nerviosa, retorciéndose por unos segundos las manos al parecer algo incómoda. Aunque con porte casi militar, vestida con sobriedad, el cabello entrecano recogido en un moño impoluto, la mujer parecía empequeñecida ante el uniforme de coronel que se había agenciado Tony.

Ella hizo el saludo fascista y él lo correspondió asintiendo como complacido.

—Coronel Strieber, disculpe mi tardanza, por favor tome asiento.

—No tengo tiempo para formalismos, Frau Steins, estamos prácticamente bajo ataque, y, a pesar de estar convaleciente de una herida de guerra, tengo que volver junto a mi gabinete de crisis en menos de una hora. Pero antes he de dejar resuelto el asunto que por lo visto no puede arreglar aquí, mi mujer.

—La señora Strieber no dijo al bedel que era su, su esposa coronel, no sabíamos... Pensó que era una pariente lejana del niño. Los pequeños están a

nuestro cuidado y no podemos... además el pequeño está vigilado por nuestros superiores por sus antecedentes familiares.

—Axel Rossebaum es hijo de un leal y bravo soldado que dio su vida por este país en el infierno de Kiev, Frau Seintz. Queremos ver al hijo de nuestro amigo de inmediato. No nos importa nada más que saber que está bien atendido y a salvo.

—Por supuesto coronel, en un minuto traen al pequeño Alexander Rosenbaum.

Salió a dar la oportuna orden a alguien que supusieron era el bedel que les había atendido. La mujer volvió con una sonrisa trémula, dedicando casi exclusivamente su atención a Tony.

—Enseguida lo tendrá ante usted, coronel. Estarán acabando las clases en estos momentos, pasan un rato en el cuarto de juegos hasta la hora de comer. Intentamos hacer vida normal a pesar de, bueno, la situación actual.

Alex suspiró nerviosa mirando a «su marido». Tony estaba imponente con el uniforme, no sabía donde lo había encontrado o quien se lo pudo proporcionar, pero verdaderamente su porte era magnífico, y con su aplomo y su manejo de la situación, te veías impelida a obedecer.

—Permita, coronel, pero, ¿les une parentesco a ese niño? Su esposa no dijo nada sobre ello a nuestro portero.

—Mi esposa está demasiado nerviosa con el constante bombardeo y mucho ha hecho aventurándose sola y sin escolta para ver como estaba Axel. El padre de ese niño fue uno de mis mejores hombres en el frente de Kiev, le repito, donde desafortunadamente murió. Hace poco, cuando me han devuelto a Berlín por resultar herido recibimos noticias del fallecimiento también de su madre. Y de que sus parientes cercanos no se habían hecho cargo de él. Le prometí a mi mejor capitán que cuidaría de su familia como de la mía—. Señaló con el mentón a Alexandra—. He decidido que mi esposa y yo nos haremos cargo del niño, se criará junto a nuestros futuros hijos.

—Oh coronel, por supuesto, en mejor familia no podrá estar el pequeño huérfano. Todo un militar como usted condecorado—. La mujer sonrió casi con dulzura, a pesar que era toda una vieja arpía con uniforme.

Llamaron a la puerta, y esta se abrió, junto al bedel, de la mano de este, un crío con el cabello dorado casi rapado, alto, pero extremadamente delgado

con ropas que le venían ajustadas algunas y otras demasiado grandes. Sus botas casi rotas, y unos ojos grandes gatunos y tan verdes como los de Alexandra. Esta tembló bajo la mano que mantenía Tony sobre ella. La apretó para que estuviese quieta, y sumisa, en su lugar.

La soltó, tras palmear su hombro ligeramente y se volvió tranquilo observando detenidamente al muchacho.

—A ver jovencito, acércate.

Empujado casi por la mano del bedel el niño anduvo por la raída alfombra hasta quedar apenas a un metro de Tony y alzar su rubia cabeza, mirándole directamente a los ojos.

—¿Eres Alexander Rosenbaum?

El crío se puso firme y hizo el saludo fascista al imponente coronel que tenía delante, como le habían enseñado.

—Alexander Edward Rosenbaum señor. ¡Hail Hitler!

Tony concentrado completamente le correspondió de igual forma, sonrió amablemente y se inclinó una poco para tenderle la mano como haría con un hombre.

—Coronel Strieber, Anton Strieber. Mi esposa y yo vamos a llevarte a nuestra casa. Tu padre fue un valiente soldado y muy querido para nosotros, ya no estarás solo nunca más.

El chico apretó su mano con firmeza a pasar de ser pequeña y huesuda. Estaba demasiado flaco. Eso tendría remedio, era un crío guapo de mirada asustada pero inteligente, se mostraba serio, y cauto. Tony se dirigió con autoridad a la directora.

—Prepare la documentación de adopción, y la firmo ahora mismo. Se viene con nosotros.

—Señor, yo...— La mujer quería agradecer, estaba casi tentada de obedecer—. Tenemos órdenes estrictas, y sobre todo con niños como él. Su madre era de nacionalidad británica. Lleva un protocolo especial, tenemos que dar parte a las SS, y que nos de su aprobación. Se ha mantenido estrechamente vigilado, no vaya a venir ningún—, tosió levemente—. elemento extranjero a llevárselo de aquí.

—¿No ve mi uniforme? Soy coronel y seguro que de mucho más alto rango que el chupatintas que tiene que poner un sello en un miserable papel.

Mi mismo tío es general, ahora retirado de nuestro amado Führer. Estamos bajo inminente ataque, defenderemos Berlín hasta el último hombre, pero este niño y mi esposa los quiero a salvo ¡ya!

—Señor, yo... — la directora estaba nerviosa, se retorció las manos de nuevo—. Puedo hacer algunas llamadas, pero, con nuestra capital en estado de sitio, y a estas horas, no creo que haya nadie en oficinas para que pueda autorizarme.

Tony pensó rápido, hasta ahora con su cuerpo había estado ocultando a Alexandra, adrede. Si el niño reconocía en ella rasgos de su propia madre podría ser peligroso. Pero no iba a poder coger al crío y a su mujer de la mano y sacarlos de allí por lo visto en ese instante. Ese mismo teléfono sobre el que Frau Seitz tenía la mano podía hacer una inoportuna llamada y tener a toda la policía militar sobre ellos.

Se volvió sujetando al muchacho de los hombros en un agarre firme y a la vez tranquilizador. Miró directamente a la directora.

—Está bien, Frau, Steiz, le concedo que todo esto necesitará cierto formulismo. Mañana a esta misma hora podré deshacerme un rato de mis muchas obligaciones en la Cancillería. Así que tiene toda esta tarde y mañana por la mañana para las oportunas llamadas y el protocolo necesario—. Sacó del bolsillo superior interior de su guerrera su documentación y la extendió a la mujer—. mientras toma usted nota, déjenos un rato a solas con el niño, le quiero presentar a mi esposa y que resulte menos traumático todo este trámite.

La directora suspiró más relajada.

—Pasen a la antecámara, si son tan amables, en cuanto tenga todos los datos, dejaré preparado lo necesario, a falta de las llamadas que haré sin falta durante la mañana, y si no puedo por teléfono, me desplazaré personalmente para hacer las gestiones.

Tony asintió con seriedad, y cogiendo de la mano al chico, salió del despacho de la directora, pero sin cerrar la puerta. Si la maldita mujer decidía hacer una llamada ahora mismo, mientras estuviesen allí, estarían perdidos y se vería obligado que sacar su arma y escapar como pudiese aunque fuese a tiro limpio. Aunque el bedel no parecía armado, no se fiaba que aquella mujer con todo el tipo de estar en las secciones femeninas de la SS o de cualquier

otro organismo gubernamental, no tuviese un arma en algún cajón de su despacho, y supiese usarla

—Anna—. llamó con voz firme mientras traspasaba puerta, por un momento Alexandra quedó paralizada con la cercanía del niño, sin querer dar muestras de ansiedad con la directora. Él la escuchó levantarse, y el acompasado taconeo suavizado por la alfombra, bien por ella, estaba actuando con toda corrección, conociendo lo que se agitaba en el interior de su mujer, sabía que podía ser una hazaña para alguien tan temperamental y novato en esas lides.

Tony llevó al chico hasta un diván donde le hizo seña que se sentara. El niño, muy serio le obedeció. Le miraba directamente, a pesar de su uniforme, no parecía inspirarle miedo. Claro, recordó, su padre fue también un mando militar seguramente lo habría visto uniformado. Parecía hasta tranquilo, observador y paciente. Tony asintió al acercarse a Alexandra. Pero para mantener la atención del muchachito, se acuclilló ante él. Puso una mano a cada lado del niño sobre el asiento y los ojos a su altura.

—Axel, a partir de ahora necesito que me prestes mucha atención—. susurró, temiendo ser grabado por algún inoportuno micrófono oculto. Miró de nuevo por detrás de Alexandra que estaba llegando a ellos, y se cercioró que la directora seguía ocupada en abrir carpetas y tomar notas de los datos de la documentación falsa que le entregó. Esta había sido retocada en el último instante usando la cartilla militar de su tío, alterada por su mano, incluso usando la foto despegada de su otra cédula. Él no era un experto en falsificaciones, pero podía pasar por buena a los ojos de una simple directora de orfanato. Alexandra se sentó al lado del niño a un gesto de él. Tony sintió el imperceptible casi temblor de las manos de ella. Sabía a ciencia cierta que ella moría por abrazar al niño, pero también lo disciplinada que era cuando era necesario.

—Axel, nosotros, mi esposa y yo, cuidaremos de ti. Seremos como tus padres, esperamos estar a la altura.

El niño en ese momento volvió sus ojos gatunos a los de Alexandra. Esta se quedó congelada. Las mismas pupilas que su hermana, Verdes con diminutas motitas en oro.

—Te pareces mucho a mi mamá—. Soltó inocentemente el niño.

Tony puso su mano con cuidado en el mentón del chico y le hizo que le mirase sólo a él.

—Eso te lo explicaremos pronto. Por ahora, no quiero que digas nada de eso a nadie, ¿de acuerdo?

El niño asintió, quizás presintiendo en su interior que aquello que sucedía en ese instante a su alrededor no era usual.

Bajando la voz en un susurro, Tony continuó.

—Ahora quiero que estés tranquilo, y me respondas a unas preguntas. ¿Dónde duermes?

—Arriba, en el primer piso.

—Descríbeme claramente el sitio.

El chico asintió. Echo una mirada a los ojos casi llenos de lágrimas pujantes por salir de Alexandra y de nuevo a Tony, sabía que pasaba algo.

—Duelmo en el dormitorio pequeño que hay subiendo la escalera que verá al entrar por la puerta principal. Somos unos seis chicos, todos de padre o madre extranjero, nos tienen aislados de los otros. Mi cama es la última. La litera de abajo.

—Bien—. repuso Tony. Otro vistazo a la directora que se había levantado a coger algo de una carpeta que estaba en una estantería alta lateral, la mujer continuaba sin apenas echarles una mirada .

—Si alguien entrase desde el patio, ¿cómo llegaría a tu cuarto?

—Hay dos puertas, una que da a las cocinas y otras a un pasillo con el comedor y algunas clases. Pero desde la cocina por el corredor de servicio, llega al mismo pasillo de la entrada principal.

—De acuerdo, ¿queda mucho personal de noche vigilando este lugar?

—No señor, un guarda y su mujer que trabaja aquí de limpieza. tras el mostrador de entrada hay una puerta y da a su pequeño departamento.

—Buen chico. Queremos sacarte de aquí a toda costa. Pase lo que pase, esta noche, te quiero tranquilo y obediente, y te prometo que nunca más tendrás que estar en un sitio como este.

El niño asintió.

—Ella se parece mucho a mi madre—. susurró en el oído de Tony. Este sonrió.

—Podemos confiar en ti, ¿verdad? eres un soldado valiente. No hagas

ningún gesto, permanece serio.

—Sí señor.

—Ella es Alexandra, la hermana de tu madre, y te quiere mucho. No sabemos si nos dejarán llevarte de aquí mañana. Hay muchos bombardeos y quiero que mi mujer y tú estén a salvo esta misma noche. Si venimos a buscarte cuando todos estén dormidos...

El niño puso gesto cómplice y por primera vez una sonrisa adornó su boca, mirando a uno y a otra. Ese gesto tenía mucho de Alexandra, asintió dos o tres veces con un brillo de excitación en sus ojos.

—Estaré preparado señor. Odio este lugar, paso hambre y frío. Me llaman «el puerco inglés» y me pegan los compañeros, yo me defiende pero algunos son más grandes que yo. Estaré listo.

En ese momento casi temió que Alexandra se abalanzase sobre él y le abrazase en un gesto nada normal a los ojos de la directora, pero la joven se mantuvo firme como una roca. Tony se alzó ante él. Hizo que su voz resonara por toda la antecámara.

—Bien jovencito, veo que eres un chico valiente, y estaremos encantados de tenerte en nuestra familia. Cuando crezcas serás tan buen soldado como tu padre. Yo me encargaré de darte la educación y disciplina que necesita todo hombre.

La directora se levantaba de su mesa, con la documentación de Tony, se dirigía a donde ellos estaban, la sala de espera del despacho.

El niño se levantó, y ante él volvió a hacer el saludo con magnífica soltura para tener apenas siete años. Tony no tuvo más remedio que repetir de nuevo el gesto. El chico hizo un corto y disimulado guiño, que sorprendió a Tony, ese crío era un zorro listo. Luego hizo una breve inclinación de cabeza hacia Alexandra.

—Frau Strieber, encantado de conocerla.

Ella asintió, el jodido nudo en su garganta le impedía decir una sola palabra. Ante ella el objeto y el porqué de todo, de sus desvelos, de su entrenamiento, de su llegada a esa ciudad casi sitiada, el peligro... Y ahora debía de dejarlo de nuevo ir.

La directora con una sonrisa en su adusto rostro, entregaba a Tony con reverencia la documentación.

—Ya están todos los datos preparados. Durante la mañana serán hechas las llamadas oportunas y seguramente a primera hora de la tarde estará todo listo para que el niño les acompañe. No se lo he preguntado, pero, ¿Van a darle sus apellidos?

—Respetaremos el de sus padres por el momento, si no hay inconveniente. Estoy falto de tiempo para meterme en formulismos legales. Cuando todo vuelva a su cauce, discutiremos el tema—. Anna.— Se dirigió a Alexandra y le tendió la mano para ayudar a levantar—. Nos retiramos ya, Frau Steinz, mi esposa está algo cansada, agotada con la situación. Está deseando tener al niño con ella para enviarlos a sitio seguro. Nuestro hogar está en buen lugar, se ha librado por ahora, de los estragos de la artillería enemiga, pero nunca está de más la seguridad de la familia. Nos retiramos, buenas tardes.

—Sí, mi coronel, por supuesto. Les deseo buenas tardes igualmente—. Tony puso la mano de Alexandra en su brazo y rogó porque ella no se volviese siquiera. La emoción le subía a los ojos. No había podido ni abrazar a su sobrino, Apenas ni dirigir la palabra. Pero confiaba en que era dura como el acero, le había obedecido sus indicaciones sin rechistar. La admiró aún más, había conseguido mantenerse serena.

Caminaron los dos a buen paso hasta la puerta, el bedel les saludó al pasar, y escuchó al salir la orden de la directora que el chico fuese llevado junto a sus compañeros.

En la puerta Tony la miró y apretó con ternura su brazo, dándole las fuerzas necesarias para irse y dejar al pequeño, por ahora. Él tenía que fingir una cierta cojera para corroborar que había sido herido y por eso estaba dentro de Berlín. y no podían alejarse lo suficientemente rápido de allí para consolarla. Cuando estuvieron al pie de calle la instó a seguir caminando a su lado, hacia el siguiente cruce de avenida.

—Te vienes conmigo, Alex, esta noche tenemos que sacar al niño de ahí. Mañana cuando hagan las llamadas descubrirán que mi documentación es falsa.

Ella asintió brevemente. Tony tenía razón, ella no hubiese podido llegar tan lejos sin su ayuda. Por mucho entrenamiento que tuviese, no tenía la experiencia de ese hombre. Era la realidad, sin ambages.

—Tengo que recoger mis cosas de la casa de Lambrecht—. Tony miró al otro lado de la calle e hizo señas a un taxi de los pocos que debían de andar todavía en uso. mientras el automóvil se acercaba a la acera, Tony agarró con su mano enguantada la que Alexandra dejaba caer sobre su brazo.

—Que sea rápido Alex, entras coges tus cosas y te vas. Ni una sola explicación a ese hombre. No me fío de él, una de mis reclutas se perdió temo que por su culpa...

—Jane...— susurró apenas Alexandra, con una mezcla de emociones difíciles de definir

Tony se limitó a asentir. No recordaba haberle contado nada sobre Jane, pero no era el momento de pedir explicaciones.

El coche frenó finalmente a lado de ellos. Tony abrió la puerta para que ella entrase, y después caminó rodeando el auto para entrar tras el conductor. Dio las señas y advirtió al conductor que sería solo una parada momentánea.

—Haz las gestiones rápido y nos vamos a casa—, añadió en un susurro. Los ojos de Tony sostuvieron unos segundos su mirada. Un rictus amargo cruzaba la cara del hombre, ella simplemente dejó caer su mano sobre la del él y le acarició. El rostro masculino volvió a ser una máscara impenetrable, poco después, su mirada se volvió hacia el camino que recorría el taxi. La memoria de lo sucedido con su anterior alumna y amante en Berlín había vuelto con toda su fuerza a su mente, temiendo en ese mismo momento perder a la mujer que ahora sostenía a su lado de igual forma si se alejaba de su mano. Recelando cualquier eventualidad, ni siquiera la había dejado actuar libremente como prometió. El tiempo se acababa, no era cuestión de orgullo o de amor propio para su alumna, si no de lo que era más factible y rápido.

Tuvieron que dar un gran rodeo. Algunas calles estaban inutilizadas al tráfico, se estaban preparando algunas barricadas, y eso haría que en breve, utilizar un coche por aquella zona, que no fuese un vehículo militar, sería prácticamente imposible.

La calle donde Lambrecht tenía su comercio de ultramarinos ahora cerrado, estaba casi desierta. Oscureció con mucha rapidez algunas nubes bajas se unían al aún polvo en suspensión. De lejos, en la zona este, no dejaba de oírse el retumbar de la artillería desde hacía más de una hora.

—Date prisa Anna.

Él se quedó en el coche, no quería enseñar su cara a Lambrecht. Ajustó más su gorra militar, en la sombra del auto, solo permitía adivinar el uniforme de un oficial alemán, pero sus facciones o graduación estaban ocultas a propósito.

Observó como Alexandra llamaba a la puerta y ésta tardaba algo en abrirse. Ella volvió el rostro un instante al taxi, no mostraba señal alguna de nerviosismo. Por fin se abrió y el dueño de la casa quedó parcialmente oculto por la oscuridad del interior. Pero a pesar de ello pudo observar que era tan alto como su mujer, delgado y fibroso. Si no recordaba mal, el tal Lambrecht era un hombre que rondaba los sesenta, y estaba algo obeso.

Entrecerró los ojos pero no pudo atisbar nada más. Ella parecía tranquila cuando entró, saludando con normalidad. La maldita puerta se cerró, y él se dejó caer en el asiento del taxi. Quitando el broche de su cartuchera, sacando con disimulo su arma y comprobándola. Si tardaba más de cinco minutos en abrirse esa puerta podía volverse loco, así que iría a por ella.

CAPÍTULO 20

—**N**O he podido sacar el niño Gerb, pero ahora tengo el apoyo de un compañero. He de irme con él ahora mismo, no queremos que usted esté más tiempo en peligro—. mintió descaradamente—. Ya a hecho bastante con acogerme esta pasada noche. Si me disculpa, subo por mis cosas.

El hombre la observó ascender por las escaleras sin mediar palabra. Ese movimiento cadencioso de trasero le puso inmediatamente duro. Se le escapaba de las manos esa zorrita, con la de ideas que se la habían pasado por la cabeza para amenizar la velada. La noche anterior, por culpa del bombardeo no había podido «disfrutar» de su compañía. Pero esta vez lo tenía todo preparado para dominar a tamaña hembra, desafortunadamente ahora se le iba a escapar de sus ansiosos dedos.

Como era demasiado fuerte para dominarla físicamente, sin llegar a hacerse daño el mismo, pensaba usar el sencillo plan del día anterior y esperaba haberlo podido llevar acabo teniendo en cuenta que la chica no podría estar sin comer tanto tiempo. Un poco de droga en los alimentos la hubiera hecho ser una gatita sumisa a sus antojos.

Se acercó de nuevo a la puerta y sin descorrer la cortinilla de encaje de la estrecha ventana de la entrada observó unos momentos el taxi. Dentro, imposible, ¿un tipo vestido como oficial alemán? No podía verle la cara, ni su graduación, pero sin duda era un hombre uniformado. Apretó los dientes hasta que rechinaron. Si era uno de los informantes ingleses disfrazado, le había echado huevos el cabronazo. Ella seguía arriba, con toda seguridad en el dormitorio que le asignó junto al suyo propio. Respiró hondo. Volvió a

mirar por la ventana, el tipo que iba en el taxi empezó a moverse, abrió la puerta del otro lado y salió. La luz de la media tarde le dio de lleno en el rostro.

Habían pasado los años, pero reconocería la cara de *Niño Bonito* en cualquier parte, aunque hubiese recortado los rizos que llevaba antaño.

Se llevó las manos a la trasera del pantalón instintivamente, maldita sea, no llevaba allí el arma. La dejó horas antes escondida en un mueble junto a la puerta del sótano. Corrió en su busca, intentando no hacer ruido con sus pasos, si el apoyo de Anna llamase, no tendría más remedio que abrir, si no quería alarmar a sus vecinos.

Hijo de puta, él no había cambiado tanto esos años, ya no llevaba la barba, estaba afeitado con extrema pulcritud, y las canas adornaban sus sienes. Pero tampoco era tan radical para que el zorro de *Niño Bonito* no le reconociese.

mientras encontraba su arma y la revisaba, escucho un ligero crujido abajo, en el sótano. No le daba tiempo a comprobar, pero no creía que el cadáver del viejo fuera a moverse, al instante siguiente lo achacó a alguna vieja viga de madera crujiendo debido a tanto temblor de tierra por los continuos bombardeos sufridos.

Si ella se iba, sin más, con *Niño Bonito*, cogería la documentación que había en esa casa y huiría de Berlín inmediatamente. Erróneamente creyó que la zorrita pelirroja traería documentación o salvoconductos para Lambrecht e incluso su esposa alemana. Pero en el registro que había efectuado minuciosamente del dormitorio que le asignó, mientras ella iba al orfanato, no encontró nada. O quizás ella lo llevaba encima. Pero...

Tres golpes en la puerta le pusieron tenso.

Caminó sin hacer ruido y maldijo entre dientes. *Niño Bonito* estaba en su misma puerta. Se volvió hacia arriba y gritó para que él le oyese.

—Anna, tu acompañante está llamando.

Ella bajaba la escalera con la bolsa de viaje con la que había llegado,

—Sí gracias Lambrecht, ha sido usted muy amable. Ahora yo me voy, tenga mucho cuidado, manténgase a salvo.

Se retiró unos pasos de la puerta, mejor que abriese ella y él quedase en la sombra. Apagó por si acaso todas las luces del oscuro corredor, en el interruptor a su espalda.

—Por los vecinos—, se apresuró a explicar ante el gesto de incompreensión de la mujer—, no están acostumbrados a que mi casa tenga tanto movimiento.

Alex asintió y pasó ante él, abrió la puerta y ante ella Tony, con gesto impaciente.

—Es tarde, tenemos que irnos Anna.

Tony echó apenas una mirada al interior sospechosamente oscuro. Un ruido leve le alertó de que algo extraño pasaba. Un gemido quedo venía desde la espalda de Alexandra, del interior de la vivienda.

—¿Qué demonios?— preguntó Tony, Alexandra alertada se volvió también a mirar dentro.

Germaik se puso tenso. Era la voz quejumbrosa de Lambrecht, al que creía haber liquidado, desde el otro lado del pasillo. Había sido descuidado, después de disparar a bocajarro no pensó que pudiese estar aún vivo, no recordaba haber cerrado la puerta del sótano. Maldito inconveniente.

La mano de Germaik fue más rápida que su propia mente, agarró el brazo de Alexandra y tiró de ella con firmeza para cubrirse.

—Un momento zorra...

—¿Qué...?— Algo de acero frío se clavó en la base de su columna vertebral y la puso tensa inmediatamente.

Tony se llevó las manos a la cartuchera, pero no quiso hacer otro movimiento cuando la voz que ya le parecido conocida habló de nuevo.

—Pasa, *Niño Bonito*, y cierra la puerta, o ella morirá. Estoy apuntando con un arma justo en su espalda.

Bleck, o Germaik, como tenía conocimiento por su trabajo, que se hacía llamar ahora. Un puto agente doble, que tuvo la desgracia de cruzarse en sus primeras misiones, un sádico cabrón que no dudaba en regodearse en hacer daño. Una amenaza suya nunca se debía de ignorar, por experiencia.

Tony, despacio obedeció, sin dejar de mirar los ojos brillantes de Alex, sabía a ciencia cierta que Thomas nunca hacía nada a la ligera. La bolsa de viaje de la mujer había caído al suelo. Y ambos, agente y rehén caminaban a cortos pasos hacia atrás, internándose más en la oscuridad de aquella casa. Se le ponía la piel de gallina pensar que ella hubiese pasado veinticuatro horas bajo el mismo techo que ese ser despreciable.

—Vaya, Thomas Bleck, ¿o ahora es Philippe Germaik?, no te esperaba encontrar aquí—. La voz de Tony aparentaba fría seguridad.

—No deberías haberme encontrado Tony. Cierra de una puta vez.

La luz que entraba por la puerta apenas iluminaba el interior, una vez que cerrase, ambos serian presa fácil para Philippe. Tony pensó rápido.

—No conozco la casa, Bleck, temo tropezar si no le doy al interruptor de la luz—. alzaba apenas las manos mostrando sus palmas a Germaik y usaba un tono relajado y casi inocente.

—Yo sí la conozco, entra de una vez o la mato. La puta me da igual, tú me das igual, una vez que los dos esteis muertos, me largaré y no tendré problemas.

Tony se resistía a quedar a su merced, sonrió indolente.

—El conductor del taxi, Thomas, es mi apoyo. Si cierro lo verá sospechoso, y vendrá. Yo moriré o no, ella puede que sí o puede que no, pero mi apoyo acabará contigo—. Era una mentira y de las gordas, pero el aplomo con el cual lo dijo hizo que el agente a quien se enfrentaba se plantease las cosas de nuevo.

—Solo quiero irme en paz, *Niño Bonito*. No tengo nada en tu contra, ni de la zorrita pelirroja, Lambrecht ya me ha dado toda la información que necesito. Quiero salir de Berlín ya, y estaría fuera si esta muñeca no se hubiese presentado hace unas horas en mi puerta sin traer la documentación que yo esperaba que la acompañase.

—A mí también me importa una mierda lo que te traigas entre manos, tú y ese inútil de Lambrecht. Por él perdí a una agente, y ahora quiero que esta se venga conmigo. Lo que tú hagas me da igual cuando ella y yo salgamos por la puerta.

De nuevo el gemido quedo, un ligero sonido de arrastre de calzado, que parecía más cercano. Alexandra notó como el tipo titubeaba. y miraba a partes iguales a Tony, y al pasillo que tenía a su espalda, pero sin dejar de apretar su cintura con el cañón del arma.

—No me iré sin la mujer, Thomas, lo sabes. No se deja atrás a un compañero si hay una posibilidad—. insistió Tony para no dejarle pensar,

—¡Sin ella me quedo desprotegido ante ti *Niño Bonito*! ¿Me tomas por estúpido?

—¿No te vale mi palabra de que solo quiero largarme de aquí, igual que tú? Te lo vuelvo a repetir, no me importas una mierda. Dámela y te vas.

El arrastrar de pies del fondo del pasillo hizo que la mano de Thomas apretase más la tierna carne del brazo de Alexandra.

—Suéltame...— siseo ella, estaba harta de ser el parapeto de ese idiota, ahora sabía por que se le ponía la carne de gallina con él. Su sexto sentido la había avisado desde el principio.

Tony la vio venir, ella estaba tranquila y preparada. Él también lo estaba. Thomas no, a su espalda la voz quejumbrosa del auténtico Lambrecht resonó. Una seña apenas dibujada por dos dedos de Alex le indicó cual sería el próximo movimiento de la chica.

—Germaick...—gimió el viejo a menos de veinte pasos de ellos.

—Maldito cabrón—, apartó por un instante el arma de la espalda de ella para girarla hacia Lambrecht, este llevaba una vieja pistola, que seguramente tendría escondida en algún lugar del sótano. Inaudito, aquella maldita piltrafa humana, apuntándole directamente. A pesar de su estado lastimoso el hombre tenía arrestos para acabar con él si le dejaba la más mínima oportunidad.

—Maldito—. siseó Tony cuando vio el reflejo de la pistola por encima de la cadera de ella, dejándola de apuntar unos segundos para enfrentarse al viejo Lambrecht.

Sonaron tres disparos.

Apenas una fracción segundo antes Alexandra había caído al suelo pateando con saña los pies de su captor, haciendo perder parte de su equilibrio a Philippe dejando vía libre a Tony para disparar, igualmente que a Lambrecht.

Cuando ella alzó los ojos, Tony se tiraba sobre ella, cubriéndola con su cuerpo, había fallado su disparo temiendo herirla, pero Thomas no, pero su objetivo había sido el viejo agente infiltrado. Sin querer hacer más que comprobar si ella estaba bien e ilesa, le dejó escapar. Al diablo con el agente doble, ella era lo más importante.

Este había saltado por encima de un Lambrecht moribundo y huía por la puerta trasera, la que daba al negocio. Pero eso no le importó, solo la mujer que estaba boca abajo en el suelo, completamente quieta.

—¿Estás bien? ¿te ha rozado?

Se arrodilló en el suelo instándola a incorporarse, sin dejar de vigilar donde había escapado el agente apuntando con su arma. El ruido de la cancela que guardaba la entrada a la tienda de ultramarinos, le indicó que en unos minutos el agente se perdería entre las calles de Berlín.

Ella se abrazó su torso y negaba con la cabeza sobre su pecho.

—Estoy bien, estoy bien.

Aún no conforme, la ayudó a levantarse, y tomó su cara entre las manos para echarle un vistazo a esos ojos gatunos.

—De acuerdo, escucha, sal ahí fuera, monta en el taxi, y espérame, dame un minuto.

La empujó hasta la puerta, muchas ventanas y puertas de abrieron al escuchar el ruido de disparos. El taxi había desaparecido sin ni siquiera cobrar la carrera.

—Tony, no está el auto, el tipo se ha largado.

Su instructor estaba ya arrodillado en el suelo al lado de Lambrecht, al pobre diablo le quedaban segundos de vida. Entre el gorgoteo de la sangre que manaba en dos heridas abiertas una en su pecho bajo el corazón y otra en su orondo estómago, aún quería hacer esfuerzos para hablar.

—Lo siento, ese tipo Germaik, me tenía... en el sótano, encerrado.

Tony le sostuvo la cabeza, poco más podía hacer. Deberían de largarse rápido antes que vinieran las autoridades, aunque fuese improbable, podría acercarse algún que otro efectivo a ver que había ocurrido denunciado por los vecinos. Quizás incluso alguno viviese cerca de ese lugar.

—Me tenía, me tenía amenazado con matar a Violethe.

—¿Violethe?—. Repitió Tony mientras miraba a Alexandra inmóvil en la puerta.

—Mi mujer, yo, mi orden era integrarme aquí, pasar desapercibido. Me casé con una mujer alemana, Violethe, yo la quiero. Él me tenía amenazado con matarla si no colaboraba y le pasaba información, yo...

Tony negó con la cabeza, pobre tipo, poniéndose en su lugar, él haría de todo por defender a Alexandra. Esta permanecía aferrada a su bolsa de viaje recuperada esperándole.

—Yo no quería que...la pobre chica nueva, Jane, yo no iba a venderla, la intenté ocultar de Germaik, pero es un cabrón, se encaprichó de ella, él, él fue

quien se la llevo al sótano, no pude hacer nada.

Tony apretó los ojos, mientras sentimientos encontrados le traspasaban. Germaik era el que había matado a Jane. Lo había dejado huir. Pero a su pesar, admitió que, por salvar la vida de Alexandra, lo haría una y mil veces.

—Luego no estuvo satisfecho, Violethe se enteró de todo, ella llegó y escuchó como la...y quiso bajar a ayudarla. Yo la detuve y ella me abandonó después de eso. Germaik se fue, y no he sabido de él hasta hace unos días, entró por mi puerta y me amenazó con buscar a mi esposa y asesinarla ante mí. Me encerró en el sótano y haciéndose pasar por mi sobrino ante la clientela... pero Anna llegó, Anna no era del tipo de ese sádico, él no podía con ella sin... drogarla, Anna...

Un último estertor hizo que el hombre cerrara los ojos. Despacio le dejó caer la cabeza en el suelo de antiguas losas de mármol. Tomó su pulso, muerto, cerró los ojos del viejo. Se levantó, guardando su arma en su cartuchera. Se dio la vuelta, controlando sus emociones, ahora no era el momento de pensar en el pasado, sino de salvar el presente. Tomó del codo a Alexandra y la hizo salir a la calle.

Algunos vecinos más envalentonados se acercaban a la casa. Él los ignoró completamente mientras tiraba de Alexandra, ya no había necesidad de hacerse el lisiado. Asombrados ante un militar de alta graduación, ninguno se atrevía a darle el alto o preguntar, lo que es dio ventaja para huir. Ambos a buen paso se escurrieron por entre las calles de Berlín. A lo lejos, como una tormenta infinita, el sonido amortiguado de las baterías de defensa en la distancia hacían eco en la tarde.

En silencio caminaron más de media hora, por suerte por ahora no habían sobrevolado aviones sobre la ya herida de muerte capital. Los dos se pegaban a la pared o se ocultaban entre los callejones si notaban el más mínimo ruido de algún *jeep* o camión. Esperaban en tenso silencio a que pasasen, y seguían luego adelante. Como a un salvavidas, Alexandra se aferraba a su bolsa de viaje y a la mano cálida y ancha de Tony.

Este la guiaba y no pronunciaba palabra. No se sentía capaz por ahora, había estado peligrosamente cerca de perderla, y por la mano del mismo hijo de puta que asesinó a Jane. Solo miraba los letreros de las calles que todavía quedaban visibles y continuaba su camino, atento a cualquier movimiento.

Durante un buen rato tuvieron que refugiarse en la entrada de una casa abandonada. Tony la retenía contra la pared, haciendo de parapeto, ella miraba sobre su hombro y sus manos se asieron a su pecho. Una columna de carros de combate y varias piezas con artillería antiaérea pasaron lentamente.

—Alexandra, —susurró en su oído.— ¿cómo te encuentras?— con sus manos acunó el rostro de la mujer, para dejar caer luego su frente sobre la de ella, estaba a su lado, viva, relativamente a salvo—. Has estado a punto de, joder, mujer, quiero terminar con esto y estar fuera de aquí cuanto antes, no soporto verte en peligro.

—Me has entrenado para ello, Tony. Sabré estar a la altura, y más a tu lado.

—Sé hasta donde puedes llegar, mujer, yo he sido tu instructor, pero eres una novata, ningún agente se enfrenta solo a sus primeras misiones, aunque te prometí darte libertad, me era imposible..

Con los dedos pulgares apartó los rojos mechones que caían por su frente. Sonreía en la oscuridad, teniéndola completamente pegada a su cuerpo. El deseo subió por el mismo centro de su vientre. La necesitaba, no podía estar sin ella, era su droga, la misma adrenalina de sus venas. Cuando esto acabara, y estuviesen en casa, se encargaría de no dejarla escapar nunca más.

—¿Quién es ese Bleck?, Germaik o como se llame.

Respiró hondo, mientras se lo explicaba, quizás pudiese reprimir ese impulso de tomarla allí y ahora, con una jodida columna de blindados cruzando a cuatro metros escasos. Maldita locura.

—Un hijo de puta sádico. Un agente doble, o a saber. Lo conocí en mi primera misión, entonces nadie sabía que, bueno que vendía información a varios gobiernos, para Falcon y para mí era nuestro agente de apoyo en España. Él y su compañero, un chico tan joven como yo, al que se supone que estaba instruyendo. Nos vendió, estuvo a punto de matar a Jonas, si Wiremu no llega a saber tanto de heridas, no lo hubiese contado. Nos ocultábamos con la *troupe* del Circo donde estaba Wiremu-Tane. Se da mucha maña con las heridas y los animales salvajes. Creo que por eso os lleváis tan bien tú y él—. sonrió mirando a su adorable gata de las Highlands—. Nos sacó del apuro, ocultó y protegió.

Alexandra tuvo que reprimir una risa contra el hombro de Tony, el

hombre igualmente la abrazó más cerca.

—Adoro tu risa. Es lo único que quiero escuchar de por vida, tu risa y tus gemidos, tus gritos de placer cuando...—iba a decir «follamos», pero no, la palabra que acudía a su mente no era esa, se atrevió a decirlo en su oído—, nos hacemos el amor.

Ella volvió a reír y le propinó un leve puñetazo en su brazo con camaradería.

El ruido del pequeño contingente de soldados que se dirigían hacia la zona oeste se perdió en pocos minutos.

—Estamos cerca. Salgamos de aquí ya.

Caminaron aún varias calles más, sin tropiezos. Era una zona pobre, poco castigada por los bombardeos. Estos solían hacer más mella en las zonas centrales y cercanas a la Cancillería y a Edificios importantes. Aquel sitio debía de ser un estercolero, pues, además de oler así por las roturas de algunas cañerías y alcantarillas, había abierto algunos garitos de donde salía música, palabras malsonantes y alguna carcajada ebria.

La llevó hasta un edificio que parecía alto y estrecho en comparación con los colindantes. La puerta estaba encajada, puesto que de un pequeño empujón de la mano de Tony se abrió. La instó a entrar, y cerró la puerta, esta vez con un madero que estaba a su lado haciendo de traba.

Ahora estaban en relativa seguridad, se volvió a mirarla, estaba hermosa, con las mejillas arreboladas, los labios rojos entreabiertos, ese traje de chaqueta que la hacía tan sexy y femenina. Nunca la había visto con falda, y por su vida, era el espectáculo más caliente que podía imaginar. Sin pensarlo se apoderó con una mano de la nuca femenina para besar sus labios con desespero.

Ella le siguió igual de deseosa por sentirle, se asió a su uniforme alemán que por todos los demonios del averno, le hacía ser el hombre más atractivo en el que jamás puso sus ojos. Ese cabello cortado al mínimo, sus ojos azules tan intensos que parecía conocer hasta su alma. Sus grandes y a la vez deliciosas manos que se perdían en ese momento espaldas abajo en dirección a apretar su trasero, y estrecharla en su contra. Bebió de su beso, se alimentó con el fuego de sus caricias. ¡Le deseaba tanto! No sabía si era la adrenalina que viajaba como un carro de fuego por sus venas, su olor, su contacto, la

dura erección que notaba ahora sobre su mismo vientre. Pero le deseaba, a como fuese lugar, aquí, ahora.

En la claridad que proporcionaba una única ventana como ojo de buey sobre la puerta, a contraluz, Tony estaba acorralándola contra la pared.

Ella correspondió a todo, se dejó empujar, la fuerza del hombre era aún más acicate para su deseo. El susurro en su oído esta vez en su idioma.

—Cuando salgamos de esta Alexandra, voy a atarte bien corta.

Ella quiso lanzar una carcajada ante tal promesa y soltar alguna agudeza, pero los labios duros y exigentes de Tony borraron cualquier pensamiento coherente. Las manos del hombre estaban en todas partes de su cuerpo, robando la razón. Tan pronto sobre sus pechos como en sus caderas, arrastrando hacia arriba la falda de tubo azul que llevaba puesta. Sus dedos duros sobre la carne tierna de sus muslos entre las ligas y sus bragas. Ella gimió fuerte cuando una mano experta se introdujo por su lateral, ahuecando su monte de venus.

—Ssst—, dijo el en su oído—. arriba están mis amigos, no quiero tener espectadores.

Ella asintió contra su boca ansiosa, fue a por más, elevó su pierna y la puso alrededor de la dura cadera de Tony. Con ansia surgida del torrente de adrenalina que corría por sus venas, ambos estaban a la par en lo que estaban sintiendo. La mujer siguió la línea de los hombros anchos de Tony, bajaron por su espalda cubierta por el uniforme alemán, se apropiaron del duro trasero masculino con un firme apretón. Este dejó de abrazarla un minuto mientras se abría la guerrera y tanteaba su pantalón.

—Alex, esto va a ser duro, y va a ser rápido, pero si no lo quieres, dímelo ahora.

Comprendió, iba a poseerla allí mismo, sin una cama, sin comodidad, áspero y ardiente, visceral, como era él mismo. Ella solo elevó sus manos, se agarró al pelo de su amante, arrojando al suelo la gorra militar, buscando el néctar de su boca desesperadamente, como si fuese agua en el desierto.

Él hizo los honores. Desabrochó con presteza su pantalón y apartó su propia ropa interior lo suficiente para que su miembro enhiesto saltase de su confinamiento. Apartó a un lado la delicada prenda íntima de Alexandra y tanteó antes con sus dedos fríos, contrastando la humedad cálida de ella.

Demonios, cuanto necesitaba reafirmarse vivo, dentro de su mujer. No sabía si hubiese soportado que Alexandra le hubiese negado ese alivio.

—Preparada amor mío—. Gruñó contra su oído

No supo si era una orden o un a afirmación. Lo siguiente fue sentir el deslizamiento de su carne dura contra la suya tierna, sensible y deseosa. A pesar de estar casi agotada, a pesar de la posición, de estar escondidos tras una simple puerta, sexo duro, caliente y salvaje era lo único que podía llenar ahora su cabeza. Sin preliminares, casi animal. Él ancló más el muslo de ella sobre su cadera y empujó fuertemente hasta quedar plenamente encajado en su interior. Ambos soltaron al unísono un suspiro largamente guardado.

Ella se afianzó sobre los anchos hombros masculinos, y él entre sus muslos suaves, jadeante, pujante embistiendo duramente si más preámbulo. Sus bocas buscándose, encontrándose en plena oscuridad. Sin querer lanzar siquiera un leve gemido, tragándose cada dulce sensación y a la vez desesperada y áspera. Contra la espalda de la mujer la dureza de la pared, contra su pecho la fortaleza de su hombre, entre sus muslos el feroz empuje de su amante.

Su orgasmo fue casi inmediato. sus suaves músculos interiores se contrajeron arrastrándola a un placer que no pudo imaginar en semejante postura y situación extraña, y en un lugar en que podrían ser descubiertos. Ella ahogó sus gritos de placer contra el beso de la boca de Tony. Este supo inmediatamente que ella había llegado a la cima, empujó duplicando su fuerza, pero justo en el límite salió, derramándose fuera de ella sobre su propia mano temblando y sudando de esfuerzo, pegada su frente a la de ella. Un duro orgasmo barrió su cuerpo entonces.

Ella bajó suavemente su pierna de la cadera del hombre. Tony buscaba un pañuelo donde limpiarse. Lo encontró y se luego rehizo sus ropas mientras ella bajaba su falda poco a poco cubriéndose.

—¿Por que no has...?

—No es momento de dejarte preñada Alex—. susurró apenas—. Pero no te preocupes, he disfrutado de esto tanto o más que tú mi amor. Joder, te tengo al lado y solo puedo pensar en follarte hasta la extenuación—. Sus palabras susurrantes sonaban rasgadas. Este era el verdadero *Niño Bonito* malhablado, rudo, y sin embargo tan caballeroso con ella como siempre,

cuidándola hasta el final.

—Igual que yo...— susurró abrazándose a él. Ni siquiera había pensado en sí misma. Le había quedado mirando como atontada cuando vio el chorro de semen fluir y manchar sus manos. Ahora necesitaba sentir un poco de su calor. Unos segundos tan solo. Pero apenas fue eso un escaso instante, desde arriba se escucharon pasos por las escaleras forradas de madera.

—¿Quién está ahí?

—¡Soy Tony! Geüser, ahora subimos—. No pudo evitar que su voz, esta vez en idioma alemán sonase dura y molesta por la interrupción.

—¿Estás solo?

—No, espérame arriba.

Tony la ayudó a rehacer su ropa, en el escaso haz de luz que les había iluminado mientras ¿hacían el amor? no podía llamarse así ese asalto mutuo y frenético. Las respiraciones de ambos se fueron ido calmando. Los ojos de ella se iluminaban, parecía a punto de romper en lágrimas, tragando saliva. Tony la sujetó contra sí, había sido despiadado con ella mientras se la follaba duro, pero por todos los demonios, cuando lo necesitaba.

—Lo siento Alex, yo...

—Yo también lo he disfrutado, Tony, no te preocupes. No necesitas una disculpa. Solo que, son tantas cosas, tantas emociones...

—Tu mereces algo más que un polvo rápido tras una puerta en una ciudad en ruinas amor mío, y juro que te lo daré. Muy pronto—. La tomó de la mano y empezó a ascender las escaleras tras un último vistazo de que estuviesen ambos presentables.

La puerta del apartamento de la buhardilla estaba entre abierta. La luz encendida.

Geüser y Klaus estaban sentados alrededor de una mesa redonda con una botella medio llena y dos vasos ya vacíos y una montaña ceniza de cigarrillos en un plato desconchado..

—Siento haber interrumpido...— dijo algo incómodo Geüser, pero escuché algo abajo.

—No has interrumpido nada, Alex necesitaba tranquilizarse un poco, durante una hora estuvimos huyendo entre las calles ocultándonos de todo, hemos tenido un tropiezo con un antiguo agente doble, ahora os lo cuento.

Tenía asida por el brazo a su mujer que permanecía algo azorada mirando a los interlocutores de Tony.

—Querida, estos dos hombres son Geüser—, este hizo un breve gesto con la cabeza—, y Klaus—*El loco* hizo un guiño que se confundió con su habitual tic—, son mi apoyo aquí. Ella es Alexandra, mi mujer.

—Buenas tardes, señores. Necesito, bueno, ir al baño... — interrumpió ella algo incómoda por la mirada interrogante de los compañeros de Tony ante tamaña presentación. Después de lo sucedido abajo, no tenía ganas de iniciar una discusión al respecto, solo tomar un minuto para ella, y poder asearse un poco.

—En aquella puerta—. Señaló Tony, y le entregó su bolsa de viaje, la había recogido tras su «interludio» escaleras abajo—. No está en demasiadas buenas condiciones pero puede servirte. Cuando salgas nos sentaremos a planear el siguiente movimiento.

Ella no espero más, con un ligero asentimiento a los hombres, se dirigió a una pequeña puerta del fondo. Abrió temiéndose lo peor, pero aparte de ser estrecho y viejo, no estaba tan mal, cerró la puerta tras ella. Necesitaba unos minutos de soledad y algo de agua fresca. Dejó su bolsa de viaje en un diminuto banco en la esquina, se miró en el espejo redondo. El sombrero aún se mantenía en su sitio, pero su cabello estaba alborotado. Abrió el grifo, con agua, una toalla que guardaba en su bolsa en su neceser, y con paciencia se abrió sus ropas y se aseó..

Las voces de los hombres le llegaban claras a través de la delgada puerta aunque estuviese cerrada. El arrastrar de una silla, el golpe de un vaso contra la madera de la mesa, y Tony contando con detalle lo ocurrido en el orfanato.

Cuando estuvo decente, con un último vistazo en el espejo, tomó una larga bocanada de aire, antes de abrir la puerta. Los tres hombres se levantaron, Tony le hizo una seña para que tomase la silla que quedaba libre a su izquierda. Durante la siguiente hora discutieron minuciosamente cada paso a seguir.

CAPÍTULO 21

A KLAUS no le importó ir en la trasera de la ya demasiado traqueteada camioneta, era lo único disponible. Con ella habían accedido a Berlín semanas antes, cuando supieron que Tony necesitaba apoyo, aunque contraviniendo sus órdenes de permanecer ajenos a este asunto.

Alexandra apretada contra Tony, maldijo no haber contado con traer en su equipaje un par de pantalones. Él solo disponía de otro par y los llevaba puestos ahora. Se había deshecho del uniforme de su tío, que le había prestado con gusto, pero a la vez había dejado en aquella casa su otra ropa de civil.

Vestida todavía con el traje de chaqueta azul marino, puesto que las otras prendas que llevaba eran demasiado floreadas para fundirse con la noche, insistió en ser ella misma la que entrase a escondidas en el orfanato aquella madrugada. Los hombres habían negado con la cabeza, todos en modo protector. Ella amenazó con ponerles en fila y propinarles una paliza a cada uno de ellos si la dejaban atrás, y advirtió que la única forma de que se quedase fuera era atarla y amordazarla. Aunque a Tony no le pareció mala idea y buscó mentalmente donde habría unas buenas cuerdas bajo la mirada reprobatoria e intimidante de su Gata de las Highlands. Todo ello hizo que Geüser y Klaus se desternillasen de risa, mientras le soltaban, «te tiene cogido por los huevos, *Niño Bonito*».

Después de ser centro de las bromas de sus camaradas, Tony levantó sus manos y accedió a que ella tomase parte en todo aquello.

La camioneta hizo frecuentes paradas y temieron a cada cruce encontrarse

con una patrulla. Pero por lo visto todo contingente con alguna posibilidad de combate, se encontraba en las defensas de Berlín. Maldita sea, llevaban horas sin poder oír la radio, y al parecer en el cinturón exterior de la capital resonaba toda la artillería de defensa casi al unísono. A este ritmo pronto no quedarían municiones. La población demasiado asustada para deambular a esas horas, ni siquiera para tener una luz encendida, parecía desaparecida. Aunque en muchas zonas ya no llegaba ni suministro de electricidad, ni gas ni siquiera agua potable, por lo que no tenían una idea clara que estaba ocurriendo.

Aparcaron la camioneta justo al lado de la pared trasera que guardaba el patio del orfanato donde jugaban los críos. Aquello parecía desde fuera un colegio institucional más, una masa cuadrículada de cemento gris, con ventanas en madera pintada de un par de tonos más oscuros, solo que más grande. Geüser montó en la acera despacio la camioneta. Ascenderían trepando por ella para saltar el muro.

—Alex—, insistió de nuevo Tony—, déjame a mí y a Geüser o a Klaus entrar. Lo haremos rápido y fácil

—No, yo conozco también el edificio, he entrado contigo hace un rato. Los hombres se quedará aquí de apoyo.

—Alex...— esa voz de «tú aquí no das las órdenes», pero a ella le dio igual, abrió la portezuela y salió, sin que pudiera impedirselo ya trepaba a la trasera del camión ayudada por Klaus. No tuvo más remedio que seguirla. Cuando la vio subirse la falda justo hasta el límite de su ropa interior casi se infarta. Miró hacia Klaus frunciendo el ceño, pero este ya había desviado respetuosamente la mirada a otro punto de la calle, disimulando como pudo y reprimiendo una sonrisa ante el aprieto de *Niño Bonito*.

En tres segundos estaba saltando de la cabina del camión a la tapia y puesta a horcajadas sobre ella. No le dio tiempo a seguirla cuando la vio desaparecer por el otro lado. Tuvo que reprimir el deseo de gritar su nombre a pleno pulmón cuando la perdió de vista. Se asomó a la tapia y la observó pegada a la pared en la sombras. haciéndole la seña de todo despejado.

Maldita sea, él tenía que haber bajado primero, era lo usual, el alumno seguía al instructor, no al revés. Se saltaba las directivas a su antojo. Menos mal que las señales las había aprendido rápidamente, las usaba y aparte de ser

una insubordinada, cada una de sus directrices de supervivencia las llevaba a rajatabla.

Saltó, descolgándose, los dos metros y medio de cerca de hormigón. Sintió un tirón antiguo y viejo conocido en las costillas. Se las había roto ya demasiadas veces, o se estaba haciendo mayor, negó con la cabeza mientras no la perdía de vista. Ella estaba en completa alerta, ni le prestaba atención, su mirada iba de una punta a otra de la edificación, atenta al más mínimo ruido o sombra.

Pronto estuvo pegado a la pared, junto a ella, ocultos en la noche, llegaron con pasos silenciosos hasta las cocinas. No había cerradura exterior. Tony miró hacia ella silencioso, pero Alexandra no se amilanó. Tanteó unos metros más allá y la ventana por suerte estaba entreabierta. Le sonrió, cuando silenciosamente la empujó para colarse. Y esta vez tampoco pudo impedirselo, era una gata ágil, para lo alta que era.

Tuvo que pasar encima de los fregaderos, por suerte estaban secos y despejados. Alexandra consiguió llegar sin hacer el más mínimo ruido hasta la puerta donde esperaba Tony. Con sumo cuidado descorrió el cerrojo. Tony fue a abrir la boca pero ella le puso un dedo en los labios.

—Vigila, que bajo al niño en dos minutos.

Le dejó en sus manos los zapatos que llevaba minuto antes puestos. Y allí se quedó él, pensando en los arrestos que tenía su escocesa. ¿No era él el jefe? ¿El experto en rescate? ¿Qué demonios había pasado? Quieto, obedientemente en el vano de la puerta con un ojo en el patio y otro en el pasillo que silenciosamente había enfilado descalza su gata salvaje

—¿Mamá?— el chico abrió sus ojos apenas, y enmarcó únicamente el rostro de Alex. Se conmovió al escucharle, le dijo, «mamá». ¿Tanto se parecía a su hermana? Cerró un instante los ojos, y el niño se abalanzó sobre su cuello—. Sabía que no me dejarías solo. Te he echado tanto de menos.

—Axel—, conmovida le abrazó igualmente. Le susurró en el oído—. Tenemos que irnos, tienes que estar en silencio.

El pequeño se fue soltando de su cuello y asintió serio. Estaba completamente vestido, incluyendo con sus ajados zapatos bajo los

cobertores. Era muy espabilado, se sintió orgullosa de él. Pronto estuvo de pie completamente despierto y de su mano.

Señor, que alto era, para apenas tener siete años era tremendo, y muy guapo, con ese cabello casi albino, esos ojos verdes tan parecidos a los suyos y por ende, a los de su difunta hermana. Pero por todos los cielos, estaba tan lastimosamente delgado.

—Cariño, ellos no querrán que te vengas conmigo, pero yo no puedo dejarte aquí. Así que silencio y escaparemos juntos.

El niño asintió dos o tres veces, con sus ojos inmensamente abiertos.

Tiró de él suave pero con firmeza, andando ambos casi de puntillas. Por suerte ninguno de los chicos que abarrotaban aquel dormitorio se despertó. La seguridad en aquel sitio por suerte se resumía por lo visto en dos puertas cerradas con llave, y una valla de tres metros alrededor del patio trasero. Por lo demás, un guarda que dormía en su apartamento junto a la entrada exterior, que seguramente le importaba poco o nada los niños y que se pasaban la noche durmiendo junto a su mujer. El resto de personal, en cuanto terminaba su labor, se iba a casa, y a veces, ni aparecían si sonaban avisos de bombardeos, no supo si era lo habitual o por el estado de excepción en que se encontraban, pero eso era una falta de responsabilidad, que ella estaba aprovechando con total impunidad.

Se deslizaron como fantasmas por la escalera, procurando pisar despacio el mármol, estaban a oscuras salvo por dos diminutas luces, una en lo alto de la escalera y otra que señalaba la salida principal.

Nada más poner los pies en el último escalón, la sirena antiaérea comenzó a sonar. El revuelo en apenas tres segundos fue atronador. El pequeño soltó un pequeño grito sobresaltado

—Corre...— dijo Alexandra al pequeño empujándolo en dirección a las cocinas donde había quedado de guardia Tony.

—Eh, ¡alto!— escuchó a sus espaldas desde la habitación de los guardas. Ya no se molestó en susurrar.

—Corre, no mires atrás, Tony te sacará de aquí, confía en él, hijo.

Se volvió hacia el hombre que se acercaba a ella vestido con unos pantalones de pijama y una camisa mal abrochada. Alexandra cerró los puños y nada más llegar a su altura le golpeó en plena cara.

El tipo no se lo esperaba. y tropezó hacia atrás torpemente, la voz de Tony resonó desde el pasillo a sus espaldas.

—¡Alexandra!

No se inmutó, hizo frente al guarda que de nuevo avanzaba y era un hombre bastante fuerte aunque no tan alto como ella. Volvió a golpear al tipo en pleno esternón hasta verlo caer de espaldas. Los críos comenzaban a bajar las escaleras hacia el refugio del sótano rodeándoles en su huida.

Con el caos apoderándose del lugar Alex se dio media vuelta para escapar, Tony hizo lo mismo tomando al niño en sus brazos dejando caer los zapatos que sujetaba. Ella tenía las piernas largas, le seguiría fácilmente. Cruzó el patio con la frágil carga del crío abrazado confiadamente a su cuello. En lo alto de la valla, Klaus le esperaba con los brazos extendidos. No dudó en alzar al muchacho, este se agarró con fuerza a las manos del desconocido, y fue inmediatamente puesto a salvo.

Tony miró atrás, la vio inmóvil en la puerta, alguien ke gritaba en alemán que se estuviese quieta o disparaba, una voz de mujer. Ella alzaba despacio las manos, tapando con su cuerpo la salida.

—¡Vete!.. — Gritaba la muda seña de sus dedos, la misma que él le había enseñado en caso de peligro, y tuviese que quedarse atrás.

—Alexandra...— Quiso volverse, ir a por ella, alguien la apuntaba con un arma y él estaba a más de treinta metros. Su cuerpo le ocultaba la visión de quien la estuviese reteniendo, ella lo hacía a posta, para que consiguiesen escapar. Escuchó su voz en alemán con infinito aplomo, dirigiéndose a quien estuviese a sus espaldas.

—¿Me permiten al menos ponerme mis zapatos?

Klaus alargaba las manos hasta él para ayudarle a saltar el muro.

—Vayámonos diablos, ahora no podemos hacer nada, ella está distrayéndoles, guardándonos la retirada. Que no sea en vano.

Haciendo las tripas corazón, Tony saltó la tapia ayudado por *El Loco*. No se permitió mirar atrás como su propio instructor, Falcon, le había enseñado hacía tantos años. El ruido de los biplanos sobrevolando la zona les hizo saltar de la trasera del camión y entrar a escape apiñados en la cabina, Tony abrazó al crío contra su pecho, y este hundió su carita asustada en su hombro.

—Tranquilo pequeño, estás a salvo.

—Pero ella...— el crío susurró apenas.

—La buscaremos y la rescataremos de donde la lleven, te lo prometo.

Evitando las zonas más pobladas y las centrales que era donde se dirigían sin duda de nuevo los aviones a bombardear, seguramente buscando el Führerbunker, Klaus, maniobró como un desesperado entre los socavones y los desechos de los derribos.

—No sé a donde dirigirnos— dijo al fin *El Loco*.

—Al Distrito Norte, iremos a casa de mi tío. Él nos cubrirá esta noche.

Geüser le miró incrédulo.

—Es un ex-general de inteligencia. ¿Estás seguro?

—Ayer estuve en su casa, tuvimos una larga charla. Vamos hacia allí. Los bombardeos quedarán a nuestras espaldas y es un sitio seguro para el niño, y desde donde idear como sacar a McKonky de esto. Tenemos que hacer planes, y apenas tiempo.

—Al norte pues—. El camión viró por varias calles. Tony sostuvo al niño bien pegado a él. Cualquier golpe o frenazo en seco podría hacerle daño. Y no quería que eso sucediese, Alexandra le zurraría duro si eso llegase a ocurrir, un atisbo de sonrisa cruzó su rostro. Ella era una mujer fuerte, sobreviviría hasta que él la encontrase y pusiese a salvo. Confiaría en el fuerte instinto de ella, tenía que hacerlo o se volvería loco.

Cuando el viejo camión frenó ante las imponentes verjas de la vetusta mansión del viejo general Strieber, el pequeño se sintió algo sobrecogido. Quizás el enorme edificio le recordaba demasiado al orfanato donde había estado el último año. Las puertas de la camioneta se abrieron y los hombres descendieron. Tony dejó al pequeño en el suelo pero este se resistió a dejar su mano.

—Chico, hemos venido sin anunciarnos y no nos esperan, tengo que escalar la verja y llegar a la casa. ¿Te quedarás con Geüser y Klaus? ¿Verdad?

—Ella me dijo que no me separase de tu lado, que confiara en ti.

Geüser se encogió de hombros.

—Salta y te lo alcanzo. No creo que quiera quedarse con dos tipos feúchos como nosotros pudiendo tener un guardaespaldas como tú.

Tony asintió. Con agilidad se agarró a los hierros forjados de la valla y

con sumo cuidado una vez que estuvo instalado en toda su altura, de cerca de dos metros, le alcanzaron al pequeño. Tony lo dejó afianzado en lo alto del muro y él saltó, flexionando las rodillas para amortiguar el golpe. Luego extendió los brazos al crío, este no dudó en dejarse caer. Lo sostuvo, lo dejó luego sobre sus pies y le agarró de la mano.

—Bueno, ahora conocerás a mi tío, un viejo general, un tipo estupendo, ya lo verás—. Avanzaron por el camino de gravilla oscura hasta la misma puerta—. Tendremos que llamar al timbre, Pero por si acaso, tú te quedas a mi espalda—. Con la mano que sostenía al pequeño, tiró suavemente, escondiéndolo tras él—. Creo que vamos a darle una sorpresa—. Pulsó repetidamente el timbre. Este resonó claro en la noche. Hacia varios minutos que el ruido de bombardeo no se escuchaba tan cercano.

Al otro lado de pesada puerta unos pasos, y una voz fuerte

—¿Quién es a estas horas?

—Anton, tío.

La puerta se abrió, dejando ver a un anciano con pijama y bata, con su escopeta en una mano y en el bolsillo de la bata la culata de un antiguo revolver.

—Menudas horas de visita, sobrino. Si vas a continuar así, mejor de doy llave de casa.

Tony le hizo un gesto hacia las armas, para que las ocultase. El viejo ya se había percatado de la pequeña personita que había escondida tras él y se apresuró a retroceder dejando franco el paso. Tony sacó de detrás de él a Axel. y le llevó al interior.

—Entrad, diablos que hace frío—, dijo Rudolf de espaldas a ellos dejando la escopeta en su sitio, sobre un armario de buena altura, al igual que el arma corta

—Tío, le presento a el joven Alexander Edward, es el sobrino de mi futura esposa.

El viejo se volvía con una sonrisa llana para el niño se inclinó para darle primero la mano, y luego un abrazo de abuelo.

—Bienvenido a la familia Alexander Edward.

—Mi familia me llama Axel.

—Ah, pues yo también soy tu familia y te llamaré así, caballere. ¿Y tú

qué sobrino? ¿Por que no cierras de una vez la puerta entramos a calentarnos un poco con un coñac? y un vaso de leche para el chico, con unas gotitas de licor también, ¡que ya es un hombre!

El niño rió mientras el viejo le daba la mano.

—Tengo a un par de compañeros ahí fuera, con una vieja camioneta.

Rudolf, asintió con la cabeza y metió la mano en un bolsillo sacando el manojito de llaves.

—Ábreles la verja y que pasen. Que escondan la camioneta en el garaje de atrás, ¡pero no me ralléis el coche, por favor!

Tony salió casi riéndose. Los rusos a las puertas, bombardeos constantes, y su tío Rudolf, general retirado de los grandes ejércitos del tercer Reich, se preocupaba por un arañazo en su automóvil mientras hacía de abuelo.

Axel fue conducido a la cocina por la mano firme del general, a paso casi marcial. Allí estaba encendida aún la vieja cocina de leña, que había quedado obsoleta, pero desde los cortes de energía, había sido de lo más útil como calefacción y para calentar alguna que otra lata de suministro. El viejo abrió una de las taquillas y sacó un cazo donde vertió agua y leche en polvo, removiéndola la dejó sobre el fogón.

—Alguna galleta casera debe de quedar. Mi cocinera viene solo tres veces por semana, pero siempre me deja alguna hecha, y esta vez he conseguido de contrabando harina de trigo y avena, así que...

Rebuscó en unas latas estampadas con flores y las abrió, dejándolas al alcance del pequeño.

—Siéntate chico. Me parece que tendremos reunión de hombres aquí, esto está más calentito y yo ya estoy viejo para pasar frío. ¿Qué te parece?

—Muy bien señor, gracias.

—Eres un joven muy bien educado.

—Mi madre se encargó de ello señor.

El anciano sonrió al pequeño, que cogía una galleta y empezaba a morderla con ganas. La voz de Tony llegó desde el recibidor de la casona.

—¿General?

—Por aquí sobrino—, los pasos de los hombres se acercaban por el oscuro pasillo—. Y deja de llamarme general, ya no soy más que un viejo inútil.

—De acuerdo—. Tony aparecía con su amplia sonrisa por la puerta de la cocina, seguidos por Geüser y Klaus, algo cohibidos, con los gorros que cubrían su cabello en las manos, bastante silenciosos para lo que ambos acostumbraban—. ¿Tío Rudolf está mejor?

—Por supuesto, sentaos muchachos, tengo un buen coñac por aquí.

Se giró en busca de la alacena, tomó una botella tallada casi llena, dejándola en la mesa. Los hombres permanecían un poco lejos del centro de la cocina, menos Tony, que se había acuclillado junto al niño y le revolvía el crespo cabello platino en un gesto tranquilizador.

—¿Qué demonios hacen de pie tus hombres Tony?

—Es que aún no se los he presentado—. el viejo volvía con cuatro vasos de distinta forma.

—Mucha de la vajilla buena ha acabado rota con el tiempo. Y sin una mujer en casa—. Miró a su sobrino que estaba ya de pie junto al chico, con una mano amplia sobre su hombro. Si había estado orgulloso de su sobrino Heinrich, no podía estarlo menos de su otro sobrino Anton, aunque este se parecía físicamente demasiado para su gusto al inglés, marido de su difunta hermana, pero también era un buen ejemplar. Un hombre con dotes de mando, y con un par bien puestos, para estar en Berlín en estos justos momentos y para sacar de allí a un crío. Cualquiera no haría eso.

—Estos son Geüser, y Klaus—. Señaló uno detrás de otro a los hombres y estos hicieron una inclinación de cabeza bastante bien conseguida.

—Sentaos, sentaos, contadme que ha pasado. ¿No tendríais que estar ya saliendo de Berlín? ¿Y tu mujer Anton?

—Ella se quedó atrás...— susurró el crío. Rudolf lo miró intrigado. Luego a los demás hombres.

—Alexandra, su tía, la hermana de la madre de Axel, bueno, mi mujer. Ella cubrió mi retirada y la del niño. Está, bueno, no lo sabemos aún. Por eso estamos aquí. Necesitábamos un sitio donde escondernos, dejar al pequeño a buen recaudo, cuando... bueno, tenemos que hacer planes y sacar a Alexandra de donde esté.

—Por supuesto, Axel estará conmigo protegido. Sentaos hombres. No hagáis enfadar a un viejo general que tuvo bajo su mando miles de tipos como vosotros.

Se levantó con una agilidad sorprendente, El oído todavía lo tenía bueno por lo visto, había escuchado comenzar ha hervir la leche. La vertió con cuidado en una taza de porcelana y se a puso delante al niño. Los demás hombres se sentaron a la vez que el viejo, y este tomó la botella de coñac y comenzó a servir a todos. Incluido un chorrito en la leche de Axel, con un guiño cómplice.

—Esto te hará salir la barba, muchacho.

Axel rió ante el guiño del abuelo, y le dio un largo sorbo a su tazón.

Tony miró el cuadro allí presente. Un viejo general del ejército Alemán ya retirado, un niño de siete años, dos disidentes, uno «loco» y otro con la vista casi perdida por su antiguo trabajo de soldador antes de que comenzara el conflicto, y él, un espía «quemado». Bueno, no, informador, «espía suena tan melodramático». Y ese era todo su contingente, su apoyo en una ciudad cada vez más ahogada y herida por los soviéticos y los aliados. Menudo panorama.

Y sobre todo ello, la mujer que había dejado atrás, y que no sabía a donde podían haberla llevado.

—Bien—, Tony tomó un sorbo de coñac y era realmente bueno para calentar el gaznate—. Ante todo, recuento de armas.

Klaus y Geüser sacaron sus pistolas y municiones, poniéndolas sobre la mesa, al igual que él. El viejo general les miraba tras su copa de cristal color verde. Rudolf alzó la mano, llamando su atención.

—Anton, está muy bien todo esto, pero ahora hay a un niño a tu cargo, tiene que descansar, llevémoslo antes a un dormitorio para que duerma un rato. mientras estos chicos se toman la copa con tranquilidad.

Su experiencia como padre era prácticamente nula, pensó Tony, mirando al crío que tenía sus ojos somnolientos y enrojecidos. Su contacto con niños se limitaba a hacer el bárbaro jugando con los trastos de sus pequeños sobrinos gemelos. Su tío llevaba toda la razón, bastante había vivido el niño esa noche como para que tuviese que soportar ver como se planeaba un rescate casi a la desesperada.

—Es verdad, Axel, la noche será larga y es bueno que duermas.

—Pero, tía Alexandra...

—Nosotros estamos aquí para rescatarla, tú solo debes de dormir, cuando

despiertes, espero tenerla ya con nosotros. ¿Bien?

De su mano lo llevaron escaleras arriba a un pequeño dormitorio que el viejo preparó en poco tiempo con sábanas limpias y cobertores de buena calidad.

Ya cómodamente instalado el jovencito en el centro de la cama, Strieber salió del dormitorio, diciendo algo de encender un rato la radio, dejándolos a solas

—Tony...— susurró bajito el pequeño, Daylight se sentó a su lado en la cama, peinando con los dedos el cabello rubio del niño.

—Dime Axel.

—Cuéntame cosas de tía Alexandra. ¿De verdad es tu mujer?

—Voy a casarme con ella en cuanto estemos en Bretaña muchacho, tenlo por seguro.

—¿Y que será de mí?

Tony sonrió interiormente. Pobre crío, verdaderamente tenía demasiadas cosas rondando por su rubia cabeza para descansar, por cómoda que fuese la cama.

—Tú vivirás con nosotros, seremos, bueno, como tus padres.

—¿Y tendréis más hijos?

—Eso espero—, pondría todo su empeño—. y, serás el hermano mayor, siempre podrás mandar sobre ellos. Y ellos seguramente siempre acudirán a ti para que les resuelvas los líos en que se metan. Serás su héroe, y más cuando con el tiempo sepan que escapamos de Berlín los tres juntos.

—Eso está bien, es un trabajo importante ser hermano mayor.

—Pues sí, un puesto muy necesario. No sabríamos que hacer ya sin ti, así que espero que lo aceptes.

—Bien, lo haré, eso me gusta.

Un silencio tranquilo se instaló en la habitación durante unos minutos.

—¿Rescatarás a tía Alexandra esta noche?

—Lo antes que podamos. Planearemos algo y en un momento la tendremos con nosotros, y luego, a casa.

—Me gusta como suena «a casa». ¿Dónde está tu casa Tony?

A punto estuvo de decir, «entre los brazos de Alexandra, o una cuarta más abajo de su ombligo», pero no creía que eso fuese una frase muy conveniente

para oírla un chico de tan corta edad.

—En la campiña inglesa. Es un antiguo pabellón de caza que estoy remodelando. Está en un piso alto. Tiene muy buena vista. No es muy grande, pero hay un par de dormitorios, uno a tu disposición.

—Pero si tenéis más niños, si tengo más hermanos...

—Ampliaremos la casa, nadie va a echar al hermano mayor de su dormitorio—. Notó que en la semioscuridad el chico sonreía—. Ah, y detrás tenemos un bosque grande, y un riachuelo con truchas.

—Nunca he comido truchas.

—Pues ya verás que ricas. Aunque de corazón espero que tu tía aprenda a cocinar. Aunque yo me defiendo muy bien en la cocina, no pasaremos hambre.

—Eso también es importante,

—Sí, pero además es también muy necesario que descanses. No tienes por que preocuparte. Haremos los planes y en cuanto tengamos a tu tía con nosotros, volaremos de aquí.

—Bien—, luego un suspiro hondo del pequeño pecho del hombrecito—. buenas noches Tony.

—Buenas noches Axel.



—¿Quién es usted Fräulein? No creo que Anna Kisler sea su nombre.

El guarda del orfanato la había entregado hacía media hora a una patrulla que llegó poco después. Si la esposa del guarda no le hubiese apuntado con aquella pistola, entre el revuelo de los críos que corrían hacia el refugio del sótano, hubiesen conseguido escapar todos con bien. Pero al haber en peligro no solo sus vidas si no la de tantos inocentes, y estando Tony a un paso de la valla de escape, no se lo planteó siquiera. Se quedó allí, impidiéndoles a la pareja ver más allá de ella misma, protegiendo la huida de dos de las personas que más le importaban en este mundo.

Y esperando que estuviesen a salvo bajó del *jeep* que habían enviado a por ella. El joven cabo que la había empujado dentro de la celda tras sacarle las esposas, intentaba parecer más adulto de lo que era. Su uniforme de las Juventudes le daba la clave de hasta que punto estaban mal las cosas en la

capital si tenían que recurrir a chicos imberbes para hacer el trabajo de hombres.

Permaneció en silencio mientras recorría con la vista la celda. Era amplia, con un camastro al fondo, en una esquina un lavamanos y un W.C. completamente a la vista. La suite imperial, supuso irónicamente. No se molestó ni en volverse a mirar al chico que continuaba gritándole a sus espaldas. Con paso indolente llegó hasta el camastro y se sentó en él, cruzando sus brazos y echando una mirada ceñuda al sujeto. Este pareció por un momento intimidarse y recular.

—Se ha avisado al capitán de la dotación, en cuanto se desocupe se encargará de su interrogatorio. Él no será tan amable como yo, Fräulein.

La puerta atronó al cerrarse. Era de madera, aunque parecía segura gracias a la cerradura y a la custodia en la puerta. Sin un arma ni apoyo, casi imposible escapar.

Por el momento, sonrió para sí.



Se reunió con los demás en la cocina. El general había intentado averiguar algo más con las noticias de madrugada en la radio pero estas eran escasas. Solo instaban a la población a permanecer, oculta y a salvo, y a las tropas mantener alta la moral y luchar por la victoria.

Klaus empujó la copa de coñac que antes apenas había probado hasta su mano.

—Tony, estábamos hablando que, bueno, Kurt Dietrich podría echarnos una mano en esto. Está en el ejercito y...

Tony negó con la cabeza antes de tomar otro sorbo.

—No se si fiarme, sabéis que ha sido un SS.

Rudolf intervino con voz firme.

—Ha sido siempre el mejor amigo de tu hermano, Anton. Él puede averiguar con un par de llamadas donde se encuentra retenida tu mujer.

—Tampoco sabemos donde está ese tipo.

Klaus alzó la mano.

—Yo sí, esta tarde conseguí verle salir del acuartelamiento donde está

asignado, ha estado allí casi veinticuatro horas movilizado, pero creo que había orden de que parte descansara y le ha tocado a él y a su contingente. Sabes que llevamos aquí más de una semana esperándote, y mientras tanto, ya sabíamos por Rankin que...— en ese momento *El Loco* se quedó callado, mirando al general, este no se inmutó, al contrario, sonrió ampliamente.

—Soy viejo pero no tonto, sé que Rankin está metido en algo desde hace tiempo.

—Sí—, intervino Tony— no te preocupes Klaus habla con libertad.

—Bien, bien, he averiguado donde vive ahora. Estuvimos vigilando su antiguo piso, pero el edificio ha sido derruido en un bombardeo hace algo de tiempo. Hoy al atardecer le seguí hasta su guarida. Está en un suburbio no demasiado lejano.

—Sigo pensando que es más peligroso acudir a él que apañarnos por nuestra cuenta—. Tony jugueteó con el vaso que contenía el licor, entre sus dedos—. No pueden haberla llevado muy lejos del orfanato con la que estaba cayendo hace un rato.

—Pero Dietrich...

—No—. Meneó la cabeza, no iba a pedir el favor a un SS. Lo más probable es que le hubiesen llevado a una central de policía cercana, o como mucho a un cuartel, dependiendo de a quien hubiesen podido avisar para que la detuviesen. Necesitaba un plano de la zona y...

El golpe en la mesa con ambas anchas manos de Rudolf Strieber le sacó de sus pensamientos.

—Vas a escucharme, Anton.

Todos los presentes se volvieron a mirar el rostro serio del viejo general, aunque este solo miraba con el ceño fruncido a su sobrino.

—Kurt Dietrich no solo es el mejor amigo de tu hermano, lucharon juntos en las primeras campañas, se cubrieron las espaldas el uno al otro, y cuando «el SS», como lo llamas despectivamente, descubrió que había una denuncia en la Central con el nombre de Dafne, la mujer de tu hermano, la destruyó y fue de inmediato a decírselo. Todo esto lo sé por Rankin, no por Dietrich. Se la jugó en ese instante, sabía a que se enfrentaba un oficial como él, a pesar de su rango si le cogían, pero lo hizo sin pensar en las consecuencias que iba a tener para él. Cuando tu hermano y su mujer desaparecieron ni un mes

después, fueron a por él primero. Yo aún estaba muy cerca del Fürher en esos instantes para verme tan afectado.

En la Gestapo sabían que clase de amistad le unía con Heinrich, y fue llevado a la central, interrogado durante horas, días y todos sabemos como se las gastan. No se quebró, no sé si no sabia nada en realidad de a donde habían huido o como, o se lo calló. Pero si no llega a ser por Rankin y por mí, hubiera acabado en un paredón. Yo mismo, para conseguir el favor de su perdón, me dejé apartar de mi alto puesto, por otro ambicioso general que quería mi lugar y posición a cambio de su voto a favor por la vida de ese hombre. No me importó hacerlo, la vida de tu hermano, la de su mujer y la Dietrich eran para mí más valiosas que todos los honores y el poder.

Tony se quedó callado. La mirada de todos los presentes estaba fija en él. Permanecía con los ojos bajos, clavados en el fondo del vaso medio vacío.

—Creo que la vida de tu mujer también te importa, sobrino, como para hacer ascos a la ayuda de ese hombre, que ha demostrado fehacientemente hasta donde llega su lealtad por un amigo. No puedes perder el tiempo, id y buscadle.

En el silencio tenso de la cocina se escucharon unos pequeños pasos por el pasillo, Axel, descalzo y medio vestido apareció en la puerta, restregándose los ojos. La cara del chico era seria y preocupada.

—No puedo dormir, quiero a tía Alexandra.

Tony se levantó y fue a por él, tomándolo en brazos para llevarlo a una de las sillas.

—Iremos a por ella ahora mismo, Axel—. Miró a los demás—. Klaus ¿cómo andamos de combustible?

—Apenas. Y bueno, a ver si arranca.

El general se levantó de un salto,

—Voy a vestirme, os llevaré en mi coche a donde sea.

—Tío, será mejor que no te metas en más problemas, demasiado has hecho en acogernos. Además, el pequeño tiene que quedarse con alguien.

Axel que estaba atento a todo, se abrazó de inmediato a su cintura.

—Tía Alexandra me dijo que no me separase de ti, que tú me cuidarías.

Las tropas se le estaban sublevando, pensó Tony. ¡Atajo de hombres indisciplinados!, no tuvo más remedio que asentir, y claudicar, y pensar que

ahora podía llegar a comprender a Edward S. Bossfield. Él tenía similares problemas en esos instantes.

—Todos en camino—, dijo al final, el movimiento se hizo dueño del lugar, la adrenalina empezó a fluir por sus venas, en ese estado de excitación tan conocida por él desde que apenas era un chico de dieciocho años.



Apagó al fin la radio, el último parte de madrugada no podía ser peor. Los Soviéticos no solo se habían afianzado en sus posiciones sino que avanzaban inexorablemente por toda la zona desde el sur hacia el norte de la capital alemana, en un movimiento envolvente sin precedentes. Los aliados apoyaban desde los flancos, los americanos habían ralentizado su paso, dejando a las claras, carta blanca a la Unión Soviética para entrar en Berlín los primeros.

Henry Daylight se dejó caer la cabeza en el respaldo del sofá y se restregó la cara con ambas manos. Sin saber nada de Tony desde hacía prácticamente una semana y con tal situación, no era lo mejor para conciliar el sueño aquella noche de primavera. Los leves pasos a la entrada del salón, hizo que volviese allí su mirada. Vestida con camisón color crema muy sencillo y con sus exquisitos pies descalzos sobre el parquet, estaba su esposa.

—Henry...

—Vuelve a la cama Dafne.

—Ven conmigo, no puedes hacer nada... ninguno de los dos podemos, al menos métete en la cama y abrázame.

No pudo decir que no ante tal súplica, los ojos de su mujer inmensos en la oscuridad, y sus labios estaban temblorosos. Ella estaba igualmente preocupada, esos días estuvo tan ensimismado que había descuidado demasiado a su razón de vivir más cercana, su mujer, sus hijos. Se levantó del sofá para ir a apretarla fuerte contra su pecho, besar sus rizos y reprimir un fuerte deseo de dejar fluir lágrimas. Los hombres no lloran, se repitió como un mantra. Pero joder si no lo necesitaba, dejarse caer al suelo, abrazarse al vientre de su mujer y llorar como un crío. Su hermano estaba a miles de kilómetros, a saber si vivo o muerto, si eso no era razón suficiente...

Dafne alargó la mano y apagó la luz, llevándole lentamente, ascendiendo

la escalera. Henry se dejó arrastrar enlazando los suaves hombros de ella, afianzándose en su calor, en su presencia.

Por favor, suplicó interiormente, que mi hermano esté vivo, que vuelva a casa, somos tan pocos de familia, no sabríamos que hacer sin él.



En pleno Londres en uno de los barrios de clase media-alta, la luz del despacho de una de sus casas continuaba encendida a esas horas. El puño del general Bossfield había golpeado impotente la dura madera de su escritorio, después de que tras varias llamadas, nadie supiese nada de Alexandra. Tenía hombres de confianza en cada contingente, desde simples sargentos a incluso un par de generales. Todos estaban atentos a la aparición en cualquier lugar de los alrededores de Berlín de una mujer y un niño, acompañados por su hombre, su mejor informador, con o sin la documentación y salvoconductos.

Vivos o muertos.

Sus nombres y apellidos habían sido memorizados por todos ellos. Sabía que a la más mínima noticia sería inmediatamente informado. Lo que no restaba que hubiese hecho esas últimas llamadas. Incluyendo a algunos conocidos dentro de las tropas americanas, francesas...

Pero después de una larga semana, nada. Y estaban a pocas horas del ataque final. Había sido puntualmente informado de ello esa misma tarde. No había cenado, se negó a ello, casi gritando a la pobre Adelinne. Esta casi le lanza el tazón con sopa a la cabeza, y se lo hubiese merecido. Ella no tenía la culpa, su mujer estaba igualmente preocupada, pero su forma de ser práctica y de ademanes suaves engañaba. Tendía a interiorizar su sufrimiento, igual que él a hacerlo notorio. El dolor sordo de su puño era fiel testigo de ello.

Apagó la radio, la lámpara de sobremesa y a oscuras, solo rota por la claridad difusa de la ventana salió del despacho, cerrando la puerta. Escuchó a su mujer pasearse por la planta alta. Abrir, cerrar puertas. Seguramente había estado en el dormitorio de Alexandra, donde permanecían alguna de sus fotos. De ella y de Marianne. De sus dos hijas, a las que años atrás, hubiese debido obligar a llevar sus apellidos, pero sus orgullosas medio escocesas, se habían negado tajantemente. Alexandra solo había aceptado usar al fin como primer apellido el suyo, a cambio de su propio apoyo para el

rescate del pequeño. Fue un jodido chantajista, pero su hija al fin era una Bossfield

Con caminar pesado subió por las escaleras hasta su dormitorio. Por debajo de la puerta se veía difusamente la luz aún encendida. Tomó aire profundamente, necesitaba tanto un abrazo, una caricia de su esposa, que ella le dijese que todo estaba bien, que se arreglaría, que su hija volvería sana y salva llevando de la mano a su pequeño nieto, lo único tangible que quedaba en este mundo de su hija Marianne. Pero había sido un perro desagradecido con Adelinne, seguramente esa noche ella lo arrojaría de su lado, y lo tendría bien merecido.

El hombre que no temblaba ante nadie, lo hacía mientras giraba el pomo de la puerta de su alcoba.

Para su sorpresa, ella estaba allí, esperándole, se abalanzó sobre él y casi le hizo tambalearse, a pesar que era la mitad de su tamaño, pero no solo por fuera, si no también por dentro. Adelinne se abrazó a él, lloraba. Él la besó suave en su frente, limpió con los pulgares las lágrimas que desbordaban sus ojos claros, mientras acunaba con reverencia su rostro dulce, se hizo fuerte, ella le necesitaba. Respiró hondo mientras la alzaba en sus brazos como lo hizo aquella vez, hace años en su primera noche juntos.

Le dejó en la cama, y la arropó con cuidado, mientras se deshacía de su chaleco.

—¿Estarán bien?— Preguntó ella, restregándose los ojos con los puñitos cerrados, como una niña.

Edward se sentó a su lado, mientras se quitaba uno a uno los botones de su camisa color crema.

—Mi mejor hombre está con ella. Es lo único que sé, Adelinne, eso y que te necesito.

Ella extendió sus brazos hacia su marido. Edward S. Bossfield no necesitó más invitación.

CAPÍTULO 22

—**E**STO es de lo peor, Tony.

Geüser, Klaus y él habían caminado el trecho que les separaba del flamante coche de su tío donde se habían quedado apostados el pequeño y el viejo general que no habían querido quedarse guarecidos en la mansión. El negro automóvil, con brillantes cromados, llevaba pequeñas banderolas con el símbolo de la cruz gamada a cada lado de su morro. Nadie se atrevería a parar o asaltar semejante demostración de fuerza. Klaus había tomado una charretera oscura y la gorra de plato del conductor, y había manejado con habilidad el coche, aunque ahora esta se quedó en el asiento tapizado de piel del conductor.

—Si creíamos que nuestro piso franco estaba en mal sitio...—arrugó la nariz Klaus ante la cercanía de una cañería de desagüe rota.

—Hombres, es lo que hay, si ese bribón no está en su cama ni en su casa...

—Estará relajándose por algún garito cercano—, terminó Klaus—. es un tipo de costumbres.

—Démonos prisa en encontrarle. No pueden quedar muchos sitios así abiertos a estas horas en una ciudad sitiada como esta. Mirad, allí, creo que hay una taberna en los bajos del final de la calle.

Emprendieron la marcha hacia el lugar señalado por Geüser, esperaban al menos tener suerte.

Sí, una magnífica noche de primavera, amenizada por el tronar lejano de baterías de defensa. Llevaba al menos diez días sin un solo minuto de asueto y se lo merecía. Y una buena borrachera también. ¡Ya qué más daba! Los soviéticos estaban rodeando Berlín y él realmente con ganas de coger la última antes de enfrentarse a ellos. Toda la tropa movilizada preparada, pertrechadas con las últimas municiones que quedaban en la capital. En su caso diez cargadores completos, y una daga de plata, regalo y recuerdo de su tiempo en los SS.

Pero estas eran sus horas de descanso, no se iba a ir a la cama sin más. En primer lugar porque el ruido constante de aviones y defensas eran una maldita mierda para conciliar el sueño sin algo de alcohol, por malo que fuese, nublando los sentidos.

Kurt Dietrich había paseado hasta la taberna más cercana a su casa. Era un asco de sitio, el alcohol pésimo, la cerveza asquerosa. Aunque todo eso daba igual, mañana o dentro de tres días acabaría con una bala en la cabeza o en cualquier parte de su cuerpo y en una tumba sin nombre.

Así de mal iban las cosas para la grandiosa Alemania. Y para la antes hermosa y perfecta Berlín con sus jardines cuadrículados y sus pendones rojo, blancos y negros.

¡Ah, aquellos tiempos de buena cerveza y una preciosa rubia sobre sus rodillas! Qué lejanos parecían ahora.

Miró alrededor, al fondo, a una mesa pequeña y solitaria. Tomó una botella de algo que llamaban Vino del Sur, y un par de jarras de cerveza en la otra mano, después de poner unas monedas en el sucio mostrador. Se dirigió al oscuro rincón, al menos tendría una media hora entretenida con su botín. Se dejó caer en el taburete y se bebió de golpe media jarra de cerveza casi demasiado caliente para ser aún el mes de abril.

Pero vamos, no iba a discutir por ello, no quedaban muchos sitios abiertos en esos momentos, a un paso del final donde coger una buena melopea. Se relajó con los codos puestos sobre la mesa y miró alrededor, soldados como él la mayoría. Otros sin uniforme, como él aquella noche, pero luciendo heridas de guerra que iban a declararles inútiles para toda la vida. Algunos ancianos, un par de furcias medio desdentadas.

Sí, lo más floridito de Berlín. Y entre ellos Kurt Dietrich, el paria.

Otro trago más y la cerveza estuvo en su estómago, pesada, asquerosa. Dejó a un lado de la pequeña mesa la jarra desconchada y cogió la otra. ¿media hora? sería un milagro que no se terminase es brebaje en quince minutos. Al menos bebiéndolo rápido resultaba menos repulsivo. Aunque era alcohol, simplemente alcohol corriendo por sus venas, para proporcionarle unas horas de sueño esta noche. Él no era un bebedor empedernido. Pasaba días y días que no probaba ni gota. Pero el estado de tensión de los últimos tiempos le estaba haciendo mella en el sueño. Y a su pesar, había descubierto que la obnubilación que le proporcionaba, podía hacerle pasar más apacible la noche. ¿Qué sonaban las alarmas? a la mierda. ¿Si una bomba caía sobre su casa mientras dormía? ¿A quién carajo le importaba?

La segunda cerveza tomó el mismo camino que la otra, garganta abajo, hasta su estómago. Tosió un poco. Luego desvió su mirada a la botella de vino de cristal verdoso. sobre ella un vaso con forma de pequeño tubo. Lo sacó del gollete, y abrió el tapón sin sellar. A saber con que rellenaban esa botella, mientras no fuese gasolina o meado de caballo...

Y bebió, esta y casi una segunda, si aquellos torpes borrachos no hubiesen tropezado con su mesa, podría haber acabado con ella. Y no es que le importase mucho pagar otra más. Pero joder, quería estar tranquilo y esos tres gilipollas le miraron como si él no fuese nadie por no llevar uniforme en sus horas libres. Él era un soldado ¿y ellos? Tres desechos sin nombre.

—Las broncas en la calle—. Gruñó el viejo tabernero cuando vio como el enorme Kurt se levantaba de la mesa con la ropa chorreante de líquido burdeos.

—No tiene huevos—, dijo uno de los que «accidentalmente» había volcado la botella.

—Seguro que no, ¿no le veis? Es un tipo elegante.

Kurt sacudió sus puños húmedos de apestoso vino barato. Sonrió de medio lado.

—En la calle os espero, «preciosas damas».

Dicho esto les rodeó, parecía firme, a pesar de la botella y media ingerida de puro alcohol, más varias cervezas recalentadas.

Estos se carcajearon a sus espaldas y se dispusieron a seguirle. Los había con ganas de bronca, y un tipo grande como Kurt, con esa cicatriz dentada

que le recorría medio rostro era un imán para ello. No le importaba quemar un poco de energía en ese momento, una buena zorra a esos estúpidos, puede que le ayudase a conciliar el sueño.

Tuvo que apartar de un empujón a un chico guapo que entraba en ese momento en la taberna, con un gorro azul calado sobre la cabeza. Sus ojos claros le resultaron algo familiares, pero nada más.

—Aparta, *Niño Bonito*.

Tony con la boca abierta casi, se dejó empujar. Esa cicatriz, su porte... pero iba borracho como una cuba, al menos apeataba igual. Aunque parecía mantener su paso firme. Dio cuatro pasos más afuera, y se volvió. En esos instantes pasaron a su lado tres tipos que no parecían estar ni la mitad de bebidos que el hombre moreno que le había apartado para salir.

El de la cicatriz sonreía a los tres que se le acercaban, posicionándose a su alrededor como hienas hambrientas. Kurt se quitaba la chaqueta y la arrojaba sobre lo que antes fue un coche, ahora un amasijo de hierro retorcido. Se subió las mangas hasta los codos con movimiento tranquilo, sin dejar de observar relajadamente a sus contrincantes. Sus brazos eran musculosos, las venas se marcaron cuando abrió y cerró sus enormes manos.

—Vaya—, dijo que parecía llevar la voz cantante de los tres—. El «señor elegante», ¿sabe usar los puños?

—Acércate si tienes lo que hay que tener, y prueba tú mismo.

A Tony no le dio tiempo de cerrar la boca, los tres tipos se lanzaron al unísono contra el de la cicatriz. Éste se defendía bien para ser un tipo que rondaba los cuarenta. Podría medir más de un metro noventa y era muy ágil, aunque ostentaba pesados músculos y, desde luego, una zurda impresionante. Geüser y Klaus llegaron a sus espaldas.

—¿Ese es Dietrich?

—Geüser...—, asintió despacio—, me temo que sí.

—¿No le has preguntado?

—¿Cómo cojones iba hacerlo? Estaba entrando cuando han salido estos en tromba tras él y ...

—¿Le ayudamos?— Klaus miraba torciendo la cabeza a izquierda y a derecha, como si asistiera a un buen combate de boxeo.

—Se defiende bastante bien, aún no le han conseguido tocar la cara

—Ayudémosle, si no es Dietrich, habremos hecho nuestra buena obra del día...

Geüser dio un paso para actuar. Tony lo retuvo con su mano en el hombro delgado.

—No. Tú quedas fuera, alguien tiene que quedar medianamente bien para llevárnoslo.

Cuando se quiso dar cuenta, Dietrich se vio flanqueado por *Niño Bonito* y *Cara de Loco*. Estos se pusieron a repartir golpes, sacando a dos contrincantes de encima, y dejándole a sus anchas con el cabecilla.

—¿Dietrich?— dijo el *Niño Bonito* mientras esquivaba un par de golpes que iban bastante bien dirigidos.

—¿Quién carajo sois?—Pero el distraerse le hizo recibir en plena mandíbula. Trastabilló un poco hacia atrás pero se rehízo.

—Amigos. Soy Daylight y el tipo de tu derecha el *Loco Klaus*.

Repelió el nuevo puñetazo que iba contra su sien y retorció la mano atrapada de su contrincante, pero este era joven y se deshizo del agarre.

—Joder ¿Daylight?

—El hermano de Heinrich.—Esta vez si se quedó paralizado y su contrincante aprovechó para darle en pleno estómago, sacando el aire de sus pulmones, y haciéndole encorvarse sobre sí mismo, y empezar a vomitar el alcohol ingerido.

—Por Todos... ¡Klaus! acabemos con esto.

Ambos hombres se hicieron cargo mientras Geüser retiraba a Dietrich de la pelea, y le sujetaba mientras soltaba hasta las bilis del estómago vacío, solo ahíto de alcohol

Media docena de golpes más y tenían en el suelo y con las manos en alto a los tres individuos. Klaus con su cara de loco, más de lo habitual, había sacado a Marlene de su escondite,

—Venga, el primero que diga algo se lleva una ración de plomo de mi pequeña ¿Algún voluntario?

Los tres tipos se levantaron trabajosamente y negaron con la cabeza, cada uno de ellos caminó a un sitio diferente, aunque Tony y Klaus permanecieron alerta un minuto más hasta que desaparecieron.

Tony se volvió a mirar a Kurt. Estaba peor que mal de aspecto, y no era

solo por la paliza que le estaban dando.

—Saquémoslo de aquí.

Ayudó a Geüser a sujetarlo mientras Klaus permaneció atento a la retaguardia con Marleen en su mano, susurrándole palabras de amor que ni a su propia novia.

Le empujaron en dirección a la salida de la calle.

—¿Dónde coño me lleváis?—consiguió abrir algo los ojos y hablar.

—Necesitas despejarte, viejo.

—Vivo aquí al lado—, dijo señalando en una dirección trabajosamente con la mano—. en el numero veinticuatro.

—Lo sabemos Dietrich, venga, subimos a tu casa. ¿Vives solo, no?

—Si encuentras una señorita que me haga los honores la invito a compartir hogar conmigo.

La risa de Kurt sonó a demasiado alcohol.

—Creo que no estás para muchos trotes, viejo.

Llegaron a la puerta y Tony buscó en el bolsillo que le indicó Dietrich con un gesto las llaves.

—Arriba en el tercer piso.

—Joder con lo que pesas...Geüser, ve por los demás, todos adentro.



Kurt parpadeó varias veces para poder concentrar su mirada. La juerga de esta noche iba a pasar factura. Ya no era un jovencito, a sus cuarenta años bien cumplidos, debía de dejarse de tomar alcohol hasta bien entrada la madrugada de una vez por todas. No es que fuese un adicto, simplemente no podía conciliar el sueño, y terminaba en algún garito ilegal ante una cerveza, a veces casi imbebible. Y luego otra para quitarle el mal sabor, y después... joder, luego se había visto envuelto en una pelea.

Y luego estaba aquel rubio, el que se presentó luego como hermano de Heinrich, que lo sacó casi a rastras de debajo de aquellos tres tipejos. Y el flaco, y ese barbudo, con cara de loco apuntándolos a todos con una pistola a la que le hablaba y le acariciaba desde el cañón a la culata ¿Cómo la llamaba? Algo así como Marleen...

Volvió a enfocar. Pues no, no estaba soñando. El rubio estaba ante él,

mirándole con ojos desaprobadores. ¡Ni que fuera su padre! Se restregó la cara con ambas manos. Apeataba.

Antony Daylight Strieber, cruzado de brazos le miraba ceñudo e impaciente. Habían conseguido sacarle de aquella pelea de borrachos casi ileso. Por lo menos no tenía ningún hematoma en la cara, aparte de su cicatriz antigua.

—¡Qué! ¿Nos concentramos Dietrich?

Kurt se restregó los ojos una vez más. Jodido muchacho pensó.

—Vete al cuerno, *Niño Bonito*.

—Magnífico. Mi hermano me dijo que eras un hombre de palabra, un tipo decente. Y luego, y tengo que sacarte de una pelea y del peor garito de Berlín, completamente ebrio.

—Mira, *Niño Bonito*...— se fue a levantar, pero nada más ponerse de pie sintió como todo le daba vueltas. Tony no tuvo más remedio que sujetarle y volverle a sentar en la cama. Kurt cayó de espaldas en el colchón, casi con el conocimiento perdido.

A su espalda Geüser resopló.

—Necesita una buena ducha para despejarse, Tony, así no vamos a ninguna parte.

Tony asintió con media sonrisa socarrona.

—Abre el grifo, que ahora vamos.

En dos minutos ambos tiraban de Kurt hacia arriba. Tony le había quitado las pesadas botas y los calcetines, y tiraba de su chaqueta y camisa, manchadas de vómito y alcohol.

—¿Nada más?— dijo Geüser mientras se acomodaba bajo el peso del actualmente capitán Dietrich.

—Si quieres ser el que le baje los pantalones, todo tuyo.

Geüser negó con la cabeza.

—Que se los quite luego él solito.

El agua estaba helada, el grito de Kurt al entrar en la ducha empujado por Tony y Geüser, debió de escucharse por toda la calle.

Después le dejaron solo cuando comprobaron que no perdía pie y empezaba a quitarse los pantalones, profiriendo toda clase de insultos para los dos.

No quisieron carcajearse más en su cara. Salieron del baño y esperaron fuera. Tony se asomó a través de la contraventana después de abrirla un poco. No había ni un mísero cristal allí. Los bombardeos lo habían dejado todo hecho añicos. El mismo edificio del frente no era más que ruinas. El barrio era verdaderamente deprimente. Geüser miraba alrededor con las manos en los bolsillos. Se escuchaba a Kurt maldecir entre dientes.

—No está tan mal este agujero. He dormido en sitios peores.—Tony sonrió. Sí, pensó, había pasado unas cuantas noches en sitios pésimos y ese tampoco era el más desagradable, al menos era conocido. ¡Cuanto anhelaba volver a su guarida en el pabellón, con su pelirroja entre sus brazos! Pero ahora su principal preocupación era sacarla de donde estuviese detenida. Su testarudez y esa inoportuna sirena aviso de bombardeo aéreo la habían dejado en mala posición, y él tuvo que huir, dejándola detrás, para salvar al chico. No sabía donde la habían podido llevar, esperaba que Kurt pudiese averiguar algo, pero antes se tendría que despejar el muy cabrón de esa borrachera. Necesitaban darse prisa, no tenían tiempo que perder.

Kurt terminó de salir, cubierto con la toalla. Ni siquiera les lanzó una mirada, trasteó en los cajones y en el ropero, tomando lo que necesitaba, volvió al baño.

La prioridad era sacar a Alex de donde estuviese retenida, y escapar de esa ciudad. Las tropas rusas estaba rompiendo las defensas del oeste. Se advertía ininterrumpidamente a toda la población y cada vez era más la gente que acudía a refugios y bajo el metro, y ya no quería salir de allí. Los bombardeos eran ya día y noche. Buscaban el Führerbunker, y no pararían hasta dar con él, destruirlo, y a todo aquel que lo habitase.

Al fin Kurt estuvo ante ellos, al parecer medianamente sobrio y decentemente vestido.

Se paró a dos pasos de ambos y los miró de arriba a abajo.

—¿Qué queréis de mí.? Me habéis sacado de mi fiesta, así que espero que sea importante.

Tony se puso en guardia. En realidad él no conocía personalmente al alemán. Pero Ludwick y su tío Rudolf confiaban plenamente en él, igual que su hermano Henry. Durante los años que este estuvo como fallido informador, Kurt fue compañero de armas y amigo.

—Necesito que busquemos algún teléfono que funcione, hagas alguna llamada a tus contactos y me localices a una persona que ha sido detenida hace cuatro horas en el orfanato que está en la zona este de Charlottenburger Chaussee. Luego puedes seguir con tu juerga.

—¿Y qué harás con esa información?

—Rescatarla.

Kurt soltó una carcajada

—Deliras *Niño Bonito*.

Geüser se encogió de hombros. Silbó y se acarició el arma que hasta el momento ocultaba en la trasera de su pantalón

—Pues si no vas a ayudar, tendremos que «silenciarte».

Kurt avanzó dos pasos haciendo caso omiso al negro cañón de una pistola con la que el disidente jugaba con franca despreocupación.

—¿Tú y cuántos más, flacucho?

Tony levantó las manos, poniéndose en medio de ambos hombres.

—Calma muchachos. Dietrich, acudo a ti porque ya no tenemos a quien más. Si no fuera por eso no te importunaríamos. Sabemos que estás en mala situación. Rankin...

—¿Qué le ocurre a Rankin?— Kurt se volvió hacia él, con el ceño aún fruncido, pero el gesto más sinceramente preocupado que de enfado.

—Mi hermano Henry, se puso en contacto con él hace un par de semanas. Ya de antes sabíamos tu situación actual. Henry lamenta haber sido el culpable...

Kurt negó con la cabeza

—Él no tiene la culpa de nada. Dime, ¿qué le ha pasado a Rankin?

—Está perfectamente bien, con Meré en la Francia liberada. Ha estado viajando de un lado a otro, sabes que él tiene contactos, amistades...

Kurt asentía con la cabeza aliviado. Rankin y Meré eran uno de los pocos que no les había retirado el saludo públicamente cuando fue degradado. Incluso llegó a sus oídos que había puesto de su parte a más de medio tribunal para declararlo inocente, y que solo fuera degradado y trasladado de cuerpo. Después de esto ambos estrecharon sus contactos y fue a veces cómplice de los «negocios» que la pareja se traía entre manos. Pero eso no le interesaba a Daylight, ni a nadie, lo que hubiese hecho era por su cuenta y

riesgo.

—Gracias. Hace más de tres meses que no sabía nada de ellos.

Tony asintió.

—Kurt, necesito tu ayuda. Si hubiese alguna otra manera limpia de sacar a Alexandra...

Dietrich alzo una oscura ceja al oír un nombre femenino mientras le sonreía.

—¿Alexandra? ¿Una informadora?

Tony carraspeó.

—Sí, buenos, no, es mi, no sé como explicarlo mi protegida, mi alumna...

—Explícate mejor, *Niño Bonito*. Si voy a ayudarte a sacar a alguien de un cuartel exponiendo mi trasero, y mi cuello, quiero saber que merece la pena.

Tony asintió. Dio dos pasos en dirección a la salida del dormitorio y se asomó al salón del apartamento de Kurt.

—Ven aquí muchacho...

Ante la asombrada mirada de Dietrich, un chiquillo de unos siete u ocho años, delgado, con el cabello muy rubio y unos ojos verdes tremendos se asomó a la puerta. Tony le tomó de la mano y le hizo pasar.

—Kurt, este es Axel.

Kurt se quedó largo rato mirando al jovencito sin saber que hacer o que decir. Sus ojos se volvieron a Tony.

—¿Han cogido a su madre?

—No precisamente, Alexandra es su tía, la hermana de su madre. Es una historia larga. Resumiendo, vinimos aquí a buscarle. Es medio inglés, como Henry. Pero su madre, bueno, ella antes de... no pudo sacarlo, su padre falleció en Kiev, y al final quedó bajo la custodia de la familia paterna que le quedaba aquí, pero por lo visto son firmes defensores de la «pureza aria», y terminó en un orfanato.

Kurt asentía. El chico tenía esa mirada sabia de los chicos que se crían rodeados de infortunio, y que aprendieron demasiado pronto lo que era el dolor. Él una vez también tuvo esa mirada en los ojos. Aunque no perdió a su familia totalmente, estuvo durante años con la calle como única escuela, cuando la Gran Guerra. Quizás ese fue el instante en que tomó la decisión, mientras escuchaba la respuesta de Daylight.

—Alexandra es su único pariente.

—Está bien, está bien. ¿Pero qué hacemos con el chico mientras nos preparamos?

—¿Nos preparamos?

—No pensarás hacer esto solo o con el apoyo de esos dos tipos, dan demasiado el cante.

—Es lo que hay. Había pensado que se quedase en casa mi tío el general Strieber. Él se hará cargo del chico mientras nosotros...

—Envíalo fuera de Berlín ya, a como de lugar, incluso la casa del viejo Strieber es insegura. Que esos tipos lo saquen esta misma noche, antes que estemos completamente cercados.

—No me iré de Berlín sin ella.— El chico permanecía muy serio, asido firmemente a la mano de Tony. Lo miraba a él y a Kurt alternativamente.

Kurt soltó un fuerte suspiro.

—Muchacho, creo que tu tía estaría más tranquila sabiéndote bien y a salvo. Voy a ser claro contigo, puesto que eres ya un hombre, los soviéticos están rodeando Berlín. Esto será una batalla en cuestión de horas. Nos quedamos solo *Niño Bonito* y yo. Tú, te vas, el flaco también y ni que decir tiene que a *Cara de loco* no lo quiero cerca.

Tony asintió. Geüser medio divertido, medio ofendido observaba tranquilamente por la puerta del dormitorio.

—Estoy en la calle con Klaus, *El loco*, compañero. Dejamos al general al cuidado del coche, cuando vio las escaleras dijo que nos esperaba abajo, despídete del chico y me lo envías rápido.

—¿Tenéis a Strieber metido en esto?—. Le miró sorprendido.

—Hasta las cejas, quiero que salga también de la capital con Axel.

Tony miró al niño que se agarraba a su mano como a una roca en un naufragio. Se acuclilló ante él. Le despeinó el cabello platinado.

—Chico, tienes que hacer caso al abuelo, a Geüser y a Klaus. Ellos saben lo que hacen, te sacaran de Berlín y cuidarán muy bien. ¿De acuerdo? Y no dejes que el abuelo Rudolf intente quedarse aquí.

El niño se abalanzó sobre él y se abrazó a su cuello. Tony sintiéndose un poco extraño ante la sincera muestra de afecto del crío, le correspondió torpemente, temeroso primero y firme después.

—Eres todo un hombre, Axel, haz que me sienta orgulloso de ti.

Axel se retiró apenas un paso y se limpió los ojos con la manga del ajado jersey.

—Me prometes traer a tía Alexandra contigo ¿Verdad Tony?

—Te lo juro, muchacho—. se puso una mano en el corazón.

—Luego, no me dejareis nunca más solo ¿Verdad?

—Alexandra no te dejará jamás. Ella ha cruzado un continente en guerra por venir a buscarte chico.

—Y tú, ¿me dejarás solo?

Tony negó con la cabeza. No sabía que decir, un nudo se le ponía tan hondo en la garganta que le impedía hablar y casi respirar. Nunca nadie dependió de él de esa manera. De alguna forma, se sintió identificado con el muchacho, también «perdió» a su madre, aunque la suya marchó de Inglaterra, y quizás, en el fondo, era más duro saberla viva y ausente, que desaparecida para siempre. Lo único bueno fue la figura de su padre, que siempre estuvo ahí.

Este chico lo perdió todo, incluso su último pariente en Berlín, no lo quiso y lo abandonó en aquel deprimente orfanato cargado de críos que pasaban hambre y frío, sometido a férrea disciplina y a saber que más. Se le notaban hasta los huesos. Era un crío guapo, pero le hacía falta carne y músculo en su desgarrado cuerpecillo. Una temporada en el *cottage* le vendría bien. El aire saludable y limpio, la comida casera, correr y jugar al aire libre como cualquier niño de su edad.

—Cuando todo esto acabe jovencito—, consiguió articular—. tú y yo vamos a ir de pesca a un riachuelo de la campiña de Inglaterra. Hay unos peces bien gordos, iremos en mi moto, tengo una preciosa *Matchless*—. le sonrió mientras le acomodaba el raído chaquetón—. Tú llevarás las cañas y ataremos la cesta detrás con la comida. ¡Pasaremos un día estupendo!

El niño asintió más conforme, con renovada mirada, llena de ilusión. Volvió a sorber con la naricilla. Esta se parecía mucho a la de Alexandra, fina y un poco respingona. Sin embargo la barbilla era masculina y marcados sus altos pómulos, seguramente herencia aria de su padre.

—¿Y tía Alexandra?

—Ah no, un día de pesca es «cosa de hombres», se quedará en casa con

tía Dafne y tío Henry, que es mi hermano y verás lo que te van a querer. Que le enseñen algo de cocina y de modales, ya que va a ser tu madre, los necesitará... Anda, baja ya que te espera el abuelo, con Geüser y *El Loco*.

El chico rió, y tras abrazarle de nuevo, rápidamente saltó y salió a la carrera del apartamento.

—Gracias, Tony, y adiós señor.

Escucharon la puerta abrirse y cerrar.

Tony se incorporó del suelo ante un asombrado Kurt.

—Vaya *Niño Bonito* o tienes mano para los críos, o es que su tía está tan buena que te piensas meter en su cama y estás allanando el terreno.

Tony se cruzó de brazos mientras miraba directamente a los ojos del amigo de su hermano.

—Estoy acostumbrado a los hijos de Henry. ¿Sabes? tiene mellizos y son un entrenamiento estupendo.

Kurt se encogió de hombros y se limitó a caminar con gesto cansino a su ropero, lo abrió y al final del todo encontró uno de sus antiguos uniformes de la SS. Lo sacó completo. Este aún conservaba sus galones. No sabía por que no lo había arrojado a la caldera como los demás, quizás por nostalgia. Lo dejó sobre la cama, buscó sus botas más nuevas y las puso al lado en el suelo.

—Tendré que lustrarlas un poco.

Se volvió de nuevo y buscó en los cajones. Sacó otro, este con una camisa y una chaquetilla de cabo, se la lanzó a Tony.

—Ponte esto *Niño Bonito*, necesitaré un chófer que me lleve.

Tony alzó las cejas mientras atrapaba en el aire la ropa.

—No sabía que tuvieses auto, Dietrich.

—No, lo perdí, junto a muchas más cosas. Pero hay un depósito del ejército poco más de dos calles. Allí tendrán teléfono para hacer las oportunas averiguaciones. Nos acercaremos y, tomaremos uno de los autos y conducirás para mí.

—Ya—. Su voz sonó incrédula.

—Eh, *Niño Bonito*, no creo que sea un problema para un tipo curtido como tú una tontería como esa.

—Por supuesto. Sobre todo con varios ejércitos a las puertas.— Se sacó el abrigo por la cabeza y lo arrojó a un lado.

—Sobre todo por eso... Puede ser hasta divertido.

CAPÍTULO 23

—**E**STOY demasiado viejo para esto.

Rudolf bajaba por la escalera de gato tras Axel a la alcantarilla oculta entre las vías del metro de Berlín, el que se hallaba más al Noreste. Este estaba saturándose muy rápido de gente. Entraron a sus túneles un par de horas antes, mimetizados entre toda la población que se escondía allí dentro desde hacía incluso días, temiendo que la ciudad cayese a sangre y fuego. Nadie le importunó. Un anciano, un niño y dos hombres que se hicieron pasar por tullidos, no levantaron demasiadas sospechas. No supo como se había dejado convencer, pero allí estaba, escapando de la ciudad.

Klaus les guió poco a poco al lugar disimuladamente. No quería alertar a nadie de la posible ruta de escape de la ciudad. Que saliesen en tropel por la única escapatoria hacia las afueras de la ciudad por los viejos túneles, no era ni factible ni tampoco seguro. Geüser negó con la cabeza mientras cerraban la semioxidada tapadera y se quedaban con solo un par de linternas y un repuesto de baterías.

Una vez que llegó abajo, sonrió al observar como el niño se aferraba a la mano del viejo. Sería una larga caminata, en un lugar fétido e infestado por ratas e insectos, andando por un riachuelo de agua residual, y más para un chico y un hombre anciano, pero no imposible.

—Ni se os ocurra resbalar y caer a esto, hombres—. Advirtió.

Klaus con su voz casi alegre, abría la marcha de nuevo. Su padre y su abuelo trabajaron en la construcción de esa maraña de túneles. Él mismo había estado allí docenas de veces. Los conocía bien. Por ellos pudo entrar y

salir de Berlín incontables veces. Aunque en los últimos tiempos, la mayoría habían sido cegados o permanecían bajo la estrecha vigilancia de un grupo especial de la policía. Sobre todo después de descubrirse como vía de escape de muchos judíos alemanes.

Pero ahora, con el ejército rojo bombardeando desde hacía unas horas y el frente bieloruso rodeando desde el norte al este, no encontraron ningún obstáculo para entrar. Los hombres que podían portar un arma, incluidos críos de quince y veteranos de la Gran Guerra poco a poco se iban acercando a los cuarteles para ponerse bajo órdenes para la defensa.

También era la zona más antigua la que pisaban en esos momentos y la menos conocida. Incluso alguno de sus ramales llegaba justo a las orillas de los ríos Spree y Havel, y varios canales que cruzaban la ciudad.

—El túnel que nos llevará por debajo de los canales está bien cerca. Espero no esté inundado, o tendremos que aguantar un rato la respiración.

—Por todos los... Klaus, ¿Estás loco?—. gruñó Geüser, que cerraba la retaguardia justo detrás del viejo general. Si se encontraban con esas, ellos aún jóvenes y adultos estarían metidos en problemas, y más un anciano y un crío.

La risa de Klaus resonó por todo el lugar, rebotando en sus húmedas y sucias paredes de ladrillo abovedado.

—Qué pregunta más tonta, G.

Geüser suspiró, sosteniendo la linterna. Tanteó el arma bajo su abrigo. Si se mojaba, a la mierda la poca defensa.

Y esperaba que los suyos consiguiesen llegar al punto de encuentro tras la defensa de Berlín. Osten era el mejor, pero por desgracia no infalible. Habían planeado todo con extremo cuidado y mantuvo el secreto, incluso de su mejor compañero, Geüser, por si las cosas salían mal. Ellos estaban cumpliendo, al menos por su parte, con los plazos. Pero el ejército soviético se estaba dando prisa en rodear Berlín. Y sabía a ciencia cierta que las fuerzas unidas Franco-Holandés no se iban a quedar a la zaga y andarían por la zona donde había quedado con sus compañeros disidentes..

Rudolf Strieber apretaba la mano pequeña de Axel infundiéndole su calor. Aunque el niño no dudaba al dar el siguiente paso. Quizás el valor debiese ser para sí mismo. Si llegaban a la zona que decía Klaus *El Loco* y estaba

inundada, dudaba por su parte que iba a conseguir cruzar, pero haría todo lo posible por que el pequeño sobreviviese a todo aquello. Y a la vez rogaba por que su sobrino consiguiese salir de esta con bien y con la joven que estaba, seguramente a estas horas a punto de rescatar.

Más adelante, Klaus hizo una seña para que todos se detuviesen. Había un punto donde el túnel acababa abriéndose en forma de «T» con dos ramales, uno diametralmente opuesto al otro. Se dio la vuelta y le dio a Rudolf la linterna.

—Mi general, enfoque directamente a mis manos cuando me agache.

Anduvo unos pasos más, iluminado por el haz de luz. Se acuclilló a pesar del fango, poniendo sus manos en la sucia agua. Tanteó y sonrió. Un sonoro ruido metálico retumbó por la bóveda. Sus manos se elevaron con una tapadera de hierro oxidada, apartándola a un lado.

—Mi general, deme la linterna de nuevo.

Apenas se limpió las manos en su ya estropeado pantalón de lanilla antes de coger el aparato. Siguiendo en cuclillas lo enfocó al hueco abierto, por donde retumbaba claramente el agua ahora.

—¿Klaus? ¿Qué tal?—. Geüser se había acercado e iluminaba igualmente a la pared donde se recortaba la silueta de *El Loco* contra el ladrillo basto.

—Tengo que bajar, G, es la única manera de saber si es viable.

—Cuidado con la linterna, no la pierdas.

—Mejor que os la quedéis, y me enfoquéis, si consigo hacer pie os la pido, si no, tendremos que hacer planes. Pero cruzar hay que hacerlo por aquí.

En menos de tres segundos el hombre, iluminado por dos haces pequeños de luz, comenzaba a bajar por una escalera de hierro básica incrustada en la pared del agujero abierto.

—Por el momento la escalera aguanta.

Rudolf resopló, a su espalda mantenía a Axel, impidiéndole meter más la cabeza, aunque el chico se esforzaba por ello con curiosidad infantil. Para él todo era una aventura. Su mente infantil no notaba el verdadero alcance de entrar de aquella manera en las entrañas de la tierra, aunque fuesen por túneles hechos por el hombre.

—Upps— la voz de Klaus hizo eco.

Un chapoteo y las luces enfocaron al fin el suelo del subterráneo recién descubierto.

—¿Estás bien Klaus? ¿Cómo están las cosas?

—Los dos últimos escalones están rotos por el óxido. Pero estaré aquí para sujetaros cuando bajéis. El agua me llega a la cintura. Al chico aún le sobra para respirar, pero podemos llevarle en brazos. ¡Aunque esto es hediondo! Deja caer una de las linternas, entraré un poco más. Recuerdo que hace un bajío más adelante. Quiero tantear hasta donde nos puede cubrir el agua.

—¿Hay mucha corriente?

—Poca, pero la puta agua está helada. Tendremos que darnos prisa antes de congelarnos. La linterna, G, hay que darse prisa.

Geüser se inclinó lanzando la que hasta ahora había sujetado Rudolf. Este abrazó contra sí al niño frotando su espalda, este tiritaba, aunque no llegaba a quejarse.

Fueron largos los minutos que tardaron de nuevo en escuchar la alegre voz de Klaus, y el chapoteo de su vuelta.

—Id bajando. ¡Cruzaremos!

Rudolf tomó la delantera. No sin esfuerzo se metió dentro del oscuro lugar. El ruido del agua reverberaba a su alrededor. No quisiera meter al pequeño en ese sucio y oscuro lugar, pero no había forma de salir de Berlín a salvo cruzando defensas alemanas y a las tropas atacantes, si no era por ese oculto lugar.

—Venga hombrecito, te toca. —Procuró que su voz fuese alegre, como si se tratase de un juego de niños.

Geüser ayudó al chico a bajar, pronto estuvo sujeto por el general que lo mantuvo alzado del agua todo lo que le era materialmente posible.

La tapadera quedó abierta tras ellos, ya importaba poco. Una vez los cuatro abajo, Geüser quiso tomar al chico, pero el anciano general negó con la cabeza.

—Si me veo sin fuerzas te lo cederé, mientras tanto yo le llevo.

Geüser asintió y se quedó a sus espaldas, pronto a socorrerle si le hiciese falta al viejo. Era un hombre admirable, fuese cuales fueran sus ideales. Rogó interiormente poderlos poner a salvo.

El agua a medida que avanzaba se hacía más honda y ligeramente más rápida. A la vez casi empezó a «llover» sobre ellos desde el techo de bóveda de cañón, mojando de arriba a abajo.

—Estamos justo bajo el canal— dijo Klaus—. Procurad no perder pie, pisad bien antes de dar el siguiente paso.

Con sumo cuidado continuaron avanzando por el túnel. De la cintura en breve, el agua les rozo casi los hombros. El general respiraba agitado, manteniendo al chico lo más fuera del agua posible, pero el muy tozudo se negaba a ser ayudado. Aun así, Geüser posaba firme una de sus manos sobre su hombro y en la otra, la linterna, hasta que empezó a fallar parpadeando.

—Mierda. ¿La otra batería Klaus?

—Protegida en plástico en mi bolsillo. Espero que aguante. Arreglémonos con la mía por ahora. Si empieza a fallar, antes que se apague cambiamos la tuya.

—Pues atento, porque quedarnos a oscuras aquí...

De nuevo, una veintena de metros más adelantes el terreno comenzó a subir un poco en suave pendiente. Pronto de nuevo estuvo a nivel el agua de sus rodillas.

—Son dos canales más hombres—. Klaus comprobó que la batería de repuesto estaba seca y se la pasó a Geüser para que la metiese en su linterna, por si acaso la suya se acabase.

—¿Cuánto terreno más o menos?

—Hemos cubierto una cuarta parte. Espero que continuemos en esta tesitura.

—El amanecer casi nos cogerá aquí dentro—. Repuso Geüser.

—Sí, y quizás tengamos que aguantar hasta mañana por la noche ocultos en su boca de salida—. La mirada de Klaus se alargó hasta donde debían de continuar—. Mi general ¿necesita descansar?

—Ya descansaré cuando...— estuvo a punto de decir «esté muerto», pero el chico que ahora andaba de su mano con el agua igual que él, apenas rozando sus rodillas le hizo cambiar su expresión, y sonreír en la oscuridad —, lleguemos afuera. Y sobre todo con un tazón de leche y galletas, ropa seca y una manta, ¿Verdad Axel?

El niño cabeceó varias veces y se relamió ante la perspectiva.

—Y un baño, aquí huele muy mal.

—No sé si Osten tendrá preparado un baño o un refrigerio semejante, aunque ahora me conformaría con café de achicoria para entrar en calor y un par de galletas saladas—. Sonrió Geüser con una mano sobre el hombro del jovencito. Se estaba portando de forma muy superior a un niño de su edad, era, a pesar de sus años un chico bastante maduro. Avanzaba firme, ignorando el frío, el agua, las ratas con las que se cruzaban y seguramente el vacío de su flaco estómago.

Durante la siguiente hora cruzaron el siguiente canal más o menos en las mismas condiciones. Pequeños altos en el camino para comprobar al pequeño y al anciano apenas retrasaban su dura marcha.

El tercero de los túneles fue otra cuestión más difícil.

—Casi inundado. Es el más bajo de todos.

Klaus se adelantó unos minutos antes el primero. Mantenía una mano fuera del agua con la linterna y con la otra daba alguna brazada para avanzar en la corriente. El agua caía desde el techo, donde se ubicaba el más antiguo canal como una lluvia fría y constante.

—Deme al niño, general.

—Puedo llevarlo.

—Sé que puede, no lo pongo en duda. Pero prometí a Tony sacarles de esta, a ambos, y de una pieza. No sea testarudo.

Resollando, Rudolf atendió al fin a razones y pasó el ligero peso de Axel al rubio disidente. No bien el niño se hubo abrazado a su cuello cuando el techo tembló sobre ellos.

—Estamos en el círculo exterior de Berlín muchachos. Daos prisa antes de que...

Una nueva detonación y una sacudida violenta les dejó congelados unos segundos. El gorgoteo y el sonido de un derrumbe no muy lejos hizo que los tres hombres junto al chico, se pusiesen en marcha.

—Debe de haber caído un obús o algo al lecho del canal, mierda. Aprisa.

Klaus tiró del general sin miramientos y Geüser abrazando al niño para resistir una oleada de agua que se les venía encima apenas pudo tomar una bocanada de aire viciado cuando le tapó la primera ola. Casi se dieron con el techo, no hicieron pie durante un rato. Nadando casi, ayudándose para

avanzar con las manos en el techo, hiriéndose y volviendo a agarrarse a los ladrillos llenos de resbaloso verdín, consiguieron avanzar un poco más y hacer pie antes de que el canal donde pasaban fuese completamente tragado por el agua tras la detonación siguiente.

Poco a poco se fueron alejando por un estrecho túnel. por suerte la entrada era estrecha y no dejaba subir con rapidez el agua.

—Cien metros hombres—. Resopló Klaus escupiendo agua de su boca.

A punto estuvieron varias veces de caer. Entre Klaus y Geüser ayudaron los últimos metros hasta la salida al viejo general.

El punto brillante al final les indicaba que allí estaba la ansiada libertad. Avanzaron con redobladas fuerzas. El agua seguía subiendo pero en aquella zona les llegaba de nuevo por las rodillas, a nivel con el riachuelo donde desembocaba la compuerta.

—Joder. Ya queda menos hombres.

Los tres hombres tomaron aliento, la salida circular de hormigón se había estrechado y habían avanzado los últimos metros casi a gatas. Una pesada verja de hierro ocluía la escapada. Geüser no lo veía aún, era el último, el niño andaba a gatas ante él, y el general

—¿Qué coño ocurre Klaus?

—Cerraron la entrada con una reja incrustada en el cemento por esta parte, sé que hay otra salida, pero no podemos volvernos.

El agua comenzó a subir ahora a más velocidad.

—Mierda. ¿ves algo más?

—Apenas amanece. ¿Dónde estará Osten? Necesitaríamos media docena de hombres o algo de dinamita para sacarnos de aquí.

Geüser miró atrás y apuntó con su linterna a la creciente marea de agua que se les venía pronto encima. Una ola les barrió y les empujó contra la verja, pugnaron por aguantar la respiración hasta que el nivel bajó de nuevo. A la siguiente, puede que no lo contasen.

—Silencio.

Klaus hizo una seña a los demás. Un chapoteo en el riachuelo donde se había vertido la anterior oleada. En la luz difusa del amanecer se escuchaba a su trasera un creciente cañoneo y el cielo se iluminaba de vez en cuando con alguna explosión.

Se echaron atrás, ocultándose en la sombra del túnel, temiendo que fuesen las tropas rusas o las franco holandesas peinando la zona. Estaban atrapados como miserables ratas.

Una voz susurrante en alemán llegó a sus oídos.

—Joder Osten, ¿estás seguro que está por aquí la boca de desagüe?

—Una de ellas debe de estar cerca, tras los cañaverales. Y no hables tan alto chico. Estamos a medio kilómetro de las tropas francas.

La esperanza resurgió de nuevo entre la oscuridad, y una pequeña oleada de aguas sucias. Klaus avanzó hasta la entrada, sacando los brazos por entre el enrejado, haciendo señas al aire.

—¡Osten, por aquí!

La cara barbuda del resistente apareció en un minuto ante él con su sonrisa.

—Joder Klaus, llevamos más de una hora vadeando el río y escondiéndonos. ¿Estáis todos?

—No, Geüser, el general Strieber y el niño. ¿Solo sois dos?

—¿Cuántos querías que viniéramos? con cuatro o cinco batallones rodeándonos, da gracias a que hemos podido pasar nosotros. Tenemos carta blanca para movernos, lo que no quita que disparen sin preguntarnos antes. ¿Y los otros? ¿Daylight?

Las manos de ambos hombres se dieron a través de la verja.

—La chica fue apresada, se quedó atrás para rescatarla.

—Espero que lo consiga ¿Qué cojones tenemos aquí?—. La mirada de Osten se desvió a las gavillas de hierro incrustadas en cemento.

—Si solo sois dos, espero al menos que tengáis dinamita.

—Y un *panzer*[24] aparcado ahí al lado, en la orilla, encerado y brillante. No te jode...

El joven sonriente a sus espaldas señaló detrás de ellos con el pulgar en alto.

—Un tanque no, pero un *jeep* sí. Abandonado, a lo mejor funciona todavía, aunque sus cuatro ruedas están pinchadas... Te lo dije antes, pero estabas tan atareado mirando entre los cañizos que...

—Joder chico, ve a verlo y si se puede mover y meter por aquí de alguna manera—. El agua volvía de nuevo a subir en una oleada y salir a chorro por

la boca de desagüe—. ¡Y date prisa!

Osten se volvió, viendo desaparecer al joven belga tras los cañizos, aunque no se resistía a quedarse quieto. Ayudado por Klaus, desde dentro, comenzaron a forcejear con la reja, sujetándola con ambas manos y poniendo su pesada bota contra el borde de cemento. tras varios esfuerzos infructuosos, resopló, sacándose el cabello de la cara.

—Inútil... ¿Y cómo demonios sale tanta agua?

—Varios proyectiles han caído al canal, han roto el fondo y se cuele la agua por las galerías que hemos pasado—. Repuso Klaus aferrado a las gavillas que apenas contaban con una ligera capa de óxido.

Más agua comenzaba a salir desde el interior. Osten miró a sus espaldas, a ver si el joven Dicker volvía. Si no lo hacía pronto, los cuatro allí atrapados, pudiese ser que no lo contasen.

El ruido de un cascado motor volkswagen se escuchó a sus espaldas. El joven había conseguido que arrancase, aunque avanzaba a duras penas sobre sus cuatro llantas reventadas. Consiguió llegar casi a la puerta, y saltó, dejando en marcha el motor.

—Es peligroso, pueden oírnos, pero si lo paro, quizás no vuelva a arrancar, apenas le queda fuel.

Abrieron el capó y buscaron en su interior la cadena de arrastre. Rápidos la afianzaron en la reja y alrededor del vehículo. Dicker volvió al asiento delantero de un ágil salto y puso la marcha atrás.

—¡Apartaos!

Pisó a fondo, el todoterreno con sus ruedas desechas patinó en el fondo del limo salpicando a todos. Osten apenas pudo cubrirse antes de quedar empapado. Los demás intentaban mantenerse a flote entre la creciente marea. Segundo intento, las ruedas volvieron a escurrirse en el barro negro, para el desespero de todos. Al tercero un ruido metálico les hizo temer en principio la rotura del ya maltrecho vehículo, pero la pequeña nube de cascotes de cemento, y el salto que dio el auto adelante arrancando la verja, les hizo casi vitorear a todos. Solo se abstuvieron por la segura cercanía de las tropas francesas.

—Vamos, ¡vamos!

Osten alargó las manos para ayudar a salir a Klaus, este casi resbaló con

el limo. Se volvió presto para tomar al chico en brazos, el general Strieber fue el siguiente en salir, el último Geüser, todos empapados y ateridos de frío. El ronroneo del *jeep* paró con un gorgoteo sospechoso y varias explosiones en el motor.

—Muerto. Pero al menos funcionó—. Dickers brincó del coche que casi se hundía a más de la mitad de su carrocería.

Una nueva explosión en el interior del motor, le hizo negar con la cabeza a Osten

—Todos fuera de aquí, esto pueden haberlo oído a kilómetros.

Geüser se adelantó sujetando a Strieber. El viejo parecía verdaderamente agotado, a pesar de ello, señaló con la barbilla la pistola que llevaba Osten en su mano.

—¿Tenéis más armas?

—Sí—, apostilló Klaus con una mueca apesadumbrada—. Mi Marlene está empapada de agua, es inservible.

—No, apenas hemos podido arrostrar con estas. Esperemos no...

La brisa apenas se movió en los siguientes instantes. Una docena de hombres uniformados del ejército francés estaban en la orilla opuesta, nada más verles les apuntaron con sus armas. Una voz en francés les dio el alto.

—*Arrêtez! Haut les mains*

Osten hizo de inmediato caso, no valía la pena oponer resistencia, ya tendrían tiempo de explicarse ,sin embargo el viejo general dio un par de pasos al frente cubriendo a Axel y a Klaus, que era quien sostenía al niño, con su cuerpo. Un disparo reverberó por la cuenca del río.

—*Ne! Nous avons un sauf-conduit!*—. gritó Osten, con su arma pendiendo de su dedo índice. Se volvió a mirar nervioso al viejo que todavía estaba de pie, con una mano puesta sobre su cuello, roja sangre manaba cubriendo su sucia camisa.

—*Arrêtez, ne tirez pas!*— gritaron entre el ruido de cargar las armas por parte del lado francés

Sin importarle nada más se quitó la chaqueta y corrió a taponar con ella la herida del general. Este se mantenía en pie, con entereza, aunque no tardó en apoyarse en su hombro pesadamente.

Dickers se apresuró a abrirse con cuidado la chaqueta mostrando sus

manos desarmadas en todo momento, extrayendo un sobre bien protegido de su interior.

—*Vous avez des suis arrivé ici un sauf-conduit!*



El caos se respiraba en la ciudad, a pesar de ser de madrugada, vieron a alguna familia con unas pocas pertenencias abandonar los refugios señalizados. Algunos les miraban entre el respeto y el asombro. Un soldado y un coronel a pie a las cinco de la madrugada por las calles de Berlín no era habitual.

Cuando llegaron a la puerta del depósito, apenas había un par de viejos soldados de guardia a lo más seguros veteranos de la Gran Guerra. Los más jóvenes estaban ya en las trincheras y barricadas exteriores esperando la inminente llegada del ejército ruso.

Ante la llegada sorpresiva a pie del coronel se cuadraron inmediatamente, sobre todo al contemplar el oscuro uniforme que llevaba las insignias de la Waffen SS. Tony se adelantó para que no pudiesen ver a Kurt con claridad. Este se caló la gorra y procuró que la parte de su rostro con la cicatriz, quedara en la sombra.

Tony con todo el aplomo se dirigió a ambos.

—Soldados, necesitamos un teléfono que sirva. y un *jeep*, o un transporte para el coronel. Nuestro auto ha sufrido una avería y nos dirigimos a una reunión privada con nuestro Führer.

Si eso fuese posible ambos soldados se pusieron aún más firmes. Estos se miraron el uno al otro algo confundidos.

—¿Algún problema soldados?

—Nosotros no...

—¿No tienen la llave de este depósito?

—Sí señor, pero no de la oficina, pero sin una orden no podemos...

Kurt apenas se adelantó un paso, su voz fuerte y más bronca de lo habitual rompió el silencio.

—Es una orden directa soldado. ¿Quieres que cuando llegue tarde a la reunión, ponga tu nombre sobre la mesa como culpable de mi retraso ante el mismo Führer?

Los dos hombres se apresuraron a coger las llaves y a abrir el portón. Kurt permaneció fuera a la contraluz de la farola, mientras azotaba con aire impaciente el lateral de su muslo con los guantes de cuero.

Tony pasó entre los soldados, intentando que tampoco le vieses demasiado bien la cara ajustándose su gorra. Kurt se dirigió al lateral donde estaba la oficina, sin el más mínimo miramiento pateó su puerta y esta se abrió rompiendo su cerradura. Penetró en su semioscuridad, tomando el auricular del teléfono que estaba de la pared, comprobó que había señal, y marcó con presteza los números de su cuartel.

En menos de tres minutos consiguió hablar con uno de los chicos de guardia, y sonsacarle si sabía algo sobre un incidente en un orfanato de las cercanías de Charlotembur Chaussee. No sabía nada, pero a sus espaldas alguien hizo un comentario, este si sabía a donde se habían llevado a la chica, una preciosa pelirroja, por lo visto, que hizo que los soldados comentasen, y las noticias volaran.

Tony saltó al primer *jeep* que vio con cubierta de lona, un *Volkswagen Kübelwagen*[25]. Las llaves estaban en el. ronroneo suavemente al encender el motor. Era un vehículo todoterreno pequeño, pero fuerte y capaz de saltar entre pequeños acumulamientos de escombros. simplemente perfecto. Uno de los soldados se acercó con un bidón de gasolina, mientras el otro seguía de guardia en la puerta. Tony apagó el motor mientras cargaba el depósito, mirando por encima del hombro a la diminuta oficina donde había entrado Dietrich.

De nuevo prendió el motor. Suave, perfecto. Cambio de marchas y salió por la puerta tranquilamente, hasta llegar al lado de Kurt, este saltó al lado del copiloto

—Acelera, sé donde está la chica.

Dejaron atrás el depósito, con un soldado anonadado con una carpeta entre las manos para recoger la firma de entrega. No pudieron reaccionar, el *jeep* que habían tomado Tony y Kurt doblaba ya la esquina.

Ambos soltaron una carcajada.

—Cuando te pones en modo «coronel», acojonas.

Dietrich rió, joder, llevaba demasiado tiempo sin vivir una emoción como esta. ¿Y a quién le importaba todo? Su país estaba desmoronándose ante sus

ojos. Ya no se sentía con ninguna lealtad hacia él. La poca familia que aún tenía le dio la espalda. y por los visto sus únicos amigos en el mundo estaban o en Inglaterra o en territorio francés, o incluso pudiese ser que sentado en el asiento del piloto.

Maldita suerte la suya. Al menos si tenía que morir, iba a hacerlo con estilo. Miró a Tony, mientras se relajaba en su asiento, le dio las instrucciones de por donde dirigirse. Esquivaba baches y socavones y tomaba rutas alternativas en las calles cortadas y casi desiertas, solo con el ruido de fondo de las lanzadera de defensa activas.

—Según me dicen tu chica es una pelirroja espectacular.

—Eres un puñetero superficial, Dietrich.

—Ni lo más mínimo, es que me apetece alegrarme la vista antes de palmarla.

Tony negó con la cabeza mientras aceleraba el ronroneante motor del *jeep*. apenas en treinta y pocos minutos serían las seis de la mañana y amanecería. A esa hora, entre dos luces querían llegar al cuartel y conseguir sacar a Alexandra, antes que el verdadero transporte para llevarla la Central de las SS llegase.

CAPÍTULO 24

ALEXANDRA paseó por la cuadrada celda de paredes pintadas en gris, medio desconchadas por el paso del tiempo y los temblores causados por los bombardeos. Desde hacía horas que fue arrojada allí dentro, no había oído a nada ni a nadie salvo el retumbar de la artillería tanto defensiva como enemiga. Era desesperante. No sabía que pensar, simplemente la habían detenido y avisado a ese cuartel para que la mantuviese a buen recaudo. Se quitó la chaqueta y la dejó caer sobre el extremo del colchón.

No había más que un camastro infecto donde no pretendía dormirse, una silla con una mesa, atornilladas al suelo, y en la esquina opuesta en la misma pared de la única puerta, un W.C. amarillento, y un lavabo diminuto, donde pudo tomar algo de agua tras intentar limpiarlo un poco dejando correr el grifo.

Ninguna ventana, simplemente era el sótano, y como respiradero una pequeño agujero enrejado en la puerta de madera mal pintada de gris. Parecía de siglos anteriores, ni siquiera era de metal. Tenía cerradura por ambas partes, por lo que supuso que, en otra época no había sido una celda, si no seguramente algún dormitorio para la tropa o algún sitio de descanso. Cuando llevaba allí un buen rato, había intentado forcejear con la puerta. Se maldijo por no llevar encima algo de metal para introducirlo en el ojo de la cerradura y hacer aunque sea un intento por abrirla. Ni una jodida horquilla en su cabello. Resopló de nuevo, había perdido la noción del tiempo. Lo mismo podía estar amaneciendo en esos instantes.

Solo rogaba para que Axel estuviese en sitio seguro y camino de casa.

Pero intuía que Tony no se iría sin ella, lo temía, lo deseaba.

Resopló mientras emprendió la milésima vuelta por el lugar, apenas iluminado por una alta bombilla en el techo abovedado, cubierta convenientemente por una malla de acero. Ese era el único metal disponible en la habitación Pero la silla estaba claveteada al suelo, igual que la mesa y el camastro y aunque no lo estuviesen estaba a más de tres metros sobre ella. Ya había comprobado que como somier, el raído colchón solo tenía una durísima madera. Nada de alambre ni de muelles por parte alguna.

El ruido de calzado militar la hizo parar en seco en sus paseos. Se quedó quieta, mirando hacia la puerta, justo en medio del cuarto. Un rostro desconocido apenas iluminado se asomó. Tres segundos después la cerradura se oía girar, y la puerta se abría de par en par.

Ante ella un oficial, que ella supuso por el uniforme como capitán y un par de soldados imberbes tras él, con dos fusiles ametralladores en sus manos, apuntando en ese instante al suelo. El único que entró fue el oficial de mayor rango. La miró de arriba a abajo. Ella se cruzó de brazos y levantó la cabeza desafiante. El tipo sonrió satisfecho después de su escrutinio.

—Soldados, vuelvan a sus puestos, cierren tras de mí, Fräulein y yo vamos a tener, una charla muy amigable.

Contempló como la puerta se cerraba dejándola a solas con el supuesto jefe de aquel infecto cuartel. Le calculó bien pasados los cuarenta, cabello ralo, complexión nervuda, y casi de su altura. Le sopesó como rival. Había entrenado con un hombre como Tony que al menos pesaba treinta kilos más que aquel alemán. Con un poco de suerte...

—Bien, Fräulein—. Dio un paso más hacia ella. Alex no retrocedió, miró directamente a los ojos castaño claros del hombre—. Dígame quien es y por qué sus amigos se han llevado a un chico medio ingles del orfanato.

Ella se encogió de hombros. Calló simplemente.

—Aquí, Fräulein, tenemos métodos para sacarles información a los detenidos de lo más efectivos. Aunque le ofrezco que me diga la verdad por las buenas, o espere a que la Gestapo venga a por usted y la lleve a los sótanos de la Central—. sonrió malignamente—. Deseará entonces no haber nacido.

Alexandra alzó aún más su barbilla con deliberada impertinencia.

El capitán alemán avanzó, Alexandra relajó la postura, descruzando sus brazos, dejándolos caer a cada lado de su cuerpo, entreabriendo un poco las piernas, a la vez que flexionaba apenas las rodillas y clavaba sus talones en el suelo. Llevaba unos zapatos de tacón, aunque estos eran fuertes. Se preparó mental y físicamente para enfrentarle.

—Hermosa.

El hombre desvió su trayectoria para rodear y verla, por lo visto desde todos los ángulos.

—Es una lástima Fräulein dañar una piel tan perfecta, un cuerpo tan deseable...

Él estaba a sus espaldas, pero ella tuvo el suficiente aplomo para no volverse, sino continuar mirando al frente.

—Exquisita.

La voz del capitán fue un rasgueo ronco, sobre su oído cuando pasó de nuevo a su costado para ponerse a medio metro de ella.

—Es usted un placer para mis ojos.

La mujer permanecía inmóvil en el centro de la celda, a pesar de la pésima iluminación que, seguramente no le haría justicia, era una Venus pelirroja, lástima de su corto cabello. Era de un profundo caoba, espeso, ligeramente ondulado. Le encantaban las pelirrojas, cuando se aventuraba a algún prostíbulo, solía escoger alguna puta con el pelo de ese tono. Pero normalmente sus raíces se notaban de otro color, y el vello púbico oscuro, por lo que no eran sino mal teñidas. Esa hembra no, el sonrosado cremoso de su piel, sus cejas, sus labios rojizos, todo le llevaba a pensar que esta sí era auténtica.

¿Cuánto faltaría para que los de la Gestapo se pasasen a por ella? Joder estaban bajo ataque inminente. tras enterarse de lo que había pasado por sus soldados y que la chica estaba en «sus dominios» se retiró prontamente del puesto donde estaba destinado, con la excusa de supervisar la entrega de la prisionera. Aunque no se esperaba que «el premio» fuese tan hermoso.

Sintió el bulto de su entrepierna crecer, un poco más, mientras su mirada se demoraba desde unos ojos tan verdes como esmeraldas, a una garganta de alabastro y el empezar de lo que solo podía adivinar como preciosos y abundantes pechos. Sus manos picaron por el deseo de estrujarlos, de

pellizcar esos pezones de los cuales no adivinaba su color, puesto que nunca se había follado a una pelirroja de verdad.

Puede que aún tardasen más de una hora para ir a por ella. Aunque a él le bastaban unos quince o veinte minutos. Era tan alta como él, pero las hembras eran fácil de dominar sin embargo. Cuando un hombre las atacaba, les arrancaba la ropa, estaban más preocupadas de proteger su pudor que de defenderse, sonrió para sí. A la Gestapo, mientras se la entregase viva, no le importaría si él...

Alargó la mano, tan rápido que ni su mente fue capaz de sopesar más los pros y los contras, puesto que su sangre se había concentrado en el área de su entrepierna que casi estaba dolorida de deseo en la presión de sus pantalones de campaña. Sus dedos, como garras se asieron al cuello de la camisa que usaba la mujer, tirando hacia abajo con fuerza, rasgando el suave material, y escuchando como algunos botones caían y rodaban por el suelo de cemento.

El aire fresco de la celda contra su piel desnuda la hizo reaccionar más veloz de lo que el ojo del capitán fue capaz de seguir. Echó el puño atrás y golpeó directamente en el esternón del tipo, haciéndole tambalear a la vez que perder todo el aire. Él se llevó ambas manos al pecho mientras empezaba a inclinarse, Alexandra no perdió baza, sus dedos se clavaron como garras en los hombros del capitán y su rodilla se elevó justo para golpear sus huevos, y su polla que se encontraba todo lo erecta que sus pantalones de uniforme le permitían. Jodido cabrón, se dobló aullando sobre sí mismo y cayó de rodillas ante ella. Se puso a su espalda, uniendo sus dos manos y yendo directamente a por su nuca, ahora sí cayó completamente estirado en el suelo, a todo lo largo que era.

El ruido del golpear sordo de la frente del capitán sobre el suelo se unió a su breve grito de guerra. Despiadadamente se dejó caer a horcajadas en la espalda del hombre subiendo a la vez y en dos segundos su estrecha falda. Se inclinó para pasar un brazo sobre esa garganta que pugnaba por tomar aire por «el dolor de huevos» provocado por ella, y le hizo un perfecto candado contra su pecho.

—¿Querías ver mis tetas, gilipollas?—, susurró en inglés — ¡Quizás será lo último que veas o sientas en este mundo cabrón de mierda!

Consiguieron llegar en un tiempo casi récord, a pesar de lo herido que estaba el asfalto de la capital. Siguiendo el juego, con las supuestas órdenes en la mano, un simple sobre de relleno de papel encontrado en la guantera, Tony bajó del *jeep* y se fue resueltamente hasta los soldados de guardia del pequeño cuartel., para su sorpresa eran apenas unos críos de las juventudes, no llegarían ni a los dieciséis años. Ambos chicos todavía mostraban granos en la cara y ni un solo pelo en sus barbillas. Tony dudó que supiesen usar los fusiles que sujetaban en las manos con alguna pericia.

—Soldados, venimos por una mujer que tienen aquí retenida. Traigo las órdenes para vuestro superior—. Después de cuadrarse, el chico que parecía algo más mayor de los dos alargó la mano para tomar el sobre amarillento.

—¡He dicho para vuestro superior, soldado!— Gritó Tony al chico, y este casi se encogió azorado. El otro se apresuró a contestar.

—Nuestro capitán acaba de llegar, y a bajado a los calabozos para hablar con la detenida.

Kurt se bajó del *jeep*, notando como los hombros de Tony se ponían tensos. Daylight debía de tener algo con la muchacha, si no, no se explicaba esas reacciones viscerales.

Kurt le tomó el relevo. Su voz dura y firme se impuso.

—¡Dónde está el calabozo!

El chico se cuadró ante el imponente Kurt y entrando por las puertas del cuartel, caminó a paso redoblado ante ellos por las escaleras que llevaban al sótano. Dietrich puso una mano en el hombro a Tony y le negó con la cabeza. No se podían mostrar demasiado ansiosos.

El fondo del pasillo de los calabozos vacíos se escucharon un par de golpes y varios gemidos. El soldado se volvió sonriente.

—Creo que mi capitán se está divirtiendo un poco con la chica.

A paso ligero Kurt empujó al joven mientras llegaban al lugar de donde venía el ruido. La llave no estaba puesta y el joven soldado hurgaba en sus bolsillos buscándola nervioso. La puerta era de madera apenas reforzada para servir como calabozo preventivo. Dietrich se echó un poco hacia atrás, y de una contundente patada esta cedió y rompió el pestillo. La puerta estalló contra la pared.

Ante los asombrados ojos de Kurt, un oficial tendido boca abajo en el

suelo, ya sin apenas conocimiento mientras una amazona con el cabello corto alborotado color rojizo, una camisa blanca destrozada que dejaba al aire su ropa interior, y una falda de tubo subida hasta la cadera, dejando ver las ligas de sus medias, sobre el hombre, haciéndole una llave a su tráquea, que ni el mejor de los profesionales.

—Me acabo de enamorar—. susurró Kurt mientras daba un paso al interior, empujado por Tony.

Alex que al escuchar la puerta se había quedado paralizada por unos segundos, intentó coger el arma del vencido capitán alemán para apuntar al enorme oficial de alto rango que acababa de irrumpir en su celda. Pero a su espalda, disfrazado de soldado, apareció Tony. Ella imprimió solo un poco más de presión sobre el capitán alemán y lo dejó ya inerte en el suelo.

Kurt cayó entonces que debía de hacer su papel, después de todo un par de soldados estaban a sus espaldas, aunque uno de ellos fuese Tony. Sacó su arma con parsimonia.

—Levántese Fräulein.

Ella miró alternativamente al coronel alemán y a Tony, y este le hizo un leve gesto con los ojos. Solo entonces se decidió a obedecer. Se elevó con cuidado echando abajo un poco su falda, y elevó sus manos poniéndolas tras la nuca. Sus pechos medio cubiertos empujaron el roto material de su blusa.

—Apártese del capitán Fräulein. Retroceda hasta el camastro.

Alex dio tres o cuatro pasos atrás hasta que sus pantorrillas tocaron el colchón.

—Soldados, saquen al capitán de aquí, miren si respira—. Tony, sin dejar de mirarla y seguido por el otro jovencito se acercó al oficial caído y agachándose comprobó que el pulso aún latía.

—Esta vivo mi coronel—, dijo Tony reprimiendo los deseos de rematarle él mismo.

—Sáquenlo al pasillo y vuelva usted, tenemos que llevarnos a la prisionera, y parece que es toda una fierecilla.

Tony y el otro chico levantaron al capitán y lo arrastraron hacia el fuera de la celda, dejándolo en los bancos. Kurt mientras tanto admiraba el cuerpo de la pelirroja. Por todos los demonios. Era una criatura magnífica. Alta, fuerte, con buenos músculos bajo cremosa piel sonrosada. ojos de lince, y

boca amplia y con un labio inferior sensual y rojo como una fruta madura.

Ella aún respiraba con fuerza. No le miraba con miedo, quizás con curiosidad. No hacía nada por cubrir su ropa interior a la vista. ¡Bendita fuera, hermoso espectáculo!

—Fräulein, tápese con su chaqueta—. carraspeó, recordando al fin que era un caballero y ella estaba bastante expuesta—. Póngase los zapatos, y vuelva a levantar los brazos. No toleraré un movimiento en falso.

Alexandra obedeció, solo le retiró su mirada verde para apenas volverse a tomar la prenda que estaba sobre la cama. La camisa resbaló por el hombro femenino dejando a la vista el omoplato izquierdo así como el atisbo de un tatuaje, un gato montés con la mirada tan esmeralda como su dueña.

Kurt tuvo que tragar saliva. ¿Esta walkiria había surgido de tierras inglesas? Él siempre las había creído mujeres más suaves, como la preciosa y dulce muñequita Dafne Sevenstons... Tendría que investigarlo, sobre todo si salía de esta. Tony apareció a su espalda, con un par de esposas. Sin esperar ordenes de Kurt, avanzó hasta ella, que se había cubierto con su chaqueta, y tomó una muñeca y después otra con brusquedad cerrando el metal sobre ellas. Cerró su mano sobre la cadena que las unía y tiró hasta la salida sin ninguna delicadeza. Kurt guardó su arma en su cartuchera, caminando detrás de Tony y la chica a paso tranquilo, dirigiendo apenas una mirada ceñuda al joven soldado que estaba intentando reanimar al capitán.

—Muchacho, que despierte y se dedique a hacer su cometido, defender Berlín, no a follarse prisioneras. ¿No sabe que llevamos semanas siendo bombardeados a diario? No le impongo una sanción o le detengo personalmente, porque hasta el último hombre nos hace falta para defendernos.

Dicho esto caminó tranquilamente, desplegando sus guantes para enfundárselos. Hijo de puta, si estuviese en su mano le hubiese atravesado el corazón de un balazo por intentar aprovecharse de una mujer indefensa bajo custodia. Y creía que los peores cabrones estaban en la Gestapo. Maldita locura de guerra. ¿Dónde había ido los principios básicos de respeto al ser humano? Allí ya no, seguro, y desde hacía demasiado tiempo

Tony empujó a Alex sin decir palabra al asiento trasero del coche. Hizo como que la anclaba a uno de los asideros, disimulando ante los soldados de

las Juventudes que les observaban. Kurt salía ya del cuartel ante los ojos del otro vigía, que se cuadró ante él. Con un mínimo gesto de asentimiento, Kurt entró en el vehículo, sentándose al otro lado del asiento trasero donde estaba la chica apenas dirigiéndole media sonrisa.

Un estruendo sonó a sus espaldas. Todos se estremecieron. Tony saltó sobre el asiento del conductor, y metió marcha atrás sin decir palabra. De nuevo otra andanada de explosiones y el ruido de nuevos aviones sobrevolando la zona.

—Joder, casi me dan ganas de ondear una bandera americana, reconozco el ruido de sus aparatos.

Tony giraba el volante con precisión y dio la vuelta en la calle.

—¿A dónde sugieres que nos dirijamos?— en ese momento se cruzaron con un pesado *jeep* con la insignia de las SS, parecía dirigirse al cuartel donde estuvo encerrada Alex aquellas últimas horas.

—Mierda, creí que no iban a darse tanta prisa, sobre todo estando bajo ataque.

—La SS no descansa, muchacho, que me vas a contar. Acelera, en cinco minutos se darán cuenta que nos la hemos llevado.

Ni tres minutos, el *jeep* se daba la vuelta en esos momentos y dos soldados saltaban de nuevo a su interior. Disparos en su dirección se mezclaron con un nuevo estruendo de proyectiles sobre el cerco de la ciudad. Kurt desenfundó su arma.

Alex que había permanecido muda hasta ese momento, atenta a todo lo que ocurría alrededor, elevó sus manos hacia Kurt.

—Eh, hombretón, sácame las esposas y te ayudo.

Dietrich sonrió ante su descarado. Tiró de ella mientras una bala rompía la cubierta de lona del *jeep*. Agarró el hombro de la chica y la empujó al suelo del coche entre los asientos, dejando que la mejilla suave y sonrosada descansara sobre su muslo tenso.

—Tú quieta pequeña, no vayan a volar tu linda cabecita.

Ella fue a protestar, pero Kurt mantuvo su cabeza baja con una mano sobre su nuca y con la otra disparaba hacia el auto que los perseguía.

—Hijo de...— rezongó la pelirroja.

—¡Obedece Alex!— le gritó Tony mientras giraba en la siguiente calle.

Un enorme proyectil lanzado desde uno de los aviones silbó sobre ellos cayendo a apenas diez metros. Tony hizo un soberano esfuerzo por mantener el control del vehículo tras la onda expansiva y ver que caía sobre la acera, elevando una nube de polvo y fuego. Rodeo apenas sin ver el socavón.

Cubiertos por la nube de polvo, otro nuevo proyectil resonó a sus espaldas, Tony se metió en un callejón oscuro entre dos edificios poco más adelante.

Kurt permaneció alerta mientras seguía inmisericorde, sin dejar que la chica se moviese. Tony se arrodilló en su asiento sacando el arma. Por la boca del callejón en la semioscuridad de la entrada del nuevo día y el polvo levantado por la siguiente explosión vieron pasar de largo al *jeep* que los perseguía.

—Esperaremos un par de minutos. Esto tampoco es seguro. Parece un bombardeo sistemático a zonas militarizadas, como esta.

Tres explosiones más pero ya a más distancia volvieron a sonar. Entre ellas la voz de Alex más que enojada.

—¡Suéltame alemán!

Tony le hizo una seña a Kurt, que parecía divertirse con tener la tierna mejilla femenina sobre sus cuádriceps, y solo entonces soltó el agarre que infringía al cuello de la muchacha. Ella nada más sentirse liberada se levantó y con ambas manos intentó abofetear a Kurt, este la paró riéndose en su cara.

—Esta chica es una fiera, Tony. Necesita que la domes, me ofrezco voluntario.

—Ni lo sueñes alemán de mierda—. espetó Alexandra

—Tsk Tsk, esa boquita inglesa, que te la voy a tener que lavar con jabón y ponerte una mordaza. Mmm ¿me dejas Tony?

—No soy inglesa estúpido... sino escocesa—. escupió.

Tony negó con la cabeza y sacó una llavín del bolsillo de su camisa.

—Trae las manos Alex, y tú Kurt, deja de incordiar a la chica.

Ella se revolvió de las manos de Dietrich que la agarraban y las elevó a Tony, mientras soplaba mechones despeinados de cabello rojizo de sus ojos.

Este atrapó sus manos y quitó sus esposas. tras esto ella se envalentonó y cogió el rostro de Tony entre sus manos le miró con fijeza. Joder, como se alegraba de verle.

—Gracias. ¿Dónde está Axel?

—Espero que fuera del cerco de Berlín, con mi tío, Geüser y Klaus. Le ocultarán y protegerán hasta que vayas a por él.

Ella tiró de su rostro y le plantó un sonoro beso en sus labios,

—Gracias de nuevo.

Kurt que lo único que podía ver es el redondo trasero de la amazona, escuchó el húmedo obsequio mientras se relajaba en el asiento de atrás, sonriendo.

—¿Para mí no hay recompensa?

Ella soltó la mandíbula de Tony, que miró de nuevo la salida de la calle, más atento a lo que ocurría fuera, que a la sincera muestra de afecto de la joven. Ella señalaba hacia atrás con el pulgar.

—¿Quién es el enorme alemán que tengo detrás?

—Un amigo de mi hermano que me ha ayudado para sacarte. Kurt Dietrich Es un oficial, así que puedes estarle agradecida. se está jugando el cuello con esto.

Irritada por la falta de entusiasmo de Tony cuando le besó, puso una amplia sonrisa en su cara y entornó sus ojos verdes. Se volvió en el pequeño espacio con rapidez y miró a Kurt con expresión casi diabólica.

—Muchísimas gracias...

En primer momento, Kurt temió que la gata se abalanzase sobre su cara y dejase una nueva cicatriz en su rostro, inclusive mucho peor que con la que ya contaba desde su niñez. Si embargo ella se llevó la mano a las caderas para subir su falda, y en tres segundos la tuvo a caballo sobre sus muslos mientras le agarraba la mandíbula rasposa para darle un caliente y húmedo beso. Con extremo placer, por supuesto, Kurt profundizó en su regalo, entreabriendo los labios, cosa que ella aprovechó para introducir su pequeña y danzarina lengua. Kurt gimió mientras no sabía que hacer con las manos, si agarrarle ese trasero respingón, acariciarle los muslos de piel suave y a la vez fuertes que tenía sobre sus suyos, y cuya calor era más que incitante o empujar a la chica al otro lado del asiento.

La voz contante del inglés le sacó de dudas de lo que era su deber.

—Maldita sea Alexandra, sabes como sacarme de mis casillas.

Ella rió contra la boca de Kurt con una chispa de soberana diversión en

sus ojos. Kurt la agarró caballerosamente de los brazos y la empujó con delicadeza hasta el otro lado del asiento, poniendo la debida distancia. Aun así, no podía evitar sonreír como un tonto y relamerse los labios con gusto, igual que un gato goloso.

—Un placer Fräulein, a su servicio, cuando, como y donde quiera...— extendió su mano y ella la tomó con el debido aplomo..

—Igualmente, Herr Dietrich... ¿Coronel?

—Oh, no Fräulein, me temo que ya desertor.

—Bueno, a estas horas ya no tiene importancia—. otra bomba se oyó demasiado cerca y ella se encogía de hombros. Verdaderamente la chica mantenía la sangre fría admirablemente en esos momentos. Y eso a pesar de lo que debió de haber pasado con aquel imbécil de capitán encerrada en esa celda. Tony fruncía el entrecejo mientras le miraba directamente a los ojos.

—Muy bien, ya se habrán alejado, salgamos de este callejón. ¿Alguna sugerencia de a donde dirigirnos?

—Mi apartamento aún está fuera del alcance de la artillería rusa, al menos espero que por unas horas, hasta el anochecer. Salir de Berlín ahora con todo el ejército movilizado... ella si podría, pero dos tipos como tú y yo vestidos como soldados no. Además esa zona es tan poco importante que no creo que nos encontremos defensas. Apenas hace un mes que me mudé allí aunque se le ocurriera a mis superiores buscarme, no darían con el.

Tony metió marcha atrás en la palanca de cambios junto al volante.

—A tu casa pues.

Se ocuparon de esconder el *jeep* en uno de los edificios deshabitados cercanos. Había sido una carnicería y tenía un gran portalón por donde metían la mercancía. Todo estaba saqueado y revuelto, pero aún así, mantenía la puerta de la cochera intacta. Para acceder a aquel sitio usarían otra puerta interior. De todas maneras no era más que una zona de ataque y no quedaba nada que llevarse. Salvo ahora, escondido un *jeep* del ejército. Hábil y concienzudo, Kurt había abierto el candado con una pequeña herramienta que llevaba en una bota. Igualmente, después de meter el vehículo y ocultarlo había vuelto a cerrarlo con el mismo candado.

—Eso me lo tienes que enseñar grandullón—, dijo Alex con las manos en las caderas mientras le veía operar con la pequeña herramienta y abrir y

cerrar dos o tres veces el candado.

—Para esto tienes que haber crecido en las calles, gatita.

Caminaron guiados por Kurt en una casi desierta calle llena de escombros y escuchando a lo lejos el atronar de las baterías propias y enemigas. Llegaba uno casi a acostumbrarse.

—¿Todo un coronel como tú creció hecho un delincuente?

Kurt rió ante la cara de asombro de ella, le seguía a un paso subiendo las escaleras que daban a su casa. Un piso abuhardillado que la verdad, no estaba nada mal. Sobre todo ahora, que se encontraba, por el momento fuera del alcance del cañoneo enemigo.

Les abrió pomposamente la puerta. Tony conocía el lugar, hacía un par de horas lo habían abandonado para ir a buscarla a ella y ya no le resultaba chocante.

Pero para Alexandra era la primera vez que lo veía, lo primero que advirtió fue que todo estaba empapelado en tonos sonrosados, con flores enormes, un sofá y dos butacas de un violeta intenso, con cojines redondos en malva llenos de borlas y pasamanerías. Una mesita de café. y ante la ventana una mesa redonda con cuatro sillas igualmente tapizadas en el feo color morado.

—Horroroso, coronel. Yo hubiese disparado al decorador.

—No te creas que no se me pasó por la cabeza. Pero es un lugar cómodo, y con un alquiler estupendo—. Se fue para una puerta a la derecha y la abrió, mostrando un dormitorio, justo al lado otra, con un baño igual de cursi.— Y hay agua caliente—. Miró de reojo a Tony, tras ello, señaló la puerta de la izquierda— Lo mejor, una cocina muy luminosa, lo que me lleva que tenemos que comer algo y descansar... ¿no?

Alex se asomó al dormitorio, más volantes sonrosados en una cama de cuatro altos y elaborados mástiles. Negó con la cabeza ante el poco gusto del anterior habitante.

—Necesito una ducha coronel, y unos ojos nuevos. Qué cosa más...— no quiso seguir enumerando el rancio y a la vez extraño decorado de la casa.

Kurt que arrojaba el abrigo sobre una silla junto a los correajes y su arma, antes de entrar en la cocina.

—Estás en tu casa, pequeña. Si necesitas algo de ropa... en los cajones

de la cómoda hay ropa interior, de hombre, pero limpia. y también camisas. me temo que falda no tengo, de tu talla...— se rió mientras empezaba a trastear en la cocina.

Alex coreando su risa, entró en el dormitorio y buscó una camisa y algo de ropa interior limpia. Con las prendas en mano asomó la cabeza por la puerta de la alcoba.

—¿Saldremos los tres disfrazados de soldados alemanes de Berlin?

La voz de Kurt surgió desde la cocina.

—Al menos lo cruzaremos.

Tony apartó una silla para poder mirar mejor por la ventana, ya era de día. Algunas personas empezaban a moverse por las calles al parecer en busca de mejor refugio. Incluso pasó una pequeña dotación de soldados en un *jeep* algo abollado.

—Nos llevaremos ropas de civil para después de traspasar las ultimas defensas. Nos dirigiremos al norte—. Avanzó Tony.

Kurt se asomó a la puerta de la cocina con un plato con pan oscuro, parecía hecho de cereales.

—¿Qué sabes tú que yo no sé, Daylight?

—El ejército soviético rodearán completamente Berlín desde el oeste y sur. La única salida, por ahora el norte y el este. Los americanos no piensan intervenir. Han dejado en manos del ejército rojo la invasión. Ellos se lavan las manos en esto, nos tememos que haya una masacre. Sin embargo, si salimos en menos de veinticuatro horas tengo apoyo cerca de Noursbaun, solo habría que cruzar por la zona de trincheras.

—Ya está sucediendo—, dijo Kurt con gesto solemne—. Nos bombardean desde hace días y se estrechan más en el cerco. Hay zonas ya irreconocibles. Todo se acaba...

—Espero que la población pueda sobrevivir a esto.

—Y nosotros, *Niño Bonito*, y nosotros.

La puerta del baño se abrió, para dejar paso a Alexandra. Se había apoderado de una de las camisas militares más gruesas de Kurt. La prenda apenas le llegaban a mitad de sus largos muslos. Por lo visto completamente decidida a sacarlo de sus casillas, pensó para su propia desesperación Tony.

La mirada de Kurt se amplió y tragó saliva nervioso, mientras a su

espalda se escuchó la voz de Daylight.

—¡Maldita sea Alexandra!

Ella terminaba de acomodarse su cabello húmedo.

—¿Qué ocurre, instructor?

—No pongas esa cara de inocente, entra y ponte algo.

—¡He lavado mi falda y mi camisa están completamente inservibles! Solo he salido a preguntar a Kurt si tiene algún pantalón de pijama por ahí—. Ella le dedicó una sonrisa y un parpadeo que derretiría el Ártico.

Kurt, cuya mirada iba de uno a otra como en un partido de tenis, volvía a tragar saliva e intentaba pensar. Demonios con la chica, menudo par de piernas.

—Eh... pues, sí, creo que hay alguno. Está, eh, está creo en uno de los cajones del ropero. No suelo usarlo así que...—añadió con un guiño de picardía— sí, creo que está allí.— concluyó mientras Tony quería asesinarle con la mirada por no dejar de admirar esas piernas interminables.

Alexandra le sonrió de nuevo mientras hacía caso omiso a Tony y se daba la vuelta de un salto para entrar de nuevo al dormitorio y esta vez sin cerrar la maldita puerta. La mirada de Kurt seguía clavada allí. La escuchaba abrir el cajón, y por la posición que tenían, Tony estaba más que seguro que el alemán no la estaba contemplando en este momento. Pero, el muy... seguía mirando hacia la puerta sin pestañear.

—Dietrich...— la voz de Tony sonó baja y sibilante—. Deja a la chica en paz.

Kurt se volvió, pestañeando al fin.

—¿Todas las inglesas se están volviendo así de...?— hizo un giro sinuoso con sus manos imitando las caderas de una mujer—. Porque me estoy planteando seriamente mudarme de continente cuando esto acabe.

Desde el dormitorio resonó la voz divertida de Alexandra.

—Escocesa, mi familia es escocesa, no inglesa.

—¿Qué pasa en Escocia? ¿Qué comen las chicas que hace que os pongáis así de creciditas?— Dijo riendo mientras ponía en la mesa un par de latas de conserva de fiambre y un cuenco de estofado calentado al baño maría, seguramente de alguna lata de suministro del ejército.

mientras se ajustaba la ropa ella volvió al comedor sonriente.

—Pues no sé, supongo que será el aire libre.

—Mucho aire libre sí señor. ¡Brindo por ello!—. retiró una de las sillas ceremoniosamente para ella y le indicó que se sentase con un gesto. Ella accedió con otra sonrisa y Kurt la acomodó, poniendo un plato ante ella con unos cubiertos metidos dentro de una servilleta enrollada—. Por favor, sírvete tú misma lo que te apetezca, lamento que no sea demasiado.

—Por supuesto que está mejor que bien. ¿No se habrá quedado sin suministros por nuestra culpa, ¿no Herr Dietrich?

—Kurt, llámeme Kurt...— los ojos del alemán chispeaban mientras recorrían cada rasgo de la joven—. Es casi todo lo que me queda. De todas formas, no me voy a estar aquí mucho tiempo, me uno a vosotros en esto, es más divertido de lo que tenía planeado para hoy.

Ella asintió volviendo a reír, mientras se servía un poco de estofado caliente.

—Gracias, por favor, llámame Alex.

Anthony quiso cerrar los oídos ante el descarado coqueteo de ambos mientras comían estofado a tan extraña hora. Ambos reían y charlaban como si fuese una puñetera fiesta.

Incluso entre ambos retiraron los platos y los lavaron.

Tony andaba ya subiéndose por las paredes cuando ambos salieron de la cocina. La mano de Kurt justo en la baja espalda de Alexandra. Eso ya era inconcebible saltó casi del asiento.

—Alex, tenemos que descansar, así que acuéstate.

—Solo hay una cama—, dijo ella con ese pícaro descaro tan suyo—. Aunque podemos compartirla y otro de nosotros dormir en el sofá.

—Tú dormirás en la cama, mujer, ¡sola! Nosotros nos turnaremos para descansar en el salón y vigilar—. Su tono no admitía réplica.

Kurt que se había situado a unos cuantos pasos de ella cuando salieron de la cocina, se encogió de hombros. ¡Tampoco pensaba meterse en la cama con la chica! Era una dulce tentación para un tipo solitario, pero hasta él sabía donde estaban los límites. Ella podía estar tonteando descaradamente, pero su mirada siempre se dirigía entre nerviosa y esperanzada hacia Anthony Daylight. Él no era imbécil, estaba siguiéndole el juego a la chica, a la par que se divertía del ceño fruncido de *Niño Bonito*. Sí, era más entretenido que

volverse hasta el cuartel para su turno de guardia. De todas maneras, lo único que se jugaba por su desertión era su propio cuello, y tampoco le tenía excesivo aprecio.

Una vez que Tony consiguió casi empujar a la chica al dormitorio, Kurt se temió de veras que le pidiese dos tablones, puntillas y un martillo para dejarla encerrada allí dentro.

Todavía se estaba riendo entre dientes, mientras buscaba en el dial de la radio alguna emisora que dijese algo de verdad de lo que estaba ocurriendo. Tony acercó una silla a la mesa y le dio la vuelta, sentándose a horcajadas en ella, su gesto era para nada relajado.

—Daylight, tienes una potra sin domar allí dentro. Soy más viejo que tú y te aconsejo que la montes a menudo.

—Deja tus bromas Dietrich.

—Lo digo porque es una mujer admirable, tiene brío. Es una chica valiente.

—Arriesgada. Salvaje. Inconsciente. No reconoce sus límites, siempre va más allá. Demasiado, diría yo.

—No parece que sea una novata. Cuando entramos en el cuartel y la vi sobre ese imbécil, uff. Me puso a mil por hora.

—Dietrich...— masculló Tony mientras por fin la emisora que buscaba Kurt comenzó a sonar con el volumen bajo.

—...a la población que permanezca tranquila en sus refugios esta noche. Repetimos, señores radioyentes. Se ha roto el cerco del oeste, a cien kilómetros de la capital. Todo hombre desde los catorce a los sesenta y cinco que pueda empuñar un arma que acuda a los cuarteles de la Wehrmacht, para organizar la defensa de nuestra ciudad. Berlín no se entregará sin luchar. Defenderemos nuestra capital calle a calle casa a casa .¡Y venceremos, el Tercer Reich se impondrá! ¡Heil Hitlet!

De nuevo Kurt que permanecía atento a la radio movió el dial. otras cadenas emitían iguales o parecidos mensajes.

Tony miró atentamente al alemán. El rostro marcado por la larga cicatriz del hombre, no dejaba entrever ninguna emoción.

—¿Dietrich? ¿Qué vas a hacer?

Kurt movió de nuevo el dial, otra nueva arenga, esta vez, grabada

seguramente hacía días de voz del Fürher. Bajó el volumen y miró fijamente a Tony.

—Creo que, desde hace unas horas soy un desertor.

—¿Qué ocurrirá si no te presentas en tus acuartelamientos?

Dietrich se encogió de hombros.

—No me pueden localizar aquí, apenas hace un mes que vivo en este apartamento. El mío me lo encontré medio arrasado y apenas pude rescatar mis ropas y poco más.

Tony suspiró hondo.

—Se nos acaba el tiempo.

—No podemos salir ahora, ni de civil ni disfrazados de soldados. Acabaríamos en las defensas o en cualquiera trinchera, los tres, si nos topamos con algún pelotón, además pueden reconocermos con más facilidad. Será mejor escapar al atardecer. Ocultarnos entre las sombras y rezar para no caer en manos de alguna patrulla, o que los aliados no arrasen esto durante el día y pensar algún plan.

—Nos quedan pocas opciones.

Kurt resopló y se estiró, mirando la puerta cerrada del dormitorio.

—Al menos dejemos a la chica descansar, debe haber pasado una mala noche en la celda. Nosotros tomaremos un plano—. alargó su mano al cajón de un mueble cercano y sacó uno—. Trazaremos la ruta de escape con lo que sabemos y lo que oigamos en los partes hasta el anochecer. Descansa Daylight, yo haré el primer turno.

Tomó un lápiz y empezó a trazar rayas y símbolos en el plano, Tony lo estuvo observando unos minutos poner cruces donde había barricadas, defensas, ametralladoras. puntos de defensa, zonas estratégicas, calles cortadas.

—Está bien, un par de horas. pero deja la radio encendida, tenemos que estar informados en todo momento.

—De acuerdo, el sofá es tuyo. Vamos, si no quieres acompañar a la «dama» en la cama grande.

Tony no respondió, se levantó de la silla y se tendió en el sofá tras quitarse las botas, cruzando las piernas por los tobillos y enlazando los dedos de la mano sobre el estómago. Cerró los ojos. Estaba acostumbrado a

descansar en cualquier parte y circunstancia. Parte de su entrenamiento esta ese. Dormir donde y como pudiese, y a la vez permanecer en un estado de alerta por si acaso.

Durante el día, ambos hombres alternaron descanso y vigilia. La luz se volvía poco a poco difusa cuando escucharon moverse a Alexandra por la habitación de al lado.

Kurt continuaba con su tarea, aguzó el oído en las siguientes noticias, donde hablaba de los daños en las poblaciones del oeste y norte. Tony estaba ya despierto igualmente.

Huir, era casi imposible. Tendrían que devanarse los sesos para escapar, y jugarse el tipo. Pero tampoco era mucho lo que tenía. Si al menos pudiese ayudar a esa parejita de tórtolos. Aunque se lo negaran, esos dos estaban liados. Él tenía buena vista para ello, y aunque la chica había sido una jodida descarada y coquetease con él, sus ojos felinos siempre habían estado puestos en Daylight, cabrón con suerte, los dos hermanos. Recordó la preciosa muñequita inglesa, Dafne, con la que se había casado su amigo. Toda una dama, tan dulce, tan especial, su amigo la merecía, y esperaba que estuviera haciéndola muy feliz en esos momentos.

Al menos ellos estaban lejos de la guerra, del «fin del imperio del terror», como lo llamaban fuera de las fronteras. Ahora que todo estaba siendo liberado, y habían salido a la luz los campos. Kurt se estremeció. Él nunca estuvo en ninguno de ellos, sabía de su existencia, no lo podía negar, pero no hasta donde llegaban sus extremos, o quizás nunca quiso saberlo. Maldita sea. ¿Qué hubiera podido hacer si lo hubiesen destinado allí? A cualquier palabra discordante con el régimen, la respuesta era un tiro en la nuca. Y él había estado a muy poco de conseguir una buen porción de plomo, solo por un «supuesto chivatazo» dado a Heinrich para que sacase a su mujer de Berlín y de Alemania antes de que probablemente fuese detenida, interrogada y encerrada. Y eso era lo mejor que le hubiese podido ocurrir a la preciosa Dafne. Por lo que sabía y comprobó de la SS, los métodos interrogatorios eran horribles, y para una mujer, denigrantes.

Al final fue una bendición que lo echasen sin honores de los SS. Ahora que había vuelto a pasar por ser soldado raso y llegar por falta de efectivos a capitán de nuevo de las milicias de defensa, pensó que era muy preferible a

todo lo anterior. Nuca tuvo nada que ver con interrogatorios ni esas mierdas. Más bien su trabajo era «de campo», recibía órdenes superiores, y mandaba en un contingente que se dedicaba a detener y llevar a la Central de interrogaciones y poco más. No tenía mucho contacto con los prisioneros, más que comprobar listas y transmitir órdenes a sus subordinados de donde enviar a cada quien. Pero en su fuero interno sabía demasiado bien que a muchos de ellos los había enviado a una muerte, a veces lenta, a veces...

CAPÍTULO 25

SE intentó despejar la cara pasándose ambas manos, el lápiz rodó hasta el suelo. El parte de las seis de la tarde hizo que Tony se despezara al sentir la tonadilla de entrada.

—Ciudadanos de Berlín. Permanezcan tranquilos en los refugios, mujeres y niños menores de catorce años, y ancianos mayores de sesenta y cinco. El resto de hombres, entre los quince y los sesenta y cinco que acudan con las armas que tengan en su poder a los cuarteles más cercanos a su ubicación, ¡Únanse a las milicias!, defendamos a la capital y al tercer Reich de los perros que están intentando destruirnos...

Acabada la arenga, más noticias, calles cortadas, edificios destruidos, mensaje de ánimo a las tropas y ciudadanos... Ambos hombres permanecían atentos al receptor, Kurt garabateaba de vez en cuando en el mapa. Cada vez había menos sitio sin sus anotaciones.

—Nos quedamos sin posibilidades, Daylight, han cerrado algunas carreteras ya definitivamente, espero que por la zona que andan tus amigos, podamos pasar, no han dicho nada en contra.

Tony miraba atentamente el mapa, de pie a su lado, con ambas manos sobre el tablero. Negaba con la cabeza.

—Debe de haber alguna forma.

—Nos rodean los soviéticos, como advertiste, por aquí—, señaló el oeste, y siguió la línea norte.— están haciendo un movimiento envolvente, por lo poco que han hablado en la radio. Y llegan hasta el sur casi. En el oeste creo que han dicho que está el ejército franco holandés. Los americanos no están

avanzando tan rápido, me temo que están dejando a los rusos actuar por su cuenta, como anunciaste. Simple y llanamente, nos dejan a su merced. Esto, esto va a ser una masacre. ¡Joder!

Tony se incorporó y se cruzó de brazos mirando el dormitorio aun cerrado.

—Si por mí fuera, me atrincheraba y luchaba contra quien fuese, intentando mantenerme vivo y cuerdo hasta que esto acabase. Pero está ella...

—Hay que sacarla de aquí, convengo en eso contigo. Te prometo hacer todo lo que esté en mi mano.

—Eres un buen tipo, alemán.

—No creo que ni los soviéticos ni el frente aliado piense en eso. Como me vean de uniforme me llevaré un tiro en la frente y aunque vaya sin él...

—No pienses en eso, nos acompañarás, saldrás de esta. No te puedo prometer mucho más que un campo de detenciones hasta que esto se tranquilice. Pero eres un oficial de graduación, y si te rindes, cuando todo esté calmado, podrás volver a casa.

Kurt le miró a los ojos, su expresión era indescifrable. Por unos segundos ambos hombres se miraron y calibraron, se reconocieron mutuamente. A pesar de ser de bandos contrarios sintieron la conexión de inconfundible de la camaradería.

—Eso es imposible para mí.

—¿Por qué? Los que se han rendido a americanos, ingleses o franceses están siendo encerrados en campos de prisioneros, pero los oficiales no reciben el peor trato. Se les controla, no digo que sea fácil, o cómoda la situación, pero no van a estar así eternamente. Cuando se pacifique, los dejarán volver a casa con sus familias.

Como respuesta, los dedos de Kurt fueron a los botones de su camisa oscura abriéndola apenas para dejar a la vista la camiseta interior de tirantes gris, y el empezar del brazo izquierdo. Estaba marcado con un tatuaje.

Uno diminuto, en su parte cercana a la axila. Tony supo en seguida lo que era. Todos o la mayoría los Waffen, al igual que los Gestapo y el resto de las ramas de la SS se marcaban la piel de esa misma manera. Una letra o dos, simples, su grupo sanguíneo. Más bien un dato de seguridad médica por si caían heridos. Ese era un signo para señalarle entre todos los demás soldados

de otros cuerpos más comunes.

—Con que pidan que me desnude verán esto. Soy un «criminal de guerra». ¿Crees que no han llegado hasta aquí las noticias? Se susurran entre el ejército, los que han escapado entre las líneas enemigas y se han rendido, algunos acaban con un disparo en la frente solo por esto. No me van a preguntar. O eso o me encarcelan para un futuro juicio, ¿para qué? ¿Acabar toda mi puta vida encerrado entre cuatro paredes? Quizás sería preferible un tiro certero entre las cejas.

Tony agachó la cabeza, se sentía mal por todo ello. Sí, eran enemigos, pero este hombre había ayudado a su hermano, fue su amigo incondicional. Además de ayudarlo a él a sacar a Alex de aquel cuartel horas antes. Además, Ludwick Rankin había insistido en que le sacase de allí. Y un Daylight, nunca rompe sus promesas.

—Rankin...— Kurt se cerraba la camisa y le miró entrecerrando sus ojos oscuros—. Él te quiere fuera de esto... quiere prestarte su ayuda.

—Ludw es un tipo estupendo. Pero no tienes por que hacerle mucho caso en esto.

—Te guardas algo Kurt, ambos me lo ocultáis, Rankin y tú. Mi tío me dio una pista, pero me gustaría saberlo por ti. ¿Por qué no me lo cuentas?

Kurt se dejó de caer en su silla, jugueteando con el lápiz casi sin punta.

—¿Qué más te da?

El ruido de los goznes de la puerta del dormitorio les hizo a ambos hombres volverse. Con un pijama masculino enorme, Alex entró en el salón.

—A los dos nos importa, Dietrich.

Kurt resopló, lanzó varias veces al aire el lápiz y volviéndolo a coger en su ancha mano. Alexandra llegó hasta el sofá y se sentó con las piernas cruzadas sobre los cojines. Tony se sentó a su lado, deslizando uno de sus brazos sobre el respaldo, relajándose junto a su mujer. Ella le dedicó una sonrisa, antes de desviar de nuevo su atención hacia el alemán.

—Somos todo oídos Kurt.

—Veo que no vais a dejarme en paz.

—No, hasta que no «cantes»—, dijo Alexandra, mientras crujía sus nudillos con mirada traviesa—. y recuerda, tengo mis métodos.

—Sí—. apostilló Daylight— doy fe de ello—. Bajó un brazo rodeando la

cintura femenina y la atrajo contra su cuerpo, ella se dejó llevar, cayó despacio contra su hombro, relajada.

Kurt miró al infinito. Aún no habían encendido ni una vela. El atronar del bombardeo de las baterías de defensa que envolvía casi día y noche la ciudad, a pesar de que los frentes distaban, pareció perderse por unos instantes mientras recordaba aquella tarde noche de primavera. Después de la comida, había llegado a sus manos una carpeta de denuncias anónimas, casi tantas como siempre. Tenía que clasificarlas, la mayoría de las veces dejaba eso en manos de subordinados. Él se limitaba a dar órdenes, pero nunca se preocupaba en realidad de quienes eran. Su cometido, búsqueda, captura, y entrega. Nada más. Sabía lo que pasaba con los detenidos. pasaban a manos de los «expertos en interrogatorios». A los sótanos de la Central de Detenciones. Algunos no volvían a salir con vida, pero él no pensaba demasiado en ello, cumplía con su parte, y se olvidaba del asunto. No preguntaba, no se planteaba nada más que obedecer, como le habían enseñado, a los mandos por encima de él.

Curtido en batalla, Kurt no era considerado en la SS nada más que un perro que daba con el rastro y cobraba fielmente la pieza. No tomaba decisiones importantes, a pesar de sus galones. Esto incluso, lo sabía demasiado bien, les habían sido concedidos por ser hijo de quien era. Su disposición ante todo lo que rodeaba a su puesto, era conocida por sus superiores. No cuestionaban su adherencia a los ideales, pero tampoco era considerado importante, o con una mente privilegiada.

Kurt prefería eso. No dar demasiado a conocer sus actitudes, ni sus pensamientos, Sobre todo cuando pasado el tiempo, había comenzado a ver en realidad los entresijos de la SS. Su padre había pertenecido a ese cuerpo casi desde su fundación. Él solo era un cachorrito mimado, puesto en un lugar importante, pero poco más. Aunque pocos conocían la verdadera relación con su padre. Siempre tirante o casi inexistente en los últimos tiempos. Sobre todo desde que un día se decidió a bajar a los sótanos y vio como torturaban a un pobre infeliz que él mismo se había encargado de capturar con su pelotón. Viendo el terror en los ojos del hombre, herido, desesperado, pidiendo la liberación de la muerte antes que seguir sufriendo, y contemplando aterrado el placer entre sus compañeros al infringir dolor, tuvo casi que huir de allí. A

sus espaldas escuchó un par de tiros de gracia, cuando el prisionero no pudo resistir más.

Le costó la vida subir los escalones que le llevaban al piso superior, los mismos esfuerzos que le impidieron vomitar hasta que encontró un lavabo vacío y aislado. Esa misma tarde fue a ver a su padre, quería dejar ese uniforme. Pero Ulrich Dietrich le miró de arriba abajo y le recordó su juramento hecho apenas cuando era un niño de dieciséis, recién entrado en los Waffen SS.

El viejo se lo recitó con voz profunda, levantándose con extrema fortaleza para estar casi ya impedido, con el brazo bien alto, los tres primeros dedos de la mano bien estirados hacia arriba.

—«*Ich schwöre dir, Adolf Hitler, Führer und Reichskanzler, Treue und Mut. Ich verspreche dir und den von dir ernannten Vorgesetzten Gehorsam bis in den Tod. So wahr Gott mir helfe!*»[26]

Kurt se quedaba en silencio, miraba a su padre. Promesas de fidelidad, y valor, hasta la muerte, para sus superiores y el Fürher. El viejo le miraba frunciendo el ceño, tembloroso volvió a sentarse en su sillón junto a la chimenea. Su padre le siseó.

—«*Meine Ehre heißt Treue*»[27].

Kurt negó lentamente con la cabeza, «*Mi Honor se llama lealtad*». ¿Dónde estaba el puto honor en muertes inútiles? Dando un paso atrás se volvió para irse de allí donde no iba a conseguir nada. Pero en su interior todo había cambiado desde ese maldito día.

—¿No tienes honor? Si no tienes honor, ya no eres mi hijo—. Le gritó su padre mientras cerraba la puerta.

Apenas unos meses después el viejo murió, solo, en su piso principal de aquella calle céntrica de Berlín. Él ya había sido arrojado fuera del seno de la Waffen SS, y desheredado por su progenitor. Aunque el viejo ya no tenía apenas un marco, él mismo pagó su entierro, y el piso fue destruido poco después por un bombardeo de los soviéticos.

—Kurt...— una voz suave y femenina le sacó de sus pensamientos. Miró a los ojos de la joven Alexandra.

—Recibí en mi despacho los chivatazos del día. Las denuncias hechas por honorables y distinguidos ciudadanos adeptos al Fürher, y a sus altos ideales.

Desde hacía días sospechaba que un día u otro, después de que Heinrich se casase con Dafne, algo así en su contra. Tenía algunos enemigos, entre ellos una zorra llamada Helga—. sonrió amargamente—. Así que había cambiado las órdenes y era yo el primero que las revisaba, y en secreto. Luego las pasaba a los demás mandos, los que decidían a por quien debíamos ir, aunque cada vez sentía más asco por ello, estaba obligado por mi uniforme.

»Y sí, allí estaba, el nombre de Dafne Sevenstons, inglesa, denunciada por posible espionaje, con los datos suficientes, incluidos su casamiento con Heinrich, y su actual localización, para que fuese oportunamente detenida, interrogada...

»En ese mismo instante cogí el puto papel y lo destruí, lo hice cenizas. Acto seguido acabé con mis asuntos, y antes de lo previsto tomé un taxi hacia la oficina de Heinrich. Cuando llegué él estaba a punto de irse. Esperé a que se me anunciase, en vez de entrar como era mi costumbre sin tener que llamar, dando tiempo a su secretario a marchar de allí y no tener testigos. Tomé las oportunas precauciones, encendiendo la radio del despacho de Heinrich a todo volumen, no sabía si «los de más arriba» tenían escuchas o micrófonos ocultos. Le conté lo sucedido, le hablé de corazón, de que haría todo lo posible por mi parte que nunca llegaran a prosperar las denuncias, pero que tenía que sacar a su mujer de Alemania a la voz de ya. Cualquiera día denunciarían en instancias superiores, y yo no podría hacer nada. Incluso me vería obligado a ejecutar la orden de llevarme de su propia casa, y de sus brazos a Dafne. Entonces él me tranquilizó diciéndome que lo tenía previsto, iba a contarme más, pero me negué a que lo hiciese, mientras menos supiese mejor. Yo podía estar en el punto de mira y ser interrogado si algo se descubría de esto, como posteriormente sucedió tras la huida de ambos casi un mes después.

»Y sí, me detuvieron, me llevaron a esos mismos sótanos, donde vi sacrificar a ese infeliz. Mi «tratamiento» no fue tan malo, después de todo yo era un coronel de la Waffen. Durante horas, días estuve sin comer, sin dormir, sin apenas dejarme hacer mis necesidades básicas, en ese sótano oscuro e infecto, donde no había día ni noche con un solo y potente foco sobre mi cabeza. Contestando las preguntas que se me hacían hasta la saciedad, ellos se turnaban, yo seguía allí. Esperaban que me derrumbase,

pero no tenían nada con lo que amenazarme. Mi padre fue un general más que condecorado y tan adepto al régimen que era imposible, mi hermana igualmente casada con otro de los SS, pero de la rama más dura. No tenía mujer, ni hijos, y sinceramente, mi vida me estaba importando en esos momentos una puta mierda.

»En algún momento perdí toda noción de la realidad, pensé que me volvía loco. Pero no, solo perdí el conocimiento, y cuando desperté estaba en el hospital. A pesar de estar débil, ni siquiera las enfermeras me dieron la atención debida. La voz de que podía ser un jodido traidor a los ideales del Führer se había extendido como la pólvora. Dos Waffen uniformados custodiaban día y noche la entrada de mi habitación. Mi juicio fue rápido, apenas dos días de levantarme de la cama. Yo esperaba una sentencia fatal, pero para mi sorpresa, solamente fui echado sin honores de los Waffen. Entré por supuesto y a instancias del tribunal en el ejército regular, o eso o el encarcelamiento de por vida. La verdad prefería morir en una trinchera que entre cuatro paredes sin una ventana. Pero no me enviaron fuera, me querían de alguna manera dentro de su redil, en Berlín, en las tropas de vigilancia y defensa regulares, como un soldado raso más, a pesar de mis antiguos galones. Pero no duró mucho, movimientos de tropas, bajas, en fin, recuperé poco a poco graduación, sin hacerme de notar, simplemente siendo sumiso a las órdenes dadas, sin discutir jamás... pero desde el día en que avisé a tu hermano...

Se quedó callado miró a ambos, a Tony, tan diferente y a la vez con ese aire de familia con su único y mejor amigo Heinrich, y a la preciosa pelirroja de las Highlands.

—Suéltalo Dietrich, sé que en el fondo hay algo más.

Kurt se pasó la mano por el cabello y oscuro, peinando hacia atrás los descuidados mechones castaño oscuros con apenas canas en sus sienes, despejando su dura y ancha frente.

—Cuando salí del despacho de Heinrich, en fin, no soy tonto, me di cuenta de que me estaban siguiendo. A sabiendas de ello, no tomé el taxi, sino que le pagué y lo despedí, a pesar de estar bien lejos de mi casa. Con las manos en los bolsillos paseé callejeando despacio, haciendo tiempo para que si me seguían cometiesen algún error. Y sí, lo hizo, el tipo se confió

demasiado. Me encaré con quien me seguía en un descuido de este, era un joven SS, no se me olvidará su rostro. Era uno de los que interrogó al tipo que vi asesinar en los sótanos, y juraría que el que apretó el gatillo. Lo cogí del cuello al volver la esquina donde lo estaba esperando, pero el tipo me sacó su arma. Creí que era mi última hora, cuando un ligero zumbido y algo pasó junto a mi oreja, una bala que impactó de lleno en la cabeza del cabrón que me seguía. Me volví echando mano a mi propia arma, eran dos hombres tras de mí. Uno desconocido, con un arma con silenciador, aun humeante entre sus dedos, y a su lado y con la mano sobre su hombro y expresión preocupada Ludwick Rankin.

»Me quedé de piedra, pero pronto estuvimos los dos lejos de allí. El tipo que le acompañaba y había acabado con mi perseguidor, era un guardaespaldas, se quedó atrás para deshacerse oportuna y limpiamente del cuerpo.

»Ya en el automóvil de Ludw, hablamos largo rato mientras circulábamos por las avenidas de Berlín. No sé como diablos ese hombre estaba informado de todo. ¿El fiel adepto al régimen Ludwick Rankin, un miembro de la resistencia, infiltrado en las más «altas esferas»? Casi no me lo creí, pero al fin, me confió todo, y yo le juré estar a la altura. Desde entonces, en el corto intervalo que seguí dentro de las SS, me dediqué a pasar toda la información que caía en mis manos y pudiese ser útil a sus fines. Gracias a ello se que muchos pudieron escapar. Y nada más que por eso, un pequeño peso se quitó de mis hombros.

»Cuando me detuvieron sé que él estuvo detrás de todo para que no acabase fusilado. Incluso, cuando entré en el ejército regular, me jugué mi puesto y mi vida para hacer la vista gorda con gente que escapaba. Le daba a mi contacto horas de patrulla, salidas menos protegidas de Berlín...

Kurt Dietrich miró a sus interlocutores, esperando algo. una palabra, una pregunta quizás. Pero permanecieron un rato en silencio, como asimilando cada una de sus palabras. Al fin Daylight se levantó del asiento.

—Se acabó Kurt, las lamentaciones, la autocondena, todo. Saldrás de Berlín con nosotros. luego ya nos las veremos como ocultar tu pertenencia a las SS. Rankin a insistido en que te cubrirá, así que algo tendrá en mente. Venga, pensemos ¿qué hacemos? ¿Cuáles pueden ser las rutas de salida hacia

el norte? Conoces Berlín mejor que nadie, viejo.

Alexandra se levantó igualmente. Puso una mano en el tenso hombro de Kurt.

—Saldremos de esta, los tres.

Durante la hora siguiente todo fue buscar soluciones, comer rápido las últimas raciones que había en la casa y decidir salir al exterior, uniformados como soldados alemanes con las ropas de Kurt, incluyendo a Alexandra, la cual se tizno la cara igual que sus compañeros como si hubiese sufrido algún percance en el bombardeo. Tony se hizo cargo de una mochila con sus ropas de civil. Dietrich usó sus ropas de coronel de la Waffen SS, Tony continuó con las de cabo y Alexandra recibió uno de soldado raso, le estaban grandes, le pusieron el único casco que tenía Dietrich en casa.

—No protestes maldita sea, es para ocultar ese pelo que parece fuego. Permanece a nuestra espalda y no te hagas de notar por lo que más quieras—, dijo Tony cuando ella resoplaba e intentaba quitárselo de la cabeza.

—Y no abras la boquita, gatita, tu voz es demasiado dulce y melodiosa a mis necesitados oídos.

Ella rió, y le hizo un guiño cuando Kurt se tomó la libertad de darle una sonora palmada en el trasero pasando a su lado. Tony tuvo deseos insanos de estrangular al alemán, pero tragó saliva dos veces, se dominó por el bien de todos. Juntos bajaron la escalera hasta la calle. Tomaron de nuevo el *jeep* escondido en los bajos del edificio cercano donde lo dejaron la noche anterior.

La tarde avanzaba, rápido. El todoterreno, con alguna dificultad recorría las calles de Berlín a buen paso, se cruzaron con un par de pequeños pelotones defensivos que con toda seguridad se dirigían a esas horas al cambio de guardia.

—Roguemos que podamos salir por Noursbaumn.

—Allí todavía están preparando la defensa con trincheras, esperemos que aún no hayan extendido un campo de minas, necesitamos a toda costa tomar esa carretera, te dará más posibilidades de contactar con los vuestros.

—Coronel, no... Señor, no puedo, es decir, no sé si... Tengo que

comunicarme con el mando, si es tan amable de darme su...

—Capitán, tengo órdenes precisas que cumplir, ¡hágalo!

Esperaba que aquel soldado no indagase con sus superiores la extraña aparición de un coronel de la Waffen SS con dos soldados de las milicias a la zaga, los tres tiznados, como si hubiesen sufrido algún percance y saliendo hacia los anillos defensivos más lejanos. Sobre todo porque necesitaban llegar lo más fuera posible de la ciudad en el menor tiempo.

Kurt se volvió al coche mientras en la garita hacían esfuerzos para hacer posible la comunicación.

—Dietrich—, Tony bajó la voz a un susurro—. Qué demonios hacemos.

—Quiero pasar esta línea con vosotros a como de lugar, están pertrechados bastante peor que lo que esperaba, no veo dos nidos de ametralladora que había hace unos meses, deben de haberlos trasladado a posiciones más avanzadas. Escuchadme, el objetivo es superar esta barrera, luego pisar el acelerador hacia Nousbaumn. A cruzar, si las trincheras aún no se han terminado, aunque siempre se deja un paso franco por la carretera, que no se cierra o se mina hasta que no se tiene encima casi el enemigo. Después de esto no habrá ningún obstáculo más, salvo los grupos de soldados que vuelven del frente heridos y más maltrechos que otra cosa. Tendremos entonces que confiar en nuestro instinto y nuestra suerte para permanecer ocultos a cualquier patrulla amiga o enemiga, y buscar el contingente francés o tus amigos para que nos ayuden. Voy a gritarle un poco más a ese imbécil. Enciende el motor.

La barrera seguía si abrirse El capitán salía desde la pequeña garita haciendo un gesto de ofuscación, no conseguía comunicar con el mando central. Kurt montó de un salto en la trasera del *jeep*. Tony giró la llave y el motor se encendió tras un par de intentos. Avanzó hasta la salida parando justo al lado del capitán que se llevaba la mano a la frente a modo de saludo.

—Mi coronel, no podemos contactar por el momento con nuestros superiores, si es tan amable de...

—¡Capitán, me está haciendo perder un valioso tiempo!

—Sí, señor, lo lamento, pero...

—No, retírese capitán, tengo prisa—. Kurt miró al frente—. Adelante cabo. ¡Levanten la barrera!

Tony pisó el acelerador, avanzó con seguridad absoluta, los soldados algo indecisos, sin que su mando diese orden ni a favor ni en contra, alzaron al último momento la baliza. Pasaron sin mirar atrás.

—En el caso que indaguen—, negó Tony con la cabeza y miró a Alex de reojo, que permanecía en su asiento silenciosa— ¿crees que nos pueden seguir? Tú conoces mejor que yo los protocolos.

—Ni idea Daylight, con franqueza. Solo pisa el acelerador y larguémonos mientras podamos. Si nos cogen como desertores, acabaremos con una soga al cuello.

Tony no necesitó más acicate. El segundo anillo llegaron sin problemas. Estaban fuera de los últimos bastiones de defensa. Esas zonas estaban desiertas de población civil, casi el total de sus habitantes. de los edificios que quedaban habitables, ya estaba en el metro de la ciudad, cobijados de las bombas con las pocas cosas que pudieron arrastrar junto a sí. El resto, quizás atrincherados en sótanos y preparados para la inútil defensa.

La carretera asfaltada se extendía ante ellos, cruzaron un par de puentes sin ningún impedimento, quienes lo custodiasen habían abandonado su puesto y marchado hacia la ciudad u otros lugares de defensa. Aceleraron en la recta pronto ante sus ojos media docena de camiones que traían de vuelta a los trabajadores, civiles que cavaban con denuedo las trincheras hasta casi el anochecer.

—Nos han visto Dietrich.

—Pues pasemos como si tuviésemos todo el derecho del mundo, aunque tengamos a mano las armas. Y tú, gatita, a la más mínima al fondo del coche.

—Y una mierda, tengo un arma y sé como se dispara—. Se llevó la mano a la cartuchera comprobando su apertura

—Ya lo sabemos Alex—. repuso Tony a su lado, apenas lanzando una ojeada—, pero es más importante sacarte de esta con vida, por el niño, ¿de acuerdo? Por él, por mí, demonios, no te arriesgues. Ya he estado a punto de perderte dos veces, esta madrugada y ayer por culpa de ese cabrón de Philippe Germaik, como hace que lo llamen ahora.

Tony la miró intensamente, queriendo transmitir sin palabras en ese momento muchas más cosas de las que podían hablar en esos instantes. La tensión de Alexandra ante las últimas horas salía a sus ojos, a pesar de su

rostro casi tizado.

—¿Philippe Grmaik?— preguntó Dietrich con curiosidad desde la trasera del automóvil.

—Un agente doble, triple o a saber. Antes lo conocía por Thomas Bleck, asesinó a una de mis agentes el año pasado y a estado a punto de...

—Silencio, chicos, estamos a su altura—. Siseó Alexandra

Pasaron a su lado, los soldados que custodiaban el pequeño convoy sin dejar de avanzar saludaron y apenas le miraron.

Los tres respiraron hondo, un par de kilómetros más adelante se veían torres defensivas bien custodiadas.

—La prueba final—. Sentenció Alexandra.

—Permaneced tranquilos, si parecemos seguros de nosotros mismos, no nos detendrán.

Tony no dejó de marchar a buen ritmo hasta que le dieron el alto casi en la misma barrera dos sargentos de la Waffen.

—Facilítenos el paso, tenemos orden de inspección exterior—, dijo Kurt sin inmutarse.

—Coronel, no hemos recibido noticias acerca de ninguna salida prevista. ¿Tiene las órdenes por escrito?

—Es una inspección rutinaria, sargento. Se lleva a cabo por cada salida para ver el estado del trabajo de trincheras. Abra la barrera, inmediatamente,

El sargento no pareció inmutarse ante el uniforme de coronel de Dietrich, este se incorporó en todo su tamaño para enfatizar sus órdenes.

—Abran inmediatamente, no tengo tiempo de discusiones, antes del alba he de inspeccionar media docena de puestos como este.

—Señor, hasta que no contacte con la central...

—Le ordeno que abra—. Siseó, golpeando el asiento de Tony con la pareja de guantes de cuero—. Soldado, avance, si es necesario rompa la barrera.

Tony miró apenas a Alexandra haciendo un imperceptible gesto de que se cubriera a tiempo, y pisó con toda su fuerza el acelerador. Justo para dar en el centro del simple listón pintado a rayas diagonales rojas y blancas, aunque esta se levantó a tiempo. Escucharon a sus espaldas como recriminaban al joven soldado de las milicias juveniles que accionó el mecanismo de

apertura. Por el rabillo del ojo Kurt pudo ver como el soldado que estaba intentando comunicar con sus superiores levantaba la mano y gritaba que no pasasen, tras ello más voces, órdenes y griterío que se perdió en el recodo del camino, aunque también el ruido de la sirena de alarma hizo que el alemán sacase su arma y se volviese en el asiento, parapetándose tras él.

—Chicos, vendrán a por nosotros, nos han descubierto, agachad la cabeza y acelera.

—Alex, cúbrete joder—. Ella había imitado a Kurt desde el asiento delantero, girándose y arrodillándose en él.

—tú conduce, instructor, deja a los demás actuar.

Tony sabía que su cabezota escocesa no cambiaría de opinión, así que mejor poner la oportuna y debida distancia.

—Agarraos—. Hundió el pie hasta el fondo y apenas frenó en la siguiente curva, lo que hizo que al virar dos de las ruedas bailaran unos segundos en el aire. Un minuto después a sus espaldas se escuchó el zumbido de las balas. Dos Zündapp, una con sidecar y una ametralladora montada, y un *jeep* algo más pesado que el que ellos llevaban estaba a apenas trescientos metros de distancia.

—Nos siguen, Tony, agacha esa cabeza—. gritó Kurt. mientras, empezaba a disparar con suma precisión, ahorrando balas.

Por el lateral, para no interferir con el alemán, Alexandra se aprestó a lo mismo, certeramente, con una tranquilidad pasmosa, hasta para ella misma. El reventón de la rueda de la primera Zündapp con dos ocupantes que les seguía hizo que esta cayese en un arco casi imposible y se atravesase en la carretera, haciendo que el resto de sus perseguidores tuviese que frenar en seco para despejar o sortearles. Les dio unos preciosos minutos de ventaja por el momento.

La entrada a terreno ascendente y sinuoso hizo que Tony frenase algo la marcha, apenas a media milla comenzaba la ascensión a una zona abrupta con un acantilado cada vez más profundo a su izquierda. Aunque los que les seguían tendrían que hacer lo mismo, habían tomado una buena ventaja.

Alexandra que había lanzado un grito de júbilo cuando vio volar la motocicleta un rato antes se acomodó de nuevo en el asiento, y le miró con una sonrisa de pura satisfacción. A la gatita le gustaba la adrenalina, perfecto,

él se encargaría de suministrarle las dosis que necesitase para el resto de sus vidas.

El gorgoteo del motor y el fallo momentáneo en la progresión, hasta que paró bruscamente, hizo que Tony saliese de esos pensamientos que se estaban volviendo demasiado carnales. Miró el cuentakilómetros y el sensor de depósito.

—Mierda, sin gasolina.

El vehículo paró del todo y Tony echó el freno de mano. La carretera seguía ascendiendo, recordaba haberla cogido de ida hacia Berlín en la camioneta de Boucher, pero en ese momento no le había parecido ni la mitad de empinada, la única opción seguir andando por ella, el farallón a su derecha, y el tajo a su izquierda impedían cualquier escondite.

—Bajaos del coche, Tony ayúdame a cruzarlo en la carretera, para que sirva de barricada

Los tres se bajaron de un salto y empujaron la masa de hierro hasta que la dejaron impidiendo el paso.

—Vámonos, tenemos apenas unos minutos de ventaja—. Tony cogió la mochila del asiento con sus ropas.

Kurt negó con la cabeza, recargando su arma sin mirarles.

—No, vosotros os vais, yo los detendré el tiempo suficiente para que escapéis, hay un buen trecho aún, pero sois fuertes y correréis, pronto empieza el descenso y el camino entra en un bosque de coníferas, buscad escondite allí.

Alexandra se adelantó.

—No Kurt, ven con nosotros—. Agarró el brazo del hombre para tirar de él, esfuerzo inútil, era inamovible.

El sonido de los motores de los vehículos que se acercaban se hizo más nítido.

—No gatita, tenéis que ir, quiero daros la oportunidad de huir, dejadme ser el héroe por una vez en mi vida—. Pegó una sonrisa a su cara, y la tomó del brazo para empujarla hacia Tony—. *Niño Bonito*, coge a tu mujer y ¡marchaos de una puta vez!

Alexandra emitió un quejido con la garganta de pura rabia mientras agarraba el rostro de Kurt con ambas manos poniéndose de puntillas.

—Haz por salir de esta Kurt—. Pegó sus labios a los del alemán en un furioso y corto beso—. Promételo.

Kurt algo asombrado sin dejar de mirarla asintió cuando ella soltó su rostro.

—Si me lo pides así, gatita, te lo juro.— la empujó de nuevo a los brazos de Tony—. ¡Idos joder!— frunció el ceño y se volvió parapetado tras el chasis. No quiso volverse a mirar más, pero escuchó los pasos de los dos alejarse a la carrera, a la vez que la cercanía de sus perseguidores.

Tomó su Whalten P 38 entre las dos manos, afianzándose en su posición. Tenía tres cargadores completos de balas nueve milímetros. La conocía bien, su alcance eran cincuenta metros, esperaría casi verles el blanco de los ojos para disparar. Casi se rió, ¡contra su propio ejército!, un hombre solo, un apátrida, un desheredado. La acarició y calculó, tres cartuchos, ocho balas cada uno, veintitrés disparos, y la última bala sería para él.

—Sí, ha sido una buena vida, y será una buena muerte, una bala y el sabor del beso de una preciosa pelirroja en los labios—. Susurró mientras sonreía a la Parca, los tenía al alcance de la vista, no frenaban, iban a por todas, tomó un respiro hondo y, disparó.



El fragor de la refriega empezó a escucharse a sus espaldas tras los vericuetos de la carretera, Tony tiró más de ella.

—Corre McKonky.

Ella obedeció, aunque su cabeza se volvía de vez en cuando hacia el ruido que venía a sus espaldas. El descenso estaba cerca y Tony la obligó a ir más deprisa. Pero su mente se volvía a cada poco para el hombre que estaba sacrificando su vida por la de ellos, maldita sea era un buen tipo, no merecía... Una explosión retumbó en los acantilados, no tuvieron apenas que girarse para ver la columna de humo negro elevarse apenas dos millas más atrás. El bosque estaba tan cerca, que su paz parecía llamarles, mientras los ojos de Alexandra se llenaban de lágrimas. Él ya no estaba, con toda seguridad habían lanzado alguna granada hacia el *jeep* donde se parapetaba Kurt,

—Alex, Alex, ya pensaremos luego, ya nos lamentaremos cuando

estemos a salvo, que él no haya dado su vida en vano—. le gritó como acicate—. ¡Supérelo McKonky!

Tony también sabía lo que podía haber significado la explosión, pero a la vez eso les daba soberana ventaja para ponerse a salvo, y no iba a desaprovecharla. Si Kurt se había sacrificado por ellos, resistirían, saldrían de esta con vida, era lo menos que podían hacer.

CAPÍTULO 26

DESDE el profundo bosque de coníferas, un grupo de hombres también sintieron el lejano sonido de disparos y la explosión final. Se levantaron, donde se habían hecho un pequeño e improvisado campamento para dormir esa noche.

—¿Qué creéis que sea eso?

—No pienso que hayan llegado los rusos hasta aquí—. el hombre moreno se mesó la espesa barba—. Tendríamos que ir a echar un vistazo. Dos quedaos aquí, guardando el campamento, nosotros cuatro nos dividimos en dos grupos y veamos que se traen los alemanes entre manos a estas horas.

Le hizo una seña al más joven del grupo y este se aprestó a comprobar su arma y seguirle, los otros dos compañeros tomaron la delantera.

—Atentos a cualquier ruido, pueden ser de los nuestros, patrulla alemana, o desertores, si aparecen, desarmarlos y decirles que los llevaréis a sitio seguro para entregarlos. No quiero más muertos si es posible chicos.

Los milicianos asintieron, cuando su jefe daba una orden así, no la discutían, confiaban en el instinto de ese hombre con su propia vida, ese resistente llevaba más de cinco años sobreviviendo a la guerra, entrando y saliendo de Berlín hasta zona libre, y viceversa incluso con rescates con una probabilidad de éxito del ciento por ciento. Como para no hacerle caso.

Alex se dejó caer en la hojarasca de rodillas, quería tomar aire y a la vez llorar como nunca. Se sacó la charretera del uniforme y mojando el interior

de un trozo de faldón con un poco de agua del riachuelo que corría a sus pies se lavó la cara, a su lado Tony se dejó caer, tomando el aliento en inspiraciones profundas, quitándose la sudada camisa y arrojándola lejos.

Ambos se lavaron la mugre y la tizne quitándose el uniforme alemán. Llevaban casi una hora corriendo a un endiablado paso y se habían internado en el bosque hasta que estaba tan oscuro que no podían ver a dos pasos. El arroyo a sus pies fue más que bienvenido, una excusa para parar y refrescarse.

Fría y dulce se mezclaba con sus lágrimas calientes y saladas. A través de su velo miró a Tony, este clavaba sus ojos en ella y estaba a punto de abrir la boca, ella se adelantó.

—Se lo que vas a decir, «supéralo McKonky». Sí, joder lo superaré, pero eso no quita que me duela que él se haya ...

Tony la abrazó contra su pecho desnudo, arrodillados ambos en la orilla del nevero, acariciando su cabello corto y húmedo ahora de agua.

—No iba a decirte eso de nuevo, no soy tan cabrón como aparento.

Ella asintió contra su piel mezcla de calor y frío.

—Era un buen tipo.

—El mejor, ahora sé porque mi hermano, mi tío y Rankin lo tenían en tan alta estima, si eres su amigo, te es fiel hasta la médula. Será difícil explicarles a ellos lo que ha pasado, pero... el muy... ha conseguido que mi mujer le de dos besos en los labios, eso le ha hecho muy feliz.

Alexandra besó el pecho liso de su instructor.

—No tenía otra cosa que darle para agradecer todo lo que a hecho por nosotros.

—No quiero estar celoso, pero lo admito, siento cierta envidia de él, es un héroe, y yo he corrido como un gamo.

—Es lo que quiso Kurt, que nos salvásemos.

—íi, pero ha pagado el precio más grande. Mujer, que no sea en vano, busquemos donde refugiarnos esta noche, descansemos un poco y sigamos la marcha, tenemos que buscar el campamento francés.

Tiró de ella para ayudarla a levantarse, abrió la mochila para darle una camisa limpia gris que le había proporcionado Kurt y se cubriese, puesto que se había deshecho de parte del uniforme y estaba con solo su ropa interior.

Además no era hora de dejarse llevar por tentaciones como los redondos pechos de su mujer en esos instantes. Él mismo se puso la suya, tirando su chaquetón sobre sus hombros para cubrirse en la humedad del bosque. Ambos se dejaron botas y pantalones que llevaban. Una vez abrigados de nuevo Tony la abrazó fuerte.

—En cuanto tengamos al pequeño, navegaremos a nuestra Inglaterra, y nos meteremos una semana entera en la cama, solo saldremos para comer o ir al baño—. Besó su corto cabello que se rizaba con la humedad.

Alex suspiró.

—¿A donde nos dirigimos? Ni siquiera sabemos por donde escaparon.

—Por los túneles del metro, por las alcantarillas, estas salen de Berlín hacia los riachuelos, y canalizaciones. *El Loco* las conoce bien, hará horas que están a salvo. Una vez que...

Alzó la cabeza y puso un dedo en los labios de la joven. Tanteó su arma, metida en la cinturilla del pantalón, y ella hizo lo mismo, se aprestaron a agacharse y buscar un lugar donde parapetarse, cuando una sonora carcajada, llegó a sus oídos.

—¿Ingleses?—. Una voz en alemán desconocida. Tony quiso tirar de Alexandra tras de él, mirando por donde creía haber escuchado la voz en la oscuridad del bosque. No veía nada ni a nadie ni en ese instante había donde esconderse, o se estaba volviendo descuidado, o los que se acercaban eran malditamente buenos en ese terreno.

—¿Quién anda ahí?

—Amigos—, dijo la voz un poco más cerca pero de nuevo en alemán, lo que hizo que Tony apretara todavía más a Alex a su espalda en un vano intento de protegerla si estaban siendo rodeados en la oscuridad. Otra sonó a sus espaldas—. No disparéis, parejita, somos amigos de Geüser y Klaus.

Tony se relajó y bajó su arma, Alexandra hizo lo mismo aunque quedaron con ellas en la mano. Un par de linternas se encendieron dando algo de luz, los pasos de dos hombres se escucharon entonces, uno a su derecha otro a su izquierda. El primero que vislumbraron fue un chico joven de no más de veinte años, delgado como un junco y alto, con el cabello castaño claro, descuidado y vestido con ropas oscuras y correa militar, el arma la llevaba en su cartuchera, y una sonrisa en su rostro juvenil.

El segundo en aparecer, un tipo de casi cuarenta, con barba espesa, ojos penetrantes y nervudo, no tan alto como Tony, pero se veía peligroso y seguro de sí. Igualmente su arma no estaba a la vista. Llevaba una charretera militar muy usada francesa, aunque el resto de sus ropas eran civiles.

—¿Niño Bonito?

A su pesar, casi se alegró de oír su jodido nombre clave en los labios del desconocido.

—Sí, soy Daylight, ella McKonky. ¿y vosotros sois?

—Soy Osten y el chico, Dicker. Tenéis a media resistencia buscándolos por estos bosques alrededor de Nousbaumn, igual que el ejercito francés, y parte del inglés y americano. Sois una pareja importante.

Los dos hombres se acercaron y extendieron sus manos saludándose con un firme apretón.

—Dad gracias a que os escuchamos hablar en inglés, chicos, sin no...

—No os habíamos oído acercaros—. admitió Tony—. ¿Cómo coño lo habéis hecho? Hacía demasiado tiempo que nadie me sorprendía de esa manera.

Osten le dio una palmada en el hombro, y se carcajeó.

—No te preocupes, llevamos tanto tiempo en la resistencia que nos sale natural, estamos vivos gracias a ello. Venga, tenemos un campamento a menos de dos kilómetros de aquí, con una radio, avisaremos que os hemos localizado.

Alexandra también dio la mano al joven y luego a Osten.

—Señor, ¿sabe algo de Geüser y Klaus? Y...— tragó saliva, con verdadero miedo ha hacer la pregunta—. ¿Y el niño y el anciano que iban con ellos?

—Están en el hospital de campaña en territorio liberado.

—Oh, no...¿qué les ha pasado?

Tony la sostuvo temiendo alguna respuesta adversa .

Osten alzó las manos para tranquilizar a la joven, el bonito rostro de la pelirroja se había demudado.

—Tranquila Fräulein, todos están relativamente bien. El viejo recibió un disparo de un soldado francés con el dedo demasiado suelto, cuando fueron encontrados, se puso delante para proteger al niño que iba en brazos de

Klaus, pero no es grave. En cuanto descansemos un poco volveremos al campamento francés que nos acogió, ¿de acuerdo?

La joven asintió mientras se abrazaba a Tony, las lágrimas volvieron a fluir en sus preciosos ojos verdes y Tony, mientras caminaban siguiendo a los milicianos, se las secó a besos y la apretó contra su costado. Suspiró entonces bien hondo, agradeciendo en silencio a Dietrich todo, el haberle ayudado desinteresadamente en el rescate de Alex y haberse sacrificado en última instancia por la vida de ambos.

Alexandra caminaba cobijada por el abrazo cercano de Tony, con alegría en su corazón porque pronto iba a poder tener junto a ella a su pequeño sobrino, con la tristeza de haber perdido a Kurt en el camino, y la incertidumbre de un futuro cercano. Tony por el momento no sabía su verdadera historia, pero tarde o temprano se enteraría de todo sobre ella. ¿La abrazaría y estaría a su lado con la misma fiereza que ahora demostraba? Sabía que su padre admiraba en el fondo a su capitán Anthony Daylight Strieber, pero a la vez no sabía como reaccionaría, tanto él como el hombre que ahora la sostenía cuando supiesen todo.

Y Axel, ¿cómo iba a tomarse el futuro? Tendría que entregarlo a la custodia de su padre, ella no tenía recursos para mantenerlo, no podía llevárselo a las Highlands, sin documentación, sin nada, eso solo lo podía conseguir el poder de su padre, y seguramente no lo haría para entregárselo a su custodia. Ella tampoco quería estar bajo el poder de su padre, pensaba volver a casa de Tía Maggy cuando esto acabase, esos eran sus planes hasta que llegó su instructor, le puso el mundo del revés mientras le hacía el amor y luego le entregó un anillo como símbolo de compromiso.

Demasiadas cosas en la cabeza, ahora solo quería comprobar lo más pronto posible que Axel estaba bien, abrazarlo contra sí y no desprenderse de él por todo el tiempo que pudiese. A la vez deseaba y temía ese instante, su secreto origen sería revelado tarde o temprano. El hombre que ahora besaba su cabello enmarañado sin importarles si estaba sucio o despeinado, podía coger sus cosas y largarse lo mismo que había llegado a su vida. Y eso dolía demasiado.



Corrió hasta el edificio que le indicaron a la entrada del campamento, este estaba en un flanco de un pequeño pueblo ocupado y que parecía tranquilo. Sus habitantes, alemanes había aceptado, no sin alguna que otra resistencia, la ocupación, pero en su mayoría solo había mujeres, niños y ancianos. Estos habían sido los más difíciles de dominar, sin embargo, aunque ahora que veían que todo parecía relativamente en paz, miraban a los pequeños, y agradecían salir de esta con vida.

Tony la seguía, acompañado de Osten, Dickers se ofreció a ir en busca de Geüser y Klaus *El Loco*, que a esas horas recién amanecía estaban durmiendo en alguna tienda de campaña cercana. Habían sido cuarenta y ocho de caminata intensa, descansando unas pocas horas, todo el grupo de hombres, pensaba hacer que su ritmo fuese más pausado, aunque tardasen un día más, en atención a que la joven iba con ellos. Pero fue la pelirroja las que los llevó a paso ligero, para asombro de unos y orgullo de otro. Su gata de las Highlands les había hecho emplearse a fondo a todos y cada uno de esos avezados resistentes.

El hospital estaba instalado en un colegio, como no había suficiente cabida en su interior, se habían levantado enormes tiendas de campaña como habitaciones y dispensario de urgencias y para heridas leves. Sin embargo, el viejo general y el crío estaban en su interior. Por un momento pensó que le habían mentido para no asustarla, y Axel estaba herido. Solo cuando una enfermera le abrió la puerta de un cuarto pequeño con dos camas suspiro tranquila. Sentado en una de ellas, vestido de civil, con un aparatoso vendaje en el cuello, estaba un hombre de unos sesenta años largos, de rasgos fuertes e imponente presencia, bastante alto, que se levantó al verla.

—¿Fräulein Alexandra?

Ella asintió, pero su vista se desvió al pequeño durmiente en el otro catre. El dorado y crespo cabello, sus manitas juntas bajo su carita infantil, sobre la almohada, acurrucado bajo sábanas blancas y una manta gris de aspecto áspero del ejército.

Dio varios pasos temerosa hacia él.

—No se preocupe Fräulein—, dijo el hombre mayor—. Está perfectamente, no debería estar aquí, pero se ha encariñado conmigo y me llama abuelo todo el rato.

Ella se alejó apenas para dar la mano al hombre que sonreía ampliamente mientras los contemplaba a ambos.

—Permita que me presente, soy Rudolf, el tío de Tony. ¿Dónde está ese truhán? No creo que la haya dejado escapar sola, si creo que le conozco aunque sea un poco.

—Estoy aquí tío Rudolf.

A su espalda entraba Tony sonriente, ambos hombres se abrazaron con fuerza.

—Me alegro que estés al fin aquí sobrino. El pequeño no hacía más que preguntar por cuando vendrías. Me ha hablado de un río con truchas y un día de pesca mil veces. ¿Y Kurt?

Alexandra se sentó en la cama al lado del pequeño, las lágrimas de emoción por ver de nuevo al niño, aunque sin atreverse a despertarlo, se mezclaron a las de tristeza por quien quedó atrás.

—Lo siento Tío, siéntate.

Rudolf empezaba a comprender apenas mirando la expresión grave de su sobrino y las lágrimas de la joven pelirroja.

—No ha salido de esta, ¿no?

Tony negó con la cabeza.

—Se sacrificó a última instancia. Nos perseguían porque saltamos una barrera a la desesperada. El *jeep* que nos llevaba se vació de combustible y él se quedó atrás para cubrirnos, cuando estábamos bastante lejos escuchamos una explosión, y nada más.

El viejo se sentó y agachó la cabeza. En ese momento Axel se despertaba y parpadeaba algo confuso por las voces a su alrededor, cuando sus ojos se reflejaron en los de Alexandra saltó como un resorte para abrazarse a su cuello.

—Mami...— suspiró contra el cuello de la joven, esta lo abrazó contra su pecho hasta que el chico buscó por la habitación—. ¡Tony!—. alzó sus manitas en su dirección. Tony, tragándose emociones, sonrió al pequeño y fue a abrazar a ambos. Durante largo rato, ella lloró de alegría y de tristeza. Envuelta en el abrazo de dos de los hombres que más quería en este mundo.

—No llores mami, mamá Marianne nos está mirando desde el cielo y estará feliz de que estemos juntos.

Alexandra asintió y se secó sus lagrimas, miró a Tony que no había dejado de cercarlos con sus fuertes brazos a los dos. Se rehízo y sonrió a los presentes, Tony se levantó de la cama y miró hacia la entrada de la habitación que había quedado abierta, una enfermera estaba en la puerta.

—¿Señorita Bossfield? Su padre, el general Edward Bossfield está al teléfono, en cuanto se ha transmitido su llegada, a llamado, ¿Me acompaña, si es tan amable?

Alexandra cerró los ojos fuertemente, joder, no había pensado que Tony se enterase de esa manera, sin querer ni mirarle, besó al pequeño. Pero ahora no tenía remedio, a paso rápido salió del dormitorio, casi huyó, sintiendo los ojos de su instructor clavados en la espalda.

—Vaya—, masculló Tony con una sonrisa en los labios, poniendo los brazos en jarras—. Ahora me lo explico todo.

—¿Quién llama a mami Alexandra?— preguntó el chico con inocencia, mientras sacaba los pies del catre y se levantaba a dar un beso a su «abuelo» que le esperaba con los brazos abiertos.

—Tu abuelo inglés, pequeño, *Cascarrabias* Bossfield—. Soltó una carcajada mientras negaba con la cabeza. Joder, ahora si que tendría que pelear por el premio. ¿o no? Una idea ladina se cruzó por su mente en esos momentos e hizo que su sonrisa se ensanchara hasta ser diabólica.

Geüser y *El Loco* llamaron en el dintel de la puerta, sonrientes y con los ojos aún pegados por el sueño.

—Joder *Niño Bonito*, os habéis hecho de rogar ¿y tu mujer?

—Su padre la estaba reclamando por teléfono—. Le dio la mano a ambos hombres—. Veo que estáis de una pieza, ¿cómo agradeceros?

Geüser alzó las manos y negó con la cabeza, sonriente,

—No es nada, aquí, «mi tío»—. señaló con la cabeza al viejo general del Tercer Reich—. Rudolf Geüser, que nos ha ayudado mucho. Lástima que haya perdido toda su documentación, pero, los franceses han sido muy amables de emitir una cédula identificativa para él, y que pueda acompañarnos de nuevo a Grefthat, allí estará seguro hasta que todo esto acabe. Se lo pasará en grande contándose batallitas con los viejos del pueblo.

Tony sonrió ante la treta, el general le hizo un guiño, mientras se sentaba con el niño a su lado.

—Tengo hambre—. acabó diciendo Axel.

—Todos tenemos hambre—. repuso Rudolf—. Anda bribón, vístete y bajemos al comedor, estarán ya a punto de servir el desayuno de campaña para los que nos podamos mover.

El niño saltó en busca de sus ropas, todas buscadas por las enfermeras, ninguna de su talla, y pronto salieron de la habitación en busca de un café de achicoria, cuyo olor llegaba ya a las puertas de su dormitorio.

—Alexandra, mi pequeña, ¿cómo estás?

Ella se asió al teléfono casi temblando. No por volver a oír la conocida voz de Edward S. Bossfield, sino por ignorar como estaba tomándose en esos momentos Tony la revelación de quien era en realidad su padre.

—Estamos bien papá.

—¿No estás herida? ¿Verdad? No me mientas por favor, quiero saberlo todo. ¿Mi nieto? ¿Y mi capitán? ¿Están ahí contigo?

—Tony está con Axel y están bien, igual que yo, no hemos sufrido heridas. Estamos cansados, hambrientos, con ganas de una ducha y de dormir una semana, ha sido duro papá, hemos perdido a una persona que nos ayudaba desinteresadamente, y ha sido...

Su voz se quebró.

—Tranquila pequeña.

—Estoy tranquila padre, pero no quita que me sienta triste. Ese hombre no tenía porque ayudarnos, era alemán ¿sabes? Un Waffen SS, ayudó al hermano de Tony, hace años, ahora nos ha ayudado a nosotros...

—En todos los bandos hay gente buena, que no merece la muerte, pero esa es la guerra, la jodida verdad de todo esto hija, siento que lo hayas tenido que averiguar en primera persona.

Suspiró hondo, se limpió las lágrimas.

—¿Has hablado con tu nieto ya?

—Sí, he entendido parte, habla inglés, pero con un fuerte acento alemán.

—Hace un año que murió Marianne, papá, ella le enseñaba, pero tanto tiempo sin hablar en nuestro idioma, es normal que se olvide de muchas cosas.

—Pero le entendí bien, él no sé si lo hizo, la comunicación se cortaba cada dos por tres, apenas escuché su voz y que quería ir a pescar.

Ahora le tocó sonreír. Tony le había prometido un día de pesca y eso era ahora la principal preocupación de su sobrino, era estupendo que fuese un niño apenas, y olvidase pronto los malos recuerdos, reemplazándolos por nuevos y emocionantes.

—Estamos deseando teneros en casa, estoy localizando a varios conocidos para que os traigan de vuelta.

—No, no pidas más favores, tenemos como volver, amigos de Tony, según le he escuchado. Será más rápido incluso, pues nos esperan en la costa ahora mismo.

—¿Estáis seguros?

Alexandra convenció a su padre de que era más factible la opción de Daylight, tras ello se despidió, dando recuerdos para su madrastra, y dejándose caer en el sillón del despacho que le habían cedido para recibir la llamada. Ahora a enfrentarse con Tony. ¿Por qué los hombres de su vida eran tan obstinados, duros, cabezotas..? Y una larga serie de epítetos que hacían que fuese tan difícil dar un paso más adelante, y convencerlos de algo. Aunque a Tony no le tenía que persuadir de nada, con toda seguridad, decirle adiós. No creía que, sabiendo quien era su padre, su oferta de matrimonio siguiese en pie a esas horas.



Mientras continuaba charlando con los otros hombres, sentados a la mesa sobre como habían conseguido salir de Berlín, unidos a ellos Osten y Dickers, llegaban noticias alarmantes, que se extendían por el comedor como un reguero de pólvora. Los soviéticos habían lanzado su ataque a Berlín a las tres de la madrugada, las nuevas eran escasas y confusas aún, pero lo cierto, es que le quedaban contadas horas a la capital para caer bajo la dominación aliada. Las pérdidas por todos bandos empezaban a contarse por miles, no iba a ser fácil, sin embargo, en todos estaba el convencimiento que al fin, era el fin de la larga guerra.

Un grito de júbilo se extendió entre los soldados presentes, por respeto al viejo general y a los demás hombres de origen alemán que estaban en la mesa

aislada, no hicieron ningún gesto. Al contrario, las caras fueron de circunstancias, el general negó con la cabeza y bebió otro sorbo de café, e instó al chico a continuar comiendo, estaba mirando de un lado a otro sin entender las palabras en francés de los soldados que había a su alrededor en otras mesas.

La charla habitual, se fue haciendo eco entre la guarnición de hombres que comía en esos momentos. Alexandra había escuchado las noticias desde el pasillo, una vez que salió del pequeño despacho donde había hablado con su padre. Con pasos lentos se dirigía hacia la gran tienda de campaña que servía de comedor a los hombres del ejercito, allí le habían indicado que estaba sus acompañantes.

Tony la vio aparecer enseguida en la puerta, esquivando a un par de soldados que silbaron al verla, a pesar de su desaliño. Se levantó de inmediato, aunque ella acertó distancias en seguida. Los demás hombres también se incorporaron caballerosamente ante ella mientras se sentaba al lado de Tony. Este no parecía haber cambiado en la última media hora, le puso delante un café y comida, y continuó con su desayuno, mientras unos y otros contaban detalles de su parte de la escapada de la capital, tan a tiempo. Le miraba de soslayo mientras escuchaba a Geüser hacer hincapié en la cantidad de agua que habían tenido que soportar antes de ser sacados de el tubo de desagüe, y el chico reía por que había sido, para él, una emocionante aventura, menos el trozo en que dispararon a su abuelo.

Tony puso su mano en su muslo y le dio un suave apretón mientras atendía a unos y a otros, luego ponía especial énfasis en contar su parte de aventura, con ella como única protagonista, lleno de orgullo. Ella apenas hablaba, sobre todo cuando contó como el alemán se había quedado atrás, las caras se volvieron taciturnas, ella se concentró en tragar el nudo de su garganta a la vez que la comida y permaneció en silencio, hasta que el pequeño corrió a sentarse entre Tony y ella y reclamar la atención de ambos a partes iguales.

El niño la acompañó junto a una de las enfermeras que se había hecho cargo de ellos desde el primer momento a un hostel cercano, les había conseguido una habitación, apenas, pero, por el momento podría darse una ducha y ponerse algo de ropa que la buena mujer les consiguió para

completar la poca que ella había salvado dentro de la mochila.

El niño se sentó en la cama grande mientras ella se metía en el baño y conseguía sacarse de encima la suciedad del viaje a fondo. Su cabello volvió a brillar en ondas caoba, y su piel a ser suave y sonrosada. La camisa que le consiguieron complementó bien con su falda azul marino, algo arrugada, pero decente. Sus zapatos de tacón estaban intactos. Aunque las medias que le pusieron a mano eran algo gruesas y de un color negro deslucido, aunque nuevas. Sintióse un poco mejor, después del aseo y el buen desayuno, salió del baño para que Axel volviera a abrazarla y decirle lo guapa que era y lo que se parecía a su madre.

El niño parecía tan feliz y tan cómodo en su presencia que se sentó en la cama, apoyada en los almohadones y él descansó a su lado hablándole de todo un poco, como hacen los niños, variando de tema a la velocidad de sus pensamientos y deseos. Tony se había separado de ellos, junto a los hombres, aunque le dijo que iría a solucionar por teléfono o por radio el tema de su vuelta, que descansase hasta entonces. Ella le vio marcharse en el grupo masculino y no supo apenas que contestar, Axel le apretaba su mano, igual que ahora. Cerró los ojos, en un suspiro, con la voz infantil, intentando hablar más en inglés que en alemán, sonrió, era un niño tan inteligente y espabilado, Marianne y Verner estarían orgullosos de él.



Tony estuvo más de una hora intentando hablar con las Islas. Pero al primero que localizó fue a Ludwick Rankin, este se alegró de que estuvieran ya en territorio liberado, pero su franca risa se cortó cuando preguntó por Dietrich.

—Lo siento Ludw, fue todo tan... él quiso quedarse para cubrirnos, en realidad no había otra manera, en aquel terreno, nos habrían cazado a los tres, si no llega a ser por su valentía.

—No te lamente, Anton, él era así, por fuera un sinvergüenza redomado, un vividor, un juerguista despreocupado, pero joder, los que lo conocíamos bien, sabíamos todo lo que ocultaba su fachada, fue su decisión.

—Me hubiese gustado tanto darte otras noticias.

Rankin calló unos instantes, y al otro lado también se escuchó el llanto

suave de Meré, también apreciaba a ese bribón de Dietrich. Se despidió pronto, necesitaba de nuevo intentar contactar con Inglaterra no sabía si el jodido *Cascarrabias* Bossfield, el padre de su prometida, había pensado en contactar con su hermano, y necesitaba hacerle llegar que estaba bien, y también con Falcon, que seguramente estaría esperando sus noticias, y a la vez conseguir que el Seagüll estuviese preparado en la cala de los Pescadores. En breve quería, necesitaba estar en casa, con su familia, y la que él se había agenciado en esas últimas semanas y días.

Su apartamento recién construido en los altos del Pabellón de Caza, esperaba que pronto se le quedara pequeño, sonrió, mientras abandonaba el despacho del teléfono, tras conseguir al menos hablar con Falcon. Este prometió encargarse de llamar a Henry y a Dafne y darle las buenas noticias. SÍ, una nueva vida se abría ante él, un poco aún en shock, por conocer la identidad de su futuro suegro, pero en fin, ¡minucias! Después de haber salido indemne de Berlín en sus últimas horas, Bossfield se le antojaba el menor de sus problemas. Sobre todo porque su preciosa hija, ya era suya, y la convencería de eso mismo a como diese lugar, si se ponía algo «rebelde». Casi se rió solo por la ancha calle central del pueblo, buscando el hostel donde le indicaron que estaban descansando Alexandra y el niño.

Se paró ante la única pensión del lugar, le dieron el número la habitación que le habían reservado y le pusieron en la mano una llave. Subió al segundo piso, buscó, abrió y se encontró un dulce espectáculo a sus ojos. Axel le indicaba con un dedo sobre su infantil sonrisa que estuviese en silencio. Ella estaba dormida, acomodada en la cama, vestida con su falda azul y preciosa, con una camisa de batista color celeste. Él repitió el gesto y cogiendo la mochila que estaba al lado de la puerta con su ropa, fue casi de puntillas al baño para darse una buena ducha y afeitada.

Con toda la tranquilidad del mundo, la paz del que sabe que tiene la felicidad justo al otro lado de la puerta, dejó que el agua se llevase los últimos días de sufrimiento y cansancio. Había convenido que al amanecer saldrían hacia los acantilados, Boucher, el conocido francés de la resistencia que les había acompañado les llevaría de vuelta hasta el mismo sitio donde los recogió apenas una semana antes. Se vistió con sus pantalones de sarga y la camisa abotonada pero suelta y se aprestó para volver a ver la hermosa

visión que le había llenado la vista cuando entró en aquella habitación simple de hostel de pueblo.

Ella seguía durmiendo, a un lado de la cama. Axel se acurrucaba contra ella, cuando le vio salir del baño le tendió la mano sonriente para que se acercase. Tony caminó hasta la cama y se acomodó en la parte izquierda, dejando caer su cabeza cansada en los almohadones. Miró al niño y le devolvió la sonrisa, mientras pasaba su brazo bajo la cabeza de ambos para unirse a ellos en un sueño tranquilo poco después. El pequeño también se durmió, satisfecho, entre ambos adultos, feliz al fin de tener de nuevo una familia propia



—Tío Rudolf, en cuanto todo esto se tranquilice, podrás volver a la capital, pero mientras tanto...

—No estoy chocho, sobrino. Viejo, pero aún con la cabeza en mi sitio—. se carcajeó mientras volvía a abrazar a su reciente nieto, que se resistía a dejarlo detrás, pero que acabaron convenciéndolo que volverían pronto a verle—. En Grefath estaré bien, por lo visto tengo un sobrino nieto muy guapo allí también ¿Joshep?— Geüser, a su lado asintió sonriente al oír el nombre de su hijo—, seguiré ejerciendo de abuelo, parece ser el destino de este carcamal—. El abrazo que recibió Tony, bien fuerte, desmintió la voz débil del hombre, se notaba a la legua que se estaba divirtiendo a pesar de todo.

Alexandra también recibió su dosis de abrazo por parte de Rudolf, en unos minutos se dijeron adiós, dividiéndose en dos grupos. Uno para llegar a los acantilados y otros hacia la granja de el padre de Geüser, que estaba en terreno pacificado desde hacía semanas. Las promesas quedaron en el aire de aquella tarde de Primavera, mientras Berlín a poco más de medio millar de kilómetros se debatía en sus últimas horas bajo el dominio del Tercer Reich

CAPÍTULO 27

VIAJAR durante casi todo el día hasta el acantilado, comer sobre los asientos, reír con el niño y dormitar medio camino, impidió a Alexandra pensar mucho. Había despertado después de casi veinte horas, abrazada a sus dos hombres. El pequeño había estado entre ellos toda la noche, durmiendo igualmente, contagiado por ellos de su tranquilidad tan deseada. Sus ropas estaban arrugadas, pero sus rostros y sus cuerpos estaban por fin descansados.

La llegada hasta la zona de embarque no fue en secreto, como la salida. Tenían la documentación necesaria para salir y la usaron. Esta vez, aunque de nuevo en la oscuridad, no tuvieron que tomar tantas precauciones para navegar en la chalupa que les había ido a buscar a la orilla. Davis estaba allí, como siempre, disfrazado, aunque, esa era su última misión, mandar de vuelta a Daylight y su pequeña familia, y entonces volver a su casa. Estaba satisfecho y les dijo adiós desde la orilla con su peluca horrorosa en la mano a modo de pañuelo.

—Por todas las ballenas jorobadas, ¡como te pareces a mi pequeña Basile! Eres casi tan alta y fuerte como ella.

El viejo capitán de pesca y otras lides menos legales, Begün saludó a sus pasajeros mientras les ayudaba a subir a bordo. Les indicó a Alexandra y al pequeño el camino hasta su propio camarote, que se lo cedería mientras durase la travesía hasta el punto de encuentro fijado con el Lady of Dover. Tony tuvo que conformarse con una litera en la sala dormitorio de marinería, la cama del habitáculo del capitán apenas iba a ser suficientes para la joven y el niño.

Pronto estuvieron navegando rumbo norte, con buen viento a favor llegarían en apenas un día y medio.

—¿Dónde está el chico?

Alexandra subía por la escotilla de babor, retirándose un mechón rebelde de la frente. Buscaba aire fresco, y se encontró con Tony, que debía de haber pensado igual que ella.

—Por fin se ha dormido. ¡Estaba tan excitado! Es su primer viaje en barco.

Tony sonrió mientras la ayudaba a llegar hasta la borda. El mar se había agitado y a veces el barco daba alguna que otra cabezada, pero el viento seguía a su favor. Aunque en popa no se notaba tanto, ella miró al infinito de la noche cerrada.

—Es curioso, Con todo lo que ha pasado... y se pone nervioso por un viaje por mar de apenas dos días—. Alexandra suspiró. Después de que hubiese averiguado por casualidad su verdadero parentesco con Bossfield, ella se había mantenido algo incómoda y distante. Aunque le hubo explicado su nacimiento de una relación anterior al matrimonio del general con bastante aplomo. Tony echaba de menos a esa descarada vena suya. Y sabía que el pequeño no era el culpable del estado de ánimo de la chica.

—Alexandra, ¿qué es lo que aún no me has contado?

Ella negó con la cabeza y enlazó sus dedos. Se estaba preparando para poner una barrera entre ambos, para evitar el dolor de la que sería una conversación de adiós que intentaba posponer, y que temía a la vez que deseaba, para acabar de una vez, llorar un rato, y seguir adelante con su vida, pues era el broche final de su aventura en el continente

Él la miraba de soslayo mientras Alexandra se adelantó para inclinarse sobre la borda, parecía relajada pero él la conocía bien, y sus músculos estaban tensos bajo el flexible materia de la hermosa blusa celeste. Tony no la dejaría ir, esta vez no, ni tampoco mañana, y que diablos, ni nunca. Estaba decidido a llevársela con él de nuevo al Pabellón de caza y hacerla suya definitivamente, con un sacerdote por medio. Se movió hasta la espalda de la mujer. Y si aviso, la envolvió por la cintura y tiró de ella para ponerla derecha, su pecho contra la espalda femenina en la oscuridad de la noche, solo rota por los fanales de señalización del barco. Buscó su nuca cálida y

depositó un beso dulce en ella.

—Alex, ahora que todo ha terminado, ¿vendrás conmigo?

Ella se tensó entre sus brazos. Al momento empezó a temblar y se dio cuenta que ella había empezado a llorar.

—Alexandra...— le dio la vuelta entre sus brazos— mujer, dime ¿qué te pasa?—. Dos regueros de lágrimas silenciosas corrían por sus mejillas en contra de su voluntad, cerró sus ojos fuertemente—. Alexandra, dímelo. ¿No confías en mí? Yo, solo quiero estar contigo el resto de mi vida. ¿Eso te da miedo? ¿El compromiso?

Alexandra inclinó su cara sobre el hombro de Tony y dejó fluir más y más lágrimas, de dolor y a la vez de alegría, él no la estaba dejando como temió. Al final se abrazó al cuello del hombre convulsa. Tony la llevó hasta el cordaje, la dejó caer en él, hizo que tomara asiento sobre sus muslos, acunándola como a una niña. La meció suave, mientras le decía frases tontas, como las que decía a sus sobrinos gemelos para calmarles. La besaba en la frente y acariciaba su espalda para reconfortarla. La apretaba contra su pecho sintiendo como su propio corazón sollozaba con ella, sin saber por que, solo que ella estaba triste, y él no sabía como remediarlo.

—Dime pequeña, cuéntame que te aflige de esta manera. Estamos vivos los tres, si es por Kurt...— La punzada de celos invadió su estómago, pero pensó era una locura sentirlos por un hombre que había muerto.

Ella se limpió los ojos en la manga de su camisa color cielo mientras negaba con la cabeza.

—¿No te importa quién es mi padre?

Tony se rió bajito, contra su pelo que olía tan bien.

—He estado al borde del peligro y bailando con la muerte desde los dieciocho, gatita. Edward *Cascarrabias* Bossfield, no es problema para mí. ¿Qué puede hacer si me caso contigo? ¿Degradarme? ¿Echarme del ejército? ¿Con qué excusa? ¿Por casarme con su hija?—. se rió más fuerte—. La guerra está terminando, aunque me eche de mi puesto de instructor, los negocios de mi familia nos pertenecen a mi hermano y a mí, a partes iguales, quizás sea hora de echarle una mano a Henry y que él pueda tener un poco más de tiempo para su familia.

Ella asintió, pero no dijo nada.

—Pero, ¿por que lloras?, si no me lo dices, no podré ponerle remedio—. Le dio otro abrazo aún más fuerte poniendo énfasis en sus palabras.

—Es por Axel.— suspiró al fin

—El chico está estupendamente, verás que pronto se adapta a todo. Al principio puede que le cueste un poco el idioma, aunque su nueva madre le enseñará, y su nuevo padre aquí presente, solo lo tiene oxidado. No importa, le puede ayudar algún preceptor particular, Dafne mismo, ella ha sido institutriz.

—Lo voy a perder...

—¿Qué?

—Su abuelo, mi padre, él lo reclamará para criarlo... Yo soy su tía pero soy mujer y sin trabajo o dinero. Nadie me concederá la custodia de un niño pequeño, ningún juez. Mi padre tiene demasiado poder.

Con que esas teníamos. Alexandra puso su vida en riesgo para rescatar al pequeño, y ella que tanto lo quería, que veía en él a su hermana, iba a acabar teniendo que dejarlo ir con su abuelo. Tony hizo que le mirara, levantando su mentón con dos dedos.

—Podríamos reclamarlo juntos.

—Mi padre, no lo permitirá, hará lo imposible para quitárnoslo.

Tony pensó durante un buen rato mientras seguía abrazando el ahora laxo cuerpo de la joven que se apretujaba contra él. ¿Estaba pensando realmente en...? Ya le había dicho que quería que estuvieran siempre juntos. Iba a llevarla a un sacerdote en cuanto tuviese la primera oportunidad y durmiesen unas horas en tierra y organizarse, y ahora el problema de perder al chico. Alexandra nunca sería la misma si perdía a su sobrino.

No dijo nada, intentó consolarla con sus besos y sus mimos, le prometió que todo iría bien, pero, sin revelar los planes que se sucedían en su mente. Cuando consiguió dejarla en el camarote donde compartía el estrecho nido con su sobrino, pidió al capitán del Seagüll utilizar la radio.



El rápido Seagüll se quedó atrás cuando transbordaron el Lady of Dover. Falcon no estaba a bordo, se había quedado en tierra organizando los encargos de Tony, la travesía sería apenas de unas horas hasta la costa

británica. El chico correteó por la cubierta y curioseó todo de mano en mano de uno y otro marinero, a los que preguntaba en su recién descubierto idioma inglés, todo lo que se le ocurría.

Tony y Alexandra, abrazados, lo contemplaban en sus correrías y le reñían cuando se ponía algo pesado. El chico era todo curiosidad y sus ojos verdes chispeaban con asombro.

El hotel que les tenía reservado Falcon, un par de habitaciones una junto a la otra, se les antojó el lugar más hermoso del mundo, todo ladrillo visto rojo, con contraventanas en madera pintadas de blanco brillante. Un jardín pequeño y coqueto lleno de rosas amarillas se extendía ante ellos como muda y alegre bienvenida. Casi tres años antes estuvo en ese mismo lugar, cuando volvió con Henry y Dafne de su rescate. Fueron horas felices y duras para ambos, luego supo que volvieron un par de veces de visita allí, por los viejos tiempos, aunque acompañados por sus niños.

Ahora les serviría perfectamente mientras su plan seguía su marcha.



Andrew le telefoneó al hotel, y en cuanto cogió el auricular solo una palabra.

—Arreglado.

Tony suspiró con alivio.

—¿La documentación?

—Lista para ser firmada la declaración jurada y todo lo demás. Salgo para Dover ahora mismo. En cuanto llegues firmamos y voy al registro. ¿Cuánto tiempo tendremos?

—Casi estaremos a lo justo. He conseguido convencer a Alex de que no avise a su padre de su llegada, que descanse al menos un día completo antes de enfrentarse a Bossfield.

—Ella no sabe nada...

—No. Ahora mismo está en la habitación con el niño. Aunque ya lo tengo todo arreglado. Mañana a la una, estaremos ante un sacerdote. Aunque para evitar que me saque las uñas, esta vez voy a ser cobarde y enviar a Dafne en vanguardia.

—Creo que estaremos allí a tiempo tu hermano y yo. Mi mujer, Allison se

está encargando de nuestras mutuas fierecillas, mientras Henry está preparando su coche. Mi cuñada Dafne buscando algo de ropa para Alexandra junto con Meré en Londres, Rankin y ella desembarcaron anoche en el puerto fluvial y esta mañana nos hemos reunido todos. ¡No pretenderás que tu prometida asuma todo esto vestida de marinero!

Tony casi rió por la estampa sugerida, a él sin embargo le daba igual lo que llevase puesto, inclusive un saco de harina, mientras aceptase plenamente su plan. Continuó al teléfono ultimando detalles, mientras miraba su reloj. Alexandra y el pequeño estaban arriba descansando a punto de cenar cuando él subiese, y estaba deseándolo, aunque otra noche que dormiría con el pequeño Axel en medio de los dos, como carabina, a pesar de eso sonrió. ¡Como había empezado a entender ahora a Henry y a Dafne!

Aunque, también pensó en que todo lo que estaba arreglando a sus espaldas, fuese una sorpresa, un regalo grato para su futura esposa.



Edward S. Bossfield recibió la llamada desde el puerto de Dover de uno de sus informadores veteranos. Apenas era la hora del desayuno y su esposa caminaba todavía en bata por casa. Golpeó con saña de nuevo de vuelta el auricular sobre el teléfono y este estuvo a punto de romperse. Adelinne apareció en la puerta algo asustada, con una blanca mano abierta sobre el canesú bordado de sus ropas.

—¿Qué ocurre querido?

—¿Qué ocurre? ¡Qué ocurre, por el amor de Dios! Mi hija, mi nieto y ese, ese, sin nombre de Daylight llegaron anoche al Puerto de Dover, desembarcaron, se fueron a dormir a un hotel ¡Y a estas horas me he tenido que enterar por mis otras fuentes! Cojo el coche y salgo para allí inmediatamente.

Adelinne fue corriendo escaleras arriba.

—¡Ni se te ocurra irte sin mí!



Después de deslizarse con extremo sigilo de la cama para no despertar a su sobrino, sorprendida de que Tony se hubiese levantado sin que se dieran

cuenta, Alexandra que durmió junto al pequeño hasta bien entrada la mañana se restregaba los ojos camino a la puerta. Un golpeteo insistente la había despertado, apenas abrió una rendija pues solo llevaba la camisa de un pijama de hombre. Ante ella una mujer joven con grandes ojos y sonrisa dulce.

—¿Dafne? ¿Qué demonios?

—¡Buenos días Alexandra!

La cuñada de Tony empujó un poco la puerta y Alex se decidió por fin abrirla y a dejarla entrar. mientras su «no invitada» dejaba unos paquetes y bolsas sobre una de las sillas, se decidió a abrir las cortinas y también un poco las ventanas para ventilar el dormitorio. El pequeño Axel se despertó, y parpadeó un poco confuso

—Buenos días cariño—, dijo Alexandra mientras se sentaba en la cama y besaba y abrazaba al pequeño dormilón. El niño miró inmediatamente a Dafne y esta sonrió al guapo chico rubio.

—Hola Axel, soy Dafne, la mujer del hermano de Tony.

El niño balbuceó apenas un hola entre azorado y aun medio dormido. Alex le ayudó a levantarse y a irse al baño. Le abrió la ducha para que se despejara, antes de comer.

—Te preguntarás que hago aquí.

—No quería ser una maleducada, pero..

—Sí, tienes todo el derecho—. soltó una risita cómplice—. Vengo a traerte un par de cosas que necesitarás de aquí a dos o tres horas.

Abrió una de las cajas y desplegó un vestido blanco y largo hasta poco debajo de las rodillas. Con escote cuadrado, con diminutos bordados en el corpiño y una falda acampanada, y diversos complementos íntimos más. Aparte sacó una pequeña cajita con un tocado con un velillo de tul, a juego con el vestido. Luego sacó un traje de chaqueta con pantalón corto para Alex. Tony le había dado medidas a ojo, y esperaba que le estuviese decente al chico. Alexandra se restregó los ojos ante tal despliegue.

—Demasiado elegante, ¿no crees?

—Ni por asomo...— en ese momento sonó una llamada en la puerta de nuevo. Dafne se dirigió a ella y tomó una bandeja con comida que había encargado antes de subir—. Gracias—. Cerró con educación y la llevó a una mesa ante la ventana—. He pedido comida para los tres. Mi marido, y mi otro

cuñado, Andrew comerán juntos en el comedor. No es tradición que el novio vea a la novia el día de la boda.

A Alexandra que en ese momento estaba comprobando el contenido debajo de un cubre platos, casi se le cae de las manos.

—¿Q-qué?

—Tony ha preparado todo para que os caséis esta tarde. ¡A la una en la pequeña capilla de aquí al lado! Mi marido, Andrew y yo seremos vuestros testigos. y por supuesto el pequeño Axel.

Alexandra se sentaba en esos momentos en una silla al lado de la mesa. Le fallaban las piernas. Ya había recibido la propuesta y el anillo de Tony antes de salir para su misión, pero ella no le había dado su consentimiento, le dijo que a la vuelta lo pensaría... Ni durante la estancia allí o en el barco habían hablado demasiado sobre ello.

—Pero yo... No estoy segura.

—Pues Tony sí, dice que no te dejará escapar. Y que al niño tampoco.

Otra vez la cara de sorpresa en esa chica que era puro descaro días anteriores, cuando interpretaba su perfecto papel de mujer mundana

—¿C-cómo?

—El niño... Andrew tiene todo arreglado. Andrew Ballister, además de mi cuñado y marido de mi hermana Allison, es abogado. ¡Y de los mejores! Tony está firmando una declaración jurada ahora mismo de que él es el padre de Axel, y por supuesto, tú tendrás que firmarla confirmando que eres su madre. Después el niño tendrá su documentación como ciudadano británico.

—Pero la madre es...— Dafne no la dejó continuar, bajó el tono de la voz

—¿Quieres quedarte con tu sobrino o, entregarlo a su abuelo?

Alex estaba ahora sumergida en un mar de dudas. Su padre era un hombre duro y estricto. Se criaría en manos de instructores y criadas, aunque la figura de su madrastra estuviese ahí, no sería ni por un asomo defensa para el chico.

Sin embargo ella, le procuraría amor, comprensión, y Tony... Axel se llevaba estupendamente con él. Su instructor le hablaba como a un hombre y el chico apreciaba es ser considerado como tal. Lo admiraba y no quería separarse de él. Incluso la noche anterior tuvo que convencerlo de que Tony no podía dormir con ellos en la misma cama porque, bueno, no era lo usual. El niño era demasiado inteligente, y sabía de antemano que entre su tía y él

había más, y parecía querer poner todo de su parte para fomentarlo. No se rindió y consiguió que los tres volvieran a compartir lecho.

—Casarme con Tony... adoptar a Axel.

—No, adoptar a Axel no. Declarar que es hijo tuyo y de Tony. ¿Estás dispuesta a ello?

—Hace ocho años apenas contaba con dieciocho años...

—Y Tony con veintiuno. ¿Y qué? No vas a volver a tu pueblo en el norte. ¿Te espera algo o alguien allí?

—Desde que mi madre se fue no. Bueno, está mi tía que me han cuidado hasta ahora, que bueno... Solo me queda ella, y un par de primos, tío Ian murió hace unos meses, pero con escribirles una carta y pidiéndoles discreción, ellos afirmarían lo que yo les pidiese.

—Pues entonces, saca a ese niño de la ducha antes de que parezca una alubia, y comamos algo. Luego lo vestiremos y lo bajaré al cuidado de los hombres mientras tú te preparas para ser una novia radiante.

Cuando Dafne bajó a un elegante Axel hasta el salón de café donde estaban los hombres, estos los recibieron con sonrisas y le arrojaron en un círculo masculino. El niño se sintió importante y más que feliz, cuando se enteró mientras comía que su tía y Tony se casarían en poco menos de dos horas. Abrazó fuerza a un sorprendido Tony y alzó sus ojos verdes hacia él con esperanza.

—¿Tendré que llamarte papá?

Tony le tomó de los hombros y se acuclilló para quedarse a su altura.

—Difícil pregunta. ¿Quieres llamarme papá?

El chico se miró un instante en los ojos azules de Tony. Luego asintió con la cabeza cuatro o cinco veces muy rápido. Tony rió y lo abrazó junto a su pecho.

—Espero ser un buen padre. ¡Apenas tengo experiencia!

—Y yo un buen hijo, tampoco tengo mucha. Apenas conocí a papá Verner, y mamá Marianne, cada día se me borran un poco más su cara

El crío verdaderamente era listo, por un momento, ante su sincera declaración, creyó que el jovencito rompería a llorar. Pero por lo visto, ya no había más lágrimas en esos ojos verdes y sabios. Y él se encargaría de que en el futuro tampoco las hubiese, o por lo menos pondría todo de su parte

para que así sucediese. Los otros dos hombres miraban al crío y pensaban igual. Que iba a ser un hombrecito muy capaz en la vida, si seguía por ese camino. Ya se encargarían, ellos, como familia de echar una mano a un padre primerizo de un chico de siete años.

Dafne insistió una hora después que los chicos marcharan hasta la capilla de las afueras en el *Phanton*, ellas llegarían elegantemente tarde, como suelen hacer las novias y en un taxi. Axel encantado montó en el auto de Henry, después de darle al menos dos o tres vueltas admirando cada detalle del automóvil, cada cromado y hasta por la rueda de repuesto tuvo curiosidad.

Los hombres, en su elemento no pararon de informar al muchacho que absorbía todo detalle con los ojos muy abiertos. Dafne negó con la cabeza. En la casa había mayoría masculina, incluyendo a los que pronto se incorporarían, Alexandra y sobrino. Era bueno que empezaran a tener más chicas en casa para equilibrar un poco la balanza.



Ambos se miraron, cogidos de las manos, a sus espaldas la poca familia y amigos que habían llegado a tiempo para la ceremonia. Algunos no los conocía. Estaba Dafne, y su marido, el hermano de Tony, un hombre rubio de facciones más duras y marcadas atractivo rozando la cuarentena, con una voz grave que le resultó familiar, pero que pronto desechó de la cabeza, los dos niños gemelos de estos, unos pequeñuelos de apenas dos años con el cabello dorado como su padre, pero los dulces ojos miel de su madre, guapos a rabiar.

La hermana de Dafne, muy parecida a ella, pero algo remilgada, no parecía mala persona, pero Dafne era más cercana, más dulce. Tenía una hija de al menos la edad de Axel y otro niño en camino en su redonda barriguita. Junto a ella su marido, el abogado, que, ahora no recordaba su nombre, ¿era Andrew?, había arreglado toda la documentación que firmó antes de salir para la iglesia, y este había llevado al registro en menos de media hora. En ella afirmaban y juraban que Axel era hijo natural de Tony y de ella, habido de una corta relación anterior, una pequeña mentira y muy necesaria.

A su lado Falcon y Wiremu, ambos vestidos con elegancia, el polinesio con su negro azulado cabello estirado en una coleta baja, le dedicó una de sus

hermosas sonrisas nada más verla.

Otra pareja se sentaba entre los asistentes, ella con el cabello platino, madura, ojos vivaces, pequeñita y sumamente estilosa, francesa, Meré, se la habían presentado, y su marido, Ludwick Rankin, un suizo que pasaba los cincuenta, con canas, sonrisa amistosa y ademanes fuertes y a la vez medidos. Se le notaba todo un carácter, supo que también había puesto de su parte para que su misión de rescate fuese un éxito y se lo agradeció sinceramente.

El clérigo seguía su diatriba, el corazón de Alexandra parecía querer salirse de su pecho, sus ojos iban del azul de Tony, hasta el verde de Axel, sentado en primera fila, por detrás de ellos, muy quieto y absorto en toda la ceremonia. Tony ligeramente apretaba sus manos para darle fuerza y le sonreía, con ese hoyuelo tan atractivo en su rostro de niño grande.

Los votos se sucedieron y el «si quiero», como en una película que no le estuviera sucediendo a ella, y sin embargo fuese a la vez espectador y protagonista. Los congregados aplaudieron cuando Tony tomó su rostro entre sus manos, tras la bendición y levantar el velo diminuto, besándola como si no hubiese un mañana.



Se abalanzó hacia la pequeña Iglesia. la puerta estaba apenas entreabierta. Ante ella al fin frenó y respiró hondo. Si aquella llamada que había recibido era verdad, aún estaba a tiempo de... ¿de qué? ¿De impedirlo?

Abrió apenas una rendija primero, después poco a poco más, hasta que pudo entrar en su semioscuridad. Al fondo, ante un sencillo altar una pareja se miraba a los ojos, sin parecer que hubiese nadie alrededor. Aunque en los bancos hubiese al menos una docena de personas. Su hija Alexandra y ese bribón de Daylight, estaban diciendo el «*si quiero*» ante sus ojos. Apenas pudo dar unos pasos más para dejarse de caer en silencio en el último banco de la derecha.

Escuchó impertérrito la típica pregunta de, «si alguien tiene una razón para que este matrimonio no se lleve a cabo...» hasta el final. Suspiró. Él no era nadie para impedir ese acto. Nunca fue un verdadero padre para Alexandra, ni para la pobre Marianne. Eso se lo reprochaba constantemente, a la vez que culpaba a Xandra McKonky de haberle alejado de sus hijas, de

haber huido sin decirle lo de sus embarazos. Si él lo hubiese sabido... A la mierda con los convencionalismos. Se hubiese casado con la escocesa y hubiese criado decentemente a sus hijas. Estas no hubiesen pasado aprietos de pequeñas ni la vergüenza de ser hijas de una madre soltera.

Pero ya no había vuelta atrás en el tiempo. Sus pequeñas se hicieron mujeres. Marianne escapó demasiado pronto de su tutela, se enamoró, se casó y tuvo a su hijo, arrancó del mundo apenas un resquicio de felicidad. Él si leía, a escondidas, las cartas que le enviaba Marianne a Adeline. Esta las dejaba adrede a la vista y no se resistía en leerlas. Se emocionó con el nacimiento de su primer nieto. Lloró como un crío, a oscuras, en el sótano, escondido cuando llegó la última carta de Marianne, como despedida. Y aquella caja con solo una foto que le trajeron a sus manos, junto a los datos de su nieto y su abandono en el hospicio por parte de sus familiares alemanes, después de que su pequeña Marianne... Luego él mismo se la había hecho llegar a Escocia a su otra hija, a la que no veía desde hacía demasiado tiempo.

Aquel loco plan de internarse en Alemania hasta el mismo Berlín para recuperar a su nieto, lo hubiera hecho él mismo, si no fuera por su alto cargo, y su imposibilidad de pasar desapercibido. No podía enviar a ninguno de sus hombres, era un asunto demasiado personal, él mismo había castigado insubordinaciones de ese tipo. Como estuvo a punto de mandar fusilar o encerrar de por vida a Henry Daylight hermano del ahora su yerno.

Tampoco hubiera podido recurrir a favores de su personal infiltrado, no quedaban muchos en aquella zona. Solo la propia idea de su hija, le resultó al final de varios días de investigación y de llamadas telefónicas, y mucho cavilar, la más factible. Solo le quedaba encontrar quien la entrenase para enseñarla a sobrevivir. Al mejor, a ese sinvergüenza descarado de capitán Anthony Daylight, que ante los pocos concurrentes, levantaba el velo que cubría el rostro de su hija, lo enmarcaba entre sus manos y la besaba como un poseso.

Todo el mundo estalló en una gran ovación y en vítores ante la pareja. Un crío rubio, flaco y espigado corrió de entre los primeros asientos, donde había estado oculto a su vista por los demás asistentes a abrazar el primero a la pareja. Estos se arrodillaron y ambos le cobijaron y besaron. Cuando Anthony se levantó, lo llevó sentado en un brazo, el chico se agarró sonriente

a su cuello y su capitán envolvió en su otro brazo a su hija Alexandra.

En estos momentos ambos se volvieron mirando a la puerta. Bossfield estaba de pie, junto al banco ocupado durante la ceremonia. Había pensado largarse sin que lo notaran, pero al ver al chico, se quedó completamente paralizado. ¿Era su nieto ¿Ese espigado jovencito?

Tenía el cabello casi albino, como recordaba de el joven que años atrás se llevó a Marianne y la hizo su mujer. Pero si la vista no le fallaba, los ojos del niño eran tan verdes como los suyos y los de sus hijas. Vio como Alexandra le señalaba con la cabeza y sonreía. El crío asentía y pedía bajar del brazo fuerte de Anthony Daylight. Cogido entre las manos de ambos, e ignorando al resto del personal allí reunido caminaron los tres por el pasillo de la pequeña iglesia. Bossfield se quedó paralizado en el sitio, a ver avanzar a los tres hasta quedar a su altura. Su capitán parecía tranquilo y satisfecho.

Su hija sonreía, y el niño le observaba más que curioso.

—Tenemos tus ojos.

Esa fue la simple frase que dijo el niño al llegar a su altura y fijarse bien en el rostro adusto y algo tenso del general Bossfield, vestido con su uniforme, se arrodilló ante el jovencito y acarició esa carita adorable. La sonrisa que el chico le regaló también le recordaba muchísimo a la de Marianne. No podía hablar, tenía un jodido nudo en la garganta.

—¿Abuelo?

Bossfield al fin reaccionó, atrayendo contra su pecho el cuerpecillo flaco de su primer nieto. Miró luego con los ojos inundados de unas lágrimas que ni su hija ni su «yerno», el capitán Anthony Daylight pensaron jamás ver en el duro hombre.

—Veo que me lo habéis traído sano y salvo. Gracias.

Tony dio un paso más y casi tapó a Alexandra.

—El niño se vendrá a vivir con nosotros. Lo hemos reconocido legalmente como hijo. Hemos firmado la documentación necesaria para ello. He declarado bajo juramento que es mío y de Alexandra.

Bossfield soltó al pequeño, aunque intentando no ser brusco. El chico se refugió pronto agarrándose a las manos de los recién casados.

—Pero eso es... falso.

—Demuéstrelo. No hay documentación que pueda probarlo en contra ni

aquí ni en Berlín, que ahora está casi destruido. Para todo el mundo, su hija y yo nos conocimos hace ocho años, aquí en Londres y la vida nos separó. Ahora nos hemos encontrado y he reconocido a mi hijo. A cualquiera le puede pasar, ¿no mi general? ¿Si usted no hubiese tenido esa oportunidad, no lo hubiera hecho?— Bajó la voz casi susurrante—. Además, Alexandra es la que ha arriesgado su vida por la de su nieto, no se merece quedarse sin él. Ella será una buena madre, y yo me comprometo a educarlo como corresponde a mi primer hijo. ¿Romperá una familia, mi general?

Bossfield se quedó mudo. El niño se agarraba casi sin entender a Anthony y a Alexandra. El chico apenas empezaba a recordar el idioma de su madre. Su rostro estaba mostrando signos de preocupación y un atisbo de miedo. Al final para tranquilizarle Bossfield sonrió.

—¿Al menos, bueno, me permitiréis ejercer de abuelo?

—Podrá mimarlo tanto como le apetezca, como abuelo, por supuesto.

—Entonces, creo que me doy por satisfecho—. Alargó su mano a Anthony, este la estrechó firmemente. Entonces su hija también se acercó y le abrazó.

—Padre, cuidaremos bien de él, y quien sabe si en un breve tiempo no tengamos más nietos para ti.

Bossfield alzó sus cejas, casi escandalizado.

—¿Capitán Daylight?

—Estamos legalmente casados, un día u otro le haremos «más abuelo aún» mi general.

Sonrió al cascarrabias cincuentón y ante él reafirmó su compromiso sujetando firmemente la mano del niño mientras daba un corto beso en los labios rojos de Alexandra.

—Daylight... espere al menos tener algo de intimidad, recuerde que tiene un crío de siete años delante de usted.

El niño, resueltamente, tras haber contemplado alzando la cabeza la muestra de amor entre sus nuevos padres, se dirigió como todo un hombre a su abuelo.

—Casi ocho. Papá Tony y mamá Alexandra, se aman, ¿por qué no pueden darse un beso delante de mí? Me gusta que lo hagan, y me quieran a mí junto a ellos.

—Creo que sabes demasiado jovencito.

El crío se rió, soltando la mano de Tony y Alexandra.

—Mamá y papá se merecen unos días de ¿Luna de Miel?—, dijo, su pronunciación con marcado acento alemán, le hizo sonreír al viejo Bosfield, que aún tenía un corazón sano y fuerte latiendo en su pecho—. Ellos necesitan... como se dice ¿intimidad?

Bosfield asintió al chico, este se abrazó a la cintura del general mirando hacia arriba.

—Abuelo, ¿puedo estar en tu casa mientras mis padres vuelven de Luna de Miel?— Miró a Tony primero y a Alex después, con un guiño cómplice—. ¿Puedo pasar unos días con el abuelo general *Cascarrabias* Bossfield?

Bossfield miró a Tony y a Alexandra que se habían cogido de las manos ante él. Estos asintieron ocultando la risa, Tony siempre había llamado cascarrabias al general delante del chico, este debió de tomarlo por su nombre de pila. Al instante los tres se rieron libremente ante los asombrados ojos del niño. Bossfield negaba con la cabeza.

—Es usted un demonio, capitán Daylight.

—El chico que me ha salido espabilado—. Miró hacia su recién estrenada esposa—. Tiene a quien parecerse, mucho carácter, y es franco hablando. Cuando entienda bien nuestro idioma, no habrá quien lo pare.

—Cariño—, intervino Alexandra—, tu abuelito se llama Edward, no *Cascarrabias*.

—Ups ¿he dicho algo indebido?

—No mucho más que tus «padres» ¿Me das la mano? Creo que tengo que presentarte a tu abuelita Adelinne mientras estos dos de atrás...— avanzó hacia la salida con el niño de su mano—. se van de «Luna de Miel».

El chico concluyó sonriente dejándose llevar.

—Espero que a la vuelta me traigan un hermanito, tengo ganas de ser el hermano mayor de alguien. ¡Para ordenar y mandar!

—En eso te pareces a mí— añadió Bossfield satisfecho.

Alexandra y Tony se quedaron rezagados, mientras veían a abuelo y nieto avanzar hasta la calle. Pronto estuvieron rodeados por todos los asistentes, recibieron besos abrazos, y haciendo promesas de visitar a Falcon y a Wiremu una vez que volviesen a Londres a por el crío. Luego se despidieron

de todos. Besaron a Axel que había hecho muy buenas migas con su nuevo abuelo y también con su nueva abuela, a la que ya estaba lisonjeando diciéndole lo guapa que era. Adelinne sonreía y lo mimaba también dándole mil besos, luego les abrazó como despedida y después de felicitar a la pareja.

—Lo cuidaré bien. Y no permitiré que el abuelo lo consienta en exceso estos días, o lo estropeará demasiado.

—Adelinne...

—Ah, Edward, di que no, llevas diez minutos al lado del chico y he tenido que recoger tus babas con el pañuelo al menos media docena de veces.

Todos rieron, besaron al chico y prometieron volver pronto, en menos de una quincena. El chico no parecía muy preocupado, se sentía a gusto entre sus nuevos abuelos. La verdad es que el chico era muy espontáneo.

Tony y Alexandra al fin consiguieron escapar en un taxi hacia el hotel, donde de la mano subieron a la habitación que tenían reservada para esa noche.

—Es temprano Tony, para irnos a dormir, ni siquiera hemos almorzado, debiéramos de haber ido a celebrar con ellos.

—A la vuelta ya tendremos tiempo de un buen banquete en el *cottage*, Henry y Dafne me han prometido encargarse de ello. Pediré que nos suban algo, después.. Ah, y, ¿quién te ha dicho que tengo ganas de dormir?— sonrió y el hoyuelo de su mejilla se hizo mucho más pronunciado.

—Ve pidiéndolo ahora, tengo hambre.

—Y yo, pero de ti, anoche «nuestro hijo» se encargó personalmente de que no pudiéramos hacer nada más que dormir—. Él le cerraba el paso y empezaba a acorralarla.

Alexandra rió mientras él la besaba y tironeaba de toda la tela del vestido de novia que la cubría demasiado para su gusto. Subía sus faldas y acariciaba sus muslos por encima de las ligas sin recato.

—Tony... — consiguió zafar su boca de la de él unos instantes—. La cocina la cierran a cierta hora. Mejor que bajas y encargues algo de comida fría y la subas tú mismo. No quiero que nos interrumpan luego...

Le hizo un guiño cómplice. Tony respiró hondo y se ajustó los pantalones.

—¿Te vas a volver muy mandona ahora que me has «cazado»?

—Sinvergüenza, ¡ha sido al revés!

—Está bien, bajo por un almuerzo para los dos. Espérame, no vayas a ninguna parte.

La besó en los labios suavemente y salió del dormitorio casi corriendo.

Ella aprovechó para buscar en los cajones de la cómoda y sacar la cajita que le habían dejado Dafne como regalo. La abrió y ante sus ojos un suave, transparente y sugerente camisón corto en color, ¿rosa?

Casi estuvo a punto de guardarlo otra vez en la caja y esperar a su marido tal cual. Pero se lo pensó mejor. La prenda era bonita, delicada, solo su color era demasiado... no sabía como definir... ¿rosa? ¡Ella nunca se había vestido de rosa en la vida!

Suspirando consiguió sacarse el traje de novia a escapé, aunque se dejó las medias de ligas y sus zapatos de alto tacón. Se fue al baño para deslizar la hermosa prenda por su cuerpo. El encaje cubría sus pechos a la vez que los insinuaba. El material de gasa transparente que descendía desde debajo de sus senos era casi invisible. Se veía todo por debajo. Se miró de un lado y del otro, desde atrás, por último cambió su prenda íntima por otra que venía dentro de la cajita, braguitas rosas... suspiró, toda ella parecía un pastelito para que se lo comiesen con los dedos.

Tony abrió la puerta apenas un cuarto de hora después con una bandeja haciendo equilibrio en la mano. Alexandra no estaba en el dormitorio. Por un minuto tembló ante la inverosímil perspectiva que ella hubiese aprovechado el dejarla sola para salir huyendo. Dejó la bandeja sobre la mesita mientras la llamaba.

—¿Alexandra?

—Ya estoy.

La aparición más tentadora del mundo llenó sus ojos. Su Venus pelirroja envuelta en apenas un poco de tul y encaje delicado color rosa. Dulce, femenina, apetitosa por todos lados. ¡A la mierda el almuerzo! Antes quería comerse otra cosa.

Ante la callada respuesta de Tony, que parecía por unos instantes paralizado mientras sus ojos azules la recorrían de arriba abajo, empezó a sentirse poco menos que incómoda.

—¡Qué!

Tony pasó una mano por su cabello, como cuando lo tenía largo y ensortijado, sonrió de medio lado.

—Estás preciosa, eres un regalo para mis ojos, pero a la vez quiero desenvolverte ahora mismo y cobrar mi premio entre tus muslos, pelirroja.

—¿Algo te lo impide?

—Toda mi ropa.

Ella caminó despacio, sinuosa como una gata, le rozó apenas con un dedo desde el hoyuelo del mentón, bajando por su fuerte cuello, la zona de la clavícula y su hombro, terminando por rodearlo, e irse a la cama mientras él seguía clavado en el sitio. Se giró lentamente para verla subir a la cama, ponerse justo en medio como la ofrenda a un antiguo dios pagano, entreabrir apenas sus rodillas descaradamente y acariciarse con los dedos de la mano derecha desde el hombro izquierdo, con deliberada lentitud, pasando por su esternón, entre sus pechos redondos, bajando por la transparencia de la tela del camisón, justo hasta el ombligo, rodeándolo varias veces con renuencia.

—Desnúdate—. Era una invitación y una orden a la vez en los labios de su esposa. Tony no dudó en satisfacer su demanda, su ropa cayó con total descuido, hasta la última prenda. La luz de la tarde le bañó entero, a Alexandra le pareció la mismísima estatua del dios Apolo del museo, recamado de oro puro, marcando cada uno de sus músculos de su impresionante anatomía masculina.

Palmeó el colchón a su lado, sonrió ladina alzando apenas una ceja oscura.

—Ven a la cama.

Y por todos los demonios, que él obedeció con gusto, cayendo como ave de presa sobre ella, luchando en una danza milenaria, de besos de caricias, de palabras susurradas con la garganta rasgada de deseo.

Sí, su matrimonio iba a ir mejor que bien, estaba empeñado en ello. La gata de las Highlands ahora era suya, y pensaba hacerla más que feliz.

EPÍLOGO:

ABRIL 1946

Mi querida hermana:

Al fin me he decidido a escribirte, después de casi un año de silencio. He necesitado todo ese tiempo para hacerme a la idea y poner orden en mis sentimientos, pensamientos, mi vida.

Estoy casada, hermanita, sí, con un hombre que es tozudo, cabezota, a veces un desastre, pero también es cariñoso, divertido, y nos adora a mí, y a tu hijo.

Axel se adapta muy bien a su nuevo colegio, hemos tenido que urdir una pequeña mentira, espero que Verner y tu nos perdonéis algún día. Para todos nuestro pequeño ha vivido sus primeros años en un colegio Suizo, así su acento alemán no parece tal y conseguimos que lo acepten mejor. Aunque la guerra acabó, los ánimos, por mucho años, no tememos que seguirán siendo de animadversión hacia todo lo germano. Queremos que él viva una vida plena sin ese obstáculo. Él ha estado conforme, es un chico extremadamente inteligente, que nos llena de alegrías a Tony y a mí, y a veces de quebraderos de cabeza para contestar tanta pregunta. Está tan alto, ha cogido peso y hasta se parece un poco a Tony, lo imita en sus gestos, lo coge como ejemplo, y la verdad, no es tan malo, los dos hombres de mi vida, los que más adoro, los que amo y me aman.

También nos llama papá y mamá, ¡me siento tan orgullosa de escucharlo! Es feliz, lo sé, nosotros hacemos todo lo que está en nuestras manos para que lo sea, también hablamos de ti y de Verner, incluso de su tío

Adler aunque no llegamos a conocerlo sino por tus cartas pero también es una figura que él recuerda con cariño y no dejaremos que olvide sus orígenes aunque tenga que ser un secreto de cara al mundo.

Papa aún te llora, mi querida hermana, yo también, pero ahora se mezcla la pena de tu ausencia con la alegría de una nueva vida que crece en mi interior, estoy embarazada, y mis ojos se llenaron de lagrimas de felicidad y mis labios de risa cuando lo supe. Tony se volvió loco, y Axel también, está deseando tener un hermanito, y ¡viene en camino!

Papá y Adelinne pasan con Axel algunos fines de semana, se lo llevamos a su casa de Londres, y ambos lo malcrían y lo miman en exceso. Este próximo verano quieren llevárselo ha hacer un pequeño viaje a la playa. Lo estoy temiendo, me lo van a devolver hecho un pequeño tirano.

Por lo demás, tengo una familia hermosa, una cuñada que es un amor, casi una hermana, aunque nunca nadie pueda quitarte el sitio, ella hace lo posible por cuidarme, y sobre todo ahora que sabe mi estado, me da consejos me abraza, como tú hubieras hecho, nuevas lágrimas están cayendo sobre el papel donde te escribo, pero no te preocupes, son de alegría, nunca pensé tener esto que ahora me rodea, una familia de verdad, un hombre que me quiere, me respeta, hijos...

Por último, y lo más difícil, necesito pedirte disculpas, y que me perdones. Cuando marchaste, toda la culpa cayó sobre mis aún jóvenes hombros. Papá fue duro, tia Maggy y tío Ian también me riñeron, aunque me cubrieron con su amor después. En esos instantes me enfadé contigo, y cuando llegaron tus cartas, relatándome toda la felicidad que envolvía en ese instante tu vida, sentí envidia. Lo admito, habías conseguido el amor, una vida propia, lejos de las maledicciones del pueblo de nuestra infancia, lejos de nuestro estricto padre. Cuando nació el pequeño Axel, una punzada de celos la cual no pude evitar, se enquistó en mi interior, tú eras feliz, y yo...

Eso me estaba empezando a destruir, la guerra, el quedarme sola, ver pasar los años sin encontrar mi sitio en el mundo...

Cuando llegó la caja que yo te regalé, con esa única foto en su interior, la de nuestro hijo, (es así, como lo siento, mi hijo tanto como tuyo) algo se rompió en mi interior. El saberlo desamparado, solo en este mundo cruel, en un país lejano, en el mismo centro del conflicto... lloré, de rabia, de

impotencia, por haber sentido todo ese, lo digo sinceramente «odio» por tu felicidad. Pero esas mismas lágrimas limpiaron mi alma, y me hicieron tomar la decisión que tantas alegrías me han dado. Al ir en busca de nuestro pequeño, el destino me puso en el mismo camino que el hombre que amo, el que ha dado paz a mi vida, el equilibrio que tanto necesitaba, el que ha comprendido todo y me ha aceptado tal cual soy.

Por eso esta carta, te cuento, te pido perdón, y... te sigo añorando.

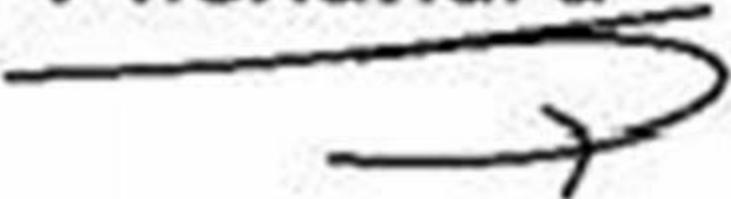
Espero que, allá donde estéis nos contempléis, os alegréis conmigo, estamos bien, te recordaremos siempre, y te seguiremos amando.

Escucho la voz de mi marido, está hablando por teléfono. La verdad, es que su risa es contagiosa, llega hasta mis oídos y hace que mi corazón se aligere.

Hermana, te quiero, eso nunca lo dudes, ahora voy a seguir con mis cosas, sé que pronto volveré a escribirte, y espero que sea para decirte si es niño o niña, yo no soy tan efusiva como tú escribiendo, pero en fin, procuraré tenerte informada.

Un beso, mil besos de tu hermana.

Alexandra

A handwritten signature in black ink, consisting of a long horizontal line that curves upwards and then downwards to the right, ending in a small hook.

—¿Alex?

Alexandra dobló el papel color rosado y la guardó cuidadosamente en su caja tallada que guardaba dentro de un cajón de su dormitorio. Se limpió con presteza una lágrima rebelde y procuró poner una sonrisa a su rostro antes de volverse cuando su marido entró en el dormitorio. Él la abrazó por la espalda y aspiró su aroma, dejando un reguero de besos por su cabello recogido en

una trenza.

—¿Qué te ocurre mi amor? ¿Estabas llorando?

—Ya no, Tony, estoy bien, estaba cerrando un capítulo de mi vida en estos momentos, escribiendo una carta a Marianne, lo necesitaba para sentirme mejor.

—Bien, mi amor, tengo noticias que te alegraran, mucho, y a Henry y Dafne.

—¿Cuáles?— se levantó de la silla para volverse y mirar a los ojos a su marido, este la tomó de las manos y las besó.

—Tenemos visita en unos días, Ludwick y Meré, y también ese sinvergüenza resucitado de Kurt Dietrich.

Alexandra sonrió y le abrazó

—¡Maravilloso!

—Sí, pero tú, a cinco metros de ese Casanova alemán, ya está bien que te prometiese escapar de Berlín con vida, pero cumplirlo y cada vez que viene hasta aquí, hacer lo posible por llenarte de piropos y lisonjas... y de hacerte proposiciones de todo tipo y tono...

—Sabes lo bromista que es, no tiene mala intención, lo mismo le hace a Dafne y, ¡hasta la estirada de Alisson es presa de sus payasadas! Estoy embarazada Tony—, se paso una mano por su incipiente vientre apenas redondeado mientras se reía a carcajadas—, creo que habré dejado de ser atractiva.

—Al contrario—, le dio un corto beso en los labios—, te prometo que cada día estás más hermosa, ser madre te hace tener una luz especial en esos ojos tan verdes, y el aroma que desprendes—. Inhaló fuerte contra su cuello, lo que le hizo sentir escalofríos de placer—, es embriagador, gatita... me tienes todo el día...

Ella bajó la mano entre ambos y sí, comprobó el estado en que estaba su marido.

—Esto habrá que ponerle pronto remedio—, dijo con picardía acariciando la zona en cuestión con el consiguiente jadeo masculino—. ¿Y Axel?

—Se quiso quedar con los gemelos jugando, son inseparables, y más ahora que no tiene colegio. Dafne me ha dicho que se lo dejemos esta noche, y a cambio que nos tendremos que quedar con sus bichejos el domingo, tú ya

me entiendes... favor por favor.

—Entonces, estamos solos...

—Como recién casados...

—¿La puerta?

—Cerrada con doble vuelta de llave y atrancada con una silla por si acaso.

—Entonces...

La risa de Alexandra llenó el espacio del dormitorio, se vio alzada en vilo y llevada a la cama, dejándola suavemente sobre el centro de ella. Alejandra se puso cómoda y sonriendo ordenó:

—Desnúdate...

Próxima entrega de la serie:

Una dama entre ruinas.

Berlín está en sus últimas y agónicas horas. Después de ayudar a escapar a una joven pareja de ingleses que se encontraban en un rescate a la desesperada en la capital alemana, Kurt Dietrich, ex-coronel de las Waffen SS. degradado hacía tiempo acusado de delito semejante y no ajusticiado por tener buenos contactos, intenta huir del infierno. No tiene nada, no le queda nadie. Pero aún así busca la manera de sobrevivir entre las ruinas de una nación, que hace años no reconoce como suya.

En su frenética huida, tras ser apresado y a punto de ser ahorcado como desertor, se esconde en un sótano donde encuentra a una mujer en difíciles circunstancias. Americana de nacimiento, pero a día de hoy viuda de un componente del antiguo cuerpo diplomático alemán de antes de la Segunda Guerra Mundial.

Bárbara, aislada, desprotegida, traumatizada por años de un matrimonio dañino y cruel, en principio solo desea que el hombre que ha irrumpido en su refugio se vaya y la deje en paz. Pero él insiste en resguardarse allí al menos durante un día. Ella claudica puesto que no puede hacer nada por evitarlo.

Pero a las mismas puertas de donde se halla su vivienda, el ejército rojo

está pasando a sangre y fuego entre los edificios. Kurt Dietrich tiene que huir, pero aunque sea un desertor, sigue siendo un caballero y no la dejará a su suerte.

Pequeña biografía:

Alexis J. Regnat, pseudónimo de M. Asencio, natural de la provincia Cádiz, España. Nacida en 1972. Estudios de Administrativo y Comercial. En la actualidad trabajando en el Sector Servicios. Casada, sin hijos. Muy aficionada desde joven a la lectura, la pintura, arquitectura, el arte. Varios premios de poesía locales. La pasión por la escritura ha estado «aparcada» mucho tiempo, puesto que no he encontrado el momento ni la tranquilidad necesarias, hasta estas alturas de mi vida. Aficionada a las motos custom, los gatos, viajar y los libros de cualquier género.

Títulos de sus obras: (perteneciente a Colección LCDE)

—El Traidor, Serie Amor y Guerra, 1. Romántica, Ficción Histórica. Ebook kindle y papel.

—Rescate en Berlín, Serie Amor y Guerra, 2. Romántica, Ficción Histórica. Ebook kindle y papel.

Redes sociales, blogs y páginas:

Blog:

<http://alexisjregnat.blogspot.com.es/>

Facebook personal:

<https://www.facebook.com/alexisjregnat>

Página autor Facebook:

<https://www.facebook.com/labibliotecadealexis?fref=ts>

GLOSARIO

[1] Pabellón de Caza: En esta historia se hace referencia a pabellón de caza como construcción sencilla aunque amplia, utilizada por anteriores

dueños de la finca como lugar de reunión antes de la cacería. Equipada para albergar a una buena cantidad de personas, durante estos eventos, con instalaciones como cocina, enfermería, baños, y salón de reunión, más otro de exposición de trofeos o armas.

[2] Cottage: Casa de labor, utilizada normalmente como vivienda de labriegos, ganaderos, campesinos en general. Algunas de estas construcciones fueron remozadas y actualizadas como fincas de recreo, por su tipismo, comodidad, y aislamiento de las ciudades más pobladas.

[3] Cama elástica: es una lona elástica que unida a una estructura metálica mediante muelles sirve actualmente para entretenimiento infantil. También usada en circos para hacer ejercicios y demostraciones como espectáculo. La diversión consiste en saltar y dar volteretas sobre ella aprovechando el impulso de su elasticidad.

[4] Saturno: Mitificación griega del tiempo. En la mitología romana Saturno era un importante dios de la agricultura y la cosecha. Fue identificado en la antigüedad con el titán griego Crono, entremezclándose con frecuencia los mitos de ambos. Aunque Saturno cambió enormemente con el tiempo debido a la influencia de la mitología griega, era también una de las pocas deidades claramente romanas que retuvieron elementos de su función original. Se le representa como un anciano de barba blanca devorando a sus hijos.

[5] «Un trono»: W.C.

[6] Motocicleta Matchless: marca de fabrica de motocicletas de origen inglés, tipo custom, a semejanza de las famosas Harley americanas, en Inglaterra estas fueron muy reconocidas.

[7] Phantom; Se hace referencia a la marca de coches Rolls, Phantom fue un modelo clásico, especial, construido antes y durante el período de la segunda guerra mundial. Actualmente también la marca Rolls tiene un

modelo con el mismo nombre.

[8] Eton College. Es un prestigioso e internacionalmente conocido colegio independiente para chicos. Está situado en Eton, Berkshire, cerca del Castillo de Windsor en Inglaterra.

[9] Bichos: Modismo, hace referencia a micrófonos o «escuchas» ocultos.

[10] Ich kenne die Sprache perfect: Lo hablo a la perfección.

[11] Sulfatiazol sódico.: polvos antisépticos derivados del azufre, muy usados para la curación de heridas.

[12] Gran Guerra. Hace referencia a la Primera Guerra Mundial.

[13] «Cinco contra uno». Expresión vulgar. Masturbación masculina.

[14] Brillantina. Gel fijador para el cabello que da un aspecto húmedo.

[15] Espada de Damocles. Damocles fue al parecer un cortesano excesivamente adulator en la corte de Dionisio I, un tirano de Siracusa, Sicilia del siglo IV a C. Propagó que Dionisio era realmente afortunado al disponer de tan gran poder y riqueza. Dionisio, deseoso de escarmentar al adulator, se ofreció a intercambiarse con él por un día, de forma que pudiera disfrutar de primera mano su suerte. Esa misma tarde se celebró un opíparo banquete donde Damocles gozó siendo servido como un rey. Sólo al final de la comida miró hacia arriba y reparó en la afilada espada que colgaba atada por un único pelo de crin de caballo directamente sobre su cabeza. Inmediatamente se le quitaron las ganas de los apetitosos manjares que le

servieron y las hermosas mujeres que había pedido, y pidió al tirano abandonar su puesto, diciendo que ya no quería seguir siendo tan afortunado. La **espada de Damocles** es una frase acuñada en alusión a este cuento para ejemplificar el peligro que se instala en aquellos que ostentan un gran poder, pues no sólo pueden perderlo de golpe, sino todo lo demás, incluida la vida.

[16] Convención de Ginebra.: Se conoce con el nombre de Convenios de Ginebra o Convenciones de Ginebra al conjunto de los cuatro convenios internacionales que regulan el derecho humanitario—también conocido por ello como derecho de Ginebra— cuyo propósito es proteger a las víctimas de los conflictos armados. El primero fue firmado en la localidad suiza de Ginebra en 1864, un año después de la fundación del Comité Internacional de la Cruz Roja con el fin de «lograr un pequeño ámbito de acuerdo universal sobre ciertos derechos de las personas en tiempo de guerra, específicamente, los derechos del cuadro médico a ser considerado neutral a fin de poder tratar a los heridos». Más tarde esos derechos se ampliaron a la población civil en general.

[17] Falken. En noruego Halcón— Falcon.

[18] Vakre gutt. En noruego «Niño bonito».

[19] Vakre datter. En noruego, «Preciosa hija».

[20] Min datter. En noruego, «mi hija».

[21] Manadas de Lobos. Patrulleras y submarinos alemanes, llamados así por su ferocidad en ataque.

[22] Seagüll. En noruego, gaviota.

[23] La Ciudadela. Nombre dado a la zona en que se ubica el Führebunker, las Cancillerías y órganos de gobierno en el Centro de Berlín.

[24] Panzer. Tanque de fabricación y utilización alemán.

[25] *Volkswagen Kübelwagen*. Automóvil todo-terreno. Comenzó a diseñarse en 1936, enseguida se convirtió en uno de los coches más apreciados y conocidos de la Segunda Guerra Mundial. Su construcción comenzó en 1940, tras ser adjudicado como coche de reglamento del Ejército. Sus mejores características fueron la ligereza y la rápida producción. También era muy manejable y fácil de mantener.

[26] «Yo te juro, Adolf Hitler, Führer y Canciller del Reich, fidelidad y valor. Prometo obediencia hasta la muerte a ti y a los superiores por ti designados. Que Dios me ayude».

[27] «*Mi honor se llama lealtad*».